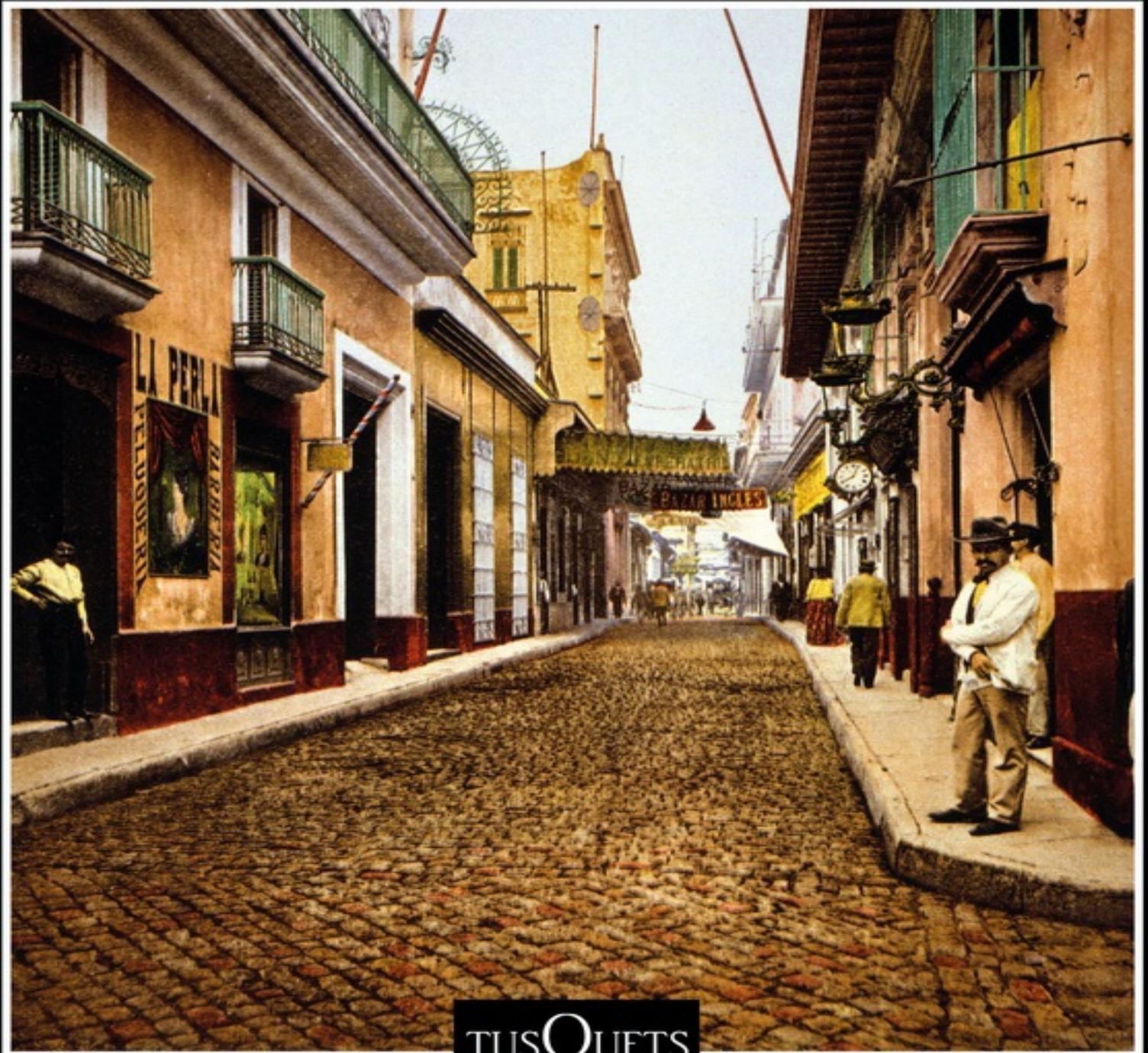


Leonardo Padura

LA TRANSPARENCIA DEL TIEMPO

colección andanzas

SERIE
**MARIO
CONDE**



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

1. 4 de septiembre de 2014

2. Antoni Barral, 1989-1936

3. 5 de septiembre de 2014

4. 6 de septiembre de 2014, víspera del día de la Virgen de Regla

5. Antoni Barral, 1936

6. 7 de septiembre de 2014, día de la Virgen de Regla

7. 8 de septiembre de 2014, día de la Virgen de la Caridad del Cobre

8. 9 de septiembre de 2014

9. Antoni Barral, 1472

10. 9 de septiembre de 2014 (noche)

11. 10 de septiembre de 2014

12. Antoni Barral, 1314-1308

13. 11 de septiembre de 2014

14. 12 de septiembre de 2014

15. Antoni Barral, 1291

16. 13 de septiembre de 2014

17. 14 de septiembre de 2

18. 14, 15 y 16 de septiembre de 2014

19. Antoni Barral, 8 de octubre de 2014

20. 9 de octubre de 2014. Cumpleaños

Epílogo. 17 de diciembre de 2014, día de San Lázaro

Nota del autor

Créditos

Sinopsis

A un Mario Conde a punto de cumplir sesenta años, y que se siente más en crisis y más escéptico que de costumbre con su país, le llega de manera inesperada un encargo de un antiguo amigo del instituto, Bobby, que le pide ayuda para recuperar la estatua de una virgen negra que le han robado. Conde descubre que esa pieza es mucho más valiosa de lo que le han dicho, y su amigo tiene que confesarle que proviene de su abuelo español, que, huyendo de la Guerra Civil, la trajo de una ermita del Pirineo catalán. En los bajos fondos de La Habana, Conde da con un sospechoso al que acaban matando. Con el asesinato de otro cómplice, Conde descubre una inesperada trama de galeristas y coleccionistas extranjeros interesados en la talla medieval, y se tropieza inevitablemente con la policía de homicidios de La Habana. Pero, en capítulos intercalados, La transparencia del tiempo también cuenta la epopeya a lo largo de los siglos de la estatua, una virgen negra traída de la última cruzada a una ermita del Pirineo por un tal Antoni Barral, y será otro Antoni Barral quien la salve y se vea obligado a embarcar como polizón rumbo a La Habana.

LEONARDO PADURA
LA TRANSPARENCIA DEL TIEMPO

TUSQUETS
EDITORES

A Lucía, ya se sabe cómo y por qué

Dice ahora, a quien quiera oírlo, que regresa de donde nunca estuvo.

Alejo Carpentier, *El camino de Santiago*

4 de septiembre de 2014

La luz rotunda del amanecer tropical, filtrada por la ventana, caía como el haz teatral proyectado sobre la pared de donde pendía el almanaque con sus doce cuadrículas perfectas, distribuidas en cuatro hileras de tres rectángulos cada una. Los espacios del calendario originalmente habían sido cromados con tonos distintivos entre el verde juvenil de la primavera y un vetusto gris invernal, un juego que solo un diseñador muy imaginativo podría asociar con algo tan inexistente en una isla del Caribe como las cuatro estaciones del año. Con el paso de los meses, algunas cagadas de moscas habían contribuido a decorar la cartulina con erráticos puntos suspensivos; varias tachaduras y los colores cada vez más fatigados testimoniaban la utilización práctica del impreso y la exposición a la luz de esmeril que cada día lo asolaba. Trazos de geometrías diversas y caprichosas, grabados alrededor, en los bordes, incluso sobre la superficie de ciertos números, remitían a recordatorios en su momento invocados, luego quizás olvidados, nunca cumplidos. Marcas del paso del tiempo y advertencias a una memoria en fase esclerótica.

Los guarismos encargados de especificar el año corriente, en el borde superior del calendario, habían recibido una atención muy especial, con varias señales crípticas, y la cifra precisa encargada de indicar el noveno día de octubre aparecía encerrada entre varios signos de perplejidad, más que de admiración, rayados con saña y con un bolígrafo de tinta negra, apenas un poco más tenue que la utilizada por los impresores para fijar las letras y los números en la cartulina. Y junto a las admiraciones, la cifra mágica de resonancias numerológicas, de recurrencia perfecta, en la que nunca antes él

había reparado: 9-9-9.

Desde que comenzara aquel año lento, turbio, aceitoso, Mario Conde había tenido una tormentosa relación con las fechas en curso. A lo largo de su vida y a pesar de haber sido siempre tan histórico, recordador y obsesivo, en general le había prestado poca atención a la conexión de las huellas y aceleramientos del tiempo con lo que esos hitos y velocidades implicaban, como muescas precisas, para su propia vida y para la vida de quienes lo rodeaban. Con demasiada y lamentable frecuencia olvidaba edades y cumpleaños, aniversarios de boda, datas de acontecimientos baladíes o intensos que para otras personas serían (o eran) memorables: como celebración, duelo o como simple marca en los cíclicos cumplimientos de los devenires vitales. Pero la evidencia alarmante de que entre los trescientos sesenta y cinco días delimitados por las cuadrículas de aquel calendario barato se agazapaba al acecho el día para él todavía inconcebible, aunque amenazadoramente definitivo y real, en que cumpliría los sesenta años le había provocado una persistente conmoción que crecía con la proximidad de la efeméride: 9-9-9. La evidencia de una cantidad tajante, incluso de sonoridad obscena (sesenta, sesenta, algo se desinfla y estalla, sse-sssen-ta), se le había presentado como una ratificación incontestable de lo que su físico (rodillas, cintura y hombros oxidados; hígado envuelto en grasa; pene cada vez más perezoso) y su espíritu (sueños, proyectos, deseos mitigados o para siempre extraviados) iban sintiendo desde hacía algún tiempo: la obscena llegada de la vejez...

¿De verdad ya era un viejo? Para intentar saberlo, de pie ante el almanaque adornado con un paisaje borroso y crucificado con un par de clavos hundidos en la pared de su cuarto, Conde respondía a su interrogación con nuevas preguntas: ¿su abuelo Rufino no era un viejo cuando, a sus sesenta años, lo llevaba a las gallerías de la ciudad y sus alrededores y le enseñaba las artes y mañas de la lidia? ¿Acaso a Hemingway no le decían el Viejo desde unos años antes de su suicidio, a los sesenta y tres? Y Trotski, ¿no era El Viejo cuando a los sesenta y dos Ramón Mercader le abrió en dos el cráneo de un estalinista y proletario pioletazo? Para empezar, Conde conocía sus limitaciones y se sabía muy distante de su pragmático abuelo, de Hemingway, de Trotski o de otros ancianos célebres gracias a razones justas o espurias. Por ello sentía que, aun cuando se abocaba a la cifra dolorosa, redonda y decadente, tenía razones de sobra para no pretender ser un Viejo,

con derecho a la mayúscula, sino que apenas se estaba convirtiendo en un viejo de mierda, categoría más que merecida en su caso, en la escala de las senectudes posibles y clasificadas con celo académico por la muy seria ciencia geriátrica y la empírica sabiduría de la filosofía callejera.

En mañanas como aquella, sofocantes desde el amanecer e inauguradas con la atención detenida sobre el calendario, esos cruces perversos de la aritmética, las estadísticas, la memoria y la biología solían invadirlo con una angustia creciente. El efecto intelectual de la relación se manifestaba a través de una certeza punzante. Porque incluso en el mejor de los casos (que en el suyo apenas implicaba el hecho de seguir vivo, si su hígado y pulmones lo acompañaban) ante él se erguía la evidencia numérica de haber gastado ya las tres cuartas partes (quizás más, nadie lo sabe) del tiempo máximo que pasaría en la tierra y la firme convicción de que el último plazo probable no iba a ser para nada el mejor. Él sabía a la perfección que ser viejo —incluso sin llegar a ser un viejo de mierda— resulta una condición horripilante por todo lo que conlleva, pero, muy en especial, por arrastrar consigo una amenaza insobornable: la cercanía numérica y fisiológica de la muerte. Porque dos y dos son cuatro. O mejor: cuatro menos tres es uno..., solo uno, un cuarto de vida, Mario Conde.

Dolores físicos y frustraciones existenciales aparte, la bandera roja visible en un horizonte que podía acercarse o alejarse, pero nunca desvanecerse, lo había atenazado con mayor rigor esa mañana. Urgido por sus necesidades urinarias y de supervivencia, enfrentó la decisión de abandonar la cama, apartar los deseos de hundirse en la lectura de un buen libro (¡todavía le quedaban tantos por leer y cada vez menos tiempo para vencerlos!) y hasta una persistente apetencia de lanzarse a la escritura propia. Por ello, luego de expulsar la abundante y fétida orina matinal, comenzó el cada vez más arduo proceso de acorazar su ánimo para disponerse, otra vez, a hacer su mejor esfuerzo y tratar de impedir que la llegada impostergable de la muerte se anticipase y produjese por el simple camino de la inanición. En fin: que debía salir a la puta calle, a la concreta, a buscarse la vida que le quedaba para retardar en lo posible la llamada fatal y olvidarse de sus pajas mentales pseudofilosóficas o literarias.

Mientras bebía el café y miraba con odio la malvada cajetilla de los cigarrillos a los que no había podido ni querido renunciar, observó el sueño apacible de su perro, el antes huracanado *Basura II*, a quien los años vividos

también habían vuelto lento y hasta más hogareño. En los últimos tiempos el animal, siempre enamorado y callejero, dormía siestas prolongadas y comía con menos furia, haciendo evidente su propia vejez, visible en el encanecimiento de su hocico, en la opacidad de su mirada exigente y en el oscurecimiento de su dentadura... ¡Qué desastre!, se dijo y, dedicado a acariciar la testa y las orejas de su perro, trató sin demasiado entusiasmo de comenzar a planificar su jornada. El ejercicio le resultó tan fácil que le sobró tiempo para seguir filosofando cuando ya absorbía las bocanadas de su primera dosis de nicotina del día. Porque, como cualquier otra mañana, saldría a patear la ciudad en busca de libros viejos en venta, luego comería alguna cosa digerible por la calle o algo mucho más sustancioso si se dejaba caer por la casa de Yoyi el Palomo, su socio comercial. Más tarde, con ron o en sobriedad, pasaría por la casa de su amigo el Flaco Carlos para cerrar la jornada pernoctando en los dominios de Tamara, a la que le había regalado dos días de ausencia injustificada. El panorama no parecía demasiado novedoso, aunque tampoco lamentable: trabajo, amistad, amor, todo un poco desgastado, también envejecido, pero aún sólido y real. Lo jodido, reconoció ante sí mismo, era su estado de espíritu, cada vez más marcado por la tristeza y la melancolía, y no solo por el peso de su edad física o la temida cercanía de un aniversario de mal sonido y peores consecuencias, sino por la certeza de su exultante frustración vital. Al borde de los sesenta años, ¿qué tenía?, ¿qué legaría? Nada de nada. ¿Y qué le esperaba? La misma nada al cuadrado o algo peor. Esas eran las únicas respuestas a su alcance para cada una de tan simples y pegajosas interrogantes. Y, para mayor desasosiego, también las únicas que podía regalarse tanta gente, conocida o desconocida, ubicada en su edad y colocada en su tiempo y espacio.

Ya vestido, después de darle algunas sobras de comida a *Basura II* y otra tanda de caricias útiles para sacarle un par de garrapatas, cuando se dispensaba la tercera y última taza de la infusión escurrida de su cafetera italiana, incluso con el ánimo algo mejorado, lo sobresaltó el timbre del teléfono. Desde hacía un tiempo, las llamadas a primera o última hora del día disparaban sus alarmas. Con tantos viejos como él a su alrededor, cualquier llamada podía llegar para anunciar algún final o presagio de final.

—¿Sí? —preguntó, a la expectativa, siempre temiendo lo peor.

—¿Es la casa de Mario Conde? —dijo una voz lenta, indagadora, difícil de definir, pensó que desconocida.

—Ajá —afirmó, más expectante, y exigió—: Diga.

—A ver, ¿va que tú no sabes quién te habla?

La tensión se desinfló. Esa precisa interrogación telefónica siempre conseguía alterarle los nervios de una forma que a veces lo abocaba a la violencia asesina. Y ese día, luego de haber disfrutado de un amanecer tan sartreano, lo aguijoneó como un miura.

—¿Cómo cojones usted pretende...?

—Ay, chico, perdona —rogó la voz, ahora rápida y decidida, que se apresuró a añadir—: Soy Bobby, Bobby Roque, el del pre..., ¿te acuerdas?

Conde cerró los ojos, asintió, sonrió, negó, al tiempo que percibía entre sus neuronas el nítido aletear de nostalgias remotas, casi extraviadas, perfumadas con el olor turbio y a la vez amable del pasado. Sí, claro, se acordaba.

Roberto Roque Rosell. Ro-Ro-Ro... La confluencia de sus dos apellidos había sido rematada con su nombre, Roberto, para que con todas aquellas erres y oes, rotundas, robustas, roncadas, su virilidad quedase expresada, rutilante desde la nominación que lo acompañaría por la vida, bajo el precario precepto de que el nombre también hace al hombre. Tal vez por ello —o mejor: para ello—, sus padres se negaron a llamarlo Robertico, Robert, Robby, sino siempre, desde la cuna, cuando era un bebé rollizo, lo apodaron Robertón, confiados en que con su andadura por la vida y su estampa, que presumían imponente, honraría al apelativo y justificaría todas las ilusiones de sus progenitores... Quince años después de su bautismo, cuando Conde coincidió con él en una de las aulas del preuniversitario de La Víbora —las mismas donde conoció al Flaco Carlos, a Andrés, al Conejo, a Candito el Rojo y, por supuesto, a Tamara y hasta a Rafael Morín—, aquel muchacho delicado y famélico, dos o tres pulgadas más alto que el resto de sus compañeros (aunque con menos libras de las necesarias para redondear su desgarrada estampa), en que se había convertido Roberto Roque Rosell no era conocido como Robertón, para frustración de sus padres, sino como Bobby. Y no porque Bobby fuera uno de los diminutivos anglómanos posibles, tan de moda en aquellos años, y ni siquiera por el hecho de que corrieran los tiempos de mayor celebridad excéntrica de Bobby Fischer.

Bobby debía ser Bobby porque el mote tenía el sabor semántico que mejor cuadraba con los rasgos más notables de la personalidad de su dueño: a sus quince, dieciséis años, el antes pretendido Robertón era medio bobo y un poco demasiado lánguido —o más bien medio maricón, para los ásperos códigos lingüísticos y culturales de Conde y su tribu.

A pesar de que nunca habían sido lo que se dice amigos, la coyuntura de que por un par de años coincidieran en la misma aula creó cierta cercanía entre Conde, Carlos, el Conejo y Andrés con el evanescente Bobby, con quien en realidad no tenían mucho en común. Y es que a Bobby ni siquiera le gustaba hablar de pelota, y en los turnos de clases dedicados al estudio de materiales políticos se comportaba como un cancerbero ideológico repetidor de consignas, y en cuestiones de música era tan anormal como para preferir a una tal María Callas antes que a Los Beatles y hasta Creedence. Sin embargo, la capacidad del muchacho para las materias científicas lo convirtió en una joya preciada a la cual acudieron sus congéneres durante los apresurados repasos de esas empedradas asignaturas el día antes de los exámenes. Conde y sus amigos lo habían acogido entonces como una especie de monitor, relación a cambio de la cual le ofrecían a Bobby cierta protección de las posibles y frecuentes crueldades y burlas de otros compañeros de estudio, por lo general dispuestos a machacar cualquier manifestación de debilidad o de gusto ¡por María Callas!

Por esos tiempos Conde y sus amigos varias veces lo hablaron, lo discutieron, lo analizaron en colectivo y llegaron a la conclusión de que Bobby aún no era homosexual, pero que al primer traspie que sufriera terminaría ensartado. Y no sería con una flecha lanzada por Paris o Pándaro, como los héroes griegos de la *Ilíada*, de los cuales Bobby solía hablar como si los hubiera conocido en persona. «¿No les parece raro que le guste tanto Aquiles, eh?», solía preguntar el Conejo, más devoto de los troyanos que de los cornudos aqueos. Por su lado el Flaco Carlos, que en esa época era muy flaco y además tan samaritano como lo sería por el resto de su vida, pretendió incluso alejar a Bobby del tropezón fatal. Se asignó como tarea buscarle una fémina salvadora entre las amigas de Dulcita, su novia de aquel y de otros tiempos, aunque su gestión no tuvo éxito: ni unas (las amigas de Dulcita) ni otro (Bobby) se mostraron demasiado dispuestos a optar por esa solución carnal, y pronto Bobby y las muchachas terminaron siendo amigos y hasta confidentes de esos que hablan en susurros, con risitas y tomados de las

manos.

Cuando terminaron el pre y se dispersaron por las distintas facultades universitarias, Conde siguió viendo a Bobby, ya con menos frecuencia. A veces se topaban en el comedor universitario, en alguna oportunidad coincidieron en uno de los recurrentes mítines políticos de obligatoria asistencia organizados por la Federación de Estudiantes, en ocasiones viajaron en la misma guagua. En cada encuentro se saludaban con afecto, casi con alegría por parte de Bobby, sin hablar demasiado, quizás porque sus mundos particulares se habían distanciado y ambos sentían que tenían menos de que hablar. Para sorpresa de Conde —que esa misma noche remota les había revelado el hallazgo a sus amigos—, una tarde se había topado con Bobby en un bar cercano a la universidad donde en las tardes era posible concretar el milagro habanero de conseguir cerveza. Y Bobby no solo estaba allí bebiendo los ansiados *láguers*, sino que lo hacía acompañado de una mujer a la cual presentó como su novia. Aunque en opinión de Conde la muchacha no era nada cercano a una belleza —mucho más baja que Bobby, algo gordita, con un aspecto y gestos que al antiguo compañero, quizás por sus prejuicios, le resultaron un tanto rudos—, los viejos colegas de Roberto Roque Rosell se alegraron por la conquista de Bobby. Solo el Conejo, siempre dialéctico e histórico, opinó que ese acontecimiento en realidad no significaba nada definitivo: el viejo Bobby bien podía ser ambidextro, ¿verdad? ¡Como Aquiles, el de los pies ligeros!

Durante el encuentro, que llegaría a ser memorable, Bobby se había mostrado exultante y feliz, pues celebraba su ingreso en la selectiva y honrosa Juventud Comunista. Por ello invitó al ex compañero del pre a compartir un par de cervezas con él, con su rojo carnet de militante (¡Estudio, trabajo, fusil!) y con su novia (¿Yumilka?, ¿Katiuska?, ¿Matrioska?), a la que besaba con demasiada frecuencia y saliva... Y luego el muchacho se había esfumado, como el fantasma de una ópera... Pudo haber sido en el año 1978, el mismo en que Conde, al terminar el tercer año de la carrera, se vio obligado a dejar sus estudios y, para no morir de hambre y de manera imprevista (también imprevisible), debió aceptar el desafío de ingresar en la academia de policía y darle una torcedura radical a lo que (siempre lo pensaría) pudo haber sido su vida. Desde entonces Bobby había desaparecido casi por completo hasta de la mente de Conde, adonde solo regresaba cuando en alguna reunión en la que él y sus amigos se revolcaban en la nostalgia,

podía cruzarse el espectro de ese personaje inclasificable. ¿Qué coño habría sido de Bobby?... ¿Se habrá ido para el Norte como tanta, tanta gente? No, Bobby no, el guardia rojo no... ¿O sí, él también, como otros presuntos ortodoxos que mutaban de ortodoxia?

Por eso, cuando la estampa de un ser andrógino, con el pelo teñido de rubio cenizo, un arete en el lóbulo de la oreja izquierda, las cejas delineadas y la sonrisa rutilante alumbrando un rostro ya marcado por unas arrugas rebeldes entró por la retina de Conde, su cerebro no fue capaz de establecer la conexión con la última imagen almacenada de Bobby: una cerveza en una mano, los ojos desbordados de alegría y orgullo militante y varonil, un brazo sobre los hombros de ¿Yumilka? ¿Svetlana? Conde supo que debía, tenía que ser él porque luego de hablar por teléfono habían quedado en verse a aquella hora («perfecto, a las cinco de la tarde»), en la casa de Conde («sí, la misma casa de siempre..., más vieja y más jodida..., como todo, como todos»).

—¡Ay, tú, pero si estás igualito...! —comenzó a decir el recién llegado, mientras su anfitrión aún sostenía el pomo de la puerta, exhibiendo su mejor cara de comemierda asombrado.

—No me ofendas, Bobby —replicó el otro cuando pudo reponerse del *shock* visual—. Si hace cuarenta años tenía esta jeta que tengo ahora..., estaba muy jodido... Pero tú sí que has cambiado.

—¿Verdad que sí? Dime, ¿qué te parece mi *look*? —preguntó, y luego agregó en voz baja—. ¡*Made in Miami*, mijo!... La verdad es que ahora me tiño para esconder las canas... A la vejez... *Vade retro!*

Conde sintió que no solo se había producido un gran cambio en el *look* de Bobby, tan estrafalario y a la vez increíblemente más armónico. Su personalidad también había cambiado, y apenas las dos frases cruzadas y la afeminada desenvoltura física del recién llegado lo advertían con claridad. Y no pudo dejar de pensar que el hecho de asumirse como lo que siempre fue o quiso ser parecía haber liberado a Bobby de su compacta timidez, pues la persona en la cual se había convertido exhibía un desfado por completo ajeno a su ensimismada imagen de joven reprimido, casi diríase que comprimido: como si hubiera roto amarras y en realidad fuese otra persona. Los beneficios de la libertad.

—Te veo bien —admitió Conde, todavía bajo los efectos de la conmoción, y se movió hacia un lado para dejarle paso al visitante—. Ven, entra. ¿Entonces ahora vives en Miami?

—No, no —aclaró el otro—. El *look* y el tinte son de Miami..., el resto, ciento por ciento cubano... Hablando de tintes, a ti te vendría bien uno... Mira esas canas... ¡Un castaño oscuro!

Antes de cerrar la puerta, Conde miró hacia uno y otro lado de su calle. No le gustaba demasiado la idea de que la gente del barrio lo viera meter en su casa a aquel personaje, aunque a la altura de sus años nadie podría pensar de él peor de lo que ya pensaban. Avanzó hacia la cocina, le ofreció una silla a Bobby y él se acercó al fogón para encender la hornilla sobre la cual reposaba la cafetera preparada.

—¿Quieres agua? —le preguntó a Bobby, que lanzaba un gesto de cansancio mientras se enjugaba el sudor.

—¿Es mineral? ¿Está hervida?

—¿Mineral? ¿Hervida? ¿El agua? —preguntó Conde.

—Deja, deja... Yo traigo aquí la mía. —Y Bobby abrió el bolso de muchos colores que cargaba en bandolera para extraer una botella de agua etiquetada y un sobre de Manila que colocó sobre la mesa—. Hay que cuidarse..., los bichos, los virus, toda la morralla que anda en el ambiente. ¡El cólera! ¡El ébola! ¡El chikungunya!... Da horror nada más el nombre de esa mierda. Siento punzadas en el cerebelo...

—Tienes razón —dijo Conde—. El año que viene empiezo a hervir el agua...

—Ay, chico, tú como siempre... más...

—¿Más qué?

Bobby lo pensó un instante antes de responder.

—Más machista...

—Coño, Bobby, ya no soy ni eso... Ahora soy hipertenso y por no hervir el agua debo ser suicida...

Se acercó al fogón y comprobó que la cafetera estaba terminando de colar.

—¡El mío sin azúcar! —le advirtió Bobby cuando bajó el artefacto del fuego.

—¿Café sin azúcar?

—Hay que cuidarse... Nos estamos poniendo viejos...

—Ni me hables de eso —dijo Conde, y le entregó su taza al ecológico visitante y se puso azúcar en la suya. Mientras bebían el café, se atrevió a realizar un examen más detenido del antiguo compañero. Bobby seguía

pareciéndole una persona distinta a la que había conocido tantos años atrás. Era y no era Bobby. Había engordado algo, no demasiado, solo lo suficiente para lucir mejor proporcionado, aunque el rostro se le había aflojado, en parte por los años pero, supuso, también por un estado de espíritu diferente. Y, lo que todavía era capaz de asombrar a Conde: además del arete, el pelo decolorado y teñido y las cejas delineadas, el ex compañero exhibía en una muñeca el pulso de cuentas azules y de vidrios traslúcidos con el cual proclamaba su iniciación en la santería, la pragmática religión africana capaz de resistir todos los embates del cristianismo colonial, de la moral burguesa republicana y, en los últimos quinquenios, la ofensiva marxista-atéista. Así que Bobby el militante había devenido santero...

—Dime algo de tu vida... —le pidió a Bobby.

Violando con toda seguridad alguna regla sanitaria de su visitante, Conde encendió uno de sus cigarros, soltó el humo y se dispuso a escuchar.

—¡Han pasado tantas cosas, Conde...! —dijo el otro, y movió una mano con el más afeminado de los gestos—. Es que ni sé por dónde empezar, chico...

—Por donde más roña te dé —le propuso y agregó—: Por ese arete y el pelo rubio no sé qué...

Bobby sonrió con cierta tristeza.

—Rubio cenizo... Es una historia laaaaarga laaaaarga, pero te la voy a hacer cortica... Me casé, tuve dos hijos, que ya son unos hombres, hombres hombres, por cierto...

—¡Qué bien!... —Conde no salía de su asombro—. ¿Te casaste con aquella muchacha de la universidad? ¿Yumilka?

—¡Katuska! —exclamó Bobby y de inmediato agregó—: ¡La hija de puta de Katuska! ¿Cómo tú te acuerdas de ella?

—¿Qué te hizo Katuska? Con lo fea que era, ¿te pegó los tarros? —preguntó Conde para evitar responder.

Bobby lo miró con un desvalimiento en los ojos que, por primera vez, le permitió al ex policía encontrar en la imagen que tenía frente a sí el fantasma del joven viscoso a quien había conocido muchos años atrás: un aire de desconsuelo con algo de tristeza, mucho de fragilidad y demasiado miedo.

—No, no me pegó los tarros ni me casé con Katuska. Katuska me jodió la vida... o me la salvó, no sé... Pero esa no es la historia que quería contarte... Nada, te resumo el currículum: cuando terminé la universidad me casé con

Estela, Estelita, la madre de mis dos hijos. Y todo iba muy tranquilo cuando conocí a Israel en un negocio en que yo andaba y... ¡exploté!... ¡Me enamoré como un perro, no, como una perra ruina!

Conde pensó: a lo mejor toda la gran historia de Bobby se resumía en una liberadora salida del armario.

El visitante sorbió el fondo de su taza de café e indicó a Conde la cajetilla de cigarros.

—¿Esto no hace daño?

—Hace —dijo Bobby—. ¡Pero me han dado unas ganas!...

Bobby encendió el pitillo que le entregó Conde y exhaló el humo, haciendo muy ostensible el placer que le provocaba la acción.

—Oye, Conde..., ¿y por fin has escrito algo?

—Sí, por ahí tengo algunas cosas —dijo, porque era cierto, pero sin saber la razón, adornó la afirmación con colores falsos, como si precisara una justificación ante el mundo—. Estoy viendo si preparo un libro... Pero deja eso, sigue tu historia.

—Y nada..., me separé de Estelita, me fui a vivir con Israel, y estuvimos juntos como diez años, hasta que él se fue para Miami, porque ya no soportaba más el calor...

—Dicen que en Miami también hace un calor del carajo... ¿No es verdad?

—Ay, chico, lo del calor es un decir... Israel no soportaba más..., ya tú sabes, la situación, la cosa... —E hizo un gesto como si diera forma a una enorme esfera capaz de abarcarlo todo.

—Ajá, la cosa —admitió Conde—. ¿Y?

—Y nada, lo de siempre..., he tenido varias parejas, hasta que hace como dos años conocí a Raydel y... ¡me volví a enamorar como una perra ruina, loca y, de contra, vieja!

—Es bueno estar enamorado —admitió Conde, siempre tan propenso a caer en aquel estado de gracia e indefensión..., aunque en su caso solo había sido de mujeres y, desde hacía muchos años, de una misma mujer.

—Pero peligroso, muy peligroso... Por eso estoy aquí.

—¿Porque estás enamorado?

—Por las consecuencias...

—Empiezo a entender menos.

Bobby aplastó el cigarro a medio fumar en el cenicero luego de darle una última y golosa calada, justo cuando Conde tomaba otro y le daba fuego.

—A ver, a ver cómo te explico... —Bobby se pasó la mano por sus cabellos decolorados y pestañeó varias veces—. ¡Es que esto es terrible, chico! A Raydel lo conocí en la casa de mi padrino —comenzó, y se tocó el pulso de cuentas brillantes atado a la muñeca, para luego inclinarse hacia un lado y poner las yemas de los dedos en el suelo y por último llevárselas a los labios—. Ya hace dieciocho años tengo hecho santo... Yemayá...

—¿Pero tú no eras de los materialistas históricos y dialécticos? —le preguntó Conde, que había seguido en inquisitivo silencio el ritual de Bobby y no podía evitar cebarse en coyunturas como aquella: machacar un poco a antiguos repetidores de consignas y lemas de manuales de marxismo que después terminaban militando en los cultos afrocubanos, primitivos y, por supuesto, opiáceos, como todas las religiones, dicen que Marx *dixit*.

—Conde, yo fui un enmascarado..., como casi todos. A mí me tocó esconder toda mi vida que era maricón de la cabeza a los pies, y que creía en Dios y en la Virgen Santísima... Y me pasé los primeros cuarenta años de mi vida fingiendo, reprimiéndome, torturándome, para que mis padres, para que ustedes, mis compañeros, para que todo el mundo en esta patria machista-socialista creyera que yo era lo que debía ser y no me rípiaran la vida: un joven ejemplar, varón y militante, ateo y obediente... Tú no te imaginas lo que fue mi vida, qué va...

Conde no se atrevió a hacer algún comentario. Sabía mucho de los ocultamientos y de las presiones que había debido resistir tanta gente para poder vivir en una sociedad empecinada en regir todos los comportamientos éticos, políticos, sociales, y en reprimir, con rigor y hasta con saña, cualquier manifestación de diferencia. Y Bobby parecía haber sido una víctima perfecta.

—Bueno, lo que te decía..., conocí a Raydel en la casa de mi padrino. Raydel estaba recién llegado de Palma Soriano, allá por Santiago de Cuba, y andaba metido en el negocio de vender animales a los santeros... Tenías que haberlo visto: un trigueñito, con unos ojazos, unas pestañotas, una boca...

—No sigas —intervino Conde—, con eso basta. Ya, te enamoraste. ¿Y?

—Le di un buen baño para quitarle la peste a chivo que tenía y me enredé con aquella preciosura. Después me lo llevé a mi casa. Vivimos juntos desde hace dos años, como si fuera un sueño..., y, bueno, en eso Israel me invitó a ir a Miami y los señores imperialistas americanos se volvieron locos y me dieron la visa. Me fui para allá dos meses, a ver a Israel y de paso a tratar de

arreglar cosas de mi negocio...

—¿Porque tienes un negocio? —Conde arqueó una ceja: su viejo compañero le estaba resultando insondable. También mercader.

—Sí, de compra y venta de objetos valiosos, obras de arte, joyas, cosas caras...

—Y cuando volviste te encontraste con que Raydel había volado con todo lo que pudo...

El asombro de Bobby fue patente. Pestañeó muchas veces, como si no creyera lo que había oído.

—Coño, Bobby —el otro regresó en su auxilio—, yo no soy santero, pero acuérdate de que fui policía diez años... Estoy seguro de que si me buscaste y estás aquí es porque te pasó algo jodido...

Bobby asintió, con mayor tristeza reflejada en el rostro.

—Se lo llevó todo, Conde, todo... Joyas, el televisor, ¡los bombillos de la luz y las cazuelas!

—¡Cojones!

—Por suerte, antes de irme yo vendí muchísimas cosas para tener dólares y llevármelos a Miami para preparar algunos negocios que ahora dejé montados allá... Pero Raydel trajo un camión e hizo una mudada... ¡El colchón! ¡La jarra de hervir el agua para matar los bichos!

—¿Y tú lo denunciaste a la policía?

Bobby comenzó a negar con la cabeza, como si se opusiera a algo muy recóndito.

—¡Todavía estoy enamorado, chico!... Si lo denuncio, lo meten preso y...

Conde lanzó por la ventana la colilla de su cigarro. Se impuso no juzgar a Bobby y sus debilidades amorosas, pues él mismo había hecho varios disparates con las suyas. O todos los disparates..., aunque siempre con mujeres, se advirtió —machista— otra vez a sí mismo.

—¿Y cuándo fue que regresaste de Miami?

—Hace... ocho días —calculó Bobby.

—¡Uf, ocho días es un siglo...! ¿Y... y qué tú quieres que yo...? —empezó Conde pero se detuvo, alarmado, al entender al fin lo que estaba ocurriendo y cambió el rumbo—. Coño, Bobby, ¿cómo tú me localizaste?

—Por Yoyi el Palomo, claro... Yo le pedí que no te dijera nada, para darte la sorpresa...

Conde observó a su ex compañero de estudios no como si ahora fuese un

gay teñido y depilado, un creyente y hasta un comerciante con tentáculos en La Habana y en Miami, sino un extraterrestre.

—¿Y de dónde tú conoces al Palomo?

—Del negocio...

Era Conde quien negaba ahora con la cabeza. Cada vez entendía menos. O más.

—A ver, Conde —trató de razonar Bobby—. Dos o tres veces yo he hecho negocios con Yoyi, de libros valiosos y algunos cuadros de pintores cubanos. Y cuando él se enteró de lo que me había pasado, como ya sabía que tú y yo nos conocíamos del pre, que éramos amigos..., me recomendó que viniera a verte. Dice que aunque ya no eres policía tú a veces te dedicas a encontrar gentes y cosas... Y como yo tengo confianza en ti...

Conde no tuvo más opciones que sonreír: por lo pequeño que era el mundo para que Bobby terminara siendo, por vía de su socio el Palomo, el comprador de algunos libros valiosos que él mismo había conseguido localizar en sus cacerías habaneras; porque su cofrade comercial funcionara además como su agente promotor para un trabajo de detective privado, y porque, en honor a los viejos tiempos, lo halagaba escuchar a Bobby afirmar que eran amigos y confesar que tenía confianza en él.

—Coño, Bobby, pero tú estás loco en hacerle caso al Palomo...

—Ay, mi amigo, tienes que ayudarme —lo interrumpió Bobby tomándole una de las manos con las dos suyas—. Yo no quiero denunciar a Raydel, ni siquiera espero que me devuelva algunas cosas valiosas..., pero mi Virgen de Regla...

—¿El tipo cargó hasta con los santos?

—Ya te dije que con todo, Conde, con todo... Menos con los collares y los mantos de Yemayá. Parece que cogió miedo y ni tocó eso... Pero la imagen de la Virgen de Regla sí se la llevó.

—Y tú quieres recuperar una virgen que puedes comprar en cualquier tienda...

—¡No es una virgen cualquiera, Conde! Es la mía, ¡la mía!... ¡Es mi madre!... —Bobby suspiró, como si estuviera muy afectado—. Imagínate, esa Virgen de Regla era de mi abuela, a ella se la regaló su papá cuando era chiquita. Y cuando me fui a hacer el santo, y salió que tenía que recibir a Yemayá, que también es la Virgen de Regla, ¿sabes?, ella me la regaló... No, chico, no es una virgen cualquiera... Mira, mira qué belleza.

Bobby, incluso con un leve temblor en las manos, asió el sobre de Manila que había acomodado en la mesa y sacó dos fotografías a color de 5 7 centímetros. En una aparecía él mismo, algunos años más joven, vestido de blanco y con el cuello cargado de collares rituales, ante un pequeño altar de pared donde se destacaba la efigie de una Virgen, de rostro y extremidades negras, sentada en una silla con reminiscencias de trono, en una postura mayestática, y ataviada con una capa azul, fileteada de blanco plata. Sobre la testa, una coronita de oro, superpuesta a lo que parecía una especie de tocado de aire regio. De pie, sobre su muslo derecho, rodeado por su brazo, un niño Jesús, tan negro como ella, aparecía inclinado hacia el pecho materno, mientras sostenía una esfera en su mano izquierda y levantaba la derecha. El brazo derecho de la virgen, por su lado, parecía extendido hacia el frente, pero Conde no vio la mano de la figura. Tomando como referencia el cuerpo de Bobby, calculó que la efigie debía de tener unos cuarenta o cincuenta centímetros, lo que la hacía algo mayor que muchas de las imágenes fabricadas en serie, dedicadas a poblar altares domésticos.

—¿A la virgen le falta la mano derecha?

—Sí, parece que se le partió en algún momento. Yo siempre la recuerdo así, sin esa mano... Pero, dime, querido, ¿no es linda?

La otra foto era un retrato de tres cuartos de la virgen: ahora Conde observó mejor sus facciones, sin duda más mediterráneas que africanas a pesar de su negritud, con un reflejo verde o azuloso bastante desvaído en los ojos, quizás algo rasgados. Su rostro era de una belleza apacible y profunda que, desde la madera negra y brillante, conseguía transmitir una patente sensación de bondad y, a la vez, de hierática firmeza, potenciada por su postura regia.

—Sí, es linda, la verdad... Y extraña, ¿no? —admitió Conde, y volvió a ajustarse las gafas a las que había acudido para observar las fotografías, pero aun así cerró un poco los párpados, para ayudar a sus pupilas gastadas por los años a realizar un nuevo repaso de las imágenes—. Yo no sé mucho de esto, pero creo que nunca había visto una Virgen de Regla así, sentada... Además, tiene algo...

—Pues por eso estoy aquí, viejo. Porque tiene algo... Esta virgen es una reliquia, está con mi familia desde hace ni sé cuántos años... ¡Y es poderosa! ¡Poderosa de verdad! Conde, necesito que me ayudes a encontrar a Raydel y que me devuelva a mi virgencita. Nada más puedo confiar en ti, chico. Tienes

que ayudarme, por los viejos tiempos, por la amistad, ¿no?

Apenas Bobby salió de su campo visual, Conde marcó el teléfono de la casa de su amigo Carlos y le contó el extraordinario encuentro recién sostenido. ¡Bobby Roque en persona! ¡Bobby destapado! ¡Santero y negociante! ¡Robado en alma y bienes por un Adonis santiaguero! Y Carlos le hizo prometer que, en cuanto tuviera un chance, se llegara a verlo para que le contara en detalles la fabulosa reaparición de Bobby Roque Rosell. Y que de camino comprara una botella de ron, por supuesto. Y que no se olvidara de que faltaba un mes para su cumpleaños y ellos... Conde se despidió.

Necesitado de respuestas y alivio a sus asombros, tomó un taxi particular en la calzada del barrio. En el trayecto hacia la casa de Yoyi el Palomo, fue meditando en lo que le había sucedido. Su antiguo compañero quería contratarlo: la amistad era la amistad; pero los negocios, los negocios, dijo Bobby, y le ofreció pagarle sesenta dólares diarios (la palabra sesenta empezaba a mejorar su fonética y sobre todo su semántica) y mil si le recuperaba la virgen. ¿Tan fuerte resultaba su devoción por una imagen específica? ¿No era, como otras muchas, un pedazo de madera tallada o de yeso al que los atributos externos (ropas, coronas, pinturas) le daban su forma física definitiva? ¿El hecho de que constituyera una especie de reliquia familiar resultaba tan importante para el nuevo y más auténtico Bobby? ¿Y qué quería decir la afirmación de que era poderosa?... Conde, que a pesar de su latente misticismo se consideraba una mezcla de agnóstico con ateo, no se sentía capaz de entender tal relación de dependencia mística, casi amorosa, con una pequeña figura cuyo valor espiritual solo se debía a lo que ponían sobre ella los devotos y, en aquel caso, a su relación familiar, más tangible y entrañable.

Yoyi lo esperaba en el portal de su casa, enfundado en un pantalón blanco de lino y una camiseta impoluta contra cuyo tejido se marcaba la quilla de su pecho de palomo. Sobre el promontorio óseo refulgía una pesada medalla, colgada de la gruesa cadena de oro..., una medalla con la imagen de la Virgen, en su versión de la Caridad del Cobre cubana. Junto al bordillo de la acera, con el hocico apuntando hacia el centro de la ciudad, estaba aparcado su Chevrolet Bel Air descapotable de 1957, más reluciente que nunca gracias

a la reciente pintura de laca que, tal vez la Virgen sabría por qué caminos, le había llegado a Yoyi desde la mismísima fábrica de Ferrari.

Los hombres se dieron la mano y el recién llegado se dejó caer en uno de los sillones del portal, y lo movió para quedar frente a su anfitrión.

—¿Entonces ya te fue a ver el cliente? —preguntó Yoyi, con su mejor socarronería.

—Hace una hora se fue de mi casa...

—¿Y qué te pareció Bobby? Es un personaje..., y cuando me contó lo que le había pasado, me dije: ¡negocio para el Conde!

—¿Y por qué no hablaste conmigo primero, compadre?

—Coño, men, porque Bobby me había dicho que tú habías sido amigo suyo y porque yo sé que todo lo que tiene que ver con el pre de La Víbora a ti te interesa, y..., ah, claro, y porque como soy tu agente comercial sé que te viene bien ganarte esas cien cañas diarias que...

Conde levantó una mano para detener el discurso del otro.

—¿Cuánto dijiste?

Yoyi lo miró con intensidad y se mantuvo en silencio, como al acecho. Se había oído algo. Si Yoyi tenía una cualidad notable era su olfato mercantil y financiero. Y si tenía otra era que, a pesar de comportarse como una fiera en los negocios, los realizaba con honestidad y transparencia. Y si le hubiera hecho falta tener alguna cualidad más, ahí estaba su debilidad por el Conde: porque a pesar de ser unos veinticinco años más joven que su aliado en la compra y venta de libros viejos, Yoyi le profesaba una inamovible amistad al ex policía, no solo porque una vez lo había salvado de un robo con paliza incluida que pudo haber sido hasta mortal, sino porque entre ellos se sentían cómodos haciendo negocios, sin temores a posibles traiciones. Desde hacía años Yoyi expresaba aquella debilidad protegiendo a Conde: como ganaba tanto dinero con sus muy diversificados tratos comerciales —su espectro era infinito, más que amplio—, recompensaba al amigo menos hábil para buscarse la vida y, de vez en cuando, por caminos que no resultaran onerosos, lo salvaba de la miseria. De la fuácata, como ellos solían llamarle al estado de inopia en que casi siempre vivía el policía renegado.

—Dije cien, men. —Yoyi habló entornando los ojos, como si necesitara enfocar mejor a Conde, que negaba con la cabeza.

—Sesenta diarios y mil por recuperar la virgen...

—¡Pero será cabrón! —saltó Yoyi—. Habíamos quedado en cien diarios,

más los gastos y dos mil por la virgen...

Conde sintió cómo el corazón le saltaba en el pecho.

—¿Pero, Yoyi, tanto...! ¿Por una Virgen de Regla?

—¿Qué tanto ni tanto, Conde? Esa Virgen de Regla es una talla del siglo XIX que trajeron de Andalucía y seguro vale un dinero... ¡Y Bobby está podrido en plata! ¿Tú sabes cuánto les sacó a los dos cuadros de Portocarrero, al de Amelia Peláez, al de Montoto y a unos dibujos de Bedia que se llevó para Miami?... Después de la inversión y de pagarles a todos los que tenía que pagarles para sacar los cuadros de aquí se quedó con setenta rayas limpias de paja y polvo, men. Así, de una mano para otra. ¡Setenta mil dólares! ¡Y tú no te imaginas quiénes son algunos de sus clientes aquí en Cuba y las cosas que ha vendido Bobby!... ¿No oíste hablar de unos paisajes falsos de Tomás Sánchez que andaban circulando por Miami?

Ahora el corazón de Conde se detuvo: ¡setenta mil dólares de ganancia en un negocio y cuadros falsos en el ambiente! ¿Y todos ellos alguna vez habían pensado que Bobby era comemierda?...

—Déjame eso del dinero a mí. Lo tuyo es buscar al bugarroncito ese y ver dónde coño fue a dar la dichosa virgen... y ganarte esa plata.

Bajo los efectos de la conmoción, Conde asintió varias veces, dedicado a cachearse cada uno de los bolsillos en busca de la cajetilla de cigarros, sin recordar que la había colocado, junto al mechero, en la mesita de hierro y cristal del portal. Cuando al fin descubrió el paradero de los cigarros, encendió uno para sosegarlo con la nicotina.

—Nosotros en el pre siempre creímos que el tipo era bobo... además de medio maricón.

El Palomo al fin sonrió.

—Pues si era bobo, se curó completo, porque ahora es un tigre en eso de comprar y vender cuadros y sacarlos de Cuba cuando hace falta... En lo otro calcularon muy por debajo. Porque es maricón y medio, como habrás visto, ¿no? ¡Y cómo lo goza!

Conde apenas había escuchado las apreciaciones de Yoyi, pues su mente andaba enfrascada en sacar cuentas. ¡Cien dólares diarios! Ya hacía cuatro o cinco años que había aparecido en La Habana el pintor Elías Kaminsky en busca de ayuda para completar la historia de su padre, el judío Daniel, y por sus servicios en la pesquisa Conde había recibido una buena cantidad de dólares. Pero desde entonces había transitado por un túnel oscuro, pues el

negocio de la compra y venta de libros resultaba cada vez más paupérrimo, tanto que hasta andaba pensando reciclarse y encontrar otro modo de supervivencia, como alguno de sus colegas.

—Bueno, men, no te preocupes por lo de la plata... Porque vas a hacer ese trabajo, ¿verdad?

Conde se perdió ahora en otros cálculos mentales: ¿cómo coño haría para encontrar en La Habana o sabe Dios dónde a un tipo que no quiere que lo encuentren?... Únicamente con la ayuda de la policía, se respondió.

—No va a ser fácil —admitió, y terminó de fumar.

—Para eso te pagan, men... Bueno, te invito a comer ahora... A las nueve tengo que estar en El Vedado para ver a una jevita ahí... —dijo y señaló su Bel Air.

—¿Y cuál es el menú de hoy? —preguntó Conde, siempre dispuesto a asombrarse con los platos que solía regalarse su socio. Para satisfacer sus gustos *gourmet*, el ex ingeniero Jorge Reutilio Casamayor Riquelmes, alias Yoyi el Palomo, había conseguido una cocinera (la mujer se vestía de blanco y hasta se cubría con gorro de chef) capaz de prepararle las exquisiteces que se le antojaran, y que (por tratarse de Yoyi, decía) se dedicaba, además, a plancharle sus pantalones y camisas de hilo o lino con un arte también exquisito, heredado, según ella, de su abuelo tintorero y filipino.

—Le dije a Esther que hiciera algo ligero, porque si voy a ver a esa jevita..., ya tú sabes... Y nada, tiró un arroz con vegetales, una ensalada con muchas hierbas y un gazpacho. Es bueno para este calor...

Conde había ido ascendiendo por la enumeración y, con su final anticlimático, sintió como si cayera por un barranco. ¿Ya? ¿Eso era todo? ¿Arroz y hierbas? ¿Las dietas que lo perseguían eran una conspiración contra su apetito? Observando la cara de Conde, el Palomo sonrió.

—Y dos filetes de res completos, Conde... A la *dutch*, con mucho pimiento verde... ¡Porque yo sabía que tú venías para acá! Mira, men, fue una premonición, y me la sentí aquí. —Yoyi clavó sus dedos debajo de la tetilla izquierda, escorada en la pendiente de su pecho de paloma.

—Yoyi, no jodas, el de las premoniciones dolorosas aquí soy yo... —reclamó Conde su patente premonitoria—. Y, por cierto, ¿todavía las vacas existen? ¿Y tienen filete?

Sintió con creciente alarma cómo comenzaban a rodearlo, incluso a agredirlo, empeñados en doblegarlo. A él le parecía bien que todos quisieran salvarse, pero lo más peligroso resultaba que, de paso, pretendieran salvarlo a él. ¡Infusión de manzanilla en lugar de café!... ¡Y de contra sin azúcar! ¿Tan viejo y jodido lo veían?

Conde observó cómo Tamara, protegiendo la tapa de la tetera de porcelana, vertía el líquido verdoso en las tazas fileteadas en oro. Como siempre, se admiró de la elegancia y precisión de sus gestos, armónicos y aristocráticos, tan distantes de sus bárbaros modales de pelotero frustrado. ¿Por qué esta mujer me soporta... y hasta se acuesta conmigo?

A sus cincuenta y siete años Tamara parecía tener diez menos. Sus dietas, ejercicios, tintes y cremas (italianas, caras y eficientes, enviadas desde el más allá por su hermana gemela Aymara) tenían tan fuerte efecto positivo como negativo resultaba para el Conde su alimentación disparatada, su consumo de cigarrillos y alcohol y las exposiciones al sol canino de la isla en las diarias peregrinaciones en busca de libros comprables. Esa noche, además, como para hacerle evidente lo que solía perderse durante sus ausencias, Tamara lo había esperado ataviada solo con una bata de dormir casi transparente, sin sostén, y con una tanga negra que apenas cubría la cañada de su protuberante trasero de siempre, duro y resistente al paso del tiempo. Al llegar, el hombre la había contemplado de arriba abajo, de frente y por la retaguardia, y se congratuló al sentir un leve recogimiento de su escroto y un alborozo prometedor en su pene.

Mientras bebían la manzanilla —él se negó a tomarla sin azúcar—, Conde le contó la noticia del día: la materialización de Bobby desde el olvido. A ella le pareció increíble que el ex compañero fuera santero y negociante, aunque no le asombró demasiado la constatación de su preferencia sexual y sonrió con deseos al ver la foto que Conde le mostró.

—¿Ya no te da urticaria relacionarte con un gay? —lo aguijoneó Tamara, conocedora de todos y cada uno de los muchos prejuicios de su amante.

—Tú sabes que me curé hace rato... O mejoré bastante.

La mujer asintió. Él la observó otra vez: sí, seguía siendo bella.

—¿Y qué vas a hacer para encontrar al tal Raydel? —preguntó ella, y él tuvo en ese instante la certeza de que sus cualidades de rastreador estaban decayendo a una velocidad tan espantosa como el paso del tiempo hacia la

decrepitud.

—Estoy comiendo mierda... Ni le pregunté a Bobby si tiene una foto del muchacho. Espero que tenga alguna...

—Y si regresó a Santiago, ¿qué vas a hacer, Mario?

Tamara parecía en verdad intrigada. Sabía que Conde era capaz de irse hasta Santiago de Cuba y quedarse por allá semanas y meses, extraviado en un bosque de botellas de ron.

—Bobby piensa que está aquí en La Habana. Para vender mejor todo lo que le robó. En Santiago parece que la gente está en la fuácata. Peor que aquí...

Con disciplina, Conde terminó su cocimiento y encendió un cigarro. Le costaba trabajo concentrarse teniendo frente a sí la desnudez traslúcida de Tamara. A pesar de que estaba a punto de entrar en la tercera o en la cuarta edad, o tal vez agravado por tal circunstancia, su sentido de la atracción por los encantos femeninos seguía vivo e, incluso, muy alterado: quizás más que en tiempos pretéritos de mayor vigor físico. Como si fuera abducido o imantado, Conde solía volverse en cada ocasión que pasaba a su lado una mujer bien proporcionada (en sus cánones estéticos y geométricos la buena concordancia incluía un par de nalgas turgentes) y se le iba la vista tras un botón de blusa abierto, o se deleitaba ante un rostro de mujer que le resultara atractivo. A lo largo de su vida el gozo de la contemplación —y si era posible la degustación objetiva, material— de la belleza femenina lo había perseguido y se había desarrollado como la capacidad propia de un rastreador de olfato entrenado: si subía en una guagua, sus ojos encontraban a la muchacha más hermosa; si se cruzaba con una mujer bien dotada y uniformada, sentía un alboroto hormonal; si veía una película, se alteraba con los encantos prometidos o exhibidos (¡cómo le gustó la Stefania Sandrelli de *Nos amábamos tanto*, la Candice Bergen de *Vivir por vivir*; la de veces que se masturbó recordando la desnudez de Sônia Braga en *Doña Flor y sus dos maridos!*... ¡Y qué malas y flacas estaban las actrices de ahora, por Dios!). Y a pesar de saber que sus impulsos ya resultaban más estéticos que físicos, no podía controlarlos y solía liberarlos en cada ocasión propicia. Aunque solo fuera visual, la degustación de los atractivos femeninos lo alimentaba: chupaba belleza, magnetismo sexual; paladeaba la curiosidad por asomarse a los infinitos misterios físicos y mentales de las mujeres y, como un vampiro, se relamía tras la succión y rejuvenecía. Por ello, nunca había sido ni sería

capaz de entender a Bobby y los de su sindicato: ¿cómo es posible que alguien sienta atracción por un ser peludo, tosco, con esas cosas feas colgantes entre las piernas cuando existía la otra posibilidad llena de delicadas protuberancias, coronaciones perfectas, concavidades amables y envolventes?... El gran premio de su vida erótica, sexual y sobre todo de consumo estético con los cinco sentidos le había llegado con la posibilidad de amar a Tamara, la muchacha más bella del pre de La Víbora. La misma Tamara que, cuando eran muy jóvenes, compañeros de estudio y él se babeaba solo con verla, solía mirarlo como si fuese un insecto poco interesante. Años después, cuando recuperó el contacto con ella, nada más y nada menos que por haber recibido la misión policial de hallar a su marido, esfumado el último día de 1988 (el hijo de la grandísima puta de Rafael Morín, oportunista y corrupto), y coronó la faena acostándose con ella, Conde entró en una fase diferente de su existencia: la de no creerse lo que tenía y absorbía, la de preguntarse una y otra vez cómo era posible que aquel animal magnífico pudiera sentir alguna atracción por un desastre como él. Al cabo de otros muchos años, la relación con la mujer se había asentado tanto que no consideraron necesario formalizarla de manera legal, pues se sintieron satisfechos viviendo en una especie de noviazgo eterno, un estado humano complementario y más complaciente por no llevar las cargas de una convivencia desgastante. Aun así, Mario Conde todavía miraba a Tamara, en noches como esa, y se preguntaba: ¿será verdad? Y en voz alta:

—Por cierto, ¿quién te regaló ese anillo de compromiso tan bonito que llevas? —comenzó por el ritual que tanto le agradaba y repetía en cada ocasión propicia. Tamara lo complació con la respuesta esperada.

—Me lo regaló mi marido —susurró complacida.

—¿Porque estás casada?

—No..., pero casi casi —siguió ella repitiendo el guion, y exhibió el anular—. Por eso me regalaron este anillo.

Conde consideró que podía acelerar la acción.

—¿Y dónde es la fiesta?

Tamara sonrió.

—Creo que por aquí cerca.

—¿Y hay que vestirse así? —La recorrió con la mirada y la punta del dedo.

—¿Te gusta?

—Me encanta.

—¿Todavía?

—Más que nunca.

—Pero llevabas dos días sin venir...

—Estaba haciendo ejercicios... Para coger fuerzas... A mi edad...

—¿Y cogiste fuerzas?

Conde hizo como que pensaba antes de responder.

—¿Hacemos la prueba a ver? —Y se ponía de pie, rodeaba a la mujer y comenzaba a besarla en el cuello, a acariciarle los senos, para hacerle sentir en la cañada de las nalgas la presencia de su músculo ya despierto, dispuesto a probar fuerzas: contra la gravedad y los años, con la ayuda de la belleza de aquella hembra, su olor a piel limpia y el sabor a frutas dulces que siempre, siempre, flotaba en su saliva y su aliento.

El sonido de la puerta que se cierra lo arrebató del sopor profundo, tan vacío y prolongado que ya es indoloro, atemporal. Quiere llamar a la mujer, saberse en compañía, burlar esa soledad abismal y avasallante, anticipo de soledades mayores, pero no consigue que las palabras pensadas se conviertan en palabras dichas. Se siente abandonado, se percibe etéreo, se sabe casi final. Hasta allí ha llegado. Con la lentitud de lo vencido abre los ojos y se mira los pies: es lo mejor que puede hacer, quizás lo único. Siempre que ha estado ante una coyuntura empeñada en torcer su vida, en algún momento se ha mirado los pies, con conciencia o sin ella de por qué lo hacía, empujado por una exigencia recóndita, como si respondiera a un llamado superior. Sabe que otros han preferido observarse la cara, los ojos, el rictus de los labios, descubrir en esos rasgos, o al menos intentarlo, las trazas de la alegría, la angustia, la expectación: hallar respuestas incluso. Otros, las manos: manos que han hecho cosas gloriosas, repugnantes, irreversibles. También hay quienes se contemplan el sexo, conscientes de que el generador de las decisiones humanas, de la felicidad o las desdichas más abrumadoras a veces, muchas veces, se refugia allí, pudorosa o impudicamente. Pero, desde que era un adolescente montañés, él se ha mirado los pies, dominado por una extraña atracción en la cual se han mezclado en dosis variables las sensaciones de propiedad y ajenidad, de cercanía y distancia. En esos extremos de su anatomía, ahora deformados, ya inútiles, en muchos sentidos se ha resumido lo que ha sido y no ha sido su vida, porque con los pies ha hecho sus caminos escogidos o exigidos, la existencia que ha podido tener, en realidad la que le han dejado tener. Sus pies han sido los caminos recorridos: de la inocencia a

la culpa, de la ignorancia al conocimiento, de la paz a la muerte, del paseo placentero y el pesado acarreo montaraz a la fuga sin retroceso; empujado por la zozobra y el miedo, ellos lo pusieron en marcha y, ahora, al fin exánimes, lo encaminan por el último sendero. Antoni Barral sabe que dará un paso irreversible, el que lo acercará a su madre Paula, a su padre Carles, al pobre tonto de su hermano el Andreu, mártir inútil y equívoco de la guerra, de lo peor de una guerra. Sí, hasta allí ha llegado con sus pies. Y lo demás será silencio.

Rezumando humores sanguinolentos por las escaras que le cubren la espalda y las nalgas, inhalando y exhalando con alarmante conciencia de su respiración, exhausto por una lucha que sabe perdida, tendido para siempre, insiste. Bien sabe que quizás mira por última vez sus pies de uñas torcidas, tan fáciles de encarnarse, y examina los dedos de coyunturas demasiado protuberantes, que ahora lo son más, puro hueso y pellejo curtido. Sus pies que fueron de andarín y ya apenas son impotentes extremidades muertas de alguien que aún no ha muerto. La sensación de extrañamiento termina por imponerse a la de pertenencia, pues lo invade la impresión de que esos pies observados ya no son suyos. Ya nada es suyo. O sí: todavía Ella es suya, como no podrá dejar de ser, antes y ahora, y por eso abandona la contemplación magnética de los pies.

Apenas levanta la vista y la encuentra en su pedestal, dueña del tiempo, de todo el tiempo, y de su inefable poder. Mayestática, negra y poderosa, iluminada por la vela perfumada que la mujer ha encendido antes de abandonar la habitación para dejarle algo de luz y un aroma apenas capaz de combatir el tufo agrio de la muerte. Y Ella es suya porque Ella lo condujo hasta allí, al final de su vida imprevisible, jamás imaginada, construida a golpes. Y Ella lo acompañará más allá, cuando sus pies den el último tropezón y lo entreguen en manos del Creador para que lo juzgue y condene por los pecados cometidos. Incluso el mayor, el pecado mortal advertido en los mandamientos y para el cual no hay perdón, aun con sus atenuantes. El homicidio que durante años se ha dicho que cometió por Ella, por salvarla a Ella.

Agobiado por la presión de la culpa que nunca ha logrado exorcizar, perseguido desde hace más de cincuenta años por la mirada de un muerto que no entendía su muerte y por el dolor de no haber podido siquiera cavar la tumba de sus seres más queridos, estudia una vez más sus pies. Recuerda

entonces cómo, en la luz difusa de la bodega pestilente y húmeda de un mercante, se había sentado frente a la imagen nigérrima y brillante de Ella, justo antes de calzarse las renegridas y casi deshechas alpargatas con suelas de esparto para disponerse a dar el salto a lo desconocido. También en ese instante se había detenido a observarse los pies, con la recurrente conciencia de que habían sido y seguirían siendo los conductores de su destino. En esa ocasión había contemplado unos pies percutidos, infectados de hongos supurantes, pero jóvenes y firmes, tan cercanos y propios como nunca los había visto y jamás volvería a verlos. Y confió en ellos y en Ella para salir del trance, como había salido de otros.

Dieciséis días de navegación transcurrieron desde que, como una rata subrepticia, se había deslizado en el mercante de bandera francesa en el puerto vasco de San Juan de Luz. Sin la menor idea del punto de la tierra adonde, si sobrevivía, podría llevarlo la nave, él la había escogido por el simple procedimiento de ser, entre las embarcaciones dispuestas a hacerse a la mar, la más factible de abordar. El joven apenas sabía que cualquier destino era preferible a los que se habían alzado en su horizonte desde que la Historia se metió en su vida en forma de guerra y lo puso a moverse al ritmo de los tiempos. Justo a él, que había vivido —o eso había creído— en un recodo perdido del tiempo, o en el tiempo sin tiempo en el cual, por los siglos de los siglos, se había gastado la vida de sus antepasados. Un transcurrir que ni siquiera merecía una denominación que implica movimiento, pues, si acaso, había sido un estadio plagado de círculos repetitivos y desgastantes que solo se abrían para permitir la entrada y propiciar la salida del breve tiempo terrenal concedido al hombre por el Creador.

Luego de embarcar, había montado su refugio de polizón en la última bodega del mercante, tras los barriles de manteca de los que brotaba un vaho grasiento. Creía saber a lo que se arriesgaba si era descubierto. Había leído y escuchado historias de polizontes azotados, incluso lanzados al mar, sabía con toda certeza que si la navegación se dilataba y se acababan las provisiones tendría que asumir aquellos riesgos. Para resistir, cargaba con él, en la misma saca carbonera con la que había hecho todo su peregrinaje, un par de garrafas de agua, dos hogazas de pan oscuro, un papel de estraza

donde envolvía las tres docenas de aceitunas compradas con sus últimas monedas y la cuña de queso cabrío, demasiado oloroso para su gusto, que había robado en la feria de la ciudad, además de la efigie oscura de Nuestra Señora de La Vall. En su cintura, el cuchillo montaraz que había demostrado ser bueno para todo: mondar, cortar, serruchar, si era necesario, afeitar. Incluso para matar. Pero Antoni Barral contaba también con algo que le parecía mucho más importante: su entrenamiento de cabra montesa, su juventud de dieciséis años recién cumplidos. Y sus pies. Y el poder nunca desmentido de la Virgen negra.

Al día siguiente de haberse escurrido en el mercante, sintió el rumor ferroso del levado de las anclas, seguido por los temblores profundos de los motores puestos en marcha. Y a Ella se encomendó mientras se persignaba. Relajado por saberse en movimiento, durmió varias horas, no supo cuántas, hasta que lo despertó el cambio de ruido y ritmo. ¿Por qué se detenían? ¿Dónde? Antoni Barral se arrastró hasta el último rincón de la bodega y se hizo un ovillo. Desde allí vio bajar al depósito a varios hombres cargados con sacas que fueron apilando sobre unas tarimas de madera hasta levantar una montaña. Por lo que decían los estibadores creyó entender que estaban anclados en Burdeos y, apenas terminado el acarreo de cargas, el mercante continuaría la travesía ya sobre el Atlántico.

Cuando la embarcación se puso otra vez en marcha, el joven respiró aliviado, pero se mantuvo en su rincón húmedo donde dejó pasar con paciencia un tiempo que calculó sería el de todo un día cumplido. Entonces decidió que había llegado el momento de asegurar el destino de la efigie de la Virgen negra que cargaba en el zurrón. Con su cuchillo y toda la delicadeza de que fue capaz, destapó uno de los barriles de manteca y, después de besar el muñón de la mano que por su culpa la talla había perdido, sumergió la imagen en la pasta blanca donde, esperaba, a nadie se le ocurriría buscarla. Luego marcó la tapa del barril con una cruz apenas perceptible y volvió a clausurarlo, ajustando las duelas con la forma original.

Después sabría que fueron cuatro los días que navegó en su refugio oscuro antes de ser descubierto. Imposibilitado de abandonar la bodega, Antoni no había contado con la capacidad de su propio cuerpo como elemento delatador. La fetidez de sus deposiciones y el vaho de la orina, sumados a las emanaciones de su piel, crearon un tufo del cual él mismo, con el olfato embotado por la atmósfera viciada de la bodega, no tuvo conciencia

pero que alertó al marinero enviado en busca de sal. Acompañado por otro navegante, armado cada uno con una linterna sorda y un pequeño garrote, los marineros le exigieron a quien fuera que se había escondido en la bodega salir de su escondrijo antes de que ellos lo sacaran de malas maneras. El joven polizonte, convencido de que no existía escapatoria posible, abandonó al fin su refugio y avanzó hacia los dos hombres, que lo miraron con la dureza propia de quienes han descubierto a un ladrón: porque eso y no otra cosa es un polizón que roba un viaje por el cual no ha pagado y para el cual no trabaja.

A lo largo de su existencia Antoni Barral creería que su relación con la suerte siempre había sido problemática. Sin embargo, en los momentos más críticos, la veleta veleidosa de la fortuna había terminado moviéndose a su favor. También en esa ocasión, una de las más comprometidas que atravesaría, su mejor estrella lo iluminó (¿o fue obra de la Virgen?) cuando el capitán del *Saint Martin*, como se llamaba el mercante francés, vio que el pasajero furtivo era casi un niño y decidió conocer su historia antes de elegir una condena. El capitán, Rogelio Flores, era un gaditano con más años vividos en el mar que en la tierra, un hombre que, como pronto sabría Antoni, se ufanaba de ser nieto de Pedro Blanco, uno de los últimos negreros sin bandera que asolaron el Atlántico y quizás descendiente de un mítico pirata medieval, capitán del célebre *Halcón del Temple...* y que había comenzado su vida marinera también como polizonte. Antoni Barral, jugándose todo a una carta, le había contado que era español, catalán, del Pirineo gironés conocido como la Alta Garrotxa, y había huido de su aldea cuando comenzó la guerra, después de que unos anarquistas desaforados detuvieron a su padre Carles y a su hermano el Andreu, acusándolos de burgueses, solo por negarse a que sus cabras fueran socializadas en nombre de la Revolución Libertaria. Por ello, con más miedo de correr la misma suerte que nociones de adónde podría ir, Antoni había cruzado la sierra por un *coll* de montaña solo conocido por los contrabandistas, los pastores y arrieros de la zona, y por donde sabía que no habría peligro de ser descubierto. Ya en tierras de Francia, decidió vagar hacia el poniente y siguió la ruta marcada en el cielo por el Camino de Santiago. Sabía que aquel era el rumbo por donde le habían dicho que, si andaba lo suficiente, alguna vez encontraría el océano del Finisterre, la puerta hacia América. Y así había llegado a la ciudad adornada con un río y un puerto de mar. Allí oyó decir que el *Saint Martin* partía en

unas horas desde el puerto de San Juan de Luz hacia las otras riberas del Atlántico y comprobó que no sería demasiado complicado abordarlo. Al capitán Flores, que a pesar de sus años de vagancia marinera bien sabía de los rigores de la guerra en curso al otro lado del Pirineo de donde él mismo era natural, no dejó de resultarle divertida la idea de socializar cabras, botes de pescadores y gallinas de corral para propiciar un cambio en el mundo. Pero consideró patético el modo místico y empecinado en que sus compatriotas se dedicaban a matarse entre sí, una y otra vez a lo largo y ancho de la historia. Quizás conmovido por tales desmanes, el viejo capitán gaditano decidió que, para ganarse algunas sobras de comida y, sobre todo, el derecho del viaje hasta la escala que harían en La Habana, el joven debía cepillar y abrillantar las partes menos nobles de la nave, empezando por la maloliente bodega e incluidas todas y cada una de sus letrinas y las duchas de los oficiales. Para dormir bajaría a la misma bodega donde se había escondido. Y, como medida elemental de seguridad, su cuchillo montaraz le sería confiscado, sin derecho a recuperación. O podrían decir que había sido socializado.

Catorce días más duró la travesía hasta la primera escala transatlántica, la mítica ciudad llamada La Habana, de la cual alguna vez le había hablado el padre Joan como un sitio donde todo lo bueno y lo malo podía suceder, la ciudad siempre cálida que tan mentada era en viejas y nostálgicas canciones catalanas bautizadas, ni más ni menos, como habaneras. Por su lado, los marineros y el capitán Rogelio Flores aseguraban que la urbe resultaba de las más divertidas y frenéticas del mundo, sitio dilecto de las libertades, las perdiciones, la música y la más exultante belleza femenina forjada por el sol, el aire y las mezclas de sangres propias del trópico. Mientras navegaban hacia aquel puerto y se dedicaba a limpiar suelos y retretes, el joven Antoni invirtió cada minuto en planear su escape del mercante una vez llegado al destino previsto. Sabía, o creía saber, que bajar del barco cargando su virgen negra podía entrañar ciertos peligros de confiscación o socialización como pago por la travesía, y hasta poner en duda las razones de su huida e incluso toda su historia de refugiado de guerra. ¿Quién huye para salvar la vida cargando además semejante trozo de pesada madera compacta? ¿Y si la virgen era en realidad tan valiosa como aseguraba el padre Joan? En cada ocasión que lo discurría, la única opción viable que acudía a su mente era la de lanzarse al mar una vez hecho el ataque: solo que, eso Antoni sí lo sabía, no es lo mismo el mar que las pocetas de los arroyos de montaña en donde, desde

niño, solía chapotear en los días de verano y, a manotazos, mantenerse a flote cuando perdía pie.

Apenas amanecía el decimocuarto día de navegación transatlántica cuando el rumor de los motores cambió su intensidad: el ansiado primer destino del *Saint Martin* estaba a la vista y, en la profundidad de su bodega, Antoni Barral se incorporó, buscó sus gastadas alpargatas y se miró los pies: otra vez estaban en camino. Solo que en esta oportunidad la llegada a algún sitio no dependía de él sino, de manera absoluta, de la imagen de la virgen que, la noche anterior, había extraído del barril de manteca, limpiado, fregado y guardado en la saca carbonera de sus andanzas.

Confiando en que la tripulación y el capitán Flores podrían haberse olvidado de él ante responsabilidades y atracciones mayores, el joven permaneció en la bodega, como un animal al acecho, hasta que escuchó los tres silbidos de la sirena del mercante anunciando su inminente ataque. Luego de encomendarse a Dios y a todos los santos, y de invocar el poder de aquella Virgen negra de la que tantos milagros se contaban, Antoni Barral subió a la cubierta, donde encontró el ajeteo propio del ataque y la expectación por los dos días de lujuria que esperaban a los marineros antes de continuar viaje hacia Veracruz y Recife. De un lado entrevió la ciudad, sus cúpulas, torres y pocas cruces. Del otro, un farallón rocoso que arrancaba de una costa agreste, poblada por unos pocos mangles, de la cual salían pequeños muelles de tablas. Hacia arriba, el escarpado precipicio era coronado por el muro inexpugnable de una interminable muralla tras la cual se alzaba una vieja fortaleza. ¿La ciudad o la roca? Sin pensarlo más, supo que solo podía lanzarse por la borda que daba al farallón y buscar uno de los pequeños muelles salientes. Había mirado un instante las aguas oscuras, pensando otra vez que su vida dependía de la capacidad de flotación de la imagen, y volvió a encomendarse a Ella. Antoni se ató la saca a la cintura, la abrazó y la besó antes de lanzarse al mar y caer en lo desconocido.

Mientras se hundía en las aguas turbias de la bahía, el joven campesino catalán tuvo tiempo de sorprenderse: a diferencia de las pozas de la sierra, aquel mar era cálido como una sopa y tan denso que, cuando sus pulmones comenzaban a clamar por oxígeno, una corriente impulsó la saca con la virgen hacia la superficie y él salió a flote a apenas unos metros de las vigas verdecidas de lo que debían de ser los restos de un muelle. Empujado por la corriente generada por el *Saint Martin* braceó y pataleó con todas sus

energías, como había visto hacer a los perros, y llegó a rozar el madero resbaloso que emergía del mar. Justo cuando las fuerzas lo abandonaban y comenzaba a hundirse, una ola lo sostuvo y consiguió aferrarse al tocón. Acezante, abrazado al tronco oscuro, miró hacia el mercante que seguía su marcha tras una pequeña patana con motor y creyó ver sobre la borda el rostro del capitán Rogelio Flores. Antoni juraría, por el resto de su vida, que el gaditano sonreía y, lo que le resultó más misterioso, que mucho antes de aquella navegación lo había conocido.

Impulsándose con los pies se movió de tocón en tocón hasta llegar a la costa de rocas, y allí se dejó caer, exhausto. Solo entonces comprobó que había perdido sus alpargatas, buenas para andar pero extrañas a los fluidos. Miró sus pies todavía mugrientos y supo que sufrirían con los filos de los arrecifes, pero también se dijo que no sería la primera vez que afrontarían un desafío similar. En la distancia, por la costa, se veían otros embarcaderos, algunas casas, al parecer modestas, aunque le faltaba la capacidad de comparación, pues nada conocía del sitio al cual había llegado. Y aun sin tener la menor posibilidad de columbrar lo que podría ocurrir a partir de ese instante, tuvo la cálida certeza de que se hallaba a salvo.

Fue esa misma tarde mágica, apenas penetró en la pequeña iglesia del pueblito costero adonde había llegado luego de atravesar un caserío de pescadores, cuando Antoni Barral, prófugo, apátrida y asesino, supo que la siempre mentada capacidad milagrosa de la imagen con la que había cargado desde su pueblo era potente, indetenible, universal. Porque en el altar mayor de la ermita levantada a la orilla del mar del distante trópico, vestida con galas y rodeada de velas votivas, otra virgen negra lo miró desde su altura, como si lo recibiera, como si lo hubiera estado esperando, a él o a Ella. Nuestra Señora de Regla, leyó en un pequeño mural donde se anunciaban misas ordinarias y de difuntos, bodas y bautizos. A partir de ese instante tuvo la convicción de que su salvación y la de su Virgen dependían y dependerían de una prodigiosa confluencia de color entre la recién llegada desde una aldea perdida de la Cataluña profunda y su anfitriona americana, también negra, dueña de una ermita desde la que se olía el mar y, más allá, se contemplaba una ciudad de sueños y canciones: La Habana en la que Antoni Barral se asentaría, donde sabría, seis años después, que su padre Carles y su hermano el Andreu habían sido asesinados por unos falsos revolucionarios, y donde también reharía su existencia de un modo que jamás habría podido imaginar.

El sitio en el que se haría invisible, otro, y viviría el resto de sus años hasta llegar a extraviarse, en medio de desvaríos y somnolencias finales, en la evocación de su gran aventura marinera. Donde exspiraría su último aliento.

Esa madrugada el anciano murió solo, sin un lamento, y con los ojos entornados hacia sus pies y la imagen negra de Nuestra Señora de La Vall, iluminada con una vela funeraria perfumada con esencias de lavanda, un olor con el que siempre él había identificado el valle remoto del que los desmanes de la Historia lo habían expulsado.

5 de septiembre de 2014

Bobby era la única fuente posible. Apenas tuvo esa certeza, comenzó a realizar una planificación preliminar, que lo sorprendió por lo que arrastraba de automática y rutinaria. Y Mario Conde casi comenzó a disfrutar de su regreso a las expectativas de la cacería y al despertar de sus sumergidas elucubraciones policiales.

El proceso le pareció una reminiscencia llegada de otra vida, tal vez de una encarnación anterior: porque ya hacía veinticinco años que había dejado de ser policía. Pero, bien lo sabía, el pasado suele resultar pegajoso y él conservaba de la existencia pretérita instintos y reacciones que, para bien o para mal, ya nunca lo abandonarían. Por eso, al salir de la casa de Tamara y decidir la mejor ruta para llegar a la de Bobby, su cerebro comenzó a organizar la información acumulada, a detectar lagunas que debía llenar para encontrar la vía capaz de conducirlo hacia el paradero de un tal Raydel Rojas Dubois y una vieja efigie de bulto de la Virgen de Regla.

Cuando abandonó el auto de alquiler de recorrido prefijado, en la Séptima Avenida de Miramar, se supo equidistante de la costa y de la casa de Bobby. Como si cumpliera un rito, sin pensarlo, bajó la leve pendiente que lo llevaría hasta la rocosa orilla del mar y contempló la superficie líquida, apacible a esas horas de la fogosa y transparente mañana de septiembre.

El mar siempre lo había arrastrado como un imán: ver el océano, disfrutar de su color y su olor, de su misteriosa insondabilidad, le trasmitían una poderosa sensación de empatía y distensión. De promesas de libertad, más que de límite y encierro. Durante muchos años, hacía ya demasiado tiempo,

cuando soñaba con más frecuencia con la posibilidad de entregarse a la escritura de historias escuálidas y conmovedoras como las de Salinger, empleando palabras afiladas como navajas, al estilo de Hemingway, el sueño de tener una casa modesta y fresca frente al mar había sido uno de sus anhelos más recurridos. Escribir en las mañanas, bañarse en la playa en las tardes, pescar en las noches, hacerle el amor a una mujer bella en las madrugadas, respirando el aroma del salitre, embriagado por los murmullos del océano. Una estampa idílica e inmejorable. Pero su vida personal y la vida de su país, conducidas cada una a su manera y ritmo, aunque en una dolorosa confluencia, habían difuminado aquella tibia aspiración, relegándola al rincón de la memoria donde acumulaba las quimeras irrealizadas. Y algunas de ellas ya definitivamente irrealizables.

Ataviado con ese ánimo equívoco ascendió en busca de la morada del viejo compañero del pre. Bobby ahora residía en el corazón de una de las zonas privilegiadas de la ciudad y disfrutaba de una casa de dos plantas de una atractiva construcción, típica de la década de 1950. No, la suerte no había sido del todo adversa para el ex compañero. No con una casa así como propiedad.

Cuando Bobby le abrió la puerta, vestido con unas bermudas y un pullover que le caía como un blusón hasta los muslos, Conde recuperó el pleno contacto con su realidad y misión. De inmediato notó que el interior de la morada había perdido su equilibrio: los pocos muebles parecían dispuestos de cualquier forma, sin armonía con las habitaciones, mientras en las paredes se veían las sombras dejadas por los cuadros desmontados y la luz entraba sin resistencia alguna por las cristaleras sobre las cuales aún se veían los soportes de unos toldos o cortinas esfumados. La obra de Raydel.

Se acomodó en uno de los sillones de hierro fundido colocados en la terraza abierta. Desde su sitio contempló el jardín arbolado donde imperaban unas malangas de hojas verdísimas y unos delicados helechos arborescentes de proporciones jurásicas, sobre un pasto inglés recién cortado.

Bobby reapareció con el café prometido, cuyo aroma ya atormentaba las ansias de Conde. Cuando probó la infusión, de inmediato lo atrapó la certeza de que el polvo mágico filtrado también debía de venir del más allá: ese café había llegado desde Italia o desde Miami y no de una de las tiendas habaneras donde vendían el muchas veces infame café que ahora se expendía en la isla. Saboreó el líquido y esperó a que la sensación se asentara en sus papilas y su

memoria afectiva, para luego completar el placer con el humo del cigarrillo que, por fortuna, seguía siendo buen tabaco cubano. Con un suspiro prolongado, su anfitrión se había sentado frente a él, y había comenzado a sorber su porción sosteniendo la taza con el meñique estirado.

—Bobby, tú y yo nos conocemos hace muchos años —abrió fuego el Conde, al fin preparado para hablar, dispuesto a clarificar posiciones—. Cuando te vi ayer y hablamos, sentí incluso que habíamos sido amigos y debía ayudarte... Pero tú fuiste a buscarme porque necesitabas que hiciera un trabajo, no fuiste a pedirme un favor... Así que, antes de hablar de otras cosas, vamos a dejar claro que estamos haciendo un negocio...

Bobby levantó la mano con la taza para cortar el discurso del ex policía.

—Ya, ya... Yoyi me llamó y me puso como un culo... Discúlpame, Conde: cien por día y dos mil cuando encuentres la virgen. No es que quisiera joderte... Es que no puedo evitarlo: andando entre bandidos, reacciono como un bandido. Perdón, perdón... Mira, hoy te adelanto quinientos dólares... Si la encuentras antes de cinco días, te quedas con lo que sobre...

Conde respiró entre aliviado y aturdido. Hablar de dinero siempre le resultaba complicado, como si se involucrara en un acto pecaminoso, pero la noche anterior Yoyi había dejado muy clara la coyuntura: Bobby tenía dinero, mucho, incluso, y Conde se moría de hambre. Bobby quería recuperar su virgen y Conde era el mejor camino. Palabras de Yoyi: el trabajo hay que pagarlo. Así funcionaba la economía mundial. O debería.

—Gracias, Bobby... Ahora, para empezar, necesito varias cosas. Lo primero es una foto o varias de Raydel. ¿Tienes?

—A mano tengo una sola..., la que está en mi cartera. Él se llevó las demás. Las impresas y las de la computadora..., con computadora y todo, como te imaginarás.

—Me hace falta también una lista de las cosas más importantes que se llevó... Los cuadros que estaban en la sala, por ejemplo. ¿Eran valiosos?

—No, la verdad es que no... Eran grabados casi todos... Los valiosos yo los vendía en cuanto podía. Ya había sacado muchos y después me llevé conmigo para Miami todo lo que era vendible.

—¿Alguna joya o adorno peculiar?

Bobby se puso una mano en el pecho y suspiró.

—No me hagas hablar de eso, que lloro... El anillo de compromiso de mi madre y... Ya, te hago la lista —concluyó Bobby, al parecer afectado.

—Ajá... También quiero nombres y referencias de gentes con las que Raydel pudiera tener relación.

—Hasta donde sé, no tenía familia aquí... Dos o tres amigos. Sé que uno de ellos vive por Centro Habana, y otro creo que por San Miguel del Padrón, en un barrio donde recalán muchos orientales cuando llegan de por allá. Había otro que vive en el Cerro, o por ahí... Son unos delincuenticos, como él... Vivían del invento. O viven... Te pongo en la lista lo que sé...

—A lo mejor ellos lo ayudaron a vaciarte la casa. No creo que pudiera hacerlo él solo.

—Sí, a lo mejor...

—Esos datos los necesito ya... —Bobby asintió y Conde miró hacia el patio. El sol hacía refulgir el verde de las malangas—. ¿Tienes idea de a quién podría venderle Raydel los cuadros y los adornos buenos? ¿Él conocía a tus contactos en el negocio de las pinturas y las cosas valiosas?

Bobby pensó durante unos instantes antes de responder.

—Conocía a algunos... porque vivía conmigo, claro. Pero no creo que vaya a ver a esas gentes, sería como delatarse... En este negocio todo el mundo sabe lo que tienen los otros, porque funciona así. Yo vendo lo que tengo, y si no, trato de vender lo que tiene otro y cobro un porciento... Es una ley no escrita, que casi todo el mundo respeta porque a todo el mundo le conviene... Yo le pregunté a dos personas que saben todo lo que se mueve en este negocio y no han visto ni oído nada... Aunque hay un tipo que es una rata y sí es capaz de comprarle cosas a Raydel. Lo que sea que quiera vender...

—¿Cómo se llama ese personaje?

—René Águila... Un mulato recontracabrón y carroñero... Ahora te doy la dirección.

—Presumo que de las gentes que conoces, nadie sabe nada de Raydel.

—Es como si se lo hubiera tragado la tierra.

—¿Y no habrá vendido todo a alguien que tiene escondidas las cosas y con el dinero de esa venta ya se escapó de Cuba?... Si hace más de diez días que te dio el golpe...

—Lo he pensado, pero...

—Pero ¿qué?

—No es fácil vender todo lo que se llevó. A menos que lo malvendiera... Sí, ve a ver a René Águila, ese cabrón...

—Si lo que Raydel quería era irse con algún dinero... A ver, vamos a

pensar: para vender un colchón, una computadora, unos muebles y tus cazuelas no hay que buscar a ningún especialista, eso lo compra cualquiera si se lo dan barato. Las joyas y las cosas de más valor es distinto, las puede tener guardadas para soltarlas cuando pueda, o a lo mejor pretende sacarlas de Cuba para venderlas mejor, como sabía que hacías tú...

—Eso es lo que dice Eli, Elizardo, uno de los socios con los que hago negocios. Pero, no, no, yo creo que Raydel está aquí en Cuba, Conde, tengo ese presentimiento. —Y Bobby se tocó el pecho, a la altura de la tetilla izquierda. Luego bajó la vista—. Raydel es como un animalito, no tiene dos dedos de frente. Como a casi todos estos muchachos de ahora, a él lo que le gusta es la cochambre y la mierda en que se ha convertido este país, alardear con sus amigos por la ropa de colorines que tiene y el cadenón de fantasía que se ponía en el cuello, meterse unas pastillas con alcohol y salir volando por el techo a ritmo de reguetón... Eso, vivir del cuento y de lo que pueda sacar de su cara linda y de esa pinga grande que tiene... ¡Parece un caballo, chico!

Conde escuchó la descripción de las características subjetivas y objetivas de Raydel, luego de constatar con asombro que en los últimos tiempos todo el mundo sufría de presentimientos y le brotaban del mismo lugar en el pecho. Pero espantó de su mente la imagen de Bobby recibiendo *per angostam viam* la maceta de un caballo.

—De verdad que ese muchacho me rompió el corazón.

«Y otras cosas», pensó Conde, viendo cómo Bobby se secaba un par de lágrimas y negaba con la cabeza, tratando de recomponerse. Conde sintió pena por él y lamentó que sus primeras palabras cruzadas con el amigo esa mañana hubieran tenido un carácter tan vulgar y mercantil. El viejo Bobby, muchas veces denostado por sus compañeros del pre, tanto tiempo reprimido y enmascarado, lo había buscado como su único soporte para recuperar una reliquia familiar y espiritual sin pretender siquiera dañar al malvado que le robaba sus bienes y le había partido el corazón. Una mezcla de compasión, comprensión y solidaridad dominó el espíritu del pretendido detective, rebajándolo a la categoría de simple mortal dispuesto a salir en auxilio de un amigo porque el amigo lo necesita.

Cuando Bobby terminó de escribir los nombres y datos que le había solicitado, Conde dobló el pliego, lo guardó en el bolsillo de su camisa y preguntó:

—¿Cuándo supiste que Raydel te había vaciado la casa?

—Cuando regresé... Yo me olí que algo pasaba, porque desde Miami empecé a llamarlo y él no me respondía.

—Entonces puede hacer mucho más de diez días —calculó Conde, y observó otra vez el inmueble desvalijado—. ¿Y cómo viniste a vivir a esta casa? Es muy agradable... ¿Y tus padres?

Bobby suspiró con la afectación exagerada que tanto parecía gustarle.

—Mi padre sigue viviendo donde siempre, en el Casino Deportivo, ¿te acuerdas?

—Claro, de cuando íbamos a estudiar contigo física y química... Siempre insistía en llamarte Robertón.

—Y mi madre murió hace como diez años...

—Lo siento.

—Aquí vivían mi abuela Consuelo, la madre de mi madre, y su segundo marido, un español que había salido huyendo de la Guerra Civil... Él tuvo cargos a principios de la Revolución, nada importante, aunque él se creía que sí lo eran, y en el despelote que se armó en esa época le entregaron esta casa cuando los dueños se fueron para Miami... Yo vine para acá a vivir con mi abuela cuando me expulsaron de la universidad. Cuando su marido y ella se murieron yo pude heredar la casa...

Conde trató de asimilar la información.

—¿Cómo fue esa historia? ¿Te botaron de la universidad por...? —quiso saber, sin atreverse a completar la pregunta.

—Por eso mismo... Es otra historia larga... y no me gusta hablar de eso... Fue en el setenta y ocho, cuando íbamos a terminar el tercer año de la carrera... El Proceso de Profundización de la Conciencia Revolucionaria, ¿te acuerdas?

—Me acuerdo —dijo, y se mantuvo a la expectativa.

—Nada, me acusaron de ser homosexual... Y era verdad. Yo me había acostado con un muchacho...

—¿De la universidad?

—No, no era de la universidad. Pero ellos se enteraron... ¿Y sabes qué es lo peor?

—¿Hay algo peor?

—Bueno, lo peor es que yo nunca me había acostado con nadie. Ni hembra ni varón... A los veintitrés años todavía era virgen, virgencísimo... Y

en una casa en la playa adonde fuimos un grupo de gentes... caí.

Conde tragó en seco. El sexo como caída y condena. ¿Hasta qué niveles habían llegado aquellos prejuicios y represiones? Él sabía la respuesta a su pregunta, pero nunca podía dejar de asombrarse e indignarse por los desmanes que les habían hecho sufrir en tierras de proclamada libertad y humanismo.

—Sabían toda la historia y yo no pude ni quise defenderme... Haber dado el culo me convirtió en una lacra ideológica y social, casi un delincuente, un enemigo... Me expulsaron de la Juventud y me sacaron de la universidad... Quisieron joderme la vida. Pero yo me propuse no darles el gusto, demostrar que podía redimirme..., porque así pensaba en esa época. Vivía en una guerra constante, entre camuflajes, defensivas, ofensivas y simulacros, creyendo en la redención... Entonces me fui de mi casa, vine a vivir para acá con mi abuela y me impuse seguir siendo hombre. Quiero decir, macho... En el ochenta y uno pude volver a la universidad, al curso para trabajadores. Nadie me preguntó si me habían botado o qué, así que me matriculé de nuevo y terminé la carrera. En esa época fue cuando conocí a Estelita, que era linda, que es un ángel, y empezamos una relación y nos casamos... Y te juro que me sentí feliz, Conde, más todavía cuando nacieron mis hijos. Me creí macho, curado de mi debilidad... Aunque todo aquello iba contra mi naturaleza, contra mi verdadero yo, si quería redimirme no podía dejarme vencer, tenía que ser lo que se suponía que debía ser. Y me reprimía, me controlaba, me vigilaba a mí mismo, me consolaba engañándome y como un drogadicto en abstinencia me felicitaba por haberlo logrado.

Bobby hizo una pausa y se secó el sudor que se le había acumulado en el labio superior. Conde apenas se atrevió a respirar.

—Te juro que me convencí de que lo había logrado... —dijo Bobby, negó, sonrió—. Hasta que apareció Israel y no pude más... Con él supe que mi pretendida felicidad no lo era ni remotamente: solo me portaba como un cobarde complaciente con el ambiente... Israel lo puso todo en su lugar... Entonces sí fui feliz, porque empecé a ser yo, yo mismo, a todas horas, sin vigilancia. Sin miedo, Conde... O con menos miedo... Mis padres se indignaron, pero mi abuela me apoyó. Estelita no convirtió mi decisión en una tragedia, aunque se veía triste... La vida empezó a sonreírme, hasta Yemayá me bendijo... —Bobby volvió a inclinarse y tocar las losas con la yema de los dedos para luego besarlos—. Pero ahora, después de viejo,

calculé mal mis posibilidades con ese cabroncito de Raydel y aquí me tienes, con la casa desvalijada y llorando por los rincones como una Magdalena.

Conde tragó en seco. Para todo aquel discurso no tenía réplicas posibles. Ahora se sentía más mezquino por haber comenzado el diálogo hablando de dinero.

—Voy a buscarte la plata que te dije —anunció Bobby, y se puso de pie. Parecía cansado—. ¿Quieres que cuele más café?

—Si no me lo descuentas del pago...

Conde intentó liberar presión y Bobby suspiró, al parecer apenado. Soltando otro suspiro, entró en la cocina para preparar la cafetera y ponerla en el fuego. Desde allí habló.

—¿Tú sabes que pasado mañana es el día de la Virgen de Regla, verdad?

El otro meditó un momento. Recuperó la imagen de su descolorido calendario y calculó.

—Claro, siete de septiembre —recordó. Cuando era niño, su madre solía ir a las misas del siete y el ocho de septiembre, los días de Nuestra Señora de Regla y de la Caridad del Cobre, dos de las fechas más destacadas del santoral cubano.

Bobby salió de la cocina para seguir hablando.

—Yo siempre invitaba a algunos amigos a celebrar la víspera de la Virgen y de Yemayá... Compraba vino, hacía comida... Pero con esto que ha pasado...

Bobby parecía afectado. Le dio las espaldas y subió hacia las habitaciones de la planta alta, donde debía de guardar el dinero. ¿Todavía se atrevía a tener plata en ese lugar?, pensó Conde, cuando oyó el sonido como de campanas del timbre de la casa.

Desde su posición en la terraza vio bajar a Bobby, casi corriendo, y luego abrir la puerta. De inmediato extendió los brazos ante el visitante, lo abrazó e incluso lo besó en la mejilla.

—¡Dichosos los ojos que te ven! —exclamó el anfitrión, y le dio paso al sonriente recién llegado.

—No jodas, Bobby, que yo vivo a la misma distancia de tu casa que tú de la mía —dijo el otro en tono de amable reproche—. Y nos vimos hace dos días...

—Pasa, pasa, aquí tengo al amigo del que te hablé por teléfono —advirtió Bobby, y acompañó al hombre hacia donde estaba Conde para hacer las

presentaciones—. Bueno —habló, con gestos exagerados, mirando a uno y otro de sus visitantes—, Conde, este es mi amigo Elizardo Soler... Eli, este es mi amigo el Conde, del que te hablé, el que fue policía...

Los dos hombres se dieron la mano, y Conde sintió que Elizardo Soler le retenía la suya unos instantes más allá de lo necesario para el apretón y contacto formal.

—Hay cosas que uno nunca deja de ser —comentó Elizardo con su mejor ironía.

—Eso es verdad. Pero otras no: Michael Jackson era negro y luego se hizo... transparente. Y en mi caso te equivocas: o eres o no eres —refutó Conde, dispuesto a no conceder ventajas.

—Yo más bien creo que ese es un padecimiento crónico —aseguró Elizardo—. Para toda la vida...

—Con tratamiento se alivia. Mucho —reaccionó él, dispuesto a reconocer la agilidad verbal del otro.

Bobby les pidió que se sentaran y volvió a la cocina, el café estaba colando, anunció. Conde miró al recién llegado y sonrió para eliminar cualquier tensión. El otro lo imitó.

Conde aprovechó el instante para realizar su dictamen del visitante: porque aunque ya no lo era, había sido policía, como él bien sabía. Y eso no se podía cambiar, como afirmaba el tal Elizardo Soler, que debía de andar por los cincuenta años y exhalaba seguridad y firmeza. A pesar de que conocía a varios gays sin ningún tic feminoide, pensó de inmediato que el amigo de Bobby solo era eso, un amigo, quizás algo más, pero sin conexión con el sexo. Elizardo tenía el pelo muy negro, en forma de rizos, sin una sola cana. Vestía con una informalidad que le resultó calculada: la de los que saben qué ropa llevar y cómo llevarla, en todo momento. Ropa de calidad. Calzaba unos mocasines color marrón que despertaron todas sus envidias: gritaban que eran suaves, cómodos, empeñados en hacerle la vida más amable a su portador. Por tener zapatos así él era capaz hasta de robarse una Virgen de Regla, pensó, porque venía al caso.

Bobby regresó con la bandeja, las tazas, unas galletas dulces y vasos de agua. De alguna manera parecía excitado o nervioso con la presencia de su amigo Eli y se comportaba locuaz en exceso. Conde ubicó en ese estado mental la inapropiada salida con la que había recibido a Elizardo, al cual daba por perdido cuando en realidad lo había visto hacía muy poco. ¿O habría algo

más?

—Ya te dije, Eli, este hombre y yo somos viejos amigos... Nos conocemos de atrás..., de bien atrás —trató de sonar simpático.

—Aclara el conocimiento, Bobby —reclamó Conde.

—De la prehistoria... Y como es mi amigo prehistórico me va a ayudar a buscar la virgen y las otras cosas, si aparecen... Mira a ver si me rescatas mi computadora, Conde...

—¿Pero cómo vas a hacer si ya no eres policía? —preguntó Elizardo Soler luego de beber el primer sorbo de café.

Él prefirió terminar el suyo antes de responder.

—Aprendí a buscar. Tengo olfato y método...

—Lo dicho: un padecimiento crónico —remató Elizardo con tono triunfal—. Yo sé bien lo que es eso.

—¿Porque también fuiste policía? —se le ocurrió preguntar al Conde.

—¿Policía?... Yo... No, policía jamás —respondió Elizardo, y él se quedó esperando una precisión o aclaración que no llegó, quizás por la intempestiva intervención de Bobby.

—Mira, Conde, Eli es la persona que más sabe en Cuba del mercado de arte. ¡Este hombre es casi una empresa! Con sus especialistas representa a varios pintores cubanos, tiene una galería propia, conoce a una pila de *marchands* de medio mundo... y saca de debajo de la tierra lo que le pidas. Lo que le pidas...

—Y lo hago todo legal —acotó Elizardo Soler, enfático y burlón—. Bueno, yo estoy ayudando por mi lado a Bobby a ver si encontramos esa dichosa Virgen de Regla con la que tiene tanto lío.

—Pero... —Conde dudó en la nominación: ¿Elizardo o Eli?

—Eli, dime Eli —concedió el otro, demostrando que era capaz de leer pensamientos. O que tenía una inteligencia superior y penetrante.

—En fin: ustedes piensan que la virgen tiene un valor como obra, ¿no? —dijo Conde evadiendo la propuesta nominal del otro. ¿Por qué coño ese tipo lo ponía en guardia?, pensó.

—Sí, lo tiene... Aunque ni es tanto ni el que se la robó lo sabe. Eso es lo más complicado. Porque si valiera mucho y Raydel lo supiera, pues sería más fácil saber por dónde pueden ir los tiros. Quién la puede comprar, quién la puede querer, quién preferiría sacarla de Cuba. Por ahí se puede averiguar algo..., digo yo.

—Tienes razón —admitió Conde—. Por eso creo que las joyas van a ser la mejor pista.

—No menosprecien a mi virgencita, caballeros— protestó Bobby—. Es una reliquia...

Conde sonrió y en ese instante supo que, arrastrado por el torrente verbal de su ex compañero de estudios, no había hecho aún la pregunta esencial de cuya respuesta dependía toda su estrategia futura.

—Bobby..., ¿por qué estás tan convencido de que fue Raydel quien te robó? Tú no estabas en Cuba, la policía no ha investigado... Raydel puede haberse perdido por muchas razones...

Bobby asentía en la medida que el otro desarrollaba su razonamiento. Se tomó unos instantes para responder.

—Tiene que haber sido él porque un ladrón cualquiera no se lleva todo lo que él se llevó. Raydel tenía la casa a su disposición... Y también desaparecieron cosas que yo tenía muy escondidas en lugares que nada más él conocía...

—¿Cosas como cuáles?

—Cosas íntimas —dijo Bobby, entre apenado y molesto, y Conde imaginó que tendrían que ver con las costumbres sexuales de su contratador. Y de su novio, el del pene caballuno. ¿Al ecológico Bobby no le bastaba con el atributo orgánico de su amante?

Conde asintió y apagó el cigarro que había encendido tras beber el café. Se golpeó los muslos con las palmas de las manos, indicando el fin de su presencia.

—Bueno, me tengo que ir... Hay que trabajar —dijo, y se despidió de Elizardo Soler con otro apretón de manos que esta vez abrevió—. Por cierto, Elizardo, ¿qué ha sabido usted en sus averiguaciones?

Elizardo volvió a sentarse.

—Poco. O nada... He hablado con gentes bien informadas... Como Raydel se robó también unos grabados, a la primera que fui a ver fue a Karla Choy y la puse sobre aviso... Porque ella no sabía nada del robo. Y si esa china no sabe de algo que anda perdido en este país..., ¡nadie sabe!

—¿Quién es esa china? ¿Una china de China de verdad? —Conde se dispuso a asombrarse.

Elizardo rio. Bobby armó con los labios una breve mueca de desprecio.

—No, es más cubana que la verdolaga. Su abuelo sí era chino. Chino de

China... Pero ella tiene el pelo así, chino, y los ojos un poco así, chinos..., ¡y haciendo negocios sabe más que los chinos! Es una fiera vestida... de china cubana. —Y Elizardo sonrió por su ingenio—. Usa una ropa para que se vea bien el culo y las tetas que tiene...

—Es una vulgar —sentenció Bobby—. Con esas licras apretadas...

—Está buenísima —lo rebatió Elizardo. Y Conde, que conocía algo de la belleza de las chinas cubanas, aceptó por válida la afirmación del amigo de Bobby—. Y tiene clase, no es una vulgar, para nada.

—¿Y también vende y compra arte?

—¡Hasta aviones y submarinos! —soltó Bobby—. Entre sus negocios, tiene una galería en su casa.

—La envidia mata —sentenció Elizardo—. Karla Choy es culta, hábil, persistente... La mejor en este negocio. Y como tiene un olfato... chino..., pues sabe cómo moverse. Nunca entra en terreno minado.

—Tengo que conocerla... —admitió Conde, y realizó un gesto de adiós hacia Elizardo, para evitar otro apretón de manos.

Bobby, por su parte, se disculpó con su amigo para acompañar a Conde. Ya en el portal le entregó un sobre.

—Ahí está lo que te dije. Y el retrato de Raydel.

—Gracias, Bobby... Voy a hacer todo lo posible...

—Yo lo sé, Conde. Tú eres de ley.

—¿Y Eli?

—¿Y Eli qué?

—¿Es de ley?

Bobby abrió muchos los ojos.

—Superlegal, Conde... Hace años que hacemos negocios y siempre ha sido muy serio... Y es un fenómeno: cada vez que Israel me pide algo desde Miami y es difícil encontrarlo, él lo consigue así..., zas.

—¿Y es gay?

Bobby movió las cejas.

—Ojalá..., pero no, es como tú: machista-leninista. ¿No lo oíste hablar de Karla? Se babea cuando la ve... Y él dice que no, pero esa china es un lince...

Conde hizo sus cálculos.

—Bobby, si Eli te está ayudando en esta historia..., ¿por qué no me dijiste nada?

—Pero si te hablé de él como uno de los que conoce mucho del

movimiento de las obras de arte —se defendió Bobby.

—Son dos cosas distintas y tú lo sabes. Ese hombre tiene toda tu confianza y... yo creo que tiene más posibilidades que yo de encontrar lo que te robaron. Él sabe cosas que yo ni me imagino cómo funcionan... Conoce a la gente... Pero me buscaste a mí y no me hablaste de él...

Bobby al fin levantó la mirada. Conde observó que el otro se sentía cogido en falta.

—Es que como estoy seguro de que él no va a estar metido en ninguna componenda con Raydel...

—Bobby, no me respondas si no quieres... Pero, por favor, no me engañes. Van dos veces... que yo sepa. Y eso me complica la vida y me da picazón en la espalda... Nada, te llamo si averiguo cualquier cosa o me hace falta saber algo —dijo Conde, y dio media vuelta. Ahora sentía que tenía algunos puntos de ventaja sobre Bobby. En sus años de policía también había aprendido cómo dejar una presa herida... sin peligro de que muera.

—Tranquilízate, compadre. Te pones más feo de lo que eres.

El mayor Manuel Palacios contemplaba a Conde acumulando toda la intensidad de su disgusto en la mirada, y sus ojos, como solía ocurrirle cuando observaba de aquel modo, empezaron a bizquear.

—¿Tú te crees que yo estoy jugando, chico? —protestó el policía.

Conde le extendió la mano y el otro, desde su silla, se la estrechó. Habían quedado en verse a las once en una cafetería cercana a la Central de Policía, y él había llegado con quince minutos de retraso, sudoroso y agitado.

—El carro en que venía para acá se rompió y tuve que coger otro y... ¿Quieres una cerveza?

—¿Hoy tienes dinero para comprar cervezas en dólares?

—Yo soy un hombre solvente, Manolo, no un policía muerto de hambre como tú...

—Estoy trabajando. O debería estar trabajando y no aquí comiendo mierda... Pídeme un jugo... Pero me debes la cerveza. Las cervezas —aclaró Manolo marcando las eses—. A ver, habla, ¿qué coño te pasa ahora?

Conde llamó a la camarera y pidió un jugo de mango para Manolo y una cerveza bien fría para él.

—Estoy buscando a un tipo ahí... Me hace falta que me ayudes — comenzó a explicar, y se detuvo cuando regresó la joven camarera con el pedido. Manolo lo observó goloso verter la cerveza helada en el vaso.

—¿Quién es el tipo? ¿Qué te hizo?

—A mí nada... A un amigo. Y a lo mejor a otras gentes. Por eso vengo a verte.

Veinticinco años atrás el teniente Mario Conde y el sargento Manuel Palacios habían sido la pareja de policías más eficiente de la Central de Investigaciones Criminales. Manolo, unos diez años más joven que su colega, era obsesivo, dueño de una lógica implacable y disfrutaba su trabajo como policía, por lo que funcionó como el complemento perfecto del teniente y sus métodos heterodoxos de confiar en prejuicios y premoniciones.

Cuando Conde abandonó el cuerpo, Manolo se mantuvo en activo y había tenido un merecido ascenso en grados y en responsabilidades, y ahora era el jefe de la sección de Delitos Mayores, la dirección encargada de asesinatos, grandes robos y tráfico de drogas, entre otras actividades. A lo largo de aquellos años, Manolo había dejado de ser el joven delgado, casi escuálido, que el teniente había apadrinado, y se había convertido en un cuarentón de hombros estrechos, un poco de panza, culo esmirriado y cara de galleta: una obra maestra de la desproporción. Pero había seguido siendo un buen amigo. Por eso en varias ocasiones Conde le había servido a Manolo de consejero y hasta de investigador auxiliar en algún caso extraño o enrevesado. A cambio, el mayor Palacios, desde su posición dentro de la Central, solía facilitarle las cosas cuando el otro se metía en alguna de las búsquedas en las que, a veces contra su voluntad, se había visto envuelto.

Conde había encendido un cigarro y Manolo, como siempre ocurría, le había robado otro, que sostenía entre los dedos, jugueteando con él, mientras su antiguo colega le contaba las tribulaciones de su viejo amigo Bobby Roque Rosell y su virgen esfumada.

—Y me hace falta que veas en tus archivos qué cosa hay de este tal Raydel Rojas Dubois...

—¿Ya tuvo otras jodiendas con nosotros?

—No lo sé, pero no lo dudo. Aunque es muy joven... Por lo menos me hace falta su dirección, si es que la tiene.

—Mucha de la gente que viene de por allá —Manolo indicó hacia un derrotero en el que presumía se encontraba el oriente de la isla— no tiene

dirección fija aquí. No pueden tener residencia legal...

—Como los palestinos —acotó Conde, utilizando la denominación otorgada por los habaneros a los emigrados del este del país.

—Como los palestinos... A cada rato tenemos líos con ellos y es una jodienda para localizarlos.

—Y lo que viene de allá no es siempre lo mejor...

—¿Me lo dices o me lo preguntas? Bueno, hay de todo, la verdad... Pero algunos nos dan unos dolores de cabeza... Vienen desesperados y se meten en cualquier cosa... Y cada día llegan más. A veces hacemos redadas, recogemos a los que nos caen en el jamo, los llevamos de vuelta para Oriente y al mes... aparecen en otro barrio, en otro pueblo, haciendo lo mismo o algo parecido... Hay pueblos de alrededor de La Habana donde hay cientos. Están tan jodidos que trabajan como jornaleros para los campesinos que necesitan mano de obra. Los campesinos les pagan una mierda y los dejan dormir en sus fincas y los orientales les roban todo lo que pueden. Y si tienen un chance, se quedan por aquí, viviendo en cualquier bajareque que levantan con cartones y pedazos de zinc... Son como los espaldas mojadas de Cuba... Ah, y algunos hasta se hacen policías... Bueno, tengo que irme, aquello está que arde.

—¿Cuándo no, Manolo?

El mayor Palacios se puso de pie y dejó el cigarrillo sobre la mesa.

—¿No te lo vas a fumar?

—Ya no fumo, Conde, pero me gusta tener un cigarro en las manos...

—¿Desde cuándo no fumas, Manolo? —La pregunta de Conde destilaba envidia. Odiaba, admiraba, alababa a quienes podían renunciar a aquel vicio pegajoso.

—Desde ayer...

—¡Vete pal carajo, comemierda! —suspiró aliviado. Manolo no era mejor que él: Conde había dejado el cigarro unas trescientas o cuatrocientas veces.

El otro sonrió y se inclinó sobre la mesa para acercarse a su amigo.

—Oye esto: un día un tipo, aquí en La Habana, se topó con un policía oriental y el policía lo detuvo, lo registró y de paso le quitó un reloj suizo que llevaba el hombre... El pobre tipo fue corriendo a una estación de policía a denunciar al agente que le había robado el reloj, y cuando habló con el oficial de guardia, se dio cuenta de que también era oriental. Y el oficial le preguntó: «Vamo a vel, ciudadano, ¿cuál'e su queja...?». Y el hombre pensó rápido: «Bueno, agente..., es que yo venía por la calle y un policía suizo me robó mi

reloj oriental...».

Manolo rio como si el chiste fuese bueno y Conde negó con la cabeza.

—Manolo, además de pesado, ese chiste es regionalista y políticamente incorrecto, como se dice ahora...

—¡Por eso es un chiste, coño!... Nada, te llamo cuando tenga algo —dijo el mayor Palacios, sonriendo todavía, y le extendió la mano. Luego recogió el cigarro y se lo acomodó en el bolsillo de la chaquetilla de su uniforme de oficial.

—Manolo —lo detuvo Conde, y extrajo un papel que llevaba en el bolsillo—. De paso mira a ver si localizas a algunos de estos personajes. Son los amigos de Raydel... Creo que también son suizos... Y ve a verme esta noche a casa del Flaco Carlos..., te invito a comer allá.

Manolo tomó el papel y miró a Conde con más sorna que intensidad.

—¿También me invitas a comer?... ¿Cuánto te pagan por buscar al bugarroncito ese, mi socio?

—Eso es información confidencial... Tú agarra lo que te den. Te veo esta noche. Hay cervezasss...

Manolo hizo un gesto de adiós. Parecía agotado, casi como vencido. Conde lo vio alejarse hacia donde se distinguía, a la distancia, el edificio de la Central, y, contra su voluntad, sintió un ramalazo de nostalgia por los tiempos en que trabajó en ese sitio, junto a Manolo y a las órdenes del mayor Antonio Rangel. Pero de inmediato se dijo que no: nada de nostalgias. ¿Cómo coño un tipo como él pudo resistir ser policía durante diez años? ¡Hasta Bobby se lo había preguntado esa mañana!

Llamó a la camarera, le encargó otra cerveza y le pidió la cuenta. Y no pudo evitarlo: disfrutó como un niño la expresión del rostro de la joven cuando le extendió el billete de cien pesos convertibles, uno de los cinco que le había entregado Bobby y que, de un golpe, lo habían hecho un potentado.

Al llegar a su casa y antes de regalarse una siesta que lo aliviara de la canícula asesina del mediodía, Conde había llamado a su amigo Carlos. Le explicó que, como ahora era rico, él y sus amigos iban a vivir como ricos: la misma historia de cada ocasión en que recibía algún dinero y la principal causante de que, también en cada ocasión, su capital y riqueza se esfumaran

en unos pocos días. A veces en horas.

En el camino hacia su barrio había pasado por el negocio de una médica retirada que se dedicaba, de forma clandestina, a preparar comidas por encargo. Le había encomendado un banquete que pasaría a recoger a las siete de la noche: cinco pollos asados a la brasa, otras tantas raciones de yuca con mojo y arroz congrí, una buena porción de ensalada mixta de vegetales y un pote de dulce de coco rallado en almíbar. Luego había entrado en un apartamento del edificio anejo a la tienda donde expendían productos en divisas y había comprado una caja de cervezas Heineken y tres botellas de ron de las que se vendían o debían de vender en la tienda, pero a precio reducido, pues allí funcionaba el negocio particular del almacenero de la tienda con productos robados de la tienda y con calidad garantizada: el ron no estaba adulterado y la cerveza no era la bebida innoble despachada a granel y reenvasada por otros emprendedores dedicados a esa práctica y también a la fabricación clandestina de los refrescos que se vendían en los establecimientos del barrio. A pesar de haber tomado aquellos atajos, al terminar sus compras Conde había liquidado el primero de los billetes de cien pesos recibidos esa mañana y por cuya posesión apenas había trabajado aún. Aseguradas las provisiones, le pidió a Carlos que localizara al Conejo y le ordenara a la vieja Josefina, de su parte, que ni se pusiera el delantal esa noche: la madre de su amigo Carlos estaría de vacaciones, todos cenarían como príncipes y luego él y el Conejo fregarían como cenicientas.

—¿Tú ves por qué yo te quiero tanto, salvaje? —dijo Carlos y añadió—: El Conejo iba a venir de todas maneras porque quiere hablar no sé qué contigo.

—¿No sabes qué? ¿Tú no sabes *qué*?

—Por mi madre te lo juro...

—No jures en vano, cabrón.

Y, según lo previsto, como príncipes cenaron. Antes de sentarse a la mesa, para dar tiempo a que se enfriaran las cervezas y llegara Manolo, los tres viejos camaradas despacharon la primera botella de ron dedicados a hablar de los dos Bobby: el viejo Bobby al que los tres conocían, un pobre tipo prisionero de los prejuicios sociales y políticos que llegarían a condenarlo, y el nuevo Bobby, liberado, realizado, santificado por la Iglesia católica y por los poderes yorubas de Orula y Yemayá, negociante y ahora esquilado que Conde les describía a Carlos y el Conejo, ambos incapaces

de salir de su asombro histórico, sexual e ideológico.

Cuando les mostró la foto del Bobby renacido, posando de pie ante su esfumada virgen protectora, Carlos se fijó en el hombre y, como le ocurriera a Conde, sintió que no lo conocía. Pero el Conejo, con su curiosidad de historiador siempre auestas, se dedicó a estudiar la imagen de la Virgen más que al devoto y le reclamó al amigo el retrato del plano cerrado de la efigie.

—¿De dónde dice Bobby que salió esta virgen? —había preguntado el Conejo, con la vista fija en la imagen.

—Era la Virgen de Regla de su abuela —había repetido Conde—. La tenían en la familia desde hace mucho tiempo.

—¿La Virgen de Regla?... ¿Sentada?

—¿Y por qué no puede estar sentada, chico? —intervino Carlos—. ¿Las vírgenes no se cansan?

—La Virgen de Regla cubana no está sentada. No sé la de España, pero la de Cuba seguro que no.

—Ya me había fijado en que tenía algo diferente —admitió Conde—. Pero pensé que podía ser una versión libre. Debe de haber miles, ¿no? Como figuras de Cristo... Aunque parece que a esta la habían traído de Andalucía, así que...

—¿Es de madera o de yeso? —siguió el Conejo.

—De madera negra. La capa que tiene sobre los hombros se la mandó hacer Bobby, pero la ropa tallada en la madera la habían pintado hace una pila de años, por eso está bastante descacarañada..., y los ojos también. Y la verdad es que parece muy vieja.

—Más razón para que esté sentada —ratificó Carlos, y se dio un generoso lingotazo de ron.

—Ojos verdes, ojos verdes... —había susurrado el Conejo, casi para sí—. Está rara esta virgen, caballeros... No sé...

—Ay, Conejo, no jodas más —había terciado Carlos—. ¡En Cuba las rubias tienen culo de negras y las negras los ojos del color que les dé la gana! Lo importante es que Conde la encuentre... Pero, bueno, mejor si se demora un poco para que gane más plata. Me encanta esto de tener un amigo rico. —Y se bajó de un golpe el trago remanente en su vaso y, con el borde de la camisa, se limpió los labios y, de paso, la frente cubierta de sudor—. Conejo, ¿para qué tú querías ver a Conde?

—Pero no, Bobby no me dijo nada de Andalucía —musitó Conde,

todavía tan conectado con la postura de la imagen virginal que apenas escuchó la pregunta del Flaco—. Fue Yoyi el que me habló de que era andaluza... Raro, ¿no?

Desde que destaparan la primera botella, habían animado la conversación haciendo sonar el disco de éxitos de Creedence Clearwater Revival, del que escucharon dos veces su versión de «Proud Mary», como si cumplieran un ritual (en realidad lo cumplían), y hasta hicieron un brindis por el amigo Andrés, el ausente siempre presente en los recuerdos y nostalgias colectivas. Como debían, tararearon alguna canción y celebraron la voz divina de Tom Fogerty..., ¡que cantaba como un negro!... No, ¡como Dios!... Porque aunque los tres sabían de sobra que quien cantaba «Proud Mary» no era Tom, sino su hermano John, la identidad final del intérprete les importaba un carajo: solo les preocupaba disfrutar la interpretación, una y otra vez, un día y otro, durante años y años, quizás hasta la eternidad.

Josefina, con su invencible agilidad octogenaria, interrumpió la conversación con la orden de que vinieran a comer, pues eran ya las ocho y media y ella quería ver su telenovela. La anciana había dispuesto la mesa con su mejor mantel y sus platos más decentes. Además, agregó, había calentado la comida y no iba a hacerlo dos veces para no reseca los pollos. Que Manolo se incorporara al llegar. La mujer aún sabía muy bien cómo arrear su disoluto ganado. Antes de ocupar sus sitios, en el momento en que Conde fue en busca de las cervezas refrigeradas, el Conejo le hizo un gesto a Carlos de que se olvidara de la conversación pendiente con el amigo y el otro asintió, aunque con la mano y los labios fijó la fecha: mañana.

Los comensales observaron extasiados el espectáculo gastronómico propiciado por la repentina bonanza económica de Conde: los pollos de piel brillante y perfumados por la leña quemada, las yucas con sus intimidades abiertas y prometedoras, el arroz congrí desgranado y oloroso, capaz de atraer como un imán potente. Durante demasiados años, muchas veces, habían comido gracias a las artes ocultas de Josefina, pero nunca habían lapidado la ansiedad nutritiva endémica sufrida a lo largo y ancho de sus vidas, como millones de cubanos, cuyos estómagos habían sido custodiados durante décadas por la libreta de abastecimiento, ¿o de desabastecimiento?, que les impedía morir de hambre y no les permitía vivir sin hambre. Y por eso, cumplido el momento estético, se lanzaron al ataque. ¡A degüello!

Al llegar, Manolo se deshizo en disculpas, estaba muerto de cansancio,

dijo. Solo Josefina le dio algún consuelo verbal, pues Conde y los otros se limitaron a señalarle su silla y su plato, enfrascados en el proceso de chupar huesos de pollo y saborear las blandísimas yucas cubiertas de ajos, cebollas picadas, rociadas con jugo de naranjas agrias. Josefina comió la mitad de su pollo (el resto se lo enviaría a Tamara, para salvar a Conde de su imperdonable descuido) pero los cuatro hombres devoraron los suyos, hasta las últimas consecuencias (y más allá: el Conejo molía hasta los cartílagos), al estilo vikingo (con las dos manos y las barbillas chorreadas de grasa) y ayudados por las cervezas heladas.

Ya con la segunda botella de ron sobre la mesa, empeñados en apilar los platos en donde se habían servido el dulce de coco rallado que Josefina complementó con la mitad de un queso crema per cápita, Manolo, con un cigarro en los labios y más distendido, al fin le habló a Conde de su encomienda.

—Tú como siempre, compadre. Te complicas la vida y de paso me complicas la mía —dijo.

—¿Qué pasó, Manolo?

Antes de responder, el policía bebió un trago de ron y encendió un cigarro, quizás el mismo que esa mañana le había robado a Conde.

—Pues muy fácil: Raydel Rojas Dubois no existe...

—¿Cómo que no existe, Manolo? ¿Qué coño hay en la foto que te di: un fantasma?

—Sí, un fantasma que existió pero ya no existe..., porque Raydel se murió en un accidente de moto hace cuatro años...

—¿Pero existe o existió o no existe...? —Carlos trató de entender—. ¿Era o no el marido de Bobby?

—Está claro, Carlos... El novio del amigo de ustedes usurpó una identidad. O por lo menos, un nombre. El de un muerto..., el verdadero Raydel Rojas, que, la verdad, se parecía bastante a él.

—Pero Bobby vio su carnet de identidad. —Conde comenzó a pensar—. ¿Lo habrá falsificado?

—O no... —intervino Manolo—. De alguna forma agarró el carnet del verdadero Raydel..., cuando Raydel se mató. Ya te dije que se parecían bastante. Yo vi la foto del difunto Raydel Rojas...

—Entonces... —Conde pensaba, al tiempo que hablaba—, era alguien que él conocía. ¿Su hermano?

—Eso pensamos, pero comprobamos que el verdadero Raydel no tenía hermanos carnales —informó Manolo—. Al menos reconocidos.

—¿Quién coño es entonces el tipo que le robó a Bobby? —preguntó Carlos, en realidad preocupado.

—Esa es una tarea para Superconde —sonrió Manolo, y de un golpe se bebió su trago—. Sírveme más, compadre, que me lo gané, ¿no?... Porque te traigo la dirección de Yuniesky Bonilla, uno de los amigos del tipo que se hace pasar por el fantasma Raydel... Ten cuidado, Conde, sabe Dios qué cosas hizo ese suizo para querer hasta cambiarse de nombre.

Conde suspiró con la última información y tomó el mismo papel que esa mañana le había dado a Manolo, donde ahora figuraba una dirección. Entonces miró a Manolo, a Carlos, al Conejo, a la botella mediada de ron y al fin dijo:

—Con lo bien que estamos aquí..., ¿por qué coño yo me meto en estos líos?

6 de septiembre de 2014, víspera del día de la Virgen de Regla

Soltó las amarras de sus nostalgias y se dejó llevar por la corriente de las evocaciones vividas y leídas, la condena de una pertenencia física y afectiva inquebrantable y un siempre atormentado sentimiento de amor, salpicado de brochazos de odio, como todo buen amor. En cada ocasión que recorría las calles del centro de La Habana, cada vez más degradadas por la pobreza y el abandono histórico, Conde se empeñaba en encontrar bajo las capas de suciedad, años y precariedades de todas las especies y géneros, los posibles (o imposibles) encantos sobrevivientes de una zona de la ciudad que floreció cuando las viejas murallas coloniales fueron incapaces de contener el crecimiento de una villa potente y pretenciosa.

Para empezar, le gustaba paladear los nombres de las calles: Virtudes, Lealtad, Concordia, Amistad, vías de apelativos éticos; Águila y Dragones, de resonancias exóticas; San Miguel, San Rafael, Ángeles y Neptuno, ofrendadas a santos católicos, seres bíblicos y dioses paganos, todos mezclados y en cercana convivencia, como en el alma de muchos cubanos. Arterias ahora esclerotizadas en las que habían habitado varias generaciones de habaneros y foráneos aplanados, burgueses y proletarios, constructores y depredadores. Aunque el panorama presente hiciera complicado imaginarlo o crearlo, en aquella zona había palpitado el área comercial más importante de la ciudad, con negocios rutilantes y hasta alguna tienda incluso tan exclusiva como las de New York, París y Milán. Junto a ellas, el barrio chino, con sus

aromas pegajosos y sus asiáticos desarraigados, vecinos silenciosos de un par de «zonas de tolerancia», con «mujeres de la vida», como se solía decir, servidoras públicas de las más disímiles nacionalidades, especialidades y tarifas. Allí también se habían erigido palacios burgueses, teatros y mercados, obras maestras del eclecticismo, el modernismo y el *art déco*, en vecindad con proletarias cuarterías y accesorias de baños y cocinas colectivas. Pero ahora imperaban en el territorio, avasalladoras e invasivas, diríase que casi con impunidad, la pobreza y la ruina física: una parte de la ciudad que, de ser tan habanera, los habitantes de la periferia citadina, como la familia de Conde, en cada trance de trasladarse hacia ella solían decir «ir a La Habana», como si la parte fuera la propietaria absoluta del todo. Y esa Habana esencial funcionaba en el presente como el espejo de un país cuyas columnas también se agrietaban, vencidas por el peso del tiempo, la desidia y el cansancio histórico.

Recorrer «La Habana» le despertaba otras evocaciones más cercanas: la de los seres idos. El viejo Juan Chion, padre de su ex colega Patricia, un cantonés bueno y socarrón, su guía en la búsqueda de los misterios del barrio chino y capaz de inventar los platos más insólitos y, de contra, invitarlo a su degustación; o Juan el Africano, un negro sin suerte en la vida y en la muerte, asediado por una pobreza crónica, aunque armado con una ética inflexible, y cuya más valiosa posesión material había sido una pelota de beisbol firmada por un ídolo deportivo de su niñez. Por allí circulaba también el fantasma de Daniel Kaminsky, el judío polaco que comiendo chicharrones de cerdo, jugando pelota, escuchando música y con los ojos desorbitados tras un desfile interminable de culos prodigiosos, muslos compactos, tetas como carretas, había practicado su salto sin red. En esas calles Daniel había alcanzado la condición de cubano y católico que lo acompañaría hasta su precipitada salida de la isla, su obligada y adolorida renuncia a la ciudad de los ruidos, donde había vivido sus mayores tristezas y sus más explosivas alegrías. Y por esas mismas calles, su abuelo Rufino el Conde había andado en busca de las más céntricas y reconocidas vallas de gallos de la ciudad, varias veces acompañado por el nieto que se convertiría en el depósito andante de nostalgias y pérdidas que era el ya provector Mario Conde.

Ante la casona de la calle Perseverancia, individualizada en el papel que le había entregado Manolo, Conde observó las trazas todavía capaces de advertir de los pasados días de gloria de una degradada residencia burguesa.

Por los arabescos modernistas sobrevivientes en el frontón y los soportes de los balcones aún adosados a la edificación, calculó que quizás la habían construido en las primeras décadas del siglo anterior. Resultaba evidente que sus propietarios originales debieron de gozar de una notable prosperidad económica, la cual se empeñaron en exhibir a través del palacete. La escalera, visible desde el portón principal, aún conservaba sus pasos de mármol, quizás italiano o belga; sus paredes cubiertas con los últimos restos de unos azulejos, tal vez portugueses o sevillanos, ya corroídos o extraídos en su mayoría; también una parte de sus barandas de columnitas talladas, afrancesadas, dispuestas para describir una curva suave hacia las plantas altas. Un enorme farolón de hierro labrado, de puro milagro sobreviviente de todos los desmanes y necesidades, todavía colgaba —ya perdidos los vidrios que en su tiempo tuvo— de la robusta cadena de la cual pendía desde el techo del zaguán. El resto era la selva: en algún tiempo remoto la casa había sido trucidada en habitaciones separadas puestas en alquiler y, con el paso del tiempo, las primeras divisiones habían sido de nuevo fraccionadas hasta crear una especie de colmena en donde se hacinaban decenas de familias. Cables eléctricos colgantes, tendederas de ropa, tanques de metal para almacenar agua, pisos hundidos, paredes desconchadas ornaban el antiguo caserón, en cuyas entrañas habían comenzado a aparecer muletas de madera encargadas de sostener techos, balcones, arcadas, todo amontonado en un espacio cerrado de donde brotaba, como un himno de guerras tribales, un reguetón lascivo reproducido a todo volumen.

El negro escamoso y desdentado que Conde se encontró tras el portón, sentado en un banco de madera y fumando un tabaco de mala muerte, le confirmó que allí vivía el Murciélagos y le precisó dónde: segundo piso, cuarto del fondo, guíate por la peste.

—Ese debe estar durmiendo —añadió el anciano—. Siempre duerme de día... O casi siempre. Como los murciélagos... Creo que colgado por una pata y todo... Pero dime, ¿qué te interesa comprar?

—Por ahora, nada...

—De lo que tenga el Murci, yo tengo. Y si no tengo sé dónde hay. Más y mejor. Con garantía.

—Gracias.

—Hay putas también, por si te embullas.

—No, no me embullo.

—Putas jóvenes y baratas —insistió el negro viejo—. Te hacen una paja por tres fulas, te la maman por cinco y por diez, un servicio completo. Si quieres cogerle el culo, eso se paga aparte.

—¿Esas son ahora las tarifas?

—Para los nacionales, en temporada baja... Si eres yuma la cosa es distinta. ¡Lo mío primero! —exclamó el viejo, y exhibió su encía despoblada, blanquecina.

—¿Y dónde están esas mujeres?

—Mujeres no, muchachas... Dieciséis, diecisiete añitos... Están en sus casas, viendo telenovelas, o trabajando. En eso, claro... ¿Te embullaste?

—No, sigo sin embullarme.

—Tú te lo pierdes... Es material de primera. Ah, y tengo al tipo que tiene Viagra. Americana y cubana. Certificadas... Y otra pastilla para-pinga que la verdá no sé cómo se llama pero que dicen que te pone como un cañón... Y a tu edad...

Conde, con un poco más de angustia sumada a la que ya portaba, volvió a observar el interior de la casona. Yuniesky Bonilla, alias «el Murciélagu», era el único rastro que tenía para encontrar un camino capaz de conducirlo hacia el falso Raydel, pues del otro colega del muchacho del que tenía un nombre, un tal Ramiro Gómez, no habían aparecido más trazas que su posible ubicación en uno de los varios «asentamientos» de inmigrantes del oriente del país que habían brotado en la periferia de la ciudad. Según Bobby, a Yuniesky le decían el Murciélagu porque tenía un defecto congénito en la vista que lo hacía entornar los párpados ante las fuentes de luz. No obstante, los datos de Manolo también recordaban que el pichón de vampiro ya había pasado dos años en la cárcel por hurtos continuados, pues a pesar de su defecto visual parecía tener la capacidad de ver a través de las paredes y, ya en el empeño, solía atravesarlas para recolectar algunas cosas apetecibles.

—Y si no compras nada, ¿para qué estás buscando al Murciélagu? —preguntó el viejo psoriásico apuntándole con su tabaco—. No es que me interese..., pero... a lo mejor... Como yo conozco a todo el mundo aquí. ¿Tampoco quieres gozar con la Sinfónica Nacional? —Y se pasó el índice por los orificios nasales e inhaló con fuerza.

—Para lo que yo estoy buscando me dijeron que hablara con él —advirtió Conde, sin moverse de su sitio. Comprendió en ese instante que el anciano debía de servir como una especie de «facilitador» de los más diversos

negocios que hacían en aquel sitio, pues solo por cuestiones de peso (o de pesos, en este caso) alguien podía resistir mucho tiempo detenido en un lugar donde por oleadas llegaba un efluvio de orines calcinados y mierdas recién eyectadas.

—Tú sabrás... —siguió el negro viejo—, pero si está durmiendo o no tiene..., me ves.

—Seguro —dijo Conde, y le hizo un saludo con la mano antes de atacar la escalera hacia el segundo piso.

El pasillo que conducía a las habitaciones del fondo era de los que estaban apuntalados con vigas de madera, y él mismo servía de soporte al corredor del piso superior gracias a otras muletas verticales, que le conferían al sitio el aire de una de las estructuras imposibles de Tatlin. La estática milagrosa. Aquel edificio constituía un verdadero desafío a las leyes físicas y una muestra antológica de la pretensión humana de vivir bajo un techo practicada desde los tiempos de Cromañón..., aun cuando el techo escogido pudiera convertirse cualquier día en un ataúd, como cada cierto tiempo ocurría en esa y otras zonas de la ciudad.

Sorteando los postes (en algunos de los cuales pendían bolsas pestilentes de basura colgadas de un clavo), Conde avanzó en busca de los infiernos más profundos de la casona, evitando mirar hacia el interior de las habitaciones que encontró con las puertas abiertas —casi todas—, esquivando líquidos sospechosos supurados por algunas paredes y pasando por encima de dos perros flacos, con sus pellejos punteados de garrapatas. Los animales no se dignaron a ladrarle, ni siquiera a mirarlo: el esfuerzo parecía ser demasiado grande para ellos y su hambre.

La puerta del presunto cuarto del Murciélagos estaba cerrada y Conde dio unos primeros golpes leves. Ante la falta de respuesta insistió con más fuerza, en tres, cuatro ocasiones, hasta que una voz brotó de aquella caverna.

—Cojones, que estoy durmiendo...

Conde volvió a golpear y gritó, por encima de la música del interminable reguetón:

—Chama, estoy buscando algo..., y si me das la luz, te llevas una parte.

No hubo respuesta. Un par de minutos después y luego de otros manotazos en la puerta, la voz volvió a oírse.

—¿Qué coño estás buscando, compadre?

—¿Quieres que lo grite aquí? —replicó Conde, y otra vez esperó, aunque

a pesar del ruido ambiente creyó escuchar algún movimiento proveniente del interior del cuarto. Hasta que la puerta se abrió y se asomó la jeta del inquilino: la cabeza exhibía un corte de pelo en el que los cabellos formaban una espiral con sinuosidades de serpiente o de laberinto; y la cara soñolienta, unos ojos mínimos, casi cerrados, con los que el joven mulato trató de enfocar al inoportuno visitante.

—Dale, habla... —exigió el Murciélago desde su posición.

—Joyas, oro —susurró Conde, que dio un paso al lado para evitar el aliento de fosa del joven, y como sabía que tenía una sola oportunidad de penetrar la muralla, lo apostó todo a una carta—. Me soplaron que tu socio el oriental tenía algo...

—¿Qué socio, qué oriental? —lo interrogó el mulato, y Conde debió pensar rápido.

—No te hagas el comemierda, chama... Si me ayudas y hago negocios con él, por cada cien fulas que le compre te llevas un pescao. —Y movió sus diez dedos ante los párpados del muchacho—. Sé que tiene un cargamento, pero anda perdido y me hace falta encontrarlo ya, antes de que venda hasta a su madre...

El Murciélago abrió un poco más los ojos. Conde observó que el iris era de un color café demasiado desvaído.

—Pérate, que estoy encuero —dijo el joven, y cerró la puerta.

Conde encendió un cigarro y se dedicó a observar otra vez el panorama degradado que lo rodeaba. Pensó que de aquella miseria compactada por los años solo podía nacer más miseria, y sobre todo la peor de ellas: la humana. Los rostros de las gentes, de las cuales recibía miradas cargadas de recelo, eran el espejo de sus almas, y sus almas el fruto de su medio: la precariedad acendrada, multiplicada en los últimos veinte años de una crisis que tronchó el posible sueño de muchos de encontrar una mejoría a sus vidas. Lo peor era que, como aquel falansterio, había cientos en la ciudad, donde vivían miles de personas que ya no esperaban nada de la sociedad y, por tanto, no entregaban nada a la sociedad: vivían de lo que encontraban, como las garrapatas afanadas en sacar el último aliento de los perros famélicos sobre los cuales él había pasado. Y mientras, se embotaban, cuando menos, con dosis masivas de reguetón y alcoholes pendencieros. ¿Cuántas capas de miseria, fatalidad cultural o étnica, de abandono y frustración social separaban a estas gentes de los mundos perfumados y bien alimentados de Yoyi, Bobby, Elizardo Soler y

otros que flotaban a alturas imposibles de detectar a simple vista? ¿Convivían todos en el mismo tiempo histórico y espacio geográfico? ¿Y dónde se ubicaban, entre los extremos, tipos como él mismo y sus amigos? ¿Qué les impedía ascender y qué los salvaba de descender? Conde se sintió agobiado con unas preguntas para él recurrentes, de difíciles y dolorosas respuestas, y de momento se conformó con una evidencia: aquel cuadro del Bosco era la realidad. Lo otro, un mundo virtual, sostenido por algún milagro. Como el edificio. Y en ese instante de vagancia mental recordó que tenía un asunto pendiente, creía que importante. Solo que no fue capaz de recordar cuál. ¿Eso también era la vejez?

Yuniesky Bonilla al fin abrió la puerta. Vestía apenas un *short* muy colorido y había ocultado sus ojos tras unas gafas metálicas de cristales verdosos, en cuya superficie se podía leer la marca: Ray Ban. ¿Falsas o verdaderas? Cuando Conde entró, lo asaltó el mismo olor imperante en el zaguán, pero reconcentrado por el vaho de sudor. Vio el camastro con las sábanas mugrientas, la almohada sin funda; en una mesita auxiliar, una pequeña cocina eléctrica, chorreada de grasas petrificadas; un lavamanos gris (alguna vez pudo haber sido blanco) en cuyo fondo dormían platos y vasos, y un cordel del cual pendían algunos percheros y mudas de ropa. ¿Dónde cagaba y meaba el tipo? ¿Ni siquiera tenía un ventilador para espantar un poco el calor? Conde calculó que si el Murciélago había sacado algo del golpe del falso Raydel a la casa de Bobby, su ganancia habría sido mínima y se habría evaporado de la peor manera: en drogas y alcohol. Si acaso en unas falsas gafas de marca, *Made in China*, compradas al por mayor en Ecuador. El muchacho tiró al suelo una mochila y alguna ropa amontonada en la única silla posible y se la indicó al Conde.

—¿Cómo es la historia? —quiso saber el Murciélago, al tiempo que encendía un cigarro y se sentaba en el borde de la cama.

—Tú socio Raydel o como se llame..., me dijeron que había dado un palo gordo. Y lo mío son las joyas...

—¿Quién te lo dijo? ¿La policía?

Conde sonrió. Sacó otra carta y la puso sobre la mesa.

—El mariconazo ese no ha ido a la policía... A él tampoco le conviene revolver la mierda. Por eso quiero ver a Raydel: hasta ahora esas joyas no son robadas. Digamos que las tiene prestadas sin permiso del dueño...

El Murciélago observó con más detenimiento a Conde. Su pobre cerebro

debía de estar haciendo todos los cálculos que sus desentrenadas neuronas le permitían. ¿Raydel robaba pero no robaba?

—El nagüe está perdido —dijo al fin el joven.

—Eso ya lo sé..., si no, no estaría aquí ofreciéndote un dinero por localizarlo y hacer negocios con él. ¿O tú te crees que a mí me gusta regalar mi pasta?

Yuniesky asintió. La lógica elemental de la transacción lo había convencido.

—Lo último que supe es que había vendido una pila de cosas...

—Me lo imagino..., pero las joyas no se venden tan fácil. Eso es plata gorda...

Yuniesky volvió a asentir. Y Conde se lanzó al vacío.

—Chama, yo sé que tú lo ayudaste a hacer la mudada de la casa del maricón... Y que Raydel lo que te ha dado son virutas, nada..., mira esto. — Conde indicó la cama, la mesa, el lavabo—. Si todo les sale bien, él se va a quedar con la mascada gorda y tú vas a seguir en este chiquero. Pero si sale mal, seguro que él va a cantar y todos van a ir para el tanque por unos cuantos añitos. ¿Tú eres reincidente? ¿Tú sabes cómo tratan a los reincidentes?... Claro que lo sabes. ¿Y sabes que Raydel no se llama Raydel y que a la policía le encantaría tener una conversación con él?

Yuniesky alzó la cabeza y aplastó la colilla del cigarro en el suelo. Se acomodó las gafas de cristales verdes y suspiró.

—Eso no es problema mío...

—Por supuesto que sí lo es... Y tú sabías eso de que Raydel no es Raydel. —Conde hubiera querido examinar la mirada del otro, pero siguió—: Un tipo que se cambia hasta el nombre debe tener deudas muy gordas en alguna parte, y los que las cobran, sean policías o ladrones, cuando lo encuentren van a barrer con todo y si tú estás en el medio... ¿Sigo o ya tienes ganas de decirme algo?

—Yo no sabía ná' de esa maraña de que no se llama Raydel... Lo que sí sé es que ese hijoeputa se quedó con todo y se evaporó. Fua... —Hizo el gesto con el que pretendía graficar la esfumación, como la que suele representar el genio de la lámpara de Aladino—. Soltó la bola de que se iba otra vez pa Santiago o no sé qué pueblo de por allá, pero eso no se lo cree nadie. Lo que yo creo es que está vendiendo to' pa' coger una lancha y partir pal Yuma...

—Eso es lo que haría... si tuviera dos dedos de frente. El maricón no fue a

la policía, pero tampoco va a quedarse dado. Ese tipo será pájaro y medio, pero es un tigre en los negocios. Y tiene algunos amigos que son..., que son malos. Y si yo llegué hasta aquí..., esos malos también pueden, ¿sabes? Y los malos hacen cosas malas... El Raydel que no es Raydel ahora sí no va a escapar.

Yuniesky Bonilla se puso de pie.

—De pinga, ni café he tomado...

De una repisa bajó una cafetera italiana mediana. La preparó con un polvo de café pardusco y la colocó sobre la hornilla eléctrica.

—¿Y cómo yo sé que tú me vas a dar esa astilla si haces negocios con Raydel?

—No lo sabes..., pero puedes saberlo. ¿No te das cuenta, socotroco, de que yo soy tu mejor opción? Porque las otras son la policía, los que andan buscando a Raydel o los amigos malos del maricón... Así que localiza a tu socio y yo hago el negocio delante de ti... Cada cien, te suelto diez. Mil son cien... Dos mil, doscientas cañas... Más limpio ni el agua... Y por lo que sé, pueden ser unos cuantos miles los que estén oyendo la conversación, así que saca tus cuentas. Yo tengo al tipo que tiene esos miles... Y, además, cobras lo que Raydel te debe por haberlo ayudado en la mudada, ¿no? Mejor negocio, ni con Rockefeller...

El Murciélago volvió a asentir, pensativo. Observó unos instantes la serpentina ígnea de la cocina y cedió.

—Ta bien —dijo—. Voy a ver si lo encuentro... El Albino a lo mejor sí sabe. Ellos eran uña y carne... Yo no sabía que había tanta plata en esto... Pero te advierto una cosa, puro: después de que hagas tu negocio y me pagues mi mascá, Raydel o como coño se llame ese singao es cosa mía...

—Ese no es mi problema, chama. Los líos de ustedes son de ustedes. Yo nada más hago negocios, compro, pago... y fua...

—¿Y cómo te encuentro? —preguntó el Murciélago cuando de la cafetera comenzó a expandirse el vapor del líquido recién filtrado: olía a granos innobles, tostados en exceso. Desde que salió de su casa, Conde no había vuelto a tomar café y daba la vida por una taza. Pero no de aquella cosa infame, no en la pocilga donde estaba.

—Nos vemos mañana a las ocho de la noche en el Parque Central. En la parte que da para el cine Payret.

—¿Y si no lo he pillado todavía?

—Lo sigues buscando y yo te sigo viendo allí todos los días hasta que aparezca... Pero mientras más te demores y más cosas él venda, menos plata va a haber: para ti y para mí.

El Murciélago retiró la cafetera de la hornilla y colocó una cucharada de azúcar en el vaso superior. Con dificultad batió el café para endulzarlo y luego buscó en qué servirlo. En la repisa había una taza sin asa y la bajó. Sirvió el café humeante en la taza y se la extendió a Conde.

—No, chama..., el café me pone la úlcera a mil... Si me haces una manzanilla...

—¡Manzanilla! —casi gritó el Murciélago—. ¿Tú me ves cara a mí de tomar manzanilla, ecobio?

—Lo que te veo es cara de murciélago —se atrevió el Conde, y metió una mano en el bolsillo, de donde extrajo un billete de diez pesos convertibles que movió en el aire—. Mañana a las ocho... La contadora está abierta y hay billetes dentro. Pero si yo lo encuentro por mi lado..., la contadora se cierra para ti. Y si lo encuentra la policía o alguno de los que lo anda buscando..., escóndete.

Conde le entregó el dinero al mulato, se puso de pie y extendió la mano. El Murciélago, sonriente y feliz, se la estrechó. El negocio pintaba bien. El trato estaba sellado.

Al borde de un coma por descafeinamiento, Conde se atrevió a pedir una dosis en un puesto callejero de los cientos que habían rebrotado en la ciudad. Cuando probó la infusión, luego de muchas dudas y concienzudos tests gustativos, se atrevió a concluir que aquel caldo negro sabía a tilo y se consoló pensando que, al menos, quizás serviría para calmarle los nervios.

Asomado al Parque Central de La Habana, de cuyas inmediaciones salían los taxis particulares hacia El Vedado, encendió un cigarro y observó el panorama circundante. Algunos de los más hermosos edificios de la ciudad estaban en aquel rectángulo, y se deleitó con sus arquitecturas de un eclecticismo pretencioso, empeñado en mostrar con muchos arabescos, columnas y volutas cuánto dinero y prosperidad había existido en una ciudad tan singular y equívoca. El antiguo Centro Gallego, convertido en teatro y espacio cultural, y el también otrora Centro Asturiano, devenido museo de

bellas artes, se desafiaban de un lado a otro del parque, exultantes de riquezas, como inmejorables testimonios físicos del éxito económico de sus promotores. A su lado, los viejos hoteles Inglaterra y Plaza, resurgidos, se ufanaban de su pasado glorioso junto a los también remodelados Telégrafo y Parque Central. La Manzana de Gómez, uno de los primeros centros comerciales del mundo, recibía al fin los beneficios de una reparación capital que la debería reconvertir en un hotel de lujo y en lo que antes había sido: un centro comercial, donde ahora se venderían los productos en una moneda que resultaba demasiado esquiva para la mayoría de los habitantes de la isla... ¿Una vuelta al pasado?...

Lo alarmante era cómo esa prepotente ciudad desde siempre había convivido, casi pared con pared, con el territorio degradado del Murciélago y compañía: negros, chinos, putas, lumpenes, proletarios, santeros y ñañigos. Tal vez por ello la magnífica estructura física de los edificios aledaños al Parque Central le pareció a Conde más incongruente, ya no solo con las calles vecinas, sino con la estampa de los seres humanos y los engendros mecánicos que circulaban a ras del suelo, en el tórrido presente. Los viejos autos norteamericanos, reparados una y otra vez, rodados durante cincuenta, sesenta y hasta setenta años, seguían imperando en esas calles. Su sola existencia desafiaba las leyes del mercado, de la mecánica universal y las del medio ambiente con su dilatada vida útil, convertida en ruidosas presencias y escapes negros, expulsados a chorros contra los pulmones de la gente y, en última instancia, hacia lo que quedaba de la capa de ozono. Por su parte, las personas que circulaban por centenares y miles bajo el sol todavía asesino de septiembre, y a una hora a la cual se suponía que todos debían trabajar con sus mayores esfuerzos para un futuro mejor, parecían gastadas y mustias, más que los viejos fords o chevrolets o pontiacs. Se movían como hormigas a las que se les hubiera alborotado la cueva: deprisa o con lentitud, más parecían vagar que trasladarse con un propósito definido. Sudorosos y malencarados, mal vestidos y derrotados, muchos de ellos cargaban con una bolsa de tela o de nailon en las manos, por lo general vacía. ¿Quién trabaja en este país?, ¿por qué cada vez hay más personas con ese mal aspecto?, ¿adónde van, de dónde vienen?, se preguntó, observando el gentío en estampida, empeñados en atravesar las calles sin mirar, tal vez dispuestos al suicidio, o dedicados a estudiar el cemento o el pavimento como si esperaran encontrar el maná que brotaría de las entrañas de la tierra.

Conde sabía que, casi por obra divina (una virgen, y de contra, negra, rondaba en el ambiente), ese día él llevaba en los bolsillos una suma envidiable de dinero (treinta; no, ahora veinte dólares), pero que la mayoría de sus días vivía al borde de la inopia como muchos de esos coterráneos descentrados, girovagantes. Se preguntó entonces si cuando salía a patear las calles en busca de libros para comprar, alguien podría verlo a él como él los veía a ellos: como un alma en pena. Y, sobre todo, si a alguien en verdad le importaba el destino lamentable que compartían tantas y tantas gentes, durante tantos y tantos años...

Apenas unos minutos después, Conde comprendería que sus reflexiones sociológicas de filósofo existencialista tropical no tenían mucho futuro en el país desproporcionado y leve donde había nacido y vivía, en el que la lógica no tenía leyes... O poseía otras, indescifrables para los racionalistas. La desidia, la vía del menor esfuerzo, bajar la cabeza cuando pasa la cuchilla, no jugar con fuego porque el fuego quema eran estrategias de vida demasiado acendradas que, para bien o para mal, ayudaban a la supervivencia cotidiana y al mantenimiento de la salud mental de la gente. ¡Y al carajo la filosofía, el psicoanálisis y el cambio climático! Y corroboró la profundidad de aquella concepción del mundo (de alguna forma había que nominarla) cuando abordó el taxi particular que se dirigía hacia la zona de El Vedado —un Buick de los años cincuenta, con su carrocería reformada para que en lugar de siete pasajeros pudiera cargar diez— y en el momento de ponerlo en marcha el chofer-propietario-remodelador oprimió una tecla del reproductor de audio adosado a la pizarra del auto... A un volumen ensordecedor empezaron a sonar los golpes de un reguetón (¿el mismo del solar?, ¿o todos los reguetones eran un solo reguetón y por eso él no los distinguía?) a cuya irrupción los otros nueve tripulantes del taxi, incluido el chofer y excluido el Conde, respondieron con un casi coordinado movimiento de caderas y hombros, para luego comenzar a corear la letra de una canción que todos (con la vergonzosa excepción del Conde) se sabían, gruñido por gruñido.

Cuando el auto torció por la calle Neptuno, tan o más abarrotada que la zona del Parque Central, y comenzó a torear a peatones, carretillas y triciclos para pasajeros, el chofer, convertido en una especie de líder del coro, indicó a sus tripulantes que ya podían sumarse todos a la interpretación:

Dame un chupi chupi

Que yo lo disfruti
Abre la bocuti
Trágatele tutti...

Y, mientras cantaban, los viajeros masculinos les indicaban a las viajeras femeninas el sentido de la petición de una mamada, al tiempo que ellas, complacientes, hacían la mímica de realizar la felación y deglutir con gusto y avaricia la eyaculación que estremecía a sus compañeros de viaje hacia el placer. Damas y caballeros, jóvenes y ancianos, semiindigentes y bien vestidos usuarios del taxi colectivo parecían en ese instante ajenos a las tribulaciones del mundo y, sobre todo, a las de sus propias vidas, inmunes al calor y al vaho del petróleo que impregnaban el vehículo, empeñados en realizar una coreografía ritual que parecía ensayada con anticipación, y disfrutaban a ritmo de reguetón de un viaje entre suicida y asesino a bordo de un rugiente Buick de los años cincuenta devenido limosina de diésel *Made in Cuba*.

Descolocado, *alien* en su propia tierra, Conde no pudo evitar un nuevo asalto de su vocación de meditador: la pobreza feliz, filosofó. La tabla de salvación nacional.

Solo con acercar una célula sensible a la atmósfera de aquel edificio los sentidos de la vista, el oído y el olfato se sentían alevosamente agredidos por poderes bárbaros. Igual asedio sufrían ciertas categorías estéticas y arquitectónicas básicas, maltratadas por las cañerías de hierro de los desagües que corrían descubiertas junto a techos y paredes, unos tubos a través de los cuales se oía el fluir de las aguas negras; o la escalera de concreto crudo, con pasos a simple vista irregulares, capaces de convertir el ascenso y el descenso en un desafío físico. Conde recordó el juicio constructivo de un viejo amigo, según el cual aquellos edificios levantados en los años ochenta para trabajadores destacados con necesidades de vivienda no estaban hechos con cemento, sino con roña... Como ofensa adicional, en el espacio interior donde debió florecer un jardín, solo crecían colillas de cigarros y tabacos, botellas vacías y mierda de perro (y quizás algún aporte fisiológico humano) en distintos grados de momificación.

Cuando enfiló la escalera del predio, el ex policía tuvo la mala impresión complementaria de haber entrado en una crujía carcelaria con calabozos a cada lado: todas las puertas, de carcomidas maderas innobles, muy próximas una a la otra, exhibían rejas de hierro de diferentes calidades y acabados, como si solo importara su función de medios protectores de invaluable tesoro o de las cuatro miserables pertenencias que sus propietarios habían logrado juntar con mil esfuerzos. La escasa luz que conseguía filtrarse hasta los pasillos interiores, apenas creaba una penumbra húmeda y asfixiante donde se acentuaba el hedor a cueva, sudor y ropa sucia, sofritos y aceites reciclados hasta su evaporación total. Junto a una puerta se anunciaba la venta de hielo; en otra, la reparación de teléfonos celulares, y una más, decorada con un corazón, advertía que se alquilaba por horas a amantes urgidos. Al final de un corredor algún crédulo, más que creyente, ofrecía su morada: «Esta es tu casa, Señor». Conde pensó: entre La Habana en ruinas del Murciélago y aquella Habana ruin de edificios apresurados solo mediaba una cuestión de años, pero no de esencias. Y no parecía muy probable que el Señor quisiera vivir en uno u otro lugar.

En el tercer piso, al final del pasillo, metió la mano entre unas rejas para aporrear la puerta del presunto apartamento de René Águila, el más despiadado e inescrupuloso tratante de arte de la ciudad, según el juicio de Bobby. La posesión de tal advertencia valorativa lo alertó de que algo no cuadraba entre aquel sitio más desagradable que degradado y las posibilidades económicas que entrañaba la fama del personaje.

La puerta se abrió y el sofocado visitante recibió el sople apetecible de un aire acondicionado. De inmediato vio el rostro bien afeitado y terso de un mulato de facciones regulares, de unos treinta y cinco años. El hombre, sin duda bien parecido, olía a colonia de Colonia, vestía un polo de Lacoste de un exultante rojo tomate, unos jeans blancos, impolutos, adornados con una chapilla metálica que recalca su filiación a la escudería de Calvin Klein, y unas sandalias de cuero opaco, obra inconfundible de Birkenstock.

—¿René Águila? —preguntó Conde, empeñado en secar el sudor del rostro con su pañuelo ya anegado y dispuesto a aceptar goloso la caricia del aire frío en fuga del apartamento.

—¿Quién lo busca?

Conde miró a uno y otro lado del pasillo, se volteó incluso un poco, como si tratara de localizar a otra persona de pronto aparecida.

—Creo que yo... —dijo al fin.

—¿Y?

—¿Usted es René Águila?

—A lo mejor...

Conde negó con la cabeza. El tipo era muy comemierda o sabía demasiado. O era un comemierda que creía saber demasiado. A lo mejor solo era un jodedor que lo trajinaba un poco.

—Yo soy amigo de Bobby Roque...

El mulato bonito sonrió. Tenía unos dientes brillantes, perfectos.

—Entonces sí soy yo —dijo, y metió la llave en el candado que mantenía segura la reja. Con un gesto de la mano, invitó al recién llegado a pasar al recinto refrigerado.

El acabado del interior del apartamento no era mejor que el del exterior. En la sala comedor había unos pocos muebles de aspecto funcional, incluida una mesa con cuatro sillas, y el ex policía sintió que se potenciaba su sospecha (ahora a punto de llegar a certeza) de que existía alguna incongruencia en todo aquel montaje: el edificio, el apartamento, la decoración no resultaban los que se podían esperar de alguien que, según presumía, hacía negocios de los que obtenía unos beneficios gracias a los cuales podía vestir solo con marcas conocidas y oler con aquel aroma seco, delicado, envolvente, germánico. René Águila se perdió en la cocina con el propósito anunciado de hacer café y Conde ocupó uno de los sillones de madera. En ese instante se impuso no prejuiciarse: no le importaba lo que Bobby creyera sobre la ética mercantil de su anfitrión, sino lo que el hombre pudiera aportarle en su propósito de hallar al falso Raydel.

El mulato regresó con dos tazas de café, de porcelana y con platillo con filos dorados, estilo *art nouveau*, y le extendió una a Conde, que de inmediato percibió un descenso vertiginoso de sus defensas: el líquido tenía color de café y olía a café verdadero. Nada más probar la infusión, sintió una relocalización orgánica y sensitiva: sabía a café, a buen café.

—¿Me quedó bueno? —preguntó René observando la reacción física de su visitante.

—Está especial... Y falta que me hacía —admitió el ex policía, que no solía jugar con asuntos como aquel.

—Mi vicio es el café. Y me lo pago bien pagado... Ese que está tomando es una mezcla de un café que me mandan de Miami y otro que recibo de

Italia... ¿Usted sabe que el mejor café del mundo es el que se toma en Italia y el mejor café cubano el que hacen en Miami?

—¿Entonces este es un F-1 de esos padres ilustres? —Conde trató de vengarse con la ironía. Le jodía con ardor que trataran de darle lecciones como esa. Lo de Italia y el café es una verdad sabida y establecida, incluso para los que jamás hubieran puesto un pie en la península, como era el caso del Conde. Lo de que en Cuba se toma el peor café cubano (excepto en sitios muy bien abastecidos e inaccesibles para el común de los mortales), y que el mejor de esa especie se toma en Miami, constituye ya la segunda ley general de la cafetería universal. Por suerte para Conde, su cuñada Aymara abastecía a Tamara con paquetes de Kimbo napolitano, y su amiga Dulcita, que vivía en la Florida, solía congratular a sus ex compañeros con paquetes de un café que los enloquecía. Había sido Dulcita la que alguna vez les había contado que el aeropuerto de Miami olía a café cubano y que, cuando regresaba de algún viaje, ese aroma la hacía sentir que había vuelto a casa.

El mulato rio, al parecer complacido, y bebió de su infusión, para remachar:

—Y la verdad es que siempre me queda encojonao.

—De verdad que sí —coincidió el visitante.

—Pero el misterio, la clave, el *quid* de todo está en las tazas... Si no son de porcelana, el sabor se diluye.

—Esa sí no me la sabía —admitió Conde, dispuesto a arriar banderas, mientras mostraba la cajetilla de cigarros con un gesto interrogativo. El mulato asintió: podía fumar. Entonces se puso de pie y regresó de la cocina con un pequeño cenicero de barro. ¿Tazas de porcelana y ceniceros de barro?

—Yo también fumaba... Fue terrible para dejarlo, pero lo logré. Lo que hace falta es fuerza de voluntad.

—¿Dónde la venden? ¿Hay que importarla también? —Conde le dio fuego a su cigarrillo y ambos sonrieron.

—Me encanta el olor del tabaco... Y, bueno, ¿qué le pasa ahora a Bobby? —René abrió la puerta de la conversación.

—Lo que usted sabe: lo saquearon. Y lo que le robaron, ya lo vendieron, lo están vendiendo o lo van a vender —explicó Conde—. Y como usted está en el negocio...

René Águila volvió a mostrar sus dientes luminosos. Conde calculó que el mulato debía de tener una suerte infinita con las mujeres: exhalaba

virilidad y simpatía física, aunque fuera una rata para los negocios, como le había advertido Bobby. Pero esos detalles no solían importarles a las mujeres. Ni a casi nadie.

—Bueno, lo que le robaron fueron cuatro mierdas, ¿no?

—Algunas cosas tenían su valor... Unas joyas, por ejemplo —anotó Conde.

—Cuatro mierdas... Baratijas —insistió René—. Nada que le interese a nadie que haga negocios grandes... Como los que hace Bobby... ¿Y usted lo está ayudando a encontrar al ladrón o las cosas robadas?

—Lo que aparezca primero.

—¿Y por qué?

Conde pensó un instante. Por dinero, fue su primera conclusión, pero le pareció más elegante la segunda, al fin y al cabo también verdadera.

—Porque soy amigo de Bobby... hace mil años. Y él confía en mí...

El mulato reaccionó.

—Pues tu milenario y confiable amigo Bobby demostró que es un comemierda con diploma y premios... Todo el mundo sabía que su historia con el tal Raydel iba a terminar mal... ¡Un niño lindo de veinte años y un viejo de sesenta con dinero, por Dios!...

Conde anotó en la columna de Agravios lo de viejo de sesenta años.

—Así es la vida, ¿no?... ¿Qué sabe de Raydel?

—Nada..., bueno, que ese chiquito es un tigre. Se buscaba la vida con lo que podía, inventando por aquí y por allá, y Bobby se la puso fácil: nada más tenía que trabajar con la pinga.

—¿Y después de que desfalcó a Bobby no ha oído hablar de él? —siguió Conde.

—No..., y eso me extraña.

—¿Por qué le extraña?

—¿Usted no es policía, verdad?

Conde decidió que debía jugar limpio: de momento su objetivo no era René, sino Raydel. Y el hecho de haber tenido un pasado policial podía ayudar. Al parecer, todo el mundo sabía que quien una vez fue policía nunca deja de serlo del todo, como le aseguró Elizardo Soler, como lo sabía el propio Conde y lo pensaría René Águila.

—Lo fui... en otra encarnación. Ahora soy otro más que se busca la vida como puede..., de la forma más decente que puede... Y Bobby no ha ido a la

policía. A pesar de todo lo que le hizo Raydel y todo lo que le rompió, él no quiere perjudicarlo.

René Águila pensó unos instantes, suspiró, se recostó en su sillón.

—Raydel ni siquiera es un ladrón: si acaso un ratero. No tiene dos dedos de frente. Bobby se la puso en bandeja y él cogió lo que le cayó en las manos. Pero para salir de lo que le robó a Bobby, si de verdad hay algo valioso y él sabe que es valioso, el chiquito va a necesitar a alguien que lo ayude. No es lo mismo robar carne de res de un matadero o descuartizar puercos que vender unas joyas, muebles de estilo, a lo mejor algún objeto valioso, y vuelvo y repito, si es que había algo de verdad valioso. El círculo de los que venden esas cosas de valor y el de los que las compran es bastante compacto, todos nos conocemos, porque muchas veces tenemos que tratar entre nosotros. Para que me entienda: si a mí me aparece alguien buscando un cuadro, no sé, de Wifredo Lam, y no lo tengo, le digo al comprador que se espere y voy a ver al que tiene o puede conseguir un Lam, y hacemos un negocio triangular o cuadrangular. Y como yo fui el que encontró el cliente, pues me llevo mi parte, con porcentos que se negocian, según las dificultades.

—Ya Bobby me había hablado de eso. Pero... ¿no se hacen trampas entre ustedes?

—Claro que nos hacemos trampas y competimos: todos somos fieras en este bisne, pero no nos engañamos demasiado ni nos robamos, porque se pierde la confianza y ahí se jode todo y nos jodemos todos. Lo que menos le interesa a cualquiera de nosotros es que la policía se acuerde de que existimos.

—Elemental —admitió Conde, dispuesto a escuchar más de aquella disertación.

—Y todos sabemos que Raydel es un ratero que le robó a un colega, y Raydel sabe que nosotros lo sabemos... Por supuesto, puede haber alguien del gremio que se atreva a comprarle cosas a cualquier Raydel, pero luego va a pasar mucho trabajo para colocarlas y siempre con el riesgo de que se sepa que fue él quien movió la mercancía robada, porque aquí todo todo se sabe.

—¿Entonces?

—Entonces la historia de Bobby está complicada. Entre nosotros...

—Los del gremio —intercaló Conde.

—Los del gremio, sí, me gusta eso de llamarle gremio... Suena bonito,

¿verdad? Es una palabra con prosapia histórica y... Bueno, entre nosotros hablamos. Y nadie, que yo sepa, tiene idea de por dónde anda Raydel, aunque creemos que algo debe de haber vendido. Sobre todo los muebles, la ropa, la chuchería, eso no tiene que ver con nosotros. Pero las joyas, los adornos caros y los grabados, si son valiosos, bueno, eso es harina de otro costal. Pero Bobby dice que no, que no son valiosos..., aunque debo advertirle que creerle a su amigo Bobby es complicado... Pero el caso es que si no nos hemos enterado, es porque si Raydel vendió algo lo hizo fuera del circuito, y si lo hizo fuera del circuito, habrá cobrado una mierda.

—¿Con quiénes del gremio usted ha hablado de Raydel?

—Creo que solo con una persona y fue por otra cosa, un negocio..., y salió el tema de Bobby.

—¿Pero con quién? ¿Con Elizardo Soler?

—Yo no hablo ni hago negocios con ese comemierda pretencioso que se cree un aristócrata y ni sé cuántas cosas más... Comepinga que es... Y para mí que es hasta trompeta, informante de los policías policías y por eso lo dejan hacer lo que hace... O es un mitómano...

—Ya veo que usted y Elizardo se quieren mucho.

René Águila rio, negando con la cabeza.

—Es que me saca de mis cabales... No, con quien hablé fue con Karla Choy, una muchacha que sí está en todo y no está en nada. Una mujer que es un cataclismo...

—¿En todo y en nada? ¿Un cataclismo? —indagó Conde al escuchar las valoraciones y calificativos.

—Hace mil cosas, y hasta donde sé, sin joder a nadie... Y si alguna vez la ve, en un segundo va a entender por qué digo lo del cataclismo... —afirmó con más brillo en su mirada.

René sonrió otra vez, lascivo, y Conde apuntó en su mente datos que podrían serle útiles en el futuro: la compacta animadversión de René por Elizardo y la reaparición del nombre de Karla Choy y de sus atributos y capacidades.

—Supongamos que Raydel no ha vendido las cosas más interesantes que se robó... ¿Y no puede ser que esté esperando para sacarlas de Cuba? Digo yo...

René meditó unos segundos.

—Puede..., y a lo mejor vendió los muebles y otras cosas para financiarse

esa salida. Que te saquen de aquí vale ocho, diez mil billetes verdes... Raydel podría creerse que con lo que se robó le alcanzaba para pagarse la salida y luego vivir en Miami como un millonario... Y a lo mejor además se piensa que, si todo eso pudiera pasar, no nos vamos a enterar si hace la venta allá. Pero el gremio es internacional, ¿me entiende?

Conde asintió, pensativo. Aquella trama mercantil, con sus códigos éticos y canales de información, parecía algo más complicado y poderoso de lo que había imaginado. Sus tentáculos, incluso, exhalaban cierto olor a trama mafiosa. Por ello decidió darle un punto de giro a la conversación.

—¿Usted sabía que Raydel no se llama Raydel, qué ha suplantado una identidad?

El mulato entrecerró los ojos, asimilando la información.

—¿De qué me está hablando? —preguntó, con un asombro contenido pero que parecía sincero.

—De que todos ustedes piensan que Raydel es un imbécil. Pero no se puede ser un comemierda para hacerse pasar durante años por otra persona. Y si uno se hace pasar por otra persona es por algo.

—¿Y no sabe por quién se hace pasar o por qué?

—No, no lo sé... Y tal vez eso sea importante. Saber quién es Raydel y qué historia arrastra...

El otro seguía pensativo. Conde estimó que preocupado. ¿Por qué?, se preguntó. Y, sin tener respuesta, decidió aprovechar el titubeo de un hombre que exhalaba seguridad.

—René, ¿cómo usted supo lo del robo?

René Águila al fin sonrió. Sin duda era una de las dentaduras más brillantes e intachables que Conde hubiera visto ante sí.

—Porque Bobby me lo dijo... Yo sé que él piensa que soy un tipo sin escrúpulos, y que él y Elizardo son unos monjes tibetanos... ¡Ni se lo crea!... Pero, nada, hace cuatro o cinco días pasó por aquí con su amigo Eli para comentarme lo que había pasado y para que lo ayudara en lo que pudiera... si me enteraba de algo... La verdad, creo que Elizardo y su amigo Bobby más bien querían amenazarme.

—Así que vino con Elizardo... René, ya sé que a usted no le gusta mucho Elizardo. ¿Nada más que por ser un tipo así, pretencioso? —Conde decidió aprovechar la coyuntura y tratar de obtener información adicional.

—Que sea un comemierda orgulloso no le quita su mérito. Que se invente

cosas, tampoco... Si es trompeta de la policía ya es otra cosa... Eso es más retorcido, ¿no?... Pero sea lo que sea, Elizardo es el rey de este negocio en La Habana —respondió el mulato, esta vez sin perder la calma—. Tiene los mejores contactos... por los enchufes que mueve. Gente que es importante en este país y a los que tiene comprados. Con dinero y con cariñitos...

—¿Cariñitos? ¿Materiales o corporales?

—Ambos dos inclusive..., según las malas lenguas —soltó René, divertido—. Se dice que Eli es un todoterreno... Homo, hétero, bi, tri..., lo que usted quiera. Y que sabe cómo y a quién acariciar con otras cosas más permanentes... Untar, como se dice ahora... Qué coño, claro que ese hijo de puta tiene que ser un chivato colaborador de la policía...

Conde sumó a su lista los nuevos detalles, entre los que podía haber algunos con fundamento, aunque bien sabía cuánto podía afectar la envidia a los juicios sobre un triunfador. Pero también pensó que Bobby persistía en ocultarle verdades y la recurrencia empezaba a molestarlo. Absorto en sus divagaciones, sintió que en ese instante estaba por completo perdido, como si le hubieran entregado mapas trucados. ¿Qué clase de mundo era ese en que se estaba metiendo? ¿A qué alturas y profundidades llegaban las relaciones del «gremio»? Y decidió tentar un poco más a René la Rata.

—¿Entonces me olvido del gremio y busco por otro lado?

René Águila se tomó su tiempo.

—Yo buscaría en el círculo de Raydel... Aunque eso no es fácil. Y puede ser peligroso para alguien que ya no es policía. Cuando hay dinero y se les puede joder el negocio, esos personajes se ponen belicosos, ¿me entiende?... Y si este Raydel no es quien dice ni lo que parece, peor... Lo que le quiero decir es que ellos no son como la gente del gremio..., no hacen segundas lecturas de las cosas, no piensan en las consecuencias. Son delincuentes comunes y corrientes.

—¿A diferencia de los del gremio?

—*Touché!* —admitió René, y le regaló al ex policía otra de sus espectaculares sonrisas—. No somos ni comunes ni corrientes...

Conde admitió que su anfitrión era mucho más que la rata anunciada: quizás un gato, sigiloso y de uñas afiladas. Un hombre capaz de hacer incluso terceras lecturas de las cosas. Para ganarse unos segundos de reflexión se demoró en la extracción de otro cigarrillo, y antes de darle fuego, preguntó:

—¿Le quedó más café?

—Sí, pero ya no estará caliente. Con el aire acondicionado...

Conde le extendió su taza.

—No importa. La porcelana ayuda...

Cuando bebió el café, todavía tibio, encendió el cigarrillo, y estimó que podía atreverse a dar un paso más. Preparó la entrada soltando un suspiro, como si estuviera muy cansado o agobiado o desorientado. O un poco tonto. Todo lo que en verdad era y sentía.

—Discúlpeme la indiscreción, soy muy curioso...

—Lógico. Si fue policía... —sentenció René, y el otro afirmó con la cabeza.

—¿Por qué usted vive en este lugar tan feo?

René Águila rio con ganas.

—Porque yo no soy tan imbécil como Bobby... Para tumbarme a mí hay que pasar trabajo. Esto es la selva... —Y proyectó la voz hacia una puerta que estaba cerca de la cocina—. ¡Yusniel!

La puerta se abrió y Conde pudo ver la estampa de un negro joven, peso mediano, la cabeza rapada, los músculos trabados bajo la manga de la camiseta. El negro miró al visitante como si tuviera ganas de hacerle sentir dolor. Cuando menos.

René le hizo un gesto al tal Yusniel que volvió a perderse en su cueva. Y Conde asintió otra vez: debía reconocer que René Águila parecía tener las cosas muy claras. A pesar de gozar incluso de la protección de un guardaespaldas, el hombre nuevo de negocios tendría sus tesoros, su dinero y sus comodidades en algún lugar más protegido y discreto. La crujía solo era la oficina comercial... Sin duda, el mulato debía de ser un tipo de cuidado dentro del «gremio». Con todo y su cara linda.

—Si se entera de algo relacionado con Raydel, ¿me llama?

—Por supuesto —aceptó René, y observó cómo Conde anotaba su teléfono y el de Carlos en un papel—. Los del gremio tenemos que protegernos entre nos... Y si ese falso Raydel es un tipo peligroso, más todavía.

—Se lo voy a agradecer —dijo Conde después de entregarle la anotación, y entonces estrechó la mano de su huésped. Tenía la piel cálida y suave, con una textura casi femenina capaz de provocarle una ríspida reacción sensorial a Conde, que retiró su mano con rapidez. ¿Qué coño era lo que en realidad pasaba allí, con aquel hombre en apariencia tan asequible, locuaz, atractivo y

a la vez con fama de despiadado en los negocios? Y se dijo que, mientras no tuviera relación con Raydel y Bobby, la vida y milagros de René Águila no le importaban. Ya no era policía y bastantes jodiendas tenía con el adonis falso y esfumado y la virgen negra y manca extraviada. No obstante, aquel hombre le estaba generando un presentimiento difuso, imposible de concretar, pero presentimiento al fin y al cabo. Como una tercera lectura de complicada decodificación.

Acomodó las nalgas en el muro y sintió cómo lo invadía por vía cutánea el calor del largo y tórrido día que había sufrido la pared. El sol, ya en caída libre, todavía lo obligaba a mantenerse protegido por las gafas y, aun sabiendo que comenzaría a sudar por sus osadías, decidió resistir: porque sus piernas con casi sesenta años de servicio a cuestas habían recibido esa jornada un uso desmedido y porque debía estar allí, en el muro levantado junto a la escalera que conducía al templo adventista, cuando Candito el Rojo hiciera su aparición.

Conde había pasado por el solar de Santos Suárez donde siempre había vivido su amigo y encontró el cuarto cerrado. Una mujer de pelo desteñido, conocedora de su amistad con el Rojo, le informó de que esa noche sus vecinos asistían al culto en un salón del barrio del Sevillano y le dio la dirección exacta: la sabía porque de vez en cuando Candito la convencía y ella iba también, sobre todo cuando se sentía muy resingada, «dije *re-sin-ga-da*, no *re-sig-na-da*», aclaró la mujer. Resingada con la vida de mierda que estaba viviendo, sin dinero para comprar ni cojones, de pronto sentía más ganas que de costumbre de matar a alguien o de colgarse ella misma de una mata de mangos, y precisó: «Una tiene días malos y días peores».

Ahora, dedicado a esperar la llegada del viejo compañero del pre devenido pastor adventista, Conde presenció la llegada de los primeros fieles al salón del templo ubicado en la terraza superior de una casa bien pintada y con jardín muy cuidado de aquel barrio amable, y volvió a pensar en los modos extraños en que se podían modelar los caminos de las vidas de las personas. Nadie que hubiera conocido a Candito en los tiempos del preuniversitario y, sobre todo, en los veinte, treinta años posteriores, habría podido imaginar que un tipo como el Rojo, hastiado de su marginalidad,

derivaría hacia el sendero de lo inasible en busca de una paz espiritual que el entorno no le ofrecía. Porque Candito, amamantado con la ira de la pobreza y el hacinamiento, que en sus tiempos de espadachín callejero solía acudir a la violencia como primera alternativa de solución de sus relaciones con el mundo, jamás pareció ser la persona más apta para convertirse en un predicador de la paz, la oración, la resignada, sí, se repitió para sí, *re-sig-na-da* espera de una salvación del alma en el más allá. Él siempre había sabido que en la personalidad de Candito había muchas capas, y la de manifestarse con violencia era solo una, la que le servía de escudo. Pero, desde que fueron compañeros de estudio, supo también que en el mulato de pasas color rojo demonio vivía además un hombre con un código ético estricto en el cual los valores de la lealtad, de la justicia y del desinterés tenían un peso específico importante. Por eso se habían hecho amigos, por eso siguieron siéndolo cuando Conde se convirtió en policía y Candito en delincuente, por eso todavía sostenían su amistad en tiempos de credulidad militante de Candito y agnosticismo galopante de Conde... Y en ese instante de su rememoración se golpeó en la frente con la palma de la mano, pues al fin había recordado cuál era el asunto pendiente que lo había estado persiguiendo: la necesidad de su también amigo el Conejo de hablar algo con él que dos días antes le anunciara Carlos y que Conde, envuelto en sus prisas y ocupaciones, no había cumplimentado. ¿Qué clase de amigo era él para sus amigos?, se preguntó, y no quiso escuchar su propia y lamentable respuesta.

El sol ya se había ocultado cuando el ex policía vio aparecer al viejo camarada acompañado por Cuqui, su mujer de los últimos veinticinco años, una mulata recién llegada a la cuarentena, voluptuosa y compacta, con ojos canela de tigre manso, y que seguía siendo tan o más bella que en los tiempos en que Candito la había conquistado.

El Rojo lo reconoció, sonrió y le dijo algo a Cuqui en el oído antes de extenderle la mano al Conde.

—¿Vas a convertirte?

Conde estrechó la mano del hombre y le dio un beso a la mujer.

—Me basta con saber que Jehová es grande y tener constancia de la existencia del diablo... ¿Cómo estás, Cuqui?

—Bien, Conde, bien. ¿Y tú?

—No puedo quejarme —dijo él, y le extendió la bolsa de nailon que llevaba en las manos.

Cuqui miró el interior del envoltorio y vio el paquete de café, la bolsa de detergente y la botella de aceite de oliva que contenía. Candito, desde su posición, miró de reojo los obsequios.

—Pero, Conde... —dijo ella.

—¿No te puedo hacer un regalo? ¿Este tipo se pone celoso?

Candito sonreía más, observando la escena, y al fin intervino.

—Acéptalo, vieja... El Conde ganó dinero y eso le da culillo. Tiene que gastarlo pronto...

—¡Te traigo café del mejor que aparece en La Habana y aceite de verdad para tus ensaladas y mira lo que dices!... No te traje ron, porque desde que te volviste aburrido y casi santo..., pero por lo menos café.

—Gracias, Conde —dijo Cuqui, y le obsequió otro beso en la mejilla.

El ex policía indicó entonces la escalera que conducía hacia la terraza techada donde estaban distribuidas unas cincuenta sillas.

—Rojo, ¿y esto es un templo oficial o alternativo?

—Una casa de oración. Yo la atiendo ahora... —dijo Candito.

Conde miró hacia la terraza, luego a su amigo.

—¿Y de quién es esta casa tan bonita?

—Uf, eso es una novela ejemplar... El dueño era un dirigentón... Fue cuadro de la Juventud Comunista, subdirector y después director de una empresa, viceministro del ramo, como se suele decir, y, por eficiente y confiable, llegó a ministro..., y luego... explotó como Kafunga. Lo tronaron cuando le tocó que lo tronaran, porque no sé si te habrás fijado: por más que ladren y hasta muerdan, a todos los truenan en algún momento, ¿no? Y primero la mujer y después él se bautizaron y ahora son buenos cristianos...

—Qué historia tan bonita. Pura redención —dijo Conde—. ¿Y antes no eran buenos cristianos?

Candito no lo pensó.

—Fuera de la Iglesia y lejos del Señor... no. Aunque podían ser hasta buenas personas...

—Entiendo, pero no me creo mucho esa redención. Bueno, como soy agnóstico... Oye, ¿te da tiempo para que hablemos de un asunto? No es muy largo...

Candito miró el reloj.

—Sí, todavía es temprano... Cuqui, sube tú y ve preparando las cosas.

La mujer asintió y le regaló un tercer beso a Conde.

—Gracias otra vez... Pasa por casa en estos días para hacerte de este café.

—Guárdame, que voy a ir —y agregó en voz baja—: un día que no esté tu marido...

La mujer se marchó, halagada con el piropo, y Candito lo tomó por el codo y lo hizo avanzar hacia la esquina más cercana, donde encontraron otro muro propicio.

—¿Qué te pasa, mi hermano? —le preguntó entonces Candito.

—Rojo, ¿tú crees que yo soy un buen amigo?

El otro lo miró con el entrecejo fruncido. Conocía a la perfección los ataques de culpabilidad que solía sufrir el Conde. Cualquier culpabilidad.

—A ver, compadre... ¿Qué hiciste o no hiciste ahora?

—Olvidarme desde hace dos días de que un amigo quiere decirme algo. Candito sonrió.

—Sí, eres muy muy mal amigo. Hasta te metes con mi mujer... Pero yo te absuelvo —dijo Candito—. ¿Para darme lo que compraste y preguntarme eso me estabas esperando aquí?

Conde negó con la cabeza. Al fin él también sonrió.

—Es que a veces pienso que yo..., nada, olvídalo. Rojo... Oye, ¿tú te acuerdas de Bobby? ¿Bobby Roque Rosell?

Candito arqueó las cejas, y Conde le dio fuego a un cigarro para comenzar a contarle a su amigo los detalles de la reaparición del reciclado ex compañero de estudios.

—¡Así que Bobby ahora es gay, santero, negociante y rico! —se admiró Candito, como todos los otros que en el pasado habían conocido al personaje.

—Y aunque tú eres la oveja predilecta de Jehová, me va a hacer falta que me ayudes... acá abajo.

—No sé cómo... ¿Qué tengo yo que ver con ese mundo de Bobby, compadre?

—No sé bien, pero vas a ayudarme. —Conde lanzó la colilla hacia la calle y abrió el sobre donde llevaba las fotos de Bobby y su Virgen de Regla—. A ver. Mira esto y dime algo...

Le alargó las dos fotos a Candito, que se movió en busca de la mejor iluminación que podía ofrecerle la farola de la esquina y se calzó las gafas extraídas del bolsillo de su camisa. «Ya todos somos unos viejos de mierda», pensó Conde, observando a Candito con sus espejuelos y su pelo, casi todo blanco, con unas pocas trazas resistentes del color azafranado que le valió el

mote de «el Rojo».

—¿Este es Bobby? —preguntó, incrédulo, y el otro se lo confirmó—. De bala, si lo veo por ahí no lo conozco... Pero ahora sí es muy mari... muy gay.

—Tronco de maricón se le decía antes... —El mulato, que ya no decía groserías como aquella, no pudo evitar sonreír—. Fíjate en la virgen, Candito.

—¿Qué tiene? Bueno, es negra... ¿Que le falta una mano?

—Es una Virgen de Regla.

—¿Una Virgen de Regla? —Candito volvió a mirarla.

—Eso dice Bobby...

—Pero no es igual... Yo me acuerdo...

—Yo también. La Virgen de Regla cubana siempre aparece de pie y esta otra está sentada. Fíjate también en la forma de la corona. Y en la cara, en las facciones...

Candito escuchaba y estudiaba la foto del primer plano de la virgen. Varias veces asintió, hasta que negó.

—No, Conde, esta no es la Virgen de Regla...

—¿Y qué debe tener para ser la Virgen de Regla? Si es negra y es Virgen, puede ser la de Regla...

—Sí y no... Hay códigos..., yo no los conozco bien...

—Yo creía que tú... —Conde parecía decepcionado.

—Conde, yo fui ateo, después santero, católico y ahora soy protestante... He tenido que estudiar para hacer lo que hago en los templos, pero esto es distinto —concluyó, y le devolvió las fotos al amigo—. Tienes que ver a alguien que sepa más sobre los santos católicos. Lo que sí te puedo decir es que la Virgen de Regla de aquí es una réplica de una que hay en Andalucía, creo que en Cádiz. Y todas son iguales, y hasta donde yo sé... —Candito se detuvo.

—¿Qué cosa, Rojo?

Candito cerró los ojos con fuerza. Se estrujaba la memoria.

—Mi vecina Antonia tiene una Virgen de Regla que yo veo todos los días... Y la cara de la virgen es negra... ¡pero, chico, la del niño Jesús es blanca!

Conde observó las fotos de Bobby: madre Virgen e hijo Dios, ambos negros.

—Pero, pero..., claro que sí —admitió. La insistencia de Bobby en que aquella era su Virgen de Regla le había tapiado la memoria. La Virgen de

Regla de su madre era como la de Antonia, la vecina de Candito. ¿El hecho de que el niño de esta otra virgen fuera negro cambiaba algo esencial? No lo sabía. ¿Y si se había oscurecido por los barnices y el tiempo?

Conde volvió a guardar las fotos y, ansioso, encendió otro cigarro.

—Candito, y si no es la Virgen de Regla, ¿quién coño es, chico?

—De verdad no puedo ayudarte, compadre... Bueno, la virgen que sí sé que es negra y está sentada es la de los catalanes.

—Claro, claro, la Moreneta... La Virgen de Montserrat. Y me parece que el niño también es negro.

—Sí, me parece. Pero no estoy seguro...

Conde hizo un gesto de asentimiento y suspiró.

—Dime una cosa, Rojo..., ¿por qué cuando Bobby habla de Yemayá toca el suelo y luego se besa la yema de los dedos?

—Tú sabes que los esclavos que venían del reino de Ifá identificaron a su orisha Yemayá con la Virgen de Regla, ¿no? —Conde afirmó y Candito continuó—. La Virgen de Regla es una versión de María, la Virgen madre, y aquí en Cuba es la patrona de los marineros, de los viajeros, la diosa del mar... No sé en España... Y Yemayá es la dueña de las aguas, representa el mar. Las dos son madres de dioses. Yemayá es la madre de todos los orishas... Por eso los africanos identificaron a una con la otra... Y Bobby hace ese gesto porque los que han recibido a Yemayá no pueden pronunciar su nombre sin antes tocar la tierra y besarse los dedos... Señal de respeto y de comprensión: venimos de la tierra y a ella volvemos, ¿no? La tierra es la madre de todo... De la tierra venimos y a la tierra iremos, los ríos corren por la tierra y las olas del mar besan la tierra...

—¿Ves que siempre puedes ayudarme?... Y déjame decirte que todavía vas a tener que ayudarme más..., en otra cosa menos religiosa. También por eso vine a verte...

—A ver, a ver... —suspiró Candito. Siempre había temido los reclamos de auxilio del Conde.

—Un amigo del novio de Bobby parece que vive en un barrio que han formado los orientales por San Miguel del Padrón, en la zona a la que le dicen las Alturas del Mirador. Un barrio terrible... Si su otro socio, el Murciélagos, no me consigue una pista, voy a tener que meterme allí a buscar a ese tipo.

—¿Y yo qué pinto en esa historia? —Candito parecía intrigado.

—Dos cosas: la primera es que no me atrevo a entrar solo en ese hueco. Por lo que sé, ahí no se mete ni la policía...

—Conde, ya yo no me fajo ni...

—Pero tienes cara de malo... Y no es lo mismo tres gentes que dos.

—¿Tres?

—Si tengo que ir, voy a llevar también al Conejo..., pero con su cara de comemierda...

—Los matan, los muelen y los venden como picadillo de soya.

—Más o menos... Pero en todos esos barrios hay algo que tú puedes controlar, y si es así, ayudarme mucho: porque seguro que allí hay algún adventista y a lo mejor hasta algún pastor. Y tú sabes cómo encontrarlos y cómo hablar con ellos. Y si hay un pastor, seguro que conoce bastante el territorio, ¿no?

Candito se había comenzado a rascar la cabeza, no muy convencido de poder realizar lo que le proponía Conde.

—Mira, averíguame con tu gente si uno de tus colegas conoce a alguien de tu iglesia en ese barrio. Y si puede darnos un contacto. Tú ya sabes cómo funciona eso, Rojo: no es que me vaya a pasar nada, pero si llego allí y comienzo a preguntar por un tipo del que ni siquiera sé el nombre verdadero, nadie me va a dar la luz.

Candito dio otro vistazo a su reloj y afirmó con la cabeza. Su dilatada experiencia mundana, iniciada en un solar y continuada como marginal en las calles de La Habana, le advertían de cuánta razón tenía su amigo.

—¿Y por qué diablos tú te metes en estos rollos, Conde? —quiso saber el mulato.

—Eso mismo me pregunto yo... Bueno, primero porque Bobby me paga y me hace mucha falta ese dinero, tú sabes que siempre estoy en la ruina... Y luego, nada, por lo mismo que te vas a meter tú, Rojo. Porque te lo pide un amigo.

—¿Y Bobby era tu amigo?

—No sé..., me parece que sí. Creo que sí... No como tú... Pero por si acaso.

—Tú no cambias, Condenado —admitió Candito, sonriendo.

—¿Y tú crees que debería cambiar?

Candito miró hacia la casa donde esa noche rezarían, resignados, y por fin devolvió la mirada a su amigo.

—No, no cambies... Eres un desastre, pero un desastre bueno. Y tú y yo lo sabemos: lo que está bien es mejor no menearlo. Nunca se sabe qué puede pasar después. Y no cojas lucha, viejo, tú siempre has sido un buen amigo de tus amigos —dijo, y le extendió la mano a Conde, que tiró de Candito para darle un abrazo—. Tranquilo, no tienes que ponerte tierno... Yo averiguo si alguien puede ayudarnos y te llamo.

—Gracias, Rojo... Y ya que estamos tiernos y en plan de averiguaciones, dime una cosa: ¿el diablo de verdad existe?

Una de las pruebas más alarmantes de que se acercaba a ritmo acelerado a la senectud se la ofrecía a Conde su relación con el alcohol. Desde hacía un tiempo, cuando se refugiaba en la casa de Carlos y jugaban una partida de su ajedrez étílico a dos o tres bandas, Conde solía tener reacciones novedosas e insospechadas. La más alarmante de todas la experimentó la noche en que, cara a cara, había visto al diablo. Y hasta lo había olido.

Ocurrió unos meses atrás, durante un combate cruento y encarnizado, sostenido con tres litros del ron devastador que a precios más asequibles vendían en el Bar de los Desesperaos. Como la noche era tórrida y pegajosa, se habían ido a beber al patio de la casa de Carlos, y Conde, incluso, se había despojado de la camisa. En el cielo no se veía una nube, solo una luna llena que fue coloreándose del amarillento al rojizo y pendió todo el tiempo sobre ellos como una advertencia de conexiones lupinas. A la altura del remate de la tercera botella, ya nadie se ocupaba de poner algún disco en el reproductor y el estómago de Conde se rebelaba macerado por los efectos volcánicos del ron escanciado sobre el largo ayuno alimenticio al cual había sometido a la pobre víscera. Entonces los tres amigos habían iniciado una álgida controversia filosófica. Discutieron sobre los sentidos de sus vidas, asomadas a los más diversos precipicios. Aunque coincidían en el hecho de que a aquellas alturas ya solo les quedaba lanzarse al vacío o dejarse deslizar hacia el mismo fondo oscuro, también vacío, todavía les provocaba escozor constatar cómo habían extraviado la mayoría de los sueños que en otras épocas les permitieron forjar y las ilusiones que casi les obligaron a modelar, siempre con la vista puesta en un futuro que se prometía fabuloso, ¿o era luminoso? Sueños que les fueron sustrayendo uno a uno, o a puñados.

Siempre que brotaba el tema, Conde se refocilaba en su derrota y repartía culpas a diestra y siniestra. Era una vieja y persistente costumbre que no podían cambiar porque, en lo esencial, para ellos el entorno no cambiaba para mejor. Y tampoco sus vidas.

Con Carlos, el destino se había ensañado de un modo artero. A los treinta años lo había condenado a vivir por el resto de sus días sobre una silla de ruedas, con la médula hecha añicos por una bala recibida en una guerra lejana. Desde entonces había visto cómo su cuerpo se convertía en una masa deforme, cada vez más flácida, con pozos donde se represaba el sudor.

Al Conejo, sus planes y quimeras se le habían escurrido entre los dedos, en parte por la degradación del ambiente y en parte por su propia falta de empuje o por el peso del cansancio histórico. Pero parecía aceptar su fracaso sin demasiado dramatismo y lo aliviaba con las lecturas de libros de historia que funcionaban para él como el mejor ansiolítico y antidepresivo capaz de combatir sus crisis de insomnio y desasosiego. La Historia le demostraba, decía, que casi nunca nada había sido mejor, que los fundamentalismos, la prepotencia, las ansias de poder y las estrategias infinitas utilizadas por unos para engañar, explotar, gobernar y, en esencia, joder a los otros eran actitudes omnipresentes desde los tiempos de las cavernas. Aun así, a veces soñaba con difusas posibilidades futuras que nunca se concretaban, aunque lo sostenían. En los últimos años sufría en silencio la ausencia de su hija Esmé —la muchacha debía el salingeriano apelativo a una apuesta ganada por Conde casi treinta años atrás—, la criatura que siempre había sido la niña, el iris, el globo y las lágrimas de sus ojos. Apenas terminada su carrera universitaria, la muchacha había abandonado el país persiguiendo un espacio para hacer su vida del modo que sus ansias le reclamaban, y su partida propició el brote de una tristeza más recóndita que desde entonces solía acompañar al hombre. Por eso casi nunca traía el tema de la ausencia de la joven a los conciliábulos de amigos, a pesar de que —Conde, Carlos y Candito lo sabían— jamás lo dejaba de rejonear, como si fuese una culpa o un pecado. ¿Una culpa de quién? ¿Qué pecado?

Conde, mientras tanto, desde hacía muchos años veía su existencia como una enorme equivocación contra la que no había podido ni sabido luchar, pues los afanes de la supervivencia, que se hicieron más punzantes desde los devastadores tiempos de la crisis, le habían robado lo mejor de su voluntad y de sus pocas veces probado talento para realizar lo que más hubiera deseado:

escribir historias escuálidas y conmovedoras.

De muchas maneras, los tres se veían como ejemplares modélicos de los miembros de su generación que, en lugar de optar por el éxodo, como muchos otros, habían decidido permanecer aferrados a su origen: la hornada que creyó, luchó y luego no obtuvo demasiadas recompensas por el sacrificio al cual habían sido sistemáticamente convocados y, en ocasiones, conminados. Fueron los que no tuvieron fuerzas, posibilidades ni deseos de marcharse, al tiempo que muchas columnas se deshacían a su alrededor. Y ahora vivían como podían, quejándose o sin quejarse demasiado, según tuvieran el día, aunque siempre al borde de la penuria económica y oteando en el horizonte un futuro cada vez más estrecho e incierto, o en realidad más cierto, en el cual ya les resultaría imposible reciclarse. Un panorama presumible en el cual, con casi total seguridad, languidecerían entre oportunistas, emprendedores, depredadores y triunfadores de la nueva escuela, algunos de ellos con diplomas en la vieja escuela. Un universo poblado de seres dotados de los colmillos y el estómago necesarios para devorar todo lo que fuera masticable del organismo de una sociedad aturdida en la cual solo parecían gozar de buena salud el control y la retórica, la misma retórica, apenas con leves retoques en sus recurrentes consignas y exhortaciones. Al mismo tiempo ya florecían, junto a los jardines del oportunismo y la corrupción, los vastos territorios poblados por las malas hierbas de la agresividad, la negligencia, la falta de urbanidad y de esperanzas de tanta gente. ¡Un encanto de panorama!

Justo en los días en que se le aparecería el diablo, Conde atravesaba uno de sus cíclicos y cada vez más frecuentes períodos de sequía mercantil. El negocio de la compra de libros viejos tocaba fondo en un país donde, por casi veinticinco años, apenas habían entrado libros nuevos y la mina acumulada en otras épocas comenzaba a gritar su agonía. En esa coyuntura amenazante, Conde había empezado a valorar otras alternativas, pero en realidad no existían muchas para alguien como él, sin habilidades manuales, sin capital para emprender cualquier negocio y sin estómago, conciencia ni valor para lanzarse a recorrer territorios prohibidos y por ello más rentables. Algunos de sus colegas más hábiles se sostenían utilizando la compra de libros como gancho para adquirir cualquier producto en venta. Por cifras a veces ridículas cargaban con ropas, cazuelas, adornos y muebles ofrecidos por unos propietarios con pasaportes ya visados o solo más desesperados y pobres que

ellos, para luego venderlos con algún beneficio, como itinerantes mercaderes judíos.

Uno de los cofrades comerciales del Conde, conocido en aquel otro gremio como Barbarito Esmeril, había reorientado sus capacidades mercantiles y acondicionado en la sala de su casa una especie de bazar árabe en donde se ofrecía de todo, aunque más bien especializado en el rubro de los textiles. Porque luego de que su mujer lavara y planchara las ropas usadas que Barbarito había adquirido en la búsqueda de libros, las colocaban en perchas o en cajas en donde las ofrecía a otros desesperados compradores para quienes el acceso a las tiendas oficiales estaba vedado por simples razones económicas. A esa venta de trapos ya se la conocía en su barrio como la Trapishoping de Esmeril y su éxito comercial, considerado como una referencia del espíritu emprendedor que palpitaba en el corazón de cada cubano.

Aunque Conde admiraba a Barbarito y a otros colegas más atrevidos, los últimos flecos de su orgullo le impedían rebasar ciertas fronteras. Por eso, fuera de ocasionales golpes de suerte bibliográfica, en cantidad o en la calidad de algunos ejemplares, a duras penas sobrevivía en los últimos tiempos solo gracias a Yoyi y sus encargos más rentables. Con esos dineros aleatorios debía arreglárselas para vivir en un país donde todos los bienes y servicios habían multiplicado muchas veces sus precios sin que las cifras de los salarios oficiales —una loca posibilidad que llegó a valorar: trabajar como custodio, dedicarse a dar clases o algo por el estilo— respondieran al ritmo de crecimiento del costo de la vida. Aun de una mala vida.

Ese estado de ánimo derrotista —en realidad derrotado—, cada vez más agresivo, lo había acompañado a lo largo de toda la velada calurosa y lunar. De los tres amigos, con seguridad fue él quien más veces levantó el codo, buscando con plena conciencia el estadio benefactor de la inconsciencia. Y cuando apareció el tema recurrente de las frustraciones, las pérdidas, los abandonos, lo asumió como una cuestión de principios. O de finales.

—Este año voy a cumplir sesenta tacos... —había dicho y, con dedo inseguro, señaló primero a Carlos y luego al Conejo—. Igual que tú, que ya no eres flaco; igual que tú, que cada vez te pareces menos a un conejo..., tienes cara de hurón flaco, cojones... Y la mierda de años que nos quedan es eso mismo, mierda y más mierda. Pero ¿saben qué? No estamos en el fondo del pozo. Hay gente más abajo... —dijo, y señaló hacia la tierra, como si

quisiera perforarla con la punta de su índice, se dio un trago y su cuerpo respondió con una sacudida telúrica—. Ah... Oigan esto, oigan bien esto, que es terrible...

—No nos maltrates, Conde —suplicó Carlos.

—Déjame hablar, coño... Miren, el otro día venía de caminar ni sé cuántas horas buscando libros, me dolía hasta el alma, había sudado como un caballo y cuando fui a entrar en mi casa vi a un viejo que se acercaba y le noté algo raro en los pies... Algo extraño... Cuando estuvo más cerca vi que, como no tenía zapatos, se había amarrado en los pies unas bolsas de nailon todas renegridas, seguro que las había sacado de algún basurero. Entonces le miré la cara y me di cuenta de que yo había pensado que era un viejo y resultaba que el hombre tendría, no sé, unos años más que nosotros, o los mismos que nosotros, pero con aquella facha... ¡Un contemporáneo, caballeros! Y me pregunté, ustedes saben que yo me pregunto cosas, pienso, le doy vueltas a la mierda...

—No nos digas lo que ya sabemos —acotó el Conejo—. ¿Qué te preguntaste?

—Bueno, me pregunté: ¿cómo coño aquel hombre había llegado a no tener siquiera un par de zapatos y a andar por ahí con dos bolsas amarradas en las patas? A lo mejor se lo bebía todo..., más que nosotros. Pero a lo mejor lo que ganaba como jubilación no le daba para comer y además comprarse un par de botas, o cualquier mierda que ponerse en los pies... ¿Ustedes saben lo que cuesta un par de botas de esas que parecen hechas con piel de dinosaurio?... ¡Valen casi el salario de un mes, coño!... Viendo al viejo que era de mi edad, de pronto sentí cómo el corazón se me comprimía, tenía tremendas ganas de llorar... De llorar por ese contemporáneo viejo sin zapatos y por mí, porque yo mismo me vi en el espejo de aquel hombre. Hasta ahí podía bajar yo. Si no existieran Tamara y Josefina, si no existieran ustedes, si no existiera el Yoyi..., yo podía acabar caminando por la calle con unas bolsas de nailon en los pies... ¡De pinga!... Yo sé que hay gente que vive así en todo el mundo, pero este tipo era el que yo tenía delante de mí, el que me tocaba a mí, el que me ponía en un espejo... Entonces le dije al hombre que se esperara allí y entré en la casa. Empecé a buscar unos zapatos viejos, unos carmelitas de cordones que dejé de usar hace mil años, ¿se acuerdan?, los que me apretaban en los dedos y que por si acaso yo no había botado, porque en este país no se puede botar nada... Pero ¿saben qué?... No los

encontraba. No estaban en el clóset, ni debajo de la cama, ni en un cajón donde meto cualquier mierda... ¿Los había botado? No, no podía haberlos botado..., hasta que me acordé de que los había visto en una caja con unos libros que no había podido vender. Los busqué, los saqué, vi que estaban medio mohosos por la humedad y duros como un palo, pero todavía servían. Cualquier cosa es mejor que unas bolsas de nailon amarradas a los tobillos, ¿no?... Si no le servían podía venderlos, cambiarlos, no sé... Sacudí un poco los dichosos zapatos y salí a la calle... y el hombre de las bolsas se había ido. ¡Si yo le dije que me esperara! El tipo se aburríó, o pensó que yo lo había engañado, no sé, no sé... Bueno, aunque estaba más cansado que un perro, salí a buscarlo por todo el barrio. No lo encontraba, y empecé a preguntarle a la gente por el tipo de las bolsas en los pies... Y resulta que nadie lo había visto, los borrachitos del Bar de los Desesperaos no lo conocían. Y un tipo con unas bolsas de nailon en los pies no puede dejar de verse... ¿Qué coño estaba pasando? ¿Me imaginé que había visto a ese hombre?...

—¿Ya estás viendo visiones, salvaje? —Carlos parecía preocupado. Para calmar aquella sensación bajó todo el ron que quedaba en su vaso.

—No, no... Ese día yo no me había tomado un trago, se lo juro: así que no estaba delirando, lo había encontrado de verdad... —A medida que había avanzado en la historia del indigente, Conde había comenzado a sudar por todos sus poros y finiquitado el vaso mediado de ron que tenía en la mano. Con el pañuelo ya anegado trató de secarse la cara, se sirvió los restos de la última botella y se zampó un trago largo y devastador para cerrar el relato—. El caso es que caminé como una hora, seguí preguntando, me cagué en mis muertos por haberme demorado tanto en encontrar aquellos cabrones zapatos del coño de su madre. Hasta que me di por vencido y regresé a la casa, pensando cada vez más si lo que estaba seguro de haber visto y hecho no podía ser una imaginación mía. Yo no tengo tanta imaginación, no, claro que no. ¡El tipo existía, existe!... Y desde ese día no me lo puedo sacar de la cabeza, lo veo caminar arrastrando los pies para que no se le salgan las bolsas de nailon, y sigo pensando en cómo coño alguien en este país puede llegar a vivir así, sin que a nadie se le ocurra darle un par de zapatos..., ¡sin que a nadie le importe un carajo!..., peor todavía, ¡sin que nadie lo vea!, ¡como si fuera un fantasma! Y empecé a culparme por no haber hecho lo que tenía que hacer: darle los zapatos que yo llevaba puestos cuando me lo encontré en la calle. Por haber pretendido darle lo que a mí me sobraba y no lo que tenía,

que era lo que debía haber hecho si yo no fuera tan mezquino y cabrón...

Carlos y el Conejo apenas intercambiaron una mirada, incapaces de soltar cualquiera de los sarcasmos con que solían tratarse, y luego de darse el lingotazo final, Conde miró su vaso, como si no se explicara su vacío. El mutismo de los amigos, el calor, el alcohol acumulado, la influencia maligna de la luna sucia y rojiza sobre su conciencia adolorida por la historia del caminante de las bolsas debieron combinarse en ese instante, implosionar, pues de pronto Conde sintió como si se apagaran todos sus motores, con una sacudida final. Y ante su retina apareció una mancha naranja, entre ígnea y sanguínea, de donde salían tentáculos supurantes terminados en unas protuberancias verdes que semejaban garras, al tiempo que lo invadía una fetidez sulfúrica capaz de anestesiarlo. Vio cómo la mancha lo envolvía, rodeándolo con sus tentáculos y su volumen viscoso, indefinido, al tiempo que su cuerpo empezaba a calentarse, desde los huesos y las vísceras hacia fuera; su sangre a bullir con el incremento de la temperatura; su piel sudorosa a desprenderse y hacerse parte del plasma de la mancha sulfurosa y magnética que lo cubría..., hasta sentir que iba a explotar. Como un globo, como una bomba, como un vómito...

Según el Flaco y el Conejo, Conde había soltado el vaso, que se estrelló en el suelo. Permaneció unos instantes como perdido, quizás dormido, aunque temblaba de modo ostensible y profundo. Cuando recuperó la lucidez, sintió una especie de desaceleración de su cuerpo, como si regresara de un viaje, a pesar de que no tenía muy claro lo que aquello significaba, pues nunca había viajado a ningún lado al cual no se pudiera llegar en una guagua. Al fin vio las imágenes borrosas de sus amigos y soportó una opresión en las sienes, a la vez que percibió un alivio: el de los iniciados en los Grandes Misterios. Había ido y había regresado, lo habían escogido pero lo habían devuelto... Y para digerir su descubrimiento bebió las gotas de ron agazapadas en el fondo de la botella que estaba a su alcance. Apenas tragó el líquido, comenzó a torcerse en su silla, como un árbol aserrado, atraído por la única fuerza remanente en el universo: la de gravedad. Cuando ya describía el lento pero inexorable desplome, Conde logró escuchar la voz de Carlos.

—¡Corre, Conejo!... ¡Agárralo, que se despinga!...

—Me encanta esa novela de Updike —logró musitar Conde, o al menos eso creyó—. *Corre, Conejo...*

Y cayó en una nube pastosa de la que saldría varias horas después,

cuando se recostara en el sofá de la casa de Carlos, bañado por la luz del sol, y todavía en calzoncillos clamara por un ejército de dipironas que vinieran en ayuda de su macerada masa encefálica.

Cuando la vieja Josefina le entregó las pastillas y el vaso de agua, Conde trató de sonreír y levantó la mirada hacia la madre de su amigo, en cierta forma también su madre, la madre del mundo.

—Jose, creo que voy a dejar la bebida.

Josefina negó con la cabeza.

—¿Porque te emborrachaste anoche?

—Sí, no, bueno... ¡Porque vi al diablo, Vieja! —dijo, y no pudo evitar olerse las axilas—. Ni te me acerques, que huelo como él...

Josefina sonrió. También habían sonreído Carlos y el Conejo cuando Conde les contó la historia de su revelación satánica. El Conejo les recordó que cuando él cogía una juma muy fuerte solía ver ratones verdes. Aquello se llamaba *delirium tremens*, dijeron. Pero Mario Conde sabía que no, no había sido un delirio, sino un viaje real al fondo del abismo por donde un hombre camina sin rumbo y sin descanso con bolsas plásticas atadas a los tobillos. Y sin que nadie lo vea...

No obstante, pronto el Conde había olvidado su promesa abstencionista. Y esa noche, luego de que Candito el Rojo le confirmara la existencia del diablo, pensó que era una buena ocasión para tentar al maligno. Y con dos botellas de ron hizo su entrada triunfal en la casa de Carlos, que ya no era flaco y no creía en ratones verdes ni en más apariciones infernales que las propias de su vida de todos los días.

Regresaron a la Vall de Sant Jaume como heraldos negros: el país estaba en guerra, anunciaron. ¿En guerra con quién?, les habían preguntado en Molló, en Beget, en Rocabruna y en otros caseríos del valle, donde nadie sabía aún la mala nueva. Pues en Camprodón decían que en guerra con ellos mismos: españoles contra españoles. ¿Y por qué peleaban? ¿Porque unos no eran comunistas ni anarquistas ni sindicalistas ni trotskistas ni fascistas y los otros sí? ¿Porque unos creían en Dios, en la moral y la decencia y los otros no, o menos, y además eran masones? ¿Porque unos no querían que hubiera República y otros sí, unos monarquía y otros no, unos incluso que no hubiera ni monarquía ni república? En Camprodón todos sabían algo y nadie sabía mucho. Por las pocas radios del pueblo llegaban noticias que se contradecían. Solo existía una certeza: al fin había estallado la guerra que, muchos lo presumían, en algún momento podía comenzar.

Carles Barral y el joven Antoni tuvieron que vender a toda prisa el cargamento de carbón, perdiendo incluso algunas pesetas, pues en Camprodón, divididas las simpatías entre los bandos en pugna, la gente solo pensaba en la guerra, solo hablaban de la guerra, muchos incluso se disponían a hacerla y clamaban por que les dieran armas para ir a pelear y acabar cuanto antes con sus enemigos fascistas o comunistas. Mientras Carles se apresuraba a cerrar los tratos, entregar la mercancía y comprar algunos víveres necesarios para llevarse a la aldea, su hijo Antoni, siempre dispuesto y con más luces, había ido a la alcaldía, a la iglesia, al mercado, a una casa sindical anarquista y había hecho preguntas.

Empeñado en recuperar algún periódico desechado, en estar cerca de una

radio o en desprender de las paredes los volantes todavía olorosos a tinta que cada facción estampaba en la única imprenta del pueblo, Antoni se había sentido inmerso en una atmósfera tensa y confusa, de miradas que iban del miedo al odio o los mezclaban, con insultos incluidos. Y pudo saber que el ejército de África se había sublevado contra el gobierno de la República y que muchas guarniciones militares se habían adherido al levantamiento, aunque otras permanecían fieles al Gobierno y otras sin fidelidad definida. Se hablaba de la posibilidad o la urgencia de armar al pueblo, si fuese necesario, para defender la República y que en Cataluña casi todos se habían declarado leales al gobierno legítimo. Incluso se decía que en Barcelona la gente estaba en la calle pidiendo armas, pues querían luchar. Eso era la guerra y, sin que todavía hubiera sonado el primer disparo en aquellos pueblos remotos encajados entre montañas, apenas llegada la noticia, Camprodón había entrado en ella. Y, sin él saberlo aún, sin entender demasiado lo que estaba ocurriendo, la guerra también había entrado en la vida del joven Antoni Barral para torcerla hasta desfigurarla.

Cuando dejaron a los fatigados mulos en el cobertizo anejo a la casa de piedras y techo de pizarra donde, sin mayores modificaciones, habían vivido varias generaciones de los Barral, Carles le ordenó a su hijo que se fuera hasta la ermita y localizara al padre Joan y lo pusiera al tanto de las nuevas y, si podía, le explicara lo que sabían. A sus quince años Antoni era el joven más educado de la Vall de Sant Jaume, uno de los pocos que era capaz de leer y escribir de corrido, incluso de sacar cuentas sin contar con los dedos. Hasta podía descifrar mapas, incluso identificar estrellas, todo gracias a que el padre Joan había descubierto en él una inteligencia natural que se dedicó a cultivar en los pocos ratos libres que el muchacho podía sustraer a sus faenas de carbonero y pastor de cabras montaraces.

En varios siglos el padre Joan era el primer sacerdote que había residido en la aldea —al menos nadie recordaba que hubieran tenido alguno en aquel paraje pobre y remoto— y, para emplear mejor su abundante tiempo libre, organizaba clases de lectura y aritmética para los chicos del lugar, y las ofrecía junto a las imprescindibles lecciones de catecismo y vidas de santos. Según sus fuerzas, además, ayudaba en algunas labores a las familias de sus feligreses. Las malas lenguas decían que el párroco, por algunas actitudes no muy ortodoxas, cumplía un castigo de sus superiores desempeñando aquel destino entre unos pocos payeses analfabetos y oficiando en una pequeña

ermita de montaña en donde apenas había espacio para unos cuantos bancos, un ara de piedra y una tosca cruz de encina, aunque había sido premiada con una vieja y hermosa imagen de Nuestra Señora, negra como la pez y con extendida fama de milagrera. Para esa virgen negra, muchísimos años atrás un señor de la región, luego de encontrar la imagen escondida en la hendidura del tronco de una encina seca y de haber sido beneficiado con uno de sus muchos milagros, había ordenado construir la ermita justo en el sitio donde se había erguido el árbol que albergara la imagen y donde recibió el premio de un prodigio supranatural sobre cuya cualidad y proporciones existían incontables versiones.

Antoni debió recorrer media aldea para localizar al padre Joan. Al fin lo encontró en la ribera del arroyo, con un libro en las manos y la sotana de color ya impreciso recogida hasta las rodillas para que sus pies, llenos de sabañones y callos enquistados, se aliviaran en la corriente que nacía en las montañas áridas y corría hacia el valle boscoso hasta tributar en el Ter. Desde que el cura, hombre de ciudad e iglesia, fue confinado a la aldea pedregosa donde todos los senderos ascendían o descendían, sus pies, desacostumbrados a tales rigores y, por añadidura, mal calzados, habían pagado un doloroso tributo, constatable a simple vista. El propio sacerdote, buscando algún remedio para realizar mejor sus andares, se había confeccionado unos ridículos zapatones con pieles crudas de cabras, cocidas con pitas de cáñamo. Aquel calzado primitivo provocaba la risa de unos aldeanos que, quizás como compensación al carácter más bien afable del sacerdote y a su edad proveya, lo habían convertido en una especie de autoridad ubicua, pues mediaba incluso en tratos comerciales y disputas familiares y hasta recetaba remedios a los enfermos de una aldea tan insignificante que solo recibía una atención oficial al año: la de los pertinaces recaudadores de impuestos, corrosivos como el esmeril, inevitables como las influencias invernales.

El padre Joan escuchó la noticia, valoró los comentarios sobre el ambiente que imperaba en Camprodón resumido por Antoni y luego leyó los pasquines y periódicos recolectados por el muchacho. El cura, a pesar de andar cerca de los ochenta años, era capaz de leer sin gafas y, mientras lo hacía, movía los dedos en el agua transparente del arroyo para espantar los pequeños peces que se acercaban atraídos quizás por sus pústulas. Esa tarde, observando los pies maltratados y deformes del hombre de pasado difuso y presente mortecino, Antoni Barral tuvo una sensación extraña. Algo

revelador pasó por su mente con tal intensidad que por el resto de su vida estimaría como una señal o una premonición. Y muy pronto descubriría el sentido del ramalazo de su subconsciente.

—Pobre España —dijo al fin el sacerdote, y dobló los papeles para colocarlos dentro del volumen de tapas gastadas que esa tarde leía. El *Libro de buen amor*, del Arcipreste de Hita—. Pobre España —repitió.

La Vall de Sant Jaume era una aldea paupérrima y apacible que siempre había vivido al margen de la historia o de espaldas a ella. Desde que los primeros montañeses escogieron como morada aquel valle remoto del Pirineo catalán, de muy intrincado acceso pero de clima benigno, la vida de todos ellos había cumplido una dimensión humanamente limitada, a lo largo (o corto) de la cual se cumplían los mismos ciclos biológicos y cósmicos, como un regalo o una fatalidad. Entre el nacimiento y la muerte de los aldeanos que se empeñaban en permanecer en el valle solo figuraban cambios de estaciones, temporales de lluvia o nevadas intempestivas, plagas o epidemias, matrimonios y bautizos.

Como ni las guerras ni los avances científicos ni los cambios políticos, incluidos los de los últimos años, habían tocado el transcurrir repetitivo de la aldea, y su historia no aparecía en ninguna crónica conocida, nadie podía asegurar con precisión sus siglos de existencia o recordar cualquier hito memorable que no estuviera relacionado con alguna catástrofe natural. Por no saber, ni siquiera se sabía a ciencia cierta si la vieja ermita había sido construida en la aldea o si la aldea había nacido alrededor del oratorio. Según el padre Joan, la construcción, levantada con piedras blancas de la región, debió de haber sido erigida cuatro o cinco siglos atrás, pero ni el dato ni mucho menos su precisión le importaban demasiado a ninguno de los pastores y carboneros moradores del caserío, para quienes el tiempo tenía una manifestación externa indefinible aunque una férrea presencia física, como la centenaria encina de bayas dulces que se erguía frondosa en el patio de la ermita.

Lo que distinguía a la Vall de Sant Jaume era que su ermita y su virgen negra habían nucleado la existencia del caserío desde que la imagen fue hallada y construido el modesto recinto que la acogió. Cada uno de los

aldeanos había sido bautizado allí, todos los casados habían recibido entre sus piedras el sacramento por algún párroco venido desde Oix, Beget o Molló, incluso desde Camprodón u otro pueblo mayor de la zona con iglesia parroquial y el privilegio de tener un sacerdote de cuerpo presente. Cada una de las mujeres de la zona había pedido a Nuestra Señora de La Vall que les concediera el don de la fertilidad y, luego, el premio de un parto sosegado. Tal era la fe de los aldeanos en su Virgen, que incluso las cabras y ovejas enfermas eran llevadas a su presencia con la esperanza de que la Santa las aliviara. Muchas veces, aseguraban, la Virgen había oído sus ruegos. Su poder se había revelado en curaciones, embarazos y hasta en el muy recordado milagro de traer del más allá a un niño proveniente con seis dedos en cada mano, muerto a los pocos días de su nacimiento y que, en su segunda vida regalada por el portentoso divino, había acumulado ciento diez años de estancia en la tierra. Aquel prodigio, junto al de su milagrosa aparición dentro de un árbol, solían ser las primeras noticias del poderío de la imagen oscura que los aldeanos conocían cuando adquirían uso de razón. Y así había sido desde un tiempo situado más allá de todas las memorias.

La certeza de que el resto de España se disponía a librar una guerra, y las noticias inmediatas de que ya se libraba en Gerona, Barcelona y buena parte de la península, en verdad apenas alteró las rutinas de la aldea, al menos al comienzo de la contienda. La primera conmoción que sintieron fue conocer la noticia de que Jaume Pallard, señor de muchísimas tierras y patriarca de la rancia familia de los Pallard que todos en la región conocían, había sido juzgado por el Comité Anarquista y fusilado en el acto contra una pared de Olot por ser considerado un déspota enemigo del pueblo. Pero, durante semanas, la mayor preocupación concreta de familias como la de los Barral había consistido en saber si con el avance de la guerra les seguirían comprando los recios quesos de sus cabras y el carbón vegetal que durante los otoños y los inviernos cocían en las laderas de las montañas y, por supuesto, si la mercancía podría incluso alcanzar un mayor precio.

Solo el padre Joan y su discípulo Antoni Barral hablaban de los sucesos particulares de la contienda, leían los periódicos que el sacerdote se hacía traer por cada aldeano que bajaba a Beget, Molló o Camprodón o comentaban las noticias que el cura de Sant Aniol, dueño de una radio, le enviaba a su colega con algún arriero o contrabandista de paso. Ahora sabían, por ello, que se combatía en diversos puntos de la península, que en Barcelona se había

producido un gran levantamiento popular dirigido por los anarquistas, y las tensiones habían alcanzado altos niveles, pues la revancha y la violencia imperaban en el país. Se decía que, como parte de aquellas manifestaciones, casi toda la alta jerarquía de la Iglesia católica participaba en el enfrentamiento nacional apoyando a los militares rebeldes y a la vez siendo castigada por las facciones republicanas más radicales a través de los curas, las monjas y hasta de los obispos a los que podían atrapar. La quema de iglesias y conventos, incluso la prisión y hasta el martirologio de religiosos no parecía ser solo una obra de propaganda, sino una patente realidad, como lo eran la bendición y legitimación ofrecida por muchos obispos a la cruzada de unos militares violentos y fanáticos, como casi todos los militares. Y tal estado de cosas no dejaba de preocupar al viejo sacerdote.

Antoni Barral se esforzaba en tratar de entender cómo habían llegado a esos extremos de violencia, venganza y odio y, por ello, se prestaba siempre que era posible a realizar el esforzado empeño de bajar a uno de los pueblos de la región en busca de algunas nuevas. Con su habilidad de montañés desandaba los caminos de la sierra y se movía por los sitios en donde podía recabar información sin hacerse demasiado visible, pues en una ocasión, durante una incursión a Camprodón, había tenido que escapar trepando una de las paredes del local adonde lo habían conducido para enrolarlo en el ejército republicano o en una milicia, o columna, sabía Dios cuál. Y lo había hecho porque, aunque tenía simpatías difusas por una República que había prometido mejorar la vida de los españoles, proletarios y campesinos, no era capaz de sentir que aquella también podía ser su guerra.

«Pero también es tu guerra», le había insistido el padre Joan cuando el joven le contó el episodio de su fuga. «Primero, porque esta guerra cambiará la historia de todo el país, incluido este valle donde nunca ha pasado nada. Segundo, porque esta vez la neutralidad parece imposible. Y tercero, porque si tú no vas a la guerra, tarde o temprano la guerra vendrá hasta ti. Haya o no haya revolución, nadie se librará de esta guerra. Y aunque no quieras, tendrás que escoger, muchacho.»

Cuando el padre Joan subía hasta la ladera donde Antoni llevaba a pastar sus cabras y ovejas, o las noches en que el joven visitaba al párroco en la choza que ocupaba a la salida de la aldea, el payés y el cura hablaban de lo que ocurría más allá del valle. Y Antoni comenzó a entender más y mejor: cuando el odio se enquistaba, termina por reventar; cuando se ponen en juego

las cosas importantes hay que esperar una reacción; cuando los poderes consiguen utilizar los fanatismos políticos, religiosos, nacionalistas, en algún momento salta la chispa capaz de provocar la explosión. A pesar de sus diez años de destierro en la Vall de Sant Jaume, el padre Joan, que había nacido, estudiado y ejercido en Barcelona, tenía sus opiniones sobre lo que estaba ocurriendo, y cuando las escuchaba, el joven Antoni trataba de asimilarlas: España era un país que había extraviado su sentido de la justicia y todos los poderes, incluida la propia Iglesia católica, eran responsables de aquel estado de iniquidad extendida. Su designación como párroco de una ermita perdida en la Alta Garrotxa, la inhóspita «tierra quebrada» del Pirineo catalán, mucho había tenido que ver con un modo de pensar que lo colocaba más cerca de los republicanos, a veces incluso de los anarquistas, que de las posiciones del poder eclesiástico. Sus nociones y comentarios, capaces de despertar la simpatía del joven Antoni Barral, le permitieron al muchacho llegar a entender algo más profundo, y a adquirir una certeza que lo acompañaría durante el resto de su existencia: creer que se ha vivido al margen de la Historia, o pretenderlo, resulta un absurdo. Pensar que la Historia te ha olvidado equivale a ignorar que, por encima de tu voluntad, eres parte de una realidad ingobernable que te envuelve. Y pensar que te salvarás de ella, un imposible: no importa que estés en lo que parece ser un meandro perdido de la corriente, porque cuando se produce un diluvio se inunda todo, se revuelve todo, los cauces se trastocan.

Había sido durante las clases de catecismo que organizó al llegar a la Vall de Sant Jaume cuando el padre Joan advirtió que Antoni, un niño juncal, de grandes ojos negros dotados de una profundidad que parecía perderse en el tiempo, tenía capacidades intelectuales de las cuales estaban muy lejos los otros muchachos de la aldea. Por eso, con el permiso de Carles Barral, había comenzado no solo a alfabetizarlo, sino a hablarle de historia, de literatura, de geografía y de ciencias naturales. Pronto comprobó que Antoni era una especie de rareza genética en aquel valle de payeses rústicos: aprendía, memorizaba, procesaba, como si las palabras del sacerdote solo desempolvaban viejas sapiencias escondidas en su memoria. Para hacer más grata la instrucción, el cura le hablaba de reyes, emperadores, generales y

papas como si le narrara cuentos; le trasmitía sus conocimientos sobre la fecundación o sobre la geografía, adornándolos con anécdotas pintorescas. Gracias a ello Antoni Barral tuvo una primera idea romántica de cómo alrededor de las montañas que conocía se extendía un mundo amplio y diverso y de que, en el tiempo pasado conocido como la Historia, habían existido muchos hombres que, bien o mal, habían intentado o logrado cambiar el mundo, con actos o con ideas. Los deseos de conocer ese universo trasmontano y vital comenzaron a germinar en la conciencia del joven. Sin embargo, la propuesta del cura de que Antoni se matriculase en una escuela de Camprodón fue desechada por su padre Carles: el hijo mayor, el Andreu, era tonto, vago, incapaz incluso de cuidar como es debido de un horno de carbón, esquilar una oveja sin lastimarla o ayudar en el parto de una cabra, y Carles, viudo desde hacía diez años, necesitaba a Antoni para poder salir adelante en aquella vida dura, de estrecheces sin límites que se vivía en la aldea, en el valle, en el país. El padre Joan aceptó la decisión sin discutirla, pero obtuvo a cambio la autorización para poder acompañar a Antoni en cualquiera de sus faenas o en sus cacerías de liebres, perdices rojas y palomas torcaces, y así continuar su labor pedagógica e, incluso, darle algunos de los libros que había traído de Barcelona en un baúl de cartón del cual, como por arte de magia, siempre podía salir un nuevo volumen nunca visto por Antoni.

El deseo de conocer el mundo que había a uno y otro lado de la sierra, también más allá de los mares, de ver gentes diferentes a las de Oix, Molló, Beget, Camprodón, incluso a las de Olot, siguió creciendo en los pensamientos del joven. No obstante, Antoni bien sabía que las posibilidades de vivir esas experiencias difícilmente se concretarían en los días de su vida porque, además, él realizaba sus faenas no solo con empeño, sino con placer: cuidar de que un horno de carbón no se volara, esquilar las ovejas, recorrer los senderos de montaña con el arria de mulos, atender y conocer a cada uno de sus animales eran sus misiones en la vida. En verdad, las lecciones y lecturas que le regalaba el padre Joan solo servían para hacer sus faenas más satisfactorias y tener la posibilidad, en ciertos casos, de asociar los asuntos de su vida y de su aldea con las de otras vidas y sitios diferentes. Y, en ocasiones, para que Antoni soñara.

En uno de aquellos encuentros, poco antes de que se produjera el alzamiento de los militares y comenzara la guerra, el padre Joan le había preguntado al muchacho qué le gustaría ser en la vida. Antoni lo miró y

sonrió: entendía la pregunta, pero no su sentido. Porque en la Vall de Sant Jaume nunca nadie se había hecho semejante cuestionamiento. Allí los destinos siempre habían estado escritos desde antes de nacer y hasta el momento de morir. Y es que a sus quince años Antoni Barral estaba convencido de que su existencia replicaría la de sus antepasados. Y no se quejaba, no se lo cuestionaba. A pesar de que alguna que otra vez, oyendo a algún jornalero de paso por la aldea hablar de la necesidad de crear una sociedad donde todos serían iguales o escuchando al párroco hablarle de otros tiempos y lugares fabulosos o leyendo algún relato también facilitado por el cura, había llegado a soñar que algo, o quizás todo, podría ser diferente. Mas él sabía que solo se trataba de eso, de un desvarío, una ilusión. Y fue el diluvio el que, de un modo dramático, lo obligó a despertar de sus sueños, pues hizo que todo fuera diferente.

La noticia de que la columna de un comité de anarquistas de la CNT y la FAI de Sant Joan les Fonts había entrado en el vecino pueblo de Beget provocó el revuelo entre las cuatro decenas de aldeanos de la Vall de Sant Jaume. Sobre todo porque se decía que eran entre veinte y treinta hombres armados, con la misión de ir tomando posesión de territorios y estableciendo los términos de su revolución radicalísima y particular, deteniendo a los enemigos del pueblo e imponiendo levadas forzosas. Su primer objetivo era neutralizar a esos enemigos indeseables, categoría en la que entraban terratenientes, burgueses y curas. El segundo propósito radicaba en comenzar la creación de una nueva sociedad en la cual todos fuesen los dueños de todo, sin vestigios de propiedad privada ni estatus sociales, o sea, haciendo una guerra contra la explotación y el Estado: la revolución total del comunismo libertario. Aquello no sonaba mal, aunque los comentarios que antecedían a la columna de los revolucionarios aseguraban que en otras aldeas de la sierra y en pueblos de la costa columnas como esa habían emprendido un proceso de socialización de la propiedad que incluía no solo pequeñas fábricas y talleres, sino hasta los botes de los pescadores y las cabras y ovejas de los pastores, que dejaban de ser propiedad del pescador o del pastor para transformarse en bien común del pueblo. ¿Sería cierto?... ¿Y habían sido ellos los que fusilaron al señor Pallard? Decían que sí... ¿Y ellos mismos quienes le dieron fuego a la iglesia

de Sadernes con el párroco dentro?... En los comentarios llegados de cualquier parte, nadie aseguraba a ciencia cierta a qué política del gobierno de la República respondían esos hombres. De lo que los aldeanos estaban convencidos era de que su cercanía significaría la llegada de la guerra y sus efectos a la Vall de Sant Jaume, como había advertido el padre Joan.

La primera reacción de Carles Barral ante el inminente arribo de la partida anarquista fue la de internarse en la montaña con sus cabras y sus hijos. ¿Quién si no ellos, los Barral, sabrían conducir sus rebaños por los peñascos y riscos más empinados, garantizarles el pasto y el agua en las alturas desarboladas, protegerlos del venidero invierno? Pero el mismo Antoni lo hizo desistir de la idea: esta vez no se trataba de una tormenta pasajera, sino de un diluvio, argumentó repitiendo la imagen del cura. ¿Cuánto tiempo y en qué condiciones podrían vivir en esas montañas inhóspitas? Ya la vida era bastante dura en la aldea como para pretender sostenerla en el monte por un período que podría prolongarse y al cabo del cual podrían ser castigados por su evasión. Lo mejor, creía, era aceptar el reto, como pensaba el padre Joan. Porque el cura, a pesar de las terribles noticias del destino de algunos de sus colegas, fusilados, perseguidos o encarcelados —como acababa de ocurrir con el padre Josep Maria, de Beget, según se decía, y muchos curas y monjas de Barcelona—, confiaba en que no se hubieran perdido por completo los límites de la cordura. Por el resto de su vida Antoni se preguntaría: ¿de verdad el padre Joan lo había creído? ¿Existían límites para la cordura o para la falta de ella? ¿Por qué lo peor de aquella guerra se ensañaría con su hermano, el Andreu, tonto y pacífico, un ángel de Dios, y su pobre padre Carles? ¿Tenía alma de mártir aquel párroco heterodoxo y de buen apetito?

La última conversación que tendrían el viejo padre Joan y el joven Antoni Barral la sostuvieron en la ribera del arroyo, ambos con los pies sumergidos en la corriente. El muchacho estaba excitado ante lo que se avecinaba, temeroso de lo que podría significar para todos ellos la previsible llegada de los anarquistas, la revolución libertaria, la guerra, pero el sacerdote se empeñó en calmarlo.

«Por mí no te preocupes», le había dicho al muchacho. «Mira mis pies: ya están demasiado viejos para llevarme a alguna parte. Además, no creo que sea interesante para los anarquistas dedicarle tiempo a un cura como yo... Si algo me ocurriera, tampoco te preocupes: es que ese era mi destino. Por las

cabras y las ovejas tampoco tengas pena: si acaso suéltalas en el monte, ellas saben cómo arreglárselas allá arriba mejor que tú, aunque casi eres como ellas... Solo te voy a pedir algo, hijo mío: cuida de la virgen. Algún loco puede excederse con ella y hacer algún disparate. Destruirla, echarla al fuego... Y es demasiado valiosa para tener que lamentar algo así.»

Antoni había ido asintiendo a cada una de las recomendaciones del cura, hasta que escuchó la última. Después de pensarlo unos instantes, le propuso al párroco lo que consideró una buena idea: sacar la imagen de Nuestra Señora de la ermita y ocultarla, como se decía que alguna vez estuvo escondida, en el tronco ahuecado de un árbol, o sumergirla en un pozo o llevarla a una de las muchas cuevas de la región...

«Podríamos hacerlo», admitió el sacerdote, «pero sería peor para nosotros. En esta zona todos saben que lo único importante de esta aldea es esa imagen de Nuestra Señora de La Vall, y si los anarquistas no la encuentran cuando lleguen se pondrán furiosos. No podemos darles más motivos de los que ya tienen o creen que tienen. Pero ¿te imaginas que le prenden fuego a la ermita con la virgen dentro como hicieron en Sadernes? ¿Será cierto que quisieron quemar la catedral de Barcelona, que quemaron la de Lérida?»

Antoni miró hacia la ermita, cuyas puertas desvencijadas solo se cerraban en la noche para evitar que alguna alimaña se refugiara en su interior. Recordó la historia del lobo que, durante un invierno riguroso, había entrado en el recinto y que, al ser descubierto por un aldeano, se acercó y le lamió la mano al hombre como si fuera un perro ovejero. Otro de los milagros de la Virgen. ¿Y por eso, por ser milagrera, había que preservarla?

«¿Tú crees en los milagros?», le preguntó el sacerdote. Antoni asintió: «Creo, como todos en la aldea. Y la Virgen ha obrado muchos». ¿El padre Joan no creía? «Creo en la fe», comenzó el párroco. «Y ya sabes: la fe hace milagros. Y creo en la fe que vosotros y los otros aldeanos tienen en Nuestra Señora de La Vall... Pero también creo en los símbolos. Y esa virgen negra es un símbolo de muchas cosas que se remontan a mucho tiempo atrás. Nadie sabe de dónde vino, cómo llegó hasta aquí. Solo la historia llena de parches de que un señor de la zona la encontró en el tronco de una encina seca que parecía una cruz y la Virgen lo recompensó con un milagro. Pero lo que sí sé es que esa imagen tallada en madera negra es una obra humana y, luego, un símbolo para una fe. Esa imagen fue creada por alguien y para algo: un artista

devoto la talló en madera negra porque quería decir algo con ese preciso color, la sentó en una cátedra porque quería representar su gran poder para los hombres, le dio colores y vida para hacerla más cercana y más trascendente, también más bella... Quien la hizo o quien la ordenó hacer quería representar en ella el origen de todo, la tierra donde cae la semilla y nace la vida, la madre del redentor que pretendía hacer del mundo un sitio mejor. Y creo que alguien la trajo hasta aquí por algo o porque significaba algo, porque la estaba salvando o escondiendo de algo. No sé de qué, no puedo saberlo, pero a la vez lo sé. Ella también lo sabe... Y quizás seas tú el encargado de salvarla de nuevo de los excesos humanos, que son infinitos y recurrentes. No por sus milagros posibles, en los que podemos creer o no, sino por el milagro de haber existido y acompañado a los hombres en sus desasosiegos durante tantos siglos. Un testigo del tiempo. Ese es suficiente motivo para cuidarla y protegerla.»

Desde el promontorio adonde había conducido su rebaño, Antoni Barral vio acercarse la partida militar por el sendero que conducía a Camprodón y no, como esperaban, por el que llevaba a Beget. No eran tantos como habían dicho, sino unos doce hombres, y solo dos de ellos venían a caballo. Cuando divisaron la aldea, los hombres se detuvieron y, al parecer, tuvieron una conversación. Incluso los dos jinetes desmontaron, y cuando retomaron sus cabalgaduras, uno de ellos llevaba en alto una vara de la cual habían colgado una tela, quizás la bandera rojinegra del anarquismo. Por su lado, en el caserío, varios moradores se habían reunido alrededor de la ermita. Entre ellos era posible distinguir al padre Joan, con su sotana oscura y su cabellera blanca, y a su hermano el Andreu, a quien en las últimas semanas le había dado por llevar al hombro una vara como si fuera un fusil y se dispusiera a partir a la guerra.

Antoni Barral miró el cielo de septiembre, todavía limpio de nubes, y sintió un impulso indomeñable. No lo pensó más: arreó sus cabras y ovejas hacia la ladera de la montaña en busca de un sendero superior hacia otra colina donde había un pequeño valle imposible de ver desde la aldea, apartado de todos los caminos. ¿Qué lo empujaba? ¿Por qué lo hacía? Lo sabía muy bien: él había visto nacer a cada una de sus cabras y ovejas, las

había nombrado a todas, conocía el carácter de cada una, sus preferencias y tozudeces. Eran sus cabras y ovejas.

Comenzaba a oscurecer cuando Antoni al fin bajó de la montaña. Traía en la mano tres liebres caídas en sus trampas que además podían servirle de pretexto para su ausencia. Alarmado por el silencio que en ocasiones era roto por alguna voz que se expresaba a gritos, se mantuvo alerta, y optó por deslizarse entre las casas de piedra hasta bajar al arroyo. Siguiendo la corriente, logró colocarse lo más cerca posible de la ermita, protegido por el viejo puente que conectaba las dos riberas.

El hombre que hablaba y cuya voz escuchaba Antoni maldecía a todos: a los burgueses, a los militares, a los terratenientes, a los curas, a los abogados... Ellos, los revolucionarios, barrerían a cada uno de esos parásitos y crearían una nueva sociedad en la que todos serían iguales. Y quien se opusiera también sería barrido sin piedad, como iban a ser barridos los burgueses, los militares, los terratenientes, los curas, los abogados..., los propietarios, agregó esta vez: los explotadores. Parásitos todos, insistió. Pero los aldeanos, los pobres de la tierra, clamaba después el vociferante orador, debían entregar todo el dinero que tuvieran, cualquier cosa de valor, también sus escopetas de caza, pues ese sería su aporte a la revolución liberadora, afirmaba, la revolución liberadora que crearía una sociedad tan justa que ni siquiera tendrían necesidad de que existiera el dinero, fuente de todos los males.

Con su habilidad caprina, Antoni escaló las piedras sobre las cuales se erguía el puente y logró tener una visión parcial pero alarmante de lo que sucedía arriba: casi todos los aldeanos, incluidos su padre Carles y su hermano el Andreu, habían sido colocados contra el muro de la ermita. Un paso por delante de ellos, el padre Joan, a cuyos pies había un libro, o los restos de un libro. El hombre que hablaba, un tipo alto, cetrino, cubierto con una especie de bonete y ataviado con algo parecido a una chaquetilla militar, tenía un fusil en las manos y, en determinados momentos de su diatriba, apuntaba con él a los aldeanos y al cura, hasta que en un momento, cuando vociferaba frente al sacerdote, de improviso giró el arma y le propinó un fuerte culatazo en el estómago que lo hizo doblarse y caer de rodillas, mientras alguno de sus compañeros pedía más. ¿Más qué?

Con el corazón desbocado, Antoni se deslizó otra vez hacia el cauce del arroyo y buscó refugio bajo el puente. ¿Qué iba a ocurrir? ¿Qué podía hacer?

¿Así eran las guerras, o al menos aquella guerra? ¿De ese modo violento se establecía la revolución liberadora por la que volvía a clamar el hombre del bonete? Fue en ese instante, sacudido por el miedo, cuando tuvo la sensación de que algo más extraño de lo previsible estaba sucediendo en la aldea y tomó la primera decisión con la que la guerra terminaría torciendo su vida. Se descalzó de las alpargatas de suela de cáñamo y avanzó por la corriente hasta el pequeño vado que se formaba detrás de la ermita, justo al lado de la encina centenaria plantada o por capricho nacida donde, se decía, había estado la encina muerta en cuyo interior había aparecido la virgen negra. Reptando subió hasta alcanzar la pared lateral de la ermita donde se encontraba uno de los dos únicos secretos de la aldea. Tendido en la tierra, Antoni apoyó sus pies contra uno de los bloques de piedra y, antes de hacer presión, observó sobre la superficie amarilla sus dedos de uñas sucias, sus prominentes metatarsos, las venas gruesas que cruzaban aquellos, sus pies, que en ese instante le parecieron lejanos, casi ajenos. ¿Eran esos sus pies? Fueran o no, empujó con ellos. Cerró los ojos y aplicó toda su potencia: y la piedra comenzó a deslizarse con lentitud hacia el interior del recinto. Tomó fuerzas y volvió a empujar hasta ganar otros centímetros. Esperó. Nada. Repitió la operación, esperó, pero tampoco hubo ninguna reacción por el movimiento cada vez más perceptible del bloque. Fue en ese instante cuando oyó unos gritos confusos, alterados, y sonó un disparo. Luego más gritos, quizás llantos. Después, otro disparo. Y por último, silencio. Antoni había quedado paralizado, los pies contra la piedra, oyendo cómo el eco de las detonaciones rebotaba en las montañas y los bosques de hayas y chopos hasta extinguirse y devolver su imperio a un silencio aplastante, fatal. ¿Por qué habían disparado? ¿A quién o a quiénes habían disparado? ¿Por qué dos disparos? ¿Ambos para el padre Joan? Antoni no lo pensó más e hizo el esfuerzo final hasta sentir que la piedra se deslizaba libre hacia el interior de la ermita. Esperó otra vez y, cuando recuperó fuerzas, continuó su labor procurando conseguir un espacio entre el bloque móvil y el resto de la pared suficiente para lograr deslizarse. Reptando entró en el recinto, casi a oscuras, pues las puertas estaban entornadas. Caminó como un zorro hacia el pequeño altar, también de piedra, sobre el que reposaba la virgen negra y, por primera vez en su vida, la tuvo entre sus brazos. Cuando la alzó, la sintió pesada y pulida, difícil de manipular, pero familiar y cercana. Al asirla, con la punta de sus dedos descubrió una hendidura en la madera que formaba los pliegues de la

capa que cubría su espalda. Pero sobre todo sintió que no era la primera vez que la alzaba en brazos, que la imagen negra de Nuestra Señora era suya de un modo carnal y avasallante, un sentimiento que no entendió ni entendería jamás, y que nunca lo abandonaría. Antoni logró asirla por debajo de los brazos proyectados hacia delante, uno con el niño Jesús cerca de su seno y el otro indicando hacia el frente con un gesto bondadoso. Para sacarla de la ermita debió mover un poco más la piedra desplazada, pues el bulto de la imagen le impedía extraerla sin lastimarla.

Cuando estuvo junto a la vieja encina, Antoni recibió todo el peso de su miedo y su incertidumbre. Temblaba. ¿Había sacado la virgen por lo que le dijo el padre Joan o por una exigencia indomeñable e irracional que lo había empujado? ¿Por valor, por miedo, por locura? Colocó la imagen en la tierra y se dejó caer contra el tronco de la encina para calmarse y pensar en sus posibilidades. Ocultar a la virgen en la montaña y regresar a la aldea podía ser lo más sensato, pero delataría su robo. Escapar con ella y quedarse con los rebaños en la montaña era un disparate del que él mismo había disuadido a su padre. Bajar la virgen al arroyo y tratar de saber las consecuencias de los disparos no resolvía nada y lo arriesgaba todo, pues si lo sorprendían resultaría muy difícil que pudiera volver a escapar. ¿Por qué a él, justo a él, la vida lo colocaba en una encrucijada en la que no había buenas salidas? ¿Había cometido una locura sacando a la efigie? ¿Valía la pena arriesgarlo todo, perder todo lo que era, tenía y quería por salvar la imagen de una Virgen? Pero ¿qué o quién era él? ¿Qué tenía?

Antoni ya sabía que cualquier retroceso podía ser un suicidio, que frente a él había un solo camino. Antes de volver a calzarse las alpargatas se miró los pies y supo que todo dependía de ellos. Él y la virgen dependían de ellos. Se calzó, volvió a cargar la pesada imagen y, buscando mantenerse oculto por árboles y muros, se dirigió hacia su casa. Por suerte, comprobó, únicamente frente a la ermita había luces de faroles o antorchas mientras el resto de la aldea permanecía a oscuras, como muerta. De las tinieblas brotó entonces una silueta también negra. Antoni se paralizó y solo volvió a respirar cuando vio que la figura sombría era la vieja Carmeta. Al reconocerlo, la anciana le tomó el rostro con sus dos manos ásperas, y con su eterno aliento a aceite y ajos le susurró: «Vete, no mires atrás. Vete para siempre. Sálvate, Antoni», y lo bendijo marcando una cruz en su frente para luego besar la mano extendida de la virgen. Un segundo después la anciana había desaparecido en las

tinieblas como si nunca hubiera existido.

Cuando llegó a su casa, con el corazón desbocado por el miedo y las palabras de Carmeta taladrándole el cerebro, Antoni empujó la puerta entornada. A la luz de una lámpara de petróleo imposible de detectar desde afuera, lo vio.

Antoni se quedó paralizado, con la virgen entre los brazos. El intruso parecía un hombre joven y llevaba una escopeta de doble cañón terciada al hombro. Se dedicaba a registrar la casa, hurgaba tirando cosas y su presencia cobró sentido para Antoni cuando lo vio sacudir una vieja lata de galletas y se escuchó el sonido de las pesetas que, con el rebaño, constituían todo el patrimonio de la familia. A la mente de Antoni regresó la frase escuchada poco antes en boca del hombre del bonete: todo se hacía por la revolución liberadora. ¿Revolución liberadora?... ¿No debía ser revolución *libertaria*? ¿Y los anarquistas no debían venir desde Beget, al este, y no desde Camprodón y el valle del Ter, al oeste? De golpe Antoni entendió que estaban siendo víctimas de la peor lacra de aquella guerra: los hombres llegados a la aldea eran una de las bandas de delincuentes que se aprovechaban del caos y de las consignas ajenas para realizar sus fechorías.

Antoni Barral tendría muchos años para meditar lo que ocurrió en esos instantes. Hasta en su lecho de muerte, observando sus pies inertes y la imagen de la Virgen, lo estaría pensando, tratando de deshacer lo hecho aun cuando sabía de la fatal y tozuda irreversibilidad del tiempo. Mas en ese momento no había dudado: su indignación lo venció y el odio que flotaba en la atmósfera lo dominó. Cuando el joven bandolero escuchó la furiosa imprecación del recién llegado, dejó caer la lata y trató de echar mano a su escopeta. Antoni, por su lado, soltó la imagen de la virgen y buscó en su cintura el cuchillo de monte. El joven terció el arma y le apuntó a Antoni, que, poseído por la furia y sin dejar de gritar, se abalanzaba hacia él. El sonido de metal contra metal que produjo el percutor de la escopeta no fue seguido por la detonación esperada y, antes de que el ladrón lograra cambiar la posición del arma encasquillada para utilizarla como instrumento de defensa, el montañés lanzó su brazo armado y sintió cómo el cuchillo penetraba en el cuello del intruso, casi con más facilidad que en el de una cabra o una res. La sangre brotó a chorros, y él cerró los ojos para no ver la mirada de angustia del otro y retiró el cuchillo de su cuello.

Sintiendo todavía cómo las sienes le palpitaban, casi sin poder respirar,

Antoni Barral lavó el cuchillo y se limpió la mano y el brazo. Por un momento sufrió náuseas. Cuando la sangre desapareció del metal y de su piel, percibió un alivio patente. Tratando de evitar la cara del muerto, buscó debajo de la mesa la lata de galletas con el dinero que pretendían robarles. La abrió y contó ciento cuarenta pesetas. Una miseria: su miseria. Se metió el dinero en el bolsillo y fue a la otra habitación, de donde tomó la manta tendida sobre su jergón, una vieja bufanda de lana tejida por su madre antes de morir y un gorro, también de lana cruda, con orejeras, y lo embutió todo dentro de una saca nueva de carbón. Requisó la poca comida almacenada en la despensa — pan, queso, un trozo de carne salada— y la fue echando también en el zurrón. Por último, levantó la imagen de la Virgen que había dejado caer junto a la puerta y, al alzarla para colocarla dentro de la saca, vio que con el golpe de la caída había perdido la mano derecha. Miró hacia el piso de tierra oscura pero no la vio. Decidió olvidarse de ella: no había suficiente luz para buscar un pedazo de madera negra ni tiempo para intentarlo. Acomodó la virgen dentro de la saca y, antes de salir, se atrevió a volver a mirar el cadáver del joven: seguía con los ojos abiertos y la expresión de miedo y sorpresa con que se había ido del mundo. Antoni comprendió que aquel hombre era muy poco mayor que él: casi un niño.

Antoni Barral cargó al hombro la saca con la virgen y las provisiones y salió a la noche profunda de la sierra de la que bajaba la brisa cada vez más fría del otoño recién iniciado. No tenía ideas precisas de lo que haría, adónde iría, si alguna vez volvería y mucho menos de lo que estaba ocurriendo e iba a ocurrir en la aldea. No sabía que frente a la iglesia el padre Joan, de rodillas y con lágrimas en los ojos, rezaba por las almas de su hermano el Andreu y su padre Carles, cuyos cadáveres se enfriaban en la noche, víctimas equívocas de la guerra que los había sorprendido. En ese instante solo sabía que no podía tomar el Camí de la Menera hacia la cercana Francia, pues solía estar vigilado por partidas militares. Por tanto, había llegado el momento de aprovechar el segundo secreto de la Vall de Sant Jaume: la existencia de un paso de montaña abierto en la ladera del Pic de les Bruixes a través de una cueva oculta por dos rocas de apariencia compacta. El Coll dels Llops, lo llamaban los aldeanos, y su ubicación evitaba tener que subir varias laderas y bordear precipicios para cruzar la parte alta de la sierra. Al otro lado de aquel paso estaba el viejo sendero de montaña que podía conducirlo al resto de un mundo inconmensurable que empezaba en el país llamado Francia. Y

propiciarle otra vida.

7 de septiembre de 2014, día de la Virgen de Regla

—Mejor entonces preparo un *brunch*.

—¿Qué cosa?

—*Brunch*, Conde, dije *brunch*. ¡Ay, mijo, qué subdesarrollo el tuyo! — dijo Bobby, y rio.

Cuando le anunció su visita matinal, Bobby lo había invitado a desayunar. Pero luego cambió de opinión porque, como la cita fue fijada para las diez de la mañana, lo que correspondía era hacer un *brunch*. Entonces Bobby debió explicarle por teléfono al subdesarrollado comprador de libros viejos que, por ser a media mañana, en una hora que caía entre el *breakfast* y el *lunch*, el acto alimenticio intermedio se llamaba así y tenía sus propias características, que Conde descubriría encantado cuando llegó a la casa de su ex compañero y este lo llevó hasta la terraza donde había preparado el servicio para el dichoso *brunch*.

En el centro de la mesa había un búcaro alto, de cristal labrado, cargado con lirios blancos y lirios moteados, que a Conde le resultaron de aspecto gay; y a su alrededor una jarra con jugo de naranjas, un plato con una voluminosa tortilla española, una bandeja con tostadas, potes de mermeladas exóticas —del arándano a la fresa—, una barra de mantequilla, una cafetera todavía humeante, un cuenco con leche tibia, un plato con bacon frito, unos vasitos de yogur y una tabla con un queso blanco y otro amarillo custodiados con el cuchillo apropiado para su lasqueado. Aturdido ante tal abundancia, el estómago de Conde lanzó un grito de alarma: sus desayunos solían ser un par de tazas de café y un pedazo de pan más o menos masticable con cualquier

cosa digerible dentro (si algo había), y sus almuerzos callejeros con frecuencia se reducían a pizzas grasientas gratinadas con quesos innobles, por lo que aquel banquete medio matinal escapaba de todas las expectativas e imaginaciones que pudiera elucubrar alguien como él y también el noventa por ciento de sus coterráneos. Ni siquiera Tamara, en sus días de vacaciones, solía montar una mesa así, pues sus dietas habían convertido la escasez en virtud y la mujer reducía sus combates alimenticios a algún jugo de frutas sin azúcar y, para espanto del Conde, a un té igual huérfano de cualquier edulcorante. ¡El bendito horror a la vejez!

Mientras comían, la conversación se movió alrededor de las primeras pesquisas realizadas por el ex policía y sus magros aunque necesarios resultados preliminares.

Pero cuando los platos, fuentes, jarras, cuencos, potes y tablas perdieron sus contenidos —Conde comió de todo, todo lo que pudo, con su camélida filosofía de la vida—, cayeron por gravedad en las partes álgidas del asunto que los convocaba.

—Dime una cosa, Bobby, algo que es importante... ¿Tú sabías que Raydel no era Raydel?

Bobby suspiró al tiempo que negaba con la cabeza. —A veces me parecía que él tenía una historia rara, que era un poco mentiroso..., pero eso es normal, ¿no? Y a mí no me importaba demasiado, él me daba lo que yo necesitaba y... Lo que nunca me imaginé es que estuviera haciéndose pasar por un muerto. ¿Por qué haría eso?

—Para esconder algo, para esconderse de alguien, para que no supieran quién era... Ahora lo que haría falta es saber no solo por qué, sino para qué.

—No, no te entiendo.

—Para qué suplantar una identidad... ¿Qué lo impulsó o lo obligó a eso? ¿Qué hizo para tener que esconderse con otro nombre?

—¿Qué tú crees?

—Que hizo algo grave... Algo muy jodido... El muchacho del que te enamoraste era un impostor y sabe Dios qué cosas escondía. Para empezar, no creo que fuera tan elemental como tú pensabas. Algún trasfondo tenía. Algo buscaba...

—¿Robarme?

—Sí, claro... Quizás para lo que todos pensamos que puede haberte robado: para tener dinero y fugarse del país. O porque quería escapar de un

enredo al que le temía... Aunque siento que hay más razones.

—Ay, Dios mío... ¿Por qué coño yo siempre tengo que vivir en una zozobra, chico?

Hizo la pregunta y se llevó una mano al pecho. Bobby había recibido a Conde vestido con pantalón blanco y camisa blanca de mangas largas y una especie de alpargatas refinadas, también blancas. Debajo de la camisa era posible entrever un cordón de collares de cuentas coloridas. ¿El atuendo apropiado para un *brunch*? Conde sonrió. Y decidió que era el momento de poner sobre la mesa del *brunch* el tema de las peculiaridades de la virgen de Bobby.

—Bobby, ¿te acuerdas de Candito?

—¡Cómo no me voy a acordar, Conde! El jabao aquel con las pasas rojas que parecía un demonio...

—Ese mismo —sonrió Conde.

—Me acuerdo perfectísimamente porque yo le tenía un miedo que me cagaba. Ese tipo era malo, malo...

—Las apariencias engañan, Bobby... Bueno, a veces... Candito siempre fue un buen tipo. Y ahora es casi pastor protestante...

—¡El que no lo conozca que lo compre! ¿Y qué pasó con ese personaje?

—Nada. Candito y también el Conejo piensan que tu virgen es muy rara... Y que no se parece a la Virgen de Regla de las estampitas y de los altares cubanos... Ni a la que hay en Andalucía... A Candito le recordó más a la Virgen de Montserrat... Porque en la tuya, la Virgen y el niño Jesús son negros y...

—Es que es muy vieja, Conde, viejísima —lo interrumpió Bobby—. Y lo importante no es que se parezca o no a la Virgen que está en la iglesia de Regla y en las estampitas, sino lo que los creyentes vieron y ven en ella... ¿Cuántas imágenes de Jesús tú has visto?... ¿Y de María?... Miles, ¿verdad? Y algunas son negras, ¿no?... ¡Hay vírgenes María japonesas! Mira, seguro que la imagen de Cristo que más te suena es la del cuadro ese que todo el mundo tenía aquí del Sagrado Corazón de Jesús...

Bobby reprodujo la postura del cuadro que solían colgar en la sala de sus casas los devotos cubanos: un Jesús de cara hierática aunque bondadosa, con la mano izquierda sobre el pecho donde se veía su corazón lacerado. Conde recordó que una imagen muy peculiar de Cristo, pintada por Rembrandt, lo había llevado a conocer las vidas rocambolescas de varios judíos

relacionados con aquel retrato de un Jesús diferente del recreado por otros pintores de su época y, por supuesto, del Cristo de la estampa popular cubana.

—Mi abuela la heredó de su padre como una Virgen de Regla —siguió Bobby—. No sé si vino de España o si la tallaron aquí en Cuba..., lo que yo sé es que es *mi* Virgen de Regla. Y que ese cabrón me la robó...

—Tienes razón —admitió Conde—. Y como es tan rara, quizás sea más fácil de encontrar. Por cierto, Yoyi me dijo que la habían traído de Andalucía. Conde volvió a servirse café y encendió otro cigarrillo.

—También es posible, sí, creo que lo comenté alguna vez... Pero no estoy seguro, la verdad. Como es tan vieja...

Conde no quiso seguir hurgando en aquel tema, porque había otro que, desde su llegada, lo empujaba más.

—Explícame una cosa, Bobby..., si tú siempre fuiste católico, según me dijiste..., ¿por qué te hiciste el santo yoruba? —E indicó hacia los collares que exhibía el otro—. ¿Por qué andas hoy de blanco y con todos esos andariveles arriba?

Bobby se colocó una mano sobre la frente para cubrirse los ojos: fue el gesto más gay que Conde había visto en su vida.

—Por Dios... ¿No me digas que tú no sabes que hoy es el día de la Virgen de Regla?

El ex policía abrió los ojos. ¿Cómo era posible que lo hubiera olvidado, metido precisamente en aquella historia?

—Ahorita voy para la casa de mi padrino. Hoy le hacemos su fiesta a Yemayá... Y mi virgencita se la va a perder, chico...

—Estoy suspenso en santorales —admitió Conde—. Se me había olvidado el día de la Virgen... Pero, dime, ¿por qué te hiciste santo si en quien tú creías era en Dios y en la Virgen?

Bobby negó con la cabeza, se reclinó en su silla y, con un gesto mecánico, como si no fuera importante, extendió la mano, le robó un cigarrillo a Conde y lo sostuvo entre los dedos.

—Antes era casi un delito de lesa ideología. Ahora, tú sabes, es una moda hacerse el santo. Cuando la gente está muy jodida, creen en cualquier cosa... Y gente jodida es lo que nos sobra... La parte mala está en que todo eso se ha convertido en un negocio... Si vas a ver a una santera, enseguida te dice que tu problema es grave y debes hacerte el santo. Y te manda a ver a un babalao,

que es su padrino, su amigo y muchas veces su socio comercial, y ellos te hacen la ceremonia y te cobran un huevo y la mitad del otro por montarte toda la parafernalia de la iniciación. Y tú lo pagas contento, porque entras en el clan y recibes protección divina..., si crees en la protección divina. O de paso te metes en el negocio de hacerle la ceremonia a otros, mejor si vienen del extranjero y traen dólares... Bueno, pero yo me lo hice con gentes serias, eso creo, y porque de verdad pensé que iba a volverme loco y me hacía falta un alivio...

—¿Cuándo te botaron de la universidad?

—No, después, como quince años después...

—¿Y qué te pasó después?

—Cuando me separé de Estelita y empecé a vivir con Israel... fue un cambio muy grande en mi vida. Aunque era lo que yo más quería, lo que de verdad estaba esperando, eso me removió de pies a cabeza. Mi vida, mi mujer, mis hijos..., mi historia. Todo se alborotó de pronto... Era algo muy difícil de asimilar, porque me sentía feliz de haberme rebelado y a la vez como desubicado, como perdido... Ahí fue cuando Israel me llevó a ver a su madrina de santo y..., ya sabes... Tenían que asentarme la cabeza, una ceremonia que se llama así. Y como casi siempre pasa, una cosa llevó a la otra..., hasta que me hice santo.

Bobby señaló el pulso de cuentas blanquiazules que llevaba en la muñeca y luego acarició los collares pendientes de su cuello. Conde pensó: creía entender a Bobby y, para hacerlo mejor, se atrevió a dar un paso más.

—Sí, me imagino que no fue fácil... ¿Y qué pasó con Estelita y tus hijos?

Bobby casi sonrió.

—Lo que está pasando con tanta gente... Ahora viven en Las Vegas. Cuando estuve en el Norte pasé varios días con ellos, porque ellos no quieren venir a Cuba. No les importa qué coño pasa o va a pasar aquí, no quieren ni saber... Qué jodido, ¿no?

—Sí —se limitó a decir Conde, que no quería entrar en unas aguas tan procelosas. No de momento—. ¿Y entonces, el santo?

Bobby extendió la mano y tomó el encendedor. Volvió a servirse café, lo bebió y luego le dio fuego al pitillo que había conservado entre los dedos, todo a un ritmo pausado, casi desganado. Cuando absorbió el humo, el disfrute de la calada se le reflejó en el rostro.

—De verdad no fue fácil —admitió al fin—, pero creo que no puedes

entenderme... Yo todavía pienso, a veces, que mi vida pudo haber sido otra, pero me la retorcieron, Conde.

Sus palabras expresaban una ira triste.

—¿Pero no me dijiste que al final de todo te habías encontrado a ti mismo, que te habías sentido feliz?

Bobby asintió varias veces antes de responder.

—Sí..., al final. Pero lo que me hicieron pasar antes fue un infierno en vida... Y no estoy siendo melodramático. Mira, a mí no me gusta hablar de esto, compadre, pero hay veces que necesito hacerlo.

Bobby apagó el cigarro y suspiró, como si perdiera presión. Miró hacia el patio, y como en su camino visual estaban los lirios afeminados, acomodó uno que le pareció mal colocado.

—Si no quieres no me digas nada... —Conde ratificó su voluntad con un gesto, pero el otro siguió, como si no lo hubiera escuchado.

—Cuando me hice novio de Katuska, en la universidad... Bueno, lo hice porque yo quería ser hombre, no quería ser maricón, quería ser normal, oye eso, normal, y que me aceptaran y no fueran a joderme la vida... ¿Te acuerdas de la presión que había?... Entonces hice todo lo que pude por arreglarme por dentro. Pero la relación con Katuska era rara... Cuando estábamos solos nos besábamos, nos poníamos calientes, y a veces ella me masturbaba, me pedía que le diera lengua allá abajo..., pero no templábamos, no me dejaba metérsela, siempre me paraba por algo..., algo que supe después.

Conde tragó saliva. La historia de amor empezaba a ponerse oscura.

—Un día fuimos un grupo a la playa, a una casa en la playa, éramos como ocho, y Katuska regresó a La Habana la primera noche porque al día siguiente tenía una reunión muy importante y muy temprano en la universidad, ella tenía cargos en la Juventud... Como hacía mucho calor, y como tomamos una pila de cervezas y de ron, por la noche, serían más de las doce de la noche, los que nos quedamos fuimos a bañarnos a la playa, y alguien propuso, una muchacha, que como estaba oscuro y no había nadie podíamos bañarnos en cueros, así era más sabroso meterse en el mar... Y todos, medio borrachos como estábamos, nos desnudamos. Pero en cuanto vi al lado mío a un primo de Katuska que estaba allí, y le vi el rabo y le vi los ojos..., bueno, no te lo describo, le vi el rabo y una mirada de guajiro ruino..., sentí que me derretía por dentro. Y lo demás fue fácil. Esa noche debuté en las Grandes Ligas del sexo. ¿Sabes que yo todavía era virgen, por delante y

por detrás? ¡Virgen en Cuba a los veintitrés años! Bueno, lo de esa noche fue una epifanía... ¿Se dice epifanía?... No importa, suena bien, y el caso es que él me dio a mí y yo le di a él hasta que nos secamos... Y de pronto sentí que me había encontrado, Conde... Que yo era yo, ¿sabes?... Al otro día, por la mañana, los dos actuamos como si no hubiera pasado nada. Eso era lo que debíamos hacer, ¿no?... Y cuando al mediodía llegó Katiuska, todo siguió igual. O demostré que seguía igual, aunque la verdad era que todo había cambiado: me lo sentía por dentro, en el corazón, me lo sentía por fuera, en la piel... Esa noche Katiuska y yo nos besamos, nos masturbamos, igual que otras veces, pero me di cuenta de que ahora todo aquel juego erótico con una mujer tenía menos sentido para mí, era una farsa... Y caí en crisis. Yo no quería que nadie supiera lo que había hecho en la playa, me reprimí todavía más, me esforcé por parecer más macho..., hasta que un día no pude más y caí, pero en otro foso más oscuro: el de un sentimiento de culpa insoportable, el de sentirme un farsante, un pecador. Y decidí abrirme... Le conté a Katiuska lo que me había pasado con su primo y lo que era la verdad de mi vida. Le pedí que me ayudara a salvarme..., que me hiciera hombre, que me sacara la perversión que tenía en la mente. Me acuerdo de cómo ella me oyó, me preguntó cosas, detalles de cómo había sido con su primo, y al final me dijo que sí, iba a ayudarme, que le diera unos días para ver de qué forma, qué podía hacer, todo aquello la sorprendía, me dijo...

—La cagaste, Bobby —logró decir el Conde, presintiendo el final de la película.

—No sé: quizás aquello estaba deseando ocurrir, ¿no?... Tres días después hubo una reunión de la Federación de Estudiantes, por lo de los preparativos del Festival de la Juventud de aquel año, ¿te acuerdas?, y Katiuska, que era la organizadora del Comité de Base de la Juventud, pidió la palabra al final de la reunión y dijo que tenía que comunicarle al colectivo, así dijo, comunicarle al colectivo, no se me olvidan esas palabras..., un problema grave que confrontaba el compañero Roberto Roque Rosell... Y soltó toda la historia que yo le había contado, pero la puso peor, dijo que su primo estaba dispuesto a servir de testigo de cómo yo me había aprovechado de su estado de embriaguez y... Me fui corriendo, Conde, salí como un loco de la escuela, llorando, con taquicardia, creyendo que me moría... A los dos días fueron a verme a la casa un profesor y el secretario de la Juventud para decirme que el primo de Katiuska no iba a acusarme en un juzgado, pero que

estaba expulsado de la universidad por una grave desviación ideológica y moral, incompatible con la actitud de un joven universitario revolucionario y...

—¡Pero qué hija de puta la Katuska esa!

Bobby sonrió. Era una mueca triste, con algo de nostalgia.

—Nada más quien haya vivido algo así me puede entender. Ahí empecé mi temporada en el infierno... El resto de mi historia más o menos ya te la conté —siguió Bobby—. Ahora, tú no sabes lo más bonito de este cuento...

—¿Tiene algo bonito?

—Sí, creo..., por lo menos revelador.

—¿Qué cosa es?

—Que unos años después me encontré con Katuska y... ¿sabes por qué no tenía sexo conmigo?

Conde se golpeó la frente. La estampa de Katuska, en el bar cercano a la universidad, regresó como un boomerang a su mente. Y tuvo la respuesta en realidad más reveladora —porque bonita no era— de todo aquel embrollo.

—¡Porque ella era gay! —soltó Conde.

—Tremenda tortillera, mi amigo... ¡Y entre las marimachos le dicen Joaquín! ¡Y ahora es jefa de no sé qué cosa de las lesbianas, defensora del orgullo gay y de los transformistas y transformados! ¡Una líder, una abanderada, chico!... Coño, no me digas que el final feliz de la historia no es bonito después de todo, ¿eh, mi hermano?

Arrobado, estudió el follaje de un verde intenso del aguacate que, majestuoso y dueño del tiempo, dominaba el patio de la casa de Carlos. Entre sus ramas aún colgaban varios de aquellos frutos prodigiosos, de generosa masa verde y amarilla, que los cubanos nunca comen como fruta, solo aderezados en forma de ensalada. Quiso calcular cuántos de esos aguacates podía haber compartido a lo largo de más de cuarenta años de amistad con Carlos, Andrés y el Conejo. Cuánta hambre habían matado comiendo tajadas de aguacates salpicados con sal y metidas dentro de un trozo de pan. Cuántos banquetes desproporcionados acompañaron con ensaladas de esos mismos aguacates, a veces hasta rociados con aceite de oliva, unas gotas de limón que potenciaban los sabores pastosos y acompañados con rodajas de cebolla para elevar el

disfrute papilar y gástrico. Conmovido, absorto en la observación del árbol, pensó que habían compartido unos años intensos y plenos a lo largo y ancho de los cuales habían conocido todo lo bueno y lo malo de la vida. Pero años, décadas ya, en los que habían disfrutado unos de otros hasta sentirse, cada uno de ellos, satisfactoriamente complementado. Todos eran uno y eran también el resto del clan, en una mezcla intrincada de experiencias, ganancias y pérdidas acumuladas, preservadas con avaricia de las erosiones foráneas, y convertidas, como siempre pensaba, en los bloques de la muralla tras la que se refugiaban de las más diversas invasiones, como sobrevivientes de una —o muchas—catástrofes.

El estado de ánimo equívoco provocado por la confesión de Bobby lo había impulsado a pactar para ese mismo mediodía el encuentro postergado con su amigo el Conejo, y se habían citado en la casa de Carlos, con la condición previa de que no mediara el alcohol. ¿Quién impuso la Ley Seca? ¿Carlos, el Conejo, él mismo? ¿Una premonición? ¿El miedo al diablo? Conde no lo recordaba, aunque conocía algo peor: que el tiempo y la vida pueden acabar con todo, incluso con los árboles vetustos y hieráticos, como el amable aguacate que ahora contemplaba desde la terraza.

Se conocían tanto que Conde advirtió que se trataba de una cuestión trascendente cuando el Conejo había mirado a Carlos y este hizo un gesto de aprobación con los párpados, sin soltar uno solo de sus alaridos conminatorios. Él, por su lado, los había mirado a los dos y, por esta vez, decidió hacer acopio de medida y esperar con expectación y paciencia el desarrollo de la conversación. Quizás el sentimiento de culpa por haber olvidado primero y postergado después el encuentro que el Conejo le reclamara dos o tres días atrás lo hacía sentirse en desventaja. Esa sensación le resultaba extraña y molesta, y la agravaba la duda, cada vez más latente, de su real capacidad de ofrecer amistad. ¿Cómo había podido dilatar y por momentos hasta olvidar el reclamo del amigo? ¿Por ganar el dinero que le pagaba Bobby? Todavía en silencio, sintiéndose miserable, aceptó la taza del café que Josefina les llevó a la terraza y luego encendió uno de sus cigarros. Supuso, por los discretos movimientos de la anciana, que ella también estaba al tanto de la agenda de la reunión. Y entonces su preocupación se desbordó. Sin poder contenerse más dirigió la vista hacia Conejo y, con el cigarrillo en los labios, mostró las palmas de sus manos: arriba, dame lo que necesitas darme.

—Voy a viajar, Conde —comenzó el amigo—. O no, perdón: planeo viajar.

Conde suspiró, aliviado. ¿Ese era el problema? ¿Nadie se estaba muriendo, las próstatas e hígados seguían resistiendo?

—Bueno, vas a viajar, qué bien, me alegro y... Ahora la gente viaja...

—Y no sé si voy a volver.

Conde sintió como si lo abofetearan. ¿Su amigo también se iba? ¿Otro más? ¿Uno de los perseverantes, de los empecinados, de los sobrevivientes pensaba abandonarlos? ¿Quién apagaría la farola del Morro cuando no quedase nadie?

—¿De qué me estás hablando, mi socio?

Conejo lo miró sin parpadear.

—De lo que estoy pensando... Mi hija me preparó los papeles. Andrés va a correr con los gastos. Si me dan la visa, voy a ir por un tiempo a Miami. Y allí voy a decidir si me quedo o no. Esmé y Andrés me dicen que ellos me ayudan... Pero yo tengo miedo. Miedo de ir y quedarme. Miedo de volver y...

Conde sintió que algo podía estar a punto de derrumbarse.

—¿Qué tiempo llevan tú, Andrés, el Flaco, tu hija Esmé, Josefina y todo Dios metidos en esta historia?

—No sé, dos, tres meses...

—¿Y por qué no me habías dicho nada, Conejo?

—Porque tengo miedo —admitió el otro.

—Mira, Conde... —intervino Carlos, pero él lo detuvo con un gesto de la mano.

—¿Miedo de qué, Conejo?

—De todo... De viajar, de decidir quedarme, de preferir regresar..., de que tú te encabrones conmigo.

—¿Por qué me iba a encabronar? —quiso saber Conde.

Conejo miró otra vez a Carlos, y fue el Flaco quien respondió.

—Porque sabemos cómo eres, salvaje... Porque te queremos... Porque ya estás encabronado, ¿no?

La respuesta de Carlos era lamentable, pero cierta: todo se limitaba a una cuestión de amor y él se sentía en esos instantes como un novio a punto de ser abandonado. Sin embargo, trató de pasar por encima de su egoísmo, sus instintos de conservación tribal, el desvelado espíritu de pérdida que se anunciaba en el horizonte.

—¿Y qué coño vas a hacer si te quedas?... Con sesenta años... Aquí vivimos de milagro, pero vivimos...

—Allá la gente también vive... Esto aquí se pone cada vez más feo y pinta para peor... Pero de verdad no sé si me voy a quedar, Conde. Ni siquiera sé si voy a viajar, si a mi mujer y a mí nos van a dar la visa... Lo que quiero es probar. Al menos eso: tener la posibilidad de probar y, si me dejan, de escoger. Después voy a sacar mis cuentas y averiguar si me equivoqué o no: por quedarme o por volver... No es que quiera quedarme: es que casi nunca hemos podido escoger, nos quitaron el derecho a equivocarnos.

Conde asintió. Sabía que sus argumentos posibles no servían contra la lógica histórica y humana de su amigo. Escoger y equivocarse... o acertar. Pero su malestar no tenía que ver con las lógicas estrictas, sino con sentimientos viscerales. Si seguían perdiendo amigos, ¿qué soledad final los esperaba? ¿En qué pantano de ausencias, sustracciones, manquedades se hundirían? ¿En qué estado de desnudez espiritual atravesarían la cuarta y última edad? Empujado por la desazón, había levantado la mirada y contemplado el árbol de los aguacates que tantas veces los habían alimentado, por vías gástricas y espirituales. El árbol, al menos, seguía allí. Todavía.

—Tienes razón, Conejo —dijo al fin—. Sí, prueba... y equivócate todas las veces que te dé la gana... Eso quiere decir que seguimos vivos, ¿no?... Ah, y si encuentro la dichosa virgen que ando buscando y Bobby me paga, cuenta con ese dinero para lo que te haga falta. Con lo que quede, el Flaco y yo nos vamos a emborrachar cuarenta veces y a meternos los mismos cuentos de siempre. Hasta que reventemos como ciquitraques..., o hasta que vuelvas y nos cuentes si has podido saber si te equivocaste o no en lo que decidiste por ti mismo, en lo que hiciste porque te salió de los cojones. Pero ¿sabes qué? No te voy a guardar ningún aguacate de esa mata. Me los voy a comer todos, hasta que me salga aguacate por las orejas.

Poco antes de las ocho de la noche Conde se apostó en el flanco del Parque Central que daba al costado del desvencijado cine Payret. Con el ruido de la decisión del Conejo revoloteando en su cerebro, comenzó a estudiar un ambiente que, a simple vista, parecía haber cambiado solo con la caída del

sol. Y no con mejores resultados. Para darle color y temperatura a la atmósfera, ya de por sí tórrida, vio que algunos de los muchos policías que merodeaban por el área se hacían acompañar por perros pastores e iban armados como si estuvieran en una guerra de las galaxias. A Conde muy pronto le resultó evidente que la humanidad aturdida que circulaba por allí a la luz del día había sido sustituida, con la llegada de la penumbra, por el deambular de unos seres resbalosos, tétricos, interesados en alcanzar algo a cualquier coste: dinero, sexo, diversión o todo a la vez, por medio de artificios más rotundos, con seguridad más sórdidos. Era el momento de las cucarachas. Y de nuevo se alegró de no ser policía y tener la opción de poder mirar el panorama desde un palco, como un simple espectador asombrado ante el espectáculo de un mundo bullente y en crecimiento, inexistente en sus épocas de servidor social.

El Murciélago se posó media hora después. Al parecer se había bañado, pues no hedía como el día anterior. Vestía una camiseta con muchos brillos plateados y sus ojos lucían casi normales, quizás un poco más pequeños de lo que deberían ser. ¿Defecto visual o marihuana?

—¿Qué hubo? —le preguntó Conde mientras el otro se acomodaba en el banco.

—Me has tenido trabajando como un loco, compadre...

—No te hagas, Yuniesky... ¿Te compraste ese pullover con el dinero que te di?

—Sí —sonrió el joven—. Tá empigao, ¿verdá?

—Precioso —ratificó Conde—. Ahora canta: ¿qué averiguaste de tu socio Raydel?

El Murciélago pareció dudar todavía, pero se atrevió.

—Sí, lo vieron por el barrio ese de orientales en San Miguel del Padrón. Allí tiene un primo que se llama Ramiro.

—Ya me hablaron de él... ¿Ramiro qué?

—Ramiro la Manta... No sé el apellido... Pero si le dicen «la Manta» es porque debe de ser un tipo del carajo, ¿no?...

—¿Cómo supiste eso? ¿Ese primo de Raydel no le dio el palo al maricón junto con Raydel y contigo?

—Oye, ¡tú preguntas mucho y pagas poco!... —reaccionó con rapidez el Murciélago. Resultaba evidente que Conde había dado en el blanco y el joven pretendía poner distancia respecto a sus colegas—. Ya te dije lo que te

interesa... Yo no conozco al Ramiro ese... Confórmate con lo que te dije y paga.

Conde lo miró como si lo viera por primera vez.

—El pago viene después, si hago negocios con Raydel.

El Murciélago asintió. Parecía aliviado. Y propuso:

—Te voy a decir algo que vale cinco cañas. ¿Voy? —Conde esperó con paciencia—. ¿Tú sabes que Raydel no se llama Raydel?

—Yo fui el que te lo dije ayer, compadre...

El Murciélago se rascó la cabeza, como correspondía.

—Coño, verdá que fuiste tú... Lo que me estoy fumando está de bala. El otro día me fumé un taladro y el yenuquita que está ahí —señaló hacia atrás, donde se levantaba la estatua de José Martí— me habló de un monstruo que te come las entrañas...

—¿Y ya sabes cómo se llama de verdad Raydel?

—No, no sé... Ni Manduco, el otro socio que tenía con él el negocio de la carne de res... El Albino fue el que me dijo por dónde andaba Raydel, porque a él tampoco le ha liquidado un dinero que le debe hace una pila de tiempo. ¡Qué clase de singao es el Raydel este! Por eso se cambió de nombre y lo anda buscando todo el mundo...

Conde asintió.

—Mañana voy a salir a buscar a Raydel y, si lo encuentro, vamos a ver si hacemos negocios. ¿Quieres venir conmigo?

El Murciélago abrió los ojos, casi hasta llevarlos a un tamaño normal.

—¡Tú estás loco!... —Y agregó, bajando la voz—: Ni Raydel ni la Manta ni nadie puede enterarse de que yo te di la luz, porque si no me joden, tigre, óyelo bien, me joden...

Conde volvió a asentar.

—¿Y cuándo fue que el Albino supo que Raydel estaba con su primo?

—Hace como una semana... Le dijo que se iba para allá y que en cuanto vendiera unas cosas le liquidaba la deuda...

—Una semana... A lo mejor ya voló de allí...

—¿Y pa dónde iba a ir? ¿Otra vez pa Oriente? Na... —El Murciélago pensaba—. Puro, si Raydel está en algún lado es allí, en ese barrio. Eso es como la cueva de los piratas...

—Pero allí no debe de tener el cargamento. Ni que estuviera loco...

El Murciélago se rascó otra vez la cabeza. Quizás ya le dolía por haber

pensado demasiado.

—Es verdá... Pero en Santiago tampoco, ¿no?

Conde se puso de pie.

—Mañana voy a San Miguel.

—¿Y lo mío? ¿Cómo me das lo mío si haces bisnes con Raydel?

—Paso por tu casa... Palabra.

—¿Palabra? —El mulato expresó todo su desconcierto—. ¿Quién coño en este ambiente tiene palabra, caballón?

—Yo —dijo el Conde—. Y..., con esos ojos de murciélago que tienes..., te lo vas a creer, porque no te queda más remedio que creer. Sí, está lindo tu pullover...

8 de septiembre de 2014, día de la Virgen de la Caridad del Cobre

El hedor malsano del hacinamiento y la pobreza les salió al paso y los removi6 con el impacto de su fetidez inconfundible, agresiva. Era una mezcla dolorosa del extravío de las esperanzas, los efluvios aportados por las aguas negras fluyentes a trav6s de zanjas descubiertas, los aceites fritos y refritos, los vertederos pútridos ambientados por millones de moscas zumbonas, los chiqueros improvisados donde se revolcaban los cerdos en el fango y en la mierda.

La noche anterior, mientras bebía con el Flaco Carlos, Mario Conde se haba dedicado a ajustar los detalles para realizar la excursi6n a las catacumbas de la ciudad como si su misi6n fuese la toma de Berlín. Aquella embajada azarosa se le revelaba como el único camino posible para llegar al falso Raydel y a la extraña Virgen de Regla de Bobby, y no le quedaba otro remedio que transitarlo.

Candito le haba confirmado su éxito en la búsqueda del nombre de un adventista afincado en el «asentamiento» de los orientales de San Miguel del Padr6n y su disposici6n a acompañarlo. Carlos localiz6 al Conejo y este ratific6 su presencia en la aventura, pues no quería perdérsela. Entonces realizaron las últimas coordinaciones y quedaron en encontrarse a las nueve de la mañana frente al solar del Rojo, donde Conde los recogería con el auto ya apalabrado para la travesía, pues a pesar de la disposici6n de Yoyi el Palomo, él prefiri6 no mezclar el reluciente Bel Air con aquel periplo incierto

y quizás hasta arriesgado hacia un mundo desconocido.

A bordo del destartado pero todavía eficiente Studebaker conducido por el vecino del Conde que de manera ocasional y clandestina se prestaba para esos servicios, los expedicionarios recorrieron una parte de la Calzada de San Miguel del Padrón hacia el sudeste de la ciudad. Poco antes de llegar a San Francisco de Paula —el pueblo donde Hemingway había comprado su Finca Vigía y vivido por veinte años y de donde, en cierta ocasión, Conde se había robado un blúmer que había conocido las más íntimas intimidades de Ava Gardner— torcieron a la izquierda en busca de un barrio adosado a una colina y bautizado con el nada imaginativo apelativo de Alturas del Mirador. Los expedicionarios pudieron comprobar que desde allí se obtenía una panorámica del nordeste de La Habana, incluida parte de la bahía y el caserío donde se veneraba a la Virgen de Regla. Beneficiados por la altitud y la distancia observaron una ciudad que parecía apacible y hasta acogedora, colgada por encima de sus turbulencias.

Siguiendo las indicaciones de los vecinos, el chofer del Studebaker había conducido a través de un dédalo de calles llenas de furnias, salideros de agua, gentes y perros deambulantes, hasta alcanzar el último tramo transitable y lo que debía de ser el límite de la civilización occidental. Allí se desmontaron Conde, Candito y el Conejo y tomaron una calle de tierra hacia las lindes del asentamiento, como insistían en llamarlo sus moradores. Para garantizar la integridad del viejo Studebaker con el que se arreglaba la vida, su propietario permaneció en la retaguardia como custodio del auto.

Apenas se alejaron cien metros de la calle alguna vez asfaltada, los forasteros comprendieron que estaban trasladándose a otro universo, como si hubieran atravesado un hoyo negro hacia una dimensión diferente del tiempo y el espacio. Estaban penetrando en el territorio que Conde bautizó como el mundo de los invisibles. Los callejones de tierra apisonada, cada vez más angostos y tortuosos, de trazado irregular, describían el moldeado de la precariedad y la improvisación. A uno y otro lado de los senderos, recorridos por camellones que hacían prácticamente imposible el paso de cualquier vehículo que no fuese un tanque de guerra, se levantaban moradas que iban degradándose en sus estructuras físicas a medida que se intrincaban por alguno de los muchos vericuetos desgajados de lo que parecía ser la arteria central del asentamiento. Si al penetrar en el arrabal vieron algunas casas de mampostería, incluso con placas de hormigón, la improvisación y la pobreza

muy pronto ganaban todos los censos posibles. Cuartones levantados con unos cuantos bloques y ladrillos, otros con maderas carcomidas, algunos con planchas de zinc en distintos niveles de deterioro y otros hasta con pedazos de cartón. Los locales aparecían cubiertos con los más disímiles materiales encargados de proteger a sus moradores de la lluvia y el sol: desde techos de zinc o madera hasta cubiertas de papel impermeable, llegando al extremo precario de coberturas de tela embreada o pedazos de nailon, fijados con algún trozo de piedra o viga de hierro. Las leyes del urbanismo, la arquitectura y hasta la de la gravedad resultaban desconocidas en aquel enjambre de aposentos miserables, creando una distribución caótica y asfixiante.

Conde, que a diario pateaba La Habana en la búsqueda de libros para comprar, creía conocer los sitios más degradados de la ciudad: los viejos barrios proletarios, siempre pobres, como el mismo lugar donde él había nacido y aún vivía. Por otras circunstancias había visitado en alguna ocasión un «asentamiento» de inmigrantes orientales cerca de su zona, un caserío informal levantado en un descampado entre dos repartos urbanizados. En ese paraje había visto casas hacinadas, que compartían una pared, levantadas sin orden ni concierto, con muros nunca repellados..., pero calificables como casas. Lo que según sus códigos podía llamarse pobreza. Ahora estaba constatando la existencia de la miseria exultante, el subsuelo habanero: las catacumbas de las catacumbas.

—¿Qué coño es esto, Conde? —preguntó el Conejo, que miraba a uno y otro lado como si no creyese lo que sus ojos le mostraban.

—La infravida —soltó el Conde su posible definición del ambiente circundante—. Es otra vida. Pero también es real.

—¿Esto es vida? —dudó el Conejo.

—Sí, Conejo, aunque quieran hacerla invisible —dijo Conde—. Te lo he dicho: siempre hay alguien que puede estar más hundido que uno... Más hundido que yo, por ejemplo...

—¿Y cómo es que hay gente tan jodida? ¿Aquí, en este país? ¿A estas alturas? —preguntaba Conejo, alarmado, y se respondía—. Parece Haití, África... o el infierno... Y mira que yo nací en un lugar de mierda, pobre..., pero, qué coño, al lado de esto mi casa era el Taj Mahal, chico...

—Tú no sabes lo que es la pobreza, Conejo —intervino al fin Candito, motivado a salir de su observador mutismo.

Muy pronto los forasteros sabrían que el lugar había empezado a poblarse en la década de 1990, cuando comenzó la Crisis y un grupo de personas del oriente del país, buscando cualquier solución a sus penurias, habían emigrado a la capital. Los exploradores esperaban encontrar una forma de sobrevivir y, por necesidad y por generación espontánea, habían ido a dar a aquel territorio despoblado, una especie de tierra de nadie en donde se empeñaron en establecerse con la rocosa tozudez de lo que en realidad implicaba su decisión: una cuestión de vida o muerte. Con cartones, pedazos de madera y tiras de zinc, los parias habían levantado las viviendas fundadoras y cavado las primeras fosas para almacenar sus desechos corporales. Entonces había comenzado una contienda sorda por la supervivencia de la cual la mayoría de los habitantes del país jamás tuvieron noticias, pues no hubo noticias, como si los palestinos de la isla ni siquiera merecieran esa condición. Tratándose de una ocupación ilegal de terrenos del Estado, las diversas autoridades involucradas en el tema, incluida la policía, habían comenzado a hostigar a los ocupantes, pretendiendo sacarlos del lugar. Pero cada intento de desalojo era respondido con el retorno de los desplazados, acompañados en cada ocasión por nuevas familias de desesperados que seguían llegando de cualquier parte del país y se sumaban a los fundadores. En una noche resucitaban sus casas rústicas donde las anteriores habían sido derribadas y levantaban otras nuevas en parcelas aledañas, y allí sentaban sus reales, como los conquistadores que eran. Ante los cíclicos intentos de expulsión, los moradores del arrabal sin nombre comenzaron a colocar frente a las ofensivas de las fuerzas de la legalidad las barricadas de la necesidad, formadas por cordones de niños y mujeres, mejor si embarazadas, destinadas a impedir el avance de los carros policiales y las aplanadoras sin alma de los contingentes de constructores devenidos destructores. La lucha duró varios años y la sostuvo en pie la ausencia de otras opciones de unas gentes decididas a sobrevivir, incluso sin agua, alcantarillado, electricidad, hasta sin la cartilla que les garantizaba a los ciudadanos de la nación una cuota de supervivencia ofrecida a precios subsidiados. Fue una lucha en la que los agredidos no tenían retroceso y sobre tal condición se sostenía su empeño y su fuerza. Gracias a tanta perseverancia y desesperación, obtuvieron su pírrica victoria: ante la imposibilidad de ofrecerles cualquier alternativa con un mínimo de dignidad, alguien había decidido mirar a otro lado y los dejaron vivir allí su precaria existencia, a condición de que fuesen invisibles. Con la tregua

comenzó el auge del «llega y pon», como también le decían por su conjunción de acciones (llegar y poner), al tiempo que se fomentaba una extraña organización en la cual cada familia se asumía como propietaria de una parcela con el espacio necesario para erigir su morada y unos metros adicionales para criar un cerdo o plantar algunos plátanos destinados a aliviar la subsistencia. Con leves variaciones, esa había sido la crónica del origen de los diversos asentamientos que, como pústulas, le habían crecido a la periferia de la ciudad: y solo varios años después de su nacimiento tuvieron algunos atisbos de visibilidad porque ya resultaban demasiado patentes.

Respondiendo a su entrenamiento genético, Candito había asumido el papel de líder de la expedición. Recuperó el léxico de sus tiempos de luchador callejero y se dirigió a algunos de los muchos moradores del asentamiento que circulaban por los senderos. Al fin uno de ellos, luego de revisarlos varias veces con la mirada, se dignó indicarles los rumbos por los que vivía Oriol el Santo, como habían apodado al adventista del cual traían una referencia. Con esa orientación enfilaron por un pasadizo estrecho y empinado a cuya vera corría un intermitente arroyuelo de aguas fétidas, junto a las cuales jugaban los niños. Al parecer, el entretenimiento de la temporada era el juego con las canicas de cristal, que en unas semanas daría paso al de trompos, que sería sustituido por la competencia de empinar papalotes, que a su vez sería abandonada por la fiebre de la rayuela: como siempre había ocurrido a lo largo de los años y con la persistencia de la necesidad de vivir, crecer, existir, incluso entre la mierda.

Luego de otras averiguaciones productivas, encontraron la casa de Oriol, llamado «el Santo». Como tantas otras, era de madera y cartón, con el piso de tierra apisonada. El hombre los recibió en la puerta y, después de que Candito se identificara, los hizo pasar a la única estancia que componía la vivienda: un cuartón de unos cinco por cinco metros, en el cual había dos camas, una pequeña mesa, un fogón y tres sillas, aunque Conde anotó en su mente dos detalles: no se veía baño pero sí un televisor, un reproductor de imágenes y una enorme grabadora flanqueada por dos bocinas gigantescas.

Oriol el Santo era un blanco cetrino, de unos treinta años, con el cabello cortado a cepillo y ojos de animal manso. Hablaba con un fuerte acento oriental, evaporando todas las eses posibles y hasta las imposibles, pero a ritmo pausado, con toda seguridad influido por su militancia religiosa. Mientras colaba el café que insistió en brindarles a los visitantes, fue

entregándoles retazos de la vida y milagros del asentamiento. Él llevaba apenas unos meses viviendo allí, pero sabía por otros moradores que desde hacía unos años las casas tenían electricidad porque un vecino del barrio, electricista eficiente y servicial, se había jugado la vida tendiendo cables desde las líneas de Alturas del Mirador. A partir de ese momento, todos se alumbraban con energía robada, pues, aun cuando quisieran, no podían pagarla. El problema, decía Oriol, era que al no tener contratos legales de viviendas, ni documentos que oficializaran y aceptaran su estancia en la capital, no podían acceder al servicio regular de la Empresa Eléctrica. Con el agua habían tenido más suerte: alguien de la Dirección de Recursos Hidráulicos se había apiadado de ellos y habían bajado una acometida desde la tubería de alimentación más cercana y distribuido conexiones en algunos puntos del asentamiento, desde donde los habitantes del lugar sacaban líneas hacia sus viviendas: gracias a ello un día sí y otro no les llegaba agua corriente por unas cuatro o cinco horas. Por su lado, en las escuelas de los barrios cercanos, según hubiera cupo, matriculaban a los muchachos, con carácter temporal pero a la vez indefinido, y en las policlínicas de la zona les garantizaban la atención médica, incluida la vacunación de los menores.

El principal problema con el que debían lidiar los «asentados» era la compra de alimentos, en especial la leche para los niños, pues si no tenían documentos legales del Instituto de la Vivienda, tampoco les asignaban la libreta de abastecimientos... Aquello era un país dentro y a la vez fuera del país.

Acomodados en las sillas, los forasteros escuchaban las penurias y éxitos de aquellos emigrantes en tierra propia. Cuando Oriol les sirvió el café en vasos de cristal, el hombre se acomodó en la esquina de uno de los camastros. En ese instante Conde notó que ambos lechos estaban cubiertos con pulcras sobrecamas mejoradas con bordados coloridos. La parte invencible del alma humana.

Candito decidió entrar en materia: estaban allí porque andaban buscando a Ramiro Gómez, alias «la Manta» y, sobre todo, a un amigo suyo que se hacía llamar Raydel, que en realidad no se llamaba Raydel y sabía Dios cómo era que en verdad se llamaba.

Oriol sonrió al escuchar el propósito de los visitantes.

—A Raydel no lo conozco... Pero Ramiro la Manta..., eso es lo peor de lo peor.

Conde pensó que ya debía intervenir.

—¿A qué se dedica ese personaje?

—A lo que aparezca... Seguro algo de drogas... Bueno, también es uno de los administradores del casino.

—¿El casino?

Oriol el Santo se pasó la mano por su pelo erizado. Sabía que, para aquellos *aliens*, la vida del asentamiento operaba con códigos encriptados.

—Miren, ya se habrán dado cuenta de que aquí las cosas funcionan de otra manera, casi con otras leyes... Mucha gente que vive en el asentamiento no trabaja para el Estado porque no les interesa la miseria que les pagan o porque no les permiten trabajar. Como muchos no tienen residencia en La Habana, tampoco les dan trabajo... Trabajos oficiales, quiero decir. Pero aquí hay de todo: desde maleantes y negociantes de cualquier especie hasta gente decente que se gana la vida como albañiles, chapeando patios, de mecánicos, recogiendo latas y cartones. Y, para que vean cómo es esta locura, también viven policías, custodios, inspectores, un abogado... Pero si gente como esa quiere vivir aquí, tiene que aceptar las reglas de juego y ser lo que es fuera del barrio. Esto es territorio apache, como dice la gente. Aquí se vende todo lo que alguien pueda imaginar: carne de res, películas pornográficas, materiales de construcción. Hay prostitutas profesionales y ocasionales, y droga, por supuesto, aunque se cuidan mucho con eso porque saben que allá fuera —indicó hacia la ciudad, el otro planeta— se ponen molestos con ese tema... Ah, y casi todo el mundo juega... A la bolita, a las cartas, al dominó, apuestan hasta a la cantidad de cachorros que puede parir una perra. Por eso, los que controlan ese negocio, para no buscarse problemas adicionales, tuvieron la idea de comprar un pedazo de terreno donde había un cuartón como este y montaron allí el casino de juego. La lógica es fácil: si algún día se les cuele la policía, todos salen corriendo por cualquier parte y desaparecen, porque ustedes vieron que esto parece un laberinto. Como la casa es de todos y de ninguno, no pueden embargársela a nadie, y si pierden algo, son los paquetes de cartas, los juegos de dominó, esas boberías. Y a la semana regresan y abren otra vez el negocio... Ramiro la Manta es uno de los que organizan eso... Él tiene el monopolio de la cerveza y el ron que se vende allí. Y ya les dije, creo que también anda en algo de drogas... ¡Un magnate!... Pero, bueno... —Oriol hizo una pausa más larga antes de continuar—, ni Ramiro ni nadie puede enterarse de que yo les dije estas cosas...

Conde, Candito y el Conejo escuchaban atónitos las estrategias aplicadas por los habitantes del asentamiento. En realidad, el sitio era lo más cercano al Viejo Oeste que habían visto en sus vidas y en su ciudad: un territorio sin ley. O con su propia ley.

—Pero la gente sabe que vinimos a verlo —le advirtió Conde.

—Y yo les dije dónde vive Ramiro porque ustedes lo están buscando para un negocio... —propuso el Santo, y a todos les pareció razonable.

—¿Y dónde encontramos a ese bicho? —preguntó Conde.

—Bajen hasta la calle principal. Suban la loma, y en el último camino a la izquierda, vayan hasta la última casa... Ramiro vive allí porque desde esa parte se ve casi todo el asentamiento y al otro lado queda una finca que está llena de piedras y unas matas de marabú con unas espinas así, donde no se mete ni Dios y es fácil perderse...

Después de agradecerle a Oriol el café y la información, Conde y sus amigos regresaron tras sus pasos en busca de la arteria principal del arrabal sin nombre.

—Caballeros —advirtió entonces el Conejo—, ¿se fijaron que en casi todas las casas venden algo?

Y señaló con un dedo los puestos de venta de comida, objetos, ropas, ubicados frente a muchas de las precarias construcciones.

—¿Se imaginan cómo será esto cuando llueve? —dijo Candito, rascándose los brazos.

—¿Y si viene un ciclón? —siguió Conde, más apocalíptico, obsesionado desde siempre con los huracanes.

—Que Jehová los proteja —musitó Candito por lo bajo, pensando que aquellas gentes, quizás, resultaban invisibles hasta para el mismísimo Creador.

El sendero principal por el que avanzaban se tornó empinado cuando dejaron atrás el área más céntrica y comercial del asentamiento, donde había cafeterías improvisadas, mayor densidad de puestos de venta y un tráfico incesante de personas. A Conde se le hizo notable que lo mismo veía a gente con ropas muy trajinadas y miserables que a jóvenes vestidos con jeans y camisetas brillantes de última moda, incluidas las reproducciones del Real Madrid y el Barcelona que ahora se veían por toda la ciudad. El policía que a su pesar todavía llevaba dentro se preguntó de dónde salía el dinero para que todos esos precarios negocios subsistieran y para que algunos vistieran de una

forma tan ajena al contexto. Y se repitió la interrogación que se hacía con inquisidora insistencia: ¿quién coño trabaja en este país? Como siempre, se quedó sin respuesta.

Jadeantes, coronaron el ascenso y encontraron el sendero abierto al borde de un territorio descampado, cubierto de una vegetación hostil. Las viviendas en esa zona eran quizás las más pobres del barrio, casi todas de cartón y nailons clavados en horcones.

La última casa del camino, justo tras la cual comenzaba el terreno pedregoso y deshabitado del que les hablara Oriol el Santo, era la única de esa parte del barrio construida con bloques y techada con fibrocemento ondulado. Aunque le faltaba el repello de las paredes, su solidez resultaba evidente. Cerca de la casa, sentado en una silla recostada a una manga, vieron a un mulato de ojos verdes que parecía una réplica mejorada del Murciélagu y Conde tuvo la certeza de que se trataba de Ramiro, alias «la Manta». Sin dar tiempo a que el otro echara a andar sus neuronas, el ex policía lo abordó.

—Ramiro, quería verte...

Ramiro movió el labio y regaló el brillo de unos dientes dorados, como la gruesa cadena, quizás hasta de oro, que le pendía del cuello y caía sobre su pecho desnudo. Ramiro exhalaba seguridad, incluso una patente sensación de impunidad.

—¿Y quién tú eres?

—Uno que quiere hacer negocios...

—Yo no hago negocios.

Conde buscó en las profundidades de su educación sentimental barrioterica y, antes de volver a hablar, escupió hacia un lado, lanzando la saliva a la mayor distancia posible.

—Te voy a poner a ganar dinero.

—No me interesa...

—Un dinero que es tuyo y...

—¿Mío?... ¿Qué negocios? —Al fin Ramiro se puso de pie y avanzó un par de pasos hacia los recién llegados.

—Negocios de mucho dinero... Joyas, por ejemplo.

Ramiro, calculador, estudió a Conde. Parecía menos elemental, más taimado, más duro que el Murciélagu. Sus ojos verdes en el rostro cobrizo contribuían a dar aquella impresión un tanto diabólica.

—Eso no es lo mío...

—A lo mejor, pero eso es lo que ahora tiene Raydel, tu socio... Las joyas que le levantaron al marinovio de Raydel y que valen una pasta...

Ramiro se mantuvo en silencio. Debía de estar concluyendo que si esos hombres llegaban hasta él era porque sabían algo de sus relaciones con Raydel.

—A ver, vamos a hablar claro y dejarnos de comer mierda —intervino Candito, frotándose las manos, como si quisiera hacer fuego, para terminar la acción con una sonora palmada—. Nosotros no somos fianas. Si fuéramos policías, eso tú lo sabes mejor que el abecedario, no llegábamos aquí tres viejos de mierda y con este cuento. Y así. —Candito se levantó la camisa para mostrar que venía desarmado—. Pero sabemos que Raydel, o como se llame ese bicho, estuvo por aquí contigo después de pelar al ganso con el que vivía. Y antes de que empiece a vender las joyas que le robó, queremos cuadrar con él... y contigo. Hacer negocios. Para empezar: ¿dónde anda metido Raydel?

Ramiro la Manta sacó un cigarro de la cajetilla que llevaba en el bolsillo del pantalón anchísimo que le caía hasta el último asidero de las caderas, dejando visible la cañada de vellos encrespados que le bajaba por detrás del cinturón del calzoncillo Dolce y Gabbana. Le dio fuego y expulsó el humo hacia arriba. Pensaba.

—No sé de qué me están hablando... Yo no conozco a ningún Raydel —dijo al fin.

Conde sonrió, negó con la cabeza, y le hizo un gesto a Candito para poder intervenir.

—A ver, Ramiro, vamos a hablar más claro todavía... Nosotros sabemos que Raydel estuvo aquí contigo y sabemos que quiere vender lo que se robó para coger una lancha y salir echando para Miami. Pero de contra, además sabemos que no le puede vender lo que más vale a cualquiera, mucho menos a la gente que conoció con su novio, unos tipos que tienen plata y se dedican a estos negocios, porque ellos lo van a denunciar... Esos personajes se cuidan unos a otros, tienen su propia mafia y para ellos ustedes son cucarachas que es mejor aplastar...

—No te pases, puro —musitó Ramiro—. No te pases...

—No te me pongas sensible, compadre... Porque nosotros no comemos esa mierda... Estamos aquí para coger a ese fly... y porque si Raydel hace el negocio con nosotros, tú puedes estar delante, y ver cuánto le pagamos y

reclamar tu parte... y la del Murciélago, si quieren darle algo, aunque eso es asunto de ustedes. Porque de recontra sabemos que tú estabas con Raydel el día que le robaron al novio... ¿Viste todo lo que sabemos?

—¿Qué les dijo el ciego ‘e mierda ese? ¿Él les dijo que yo estaba en el facho? —Ramiro parecía molesto, pero a la vez prendido al anzuelo, como Conde había previsto.

—No hacía falta..., sabemos que el palo lo dieron entre los tres porque un vecino los vio y se lo contó al novio de Raydel... —Conde improvisó—. Y los describió a ustedes dos, porque a Raydel ya lo conocía, claro.

—¿Y cómo ustedes saben todo eso? —Ramiro volvió a entrecerrar los ojos. Sin duda, era un hombre que pensaba rápido y quizás debía a su inteligencia la preeminencia comercial de que disfrutaba en el «llega y pon».

—Porque yo conozco al novio de Raydel —dijo Conde—. Me contó lo que le habían robado y... Compadre, ¿cómo quieres que te lo diga? A mí lo que me interesa es hacer negocios... Y para eso tengo que encontrar a Raydel. Lo demás es problema de ustedes, del novio de Raydel, de la policía... ¿Dónde coño está ahora Raydel?

Ramiro observó a los tres visitantes y acarició su gruesa cadena de oro contra su pecho desprovisto de vello. Se tomaba su tiempo. Al fin debió de calcular que no tenía nada que perder y sí algo que ganar.

—Si de verdad quieren hacer negocios, podemos hablar... Pero si se les ocurre joderme... Yo soy más malo que el sida...

—Eso también lo sabemos —dijo Conde, y se dispuso a escuchar.

Ramiro aplastó su cigarro y miró el paisaje de techos improvisados que se extendía frente a él:

—Raydel estuvo aquí, pero está perdido hace una semana... Él es así: aparece y desaparece como si fuera un cabrón fantasma... Me dijo que tenía un comprador para un cargamento de cosas..., también unas joyas..., y después el loco ese se me evaporó. Yo no quiero ni pensar que me dio una línea y se fue pa Miami, que es lo que siempre ha querido, porque si me jodió...

—Una cosa —lo interrumpió Conde—. El que era novio de Raydel me dijo que tu socio no se llama Raydel.

Ramiro sonrió.

—¿El tipo lo sabía?... Bueno, el comemierda de Raydel se llama Yúnior y es un hijo de puta, aunque sea hijo de mi tía... Que, por cierto, es puta de

verdad... Cuando vino huyendo pa'ca pa La Habana yo lo traje aquí a vivir conmigo y le conseguí el negocio de vender carne de res.

—¿De quién venía huyendo? —quiso saber Conde. De ese dato podía depender mucho la calaña de Raydel, en realidad llamado Yúnior, y quizás hasta sus acciones.

—De un tipo al que estafó allá en Santiago. No sé bien cómo fue el lío, pero hasta tiros hubo...

—¿Yúnior andaba armado?

Ramiro rio.

—No, el tipo al que jodió. Yúnior cogió tanto miedo que hasta se cambió el nombre y vino para acá... El problema de mi pariente es que tiene la lengua demasiado larga. Y que él se cree que puede joder a todo el mundo. Pero si se creyó que va a tumbarme a mí..., ahora va a tener que hacerse hasta la cirugía plástica..., hasta la operación esa que te quitan la pinga y te hacen un bollo allá abajo...

—¿Y qué pasó acá en La Habana?

—Nada, con el negocio de la carne de res conoció al viejo maricón ese que se enamoró de él... Se ganó la lotería, porque el tipo lo tenía viviendo como un príncipe. Pero cuando el viejo se fue a pasear pa Miami, nos dijo a mí y al Murciélagos que quería darle el palo y le hacía falta que lo ayudáramos... Joder a los otros es lo que más le gusta... Pero el día que por fin montamos el facho, con un camión y todo, yo no vi a Yúnior coger ninguna joya. Sacamos muebles, adornos, unos cuadros, platos, todo lo que parecía que valía algo..., y había un cojón de cosas. Hasta una Virgen de Regla grandísima...

Conde asimiló el dato.

—¿Se robaron una Virgen de Regla? Con esas cosas no se juega... —trató de parecer alarmado.

—Yúnior dijo que la quería pa' él. Que le cuadraba mucho esa virgen.

—¿Y Yúnior vendió todo eso? —tanteó Conde.

—Casi todo..., menos unos adornos que parecían caros, los cuadros, unas cuantas joyas que yo nunca vi y la virgen esa. Él tenía una pejiquera con ella, dice que la santa esa tiene un poder y no sé qué otra historia bizca que le contó el mariconazo al que le cogía el culo... Ah, bueno, porque ahora Yúnior también es creyente..., o eso dice. Pero a mí ni pinga, yo sí no creo ni en mi madre y menos en un pedazo de palo seco con cara de Virgen...

—¿Y repartió con ustedes? —siguió Conde.

—Sí, pero no sacamos mucho, tuvimos que vender las cosas casi corriendo. ¿Dónde coño uno esconde una mesa con seis sillas y una cama con colchón y todo?... ¿O un juego de copas?... Y quedamos en que cuando liquidara los adornos buenos volvíamos a repartir..., pero Yúnior no habló nunca de joyas caras. Nada más de un reloj y una manillita de oro que me enseñó. Nada grande. Ni cadenas o sortijas buenas o cosas así... —Y levantó la cadena que llevaba al cuello.

—Pues dice el tipo al que le robaron que había cosas que valían una pasta —intervino el Conejo, asintiendo con insistencia.

—¿Como qué? —preguntó Ramiro.

—Eso, cadenas, sortijas, unos collares de perlas de la abuela de Bobby, relojes antiguos, un crucifijo de oro... —Conde acumuló valores y al final se lanzó—: Dos pulseras de diamantes...

Esta vez, Ramiro reaccionó de inmediato.

—¡Qué singao!... Y no nos dijo ni cojones...

Conde movió la tierra con el pie, miró a los ojos verdes de Ramiro la Manta.

—Hay mucha plata en todo eso, Ramiro... Si tú no viste las joyas, es porque tu pariente las cogió sin decirles nada... Pero si a Raydel o Yúnior lo agarra la policía, todo eso se lo van a devolver al maricón y, de contra, ustedes, los tres, van a ir para la jaula, porque, maricón y todo, ese tipo tiene sus contactos gordos... Entonces, ¿te conviene hacer negocios con nosotros o no? ¿Vas a ayudarnos a encontrar al cabrón ese o no?

—¿Ya? —al escuchar la voz, se volteó en el banco que había escogido, de frente al altar.

—Todavía —respondió.

Conde había asistido a la iglesia hasta que, a los siete años y tomada la primera comunión, terminó sus tratos trascendentes con cualquier religión. El acuerdo alcanzado con su madre aún le parecía de una madurez incongruente con el momento de su vida en que lo estableció: él complacía a su progenitora asistiendo al catecismo y lo haría hasta el instante en que comulgara. Luego, las mañanas de domingo volvían a ser para actividades

mundanales que, en realidad, se resumían en una: jugar pelota en los descampados del barrio con la panda de mataperros desarrapados que eran sus amigos y que vivían, como él, la pasión indomable por practicar aquel juego que solían tomarse tan en serio. Como si fuera su religión. O porque era su religión.

De su pautada experiencia mística Conde había conservado algunas ganancias que lo acompañaron por años. Una fue el sostenido disfrute de la atmósfera de paz y armonía que solían entregarle los interiores de los templos católicos. Sentarse frente a un altar, por modesto que fuese, le reportaba una sensación física y mental de bienestar que él se empeñaba en no relacionar con cualquier comunicación con lo intangible, pues desde hacía muchos años se había declarado partidario del agnosticismo: no creía en Dios como tampoco creía en la existencia de agujeros negros en el espacio. Nadie los había visto, y las revelaciones de uno y las ecuaciones matemáticas empeñadas en afirmar la existencia de los otros podían ser soberanas supercherías. De las iglesias —aun cuando prefería mantenerse lejos de ellas, por si acaso—, en especial de aquel templo modestísimo de su barrio, recibía algo dérmico, sensorial, quizás estético, tal vez incluso místico, capaz de revertirse en tangible paz espiritual por simple contraste con lo que se vivía, a ritmos desenfrenados y agresivos, al otro lado de unas paredes donde cada vez más imperaba la sordidez, la prisa, la competencia: la lucha por la supervivencia terrenal.

La otra ganancia concreta había sido el establecimiento de una relación más cercana a la amistad que a la congruencia de pensamientos místicos que, desde su niñez, había logrado conservar con el incombustible padre Mendoza, el cura que casó a sus padres, bautizó a Conde, lo catequizó, lo confesó, le dio la comunión en la pequeña parroquia del barrio y luego vio al muchacho decirle adiós para lanzarse a la descreída libertad de las calles.

A sus noventa años, el viejo sacerdote seguía en activo y dueño de su mala leche de siempre. En los últimos tiempos, un cura más joven lo auxiliaba en sus trabajos por las parroquias de la zona, pero Mendoza advertía que su iglesia seguía siendo *su* iglesia; y sus feligreses del barrio, una propiedad inalienable con la que sostenía una interacción siempre polémica a causa de su carácter, más propio de un vaquero de reses salvajes que de un pastor de almas, a pesar de ser dueño de una bondad a veces recóndita, en realidad siempre dispuesta. Excepto con el Condesito: la ironía

y el desparpajo del «muchacho» habían creado las bases de una relación diferente, más de iguales, con la cual los dos se sentían cómodos.

Y, como en cada ocasión que Conde se enredaba en asuntos en los que aparecía lo trascendente, consultar con el padre Mendoza era una etapa importante de su peregrinar deductivo e informativo.

—¿Pero estás más cerca? —siguió el cura.

—A lo mejor... ¿Será porque me estoy poniendo viejo?

—El olor de la tumba ayuda a muchos..., pero a ti todavía te falta un rato para irte de por aquí. —El párroco hablaba y avanzaba hacia él, con un libro bajo el brazo y arrastrando un poco los pies.

—No lo creas... Yo no soy tú. Estoy hecho trizas... Lo que no sé es por qué a todo el mundo le ha dado por convertirme.

—Para salvarte, hijo mío.

—Ni lo intentes. Yo no tengo salvación.

Los diálogos entre el sacerdote y el ex catecúmeno solían ser crípticos y afilados, y toda la conversación se levantaba sobre una apuesta: antes de morir, decía Mendoza, vería a Conde volver al redil. Quizás por eso demoraba su ascenso a los cielos o su caída en el círculo infernal destinado a los iracundos.

Conde observó el rostro cada vez más flácido, recorrido de dobleces y cuarteaduras, del sacerdote. Se concentró en sus ojos, de conjuntivas enrojecidas y pupilas llorosas, con el iris de un negro cada vez más desvaído. Y no envidió demasiado la posibilidad terrenal de atravesar cifras tan elevadas de años vividos. La imagen de la vejez no le resultaba venerable, sino más bien triste, fuente de todos los desgastes de los cuales él mismo ya iba siendo blanco.

—¿Cómo estás, padre?

—Muy jodido. Ahora me está dando guerra la próstata.

—¿Y qué dice el médico?

—Que bastante buena me ha salido... Que tome toda el agua que pueda para que mee mucho, porque gastar medicinas en mí es un desperdicio.

—Eso es verdad —concluyó Conde para satisfacer las expectativas del cura—. ¿Y qué andas leyendo ahora?

—Releyendo... El *Libro de buen amor*, del Arcipreste de Hita.

—Ya casi nadie lee eso.

—El escritor era un colega, ¿no?

—Voy a tener que releerlo yo también.

El padre Mendoza se había acomodado en el banco y, para verle el rostro, Conde se había volteado un poco hacia él.

—Y, dime, si no vienes a confesarte y a postrarte ante Dios, ¿qué coño es lo que quieres entonces? ¿Hablar de literatura medieval?

Conde apartó la mirada del rostro arrugado del sacerdote antes de responder.

—Es que el otro día vi al diablo y hoy estuve en el infierno...

El cura sonrió.

—¿Y te dejaron regresar?

Conde asintió varias veces.

—El diablo me quiso asustar, pero conmigo no la tiene fácil... Como no tenía un tintero, le tiré un bolígrafo por la cabeza... Lo que me jodió de verdad fue que estuve en un «llega y pon», un barrio de esos que han formado los que vienen de Oriente para La Habana...

—¿Cuál de ellos? —quiso saber el sacerdote.

—El que está por San Miguel del Padrón, después de pasar San Francisco de Paula... Padre, ese lugar es lo más parecido que he visto al infierno en Cuba.

—Algo me han dicho de esos barrios. En ese hay un cura joven que está tratando de entrar, pero dice que no es fácil.

—Fácil no es..., es terrible. Tampoco los protestantes han logrado colarse...

—Pobre gente... Después de tantos discursos y promesas...

Conde le contó algunos detalles de lo que había visto esa mañana, todavía removido por la impresión que le provocó el asentamiento y por los torrentes de adrenalina que le hizo supurar la controversia con Ramiro la Manta.

—¿Y qué fuiste tú a buscar allí? —quiso saber Mendoza.

—Una virgen —soltó, y esperó al efecto que sus palabras debían generar, pero Mendoza era demasiado marrullero para caer en cualquier trampa y apenas comentó.

—Espero que la hayas encontrado... Por lo que sé, menos una, todas las mujeres nacen vírgenes, hasta que dejan de serlo... Cada vez más jóvenes, por cierto. El mundo está perdido...

A su pesar, Conde sonrió.

—Padre, necesito que me ayudes...

Metió la mano en el sobre donde llevaba las fotos de Bobby y la virgen y extrajo la del primer plano de la escultura negra. Se la extendió al cura, que de inmediato se puso a observarla.

—¿Y no te hacen falta espejuelos?

—Después que me operaron, de cerca veo bien. De lejos no veo ni mi salvación —aseguró el cura sin dejar de mirar la imagen, hasta que preguntó—: ¿De dónde tú sacaste esto?

—Es la Virgen de Regla de un amigo mío. Una reliquia familiar. Se la robaron...

—¿Y quién dice que esta es una Virgen de Regla?

—El dueño..., si es negra..., ¿qué otra Virgen va a ser?

El Conde probaba fuerzas, pero el cura negó con la cabeza y volvió a observar la foto.

—La Virgen de Regla no es la única imagen negra, hay...

—Sí, ya sé que en Francia y en España hay otras... La de Montserrat. Y hay versiones africanas de María que también son oscuras.

—Sí, hay muchas vírgenes negras... —confirmó el padre Mendoza—. También en Polonia y en Alemania... Pero esta se parece más a la imagen de Montserrat que a la del Santuario de Regla..., el de aquí y el de allá de Andalucía.

—Pero si la hizo un artesano cubano en el siglo XIX... La mayoría eran negros libres y a lo mejor copió un modelo...

Mendoza volvió a asentir, aunque de inmediato negó.

—¿Y si no la hizo un artesano cubano en el siglo XIX? Esto parece más antiguo, no sé... Y no tiene pinta de nada cubano...

Conde buscó en el bolsillo sus gafas de lectura y tomó la foto de las manos del párroco. Observó otra vez la imagen negra.

—¿Qué me quieres decir, padre? ¿Que pudo llegar de España? ¿De Andalucía?

Mendoza se tomó su tiempo para responder.

—Una foto no dice mucho. Habría que verla de cerca..., en persona, ¿no? Porque, para empezar, sería bueno saber dos cosas: si originalmente la imagen era negra o si se oscureció con el tiempo, el barniz, la oxidación de la madera... Porque en España hay vírgenes pintadas de negro, hay otras que se han oscurecido, como es el caso de la Virgen de Montserrat, y también hay vírgenes negras negras, por llamarlas de alguna forma... Negras de verdad.

—¿Entonces la Moreneta no es negra negra?

—No, al principio no lo era... Pero, bueno, si fuera una Virgen de Regla como tú dices, es muy singular y yo diría que bastante antigua y una versión libre. Porque la Virgen de Regla siempre aparece representada de pie y el niño Jesús que carga tiene la cara blanca... Y si no es una Virgen de Regla, como pienso, puede ser más singular y más antigua todavía... —Hizo una pausa, reflexionó y concluyó—: Pero no, no lo creo. No hay muchas vírgenes negras auténticas y las que existen no andan así, regadas por cualquier parte... Las verdaderas son tallas medievales, románicas... Tienen casi diez siglos, chico...

—¿Entonces?

—Sí, lo que puede haber pasado es que el artesano, allá en España o acá en Cuba, se inspiró en la Virgen de Montserrat o alguna de esa escuela para hacer esta, pensando que por ser negras todas eran iguales... O porque el tallador era catalán y le entregó al cliente, como si fuera una Virgen de Regla, lo que en verdad era una réplica de su Virgen, allá en su tierra, donde hay otras vírgenes negras. De todas maneras, es extraña esta imagen... ¿Cómo coño dices que la obtuvo tu amigo?

—Me contó que la heredó de su abuela, que la había heredado de no sé quién... Lo mismo dice que es una talla cubana que andaluza...

Mendoza miró otra vez la imagen.

—En el Santuario de Regla hay un cura joven..., qué coño joven, es como de tu edad —se rectificó Mendoza—. Él conoce bastante del tema porque lleva más de veinte años allí y le ha dado por estudiar estas vírgenes oscuras. Y sabe más que yo de esto... Si te hace falta verlo, dile que yo te mandé. Gonzalo, el padre Gonzalo Rinaldi... —repitió mientras le devolvía a Conde las cartulinas impresas—. ¡Por lo más sagrado, Conde, pero si ayer fue siete de septiembre, el día de la Virgen de Regla! ¡Y hoy es el día de la Caridad del Cobre! ¡Ay, mi madre, mi memoria! ¡Ya estoy chocho!

Conde sonrió.

—¿Y no hay misa por la Caridad?

Mendoza sonrió también.

—Claro, claro que hay misa... ¿Tendré Alzheimer o me estaré volviendo comemierda?... Mi ayudante va a officiar la misa de hoy, a las cinco... Uf, qué alivio... Y, bueno, ya que estás aquí, que yo tengo tiempo, que tú tienes tiempo, que allá afuera hace un calor criminal, que es hoy el día de la Virgen

de Caridad del Cobre y que tus padres eran devotos de ella..., ¿por qué no aprovechamos y te confiesas? Me haces una síntesis, vaya...

Tal propuesta no podía faltar en cada encuentro con Mendoza. Y el pecador sospechaba que el cura sentía más curiosidad mundana que empeño pastoral en conocer la abundante acumulación de pecados de su ex catecúmeno.

—No tenemos tiempo, Padre, ni para un resumen... Salgo de viaje la semana que viene. Por fin voy a ir a Alaska.

Mendoza mostró sus dientes blancos, parejos, descaradamente falsos.

—¿Tú no eres el que decía que podían meterse a Alaska por el culo?

—Y lo sigo diciendo, Padre... ¿Me da la bendición?

—Claro, mi hijo... Vete a Alaska con Dios. Y con la Virgen... digo, si la encuentras.

La noche, candente y pegajosa, advertía de la persistencia de las canículas veraniegas que solían extenderse hasta octubre o hasta cuando le diera la gana al clima del trópico. Conde, el Conejo y Carlos, sentados en el portal de la casa del Flaco, se beneficiaban con los esfuerzos de un viejo ventilador chino sobreviviente de muchos combates y bebían altos vasos de jugo de las guayabas compradas por el Conde y batidas por Josefina, con mucho hielo. Carlos lo tragaba con esfuerzo, como si fuera un elixir curativo, y el Conejo lo bebía a grandes sorbos, casi sin respirar, más bien dispuesto a salir del trance. La idea de que esa noche solo bebieran jugo fue impuesta por el Conde, pues se sentía tan exhausto, del lado físico y del emocional, que decidió hacer ayuno alcohólico y mejorar en algo —si era posible— su salud y la vejez que muy pronto estrenaría, como le hizo recordar el Flaco Carlos.

—Animal —llamó su atención—, falta un mes y un día para tu cumpleaños... Hay que preparar la fiesta y...

—¡Qué fiesta ni qué fiesta! ¿Qué coño es lo que voy a celebrar, tú? ¿Que este se quiera ir pal carajo? —Señaló al Conejo—. ¿O que los orientales vivan como viven en ese barrio inmundo?

La visita al asentamiento de los orientales había dejado un persistente mal sabor en su boca y una herida en su sensibilidad. Conde había crecido en un país en el cual, con mucho esfuerzo y voluntad, se había hecho retroceder la

miseria. Cuando era niño, recordaba, en su casa —donde nunca hubo abundancia— se hablaba de familias que eran muy pobres y uno de los ejemplos era el clan del Conejo. En esa época su amigo y su familia vivían en una habitación pequeña, de ladrillos desnudos y techo de fibrocemento que, con muchos sacrificios, fueron mejorando, en épocas en que con el salario paterno tal empeño resultaba arduo, pero posible. Luego el calificativo de «gente pobre» había ido cayendo en desuso para la sociedad doméstica, pues de una forma o de otra las personas consiguieron ir mejorando sus existencias, superando los niveles de sus orígenes, ganando si no en confort, al menos en dignidad.

En la isla, en realidad, todos eran más o menos pobres —Conde rememoraba siempre los años en que solo tuvo un par de botas rusas, más duras que el hielo de Siberia, y unos mocasines plásticos capaces de hacerle crecer hongos con sombrillas moteadas entre los dedos de los pies—. No obstante, todos también tuvieron su oportunidad de ascenso. Como otros muchos, un tipo como el Conejo, hijo de padres casi analfabetos, terminó siendo licenciado en Historia y dueño de unos sueños de futuro, aunque algunos, como Candito, solo a duras penas lograron rebasar la marginalidad original y persistente, pegajosa como una lapa... Sin embargo, en los últimos años Conde y sus coterráneos habían sido testigos de una distensión social que elevaba a unos y sumergía a otros. Si los que ascendían lo hacían por su esfuerzo, voluntad, creatividad, a Conde le parecía una recompensa merecida. Pero los que descendían, abducidos por su circunstancia, se le presentaban como víctimas inocentes atrapadas por la fatalidad, la política y la historia. Y los hombres, mujeres y niños refugiados en un «llega y pon», con un vano eufemismo calificado de asentamiento, le habían resultado demasiado insultantes para sus capacidades de tolerancia.

La tristeza de Conde logró contagiarse a los otros, pues la noche se gastó en el relato de la experiencia vivida, para que Carlos tuviese una dimensión del abismo por donde sus amigos se habían paseado. Solo animó algo la charla la ratificación recibida por parte del padre Mendoza de que los recelos del Conejo y Candito respecto a la identidad de la virgen negra parecían estar bien fundados.

—Yo sabía que esa virgen estaba rara... —opinó el Conejo, y agregó—: Dame un par de días, Conde, a ver si averiguo algo.

—¿Algo de qué?

—Del estilo, de la época, no sé, algo que nos aclare un poco esta historia. Voy a escribirle un correo a un colega mío en España...

—¿Una carta?

—No te hagas el más comemierda, Conde. Un email...

—¿Y ya tú tienes email?

El Conejo sonrió:

—Hace un mes. Acabo de entrar en el siglo XXI.

—Me tienes ano-nadado... Ya saben... Mi hermano, ¿de verdad quieres irte pal carajo y dejarnos solos?

—No jodas más con eso, Conde —lo regañó Carlos, que, absorto en la conversación, casi sin darse cuenta había terminado su vaso de jugo—. Ahora la gente se va y vuelve. Miami está más cerca de aquí que Santa Clara. Así que no jodan más y dejen ya los dos esa muela bizca para cuando tengamos ron... Por cierto, Conejo, si te vas y vuelves, porque seguro que vuelves, ¿qué me vas a traer de regalo?

—Hoy yo me acordé de que una vez me dio por decir que quería ir a Alaska —recordó Conde.

—Pues yo fui a Angola —remató Carlos, y señaló sus piernas inútiles.

—De pinga —dijo Conde—. El único de los tres que ha viajado y...

—Bueno, dejen eso —se apuró a intervenir otra vez Carlos, procurando que la charla no cayera en fosos más lóbregos—. A ver, aclárenme los dos: ¿el orientalito de Bobby sabía que esa virgen tenía algo especial?

—Por lo que cuenta su primo Ramiro, él decía que tenía un poder —comenzó Conde—. A lo mejor Yúnior se creyó ese cuento que Bobby le hizo para encantarle.

—O puede ser que de verdad Bobby cree en ese poder, Conde. Esa obsesión suya por recuperar la virgen... —acotó el Conejo.

—Sí, también —admitió Conde—. Pero hay algo raro en ese interés de Bobby y de Raydel por la dichosa virgen. Yo creo que no importa tanto qué cosa representa, sino lo que es: una virgen extraña, a lo mejor antigua... Y, por cierto, ayer fue la festividad de la Virgen de Regla...

—Sí, hoy me acordé —apuntó el Conejo—. Qué casualidad, ¿no? Mi abuela era...

En ese momento Carlos estiró los brazos hacia delante, como tratando de detener una avalancha que se le acercaba, hasta conseguir el silencio y la atención de sus amigos.

—¿Y Bobby no estará escondiendo algo?

Conde detuvo el acto de encender el cigarro.

—No sé. No debería, aunque es capaz... ¿Escondiendo algo como qué?... ¿Los milagros que ha hecho la Virgen?

—No seas comemierda, salvaje. —El Flaco parecía molesto—. Lo que de verdad vale la virgen... *Esa* virgen, como tú mismo dices. Sea de Regla o de Burundi...

Conde miró a Carlos y luego a Conejo, que afirmaba con la cabeza.

—Bobby es un cabrón... Yoyi cree que es capaz hasta de vender cuadros falsos, pero... ¿Qué me estás queriendo decir, Carlos?

—Fácil, mi socio... Todo lo que tú sabes de esa virgen es lo que te ha contado Bobby, ¿no?... Pues Bobby puede haberte contado nada más la parte que le conviene. Son el Conejo, Candito y el cura Mendoza los que te han metido el diablo en el cuerpo... Bueno, es un decir. ¿De verdad tú viste al diablo, salvaje, o eso es jodedera tuya?

—Deja al diablo y sigue con lo otro, dale, sigue... —lo alentó Conde, y al fin dio fuego a su pitillo.

—Bueno... Hazte idea de que esa virgen de madera esté cargada por dentro, como unos dados. Con cosas que sí valen, y mucho, y por eso Bobby hasta le inventó el cuento al Raydel ese del poder de la Virgen para que le cogiera miedo... y lo que consiguió fue lo contrario.

Conde escuchaba, pensaba.

—¿Que la virgen tenga dentro las joyas de verdad y no las de mentira que le he dicho a los amigos de Raydel?

—Diamantes, por ejemplo —apuntó Carlos—. Como los de las pulseras que inventaste...

Conde y su amigo se miraron a los ojos, con sus maquinarias mentales desbocadas y en forma, pues en lugar de alcohol utilizaban como carburante un jugo de guayabas rojas, según los científicos antioxidantes y ricas en vitamina C. Entonces se escuchó la voz del Conejo, siempre el más lógico e histórico de ellos, que comenzó a arrastrar las palabras como si intentara escoger las más apropiadas.

—Y, esto..., y, digo..., ¿y si lo que de verdad es valioso es la misma virgen? Esa virgen negra.

9 de septiembre de 2014

Despertar sin expectativas puede ser doloroso o satisfactorio, si tienes la posibilidad de escoger. Y esa mañana Conde se sintió en condiciones de optar por la segunda variante: satisfactorio. La noche anterior había hecho el amor y tal vez por eso no se sentía un día más viejo, aunque en realidad se había zampado medio sildenafil sin decirle nada a Tamara, por supuesto. Con ese ánimo apenas abrió los ojos había decidido que no saldría a patear calles buscando libros en venta, y disfrutó la certeza de que, además, hiciera lo que hiciera o no hiciera, ese día ganaría cien dólares, el doble de lo que Tamara, la estomatóloga, percibía como salario de todo un mes. Por no hacer, ni siquiera pensaría en los planes viajeros del Conejo, que llevaba encima como una daga clavada en el costado. Y menos aún pensaría en la virgen negra y todo cuanto la rodeaba, se dijo, como si fuera posible engañarse a sí mismo y bloquear sus pensamientos de obsesivo-compulsivo. De momento se sintió casi feliz por su decisión, pues estaba convencido, también, de que no podía forzar las clavijas ya ajustadas para la localización del joven que, según Manolo, ya sabían que en realidad se llamaba Yúnior Colás Gómez y apenas parecía ser algo más que un estafador a tiempo completo. Por no tener, tampoco tenía prisa alguna por leer un único periódico (siempre daba las mismas noticias, no demasiado buenas) y ni siquiera lo aguijoneaba el menor deseo de sentarse ante su vieja máquina de escribir para insistir en lo que cada vez se le revelaba más inalcanzable. ¿Cómo pretender la escritura de una historia escuálida y conmovedora, como las de Salinger, después de haber visto la vida del «asentamiento» donde había miles de personas para

quienes la escualidez no era para nada una sensación salingeriana de levedad espiritual budista sino la marca física y moral de una sordidez opresiva y muy difícil de superar? No haría nada. El *dolce far niente* a manos llenas. Libertad de elección y despertar satisfactorio, en fin.

Tamara se había levantado temprano y había salido hacia la clínica, pues era jornada de cirugías. Y en la cama amplia y pulcra, en la habitación ventilada, envuelto por un silencio acogedor y extendido del cual nunca podía disfrutar en su barrio, Conde se revolcó en su molicie compacta, en el olor a limpieza, lavanda, mujer y sexo que brotaba de las sábanas y demoró sin angustias el momento de abandonar el lecho para colarse el primer café del día. Si no hubiera sido por la presión de su vejiga (¿o sería que ya lo andaba jodiendo la próstata?), no se habría movido de allí en horas, años, siglos...

Ya en la cocina observó por el ventanal el patio de la casa. Gracias a las ayudas económicas enviadas desde Italia por la hermana Aymara, las gemelas habían logrado sostener la vivienda con los mismos cuidados que le había dado su padre, el eterno embajador, con poder antes y después de 1959. La eficiencia de aquella ayuda se hacía más patente cuando se comparaba la casa de las Valdemira con otra de similar estilo y cantidad de años levantada a pocas cuadras, en la calle Mayía Rodríguez: mientras que la de las gemelas conservaba su empaque, la otra, dejada atrás por sus dueños ahora radicados en Dallas, Texas, había corrido la mala suerte de haber sido convertida en dependencia estatal de bajo nivel y ahora parecía carcomida por tambochas... Perdido en sus cavilaciones, Conde bebió el café, encendió el cigarrillo y calibró si alguna vez se trasladaría a tiempo completo a aquel hogar limpio y bien iluminado, aun cuando sabía que nunca lo haría de modo definitivo: ni él ni su perro *Basura II* podrían resistir desde la mañana a la noche las disciplinas urbanas allí regentes. Además, adquiriría la responsabilidad de limpiar de hojas secas el jardín de la casa, algo que había decidido hacer esa mañana como aporte voluntario, porque, además de satisfecho, Conde se sentía ecológico, naturalista y responsable. O más bien comemierda.

Cuando el timbre del teléfono sonó, ni pensó en levantarlo. Si alguien llamaba a Tamara, era mejor que dejara el recado en la contestadora, pues él solía olvidar los mensajes. Si era para él, ya respondería cuando se le agotara el estado de satisfacción. El timbre sonó ocho veces hasta que se disparó la máquina, con su voz automática: «Usted ha comunicado...», sobre la que se impuso una voz humana, vociferante, muy conocida para él:

—Oye, Conde, carajo, sé que estás ahí, y...

Dio un salto y levantó el auricular de la extensión colocada junto al refrigerador.

—¿Qué coño te pasa ahora, Manolo?

—¿Tú estabas durmiendo todavía?

—No..., me obligué a no pensar, barrí el patio, oí cantar los pajaritos, decidí que voy a volver a escribir y me estaba tomando un cafecito acabado de hacer que me quedó...

Al otro lado de la línea fueron brotando suspiros y chasqueos.

—Qué suerte tienes, cabrón... Yo no he dormido casi y el café de aquí sabe a mierda.

—¿De aquí de dónde? —preguntó Conde.

—De la Central, viejo...

—¿Y por qué tú me llamas de la Central a esta hora, compadre?

—Porque creo que *aquí, en la Central*, tengo algo que *a ti* te interesa — dijo marcando intenciones.

Conde percibió un súbito encrespamiento de sus desentrenados pero todavía vivos instintos policiacos.

—¿Algo como qué, Manolo? Habla, chico, te encanta hacerte el misterioso...

Manolo sonrió: en realidad le gustaba aquel juego de dosificar la información, pero como había llegado al límite posible, soltó:

—En la morgue tengo un cadáver... y las huellas dicen que pertenece a un tal Yúnior Colás Gómez... que se parece bastante a tu amigo Raydel. Tanto, tanto..., bueno, yo diría que es él mismo.

Incluso en sus tiempos de policía, siempre que pudo evitó hacer visitas a la morgue. Y decidió que, a pesar de la invitación del mayor Manuel Palacios, no iba a comenzar a hacerlo ahora, y menos para ver un cuerpo que había empezado a descomponerse pues, según los cálculos forenses, cuando lo hallaron llevaba entre ciento veinte y ciento cuarenta horas muerto: cinco o seis días que, además, habían sido muy calientes. Un cadáver maloliente con el cráneo machucado, como si lo hubieran macerado en un mortero, según la descripción de Manolo. Y, para más adornos, trazas de muchos golpes en el

resto del cuerpo, demasiado parecidas a las laceraciones de un proceso de tortura o un arrebato de sadismo.

El cuerpo había sido hallado la noche anterior por un guardafronteras voluntario, en las cercanías de Boca de Jaruco. El hombre, un ex militar de rango bajo, como parte de su lucha contra el imperialismo y en defensa de la patria, salía casi todas las noches a recorrer alguna parte de la costa rocosa, al este de La Habana, cumpliendo la autoasignada misión de vigilar posibles recalas de alijos de drogas arrastrados por la corriente del Golfo o de impedir salidas clandestinas de coterráneos deseosos de poner pie en alguno de los cayos de La Florida. Aún no era medianoche cuando llegó a un saliente de la costa donde lo asaltó un fuerte olor a putrefacción proveniente de un montecito de uvas caletas nacidas entre rocas filosas, no por gusto llamadas por los pescadores «diente de perro». Apenas vio el cadáver, el vigilante dio la alarma y la policía local, al ver el estado del cuerpo, llamó de inmediato a la guardia de la Central de Investigaciones Criminales: porque no había la menor duda de que se trataba de un homicidio, bastante cruento a simple vista.

Desde que abandonó la policía, veinticinco años atrás, Conde no había vuelto a entrar en aquella oficina desde donde se regía la actividad de los investigadores criminales. Allí había sostenido centenares de encuentros de todos los tonos posibles —que habían ido de los más amables hasta los más álgidos— con su antiguo jefe, el mayor Antonio Rangel, y allí había entregado su renuncia al coronel Alberto Molina, cuando consiguió dejar el cuerpo, dos semanas después de la defenestración del viejo Rangel. Y ahora reinaba en aquel local, desde hacía varios años, su subordinado de esos tiempos pasados, convertido en jefe de los investigadores de los considerados Delitos Comunes Mayores.

—Parece que lo golpearon con una piedra —dijo Manolo mientras Conde realizaba el examen de la oficina, observando incluso el panorama que se veía a través del ventanal que corría por una de las paredes. Manolo había ocupado su silla de respaldo elevado, tras el buró, y Conde se acomodó en una de las dos butacas de hierro y vinil ubicadas al otro lado de la mesa de trabajo—. Pero unas cuantas veces..., más de la cuenta. Con ensañamiento.

—¿Y apareció esa piedra?

—Todavía no..., y no creo que aparezca. Si la lanzaron al mar...

—¿Y algún otro indicio?

—Los otros golpes pueden haber sido de una pelea, pero no lo parece. Son muchos, algunos pueden ser patadas... Ahora los técnicos están examinando todo lo que recogieron donde apareció el muerto: un par de latas de refresco, unos papeles, un cabo de tabaco...

Conde asimiló un golpe de nostalgia. Un tabaco a medio fumar les había permitido resolver uno de los últimos casos en que él y Manolo habían trabajado juntos, tanto tiempo atrás, en otra vida tal vez.

—Así que por eso este muchacho no aparecía por ningún lado —musitó Conde.

—Por eso te llamé. Necesito que me cuentes todo lo que has averiguado sobre él.

—Ah, yo creía que era para ayudarme con mi historia de la virgen perdida...

—¡Qué virgen ni qué carajo, chico!... ¡Ahora hay un muerto! —protestó Manolo—. Te llamé para que tú me ayudes con mi caso. Un caso en el que, tengo que advertírtelo, Mario Conde, no puedes meter las manos... ¡Ni la punta de los dedos! Ahora lo de la virgen esa es un dato más..., a lo mejor importante, a lo mejor no, pero es parte de un caso de homicidio que sí es grave. Y como te imaginarás por lo que me contaste el otro día, el primer sospechoso que tengo es tu amigo del pre... ¿Cómo es que se llama?

Conde negó con la cabeza.

—¿Bobby?... No, Manolo... Bobby no...

—Sí, Conde... Yúnior Colás lo abandonó, le robó, lo humilló... Él mismo te dijo que estaba enamorado como un perro del muchacho... ¿Te hace falta algo más para sospechar de él? Mira cómo lo mataron..., con qué ganas...

—Nadie que esté metido en la mierda hasta el cuello hace olas, Manolo... A ver, ¿qué ustedes creen que pasó en esa costa?

Manolo se recostó en su silla.

—Toda esa zona entre La Habana y Matanzas es área de salidas clandestinas. A lo mejor el muchacho y el asesino fueron allí para irse..., o llevaron a Yúnior hasta allí con el pretexto de intentar irse y con el objetivo de liquidarlo o de sacarle información sobre lo que se había robado y todavía no había vendido, ¿no? Si no hubiera habido ese robo en casa de tu amigo, podría pensar en otras posibilidades. Pero con esa historia por medio...

—De verdad no creo que Bobby... Roberto Roque Rosell... No, no creo que sea capaz de eso. No el Bobby que yo conozco y que tú sabes que es mi

amigo.

—Eso no me importa: tenemos que investigarlo a fondo y hablar mucho con él... Dame su dirección...

Conde se rascó los brazos: era una reacción física ante la disyuntiva en que se había colocado. Apenas aliviado por el convencimiento de que no revelaba nada demasiado sensible, le dictó a Manolo la dirección de Bobby. El mayor levantó uno de los tres teléfonos dispuestos en un ángulo del buró y marcó un par de números. Cuando comunicó, repitió el nombre y la dirección de Bobby, colgó y volvió a enfocar a Conde.

—Ahora cuéntame todo lo que has averiguado.

Conde comprendió que no tenía alternativas. Además, el resto de la información que poseía de alguna manera exculpaba a su ex compañero de estudios. ¿Tenía alguna lógica que Bobby, siendo el asesino de Yúnior, fuera a pedirle ayuda, según las cronologías establecidas, justo al día siguiente de haber matado al muchacho? ¿Para qué le servía alborotar el panal? Pero ¿y si lo había buscado con la intención de hacer una pantalla después de haber cometido el crimen? Conde trató de desechar la idea: demasiado rebuscada, peligrosa, además de teatral, pues implicaba una actuación y todo un montaje que incluía la posesión de una sangre muy fría y una mente muy retorcida.

—Está bien..., con una condición...

—¡No hay condiciones, Conde! —Manolo se puso de pie, el sillón rodó hacia atrás—. Estamos investigando un homicidio, y tú sabes bien...

—¡Pero déjame hablar, coño! ¡No seas tan policía, viejo!

Manolo respiró sonoramente e hizo un gesto con la mano, dándole libertad a Conde.

—Yo nada más quiero dos cosas: primero, que te acuerdes de que Bobby es mi amigo... Y luego, que si aparece cualquier evidencia relacionada con la Virgen de Regla o las otras cosas que se robó Yúnior, me lo digas, para saber...

Manolo lo miró con su extraviada intensidad.

—Está bien... Pero ¿por qué tanta lipidia con la dichosa virgen esa?

—Porque en esta historia todo lo que parece que es una cosa termina siendo otra. Y esa virgen no parece ser lo que la gente dice o cree o piensa que es...

Manolo bizqueó y de inmediato atacó.

—Ok. No sé qué coño has dicho de lo que parece y no parece, pero habla

ahora.

Manolo volvió a sentarse y, con los pies, hizo avanzar la silla hacia el buró. En una libreta de notas comenzó a fijar los detalles de la investigación que Conde había ido realizando. La certeza de que el robo a la casa de Bobby había sido planeado por Yúnior y realizado con la ayuda de Yuniesky el Murciélagó y Ramiro la Manta; la información de que parte del botín había sido vendida casi de inmediato a alguien que Conde no había podido identificar aunque, si era necesario, se podría localizar; el dato de que, luego del golpe, Yúnior había recalado en el «asentamiento», buscando la protección de su primo Ramiro, quien aseguraba no haber tenido noticias de su compinche en varios días, a pesar de haber preguntado incluso a sus parientes todavía residentes en el oriente de la isla si lo habían visto por aquellos parajes; la revelación de que Yúnior se había cambiado de nombre, pues huía de alguien a quien había timado en Santiago de Cuba y que se la tenía jurada, un dato que no se podía ignorar pues podía estar relacionado con el fin del muchacho; y la posibilidad de que junto a la Virgen de Regla y unos grabados y adornos, al parecer (solo al parecer) no demasiado valiosos, Yúnior también hubiera conservado algunas joyas, de las que Conde no sabía su valor (un anillo de compromiso con piedras semipreciosas parecía ser lo más cotizado), pero que el muchacho creía o podía creer valiosas. Quizás pensando que las joyas eran un botín salvador, Yúnior habría andado en la búsqueda de algún cliente, con mayor seguridad fuera del círculo de compradores y vendedores de arte y objetos valiosos en que operaba el propio Bobby y donde sobresalía, por su mala fama, René Águila. Se guardó para sí, en cambio, las especulaciones que con sus amigos y el padre Mendoza habían manejado en torno a la figura de la Virgen y su posible valor, bien de carácter místico o como contenedor de otros valores o por su propio origen histórico y cultural muy significativo, si es que por fin lo tenía. Y el hecho, para él inquietante, de que el Bobby que siempre se había presentado como un viejo amigo y tenía la capacidad de ablandar el corazón de Conde con la evocación de esa relación, en realidad era para él un desconocido capaz de mutar varias veces, con éxito o sin él, los diseños visibles de su vida. Un Bobby reaparecido del pasado remoto que, para más ardor, en el encuentro durante el cual le contó sus cuitas y le pidió ayuda detectivesca tuvo la intención de engañarlo, ofreciéndole menos dinero del antes acordado con Yoyi el Palomo. ¿Podía confiarse en alguien así?, se

preguntó, con alarma, pues temía que el hecho mismo de que Bobby fuera homosexual y hubiera intentado madurarlo a él, de quien se decía amigo, podía ser fuente de viejos y nuevos prejuicios ético-ideológicos y policiales.

Mientras hablaba hasta donde creía pertinente y a la vez organizaba con perspectiva de investigador criminal la información recopilada, Conde sintió cómo se adentraba en un terreno proceloso que no le resultaba grato pisar. Muchas veces, en su vida como policía, había acudido a las más disímiles presiones procurando obtener datos útiles para desarrollar sus pesquisas. Solo que ahora era él quien brindaba pormenores capaces de implicar a otras personas y develar incluso culpabilidades, entre ellas la conexión con el robo que habían tenido Yuniesky y Ramiro, a quienes se había acercado en su función de representante de Bobby, no como agente de la ley. Y a pesar de que su sentido ético le advertía que, al fin y al cabo, no perjudicaba a nadie que no hubiese perjudicado antes a otro, y de saber que un crimen violento revoluciona todas las lógicas y responsabilidades, algo en su interior se rebelaba frente a tal forma de colaboración o de simple delación. Además, aunque hacía todo lo posible por alejar a Bobby de cualquier relación peligrosa con los acontecimientos, presentándolo siempre como víctima y persona incapaz de perpetrar el acto sanguinario de reventar a golpes el cráneo a un ser humano, sabía que lo colocaba bajo el haz de luz en cuyo radio Manolo insistiría en hallar un culpable, o al menos una pista hacia la identificación de ese culpable. Y en ese proceso ya inevitable la vida personal y comercial de Bobby sería sometida a un registro profundo del cual podía brotar alguna mierda. O mucha.

—¿Eso es todo? —le preguntó Manolo cuando terminó de soltar las informaciones acumuladas.

—Sí —dijo Conde.

—¿Seguro?

—¿Qué coño te pasa, Manolo?

—Me pasa que te conozco muy bien. Si ese Bobby es amigo tuyo... Te conozco, Conde —insistió.

El otro sonrió.

—Tú también eres mi amigo, Manolo... Y, como tú, quiero que se sepa quién aplastó a ese muchacho como si fuera un bicho..., una cucaracha.

—Hubo violencia extrema —ratificó el policía—. Quien lo mató puede ser una persona peligrosa. Esto no fue una pelea, sino un ensañamiento muy

cruel, con posibles torturas incluidas.

—¿Ustedes ya sabían que Yúnior había estafado a un tipo allá en Santiago? Esa podría ser la causa...

—Sí, ya tenemos el expediente de Yúnior Colás... Pero el tipo del que salió huyendo, un tal Braudilio Castillo, no pudo matarlo: se está muriendo de cáncer en un hospital de Manzanillo.

—¿Y no habrá mandado a alguien? —Conde intentó potenciar aquella posibilidad.

—Todo puede ser, pero no lo creo... ¿Lo iba a hacer ahora, cuando Braudilio se está muriendo y Yúnior andaba más perdido porque había jodido a otra persona?

—Sí, está cabrón, está cabrón... Dime, ¿vas a llevar tú mismo el caso?

—No, no... —bufó, cansado—. Yo tengo mil enredos arriba... Se lo di a un muchacho que es la nueva estrella brillante de la Central. Tiene una inteligencia natural y sabe sacarle el jugo a las computadoras y a toda esa mierda electrónica que tenemos ahora... Y es un perro de presa. Cuando agarra, no suelta.

—¿Y quién es ese prodigio canino? —preguntó Conde, de alguna forma picado por la envidia. En tiempos remotos él había sido «Arturo, la estrella más brillante» de aquel sitio. Y ahora, ¿qué mierda era?

—Se llama Miguel Duque y... ¡coño, le dicen «el Duque»! —exclamó Manolo, que solo en ese instante realizó la operación semántica de relacionar por vía nobiliaria los apellidos de su antiguo mentor y de su actual discípulo.

—Ojalá sea bueno de verdad... —admitió Conde de mala gana, y añadió —: Porque Duque, en Cuba, nada más ha habido dos: el viejo, que se murió, y el joven, que pasó a mejor vida...

—No jodas, ¿se murió el Duque Hernández, el pelotero?

—Dije que pasó a mejor vida... Se fue para la Yuma, ganó cuatro Series Mundiales y ahora está forrado en plata... Juega al golf y todo.

—¡Tú siempre hablando y pensando mierdas, Conde!

—Y tú, ¿qué estás pensando tú, Manolo? En serio.

El mayor miró a los ojos a su ex colega. Sus pupilas comenzaron su travesía como si buscaran refugio tras el tabique nasal.

—No te pongas bizco y dime. Ya yo hablé...

Manolo cambió la vista y sus ojos recuperaron su equilibrio.

—Pienso que en esta historia hay muchos caminos abiertos. Para

empezar, tengo a un estafador compulsivo que puede haber jodido a muchas gentes y no puedo descartar un pase de cuentas por algo de lo que no tenemos ni idea... Por otro lado, tengo el despecho amoroso de tu amigo Bobby, que además estaba molesto porque le robaron, y, digas lo que digas, alguien así es capaz de muchas cosas... Pero tengo un trío de delincuentes que dan un golpe y uno de ellos se queda con la mejor parte y jode a los otros... y es el que aparece muerto... Tengo también esa mejor parte del botín que no sabemos dónde está y que podría significar una cantidad de plata real o imaginaria capaz de atraer a otras gentes, porque no sabemos si trató de hacer negocios con alguien ni conocemos con certeza de cuánto dinero podemos estar hablando si las joyas que robó el muerto eran de verdad valiosas... Tengo una posible salida clandestina del país, con objetos de valor o no, que alguien decidió llevarse sin compartir beneficios... Pero tengo, sobre todo, un criminal violento y una historia que, por donde quiera que la mires, huele a podredumbre, como el cuerpo de Yúnior Colás Gómez... O sea, Conde, que tengo demasiadas cosas malas y nada agradables. Pero los casos así eran los que a ti te gustaban, ¿te acuerdas?

Conde aceptó, sintiéndose extraño de sí mismo.

—Sí, me acuerdo... Bueno, la verdad es que me alegro de no ser yo quien tenga que resolverlos ahora. ¡Por suerte tienes un Duque brillante!

Con la certeza de estar al borde de maltratar un buen recuerdo, Conde traspasó las rejas oxidadas, de trazas carcelarias, encargadas de custodiar el edificio carcomido, tenebroso, aun en medio de la resolana. Como único alivio el galpón ofrecía, en el otro extremo, la promesa de libertad que siempre le regalaba el mar. Junto a la puerta, un cartel enumeraba los instrumentos de guerra que no podían cruzar aquel umbral al cual solo parecía faltarle la advertencia dantesca: LOS QUE LLEGUÉIS AQUÍ, DEJAD ATRÁS TODA ESPERANZA. Desde cañones, rifles y machetes hasta serruchos y martillos tenían vedado el paso. El más peligroso de los instrumentos bélicos prohibidos: una botella de ron. Bajo tales advertencias conminatorias, todas terminadas con un etcétera que amplificaba lo inadmisibile hasta el infinito, los cancerberos de turno se encargaban de hacer cumplir las exigencias. Los custodios, un hombre mal afeitado y una mujer con malos afeites, vestidos

con uniformes verde olivo hechos a la medida (de otras personas que no eran ellos), lo diseccionaron con ojo crítico y entrenado, y ambos coincidieron en considerarlo un viejo inofensivo, pues lo dejaron pasar sin someterlo al cacheo reglamentado. Otros recién llegados, antes y después de él, debieron mostrar el contenido de sus bolsos y alguno que otro hasta fue sometido a un registro corporal: como si fueran a tomar un trasbordador espacial hacia un destino galáctico y no una embarcación renqueante y lenta, embobecida por las vueltas en redondo que cada día, de sol a sol, año tras año, realizaba entre el rincón del puerto habanero conocido desde los tiempos de España como el Emboque de Luz y la otra ribera de la bahía, donde se asentaba desde hacía cuatro siglos el pequeño pueblo de Regla, bautizado así gracias a la virgen andaluza y marinera allí depositada en tiempos de la fundación del caserío. Por aquel tránsito sin variaciones previsibles, las dos o tres embarcaciones que cumplían el trayecto se habían convertido en una institución nacional y adquirido nombre propio en apretado singular: la Lanchita de Regla. Y por las ansias de escapar que acechaban de manera periódica o permanente a los habitantes de la isla, desde hacía dos décadas se consideraba a las barcazas un medio de transporte estratégico.

Conde recordaba haber abordado por primera vez una de las lanchas acompañando a su abuelo Rufino, unos cincuenta y cinco años atrás, durante uno de sus periplos por las vallas de gallos habaneras, antes de que se decretara su revolucionaria abolición. Entonces la flota de la Lanchita de Regla, siempre propulsada por un motor machacante y aquejado de toserina, solía tener su maderamen pintado de un color naranja vivo y bancos a babor y a estribor. Su principal misión era la de traer y llevar a una u otra costa de la caleta a los habitantes del pueblo «ultramarino», como los habaneros insistían en llamarle a Regla, y también a los creyentes y peregrinos que, desde la ciudad, iban en busca de la venerada ermita, además de los distraídos paseantes que abordaban los navíos apenas por solaz y esparcimiento.

En esa ocasión, disfrutando del júbilo de la aventura, la caricia de la brisa y del olor de un mar que todavía olía a mar, el joven Conde había observado, con todo su asombro infantil desplegado al viento, las maniobras de atraque y desatraque, el proceso de alejarse de una orilla para acercarse a otra, los juegos de las perspectivas y las distancias capaces de alterar tamaños y proporciones: mientras La Habana se hacía remota, abarcable con la mirada, más señorial y permanente en su profusión de torres, campanarios, cúpulas,

tejados y mástiles, Regla se agigantaba y mostraba sin recato su eterna modestia proletaria. El panorama creciente del pueblito ofrecía, como primera y más indeleble evidencia de su identidad, las paredes pintadas de cal amarillenta de la pequeña iglesia donde se rendía culto a la virgen negra, heredera directa de la imagen de Chipiona, la figura original, que, según la leyenda, era fruto de la revelación mística y hasta de la inspiración artesanal de san Agustín el Africano, obispo de Hipona, quien debía haberla tallado con sus propias manos.

Luego de aquel viaje iniciático, Conde había utilizado en varias ocasiones los servicios de la Lanchita. La última vez que realizara ese periplo tan habanero lo había hecho para recabar la sabiduría de un viejo practicante del rito bantú del Palo Monte, con la intención de que el negro (este sí, sabio por su prolecta edad) le ayudara a entender con qué propósito místico alguien puede robar de un cementerio los huesos de un chino o de un judío. Y aprendió que, para hacer el mal, el atributo más eficiente que podía tener un maleficio de la religión de los paleros, concentrado en el depósito del poder llamado *nganga*, era, ni más ni menos, un hueso de un chino o de un judío. ¡Una creencia del África profunda aderezada por los cubanos con despojos humanos hebreos y asiáticos! ¡La falta de límites, la desproporción nacional, tan benéfica y perjudicial a un tiempo!... Ya para esa época, del emblemático color naranja de las lanchas apenas quedaba alguna mancha, y el olor a mar había sido sustituido por la fetidez enfermiza de ácidos y carburantes empeñados en nublar la superficie líquida. Las paredes amarillas de la ermita, por su lado, se le mostraron descascaradas, corroídas por el sol, el salitre y la desidia nacional.

Fue poco después de esa última travesía del Conde cuando el destino circular de la Lanchita de Regla había sido alterado por los propósitos marineros de unas gentes dispuestas a trastocarle sus brújulas adormecidas con un nuevo e imprevisto destino: el norte. O sea, el Norte, como en su afán bautismal los cubanos solían llamar al país vecino. El Norte revuelto y brutal. Fue en la época en que había comenzado, crecido, engordado la Crisis que devastó a la isla y unos filibusteros de nuevo tipo se dieron a la tarea de raptar las lanchas para llevarlas más allá de su pertinaz horizonte circular. Los intentos se sucedieron, con variaciones empeñadas en mejorar y prolongar la travesía, más cuando se comprobó que el combustible almacenado en los depósitos de la Lanchita apenas servía para alejarse unas

millas mar adentro y se planteó la alternativa de aumentar la carga y, así, la distancia. La embarcación que más lejos navegó resultó ser la que parecía más festiva: en el muelle de La Habana fue abordada por unos cumbancheros, cargados de pitos, matracas y guitarras, dizque dispuestos a celebrar la boda de un babalao de Guanabacoa y una santera de Regla. Y subieron a la lancha con sus cajas de cerveza, sus botellas de ron, incluso con unos *cakes* de grandes dimensiones... Pero la celebración estaba programada para realizarse mucho más lejos, pues en las botellas de cerveza y ron lo que viajaba no eran alcoholes joviales, sino petróleo, y bajo los merengues floridos de los dulces, bidones con más combustible... Y a punta de cuchillos y una pistola extraídos de los estuches de las guitarras, le exigieron al timonel que los llevara al paseo que ellos querían dar, y para cuya realización traían el material carburante necesario... Luego de esos abordajes, la Lanchita de Regla se convirtió en una nave militarizada, con policías a bordo y custodios en los muelles de embarque, para evitar nuevos y creativos asaltos de piratas y corsarios criollos y contemporáneos.

Esa mañana, cuando Conde se acomodó en la embarcación, todavía no tenía claro con qué propósito realizaba su nueva peregrinación al barrio ultramarino. La muerte de Yúnior-Raydel lo había desterrado de su satisfactoria molicie y colocado su pesquisa virginal en un nivel de la espiral cargado de resonancias macabras. La trama se había salido de carril, sus riendas escapado de las manos de Conde y la evidencia de que se estaban moviendo intereses mayores y peores resultaba ahora patente.

En el trance de cruzar la bahía, a cuyo origen debía su existencia, gloria y prosperidad la villa, el ex policía sintió la potencia de su desorientación y tuvo la certeza de que si quería saber adónde había ido a dar la virgen negra de Bobby e, incluso, las posibles razones del asesinato de su ingrato amante, debía comenzar otra vez la revisión de aquel libro desde el principio, con la debida y necesaria atención. Y reponiéndole las páginas que le habían sido escamoteadas.

Luego del ataque, caminó hasta el cercano santuario, obra de mampostería y tejas, con torre de campanario y modestísima cúpula. Ya bicentenaria y de amable humildad, la iglesia había sido levantada justo sobre el sitio en donde se sucedieron, a partir de 1696, las precarias ermitas originales erigidas para albergar a la virgen patrona de marineros, viajeros y trashumantes, al parecer traída desde tierras gaditanas por uno de ellos. La

primera capilla, de paredes de tabla y techo de guano, había sido arrasada apenas tres años después por un ciclón con nombre de arcángel, San Rafael, como para sellar el destino de la santa con la isla y su naturaleza expuesta siempre al mar —«la maldita circunstancia del agua por todas partes»— y a merced de los ciclones —«Huracán, huracán, venir te siento»— a los que cantaron los poetas.

Del embarcadero a la iglesia había unos pocos pasos que Conde transitó como si fuera atraído por un imán, o por su nunca del todo esfumado instinto policial. Sin detenerse, traspasó el dintel del santuario y vio, al fondo, el modesto altar mayor presidido por la diminuta virgen de tez negra, con su hijo blanco en brazos: la imagen a la cual decenas de generaciones de cubanos, marineros y no, católicos y santeros, blancos y negros, ricos y pobres, habían pedido el favor de su intervención celestial, que algunos garantizaban revertida en verdaderos milagros. Custodiando a la santa patrona, desde el retablo hacia los laterales se erguían varias efigies que, gracias a sus clases de catecismo, Conde logró identificar: santa Teresa y san Juan Bosco, Jesús de Nazaret y su padre putativo san José, san Antonio de Padua y su tocayo el Abad (acompañado por un cerdo narizón), san Francisco de Asís (con sus palomas), san Lázaro (con sus perros), las maternales Virgen de las Mercedes, también adorada como la poderosa Obatalá según los ritos afrocubanos, y de la Caridad del Cobre, la madre espiritual de todos los nacidos en la isla, sincretizada en Ochún, la más bella, la más fértil.

A los pies del altar se acumulaba ese día una cantidad exagerada de ramos de unas flores ya mustias que exhalaban un efluvio invasivo y equívoco entre el perfume y la podredumbre. En los bancos del templo vio a varias personas, quizás una decena, en su mayoría ancianos, aunque atrajo su atención un par de jóvenes, vestidos de blanco radical, como lo exigía su reciente iniciación en los ritos paganos venidos del reino africano de los yorubas.

Conde ocupó un banco en primera fila, al centro, el punto más cercano al altar y a la virgen. Desde allí observó la pequeña estatua de madera de la que solo quedaban descubiertos el rostro y las manos, nigérrimas, propias de su ascendencia africana. El resto resultaba ser oropel añadido, colorido —del azul al amarillo, pasando por el plata y el dorado—, capaz de darle la forma piramidal con que era identificada. A partir de aquella imagen original se habían creado miles de reproducciones en yeso, destinadas a adoraciones domésticas, que cualquier hijo de la isla podía reconocer. El rostro, se dijo

Conde, era insondable, casi inexpresivo más que señorial o maternal, para tratarse de una variación mariana. Por su lado el niño blanco, sostenido por sus manos negras, provocaba una sensación de contraste que se acentuaba con el gesto de proyectarlo hacia delante, como si lo ofreciera a alguien cercano o a todo el mundo, como si de un redentor se tratase.

Del bolsillo de su camisa extrajo la foto facilitada por Bobby y comparó las imágenes: salvo el color y el hieratismo, apenas había parecido entre una y otra, como ya sabía. Y no es que la virgen de Bobby pudiera ser una versión libre o popular: es que era, sin duda, algo diferente. Algún capricho del escultor de la virgen de Bobby podía ser la causa del despiste, aunque la talla demostraba una gran habilidad con la gubia, un sentido plástico entrenado. ¿Y por qué la imagen de la foto estaba sentada, mayestática, y la otra de pie? ¿Y la cofia? ¿Y por qué cambiaron la posición del Hijo de Dios, con los brazos extendidos en la del altar y sobre el regazo, cerca del seno, en la Virgen de la foto? ¿Por qué blanco uno, negro como la madre el otro? ¿La diferencia cromática tenía lecturas específicas?

Conde fue sintiendo cómo sus difusas premoniciones, sus preguntas, sospechas y evidencias, cobraban la densidad corrosiva de una inquietud cada vez más alarmante: la virgen que le habían robado a Bobby nunca había sido una copia de la patrona de Regla ni de la original de Chipiona. Y si alguien conocía esa incongruencia, por supuesto, era Bobby. Como ahora corroboraba, se trataba de una variación por completo diferente de María, y comenzó a ganar la certeza de que en esa diferencia podía hallarse la razón esencial del interés y actitud de Bobby, quizás incluso el motivo de la desaparición de la efigie. Y su valor.

Con esa convicción entre las manos, Conde se acercó a la mujer —negra como la virgen— que vio salir del sagrario hacia el ara, con unas cestas en las manos, dentro de las cuales comenzó a depositar ramos de flores desvaídas.

—Buenos días, señora, por favor... —se dirigió a ella desde la baranda que protegía el altar.

—Dígame, señor... —La mujer tenía una voz tan dulce como la expresión que Conde advirtió en su rostro.

—¿Por qué hay tantas flores?

La mujer sonrió.

—¿Usted no sabe que antier fue siete de septiembre, el día de la Virgen?

—Es verdad, es verdad... —musitó—. ¿Y hubo peregrinación?

—Procesión —rectificó la mujer—. Sí, ya nos dan permiso para hacerla fuera de la iglesia. Durante años tuvimos que hacerla aquí dentro o en el atrio.

—Eso sí lo sabía... Gracias.

—Por nada —dijo la mujer, volvió a sonreír y regresó a su tarea de recolectora de flores muertas. Solo en ese momento Conde recordó por qué la había abordado.

—Señora, ¿sería posible ver al padre Gonzalo Rinaldi?

La mujer volvió a dejar su tarea y se acercó a él, siempre sonriendo.

—Lo siento... El padre está dando clases en el seminario... Pero, a ver, ¿puedo ayudarlo en algo? ¿Quiere bautizarse, confesarse, casarse?

—No, no, gracias, ya pasé por todo eso... No se preocupe, vengo otro día —dijo, y, antes de dar media vuelta, volvió a mirar a la Virgen de Regla desde una perspectiva más cercana e inferior. Y tuvo la impresión de que la imagen le devolvía la mirada.

—Ay, Conde, ay, Conde, por Dios y la Virgen...

La desfachatez alegre o la tristeza dramática que en los encuentros anteriores se habían alternado en el rostro de Bobby habían sido sustituidas por la expresión visible del miedo. Y la voz suplicante acentuaba la percepción visual.

Urgido por sus certezas, Conde había viajado de Regla hasta la casa del ex compañero. Ni siquiera había tenido la precaución de comer algo en el camino y las horas de espera por el regreso de Bobby se habían convertido en un tormento gástrico que estuvo a punto de hacerlo desistir de su propósito: abordar al hombre todavía caliente, recién salido del horno del interrogatorio al cual debían estar sometiendo sus persistentes ex colegas policías.

Al verlo llegar y escuchar su súplica, Conde decidió que había acertado. Ese era su momento y se lanzó a aprovecharlo.

—¿Te apretaron mucho? —le preguntó cuando Bobby, sin dejar de invocar divinidades, se desmadejó en uno de los sillones de hierro fundido del portal.

—¿Mucho? ¡Casi me ponen en el potro de torturas y me sueltan al perro sin dientes!... Esos tipos son unos salvajes... ¿Tú eras así cuando fuiste policía? —quiso saber Bobby.

Conde sonrió.

—Dependía...

—¿De qué?

—De si sabía que la persona a la que interrogaba me decía la verdad o era un mentiroso de mierda manipulador hijo de puta del coño de su madre... ¡Como tú, cacho de cabrón!

Bobby saltó en el asiento al oír los alaridos del Conde, que se había inclinado hacia él para soltarle la andanada de improperios lo más cerca posible de la cara. Conde comprobó que su reacción había logrado el efecto deseado y volvió a la carga.

—Estás metido en la mierda hasta el cuello. Te soltaron pero no te soltaron. Ni te lo creas. Te tienen en la mirilla, pues en la rifa del asesinato de Raydel, o como coño se llame ese chiquito, tú tienes noventa y nueve de cien papeletas de estar metido por algún lado... ¡o de haberlo hecho tú mismo! Y hoy nada más calentaron el brazo contigo. Cuando empiece de verdad el juego..., te vas a cagar en los pantalones.

Bobby se llevó las manos al pecho y comenzó a llorar. Conde lo dejó desahogarse, solo lo suficiente para que pudiera volver a hablar.

—Así que dale, suelta la lengua...

—Yo no lo maté, Conde...

—Ya lo sé, y por eso estoy aquí.

—Ayúdame entonces, viejo, ayúdame, por los años, la amistad...

—¿Tienes miedo, Bobby?

Bobby miró a su ex compañero y de sus ojos cayeron otras lágrimas, pero de un origen y grosor diferente.

—¿Miedo? No, chico, terror... Esto es distinto... Miedo he tenido toda mi vida. Siempre he vivido con miedo. En este país de mierda el miedo es un estado permanente y tipos como yo somos el material de estudio preferido... Pero esto es otra cosa, otra cosa...

Conde asintió. Aunque no era el momento de dejarse conmovir y aflojar las clavijas, sino de recuperar al personaje más útil. Sacó entonces las fotos de Bobby y la virgen y se las lanzó al otro.

—¿Qué coño de cuento chino... o negro... es este de la virgencita de Regla de tu abuela?...

Bobby saltó como si le hubieran tirado ácido encima. Sus sollozos y lágrimas desaparecieron.

—¿De qué me estás hablando?

—Bobby, no te hagas... Estoy hablando de la verdad. Y si no me dices la verdad no puedo ayudarte y...

Bobby sollozó otra vez y miró hacia su impoluto jardín. Un rosal de príncipes negros tenía el sitio de privilegio, y lucía sus flores de sangre oscura en todo su esplendor. Conde recordó como un flechazo que cruzara su memoria la mata de aquellas rosas, tan exóticas en Cuba, que alguna vez habían adornado el pequeño jardín de su casa, pues eran las preferidas por su madre. ¿Cuántos años hacía que el propio Conde había cortado el ya envejecido príncipe negro con el cual había sostenido una intensa relación de amor-odio pautado por la belleza de las flores y la fea agresividad del espinoso tronco que tantas veces lo agredió sacándole sangre del mismo color de los pétalos? El suspiro de recomposición de Bobby lo devolvió al tórrido presente.

—Es una Virgen, Conde, y mi abuela la veneraba como si fuera la de Regla. Pero había venido de España, con el catalán que se casó con ella, el hombre que casi fue mi abuelo. Josep Bonet, se llamaba, pero aquí todo el mundo le decía José, aunque en realidad no se llamaba ni Josep ni José: por algo que nunca supe se había cambiado el nombre cuando llegó a Cuba, o antes de llegar y yo nunca supe el verdadero. El caso es que José la trajo de allá.

—Bobby, ¿no me estás metiendo otro cuento?

—No, viejo, te juro que no... José vino para Cuba cuando todavía estaba andando la Guerra Civil, y nunca quiso exhibir la virgen ni contar bien de dónde la había sacado... Lo mismo decía que de Andalucía que de Cataluña... A lo mejor alrededor de la virgen había alguna historia oscura. Quizás no. No sé... De lo que sí estoy seguro es de que José sí tenía una historia oscura. Pero, bueno, eso a nadie le importaba cuando veía la virgen, ¿no? Era una virgen, era española y era negra: ¿qué otra cosa puede ser en Cuba una virgen negra sino la Virgen de Regla? ¿O hace falta que el Vaticano lo certifique para que alguien adore a una virgen negra como la Virgen de Regla?

—Pero tú sabes bien que no es una Virgen de Regla. A lo mejor otra gente no, quizás Raydel no..., pero tú sí sabes, Bobby: esa imagen es otra cosa... Y muchas veces nada de eso importa: pero con esta virgen, sí. Y también importa que no me lo dijeras desde el principio.

Bobby se pasó varias veces la mano abierta por el pecho, como si se

ayudara con el gesto a hacer bajar las tensiones acumuladas para expulsarlas por algún orificio inferior.

—Sí, claro... Averigüé y sabía... El modelo es catalán o vasco o del sur de Francia... Por esas zonas hay varias vírgenes parecidas a la mía, del mismo estilo... Algunas son muy antiguas, medievales. Y en ese modelo románico estaba inspirada la que trajo José, el marido de mi abuela. Pero es una estatua corriente, una reproducción, incluso es más chiquita que la mayoría de las originales.

—¿Cómo sabes que era una reproducción corriente y no una virgen medieval auténtica?

—Porque José contaba que la había comprado en un mercado callejero de un pueblo que se llama Camprodón. Y era la virgen que tenían en su casa... Su moreneta propia, como él decía.

Conde suspiró:

—Bobby, ¿cuándo coño sé que no me estás tupiendo?

—Coño, viejo, es la verdad. La verdad que yo sé. Te lo juro por mi abuela. ¡Por la Virgen, vaya!

Conde volvió a mirar el rosal y pensó en lo engañoso de su belleza. ¿Podía creerle a Bobby aunque estuviera jurando por la Virgen? No tenía otra alternativa, se dijo. Pero sin confiar ya en él.

—¿Y por qué dices que la había traído para Cuba?

—Pues porque había guerra, él no quería estar en esa guerra y vino para acá..., y trajo su virgen, la de su casa. Normal, ¿no?

—No lo sé... ¿Y no tenía o tiene algo dentro? ¿Algo más valioso?

—¿Dentro? ¿Cómo? —El asombro de Bobby pareció real.

—En un hueco en la madera...

Bobby se detuvo un instante antes de responder.

—No, que yo sepa no... ¡Es una estatua de palo, Conde, comprada en un mercado callejero...! Vale por lo que significa para mí, lo que significó para mi abuela, lo que significó para su marido... ¿Y sabes por qué? ¡Pues porque esa Virgen tiene un poder! ¡José lo había comprobado, mi abuela también lo sabía! Y yo sé que eso es verdad, Conde. Por eso es que quiero recuperarla... ¿Quién dijo que podía tener algo dentro?

—Es una idea, Bobby, una idea... Una idea que al ver tu jodedera con la virgen se le pudo ocurrir a Raydel o a otra persona... La persona que quizás cepilló a Raydel para quedarse con la virgen.

—Y con las joyas...

—Además del anillo de compromiso, ¿qué otra cosa de las que te robaron tenía valor real?

—Eran baratijas, cosas de familia... Tampoco los grabados valían mucho. Pero Raydel pensaba que todo eso era un tesoro... La verdad es que el anillo tampoco vale mucho. Es un recuerdo... ¡Como la virgen!

Conde trató de pensar, necesitaba pensar. No sabía aún por qué, pero estaba convencido de que en aquel entramado había una trampa, un vacío, una superchería, y lo rejoneaba no poder precisar dónde. ¿En el «poder» de la Virgen del que hablaba Bobby? Él no creía en esos poderes, pero sabía que otras personas sí: incluso sentían sus beneficios. ¿En la desaparición de la virgen estaría pesando más el poder místico que un posible valor material que Bobby negaba? ¿En realidad no tenía más cualidad que ese poder, una conexión mística con lo que encarnaba la imagen, como aseguraba Bobby? Conde sabía que se estaba enredando en un montaje que, tal vez, tuviera la más simple respuesta y no las complicadas que él solía urdir. Pero, ya lo había pensado y hasta dicho: en esa historia nada era lo que parecía o lo que parecía importante terminaba siendo nada... ¿Alguien podía haber matado a Yúnior para hacerse de una virgen poderosa o para quedarse con una estatua valiosa como objeto? ¿Fe o razón? ¿Y si el crimen no tenía relación alguna con la virgen y la insistencia de Bobby lo había prejuiciado? Quizás esas eran las mejores de sus preguntas, se dijo el ex policía, y decidió que precisaba de condiciones físicas y mentales más propicias para pensar y decidir cuáles eran las posibles respuestas.

—Invítame a un *brunch* —le pidió a Bobby—. Tengo un hambre que no veo y ya no puedo ni pensar...

—Esta no es hora de *brunch*, Conde.

—¡De crunch, entonces!... Dame algo que masticar, compadre... Y después háblame más de la gente que anda en el negocio del arte y las antigüedades. A ver si por ahí puede salir algo... Y luego voy a decirte cómo tienes que portarte con los policías. Yo me sé todas sus formas de sacarte la mugre.

—¿De verdad, Conde? —El otro parecía emocionado, más que esperanzado.

—Sí... Pero arriba, dale, que me muero de verdad, coño.

Bobby tenía un refrigerador mejor surtido que cualquier supermercado habanero y el hambre perniciosa de Conde sufrió una aplastante derrota. Con el estómago en plena molienda y los nervios relajados, el ex policía trazó la estrategia de las relaciones de Bobby con sus ex colegas —decir solo lo indispensable y que pudiera ayudar a localizar el paradero de la virgen negra, nunca reconocer una culpa— y fraguaron el plan de los próximos movimientos de Conde, a la luz de los más recientes sucesos. Y después de una segunda cafetera bebida hasta sus últimas consecuencias, el antiguo policía decidió que aún tenía tiempo para avanzar un paso en sus pesquisas y se despidió del viejo amigo.

—Bueno, hay algo que no te he dicho —susurró Bobby cuando ya atravesaban la sala de la casa.

—¿Qué más, compadre? —Conde soltó el exabrupto y recuperó de inmediato su incomodidad: ya no resistía la condición de caja china de su ex compañero. ¿Cuándo llegarían al último compartimento, a la semilla de un embrollo que Bobby pelaba como una cebolla?

Bobby estaba serio. Mortalmente serio. Con un gesto le indicó a Conde uno de los butacones del salón y encendió el ventilador de techo para refrescar la atmósfera del lugar. El anfitrión ocupó el sofá, con sus nalgas apenas en el borde del asiento, como si se dispusiera a salir corriendo. Se frotaba las manos, miraba a su amigo, luego hacia una pared donde alguna vez hubo un cuadro. Conde tuvo la certeza de que se avecinaba una revelación importante y prefirió no presionar.

—Mira, es que no me gusta hablar de esto y no lo he hablado con casi nadie, pero como sé que tú no me crees, que los policías horribles esos que me interrogaron no me creen... Conde, lo del poder de la Virgen no es un cuento... Ni de mi abuelo postizo ni mío... Él decía que curaba. Y contaba la historia de un niño de su aldea que tenía seis dedos en cada mano al que la Virgen había resucitado... ¡Él decía que lo había visto con sus propios ojos! Y te digo que puede ser verdad que hiciera milagros..., porque yo mismo lo comprobé...

Conde no pudo evitar sonreír, pensó hacer un chiste con el niño de seis dedos, pero se contuvo. Bobby parecía demasiado serio para tirar a chanza su historia.

—Bueno, cuando yo me hice santo y recibí a Yemayá —Bobby continuó y realizó el ritual correspondiente—, no fue porque estuviera confundido con mi vida como te dije..., lo que también es verdad.

—¡Por tu madre, Bobby! ¡Hasta cuándo!

—Chico, lo hice porque iba a morirme... Me lo hice porque me diagnosticaron un cáncer de mama. No me mires con esa cara, que esto no tiene nada que ver con lo otro... —Bobby comenzó a abrirse la camisa y dejó al descubierto su pecho. Conde notó que sus tetillas tenían unos pezones quizás más abultados que los de otros hombres y, bajo el pequeño promontorio pectoral, dos cicatrices curvas, casi imperceptibles, pero con la macabra forma de una sonrisa—. ¿Lo ves? También los hombres, incluidos los hombres hombres, pueden sufrir ese cáncer y a mí me agarró, y parecía ser superagresivo. Claro que fui a ver a un especialista, me sometí a los tratamientos médicos, pero, como siempre he sido creyente, me moví por otros lados... El babalao padrino de Israel me consultó, y cuando interrogó a Ifá me salió que por mi salud debía recibir los atributos de Yemayá, la Virgen de Regla. ¿Casualidad o confluencia cósmica? ¿Sabes cuántos orishas hay? ¿Por qué Yemayá y no otro cualquiera?... Ahí había una señal y decidí seguirla. Preparé todo para hacerme el santo aunque, como me recomendó mi abuela, antes me encomendé a mi Virgen negra, le recé, le pedí ayuda y fuerzas y atravesé todo el proceso de iniciación acompañado por ella. Entonces fue cuando le hice una promesa a la Virgen a cambio de la recuperación de mi salud: cuando me curara la coronaría con una diadema de oro, y le juré no deshacerme nunca de ella y venerarla como a una madre...

Conde necesitó encender un cigarro. La historia de Bobby le resultaba conmovedora, y a la vez patética.

—¿Y la Virgen hizo el milagro?

—Sí, lo hizo, aunque tú no lo creas. Lo hizo... Cuando me celebraron la ceremonia para recibir a Yemayá, esa virgen estuvo conmigo en el cuarto donde tienes que estar solo varios días, se supone que meditando y purificándote... Y a la segunda mañana, cuando me desperté, vi que mi virgen estaba toda mojada, goteaba, como si acabasen de sacarla del agua... Miré el techo por si había una filtración, le pregunté a mi madrina si alguien la había mojado y nada..., el agua seguía goteándole, como si le saliera de dentro, como si sudara una fiebre, y tenía un olor extraño. Y entonces me atreví: le pasé el dedo a la virgen y probé el agua que le corría y... sabía a sal, pero olía

a grasa, a manteca... ¡Era agua de mar, un agua grasosa!... Si quieres no me creas, Conde, y no me mires con esa cara, porque ahora viene lo grande de verdad... El caso es que unos días después de recibir a Yemayá fui al hospital... Y cara de asombro fue la que pusieron los médicos: el cáncer había remitido a una velocidad clínica y orgánica imposible para el estado del tratamiento que yo llevaba. Era algo tan extraordinario que entre aquellos científicos oncólogos hablaron de haber asistido a un verdadero milagro... de la naturaleza. Yo, por supuesto, no les dije nada. Los tumores se habían reducido y localizado tanto que pudieron operarme sin que quedaran células malignas... Durante dos años más los médicos estuvieron viéndome y analizándome, por si había algún tipo de reproducción de la enfermedad..., pero de mi cáncer no quedaba nada, como si nunca hubiera existido... Si quieres te enseño mi hoja clínica, ahí la tengo guardada. Un oncólogo incluso escribió: «Causa de la remisión tumoral: inexplicable...». ¿Cómo coño tú explicas algo así si para un científico, un especialista, es inexplicable? ¿Entiendes ahora por qué creo y recontraqueo en el poder de esa virgen? ¿Por qué tengo ese sentimiento de haberle faltado a mi promesa desde que Raydel se la llevó?... ¿Por qué me estoy cagando de miedo por no tenerla conmigo y, por estar cagándome de miedo, hasta te cuento esta historia que tú no vas a creer pero que yo sí creo porque la viví? Estoy vivo de milagro, mi amigo. O por un milagro de esa Virgen.

«A este paso: una jornada, señor», había mentido Antoni, después de fingir que hacía sus cálculos, y el caballero Jaume Pallard había admitido: «No llego, Antoni, no llego». Y Antoni sabía que si no ocurría un milagro, el señor jamás llegaría. Con aquellas bestias mediocres y extenuadas, avanzando por unos parajes escarpados a través de los cuales el empecinamiento del señor había pretendido cortar camino, demorarían al menos dos días. Pero con unas fiebres irreductibles y los vómitos sanguinolentos de los que se desprendían emanaciones sulfurosas, las horas de vida del señor Pallard parecían ser muy pocas, contadas. «¿Este es tu valle, Antoni?», preguntó el caballero, y Antoni respondió que sí. Alguna vez lo había sido. «¿Y aquel pico, cuál?» «El Pic de les Bruixes, señor.» «Hagamos un alto. Total, cualquier lugar es malo para morir. ¿Verdad, Antoni?», y el escudero respondió otra vez que sí, pero que el señor no moriría. ¿Qué otra cosa podía decirle? Cualquier lugar. Aunque para Antoni Barral, tan expuesto a los vahos agresivos de la fiebre negra que había contagiado a su señor y lo estaba matando, aquel valle que lo remitía a sus orígenes en verdad podía ser el mejor lugar. Su lugar.

Después de diez años de ausencia, años de guerra, violencia, odio y muerte, Antoni apenas había logrado reconocer el sitio. Y no porque el valle hubiera cambiado de manera radical: solo que ya él era otro hombre, como todo el que ha vivido una guerra y hecho correr la sangre humana. Antoni consiguió identificarlo por los perfiles eternos de las montañas, la mole oscura y desarbolada del Pic de les Bruixes, el curso empecinado del arroyo plagado de ríspidos dobleces, y el verdor intenso que lo distinguía en toda la

región. Sin embargo, lo que había sido un vergel, con sus olivares y viñedos, sus plantíos de trigo y cebada, los rebaños de ovejas y cabras más hermosas de la región, se había convertido en un zarzal en el cual algunas acumulaciones de piedras y maderas renegridas marcaban el sitio donde se levantó una morada, un establo o un depósito de pasto y granos. Todo arrasado por la guerra, todo vencido por el abandono. Ni un balido rompía el silencio. Ningún gallo cantaba. La desolación era total y, para Antoni Barral, agobiante y de mal augurio.

Porque habían sido exactamente diez los años que los catalanes del reino de Aragón habían combatido entre ellos: tiempo y empeños suficientes para devastarlo todo. Habían peleado en Barcelona, Gerona, Lérida, en la costa y en los valles, en cualquier rincón del país. Habían guerreado por el rey Juan, contra el rey Juan, por el príncipe Carlos incluso cuando el príncipe ya había muerto. Combatieron por el derecho a la tierra, a la movilidad, por mantener o eliminar los tributos. Algunos decían incluso que habían peleado por la independencia del reino de poderes foráneos visibles o tan etéreos como los fantasmas: el rey de Francia, que pretendía hacerse con los territorios del rico condado del Rosellón, extendidos más allá de los Pirineos y prometidos por el rey aragonés a cambio de la ayuda militar del soberano galo; el ambicioso monarca de Portugal, dispuesto a aumentar sus territorios; el poderoso Renato II de Anjou, señor de la Provenza. Aunque muchos se decían capaces de saber por qué peleaban y de qué bando estaban, Antoni tenía la impresión de que también muchos habían olvidado varias veces sus razones y sus fidelidades o las habían mutado a lo largo de los años durante los cuales se dedicaron a matarse unos a otros, como si ya no hubiese suficiente muerte acumulada, como si odiarse fuese el principal designio de sus existencias. O como si estar unos contra otros constituyese parte de un espíritu ancestral.

Con el desgaste de la contienda, casi ninguno recordaba que la guerra había comenzado como un conflicto de facciones radicales, capaces de extender la defensa de sus grandes intereses por todas partes, arrastrando al reino tras ellos, involucrando a señores y payeses, generando la mayor desorientación. A veces se enardecían las disputas sin dar tiempo a los demás a escoger el bando por el cual deseaban o debían inclinarse, y los hombres terminaban conchabados como tropa, obligados por alguna circunstancia más o menos fortuita, como le ocurrió a Antoni Barral, campesino, siervo, escudero de la poderosa familia de los Pallard. Antoni nada sabía ni habría

querido saber de guerras en las que gentes como él siempre terminaban siendo los perdedores, pero aun así tuvo que gastar diez años de su vida en una pelea fratricida que nunca entendió del todo, en la que al final no hubo ganador definido sino un compromiso de envainar las espadas por puro agotamiento. Porque, con el tiempo y los pactos, combatir de uno u otro lado, por el monarca o contra el monarca, llegó a ser hasta una simple cuestión de ubicación geográfica, o de obediencia a un señor, o de genuinos deseos de acabar con algo que estaba mal o alguien decidía que estaba mal. Y de súbito las regiones, las ciudades, los pueblos y aldeas, hasta las familias se encontraron divididos, se consideraban enemigos para alimentar una demoledora guerra civil que, una década después, no dejaba vencedores ni vencidos ni cambiaba el país para mejor: todo sería igual, en realidad peor. Cataluña entera era un páramo poblado de cadáveres y el rey seguía siendo el rey y la mediocridad en que había caído el reino un lastre tan pesado como las montañas del Pirineo que el escudero ahora veía. Gracias a Dios, después de diez años vanos y devastadores, Antoni Barral había conservado algo que, en realidad, apenas le pertenecía: su vida.

El escudero tomó las riendas de la cabalgadura del señor Pallard y decidió bajar un poco más, en busca de un pequeño bosque de encinas y hayas en lo que parecía ser un recodo del arroyo montañés. Agua, sombra y pasto era lo que de momento necesitaban y lo único que podía ofrecerles el valle feraz en un regreso que quizás concluyera allí. Un mal o un buen lugar, daba igual, pensó Antoni. Al menos era hermoso.

Las fiebres del señor Pallard habían comenzado dos días antes y tal vez la mejor opción habría sido regresar a Gerona, en busca de un médico o un curandero o incluso un hechicero que, cuando menos, le practicara unas sangrías, le colocara algunos emplastos y le propiciase una forma menos terrible de morir. Pero Jaume Pallard, terco y voluntarista, había insistido en que siguieran hacia Camprodón y desde allí hasta los dominios familiares, convencido en un primer momento de que su fortaleza física le permitiría llegar a su destino, de donde estaba ausente desde hacía varios años. El día anterior, sin embargo, había amanecido con bultos de linfa por todo el cuerpo y lo atacaron los primeros vómitos. Aun así, reemprendieron la marcha, y Antoni Barral tuvo la premonición de que desandaban el camino de ambos hacia el infierno: de aquella enfermedad casi nadie se salvaba y pocos de los que convivían con ella resistían su invasiva capacidad de infección. Bien lo

sabían en esas tierras, más que diezmadas por la peste antes de ser de nuevo desangradas por las lanzas y espadas de la guerra fratricida.

Cuando cruzaron el arroyo bajo y cristalino vieron una extraña encina, de proporciones exageradas, que parecía señorear en el pequeño bosque delimitado por la herradura de agua. Separada del resto de los de su especie, sin duda muerto hacía muchos años, el árbol apenas había conservado dos enormes ramas, abiertas como brazos, con los cuales formaba una cruz casi perfecta. Mientras, su tronco, carcomido por los insectos y verdecido por los líquenes, parecía hendido en el pecho con una herida oscura y profunda, nunca cerrada, cauterizada por el fuego provocado por el rayo que había recibido la encina solo Dios sabía cuántas decenas de años atrás. Antoni, que había pateado muchos de esos valles, se extrañó de no haber reparado nunca en un árbol tan peculiar, aunque, por supuesto, lo que más asombro le produjo fue ver al pie de la encina calcinada, en una extraña postura supina, los restos de piel seca, algún pedazo de tejido, unos mechones de pelo blanco y huesos corroídos por el sol y la lluvia de lo que, sin duda, muchos años antes había sido un ser humano. ¿A qué hombre real y pensante había pertenecido el esqueleto inclinado ante el árbol seco? ¿Cómo era posible que en su momento el cuerpo no hubiese sido destrozado por los lobos y los carroñeros? ¿Sería cierto que los predadores no comían carne infectada por la peste? ¿Nadie lo había visto nunca y decidido darle una sepultura digna? Aun cuando sabía tanto de la muerte, la imagen del cadáver postrado espantó a Antoni Barral, que decidió alejarse del sitio, cuando desde su cabalgadura el señor Pallard dio la que quizás fuera su última orden en este mundo: «Bajamos aquí, Antoni. Junto al encino muerto y el esqueleto. Así tendré compañía eterna».

Antoni Barral había nacido muy cerca de aquel valle verdísimo, en una pequeña aldea sin nombre enclavada en unos parajes montañosos cuya magnífica sierra separaba la Garrotxa catalana del condado del Rosellón. Su familia, campesinos, pastores, carboneros, habían vivido en ese sitio olvidado por Dios y por la Historia desde tiempos que se perdían en la memoria, aunque siempre dependientes de los Pallard: ocupando cada cual el sitio social que la fortuna les había marcado desde antes de ser concebidos. Fueron

las habilidades de Antoni como jinete y cazador de altura las que llamaron la atención de Jaume Pallard, el joven señor que solo contaba un par de años más que él. Y esas destrezas vinieron a cambiar su vida —creyó Antoni que para bien—: porque de la labor en la tierra y el pastoreo de ovejas que le marcaba el destino, pasó a ser una especie de escudero del joven señor, tan dado a correr aventuras en las que muchas veces atravesaba los límites de lo permitido, incluso para un miembro de su linaje. Gracias a tal cercanía, Antoni fue el primero de su clan que aprendió a leer y a escribir —y por siglos quizás el único que lo lograría— y gozó del privilegio de navegar hasta Nápoles y beber los fuertes destilados de aquel reino, de cabalgar muchas veces por medio país, usar botas de cuero con hebillas y pernoctar en posadas de Aragón, Castilla, León y Navarra (las más de las veces en los establos, justo es decirlo), sitios donde se bebía, comía y fornicaba hasta el hartazgo y se cantaban las gestas, reales o fantasiosas, de los caballeros andantes y los navegantes del Mediterráneo a las que Antoni se hizo tan aficionado. Por alguna razón indescifrable, uno de aquellos romances siempre lo había atraído de manera especial: el que narraba las peripecias, gloria y muerte del gran capitán Roger de Flor, un personaje entre mítico y real que, se contaba, había ocupado el puente de mando de *El Halcón del Temple*, orgullo de los maestros templarios, pues fue en su tiempo el navío más grande y poderoso que jamás hubiera existido. Luego, ya dedicado a la piratería, el capitán Roger de Flor había asolado las costas del Mare Nostrum comandando una banda de corsarios conocida como la Compañía Catalana. Gran personaje el tal Roger de Flor...

Lo que al principio había sido un beneficio inesperado, capaz de alterar la fortuna de Antoni, gracias apenas a una habilidad física y una inteligencia natural, se convertiría después en el cauce por el cual discurriría su ventura. Porque la Historia lo sorprendió ubicado en un sitio del que no podía escapar, y por diez terribles años Antoni Barral tendría que pelear al lado de su señor en una guerra en la cual siempre supo que luchaba por lo que pretendían otros, por lo que decidían o querían decidir otros, los poderosos de siempre, los que fuerzan la Historia.

¿A cuántos hombres había matado en los largos años de contienda? Ser diestro con la lanza y con la espada —más, incluso, que el mismísimo señor Pallard— lo había mantenido con vida luego de tantos combates, aunque la supervivencia propia dependiera de la muerte de otros. Al principio de la

guerra, convencido por las pláticas del señor Pallard con sus familiares y partidarios, Antoni llegó a pensar que entraba en una contienda que quizás mejorase las vidas de los hombres de su condición. Con cierta insistencia se hablaba de luchar para romper lazos de dependencia de los payeses con la tierra y los señores, para acabar con los malos tratos y tributos excesivos y darles vida a los *masos* muertos, esas fincas abandonadas desde las décadas más duras de la peste. Pero, mientras se perpetuaba la contienda, el joven escudero perdió todos los nortes, porque, de súbito, sus señores peleaban por causas opuestas o nuevas o diferentes. Lo que Antoni Barral sí aprendió fue que, como tantos, solo iba a ser, estaba siendo, en verdad, un peón movido por intereses tan altos como capaces de superar todas sus comprensiones. Porque él ni tenía tierras ni talleres textiles ni negocios en Barcelona o almacenes en Alejandría y Sicilia, no era un oligarca de la facción de los *bigaires* ni un rico comerciante del partido de los *buscaires*. Ni siquiera un devoto del rey o un partidario del príncipe. Solo era lo que podía ser: una espada hábil manipulada por otros, los mismos de siempre. Y así lo seguiría siendo después de haberse ganado, por sobrados méritos, su eterna estancia en el infierno por haber matado en una guerra que no era ni justa ni santa a tantos hombres, la mayoría de ellos pobres seres de su condición, tan peones y miserables como él, tan arrastrados por los aludes de la Historia como él. Apenas lo consolaba en su culpa haber escuchado alguna vez que aquella guerra se libraba por la libertad, que, decían quienes sabían, es una de las principales excelencias de los hombres francos, pues la servidumbre resulta comparable con la muerte. ¿Esa libertad podría ser también la suya?

Una intensa década en campaña había servido para afilar aún más las capacidades y habilidades físicas y para la supervivencia de Antoni Barral. Gracias a ellas, luego de acomodar al señor Pallard junto a la encina muerta con ramas en forma de cruz, había logrado atrapar dos liebres y hasta una perdiz roja que ahora se doraban al fuego. Aliviado por saber que habría comida, él veía descender el sol al fondo del valle con los pies descalzos sumergidos en el alivio de la corriente fría y excitante del arroyo. Unas horas antes Antoni había comenzado a sentir una molestia en las articulaciones que achacó a los cansancios acumulados y a las carreras tras las presas. Sentado

sobre una piedra, miraba sus pies, adoloridos, ya blanqueados por el agua, y de pronto le parecieron animales extraños, definitivamente desconocidos. Perdido en su contemplación, Antoni Barral se sintió sorprendido por la sacudida de un repentino escalofrío que provenía de lo más profundo de su cuerpo y tuvo la iluminadora revelación de haber estado en aquel mismo sitio, en idéntica posición, percibiendo sensaciones muy similares y haciéndose las más tontas de las preguntas: ¿qué te habría gustado ser en la vida?, ¿qué te habría gustado hacer con tu vida?... Porque, ¿a quién se le podría ocurrir cuestionarse algo así? La vida de los hombres como él, los mandados, siempre había estado y estaría determinada por decisiones y voluntades ajenas, puestas en manos de los hombres providenciales que se ufanaban de querer cambiar el mundo y a veces hasta desearlo de verdad, pero que, como había aprendido Antoni durante una larga guerra civil, terminaban muchas veces por empeorarlo. La extravagante experiencia de estar replicando un acto personal olvidado, con toda certeza solo soñado, le resultó tan vívida que parecía haberle ocurrido en algún momento de su vida ubicado en un tiempo ajeno a las cronologías, pues lo percibió como si estuviera fijado más allá de los espacios de su memoria. Lo más inquietante, en cambio, fue que también tuvo el destello revelador de que repetiría ese acto y meditación en un lejano instante futuro, imposible de alcanzar en los años que pasaría en el mundo terrenal. Todas esas sensaciones resultaban tan descabelladas y a la vez tan diáfanas que le llegaban adornadas con nítidas percepciones orgánicas, pero sobre todo con ciertos detalles desconocidos, imprecisables (un olor a grasa y a mar, a pieles mal curtidas, a incienso ardiente, a velas de lavanda), que se presentaban difusos (¿olía o no olía?), con definiciones alteradas por un prisma, como ocurría ahora con sus pies sumergidos. Pensó entonces que estaba viendo el tiempo a través de la transparencia de una gota de lluvia suspendida de una rama. O atravesando los años con la mirada puesta en la lucidez impoluta de la lágrima que un avasallante y alterado estado de ánimo había sacado de sus ojos.

«¿Me das más agua?», pidió el enfermo, y Antoni Barral salió del ensalmo maravilloso e incomprensible en que había caído. El olor real de la comida puesta sobre el fuego debió de resultar tan vivificante que el señor Pallard, recostado contra el tronco del árbol seco por el lado opuesto a donde se hallaba el esqueleto insepulto, había abierto los ojos y casi sonreía. Antes de obedecer a su señor, Antoni miró otra vez sus pies sumergidos en el arroyo

y ya vio solo eso: sus pies, sólidos y ahora limpios, todavía adoloridos. Desde su posición, cuando se ponía de pie, el escudero al fin le respondió a su señor: «Puede hacerlo vomitar». «A estas alturas ya... ¡Dame agua, me quemo por dentro!», exigió, y Antoni Barral rellenó el cuenco en el arroyo y se lo acercó a los labios al señor. Jaume Pallard tomó el recipiente y él mismo lo alzó y consiguió beber unos sorbos. En el breve instante en que Antoni rozó las manos del otro, pensó que nunca había tocado a un ser humano de cuya piel se desprendiera una temperatura tan candente. En verdad se quemaba, por dentro y por fuera. ¿Era ese el preludio de la entrada en la ígnea condenación eterna?

Antoni volteó las piezas de carne. «Si muero aquí, no me entierres», escuchó otra vez la voz de su señor. «Total, me esperan en el infierno, tú lo sabes... Déjame así, cerca de mi vecino. Dentro de muchos años, en lugar de uno, seremos dos misterios. Y de paso nos haremos compañía. A ver si mi amigo me cuenta quién fue y cómo llegó hasta aquí.» Antoni Barral asintió. El señor solía tener ese tipo de ocurrencias. «Vuestra merced se va a mejorar», mintió Antoni, y el otro volvió a sonreír. «Y si no te he infestado con la peste, ¿qué vas a hacer con tu vida, Antoni?», preguntó entonces el enfermo, y el siervo se sobresaltó. Nunca nadie le había preguntado algo así, y la interrogación le llegaba justo después de la extraña experiencia recién vivida y de que él mismo se hiciese semejante cuestionamiento. ¿Qué estaba ocurriendo en aquel valle? ¿Estarían siendo juguetes de los dueños invisibles de los bosques y las montañas?...

«No lo sé, señor», dijo al fin el siervo, y explicó: «Todo depende de usted. Si usted muere, no creo que sus señores hermanos me paguen los sueldos que se me deben ni me entreguen las tierras que usted me ha prometido». «¿Por eso te esfuerzas en conducirme a casa?» «Usted bien sabe que no, señor. Llevo veinte años a su servicio.» «¿Tenemos algo donde escribir?» «Me temo que no, señor.» Jaume Pallard sonrió: «Dame entonces de comer. Tu única salvación es que yo me salve...». «Va a vomitar.» «Pero primero voy a comer. Los muslos de las liebres son la carne más jugosa.»

Comieron cuando la noche comenzaba a caer sobre el valle. Luego Antoni había alimentado el fuego para que los iluminara y los calentara en las siempre frías noches otoñales de la sierra, y se había acomodado de modo que daba la espalda al esqueleto encimado al árbol muerto. En algún momento escuchó a su caballero hablar, como en un delirio, del final

vergonzoso de una guerra vergonzosa que había arruinado al país; de cómo algunos señores y dignatarios habían manipulado sentimientos de pertenencia en los habitantes del reino, según ellos amenazados por poderes invasivos foráneos, pero solo para ocultar tras esos pretextos sus verdaderos intereses de poder y riqueza; de la suerte apenas alterada de los campesinos remensas al cabo de tantos años de lucha. La guerra civil, decía Jaume Pallard con un vigor y una lucidez que no le correspondían, apenas había sido una más en la crónica de las guerras vividas y por vivir: un juego por el poder, la explosión de las ambiciones, la expresión de lo peor de la condición humana. Escuchando a su señor repetir tales argumentos, Antoni tuvo la duda de si esas palabras eran obra de un desvarío febril o de un razonamiento asentado, sobre todo porque aquel hombre, rico, poderoso, déspota muchas veces, con actuaciones que iban desde posturas caballerescas hasta lamentables acciones de bandolero, expresaba ideas que a Antoni le resultaban alarmantes y en algunos casos hasta desconocidas, aunque a la vez íntimas y cercanas, quizás solo porque otras veces las había oído a lo largo de la contienda recién finalizada o porque su entendimiento había caído bajo el influjo de una reveladora iluminación, propia de los moribundos. ¿Qué ocurría con él, con ese sitio, con aquel instante traslúcido del tiempo?

La noche se había cerrado y, tras devolver con furiosas arcadas todo lo comido y bebido, el señor Jaume Pallard había caído en una especie de agitación espasmódica que Antoni estimó sería el preludio del final. Cuando lo levantó para acomodarlo contra el tronco de la encina trucidada, el escudero volvió a sentir en sus manos el calor quemante que desprendía la piel de su señor, y se santiguó. Era increíble que aquel hombre hirviente siguiese vivo, pensaba. Antoni observaba las convulsiones periódicas que sacudían el cuerpo del enfermo, cuidaba de que su cabeza no se golpeará demasiado contra el árbol, cuando, casi sin anunciarse, él mismo se vio sorprendido por un vómito fétido y oscuro que le partió las entrañas. Y no tuvo dudas: no se trataba de una mala digestión de las liebres o alguna podredumbre tragada con el agua. Su destino de siervo estaba tan ligado al del señor Pallard que él también había sido infectado por la peste negra.

Removido por los primeros temblores, Antoni se acercó cuanto pudo a la

hoguera y se cubrió con su manta. No había nada que hacer. Pensó, no obstante, que antes de perder la conciencia debería desatar los caballos para que no murieran cuando agotaran el pasto que los rodeaba, pero supo que ya le faltaban fuerzas para incorporarse. Y a falta de otras alternativas, comenzó a orar. Rezaba, sumergido en una letanía que le dejaba en blanco la mente, rezaba pidiendo perdones por culpas propias y desmanes que no merecía cargar, clamando por una nueva oportunidad en la vida o en la otra existencia prometida, cuando escuchó un ruido quizás potenciado por su estado febril, cuyo eco rebotó en las montañas que rodeaban el valle: primero con un crujido prolongado, luego con un golpe sordo, una de las ramas de la encina seca que le daban al árbol forma de cruz se había desprendido del tronco muerto e ido a caer sobre la cabeza de Jaume Pallard, que quedó tendido bajo la enorme pieza de madera oscura.

A gatas, Antoni se acercó al cuerpo de su señor. Vio cómo de su frente manaba una sangre turbia, pero aún respiraba. ¿Cómo podía haber sobrevivido aquel cuerpo ardiente, deshidratado, devastado por la peste, al aplastante golpe de la rama? Antoni trató de mover el tronco y apenas logró desplazarlo. Pensó rápido y supo que solo podría levantar el madero con la ayuda de uno, tal vez de los dos caballos. Realizando un esfuerzo supremo, comenzó la operación de atar la rama con una soga. Se esforzaba y sentía cómo su cuerpo comenzaba a arder, sus articulaciones a gritar sus lamentos, su vista a nublarse por el dolor que le perforaba las sienas. Recostado en los animales, pasó la cuerda por sus cuellos y cerró un lazo. Dos veces vomitó unos desechos más sanguinolentos mientras hacía que las bestias tiraran del tronco. Cuando al fin vio que el cuerpo de Jaume Pallard quedaba libre del peso de la rama, cortó la soga y, de paso, dejó libre a los jamelgos. Recostado en el tronco seco, esperó hasta sentir que recuperaba algo de aliento. Casi a rastras se acercó al arroyo para beber y sumergir la cabeza férvida en la frialdad de la corriente. Con las últimas energías que le quedaban Antoni Barral, siervo, campesino, pastor montañés y escudero, hijo de Carles Barral, también siervo, campesino, pastor y soldado muerto en otra contienda que no había sido suya, nieto de Pau Barral, de iguales ocupaciones en la paz y destino en la guerra, se dejó caer junto al cuerpo de su señor Jaume Pallard, el hombre gracias al cual había conocido el ancho mundo existente más allá de sus valles y montañas, había tenido incluso el sueño de poder ser un hombre libre, dueño de un pedazo de tierra en donde había planeado sembrar robustas

vides traídas del Levante y de las tierras del Duero, criar cabras de barbas largas y abundantes melenas, propias de aquellos parajes agrestes. El sueño imposible para un hombre de su origen y su desgraciado destino, moldeado con decisiones que siempre lo habían superado, manipulado, incluso envilecido.

Cuando salió el sol, al día siguiente, Jaume Pallard abrió los ojos y vio con recobrada nitidez el brillo de la luz en el lecho del arroyo. Le dolía la cabeza y se tocó la herida y la protuberancia que tenía en la frente, sobre la que se había secado la sangre. ¿Cómo se había herido? No era capaz de recordarlo. A su lado vio el cuerpo inerte y frío de su escudero Antoni Barral, con el cuello deformado por las bubas que le habían causado la muerte. ¿Pero no era él el enfermo y Antoni el sano? ¿Estaba vivo y deliraba o muerto y en trance de desvanecerse para siempre en la nada? Detrás de Antoni vio la voluminosa rama verdecida por musgos y líquenes en la cual distinguió una cuerda anudada. En ese instante su pensamiento se aclaró. Volvió la vista hacia arriba y vio que a la cruz formada por las ramas secas de la encina muerta le faltaba un brazo, sin duda ese tronco que estaba en la tierra frente a él. Entonces, haciendo el mayor esfuerzo, Jaume Pallard se arrastró hasta la corriente del arroyo y bebió unos sorbos de agua, que sintió amables a pesar de las llagas que le cubrían la cavidad bucal. Agotado, pero con el ritmo de la respiración otra vez asentado por el descenso de la fiebre, se dejó caer de espaldas en el arroyo para sentir cómo las miasmas y la sangre pútrida que habían brotado de su cuerpo corrían cauce abajo. Desde esa posición yacente observó la encina muerta, rajada en dos por la caída de una de sus ramas, y la vio. O creyó verla. No, la vio, la estaba viendo, porque no deliraba ni estaba muerto. Allí reposaba Ella, sentada en lo que quedaba del tronco herido por el rayo y podrido por el tiempo. Era una imagen negra, mayestática, sin duda alguna una representación bellísima de Nuestra Madre y Señora que con el brazo izquierdo sostenía contra su regazo al niño Jesús y tendía su mano derecha justo en la dirección en la que él se hallaba, ya de rodillas, señalándolo, escogiéndolo. Jaume Pallard lo supo en ese instante y lo repetiría a lo largo de los otros treinta años que le quedaban por vivir: había asistido a un milagro. Él era el beneficiario de un milagro. En ese instante

entendió el porqué de la postura orante del cadáver seco junto al árbol renegrido. Y, todavía postrado en la corriente del arroyo, con la vista fija en la madona negra, prometió vivir en castidad el resto de la existencia que el cielo le concediera, no volver a empuñar la espada y, en cuanto le fuera posible, levantar en ese mismo sitio un monumento para albergar y honrar a aquella virgen milagrosa que le había devuelto la vida. Allí también sepultaría, bajo su altar, los restos de un desconocido que había muerto en postura de adoración a la imagen nacida dentro del árbol mágico y los de Antoni Barral, el siervo fiel que lo había conducido hasta el sitio donde se concretaría el prodigio de su regreso a la vida desde el mundo de los muertos.

9 de septiembre de 2014 (noche)

Para matar a un hombre no necesitaba armas de fuego ni artefactos arrojados o arsenales biológicos o atómicos: ella misma era bala, cuchillo, flecha, ántrax y neutrones. Para poner a un hombre de rodillas, requería mucho menos esfuerzo: tal vez solo una mirada o una sonrisa. Su imagen provocó en Conde el efecto habitual y lógico, pues no por anunciado aquel engendro humano podía dejar indemne a ningún espectador con hormonas masculinas activadas. ¡Cómo funcionaría con un consumidor de sus atributos! ¡Un cataclismo, sí, un cataclismo! Porque Karla Choy era una bomba andante y la mecha prendida estaba a la vista.

Conmovido por la confesión de Bobby y convencido del apego real que podía tener su ex compañero por una efigie milagrosa para él y para su abuelo catalán, Conde reexaminó todas las conexiones posibles que podían establecerse con el destino de la virgen perdida y con el muchacho asesinado. Entonces el nombre de Karla volvió a salir como una carta marcada: justo la noche anterior Bobby y su amigo Elizardo Soler habían cenado con la joven tratante de arte. En el diálogo de sobremesa, Karla les reveló un dato que para Bobby ahora resultaba demasiado significativo: si, como estaban pensando, alguien había alentado a Raydel a dar el golpe, ¿no podía ser un creyente, católico o afrocubano, un babalao, por ejemplo, convencido de que en realidad la virgen tenía poderes? ¿Cuánto valía el poder de una virgen para alguien que de veras creyese en él y se arriesgara a lo que fuera por poseerlo? Todo el dinero del mundo, había concluido la mujer, amplia conocedora del dinero y del mundo. Y eso podía explicar muchas cosas, pensaba Bobby:

desde la desaparición de la imagen hasta la muerte de Raydel. Un fanático es capaz de cualquier cosa y el planeta entero lo sabía y lo sufría en carne propia, había dicho.

Convocado por la persistencia de la idea y por la fama de la compradora y vendedora de arte (y por lo que se decía de su belleza, debía reconocerlo), Conde se decidió a verla y le pidió a Bobby que le fijara una cita lo más pronto posible. Hecha la llamada telefónica, Bobby le anunció que Karla Choy estaba en esos momentos en su galería privada, cuidando el montaje de una exposición, y recibiría al amigo de Bobby que lo andaba ayudando con sus problemas cada vez más complicados.

La galería había sido abierta en uno de los palacetes de la avenida principal del reparto Kohly, muy cerca del puente del río Almendares. Era una construcción de la década de 1940, de puntal alto, muchos vidrios emplomados y una elegancia sosegada, una de esas estructuras capaces de resistir con dignidad el paso del tiempo y de las modas. Conde venció la breve escalinata que alzaba la mansión un par de metros sobre el nivel del mundo y traspasó la columnata del portal. Atravesó un espacio de granito reluciente y se asomó al portón abierto, dispuesto a tocar o anunciarse, cuando vio avanzar hacia él, desde el fondo de la casa, la figura inconfundible de la ninfa. Cuando la tuvo a unos pocos metros sintió cómo solo de ver a la mujer le ascendía desde la planta de los pies un calor similar al padecido la noche en que había visto al diablo. Pero este fuego era mucho mejor.

El pelo negrísimo, lacio, se movía al ritmo que imponía un cuerpo cimbreante, revelado más que ocultado por la camiseta de tirantes, ajustada al torso, y las bermudas de licra, pintadas sobre el regazo hasta la mitad de los muslos. De aquel cuerpo no se podía pedir más: la piel bronceada se extendía sobre dos senos pequeños y disparados, punteados con unos pezones que tensaban el tejido de la camiseta; bajaba luego por un abdomen liso, terso, duro, para salir a recorrer las caderas generosas entre las que se destacaba la masa compacta del triángulo mágico capaz de transmutar la materia, la verdadera piedra filosofal que los despistados alquimistas no tuvieron idea de dónde podía hallarse; para rematar, el color y la textura magnética de la piel se despeñaban por los muslos, tersos sin ser demasiado fibrosos, y corrían por las piernas para dar forma a los tobillos y los pies proporcionados con esmero, capaces de sostener con orgullo una magnífica realización de la

naturaleza y la genética. Pero el toque maestro estaba en los ojos. Todo está en los ojos, había oído decir Conde alguna vez o lo había leído, y los ojos de Karla Choy, china cubana, lo demostraban de forma fehaciente: negros, profundos, rasgados, brillantes, inteligentes, quizás hasta taimados. Sin duda alguna, asesinos. Ojos de bolero.

—¿Tú eres Rey, el amigo de Bobby? —preguntó Karla a la estatua de sal parada bajo el dintel. Su voz no desentonaba con el resto del organismo, pues tenía la calidez necesaria para advertir que su dueña, al fin y al cabo, era real, humana, no una replicante hecha a mano por un creador de sueños.

El hombre tragó saliva y recobró la respiración. Hizo el intento y lo logró: habló.

—No llego a tanto..., soy Conde...

Ella rio con ganas.

—Ay, verdad... Disculpa. Pero pasa, pasa...

En el salón, contra las columnas encargadas de dividir el amplio espacio en dos porciones similares, había varios cuadros de uno de los pintores cubanos más detestados por el Conde. Su obra hablaba por sí misma de su falta de talento, pero su fama y presencia resultaban agobiantes, sabía Dios por qué artes de trepadera política o económica. Daba más o menos igual. Una niña rolliza y sonriente, con facciones de ángel, ocupaba el primer lugar en la acumulación de lienzos, y solo de ver la imagen, Conde sintió cómo volvía a la realidad desde la órbita inalcanzable adonde lo había proyectado la figura de Karla Choy.

—¿Este es el pintor que estás promoviendo ahora? —se atrevió a preguntar al ver a los tres jóvenes, dos hombres y una mujer, que medían cuadros y espacios, preparando la exhibición.

—¿Sí? ¿Por qué? —preguntó Karla, y se detuvo ante el lienzo de la infante feliz en el mundo mejor de los querubines.

—Es que... —Él no se atrevió. Aquel no era su negocio y temía pasar algún límite.

—Dime la verdad, sin pena —lo alentó ella.

—Me parece pura mierda —susurró Conde para no ser escuchado por los curadores.

Karla volvió a reír. Era aún más atractiva cuando reía. Absoluta y eficientemente letal.

—No, no parece. Es mierda..., pero el mundo está lleno de gente que

compra mierda. Incluso de gente que prefiere la mierda... Y yo..., si tú la quieres y me pagas, te la vendo —dijo, y agregó—: Ven, vamos al comedor.

Conde disfrutó del espectáculo de verla caminar ante él. Le faltaba esa perspectiva de la mujer y lo cierto era que su retaguardia no desmerecía en nada lo que ya había contemplado. ¿Cómo sería vivir con una mujer así?, se preguntó en el trayecto, y se respondió de inmediato: un vuelo de ida y vuelta de la gloria al infierno. Si la belleza sosegada y humana de Tamara había sido motivo de celos y de incomodidades concretas ante el registro visual que le dispensaban otros hombres, andar con Karla por La Habana, donde las miradas desvestían incluso a las mujeres menos agraciadas, hubiera requerido el uso de armadura y lanzallamas.

El comedor de la mansión tampoco demeritaba el resto de lo ya visto: más bien lo potenciaba. Cerrado con unos ventanales de vidrios emplomados dispuestos hasta componer figuras geométricas y beneficiado por el rumor de la consola de un aire acondicionado generoso, resultaba acogedor y familiar gracias a los estantes con platos, vidrios quizás venecianos y, sobre todo, al cuadro que cubría la mejor pared. Su autor era uno de los pintores cubanos contemporáneos más admirados por el Conde. Sus figuraciones, con un toque *naïf*, creaban escenarios de sueños poblados por personajes en ocasiones identificables y unos muñecos o muñecas muchas veces como descoyuntados, como era el caso de las figuras visibles en el lienzo que ahora contemplaba. Los colores pastel, contenidos con maestría, creaban una atmósfera onírica, transparente, también reconocible. El artista, cotizadísimo, reconocidísimo, vivía en los últimos tiempos un período de ostracismo oficial e invisibilización social y cultural por sus opiniones y actitudes públicas, de una acritud que rebasaba lo admisible por la poderosa ortodoxia castrante de cualquier divergencia. Sin embargo, para satisfacción de Conde y —él se imaginó— de mucha gente, el pintor no se había dado por vencido y seguía trabajando en su obra, creando una invencible belleza contra la cual no habían podido ni la marginación cultural ni otras fatalidades humanas.

—Este sí es un pintor —dijo Conde.

—Claro... ¡Pero eso no lo compra todo el mundo!... Esa obra sola vale diez veces más que las veinticinco que vamos a exponer allá delante. La cuenta es fácil de sacar. Yo soy una vendedora, no el Ministerio de Cultura.

Conde ocupó la silla que le indicaba Karla.

—¿Qué te brindo?

—¿Qué me ofreces? —se atrevió Conde.

—Lo que quieras.

Conde se sintió retado y se lanzó.

—¿Whisky de malta irlandés?

—¡Marchando! —exclamó Karla, y se dirigió a un mueble alto, abrió una de las puertas y regresó con dos vasos y una botella de un whisky irlandés de malta de doce años—. Te voy a acompañar. Me hace falta relajar...

Sirvió la bebida en los vasos casi cuadrados, le colocó un par de piedras de hielo y, sin esperar la transición térmica, bebió un trago del suyo.

—Gracias —dijo Conde antes de beber. Cuando dejó caer el destilado en su paladar comprobó que la gloria todavía existía. Solo que podía ser muy cara y, por tanto, esquiva.

—Entonces... —le empujó Karla—. Tengo trabajo...

Conde volvió a beber, sacó sus cigarros e hizo un gesto de pedir permiso, que ella correspondió con una afirmación, al tiempo que extendía la mano para acercar el pesado cenicero de vidrio colocado en el centro de la mesa. Resultaba que la belleza cataclísmica era una de las pocas personas dedicadas a trabajar en el país.

El ex policía comenzó a explicarle el motivo de su visita: el robo sufrido por Bobby y la situación complicada en que se hallaba tras el descubrimiento, la noche anterior, del asesinato del presunto ladrón, antes amante y protegido de Bobby. Y las especulaciones que podían hacerse en el caso de un crimen que todos presumían relacionado con el robo cometido. Se sentía locuaz, alentado a la conversación cómplice por la mirada desarmante de la joven y el aura de desvalimiento que su presencia creaba. Soltaba información sin tener una idea clara de las fronteras de lo prudente. Tan vulnerable estaba.

—Cuando Bobby me llamó y me dijo que habían matado al muchacho..., terrible —comentó Karla—. Pero de verdad no sé cómo puedo ayudarlo. Pobre Bobby...

—El problema es que hasta hoy creí que la clave para encontrar a esa dichosa virgen era Raydel, o Yúnior, como de verdad se llamaba el ladrón. Pero ahora creo que hay una mano detrás. Una mano sabia que puso en movimiento a Raydel... Y como me han dicho que tú piensas lo mismo y también que sabes todo todo, pero que todo todo lo que se mueve en estos negocios...

Karla sonrió, al parecer halagada.

—¿Y estás seguro de que la virgen negra es valiosa? Como obra, quiero decir.

—Valiosa es, pero no sé cuánto —admitió Conde—. Eso depende de muchas cosas. De su antigüedad y rareza, sobre todo. Datos que no tengo, porque según Bobby no existen. Él me dice que no es ni antigua ni rara... Aunque puede ser valiosa nada más por el componente místico. Valiosa para los que creen en eso.

Karla asintió.

—Sí, eso fue lo que le dije a Bobby... Pero ¿los policías tienen alguna pista? ¿Sospechan de alguien que pudo haber matado al Raydel ese?

—No, están perdidos. Creo que más perdidos que yo. Porque no saben lo que yo sé de la virgen... Van a apretar a Bobby y a los compinches de Raydel... Hasta que les saquen algo o se cansen y empiecen a buscar por otro lado.

—¿Qué cosa les pueden sacar? —siguió ella.

—No sé..., algún dato.

Karla asentía. Entonces volvió a sonreír.

—Rey, ¿qué clase de policía tú eres?

—Conde nada más —rectificó él.

—¿Y no puedo decirte Rey? Es que me gusta más que Conde.

El hombre estaba a punto de derretirse y con un último rayo de lucidez se preguntó si la mujer estaba intentando manipularlo para sacarle información. O, mejor, si de hecho lo estaba consiguiendo con sus miradas, sonrisas, whiskies irlandeses.

—Ok, dime Rey. Es un honor... Nunca había estado tan alto. Casi en las nubes. —Y levantó el trago sin apartar la vista de la joven.

—Dime, ¿qué clase de policía tú eres?

—Más o menos como tú en tu negocio: policía por cuenta propia. No soy de los que mete presa a la gente... Más bien las busco cuando andan perdidas. De algo tengo que vivir...

—Me gusta eso: eres el primer detective privado cubano desde 1959... ¡Eres un rey, yo lo sabía!... Tengo una psicología... Ah, ven acá, ¿aquí hay licencia para ser detective por cuenta propia?

—No que yo sepa... Soy clandestino...

—Clandestino, me gusta eso... Bueno, Rey... El problema es que no sé cómo ayudarte..., cómo ayudar a Bobby a salir del lío en que está o a

recuperar su virgen. Si es cosa de santeros y creyentes, estoy frita. Ese no es mi mundo. Yo no creo en nada.

—Pero no hay que casarse con la idea de que detrás de esto haya un fanático. Puede ser un negocio que se ha complicado. Y como tú conoces...

—Yo no me meto en esos pantanos, Rey. Tú me ves así, medio loca —dijo ella—. Rápida y furiosa, como dicen ahora. Pero no en los negocios. No puedo perder lo que tengo por ganarme unos pesos más. Todo esto lo he conseguido trabajando, con habilidad pero con persistencia. Y me ha costado mucho. Peleas, enemistades. También que algunos por allá arriba —señaló un punto más alto que la azotea— no me quieran mucho. Tener esta galería era un sueño... y lo realicé. Estudié arquitectura, me gusta construir cosas..., pero si en este país no se pueden construir puentes ni casas ni nada..., pues hago magia. Esto es magia, Rey.

Conde admiraba los espíritus emprendedores, dueños del ímpetu que a él le faltaba. Y si el esfuerzo era limpio, pues lo aplaudía. Y si quien lo realizaba era alguien tan hermoso, se babeaba.

—No voy a hacerte la historia de mi vida, pero como no puedo ayudarte con tu problema, mientras nos tomamos este trago de maravillas voy a decirte algo —anunció Karla, y volvió a beber—. Mi abuelo era un chino muerto de hambre que vino de Cantón a hacer dinero y lo que hizo fue trabajar hasta reventarse. Mi padre y mi madre fueron dos cubanos muertos de hambre que también trabajaron como bestias. Hoy son dos viejos de sesenta años, gastados, desencantados de todo, que si no se mueren de hambre con sus pensiones de quince dólares al mes es porque yo los mantengo... A mí, que la verdad es que tuve otras posibilidades, pues parecía que al final iba a tocarme más de lo mismo: un buró en una oficina oscura. Frustrarme y, si podía, corromperme para escapar... ¿Fatalismo geográfico, histórico, hasta racial?... Porque tú sabes que los genes chinos son muy fuertes, ¿no? Siguen saliendo después de generaciones. Y yo tengo esos genes: los buenos, los malos, los visibles y los invisibles... Puedo trabajar hasta reventarme, como mi familia. Pero, medio china al fin y al cabo, también puedo hacer negocios hasta con mierda..., como ya sabes. ¿Has visto esos refrigeradores chinos que les venden aquí a la gente? Chatarra, pura chatarra... ¡Pero ellos los venden! Bueno, yo entré en la universidad en plena época de la Crisis. No había guaguas, ni sé cómo hacía para llegar todos los días hasta la Escuela de Arquitectura; no había comida, tampoco sé qué cosas comía ni cómo

estudiaba porque casi nunca había electricidad. Jamás tenía un peso... Pero me jodí, le di duro a los pedales de la vida y de mi bicicleta china de mierda en la que me movía. Y me gradué. Entonces me dije que no iba a ser como mi abuelo o mis padres ni como mi bicicleta china. Para vivir un poco mejor tampoco iba a hacer lo mismo que tantas muchachas de mi generación, que se han buscado un viejo extranjero que las saque de Cuba y las babeen todas pero las mantenga. No, no tengo estómago para eso. No tengo alma de puta, ni siquiera de puta casada, ningún hombre tiene que mantenerme, porque si te mantienen, te controlan. Y para controladora, yo... Tampoco iba a hacer como algunos de mis colegas, que la única arquitectura que practican es sacarle plata a la gente que necesita su aprobación de funcionarios para arreglar una casa, para comprarla o venderla. Y no te creas que estoy criticándolos. A ninguno, por muy putas o putos o hijos de puta que sean, porque al final son víctimas. Cada cual coge lo que puede, más cuando de tanto llover se llega al diluvio. Unos y otras dando el culo; otros robándoles a cabrones que tienen dinero para comprarse casas grandes y también a infelices a los que se les está cayendo el techo encima. Porque hay que vivir. Y para eso todo vale... En fin, no quiero cansarte: lo que hice fue que me puse los pantalones, me colé en este negocio sin saber muy bien cómo hacerlo, pero con ganas de hacerlo. Porque me dije que este negocio iba a hacer posible que viviera mejor de lo que me correspondía por mi origen y por mi presente. Así que empecé desde abajo, sin nada, pero con fuerza, con ganas, trabajando quince horas por día, y... ahora, ya lo ves, te puedo brindar ese trago que te has terminado de tomar o el que se te hubiera ocurrido pedir. Brandi, oportó, vodka finlandés, mezcal...

Conde escuchaba arrobado la lección de pragmatismo y con lentitud recuperaba su capacidad de procesar información. Aunque no se lo hubiera propuesto, Karla Choy le estaba revelando las bases de una filosofía de la vida que cada vez más gente practicaba en el país: la de arreglártela por tu lado para no caer en el hoyo.

—¿Y no te arriesgas a pasar alguna raya? —se atrevió a preguntar.

—Claro, me arriesgo... Pero para poder conservar lo que tengo, me cuido mucho. Hago mil negocios, pero no me enfango. Eso lo sabe toda La Habana..., por eso mismo nadie va a venir a proponerme una pintura falsa de algún maestro cubano y, por supuesto, menos todavía una virgen de mierda, robada, que no debe de valer ni cien pesos y nada más un comemierda como

tu amigo Bobby o el boniato con ojos de Raydel o un místico loco pueden creer que vale algo, en dinero o en poderes esotéricos o como se llamen. Y si vale algo de verdad, pues tampoco me importa, está sucia y ahora, de contra, embarrada con sangre... Esa es la cosa, Rey. Yo no me enfango. Y bueno, como me caes bien, otro día te invito a un segundo trago. Hoy se terminó la consulta. Tengo que trabajar. Trabajar.

Karla Choy sonrió y le extendió una mano a Conde. La estatua de sal ahora era un pedazo de piedra. ¿Quién coño era aquella mujer? ¿Dónde las fabricaban así?

Cuando Tamara le preguntó cómo andaba de hambre, Conde hizo una especie de puchero con los labios, fingió que pensaba y al fin dijo: regular. Se conformaba con cualquier bobería, aseguró muy serio, así le daba un reposo a su estómago y la acompañaba a ella en su alimentación sana y frugal. Tamara lo miró con expresión de «te conozco, Mario, no me tupas», pero no verbalizó su opinión. Por supuesto, él no le confesaría ni sobre el potro de torturas que a las cinco de la tarde Bobby le había preparado un banquete apenas con las *delicatessen* a mano en su refrigerador y su poderosa despensa: ruedas de sierra en escabeche, galletas con *foie gras*, ensalada de papas y huevos, jamón serrano, lonchas de queso manchego semicurado, aceitunas con anchoas, una botella de Malbec argentino, una cuña de pie de coco con dos bolas de helado de mamey y... café de verdad, en cantidades no racionadas. Y Tamara, haciendo el papel de mujer feliz al comprobar cómo iba adelantando en la reeducación alimentaria de su amante, lo castigó haciéndolo compartir con ella apenas un plato de crema de espárragos acompañada por una ensalada verde.

Lo que sí le contó Conde fue el giro que había dado su actual pesquisa. Un muerto lo cambia todo, le dijo. Ahora su cabeza andaba a mil revoluciones por minuto, pues presentía que alguna pieza importante no encajaba, faltaba o sobraba. Por eso, sin mencionarle la historia mística de la milagrosa curación de Bobby y menos la conmoción cerebral sufrida con la contemplación de una cataclísmica china cubana, le pidió a Tamara que lo dejara encerrarse un par de horas en el despacho del doctor Valdemira, el mismo que usurpara por algunos años el difunto Rafael Morín. Conde

necesitaba hacer unas llamadas telefónicas y darse un tiempo para meditar.

—Antes de que te pongas a pensar en Bobby y la virgen, déjame decirte algo —lo atajó Tamara, y Conde, fingiendo el mayor interés, encendió un cigarro y se acomodó en su silla.

—A ver, ¿qué pasó?

—Pasó que eres un cabrón egoísta de mierda y no te mereces los amigos que tienes.

El batacazo lo removió, pues no lo esperaba. Las palabras, inhabituales en boca de Tamara, pero sobre todo el tono con que habían sido dichas, arrastraban una acusación demasiado pesada.

—¿De qué me estás hablando?

—¿Ves? —dijo ella—. Ni siquiera sabes de lo que estoy hablando. Eres un impresentable. Toda esa bobería que siempre hablas de la amistad, la libertad, la fidelidad y...

Conde al fin reaccionó.

—¿Viste al chismoso del Flaco? —tanteó.

—Pasé a verlo porque Carlos quiere organizarte un buen cumpleaños. Como buen amigo que es... Y me contó que regañaste al Conejo porque quiere viajar, porque a lo mejor se queda en Miami viviendo con su hija, por lo que quiera o pueda hacer con su vida... ¿Con qué derecho, Mario Conde?

Él observó los ojos de la mujer. Tenían el brillo de almendras húmedas de siempre, pero lanzaban un grito profundo de reproche y dolor.

—Yo le dije que lo iba a ayudar en lo que pudiera... Conejo me está ayudando a buscar la virgen...

—¡Ah, porque de contra te lo llevas al barrio marginal ese sabiendo que el Conejo no es capaz ni de tirarle un hollejo a un chino!...

—No mezcles las cosas, chica... Yo le dije a Conejo que si Bobby me paga, yo... ¿Pero qué coño fue lo que hice?

—Más bien lo que no hiciste —dijo ella—. No le dijiste que su derecho a escoger es lo más importante. ¿O es que ya no crees en eso?... Mario, nadie tiene que vivir su vida en función de la tuya, de lo que tú quieres o necesitas. Ni siquiera yo, para que te enteres... ¿Tú no eres el que se pasa la vida hablando de la libertad, eh?

Él aplastó la colilla del cigarro en el cenicero, bebió un trago de su taza de tisana de hierbas —endulzada con una miel de abejas que solo libaban en jazmines turcos— y por fin asintió.

—Tú y Carlos tienen razón... Soy un egoísta impresentable... Pero no puedo evitarlo, Tamara. Entiéndeme, coño. Es que ya no aguanto una pérdida más. Dulcita y Andrés se fueron; Candito ahora es un santo; Josefina es una anciana que se puede morir en cualquier momento, tú lo sabes... ¿Y me tengo que poner feliz porque el Conejo también se quiera ir de aquí pal carajo? No, no puedo...

—Pues tienes que poder, Mario. Si al final te quedas solo, si nos quedamos solos, es lo que nos toca. ¿Tú crees que me hace feliz tener a mi hijo y a mi hermana viviendo en Italia? ¿Te parece que las cremas anticelulíticas que me mandan compensan esas ausencias? Claro que no, pero no los juzgo —dijo, y la humedad de sus ojos creció hasta convertirse en lágrimas que le rodaron por las mejillas—. Como tampoco ellos me pueden juzgar a mí por haberme quedado aquí, soportando todos los desastres posibles..., incluido tú. Es mi derecho. Mi elección.

Conde se puso de pie, rodeó la mesa y se ubicó detrás de Tamara. Se inclinó y besó el rastro de sus lágrimas. Y le habló al oído.

—¿Tú nunca me vas a dejar?

—No lo sé —dijo ella—. Eso nunca se sabe.

—Esto es muy serio, Tamara. Si tú me dejas, me muero —afirmó y le besó los labios, que le supieron salobres, como las lágrimas, como el sabor de la vida—. ¿De verdad yo soy un desastre?

—¿Y me lo preguntas? —dijo ella, y extendió una mano para acariciar el rostro de su amante. A Tamara no le sorprendió sentir en sus dedos la humedad de otras lágrimas.

Con la vista fija en la chimenea que decoraba el despacho, Conde ocupó el buró de madera preciosa y no tuvo más remedio que recordar los tiempos, cada vez más remotos, de ganancias y perspectivas de futuros, tardes y noches en las que él, Tamara, Aymara, Dulcita, Carlos, Andrés, Conejo y otros amigos se reunían allí para estudiar, beber refrescos y oír los primeros discos de los Beatles, Creedence y Chicago que el doctor Valdemira, cómplice silencioso, les había traído a sus hijas de allende los mares. La juventud y los sueños hicieron que unos tiempos muy arduos para tanta gente a ellos les parecieran perfectos. La vejez y las frustraciones, las pérdidas

espirituales y físicas —la lejanía de Andrés, Aymara, Dulcita y quizás pronto el Conejo— no habían hecho de estos otros tiempos —el futuro prometido— algo que se pudiera calificar como amable. Y en el horizonte apenas era capaz de vislumbrar la soledad final de que le hablara Tamara y un turbio destino colectivo. Eso era lo que por evolución histórica les tocaba. Ese era el gran y peor desastre: la dispersión, la soledad, las pérdidas acumuladas y las acumulables, los sueños encallados, el dolor del presente y el temor al futuro.

Dispuesto a sacarse la carga de pensamientos téticos de la cabeza marcó el número de Manolo, que le respondió de mala gana. Estaba agotado, muerto, dijo. No obstante, abrió la conversación con una nueva advertencia a Conde de que se mantuviera lejos de la historia del asesinato y siguió con una breve discusión sobre lo que podía y no podía revelar. Luego el mayor Palacios le dio un preciso esbozo del caso, resumido en tres palabras: no tenían nada. Los interrogatorios de Bobby, Ramiro la Manta y el Murciélago no habían arrojado informaciones reveladoras. Al parecer, ninguno sabía nada de Yúnior Colás desde hacía más de una semana, y podía ser verdad, pues resistieron en sus trece la presión de las conversaciones, como de modo eufemístico llamó Manolo a los interrogatorios. Habían sabido, por el Murciélago, el destino de los muebles robados y vendidos por Yúnior, pero el comprador —a pesar de la amenaza de ser acusado como receptor— tampoco pudo aportar nada valioso al conocimiento del rumbo posterior del joven asesinado. Y ni las joyas ni los grabados ni la virgen habían asomado la nariz por ningún sitio. Al final de la tarde habían dejado ir al novio y a los amigos del muerto, convencidos de que tendrían que volver a convocarlos, y a Ramiro y Yuniesky acusarlos ante el fiscal como cómplices de hurto con escalamiento.

Conde colgó, no demasiado frustrado, pues casi esperaba una respuesta semejante. Cerró los ojos unos minutos y trató de liberar su mente de prejuicios para intentar ganar alguna claridad. Limpiar su Tzin, como lo llamaban los budistas. Hacía muchos años había aprendido la utilidad de aquel proceso de fregado mental y también que el mejor líquido higienizador de lastres cerebrales era el alcohol, mientras más destilado y añejado, mejor. La enseñanza se la debía a un chino, un chino de China, como el abuelo de Karla Choy, también llegado a Cuba lleno de sueños que jamás se realizaron. Pero desde hacía mucho Conde se había impuesto la disciplina, cumplida a rajatabla, de no beber ron o cualquier similar en casa de Tamara a menos que

se tratase de una fiesta o celebración o fuese invitado por ella. Para el sistema de convivencia de mutuo acuerdo escogido, para el desastre que él era, ya solía resultar bastante complicado que recalara allí con el alcohol diluido en el torrente sanguíneo, para además transportarlo en botellas. Por eso, salvo excepciones, las noches más étlicas que disfrutaba con Carlos y sus amigos solía terminarlas en su propia casa o, cuando se excedía y hasta se reunía con el demonio, en el sofá de la sala de Josefina, con un muelle perforándole un pulmón y el culo metido en una hondonada. Tendría, por tanto, que conformarse con agua y jabón para la limpieza de su Tzin. O con un té de hierbas endulzado con miel de abejas turcas.

A pesar de sus convicciones de agnóstico militante, la historia de Bobby sobre el poder de la Virgen negra lo estaba alarmando más de lo previsible. Si su filosofía le presentaba como un absurdo tal cualidad en un trozo de madera tallada, Conde sabía muy bien cómo funcionaban esas relaciones con el misterio entre los verdaderos creyentes. Sencillamente funcionaban, y se hacían corpóreas, reales, incluso demostrables. Según Bobby, además de milagros concretos, el poder de la efigie se revelaba a través de la contemplación detenida y concentrada de la estatuilla de madera, lo cual provocaba un patente sentido de paz espiritual, como un sedante químico que te entrara en el alma por la vía de la fe, la meditación y la oración. El catalán que terminaría siendo su abuelo postizo había sido quien le revelara ese don místico de la Virgen, una capacidad que se le había hecho palmaria desde la primera ocasión en que, siendo muy joven, la vio, entre otras figuras religiosas, en un mercado de un pequeño pueblo del Pirineo catalán adonde solía bajar con su padre para vender el carbón vegetal que fabricaban. Bobby le había contado que, según el tal Josep Bonet, el hallazgo ocurrió en la primera ocasión en que llegó al pueblo sin su padre, muerto dos semanas atrás al despeñarse por un barranco. Entonces, como si Ella lo hubiera estado esperando, decía, descubrió a la virgen en el mercadillo de antiguallas. Fue tal la conmoción que le produjo su encuentro con la imagen que Josep Bonet, cuando aún no se llamaba Josep Bonet, invirtió todas las pesetas ganadas en la venta del carbón para permitirse la adquisición de la virgen negra. Desde ese instante la imagen lo acompañaría y le iluminaría los caminos. La abuela de Bobby, vigorosa y pragmática, había repetido por años que toda esa monserga le parecían cuentos catalanes: la impresión que le produjo la virgen al joven Josep era la reacción lógica en un niño que ha sufrido un trauma

personal, cuyo mundo acababa de descentrarse con la muerte de su padre y la llegada de una guerra. Josep, decía, necesitaba de un asidero, si no físico, al menos espiritual. Lo del niño de seis dedos resucitado, lo de las mujeres estériles que salían embarazadas y lo de las cabras curadas caía en el saco de donde José sacaba sus alucinadas historias de creyente irredento.

Cuentos o no, aseguraba Bobby, lo cierto había sido que su casi abuelo sostenía una relación con la figura que excedía una simple cuestión de representaciones físicas de lo divino o de un talismán afortunado, al punto que, presintiendo el momento en que iba a morir, había pedido que le pusieran la virgen entre los pies. No en las manos ni en el pecho: entre los pies, para que lo guiara en el paso final como lo había guiado en los anteriores... Y había exhalado el último suspiro. Por su parte Bobby, tal vez por las duras experiencias de su vida, llena de ocultaciones y enmascaramientos, había acudido muchas veces a la imagen, igual que el catalán José, en busca de un consuelo que, podía jurárselo a Conde con la mano sobre una Biblia, la virgen negra le había concedido. Paz, sosiego, reposo espiritual. Luego, cuando enfermó y curó de su cáncer, hasta su descreída abuela rindió sus armas ante el patente poder.

Paz, sosiego, reposo espiritual: valores o aspiraciones eternas y universales. Poder sobrenatural capaz de manifestarse en lo terrenal: territorio más complicado. A la memoria visual de Conde entró por ese conducto extraño la estampa de alto contraste del cuartón donde en apariencia vivía y trabajaba Ramiro la Manta, en el asentamiento de emigrantes orientales. Aquel sitio tan ajeno a la paz o al sosiego tenía, ahora Conde lo empezaba a sentir con la fuerza de una premonición impertinente y avasallante, algo que alteraba la lógica, empeñado en inquietarlo, una cualidad peculiar en la cual no había reparado y que, no sabía por qué asociación, había brotado en su mente justo en ese momento dedicado a meditar sobre la paz y el sosiego. Pero se concentró: no es que la casa de Ramiro resultase ser un poco menos miserable que las viviendas vecinas, toda esa acumulación caótica de soluciones desesperadas para atravesar la pobreza de unas gentes empeñadas en buscar una suerte mejor para sus vidas, o al menos para las vidas de sus hijos. Porque todos, Ramiro y Yúnior incluidos, perseguían una oportunidad de salir a flote que no visualizaban en sus lugares de origen, ciudades y pueblos del oriente de la isla, donde la supervivencia se había tornado tan ardua que preferían lanzarse a un éxodo de proporciones cuasi bíblicas y

horizontes limitados. Tan populosa era la oleada que, en los últimos años, se había convertido en un cliché popular repetir la fórmula de que los habaneros se iban a Miami o a Madrid y de que por cada espacio vacante en la capital ingresaba en ella un oriental. O tres. Solo que, aun siendo de alguna forma un proceso real, la sustitución no era mecánica: la casa del habanero o el trabajo donde podía estar cerca de alguna salvadora fuente de dólares, rara vez terminaba siendo ocupado por alguno de aquellos parias. Por eso tantos de ellos debían ejercer oficios despreciados por los capitalinos (el de policía callejero entre ellos) y muchos se establecían en alguno de los asentamientos paupérrimos que habían ido naciendo y creciendo en el cinturón exterior de la ciudad. Allí por lo menos vivían, y vida, siempre (o casi siempre) implica esperanzas, por remotas o infundadas que sean. ¿Paz, sosiego, reposo espiritual? Tal vez era pedir demasiado para esa pobre gente...

Pero si en el mundo de lo tangible Ramiro la Manta se movía por circuitos comerciales más rentables que los trabajos como peones agrícolas, albañiles, recogedores de desechos que solían practicar sus coterráneos..., ¿por qué seguía allí, entre la mierda? Quizás por la simple razón de que dentro de su propia tribu podía encontrar clientes para sus ventas de mortíferas drogas o clandestinas piezas de carne de res. Pero cualquiera sabía que esas mercancías solían moverse mucho mejor por esferas más elevadas, con gentes en condiciones de pagarse tales gustos y lujos. Entonces, si Ramiro no hacía allí sus negocios más rentables..., tal vez solo tuviera en los predios del asentamiento las oficinas comerciales y los almacenes: un refugio propicio. Su casa de bloques, construida en el pequeño promontorio desde el cual se dominaba todo el barrio, era como el castillo feudal de la comarca. La elevación implicaba —o podía hacerlo— poder, protección, superioridad física e incluso social... Además, tras la vivienda de la Manta comenzaba el mundo inconquistable de una finca agreste, tierra baldía y demasiado pedregosa e invadida del agresivo marabú de espinas como lanzas, un espacio que al parecer no valía mucho como tierra de cultivo ni para criar animales. La preservación inculta del terreno respondía al hecho de que tenía un dueño legal y particular. Por ello estaba demarcado con cercas de alambres de púas que apenas funcionaban como advertencia de que se trataba de un área vedada para los buscadores de un espacio donde levantar cuatro paredes y un techo, según les había contado Oriol el Santo. No obstante, ese mismo terreno rústico, con sus piedras, arbustos hirientes y posibles grutas, podía ser un sitio

inmejorable para el ocultamiento de ciertos materiales explosivos, pensó. Aunque si y solo si la Manta tenía alguna protección, incluso policial. Porque si todas las disquisiciones por las que él se estaba deslizando resultaban ser más o menos acertadas, ¿no las habrían podido hacer otras personas, por ejemplo un policía astuto y conocedor de la zona y sus personajes? ¿Allí podría estar la fuente del misterio?

Empujado por su premonición, Conde marcó el número del celular de Yoyi el Palomo. Le preguntó si podían hablar unos minutos, y con la respuesta afirmativa, indagó si el Palomo tenía cerca algún teléfono fijo al cual llamarlo para hacer menos onerosa la operación comunicativa. Entre una llamada realizada desde un teléfono fijo que se financia en pesos cubanos y una comunicación a través de un celular pagado en divisas, el precio del uso del móvil era veinticuatro veces más elevado y... Yoyi le dijo que no jodiera más y hablara, él no iba a buscar ningún teléfono fijo en el restaurant donde estaba comiendo y pagando salario y medio de un mes de un abnegado trabajador cubano por un enchilado de camarones y una botella de un Albariño gallego casi congelado.

—Allá tú —aceptó Conde, le contó una síntesis muy reducida de los últimos acontecimientos y le preguntó si se atrevía a acompañarlo al día siguiente a los dominios de Ramiro la Manta. Porque, claro, Conde tenía una premonición. Y las suyas solían ser dolorosas y, sobre todo, productivas.

Agobiado por el peso de sus cavilaciones y premoniciones, por los reproches de Tamara, por la excitación que le provocaba la expedición planificada para la mañana siguiente, y además preocupado por el abandono al que estaba sometiendo a *Basura II*, Conde decidió regresar a su casa a pasar la noche. Tamara, capaz de ver de lejos cuándo su amante le decía la verdad, aceptó de buen grado la propuesta de retirada: lo consoló diciéndole que ella no iba a abandonarlo en las tinieblas de la noche, aunque en ese instante se alegraba de que él la dejara sola, pues así ella podía ver la película en la que se contaba la historia de una madre que lucha con todas sus fuerzas por salvar a su hijo enfermo... sin éxito. Bien sabía la mujer que Conde rechazaba el consumo de ese tipo de historias, más aún si venían precedidas con el rótulo de su inspiración en hechos reales: en su existencia circundante y cotidiana ya

lidiaba con suficientes tragedias hiperrealistas como para consumir otras por vía estética y de manera voluntaria.

Como tenía suficiente dinero, realizó una parada en la nueva cafetería nacida sobre los restos de lo que había sido el quiosco donde de niño compraba masarreales de guayaba, pasteles de coco y jugos de melón rojo en los descansos de los interminables juegos de pelota en los cuales invirtió todas las horas posibles de su infancia. Pidió cuatro hamburguesas, aclarando que eran para llevar, y calculó que ese gasto significaba algo así como el salario de cuatro o cinco días de un compatriota proletario. ¿Por qué todo el mundo en la ínsula, tuviera o no tuviera dinero, se pasaba todo el tiempo sacando esa cuenta macabra? Una obsesión nacional.

Advertido por el olor de la comida, *Basura II* lo recibió en la entrada de la casa con ladridos de justificado reproche y una dosis también visible de alegría.

—Así que tú pensabas que yo me había olvidado de ti, ¿eh? —le dijo Conde al animal cuando abría la puerta. *Basura II*, moviendo la cola, lo siguió y él volvió a hablarle—. Bueno, ahora tú y yo vamos a comer, porque lo que me dio Bobby ya se me fue de la barriga... Y esa crema de espárragos... ¿Te imaginas lo que es comer crema de espárragos y un plato de hierbas, eh, *Basura*?

Conde sirvió en un vaso el último resto de una última botella de ron que encontró en la cocina. Cuatro dedos. Sabía que solo le quedaba esa dosis mínima, suficiente para lo que pensaba hacer.

—Vamos, dale —advirtió al perro, y abrió la puerta del fondo. Con las hamburguesas en la bolsa y el vaso en la otra mano, ascendió hacia la azotea por la escalera fundida y buscó el bloque de cemento donde le gustaba sentarse, en el borde exterior de la casa, con la calle a sus pies. Cuando se acomodó extrajo una hamburguesa y, con pan incluido, dejó que *Basura II* la tomara entre sus mandíbulas. A Conde le encantaba ver que, aun estando muy hambriento, su perro tenía modales a la hora de aceptar comida: lo hacía con una delicadeza capaz de revelar su gratitud. Pero ahí terminaba el proceso comedido: de tres mordiscos *Basura II* hizo desaparecer el pan y la torta de carne. Entonces él le hizo un gesto de que se calmara y comenzó a devorar una de sus hamburguesas. Solo cuando terminó con su porción, siempre bajo la custodia del animal, que ni pestañeaba ni movía el rabo, volvió a hurgar en la bolsa y le entregó a *Basura II* su otra hamburguesa y

extrajo la restante para él. El animal liquidó la suya con igual premura y puso en su cara la mejor expresión de desvalimiento perruno. Conde comió tres cuartos de su segunda hamburguesa y, como premio por su buen comportamiento, le dio el resto al perro, que de algún modo supo que el banquete había terminado, pues, apenas deglutió su bocado, movió la cola, se desentendió del hombre y fue a buscar el mejor sitio para lanzar una meada.

Con la boca invadida por el gusto de la mostaza barata y la carne de procedencia más que dudosa, Conde comenzó a limpiar su paladar y sus órganos pensantes con su trago mínimo de ron. Observó el cielo limpio y estrellado de septiembre. Con el avance de la noche hacia la ya cercana madrugada, el calor había cedido unos grados, corría una brisa fresca. Resultaba agradable estar en aquel sitio, cerca de su perro y de tantos de sus recuerdos, con el estómago en plena molienda, un trago de ron en una mano y un cigarrillo en la otra. Por eso se negó a pensar en la vejez acechante, en la virgen perdida, en la partida del Conejo, en los sueños irrealizados, en la vida miserable de los habitantes del asentamiento, en los porrazos que llegados de todas o de cualquier parte alteran las existencias, siempre a merced de los designios mayores y exteriores de la Historia y los poderes. No, no se metería en eso, ni se revolcaría en la presencia de unos cada vez más punzantes deseos de escribir. Y hasta se prohibió pensar en Karla Choy, con y sin licra.

Contemplando la mancha oscura de la verja y la casa que se levantaban ahora del otro lado de la calzada, recaló en su memoria la imagen del lugar cuando era ocupado por una casona de madera y tejas francesas de barro, siempre pintada de verde, la casa tras la cual, en una especie de establo también de madera, se acumulaban las jaulas en las que su abuelo Rufino y otros dos o tres de sus viejos amigos del barrio criaban gallos de lidia. El olor peculiar e inconfundible de la gallería, un sitio dorado de la memoria y las mejores nostalgias, regresó a su olfato con una nitidez incombustible: lo armaban una mezcla de aserrín de cedro, mierda de pollo, plumas húmedas, hojas de tamarindo en descomposición y mangos maduros. Tras el olor, como solía ocurrir, vio venir la estampa sólida de su abuelo, cubierto con su sombrero de paja, su inseparable cuchillo a la cintura, una sonrisa socarrona en los labios y un gallo de plumaje encendido en las manos. Desde la estatura de los cinco, siete años del niño, el abuelo Rufino siempre le parecía un gigante. ¿Qué edad tendría en esa época el abuelo? Más de sesenta, seguro. Conde no podía precisar la cifra, aunque recordaba con nitidez las manos

encallecidas y de articulaciones protuberantes del abuelo. A través del prisma de los años, el hombre que él era ahora, al borde de los sesenta, veía en sus evocaciones a un anciano macizo y feliz, porque era dueño de un gallo de plumas color sangre y oro viejo y le ofrecía a su nieto el consejo tantas veces repetido en los años que compartieron sobre la tierra: «Nunca juegues si no estás convencido de que vas a ganar».

¿Por qué, justo en ese instante, volvía a recordar esas palabras? Un misterio del subconsciente, se dijo, para no darle vueltas a la noria, mas la espina quedó clavada en su yema, porque terminó su trago y sintió cómo el alcohol bajaba, cargado de nostalgias. Él jamás había conseguido tener las certezas que acompañaron a su abuelo y, además, había perdido todos los juegos en los que, queriendo o sin querer, había participado en su vida.

Con la vista empañada por la humedad de la evocación, los dolores y culpas acumulados, lo vio brotar de la oscuridad y atravesar el tramo de acera frente a su casa. Supo que era él, no podía ser otro que él, y que debía de ser total, definitivamente real cuando vio el brillo blanco sucio de las bolsas que llevaba cubriéndole los pies y escuchó el murmullo plástico provocado por el roce con el cemento. ¡Ahí estaba el hombre invisible!

No lo pensó un instante. Soltó el vaso y se lanzó a la carrera para tratar de interceptar al vagabundo calzado con bolsas de nailon. Bajó, atravesó su casa, abrió la puerta y, sin ocuparse de cerrar, salió a la calle en la dirección que había seguido el hombre. Ya en la acera, lo buscó con la mirada, sin éxito. No, no podía ser que otra vez se hubiera esfumado. Desesperado, corrió hacia la esquina, justo la calle donde él solía jugar a la pelota, y, a mitad de cuadra, en la penumbra, lo distinguió, sobre todo por las inconfundibles bolsas blancas. Apretó el paso, pero debió poner una velocidad aún mayor a su marcha, pues el hombre andaba con un ritmo acelerado, como si tuviera prisa. Cuando logró colocarse a unos diez metros a sus espaldas, lo llamó.

—¡Hey, señor, señor! —dijo, todavía con el temor de que las palabras fueran capaces de romper el ensalmo y provocar la desaparición de la figura evanescente.

El hombre se volvió un instante, sin detener la marcha. Con seguridad pensó que el tratamiento de señor no le atañía. Cuando Conde era niño y andaba por esas mismas calles, había participado, como todos sus amigos, del cruel entretenimiento de llamar a los locos e indigentes por los apelativos que más les molestaban y provocar así sus reacciones, por lo general agresivas. A

aquel indigente, pensó Conde, le habrían apodado Bolsita. Por eso repitió el respetuoso llamado, pero solo cuando estuvo a un metro del hombre.

Al fin el señor de las bolsas se detuvo y se volvió. Conde recibió en ese instante una violenta conmoción: unos ojos claros lo miraban con una expresión que no parecía la de alguien con la mente extraviada. Al contrario, cierto reflejo de inteligencia se desprendía de una mirada envuelta en la suciedad de la piel, el pelo pringoso y la barba descuidada. La convicción de que no se trataba de un loco —al menos no de un loco común y corriente— descolocó a Conde. ¿Quién era aquel ser excéntrico? ¿Estaba enfermo o no? ¿Cómo había llegado a tal estado? ¿De dónde había salido? La fetidez que desprendían el cuerpo y la ropa del vagabundo no venía acompañada por olores etílicos, por lo que descartó la posibilidad de un alcoholismo extremo. ¿Por qué lo miraba así? ¿Adónde iba con tanta prisa? ¿De dónde venía?

El mutismo del señor de las bolsas tampoco ayudaba. Conde no supo cómo abordarlo, pues lo detuvo la convicción de que no tenía derecho a interrogarlo, por más deseos que tuviera de saber algo de él. Aun con tanta mugre encima y las ridículas bolsas atadas a los tobillos, el hombre, si acaso un poco mayor que él, exhibía una dignidad patente y compacta. Impresionante.

Por fin se atrevió a hablar, y lo que hizo fue justificarse.

—Hace unas semanas le dije que me esperara frente a mi casa, ahí al doblar, ¿se acuerda?

El hombre miró con más intensidad y, después de unos segundos, afirmó con la cabeza y agregó:

—Perfectamente.

Conde sonrió, como disculpándose, y pensó pedirle que lo acompañara a su casa para darle un par de zapatos, pero recordó sus ideas respecto a la miserable donación de unas sobras. Y en ese instante tomó la decisión. Recostó las nalgas a un muro y comenzó a descalzarse de sus zapatos. Cuando tuvo los dos en las manos, se los extendió al hombre de las bolsas y se atrevió a decir:

—Espero que le sirvan.

El indigente, apenas sorprendido, aceptó el ofrecimiento, al tiempo que asentía con la cabeza. Y, antes de dar media vuelta, él lo miró otra vez a los ojos, con el temor latente de haber podido herir la dignidad de un desgraciado que solía andar por todo el barrio sin que nadie reparara en su presencia.

Emprendió el camino de regreso, recibiendo en la planta de los pies las picadas de todas las piedrecitas existentes sobre la maltrecha acera. Solo cuando se hubo distanciado unos metros y ya hurgaba en sus bolsillos en busca de un cigarrillo que necesitaba como pocas veces en su vida, escuchó a sus espaldas la voz del hombre.

—Creo que me sirven...

Conde detuvo su retirada y se volteó. El hombre comenzaba a desatarse las bolsas de los tobillos, también con la espalda recostada al muro para conservar el equilibrio. Conde dio dos pasos hacia él y vio los pies sucios, deformados, encallecidos, con unos dedos de coyunturas prominentes. Volvió a recordar las manos de su abuelo Rufino.

—Pruebe a ver...

—Con estos pies he caminado mucho —aseguró el hombre, ya empeñado en abrir los cordones para facilitar el calzado—. Más de lo que nadie se imagina. Con ellos he estado en muchos lugares, algunos que pueden resultar increíbles, otros de los que ni me acuerdo... Mis pies son todo para mí. Por eso los cuido, no todo lo que debería..., lo que puedo. ¿Qué me haría sin mis pies? No podría volver, no podría volver —repitió el hombre, y terminó de calzarse.

—¿Volver adónde? —se atrevió el Conde.

En los ojos del hombre había una profundidad insondable, como si brotara de alguna región remota del tiempo y la razón. Pero no era una mirada demente, sino de una lucidez impactante.

—Lo he olvidado —admitió el señor, y Conde lo sintió apenado por su falta de memoria—. Es que no podría vivir recordando de dónde vengo. Solo sé que debo volver... Es mi destino.

Conde afirmó un par de veces, como si entendiera algo.

—Sí, le sirven mis zapatos —dijo—. Me alegro... —Y comenzó a alejarse de nuevo, maldiciendo las piedras que lo laceraban.

—Gracias, caballero... Que la Virgen se lo pague.

Sin volverse, Conde hizo un gesto de entendimiento y de adiós, pero siguió andando. ¿Lo había tratado de caballero? Cuando llegó a la esquina, antes de doblar hacia su casa, se recostó en el poste del tendido eléctrico para remover las piedras prendidas en las plantillas de las medias y poder avanzar mejor. Desde allí miró en la dirección donde había estado con el hombre de las bolsas: solo vio la oscuridad de la noche, un vacío inquietante que, por

alguna extraña asociación, le hizo pensar que contemplaba el mundo a través de la transparente pátina del tiempo.

10 de septiembre de 2014

Mientras Yoyi conducía su rutilante Chevrolet Bel Air por la Calzada de Güines, como se llamaba aquel tramo de la Carretera Central, Conde se sumió en sus reflexiones. Sabía que iba a forzar una puerta tras la cual podía haber un peligroso precipicio, en el cual se arriesgaba a caer sin protecciones salvadoras: participaría en otro juego sin tener la menor certeza de su desenlace. Pero no tenía opciones de retroceso. Algo en su instinto le aseguraba que, tras esa puerta presentida, podía haber un sendero. Y él iba a tomar sus riesgos y tratar de transitarlos —incluso con las botas de piel acartonada que había escogido de su mal poblada zapatera—. En fin, pensó: para eso le pagaban. ¿Para eso le pagaban? Sí y no, se respondió. Y evitó ofrecerse la clarificación de su salomónica respuesta: se metía en aquel laberinto por curioso y, sobre todo, por comemierda, el componente psicológico que mejor expresaba su demodé sentido de la responsabilidad y de lo justo.

Excitado por la aventura, Yoyi había pasado a recogerlo antes de la hora acordada, aunque, previsor, para conservar la integridad física de su querida máquina había traído consigo a su mecánico de confianza, un personaje al que toda La Habana conocía como Paco Chevrolet. El hombre, un calvo con cabeza de bala y cara de presidiario, era considerado el mejor especialista en la isla de aquel modelo de autos, y Yoyi lo trataba como la eminencia que parecía ser.

Al cruzar frente a la intersección por la que se bajaba hacia la Finca Vigía, Conde observó el bar de mala muerte, que alguna vez había sido solo

de muerte, en donde todavía debía de estar el inodoro que le había visto las intimidades a Ava Gardner, escapada una tarde de las neurastenias de un Hemingway acechado por la sequía literaria. La asociación se produjo de inmediato en su cerebro.

—Estoy raro, ¿sabes?... Hace días me están entrando ganas de escribir —dijo, como si hiciera un comentario sobre el estado del tiempo.

Yoyi apartó un instante la vista de la carretera.

—¿Pero ganas de verdad?

—No sé, ganas... Más que otras veces. Anoche me pasó algo extraño. Como una iluminación —dijo, sin atreverse a hablar de su experiencia con aparecidos a los que les regalaba sus zapatos.

—Pues empieza, men... Antes de que se apague esa luz. Acuérdate de que aquí nos meten unos apagones...

Conde asintió. Si todo fuera tan fácil. Encendió un cigarro y prefirió cambiar de tema.

—Por cierto, ayer conocí a Karla Choy —le dijo a Yoyi.

—¿Y qué te pareció esa pieza?

—Un cataclismo —soltó su conclusión—. ¿Tiene marido?

Yoyi sonrió.

—No sé si marido... Dicen que es un italiano que está podrido en plata.

—¿Viejo?

—¿Cómo que viejo, men?... Esa mujer puede escoger, Conde.

—¿Y qué tú sabes de ella?

Yoyi meditó unos segundos.

—Poco, casi nada... No sé por qué, nunca he hecho negocios con ella. Aunque nos conocemos, claro... Pero es una mujer extraña. No se abre, es misteriosa, sabe que desarma a los hombres y usa esa ventaja... Las mujeres así son un peligro... Para hacer negocios, claro.

—Pues ayer ella me contó su vida —dijo Conde, con cierto orgullo.

—Ten cuidado con esos cuentos chinos, men.

—Me parece una mujer inteligente que sabe lo que quiere —opinó Conde.

—Y lo es, lo es..., por eso es más peligrosa. Con esa cara y ese cuerpo, joven, inteligente, manipuladora... *Too much* —sentenció el Palomo—. Lo dicho, mejor no hacer negocios con ella...

—Bien hecho —sentenció desde el asiento trasero Paco Chevrolet, y

regresó a su habitual mutismo.

—¿Tú crees que pueda estar metida en este lío de la virgen de Bobby?

Yoyi meditó un instante.

—No lo sé... Ahora hay un muerto en esta historia... Un muerto que no creo que ella haya matado, ¿no?

—A veces las cosas se van de control y...

—Eso también es verdad... Dime, ¿dónde tengo que doblar?

Conde le indicó el cruce, y cuando dejaron la avenida para recorrer las calles devastadas de las Alturas del Mirador, comenzó a revelar su estrategia a su socio y amigo.

—Si Ramiro la Manta está allí, yo quiero hablar solo con él.

—Pero, men, ¿no me trajiste para que te cuidara y viera qué me parece el tipo y tratara de negociar con él?

—Sí —admitió Conde—, pero déjame empezar el acercamiento a mí. Tú me vas a esperar cerca y, cuando yo te llame, vienes y me ayudas. Te voy a presentar como el comprador con mucho dinero, interesado en todo...

—¿Tengo cara de traficante?

—Un poco, la verdad. No tanta como Paco, pero te defiendes —dijo Conde, que le dio una mirada al mecánico, y Yoyi sonrió, hasta con cierto orgullo, por lo que el ex policía dio un paso más—. Yoyi, ¿puedo preguntarte algo personal que...?

El joven, sin dejar de mirar al frente, respondió.

—Dispara... Paco es una tumba. Y fíjate si confío en él que le doy este carro con los ojos cerrados. Y mira cómo lo tiene...

Conde escogió sus palabras.

—Es que..., nada, quería saber..., ¿alguna vez tú has vendido drogas?

Yoyi perdió la sonrisa. Torció hacia el último tramo de calle transitable, en la frontera del asentamiento, y se concentró en su socio.

—¿En serio me lo preguntas?

—Nada más es una pregunta, viejo.

—Pues no, en eso no me meto, y tú lo sabes bien. Estoy en otras mil cosas, pero en eso no.

—Bien hecho —acotó Paco Chevrolet.

—¿Por miedo o por ética? —quiso precisar el Conde.

—No me hacen gracia las drogas... Y además no me meto con ellas por inteligencia... A ver, Conde, tú sabes que en este país la gente hace cinco mil

negocios, y que cuatro mil novecientos noventa y nueve son ilegales, porque en Cuba, lo que no está prohibido, es ilegal... Y yo hago todos esos negocios. Vivo de todos esos negocios, pero hay dos... ramos... que es mejor no tocarlos: la política y la droga... Tus ex colegas y los que están más para arriba se suelen poner disgustados con esos temas, porque implican poder. Poder de verdad. Y cuando esos compañeros se ponen bravos son implacables. Así que es mejor seguir por otro lado. Como aquí falta de todo y hace falta de todo, pues alguien tiene que facilitar que se consiga de todo... Y aquí estoy yo, ¿no, men?... Además, no resisto a los que venden drogas: son ratas...

Conde le extendió la mano a su amigo. Yoyi el Palomo era un hombre sabio y su buena fortuna vital y económica resultaba la mejor evidencia de esa sabiduría.

—Vamos —dijo Conde, y abandonó el auto.

Yoyi, por su lado, entregó las llaves del carro a Paco Chevrolet, que también había desmontado.

—Lo dejo en tus manos, Paco. Recuerda que esto es territorio apache. Fíjate que no se le posen ni las moscas... —Y acarició el capó de su automóvil.

Paco sonrió por primera vez en la mañana. Sus dientes cariados daban dolor solo de verlos.

—Coño, Palomo..., ni las guasasas le van a pasar cerca —aseguró el hombre—. Vete tranquilo. ¡Ni las mariposas!

Dueño y mecánico chocaron sus puños cerrados. El Palomo podía vivir tranquilo.

Penetraron en el asentamiento por uno de los senderos que conducían al camino principal. Para la ocasión, Yoyi calzaba botas de doble suela, jeans y una camisa ancha, debajo de la cual podía esconder cualquier cosa, incluso su protuberante esternón. Y, por supuesto, había dejado en casa la gruesa cadena de oro con la medalla, también áurea, que solía portar en su vida diaria. Mientras Conde observaba con inalterable asombro la pobreza reinante, Yoyi contemplaba el panorama con ojo crítico y distante, como si nada del desastre urbano y humano circundante fuera capaz de sorprenderlo. La diferencia de veinte años entre uno y otro había creado dos percepciones diversas de la misma realidad. Si para Conde el sitio miserable se revelaba como una aberración social, política y económica, para su socio constituía un simple

resultado más de la situación social, política y económica del país. Lo normal, men, habría dicho.

Cuando llegaron al punto en que el camino se bifurcaba hacia la colina donde moraba la Manta, Conde le pidió a su compañero que esperara en ese sitio hasta que él reclamara su presencia.

—¿Tú estás seguro de lo que estás haciendo, Conde? —insistió Yoyi—. El otro día no se sabía que habían matado a Raydel y estaban contigo Candito y el Conejo.

—Y hoy Ramiro sabe que la policía lo tiene en remojo y que yo estoy aquí contigo. Ese lo sabe todo... Déjame hacerlo a mi manera. Acuérdate de que soy un viejo, pero todavía no llego a viejo de mierda.

—Ok. Pero llévate esto para si hay algún lío... —Y Yoyi le extendió un teléfono celular de teclas y modelo compacto.

—Yo no sé andar con eso, compadre —protestó Conde.

—No jodas, men. ¿Cómo coño un cubano del 2014 no va a saber manejar un celular, no va a tener acceso a internet y de vez en cuando, con su salario, pagarse un viaje a Londres y alojarse en un buen hotel para entender desde allí cómo funciona la decadente realidad británica?

—¿De qué coño estás hablando? —Conde lo miraba como si el otro hubiese enloquecido. Un celular era un lujo que (desde que el Gobierno al fin les autorizó a tenerlos) él y millones como él no podían permitirse comprar y luego usar con los precios y las tarifas cubanas; internet solo funcionaba bien en los programas de la televisión nacional (que Conde nunca veía, pues en su casa ni siquiera tenía televisor y ya bastante se maltrataba con el alcohol para soportar además semejantes agresiones a sus neuronas); y, para todos ellos, Londres era el sitio neblinoso por donde solían andar Jack el Destripador y Sherlock Holmes y donde había una calle con un paso de peatones por el que caminaron los Beatles.

—Hablo de lo mucho que hemos mejorado y de lo que tú no te has enterado, men. Lo leí el otro día en una revista... ¡Es que tú no progresas, Conde, no progresas!... ¡Estás estancado!... Mira, coge, si te hace falta, levantas esta tapa, aprietas esta tecla, y luego estas dos, y yo te respondo con el mío —Y Yoyi le mostró su aparato de pantalla táctil de último modelo y generación.

De mala gana Conde se echó el artilugio en el bolsillo de su camisa, se ajustó las gafas y comenzó el ascenso hacia el cuartón donde dos días antes

había encontrado a la Manta. Al llegar al desvencijado portón que daba paso a la propiedad, se volteó, comprobó si su colega quedaba en su campo visual y entró. Avanzó los metros de tierra apisonada y reseca que separaban la verja de la casucha. Ya junto a la puerta, llamó a Ramiro la Manta y se identificó. Unos segundos después una voz le advirtió:

—Pérate...

Conde extrajo un cigarro y le dio fuego. Colina abajo, Yoyi se había movido para no perderlo de vista y en un par de ocasiones le mostró el dedo pulgar erguido y, riendo, le hizo las señas que hacen los policías de las películas antes de comenzar una operación. Unos minutos después, Ramiro abrió la puerta de tablas carcomidas, le hizo un gesto para que entrara y cerró otra vez tras Conde.

—¿Y qué te pasa ahora? Ya encontraron a Yúnior, así que no lo busques más —dijo la Manta—. Se jodió el negocio. La policía está arriba de mí... Y no son unos policías cualesquiera... ¡Hasta la Seguridad está metida en esto!

—¿La Seguridad del Estado? —se extrañó Conde.

—¿Qué otra Seguridad tú conoces, pipo?

—No, esto no tiene que ver con la Seguridad...

—Allá tú... ¿Por qué no te desapareces ya?

Conde se preguntó qué habría hecho Manolo para que la Manta pensara que estaba envuelto en una historia mucho más seria de lo que ya era, y se desentendió de la invitación a esfumarse. Como si le sobrara el tiempo observó en derredor: en el interior del cuartón, con piso de cemento pulido, Conde vio un refrigerador, dos ventiladores en marcha, un televisor enmudecido, una cama y una mesa cuadrada con cuatro sillas. Ni baño ni cocina. Supuso que si la Manta comía allí, era porque alguien le traía los alimentos preparados, y que hacía sus necesidades en otro sitio, tal vez en alguna casa vecina o en el terreno pedregoso de al lado, visible desde la ventana trasera del cuarto y por donde en ese instante entraba un potente reflector de luz solar, casi cegadora. Sobre la mesa vio varias tazas y un termo que, imaginó, contendría café. En un rincón, varias botellas de ron vacías. Y en una pequeña repisa, una especie de vasija de madera, con tapa, coloreada de un azul intenso, dentro de la cual supuso que habría algún atributo religioso, tal vez con un hueso de chino o de judío incluidos. Pero Ramiro no exhibía collares ni pulseras rituales, aunque cerca del hombro Conde le descubrió las líneas discretas de dos cicatrices: la de los «rayados»

en la religión del Palo Monte. En el aire, como una presencia desvaída, flotaba un olor peculiar, de regusto dulzón, como de cigarros rubios..., de cigarrillos americanos, pensó.

—Me contó Bobby que a tu primo lo mataron con ganas, Ramiro —dijo Conde, y se acomodó en una de las sillas sin pedir permiso para hacerlo.

—Sí, y por culpa de esa vieja maricona vinieron a buscarme y me tuvieron cuatro horas haciéndome preguntas y jodiéndome la vida y los negocios. Ahora tengo que estar más tranquilo que estate quieto... ¡Hasta me obligaron a identificar el cadáver!

—Bobby no habló de ti —mintió Conde—. Pudo haber sido tu socio el Murciélago.

—El Murciélago no fue... Ese sabe lo que puede y no puede decir —afirmó Ramiro—. Pero ahora eso da igual... Porque yo no tengo nada que ver con lo que le pasó a Yúnior... Bueno, dale, dime, que hoy no estoy para ti. ¿Qué coño te pasa ahora? Ya te lo dije, no hay negocios que hacer...

Conde se levantó y se acercó a la ventana para lanzar la colilla del cigarro hacia el exterior. La tierra baldía de la finca vecina reverberaba bajo el sol.

—Me pasa que apareció el cadáver de Yúnior, pero ni rastros de la virgen o las joyas...

—Porque todo eso se lo llevó el que cepilló a Yúnior, ¿no?

—Es una posibilidad... Bueno, no estoy seguro.

—Problema tuyo... Mira, a mí Yúnior no me dijo nada de esa operación ni de las joyas. Lo que sí sé es que pensaba irse pal carajo. Pero eso lo decía todos los días, sobre todo desde que tuvo que salir corriendo de Santiago. Él era medio comemierda, ¿sabes?... Ná, tenía aspiraciones y pensaba que en Miami iba a vivir como un príncipe porque tenía la pinga grande y la cara linda... ¡Lo desfiguraron completo!

Conde se tomó su tiempo.

—Siéntate, Ramiro, tengo que decirte algo que te importa mucho...

El joven miró al intruso que le daba órdenes en su propia casa. Su primera actitud fue la de reaccionar ante el agravio, pero algo lo contuvo, y Conde supo en ese instante que había dado en el blanco: Ramiro tenía miedo. El mulato retiró una silla, para ganar distancia, y se sentó, con los antebrazos en las rodillas y el cuerpo inclinado hacia su interlocutor.

—Ya te dije que yo fui policía y que ya no lo soy —comenzó Conde—. Pero algo aprendí de la forma en que se mueven las historias como esa en la

que se metió tu primo Yúnior... Si el que lo mató fue el mismo que le propuso una salida del país, y si ese tipo se llevó lo que Yúnior tenía, pues se acabó el cuento y se jodió el negocio... Ahora, y óyeme bien, si mataron a Yúnior por lo que se robó y no consiguieron las cosas que andaban buscando, cosas entre las que hay algo que debe de valer mucho, por lo menos para algunas personas, la historia no ha terminado... —Ramiro, que al principio escuchaba con displicencia, fue siendo absorbido por el razonamiento de su visitante. En ese momento desvió la vista y buscó un cigarro, que se puso en los labios pero no le dio fuego. Era de tabaco negro, como los que fumaba su interlocutor. Está pensando, concluyó Conde, y siguió su discurso—. Y el que mató o los que mataron a tu pariente son gente bien jodida, jodida de verdad. Lo torturaron, le dieron con todo y con ganas... Bueno, tú lo viste... Lo desfiguraron... ¿Por qué? Pues yo creo que hicieron eso porque Yúnior no tenía ese día lo que ellos querían, y trataron de sacarle dónde lo había escondido o guardado... ¿No te parece?... —Ramiro no reaccionó, Conde suspiró—. Y ahora no sabemos si Yúnior habló o no habló —Conde hizo una pausa y lanzó el mejor envío de su repertorio—. Tampoco sabemos si dijo o no dónde tú y él escondieron esas cosas...

Ramiro soltó el cigarro sin encender y al fin protestó, exaltado.

—Oye, oye, ¿qué coño tú estás diciendo? ¿Por qué todo el mundo piensa que yo sé...?

Conde hizo el gesto conminatorio de apuntar al entrecejo del otro con el índice extendido. El movimiento surtió efecto, pues la Manta se detuvo de inmediato.

—Ramiro, para hacer lo que tú haces y estar en la calle no se puede ser un comemierda. Tú sabes mucho... Pero el policía o los policías que te protegen para que tú hagas tus negocios aquí en el barrio no se van a meter en este rollo. Hay un muerto por medio... Y ahora hasta la Seguridad... Así que sigue oyéndome y piensa, porque te conviene: yo diría que Yúnior no habló y que a esos tipos se les fue la mano y lo mataron antes de tiempo. Son malos, pero no son profesionales... Aunque sí saben muy bien que en todo esto del robo hay algo que vale tanto que puede merecer el riesgo de matar a alguien si hasta ahí tienen que llegar. Y tú también sabes otra cosa o deberías aprenderla ahora mismo: si vale la pena, el que mata a uno, mata a dos...

Ramiro recogió el cigarro y al fin lo encendió. Conde sintió deseos de imitarlo, pero se contuvo.

—¿Qué cosa es lo que vale tanto, Ramiro? Sea lo que sea, si me interesa, yo lo puedo comprar... Allá afuera tengo al tipo de la plata, desesperado por hacer negocios.

El mulato fumó, miró hacia la ventana, luego hacia Conde y bajó la voz.

—¡Tú estás loco, viejo! ¿Hacer negocios con la candela ardiendo?... Yo no sé si había o no unas pulseras de diamantes... Lo que sí sé que vale una pasta es la virgen...

—¿Una Virgen de Regla de palo? —Conde jugaba sus cartas y aceptaba el estilo del otro: también bajó la voz—. Eso no se lo cree ni el cura de mi barrio...

—Vale millones...

—¿De qué tú estás hablando, Ramiro? —El ex policía al fin sintió que se movía por un terreno prometedor.

—Un amigo de Yúnior, uno que también se dedica a templarse a viejos y viejas con dinero, lo buscó en internet. Dice que esa virgen viene de España y vale millones...

—Eso de que viene de España lo sabe todo el mundo... Lo de que vale millones...

Ramiro se alteró y recuperó su tono de voz.

—¡Eso es lo que dijo Yúnior, viejo! ¡Que la virgen estaba en internet!

Conde pensó, buscaba el mejor camino para avanzar.

—¿Quién es ese amigo de Yúnior?

—Yo no lo conozco. Es un pinguero, se tiempla viejas yumas... y viejos también, si le pagan... Le dicen «Platero». Por la tranca que tiene..., como un burro.

—¿Y dónde vive?

—Tampoco sé... Creo que por el Cerro. Pero no sé bien... Eso no importa.

—¿Y Yúnior le propuso la virgen esa a alguien después de saber que valía mucho dinero?

—Ya eso se lo dije a la policía... Él me habló de que iba a ver a alguien que podía buscarle comprador para las cosas que valían más plata. Pero no me dijo quién. Y luego se perdió de aquí..., ya no lo vi más... Creí que me había jodido... A él le encantaba joder a la gente... Y resulta que no aparecía porque se lo habían jamado...

Ramiro lanzó la colilla por la ventana del fondo. Conde siguió con la mirada la parábola perfecta del resto del pitillo y mantuvo la vista en el

cuadro visible de tierra pedregosa, poblada por los agrestes arbustos de marabú. Entonces Yúnior había hablado con alguien que podía comprarle la virgen que debía de valer mucho dinero. ¿Alguien del gremio? Conde apuntó esa precisión y decidió atacar a fondo, aunque sintiendo que en aquel embrollo de engaños y negociaciones había un punto esencial que seguía estando oscuro. Pero no tenía tiempo de pensar, solo podía presionar.

—Ramiro, yo sé que tengo una cara de comemierda que gana campeonatos... Aunque te habrás dado cuenta de que no soy tan comemierda, ¿verdad? Tú me estás diciendo verdades y también mentiras. Y más tarde o más temprano yo lo voy a comprobar y saber por dónde andan los tiros... Pero no me tupas tanto, compadre... Esto es una cuestión de ganar dinero... Yo sé que tú sabes dónde está esa virgen...

—¡Pero qué...! —protestó Ramiro—. Ah, no jodas más y desaparecete de aquí. Ya hablé más de lo que tenía que hablar... ¡Dale, dale, ahueca el ala!...

Conde se detuvo a mirar al joven antes de moverse.

—Está bien —dijo, y se puso de pie—. Pero déjame decirte otra cosita, la más importante... Los que mataron a Yúnior también tienen que saber que la virgen es lo que vale mucho... Y ya puestos a buscar esa virgen que vale tanto y sabiendo que Yúnior y tú eran uña y mugre, pueden haber pensado lo mismo que yo... Que allá al lado —Conde indicó hacia el terreno yermo— tú puedes haberla escondido... Y nada más les haría falta ir a buscarla porque tú no...

Conde percibió apenas un cambio fugaz en la iluminación del interior del cuartón y el destello del estupor en el rostro de Ramiro. Un olor a cigarrillos americanos y, de inmediato, una conmoción violenta. Luego se le apagaron todas las luces.

A la tercera, cuarta cachetada, Conde protestó y abrió los ojos, reconoció a Yoyi y volvió a cerrar los párpados. El dolor de cabeza era un latido tenso, explosivo, y un hedor de vómitos le agredía el olfato. Más por instinto que por capacidad de pensar se llevó la mano a la base del cráneo. Con miedo y delicadeza tocó la protuberancia ardiente y pegajosa que ahora llevaba allí.

—Despiértate, men, dale, dale... ¿Qué coño pasó aquí? ¿Qué coño pasó? —lo conminaba Yoyi con voz alterada, y Conde hizo un gesto, pidiéndole

tiempo. El otro le concedió apenas unos segundos y volvió a preguntar—. ¿Tú puedes levantarte y caminar? ¡Dime, Conde, carajo!

Con un gesto él volvió a reclamar calma, hasta que al fin habló.

—No sé, estoy mareado y me duele mucho, ¡cantidad!... ¡Me partieron la cabeza! ¡Tengo sangre, mira esto!... ¿Qué pasó?

—¡Eso te pregunto yo!... ¿Cómo coño voy a saber qué pasó, viejo? Tú eras el que estaba aquí... ¡Mira cómo dejaron a este tipo, mira cómo lo dejaron!...

Se impuso abrir los ojos, reaccionar, tratar de entender.

—¿A Ramiro?

—No sé, a este que destoletaron..., mira eso, creo que se le ven las tripas, men, se le ven las tripas. Tremendo reguero de sangre... —dijo Yoyi, tan alarmado y desencajado como jamás Conde lo había visto.

Se incorporó apoyándose en un codo y miró en derredor. Las imágenes le llegaban duplicadas, y a su derecha, más allá de las mesas, cerca de las ventanas por donde penetraban los soles, logró ver a Ramiro y su doble, tendidos en la tierra, con las caras —la misma cara— con una mueca y los ojos más claros y desvaídos, ya sin su brillo satánico, y los abdómenes bañados de sangre, mucha sangre oscura.

Conde se dejó caer en el suelo y volvió a bajar los párpados.

—Llama a Manolo, Yoyi... —le pidió a su amigo, y como si volviera de un viaje, se tocó el bolsillo de la camisa—. ¡El celular!... Se llevaron el celular que me diste, Yoyi... ¡No toques nada!... Dale, coño, llama a Manolo.

—¿Estás seguro? —quiso saber Yoyi—. Este está servido, y si nos vamos... Yo quiero salir de aquí, men, hay un muerto, lo destriparon —insistió Yoyi, cada vez más alterado—. Yo no quiero tener que ver con esto, men.

—Contrólate, compadre... Llama a Manolo, coño, llámalo ya. Dile que mataron a la Manta y que por poco me joden a mí... Y después dame un poco de agua... Mejor si encuentras ron. Y si aparece, date un trago tú también, a ver si te calmas...

Desde su posición, Conde pudo ver cómo el joven se volteaba y vomitaba los últimos restos líquidos que podían quedar en sus entrañas.

Conocía los protocolos y por eso no permitió que Yoyi sacara dos de las sillas de la choza de la Manta para esperar fuera de la escena del crimen el desembarco policial. Se acomodaron como pudieron en un tronco seco, bajo la mata de mangos, pues tanto él como su socio necesitaban un reposo: él por su herida que había dejado de sangrar pero no de latirle; el joven por unos nervios que lo llevaron a repetir varias veces que era la primera vez que se topaba con un muerto..., y qué muerto.

Bajo la sombra cansada del árbol se mantuvieron en silencio hasta que vieron llegar el primer patrullero, tripulado por policías de la zona. Los uniformados trataban de parecer profesionales, pero resultaba evidente que solo eran agentes de barrio, buenos si acaso para broncas y persecuciones de delincuentes menores, y parecían estar muy molestos por haber sido convocados hasta un sitio al cual procuraban no entrar. Tras ellos fue acercándose la gente del asentamiento, que miraba con una mezcla de curiosidad, animadversión y miedo la llegada de las fuerzas del orden, con las cuales solían tener una relación tensa y problemática. ¿Qué pasó?, era la pregunta que recorría todo el barrio. Veinte minutos más tarde desembarcaron a bordo de dos 4 3 4 y el panel de Criminalística las unidades especializadas, encabezadas por el teniente Miguel Duque y el ya viejo forense Flor de Muerto, un veterano especialista de los tiempos policiales de Conde.

Después de observar la escena, y antes de que los técnicos entraran en acción, el teniente Duque se acercó a Conde y Yoyi para escuchar su versión de lo ocurrido, mientras el forense limpiaba la herida de Conde, en la parte posterior del cráneo.

—Tremendo pingazo —sentenció Flor de Muerto.

—¿Lleva sutura? —quiso saber él, pues sentía horror por los procedimientos médicos. Era de los que volvía la cara cuando le extraían sangre para análisis clínicos.

—Puedo coserte con un alambrito... Para que te quede seguro, aunque no sea bonito... Pero tú tienes carne de perro, Conde... A ver, cuántos dedos te estoy enseñando. —El forense hizo una V con sus dedos frente a los ojos del herido.

—¿Ocho? —preguntó Conde.

—Estás entero —sentenció el médico—. Ya te limpié bien la herida. Ponte hielo y toma Duralgina y no tengas relaciones sexuales en cuarenta

días...

—¿Y cómo tranquilizamos a tu mujer?

—Yo hago un esfuerzo. Ella es comprensiva...

—Gracias, compadre, tú siempre tan... Coño, Flor de Muerto, ¿te acuerdas de aquella vez que el mayor Rangel te cogió...?

—¿Podemos hablar? —intervino Duque, exasperado y dispuesto a terminar con el romance y las evocaciones de los ex colegas.

Miguel Duque era un mulato claro, de ojos batracios y porte exageradamente marcial. Tenía voz grave, de mando, y, a pesar de haber nacido en la provincia de Guantánamo, pronunciaba todas las letras y sílabas con la precisión de un locutor de noticieros... nacido en Guantánamo. Conde conocía muy bien aquel tipo de policía capaz de disfrutar a plenitud el hecho de ser policía las veinticuatro horas del día. Algunos podían incluso ser muy buenos policías, y la fama de su eficiencia precedía a aquel Duque llegado del extremo oriental de la isla. Un palestino, como los difuntos Yúnior y Ramiro.

Conde le relató lo poco que sabía: había venido a hablar con Ramiro sobre la muerte de su primo Yúnior Colás y el posible destino de los objetos robados en la casa de Roberto Roque Rosell. Conde lo hacía porque Roque era su amigo. Cuando hablaba con Ramiro, había recibido un golpe en la cabeza (se indicó el sitio lacerado sin tocárselo) y no pudo ver al agresor. Quizás por eso seguía vivo. Había despertado cuando su amigo Jorge Casamayor Riquelmes, que había quedado a unos cien metros de la casa, fue a ver qué pasaba, pues él no aparecía ni respondía al teléfono celular que, por cierto, le habían robado cuando estaba inconsciente. Era la primera vez que tenía un celular para él solo y, antes de poder usarlo, se lo habían robado. Por eso él nunca había querido tener un celular, miren lo que pasa cuando... Duque susurró una protesta y Conde cerró su relato: el resto de lo sucedido era lo que podía verse en el cuartón del ahora difunto Ramiro Gómez, alias «la Manta».

Duque escuchaba y tomaba notas sin interrumpir el relato. Sabía que, a pesar de sus premeditadas divagaciones, el ex teniente le haría la síntesis que era capaz de armar un policía y, de momento, solo le diría lo que le interesaba decir. Entonces el oficial se volvió hacia el forense y los dos técnicos que aguardaban junto a la puerta del cuartón y les ordenó que procedieran.

Duque miró con intensidad a Conde. Él también conocía esas miradas.

—¿Y tengo que creerme lo que me ha contado?

Conde levantó los hombros.

—Creo que no le queda otro remedio, teniente. Hasta el secretario general de Naciones Unidas, ese chino que no se entera ni de dónde está parado, sabe que yo no maté a ese hombre.

—Coreano.

—Siempre se me confunden los chinos...

Duque asintió. Respiró con profundidad.

—De todas formas a ustedes dos vamos a tomarles las huellas. Y deben darme sus pasaportes —añadió el oficial.

—Si encuentra el mío, por favor, cuídemelo. Estaba pensando en hacer un viaje a Alaska...

El policía cerró el entrecejo. ¿Lo estaban vacilando?

—Recuerde que soy un oficial y... —Duque le apuntó a Conde con un dedo y luego afirmó algo que los otros no lograron escuchar—. ¿Qué le dijo Ramiro de los objetos robados?

—No sabía nada de ellos. Ustedes ya estaban enterados de que Ramiro tampoco supo que a su primo lo habían matado hasta que ustedes lo llamaron ayer. Pienso que este muchacho no tuvo nada que ver con la muerte de Raydel. Al menos de forma directa.

—¿Y usted sospechaba que Ramiro sabía algo de esos objetos?

—Lo suponía..., nada más. Lo estaba presionando un poco...

—¿Parecía que Ramiro estaba nervioso, que tenía miedo, que esperaba a alguien?

Conde pensó antes de responder. Era una buena andanada de preguntas. Y decidió que la intervención de la policía resultaba necesaria y, además, podía serle útil. Una o más de una persona que son capaces de matar a dos muchachos y de hacerlo del modo en que lo habían realizado eran verdaderos peligros sociales. Y si la labor de la policía incluso servía para evitar que se hicieran con los objetos robados y luego desaparecieran del país en una lancha, pues mejor para todos, incluidos él y Bobby.

—Pensé que estaba un poco nervioso porque ayer ustedes lo habían interrogado... Ahora creo que antes de que yo llegara es posible que Ramiro tuviera alguna visita... Cuando entré ahí, me dio olor a tabaco rubio y él fumaba negros... También se demoró en abrir, tal vez... Sobre la mesa había dos tazas de café, y creo que cuando nosotros salimos no estaban ahí... Lo que ahora sí pienso es que Ramiro tenía escondido lo que Yúnior se robó, por

lo menos una parte. Y tengo el presentimiento de que eso estaba o está en ese terreno que empieza del otro lado de la cerca.

—¿El presentimiento? —quiso aclarar el teniente Duque.

—¿Usted tiene algo en contra de los presentimientos?

—No me gustan —admitió el otro, y agregó—: Yo soy marxista.

Ahora fue Conde el que puso intensidad en la mirada que le dirigió a Duque. ¿Un marxista de verdad, vivo y saludable?

—Mire usted —dijo Conde—, yo soy dialéctico. De la escuela de Heráclito, claro... Por eso creo en la telepatía.

Duque trató de recuperar su autoridad, a punto de ser vapuleada tras el intempestivo anuncio de sus militancias filosóficas.

—Deje eso... ¿Por qué está tan seguro de que lo que pasó allá dentro tiene que ver con el robo de Roberto Roque? Por lo que sabemos, Yúnior Colás tenía otras cuentas pendientes, y Ramiro seguro que también tenía algunas deudas por ahí.

—Tiene razón, teniente... Pero mis presentimientos me dicen que el robo es la punta de la madeja... ¿A los marxistas no les gustan los presentimientos? ¿Y las condiciones subjetivas? —preguntó Conde, dispuesto a meter el dedo en la llaga justo cuando los policías dispersaban a los curiosos para darle paso a un auto, sin insignias, del cual descendió el mayor Manuel Palacios. Conde creyó ver que a su ex subordinado le salía humo por las orejas y prefirió controlar sus ironías.

Duque guardó su libreta de apuntes y fue al encuentro de su superior. Lo saludó con un preciso movimiento militar. Durante tres o cuatro minutos los dos oficiales hablaron. Desde su sitio, Conde los observaba y le repetía a Yoyi su papel en el guion: solo sabía que él se demoraba y vino a buscarlo. El otro escuchaba, sin pronunciar palabra.

El teniente se alejó hacia la casa de Ramiro, le hizo un gesto al forense para que lo siguiera y ambos entraron al cuartón, dispuestos a incorporarse al examen del sitio y el cuerpo. Por su lado, Manolo, con paso muy lento, se acercó a Conde y Yoyi. No les tendió la mano.

—De pinga este lugar. ¿Qué coño es esto? Por poco se me desarma el carro para poder llegar hasta aquí... ¿Cómo te sientes? —le preguntó el policía a su ex colega.

—No me muero de esta... Nada más me duele cuando hago caca... o cuando te veo la cara a ti...

Manolo lo rodeó para ver la herida, regresó a su posición frente a Conde y lo miró con seriedad.

—Pues te debe de doler mucho, porque la has cagado otra vez... ¿Qué cojones fue lo que te dije bien clarito de esta historia? ¿Cuándo coño tú vas a entender que ya no eres policía ni nada que se parezca? ¿Eh, eh? ¿Alguna vez vas a...?

Conde movía los pies mientras Manolo le lanzaba sus preguntas repletas de improperios. A su lado Yoyi se miraba las uñas para ver si algún desperdicio había maculado su limpieza.

Conde suspiró al fin.

—Manolo, no seas grosero...

El mayor Palacios indicó con un dedo a su ex colega y sus ojos bizquearon. Estaba a punto de explotar cuando el otro le hizo un gesto para detenerlo.

—Ya, ya..., tienes razón, toda la razón del mundo. Soy un comemierda que se mete donde no lo llaman y puede joder un trabajo policial y...

—¿Y por qué lo haces entonces, viejo?

—Porque no lo puedo evitar, Manolo. Tú lo sabes, compadre, no lo puedo evitar —le confesó Conde—. Es que tenía un presentimiento... Y ahora tengo dos...

—¿Vas a seguir con la cantaleta de tus presentimientos? Mira que yo...

—¿También eres marxista?

—¿De qué coño...?

—¿Puedo hablar? —intervino entonces Yoyi, que parecía más recompuesto. Su rostro había recuperado color y su mirada sagacidad.

—¿Qué pasó, Yoyi? —quiso saber Manolo—. ¿Tú también tienes un presentimiento?

El joven hizo una pausa, movió una mano negando, al fin habló.

—Manolo..., los tipos que mataron a ese —indicó hacia el cuartón del difunto Ramiro como si estuviera a una notable distancia— y le dieron el trancazo a este se llevaron un celular que yo le presté a este... Yo se lo dije a ese, el oficial mulato que entró en la casa y... ¿Ustedes no pueden rastrear el teléfono? Digo yo..., como en las series americanas...

Manolo miró a Yoyi, luego a Conde, y se volvió para gritar:

—¡Teniente Duque!

Resultaba doloroso y reconfortante. Devastador y educativo. Ese desastre también —¿o sobre todo?— era la vida. Por eso, siempre que tenía un tiempo disponible ejecutaba aquella especie de peregrinación con la que rendía culto a la amistad y al pasado, a la vez que cumplía una misión personal e intransferible. Y nunca dejaba de realizarla cuando estaba en problemas. Ya no obtenía soluciones prácticas a sus conflictos, del tipo que fuesen, ni siquiera consejos o regaños. Tampoco esperaba milagros. En cambio, sentía cómo una patente sensación de alivio para su cuerpo y su espíritu lo recorría cuando concretaba esa especie de sacramento confesional con el cual atenuaba su deuda de gratitud y de amor con el hombre que lo observaba en silencio, apenas sin expresiones visibles. Aun así él sabía, Mario Conde lo sabía, que el hombre lo escuchaba, procesaba la información que recibía y se sentía vivo por tener la magra pero contante posibilidad de ser el confidente de alguien que lo amaba, lo necesitaba y tal vez lo comprendía.

Hacía ya cinco años que el ex mayor de la policía Antonio Rangel había sufrido un violento derrame cerebral que le robó casi toda la movilidad y el habla. Hasta poco antes de sufrir la alevosa agresión de su propia sangre, el Viejo Rangel, jubilado hacía mucho tiempo, parecía tener diez años menos de los ochenta que en realidad cargaba. Incluso todavía practicaba algún deporte y su figura se mantenía erguida y fibrosa como en los días en que solía vestir su uniforme de oficial, siempre planchado, sin una mácula. En las jornadas posteriores al evento neurológico, cuando su vida pendió de un hilo por varios días, Mario Conde les exigió a la esposa y a las recién llegadas hijas del ex mayor (residenciadas en Europa) encargarse del cuidado nocturno del enfermo, y se adueñó de un sillón de cordones plásticos que ubicó junto a la cama del amigo. Cada noche se dedicó a contarle historias, con la esperanza de ayudarlo a volver a la vida o de hacerle menos lamentable el paso a la muerte. La anécdota que más veces le repitió, porque sabía cuánto le gustaba a Rangel, fue la del día que le robó un Montecristo N.º 5 para intentar probar la culpabilidad de un crimen. Y la cojonera que le lanzó el mayor por un atrevimiento imperdonable: ¡un habano Montecristo N.º 5 picoteado como si fuera una guirnalda de papel!

Después, cuando la vida del hombre no corría peligro pero su cuerpo quedó devastado, al viejo Rangel lo enviaron a su casa y, en cada ocasión

posible, su ex subordinado y amigo lo visitaba y trataba de hacerlo partícipe de algún placer de la vida. Por eso Conde, que siempre fumaba cigarrillos, en cada ocasión que realizaba sus peregrinaciones cargaba con un habano y le daba fuego para que Rangel pudiera aspirar ese humo que tanto había disfrutado cuando era un hombre completo y no el despojo humano que, por haber realizado tantos ejercicios y practicado deportes, se negaba a dejar en libertad el alma de su dueño y permitirle descansar en paz. Porque un hombre como Antonio Rangel no se merecía ese destino miserable.

Como en cada oportunidad en que era posible hacerlo, Conde empujó el sillón de ruedas donde vegetaba el Viejo y lo sacó al portal de la casa. Desde allí se veía el jardín que Rangel cuidó desde su prematura jubilación hasta su estrepitosa caída física, la apacible calle del reparto Bahía por donde transitaban unos pocos vecinos, y un cielo que esa tarde de septiembre se exhibía limpio de nubes, de un azul impoluto. Un mundo casi idílico, en las antípodas (todas las antípodas) del asentamiento donde esa misma mañana habían estado Mario Conde y la muerte.

Luego de tragar las dos duralginas que le ofreció María Luisa, la esposa de Rangel, y beber el café recién hecho, Conde le dio fuego al habano comprado en el camino y bañó de humo a su antiguo jefe.

—Este tabaco barato es una mierda, pero sabe bien —sentenció—. No es uno de esos Montecristos o Cohibas o Rey del Mundo que a ti te gustaban, pero no está mal, te juro que no —comentó, y volvió a halar del habano fibroso y a dispensar más humo perfumado—. ¿Quieres darle una cachada?

Desde su silla de ruedas Rangel veía fumar a su antiguo y más díscolo discípulo, respiraba con avidez el humo del habano y movía los párpados, aceptando, disfrutando... «Qué desastre», pensó Conde. «Qué mierda de vida», sabía que estaría pensando Antonio Rangel. Y, con toda seguridad, agradeciendo al antiguo subordinado su fidelidad incombustible y, a la vez, lamentando que su amigo no pudiera ayudarlo en lo que en realidad él más necesitaba: acabar con todo.

—El lío es que mi presentimiento parece que era real, Viejo —dijo, después de contarle en qué embrollo andaba metido, de enseñarle el promontorio ahora adosado a la parte posterior de la cabeza y de describirle la escena del asesinato de Ramiro la Manta y hasta su paso por la Central, donde le tomaron las huellas y les revisaron las uñas a él y a Yoyi—. Los peritos dicen que alguien anduvo por ese terreno baldío. El hombre dejó

huellas, pero no se sabe si encontró algo o no... Pero si sabía dónde estaba lo que buscaba, pues casi seguro lo agarró y voló, así que dice Manolo que no tiene mucho sentido seguir buscando, y yo pienso igual... Y ese alguien que se llevó algo lo más probable es que sea el asesino, claro, porque si no, ¿quién coño iba a ser?... Esto parece que descarta un pase de cuentas por cosas del pasado y enfoca todo en el robo... Ahora la esperanza es que el celular de mierda ese que me robaron sirva para localizar al tipo... Aunque no creo que sea tan comemierda y se ponga a estar usándolo, digo yo. ¿Tú sabes cómo se localiza un celular si no se hace una llamada? Porque yo no tengo ni la más puta idea, y me imagino que tú tampoco. Dice mi amigo Yoyi que en las películas americanas es facilito... Y si localizan al personaje, no creo que el cabrón de Manolo me llame para decírmelo. Ese culo flojo está que trina conmigo... ¡Esos locos me pidieron el pasaporte! ¡Mi pasaporte!... Mira, Manolo se ha puesto como te ponías tú cuando yo hacía algún disparate, ¿te acuerdas?

Antonio Rangel había cargado por diez años la responsabilidad de ser el superior de Conde en la Central de Investigaciones Criminales. Antes fue él quien había descubierto el potencial como investigador del joven policía heterodoxo y sin reglas, alérgico a las armas y a la violencia, que leía demasiado, pretendía escribir y decía funcionar con corazonadas, prejuicios, premoniciones: un compendio antológico de lo que no podía ser un policía. Y, en lo esencial, Rangel no se había equivocado. A lo largo de esos años, siempre tensos en la relación laboral, ambos hombres habían aprendido que entre ellos existían afinidades más profundas y se hicieron amigos. Pero la amistad nacida y mimada no significó nunca debilidad marcial por parte del mayor, que varias veces estuvo a punto de licenciar a Conde e, incluso, en una ocasión lo rebajó de responsabilidades y lo devolvió al foso de los archivos de donde antes lo había sacado cuando había advertido sus capacidades deductivas. Diez años después de sus primeros encuentros, cuando Rangel fue considerado culpable por descuido de ciertos actos de corrupción de algunos subordinados, la solución menos drástica fue adelantarle la jubilación y enviarlo a su casa. Y ante lo que consideraba una injusticia, la respuesta solidaria de Conde fue dejar él también la policía, algo que pretendía hacer desde hacía algún tiempo.

A partir de aquel desastre, Rangel había macerado su frustración, sin permitirse la humillación adicional de rebajarse a protestar por la

arbitrariedad de la cual se consideraba objeto. Se autocastigó con tanto esmero que al final consiguió que una vena se rebelara dentro de su cráneo. Había sido una época difícil, en la cual el ex mayor siempre pareció un ave que ha extraviado el nido, pues la degradación coincidió con la época en la que se desató la Crisis y a lo largo de la cual, como en más de una ocasión le confesó a Conde la esposa del Viejo, habían sobrevivido (en realidad todavía lo hacían) gracias a la ayuda económica aportada por sus dos hijas, radicadas fuera de Cuba, porque con el monto de la jubilación del oficial de policía no les hubiera alcanzado ni para llegar a la mitad del mes. Menos aún cuando se produjo la caída física del hombre y necesitó de atenciones especiales para sostenerlo en su mala vida.

En cierta ocasión, algún tiempo después de su onerosa salida de la policía, Rangel le había confiado a Conde sus frustraciones: «A veces pienso que de verdad debí haber sido un corrupto. Ahora quizás tendría algo con que vivir y no estaría dependiendo de lo que mandan mis hijas... Porque vivir de la caridad, aunque sea la de tu familia, es humillante. Al menos para mí es humillante. Y no quiero pedirle el favor a nadie para que me consiga un trabajo como subgerente o jefe de abastecimientos de un hotel para extranjeros ni ninguna mierda de esas en las que se meten los militares y policías viejos buscando sacar un poco de plata y sentir que pueden seguir mandando a alguien... Pero me jodieron la vida, soy un apestado. El único cabrón que se acerca por esta casa eres tú, Mario Conde... Qué desastre... ¿Y sabes qué? No me he colgado de una de esas matas del patio porque sé que también mataría a María Luisa y haría sufrir a mis hijas... Por eso sigo vivo, pero encabronado cada día, desde por la mañana hasta por la noche... Esa rabia y la humillación van a acabar conmigo, Conde...».

Aquellas palabras, dichas por un hombre que siempre había parecido de acero inoxidable, regresaban a la mente de Conde en cada visita que le hizo desde su caída en un estado casi vegetal. Y él sabía que el mayor deseo del mejor jefe de policía jamás conocido era poder morirse cuanto antes. Pero la naturaleza lo castigaba manteniéndolo con su vida de mierda.

—Lo que me preocupa, Viejo, es que por la virgen o por lo que sea que vale mucho o alguien cree que vale mucho, ya han matado a dos gentes. Porque así andan las cosas ahora: matan a cualquiera por cualquier cosa... o por nada. Fíjate cómo está el ambiente, oye esta historia... Manolo me contó hace unos días cómo tres tipos habían matado a un muchacho nada más que

por hacerse los duros. Como lo oyes. Se retaron entre ellos a ver quién lo pinchaba, y al pobre muchacho que pasaba por allí sin meterse con nadie lo pincharon tanto que lo mataron pal carajo: le perforaron el hígado y los pulmones... Veintidós puñaladas. Así, por jugar, por lucirse, porque cada uno de esos personajes andaba con un cuchillo encima y estaban borrachos y aburridos. A eso hemos llegado, Viejo. Así que alégrate de no ser ya policía, como me alegro yo, porque ahora lo que hay allá afuera es una selva. Y cada vez va a ser peor... Porque no, tú no te imaginas cómo están las cosas. Ese mismo barrio de los orientales donde me dieron el trancazo en la cabeza, tú nunca viste una cosa así, cómo vive esa gente, entre la mierda y la violencia, subsistiendo del invento. Sí, Viejo, a eso hemos llegado... Y lo mismo pasa en Centro Habana y en medio país, no te vayas a creer que esto es determinismo geográfico. No, no... ¡Coño, se me apagó el tabaco!

Volvió a darle fuego al habano que había olvidado mientras soltaba sus lamentaciones de ex policía. Cuando vio arder bien el pie del tabaco, miró hacia la calle.

—Ojalá pudieras decirme algo, Viejo. Por lo menos decirme si estoy equivocado. Como hacías antes...

En el extremo del campo visual de Conde entró un movimiento. ¿Qué había sido? Miró hacia Rangel, porque el aleteo parecía haber venido de allí, y entonces vio que el anciano levantaba ligeramente su dedo índice. Conde miró la mano, luego los ojos del enfermo.

—¿Moviste el dedo porque quisiste moverlo?

Conde esperó. Rangel movió el dedo.

—Este... —dudó, pensó—. Mira, Viejo, si la respuesta es que moviste el dedo porque quisiste moverlo, levántalo dos veces, ¿ok?

Él volvió a esperar, concentrado en el dedo índice de Rangel que al fin se levantó una vez. Y un segundo más tarde, repitió el movimiento.

—Ah, coño, qué bien —se alegró Conde, y creyó ver un destello de inteligencia en la mirada de su antiguo jefe—. ¿Desde cuándo tú puedes hacer eso?

Conde esperó una respuesta que no obtuvo.

—Bueno, eso no importa... Dime ahora una cosa, ¿tú crees que yo soy un comemierda sin remedio?

Rangel levantó el índice, y lo volvió a mover.

—Así que tú piensas eso de mí... Bueno, siempre lo pensaste... Pero dime,

¿tú también crees que de verdad en lo que se robaron de casa de Bobby hay algo que vale mucho?

Conde quedó a la expectativa. Uno, dos movimientos del índice.

—Y eso que vale mucho son las joyas, ¿verdad?

Nueva espera: la mano de Rangel permaneció inmóvil.

—Entonces, Viejo..., ¿de verdad es la virgen?

Conde se inclinó un poco más hacia su interlocutor digital. Y vio cómo su dedo se movía dos veces.

—¡La virgen!... ¿Porque tiene algo dentro, diamantes, no sé?

La mano del anciano permaneció estática, como muerta.

—¿Por la propia virgen?

Dos veces el dedo afirmó, con fuerza quizás más precisa.

—¿Porque tiene un poder, o alguien cree que lo tiene?

Rangel levantó el dedo tres veces.

Conde iba a hacer el gesto de rascarse la cabeza pero se contuvo. Dos veces era sí. ¿Tres veces?

—¿Sí y no? —se aventuró.

Dos movimientos de dedo.

—Ajá... Entonces... ¿Porque es antigua?

Rangel volvió a afirmar.

—¿Y porque es antigua y está en internet vale mucho dinero, como me dijo la Manta?

Otra afirmación.

—Entonces están matando gente por una virgen antigua que vale mucho dinero. ¿Y porque tiene un poder?

Rangel controló sus dedos.

—¿Porque alguien cree en ese poder, como Bobby?

El ex mayor movió el dedo dos veces más. Conde lo sabía, Rangel seguía siendo el mejor jefe que jamás tuvo y tendría la Central de Investigaciones Criminales. Y en ese instante descubrió que había vuelto a apagarse aquel habano de malas entrañas. Si tenía dinero encima, ¿cómo coño no se le ocurrió comprar un Montecristo para regalarle su perfume al viejo Antonio Rangel?

—¿Este tabaco es una infamia nacional?

Dos movimientos digitales. Lo dicho y comprobado: una infamia.

Como el dolor de cabeza se había aliviado pero no había desaparecido, Conde decidió refugiarse en sitio seguro. Pero, antes de irse a casa de Tamara, pasó por sus reales y dedicó un tiempo a cocinarle una cena a *Basura II*: una especie de *risotto* cargado con un picadillo de pollo bastante indecente al que agregó unos recortes de lacón criollo para mejorarle el sabor. Y una pizca de sal, como le gustaba a *Basura II*, que detestaba la comida desabrida. Observando comer a su perro, Conde pensó que la posibilidad de llevarlo consigo durante sus estancias en la casa de Tamara iba convirtiéndose en un problema ingente. Le provocaba dolor y pena dejarlo en soledad, ahora que el huracanado *Basura II* se había vuelto viejo y dependiente. «La vejez y el desamparo me rodean», pensó. «¿Y si lo llevo para la casa de Carlos?»

Cuando Tamara lo vio llegar con su nuevo *look* se tapó la boca con la mano. Con un gesto, Conde le pidió calma y fue hasta el espejo del baño auxiliar y se miró por primera vez desde que recibiera el batacazo en el cráneo. El poco pelo que le quedaba parecía un emplasto opaco, y su rostro un campo después de la batalla. La camisa, dos tallas mayores que la suya, le daba aspecto de espantapájaros.

—Esta camisa me la prestó María Luisa, la mujer de Rangel... La mía estaba llena de sangre —contó como si hubiera regresado de la muerte—. Tengo que bañarme, ven y te explico.

Tamara lo siguió al baño de la habitación, lo vio desnudarse y entrar en la ducha. Solo cuando había dejado correr sobre su cabeza y su cuerpo el agua que se filtró oscura hacia el desagüe, Conde comenzó a contarle las peripecias de su día. Ella le hizo algunas preguntas y salió en busca de la otra muda de ropa limpia que, como reserva estratégica, él guardaba en la casa. Al salir, ella se llevó la ropa sucia, sosteniéndola con la punta de los dedos, como si fuera material infeccioso.

Desnudo, Conde se sentó en el inodoro y Tamara le secó con delicadeza la cabeza. Luego le examinó la herida.

—No es grande..., pero cualquier corte del cuero cabelludo provoca mucho sangramiento.

—Por poco me matan, Tamara... Me dieron durísimo. Y echaba sangre y sangre —exageró Conde—. Sécame la espalda, por favor, me duele todo.

La mujer accedió y con igual esmero fue secando la piel del hombre hasta

que, al volverse de frente, vio la respuesta física de Conde.

—¿Y eso?

—Tú eres mi viagra...

—Pues olvídate del tango..., hoy no hay nada para ti. Tienes que reposar.

—El reposo del guerrero —admitió Conde, que observó cómo su potencia se desinflaba veloz e inexorable cuando Tamara se acercó con un frasco de agua oxigenada en las manos. Mientras ella lo curaba, él gritó como si lo estuviesen torturando.

Comieron en la cocina y Tamara le ofreció un trago largo de la botella de whisky que le había regalado un paciente y ella almacenaba para ocasiones especiales. Cuando se sintió más relajado, él buscó el teléfono inalámbrico y marcó el número de Manolo Palacios.

—Soy yo, Manolo.

—Ya lo sé... ¿No estás muerto?

—Más vivo que nunca... Dime, ¿qué hubo con el celular?

—Nada, le sacaron la tarjeta y la botaron. A lo mejor también botaron el aparato. Se lo llevaron para dejarte incomunicado.

—¿Y por fin encontraron al Murciélago?

—Sí..., y ese otro no pudo ser el que mató a Ramiro... Estuvo desde las ocho de la mañana hasta las dos de la tarde en la Liga contra la Ceguera... Se puso a temblar cuando supo lo de Ramiro.

—¿Y qué tienen entonces?

—Varias huellas de movimientos y pisadas en el terreno baldío, pero nada que parezca un enterramiento o un escondite destapado. Llevamos a los perros rastreadores para que marcaran los sitios donde pudo haber estado Ramiro y parece que ese cabrón iba allí a mear y cagar. Demasiadas huellas... Los perros no sirvieron. También tenemos trazas de que alguien entró por la ventana del cuarto de Ramiro, pero eso pudo hacerlo cualquiera, el propio Ramiro cuando iba al terreno...

—Entonces casi nada —concluyó Conde.

—Además de dos muertos...

Conde asintió.

—¿Y aparecieron las tazas de café?

—No. Y el termo no tenía huellas. Lo limpiaron.

—¿Y por qué ustedes le dijeron a Ramiro que eran de la Seguridad del Estado?

—¿De qué estás hablando, Conde?

—De que Ramiro me dijo que alguien de la Seguridad andaba detrás de él por lo de Yúnior...

—Ramiro estaba hablando mierda.

Por su lado, Conde afirmó y cerró los ojos.

—¿Sabes qué, Manolo?... Estuve en casa del mayor Rangel.

El otro hizo un breve silencio.

—¿Cómo sigue el Viejo?

—Igual.

Un mutismo culposo.

—Tengo que ir a verlo. Soy un falso..., pero este trabajo. Todavía estoy metido en esta oficina de mierda...

—Hablé con él... Sí, hablé con él..., no con palabras, pero hablé con él... Y el Viejo también cree que la clave de todo es la virgen. Todo el mundo lo piensa...

Manolo hizo un silencio mucho más prolongado del otro lado del hilo. Sabía que el olfato policial de Rangel tenía capacidades de penetración extraordinarias.

—¿Y qué opinas tú?

—Creo que puedes descartar la posibilidad de que todo esto tenga que ver con viejas cuentas de Yúnior y a lo mejor de Ramiro... Por eso yo, mañana temprano...

Esta vez Manolo reaccionó de inmediato.

—¡Ni te atrevas, Conde!... Tengo albergados aquí en la Central a tu amigo Bobby y al Murciélago, al tipo que le compró los tarecos robados a Yúnior y a un tal Manduco el Albino, que también era compinche de Yúnior y Ramiro... Y les estamos apretando las clavijas hasta el tope porque alguno tiene que saber algo. ¿Quieres que te traiga a ti también, eh, dime?... Esto es un caso policial, Conde, hay dos muertos, y aunque fueran escoria pura, de arriba me están apretando... ¡Ya están hablando hasta de un asesino en serie! Así que ni te metas. Porque te juro que también te separo habitación en este hotel. Por mi madre que lo hago, Conde, por mi madre.

—Está bien, está bien. Me quedo tranquilo..., pero cualquier cosa que averigües, me dices, ¿eh? Por los viejos tiempos, Manolo. Para contarle después al viejo Rangel...

Manolo suspiró. Conde cerró los ojos y levantó los hombros para

protegerse de la explosión.

—¡Mario Conde, eres el hijo de puta chantajista más retorcido de esta isla de mierda y de todos sus cabrones cayos adyacentes! —Y colgó.

Conde abrió los ojos y sonrió. Le mostró a Tamara el vaso vacío e hizo una mueca de dolor. Necesitaba más medicina.

Las siluetas de las montañas, erguidas hasta hacerse difusas y clavarse en las nubes, orgullosas, indiferentes ante el paso del tiempo, le provocaron la amable sensación de comenzar a recuperar al hombre que alguna vez él mismo había sido, demasiados años antes o tal vez en otra vida: un niño, un adolescente, un joven para quien aquellos picos nevados, de apariencia agreste, como explosiones telúricas, habían conformado el principio y el fin del mundo. Porque así había sido hasta el día glorioso o nefasto, aún no lo sabía, quizás nunca lo sabría, en que, sin imaginar a lo que se exponía, tuvo que atravesar la sierra para iniciar otra vida. Una existencia turbulenta, llena de tantas conmociones extraordinarias que, turbado por los últimos acontecimientos vividos, muchas veces él insistía en pensar que tal vez no debía haberle correspondido. ¿O desde siempre su destino había estado escrito por un poder superior en un libro de páginas irrompibles, imposibles de borrar o de alterar?

A pesar de los más de treinta años de lejanía, Antoni Barral se sintió capaz de recordar cada uno de los secretos de aquel paisaje arrogante. Los picos, los arroyos, los escarpados desfiladeros, los puertos, los bosques, los pájaros y las alimañas le hablaban un idioma ancestral y, guiándose por su corazón, inició el ascenso de las primeras estribaciones de la sierra, confiado en la resistencia de sus ya viejas rodillas. Se sentía seguro de poder hallar el paso intrincado pero favorable que le permitiría atravesar las rocas sin tener que escalarlas y salir a las estribaciones de la ladera sur por un sendero extrañamente propicio, abierto por la mano caprichosa del propio Creador. Desde allí podría al fin bajar hasta el valle montañoso de su estirpe milenaria.

Cuando ya se adentraba en los todavía densos bosques bajos, Antoni Barral tuvo la nítida sensación de estar penetrando en una dimensión diferente del tiempo, un espacio opresivo, circular, carcelario que lo acosaba y lo acosaría, una pátina distorsionante pero traslúcida, como el agua de los arroyos de la montaña, a través de la cual se veía a sí mismo haciendo y rehaciendo una y otra vez sus caminos, con la persistencia de lo eterno y lo inapelable, como una criatura vagante dentro y fuera del tiempo.

Dos meses le había tomado cubrir el último tramo de su peregrinación hasta la sierra. Un año antes, cuando la sorpresiva e implacable persecución a los caballeros de la Orden del Templo de Salomón se había desatado por los territorios sometidos al monarca francés o a alguno de los reyes, príncipes y nobles aliados o vasallos suyos, en su huida sin rumbo preciso el fráter templario Antoni Barral había encontrado refugio en una pequeña encomienda de la cofradía en el Rosellón. La estancia era tan modesta que nadie afirmaría que allí se escondía algún tesoro y difícilmente despertaría el interés de los cazadores de miembros de la orden proscrita. Aquellos carroñeros, movidos por convicción, recompensas o pura envidia, asolaban los reinos latinos dedicados a acechar a unos hombres antes venerados, por décadas considerados cristianos ejemplares y de pronto convertidos, por la implacable maquinaria de difamación empujada por el poder, en algo peor que delincuentes o bandidos. En enemigos.

Un hermano sargento, un capellán anciano y ciego, más una decena de hermanos sirvientes, simples campesinos del lugar, integraban la población del anodino recinto fomentado por la orden, cuya principal función había sido dar techo y comida a los peregrinos o los miembros de la cofradía en tránsito por tan apartados territorios y extraer algunos barriles de un delicadísimo aceite de los olivos de su mimada huerta.

El fráter Antoni Barral había recalado en ese recodo del mundo luego de un atolondrado recorrido iniciado en Marsella, el puerto en donde había desembarcado tras la Gran Derrota que marcó la catastrófica pérdida de la Tierra Santa. Como algunos pocos de sus hermanos y varios cientos de civiles, había llegado hasta allí a bordo de *El Halcón del Temple*, la magnífica nave capitaneada por Roger de Flor en la cual, por obra de algo

que solo podía calificar de milagro, él había logrado embarcar y, por ello, salvar la vida. Desde entonces, siempre en espera de un nuevo destino militar o monástico que nunca le sería asignado, había vivido por quince años en la ciudad asomada al Mare Nostrum, un sitio en donde se cruzaban todos los caminos del mundo. Y en Marsella, como una cuchillada a traición, lo había sorprendido el bando real que disponía la detención y encarcelamiento de todos los miembros de la Orden del Temple, acusados de herejes, blasfemos, sodomitas, adoradores de ídolos y desestabilizadores de la paz de los reinos cristianos.

Alarmado por las acusaciones y los castigos previsibles, Antoni Barral había tenido algo parecido a una iluminación y decidió que, por esa vez, rompería las reglas y no obedecería los mandatos de sus superiores jerárquicos. Un veterano como él no podía entender que sus líderes los conminaran a someterse a la justicia real, no a la ley vaticana a la cual por su código se debían, mientras los compulsaban a reconocer la comisión de los peores pecados que se le podían imputar a un ser humano educado en la fe de Cristo. Por ello, en lugar de ponerse a disposición de los soldados e inquisidores del rey Felipe, sin pensarlo dos veces Antoni Barral había cargado sus alforjas con monedas y piezas de oro sustraídas del recinto del tesoro y escapado de la sede de la orden y de la bulliciosa ciudad portuaria. Sin poder colegir a ciencia cierta cuál sería su destino ni cómo sería su futuro inmediato, el fogueado caballero también había acomodado sobre su cabalgadura, como no podía dejar de hacerlo, la imagen negra de Nuestra Señora que, al llegar de África, él mismo había colocado en un pedestal de la capilla del recinto de la hermandad. Fuese cual fuese su suerte, la compartiría con la efigie milagrosa a la que al menos dos veces él había salvado de la destrucción a manos de los infieles y a la que, al menos también dos veces, Antoni Barral debía la vida.

Nunca sabría si fue su instinto, el magnetismo del camino marcado en el cielo por las estrellas o un reclamo profundo de su pertenencia, el que lo hizo tomar los peligrosos senderos de la Provenza, sin pensar aún en un siempre temerario cruce de la sierra para llegar a sus valles catalanes de origen. Antes de abandonar Marsella, Antoni había tomado la precaución de deshacerse de los hábitos y señas que pudieran asociarlo a la orden, incluida la barba que los distinguía, y por eso, en posadas, chozas de siervos o en albergues para peregrinos donde se había detenido, siempre se presentó como un penitente

en ruta hacia el sepulcro del apóstol Santiago. Bajo tal cobertura, el caballero había podido seguir de asombro en asombro el curso de unos acontecimientos turbios de los cuales mucho se hablaba en los países del mediodía. Miles, llegó a saber, habían sido los hermanos de la orden detenidos y encarcelados en unas pocas semanas, sobre todo en París y en las grandes ciudades del reino francés. Los viajeros hablaban de la incautación de enormes bienes, incalculables cantidades de oro, monedas y reliquias que los jefes de la fraternidad guardaban en algunas de sus fortalezas. Aseguraban la revelación de pactos satánicos existentes entre los iniciados, de sistemáticos escarnios de la cruz, de prácticas sodomitas generalizadas entre los caballeros. Algunos llegaban a decir que ya era sabido que el gran secreto de los templarios había sido su empeño en el dominio de Dios y la conquista de sus poderes mediante el ejercicio de la voluntad y la energía de la mente, artes que aprendían a dominar en oscuros conciliábulos en los cuales participaban embrujados cabalistas hebreos... Y, junto con todas aquellas habladurías enfebrecidas destinadas a alimentar lo peor de la imaginación de la gente, se describían confesiones, con y sin torturas, se hablaba de condenas expeditas a quienes reconocían o negaban las herejías de que era acusada la hermandad y de las hogueras donde habían comenzado a arder cuerpos de caballeros templarios, como las prendidas en el bosque de Vincennes, en las que en una sola noche habían muerto cincuenta y cuatro monjes guerreros. ¡Como si fueran brujos judíos! Los procesos difamatorios y humillantes llegaban hasta las alturas del Gran Maestro de la orden y sus principales mariscales, enclaustrados en mazmorras de París, Lyon, Lieja, por los inquisidores del rey Felipe, llamado «el Hermoso».

A lo largo de unos meses de zozobra, huida, enmascaramiento, el fráter Antoni Barral tuvo demasiado tiempo para pensar en lo que estaba ocurriendo con sus hermanos, y poca capacidad para poder entenderlo. De cualquier manera que lo meditase le parecía inconcebible que tantos de esos hombres, distinguidos por su valor y convicciones, se arrodillaran sin luchar. Porque eran los mismos caballeros a los que tantas veces había visto combatir hasta la muerte: semejantes a los que fueron capaces de inmolarsse en Safed, resistir en la bella Trípoli, morir en las torres, las murallas, bajo los escombros de las fortalezas de la magnífica Acre, de volver a combatir por su fe en Ruad, cuando ya bien sabían que todo estaba perdido. Esos valientes ahora se doblegaban y admitían ser los más contumaces pecadores; aceptaban que, con

su actitud o ambiciones terrenas, habían propiciado la pérdida de Tierra Santa y actuado, por tanto, a favor de los islamitas sarracenos; reconocían ser, en efecto, herejes, hechiceros, sodomitas y blasfemos. ¿Qué miedos, amenazas y dolores podían haberlos quebrado, no a uno, no a algunos cobardes y oportunistas, sino a cientos de unos probados y orgullosos guerreros, militantes fieles, miles de los cuales, durante doscientos años, habían luchado y muerto por su fe en Tierra Santa?

Cuando llegó a la pequeña encomienda, ubicada en un territorio sobre el cual extendía su dominio el rey Jaime de Aragón, Antoni Barral se supo a salvo, al menos de momento. Se sabía que el monarca ibérico, por viejas disputas políticas y ambiciones propias, en un primer momento no se había sumado a la cacería ordenada por su colega franco, y unos meses después, cuando al fin aceptó hacerlo, no había parecido muy empeñado en la labor, aunque sí bien interesado en aprovechar la coyuntura para hacerse con los bienes de la orden. En la ermita del asentamiento, apenas un altar techado, el fugitivo había depositado la imagen de Nuestra Señora, junto a la pequeña figura de la Virgen, de madera menos noble y de rasgos mucho más toscos e imperfectos, que desde hacía cien años imperaba allí. Y a pesar de que disfrutó de la paz del lugar, participó de las labores de cosecha y beneficio de las olivas, e incluso ayudó al mejoramiento de la ermita, el fráter Antoni Barral nunca dejó de tener el presentimiento de que en algún momento, tarde o temprano, los malos vientos de la Historia llegarían hasta aquel sitio apacible, pues lo que estaba ocurriendo no era una simple tormenta, sino un devastador diluvio. Tal indefensión ante grandes acontecimientos dispuestos a revolucionar o a involucionar al mundo parecía ser su sino y, ya lo sabía, como individuo, muy poco podría hacer él para protegerse.

La inquietante idea se le reafirmó cuando, en una visita al pueblo cercano con el propósito de herrar los dos caballos de la encomienda, encontró adosado a la pequeña capilla del lugar una reciente proclama papal que instaba a los miembros de la orden fugitivos a comparecer ante los obispos diocesanos para ser interrogados y juzgados, condenados o exculpados. El documento advertía, además, que los fugitivos remisos serían excomulgados y, pasado un año, considerados herejes y candidatos sin apelación a arder en la hoguera.

La fatigante idea de que él era una criatura a merced de las voluntades erráticas de la Historia se convirtió en convicción cuando, unas semanas

después, una pareja de trovadores andantes, camino de una feria que cada año se celebraba en Tolosa, fueron albergados por varios días en la encomienda. La noche antes de la partida, los juglares decidieron recompensar la hospitalidad de los encomenderos y algunos siervos vecinos interpretando las más populares canciones de su repertorio. Con agrado primero y con dolor después, Antoni Barral los oyó narrar la infaltable epopeya de Rolando, las excitantes tribulaciones de Roberto el Diablo, y la historia recién versificada de lo que ellos llamaron «las aventuras reales y extraordinarias del muy magnífico capitán Roger de Flor», en las que se contaban varias de las muchas peripecias de la agitada existencia del mítico gran capitán de *El Halcón del Temple*, el hombre que había sido marino, cruzado, templario y después temible comandante pirata a bordo de *La Olivette*, bajo la bandera del rey Federico de Sicilia. Para congoja de Antoni, en los versos finales del cantar los trovadores narraban las condiciones de su muerte, descuartizado como un cerdo luego de ser sorprendido en una emboscada, en tierras de Bizancio. Terminada la interpretación, Antoni Barral interrogó a los bardos sobre la veracidad del trágico final de Roger de Flor. Y aun cuando los trovadores no pudieron fijar una fuente, le aseguraron que desde hacía unos meses en Marsella, Venecia y Génova todos hablaban de la muerte del capitán de *El Halcón del Temple*, la majestuosa nave a bordo de la cual, se aseguraba, años atrás Roger de Flor se había llevado de San Juan de Acre y de Chipre muchos de los tesoros de los codiciosos y ahora herejes caballeros templarios. Entre las reliquias sustraídas por el capitán se hallaban, según se decía, el único fragmento sobreviviente de la Vera Cruz, los planos necesarios para localizar el Arca de la Alianza y una imagen negra de Nuestra Señora, tallada en tiempos de los últimos faraones de Egipto, y famosa por ser pródiga en la realización de milagros...

El Coll dels Llops lo habían llamado los siervos de los valles cercanos, aunque, en realidad, pocos de ellos sabían de su ubicación exacta. Muchos montañeses incluso dudaban de su existencia real y consideraban la apertura de un paso tan bajo como puros cuentos de camino. Peor aún: algunos de los que refrendaban su extraña presencia a través del macizo de rocas lo consideraban, ni más ni menos, una de las bocas del infierno abiertas en la

tierra. Pero Antoni Barral sí conocía de la existencia y ubicación del paso, pues lo había utilizado en varias ocasiones, aunque, como pudo comprobar con creciente angustia, le resultaba mucho más fácil encontrarlo desde la vertiente meridional de la sierra que desde la septentrional, por la simple razón de que había nacido y crecido en los valles del sur y allí era dueño de todas las referencias, transeúnte habitual de sus caminos.

La mula tomada de la encomienda y en cuyo lomo cargaba la imagen de la Virgen negra y sus provisiones, no era ni mucho menos hábil en el escalamiento de montañas, lo cual hacía más difícil sus movimientos. Aun cuando Antoni podía jurar que el desfiladero que conducía al paso estaba en la zona donde ahora lo rastreaba, su hallazgo se le había complicado al punto de que pensó abandonar su búsqueda y emprender un arriesgado ascenso. Pero, con aquella acémila de tierras llanas y sus rodillas de sesenta años no imaginaba otro modo posible de atravesar las rocas si no era por el paso bajo: escalar laderas, bordear precipicios, resistir ventiscas y muy bajas temperaturas en busca de un puerto superior ya le resultaría imposible. Y la opción de desandar caminos para atravesar la sierra por el Camí de la Menera o, más al este, por los senderos de la costa, le parecía un suicidio, pues todos sabían que la ruta de Perpiñán y Port Bou era la mejor, cuando no la única vía de escape hacia los reinos hispánicos para los caballeros fugitivos de la persecución real francesa y provenzal.

Al borde de la desesperación, el fráter Antoni Barral tomó una decisión con la cual, bien lo sabía, arriesgaba mucho: dejar la mula en un sitio y, con mayor movilidad, buscar el Coll dels Llops. Antes de partir tomó dos importantes precauciones: escondió la imagen de la Virgen en una pequeña gruta y enterró al pie de un castaño moribundo las monedas y objetos que aún conservaba. Llevó luego la cabalgadura hasta un claro donde podía beber de una pequeña corriente de agua y alimentarse de abundante pasto. Y con su espada, un poco de pan, queso y una manta, se internó en el monte.

Tres días después, cuando al fin había ubicado el casi invisible Coll dels Llops y regresó en busca de su apacible acémila, no encontró rastros de ella. Otra vez le tocaría cargar en hombros la pesada imagen de la Virgen milagrosa, que, gracias a su prudencia, lo esperaba en la gruta pirenaica.

Cuando Antoni Barral contempló los valles, arroyos y quebradas de su niñez, sintió cómo su vida se recomponía y, a la vez, se enfrentó a la disyuntiva que, en su fuga obligada, apenas había pensado: ¿qué haría allí? Quería pensar que tal vez en ese sitio remoto se hallaba a salvo de persecuciones, interrogatorios, torturas y castigos, lo cual ya resultaba suficiente ganancia. Pero si bien era cierto que en algún momento había pertenecido a aquel lugar extraviado de la tierra, tantos años después y luego de haber recorrido medio mundo y vivido tantas experiencias extremas, el sitio ya no le pertenecía: a sus años ni se atrevía a pensar en una existencia como pastor o labriego al servicio de un voraz noble local. Quizás podía bajar hasta alguna de las pequeñas poblaciones de los valles del sur, en las orillas del río Ter, y procurarse allí un modo de ganarse la vida; también ofrecerse como espada a algún señor de la región; incluso, podía arriesgarse a localizar uno de los castillos o encomiendas de sus hermanos, como los de Miravet y Monzón, donde, según sabía, estos se habían acantonado cuando de mala gana el rey Jaime aceptó la orden papal y prendió a los templarios de Valencia. Como última de sus posibilidades, estaba la de atravesar casi toda España para refugiarse en Córdoba, la mítica ciudad del antiguo califato donde, se decía, convivían en armonía muchos miles de musulmanes, cristianos y judíos...

Bien sabía el fugitivo que contra cada una de aquellas opciones, más imaginarias que reales, se levantaba el peligro de ser delatado, detenido y enjuiciado. Y él, Antoni Barral, no estaba dispuesto a aceptar un destino ominoso al cual, sin dar pelea, se habían sometido tantos de sus hermanos. Las únicas posesiones de su ya larga vida eran ahora una poderosa virgen negra con la que había recorrido medio mundo civilizado y la orgullosa y feroz historia de su vida, construida a partir de una caprichosa torcedura del destino. Su existencia fabulosa se había iniciado cuando aún era un muchacho campesino y analfabeto y recibió el en apariencia sencillo encargo de conducir hacia la vertiente norte del Pirineo a dos caballeros templarios convocados por el llamado papal a una nueva cruzada. Pero la faena lo llevaría a ser el joven que, por sus habilidades e inteligencia natural, había ganado el honor excepcional de volar sobre su origen humilde, ser iniciado como caballero y recibir la Cruz del Temple. La misma habilidad e inteligencia que, en su lógica intrincada, cuando ya era un monje guerrero, le habían llevado a intervenir en decenas de combates y, en nombre de la fe en Cristo, a matar a tantos infieles que no podía recordar la cuenta. Con sus

hermanos, Antoni había conseguido estar frente a las imponentes murallas de Jerusalén, había visto caer a la bella Trípoli y arder a la magnífica San Juan de Acre. Por toda esa gloria vivida, decidido estaba que jamás se sometería al escarnio de un juicio y a una segura condena en un proceso tras el cual apenas se escondían turbias aspiraciones políticas y espurios intereses económicos. Tampoco admitiría el vasallaje a un monarca que se presentaba como el príncipe custodio de la pureza de la cristiandad cuando en realidad, apoltronado en su palacio parisino, nunca había hecho otra cosa más que conspirar, medrar y pedir préstamos sin retorno. No, Antoni Barral, no... ¿Y si en otro rizo de su vida se convertía en bandido y vivía del pillaje?, se preguntaba para responderse que esa jamás podría ser su opción, pues ni siquiera la había sido cuando su ahora difunto amigo Roger de Flor —ya expulsado de la orden por supuestos robos de reliquias de los que ahora se hablaba— le propuso integrarse a su Compañía Catalana y, como mercenario y pirata, hacerse rico en unos pocos años.

De la hondonada del valle vio salir la encrespada columna de humo blanco, señal inconfundible de que se trataba de una hoguera en donde también ardían maderas todavía cargadas de savia y agua. Calculó que el sitio preciso podía estar tras el bosque de encinas y hayas, a la orilla del arroyo que corría a su lado, y por ello decidió seguir su cauce descendente.

En las últimas dos semanas, desde que le robaran la mula y sus últimas provisiones, Antoni Barral apenas se había alimentado de bayas, raíces comestibles, unos pocos huevos y una liebre a la que logró ensartar lanzándole su espada. El hambre lo atormentaba y la hoguera cercana podía significar la existencia de alimento.

Avanzó hasta que le llegó el olor a comida: sí, alguien estaba asando carne de una cabra. El templario se detuvo unos instantes para meditar y luego, casi con las últimas fuerzas que le quedaban, bajó hasta una herradura formada por el cauce del arroyo. Allí, trepando sobre unas piedras que amontonó, alzó sobre su cabeza la imagen de la Virgen negra y la dejó caer en el hueco abierto por el impacto de un rayo en el tronco de una gigantesca encina. El árbol moribundo era una referencia inconfundible, pues las únicas ramas que conservaba conformaban una cruz casi perfecta. Como no sabía

qué podía encontrarse alrededor de la hoguera, el fugitivo no quería arriesgarse a perder a manos de unos bandidos la imagen (él sí sabía cuán milagrosa) con la que había convivido durante los últimos diecisiete años. Antoni Barral comprobó satisfecho que solo Dios en el cielo o un cíclope gigante en la tierra podrían asomarse al hueco de la encina y descubrir la presencia de la virgen. Pero, al tiempo que lo tranquilizaba esa seguridad, lo asaltó la preocupación de cómo debería hacer cuando llegara el momento de rescatarla. ¿Tendría que derribar la encina castigada por una descarga de la furia celestial?

Cuando vadeó la curva que describía el arroyo, lo vio: era un hombre, quizás de su edad, tal vez mayor, dueño de un abundante pelo blanco que le caía sobre la espalda y una barba, también encanecida, tendida hasta el pecho. Sobre sus hombros llevaba una especie de capa de pieles diversas y debajo vestía lo que parecían ser los últimos harapos de un hábito monacal. En sus pies, haciendo las veces de calzado, el hombre llevaba unos sacos de tela y piel, atados a los tobillos. Su mirada estaba absorta en el cuerpo de la cabra que se cocía al fuego. Antoni pensó que, en realidad, él era más peligroso para el hombre que el hombre para él, y decidió acercarse.

Al verlo, el anciano de la barba larga dio un respingo. Del suelo levantó el cuchillo montaraz con el que debía de haber sacrificado y descuartizado la cabra y apuntó en dirección al recién llegado. Antoni alzó su mano izquierda y, con la derecha, indicó hacia su espada envainada: ¿quería combatir? El otro supo que llevaría las de perder y bajó el puñal. Entonces Antoni, acudiendo a la lengua que se hablaba en aquel país, lo saludó, le dijo su nombre y le ofreció una moneda de oro por la mitad de la carne puesta al fuego. El dueño de la barba blanca mostró su encía casi despoblada en lo que debía de ser una sonrisa, le preguntó si sabía hablar la lengua de oc, y cuando Antoni asintió, le dijo que se guardara una moneda que allí no tenía valor alguno y que era bienvenido a compartir la cena.

Fray Jean de Cruzy era el ermitaño más parlanchín que alguien pudiera imaginar. En la larga temporada en que convivieron, Antoni Barral no logró concebir cómo habría sido posible para aquel personaje sostener por dos años un voto de silencio, pues lo oyó hablar tanto que aprendió todo sobre la vida

del monje cisterciense que desde hacía cuatro inviernos vivía en retiro de soledad y meditación en una gruta del valle del Pirineo catalán.

Con los instrumentos de que se había hecho fray Jean y las habilidades nunca olvidadas de Antoni, la carne no faltó en su hoguera, mientras se proveían de las verduras y tubérculos cultivados en el huerto preparado por el ermitaño. Así, los largos tiempos muertos de los días y las noches los dedicaban a conversar de lo humano y lo divino, aun cuando ambos preferían los asuntos de los hombres antes que los de Dios.

El fráter Antoni Barral, asumiéndose como visitante del ermitaño, no tuvo reparos en contarle las peripecias de su existencia, empezando por los años vividos en los valles de la comarca como hijo de un siervo que rendía tributo al paupérrimo señor del feudo de Camprodón, un tal Jaume Pallard. Aquella hondonada, tan cercana a las estribaciones altas de las montañas, pero a la vez beneficiada con el clima más benigno, la tierra más fértil, los arroyos más cristalinos y la caza más numerosa, había sido bautizada por ello con el muy poco imaginativo nombre de La Vall. También le confesó que, en realidad, era un proscrito sin idea de cuál podía ser su destino terrenal, aunque, de entre todos los posibles, de seguro no sería el de ermitaño sin contacto con el mundo, como fray Jean de Cruzy. Le contó cómo había escapado de San Juan de Acre el último día de existencia cristiana de la ciudad, a la que había visto arder desde el puente de mando de *El Halcón del Temple*, el poderoso navío hasta el cual había llegado luego de lanzarse al mar desde los restos de las murallas de la ciudad en llamas, cuando había sido atrapado por una ola enorme e imprevista que lo depositó junto a la embarcación ya en retirada. Lo que no le confió al ermitaño fue que el prodigio había sido obra de una virgen negra, probadamente milagrosa y cargada de leyendas, la misma imagen que escuchaba la conversación escondida a unos pocos metros de distancia.

El en realidad ex monje, por su parte, le confesó que había abandonado hacía cinco años la abadía del Thoronet, en la Provenza, donde había ingresado siendo un adolescente y había vivido por más de cuarenta años, tiempo que debía haber sido más que suficiente para el intento de superar lo peor de su condición humana, la ira, y, de paso, la que se había convertido en su más inquietante convicción: que el glorificado Bernardo de Claraval era un demonio y no un santo. Pero ni educación ni oraciones ni enclaustramiento ni penitencias habían logrado salvarlo de su carácter y de su convencimiento. Por ello, luego de cometer un pecado mortal que nunca especificó, había

tomado sus pocos bártulos y salido a buscar el lugar más remoto de la tierra para vivir en soledad, sin contacto con otros humanos, como se lo merecía un ser con sus defectos y pecados cometidos. En los cuatro años vividos en aquel valle de tierras quebradas que le pareció tan desolado y acogedor, el fráter Antoni era la cuarta persona con la que fray Jean hablaba. Su último visitante había sido un judío converso en peregrinaje hacia Santiago que, casi un año atrás, se había extraviado y, solo Dios sabía cómo, había ido a dar a esos intrincados parajes. Entre otras novedades el converso caminante, que se hacía llamar Federico de Ginebra y resultó ser más parlanchín que el propio fray Jean, le contó lo que estaba ocurriendo en Francia y otros reinos con los *milites Christi* de la orden. Aunque, pensándolo de nuevo, a la luz de lo que le había confiado el fráter, tal vez el peregrino que se presentaba como converso toledano, confesaba un nombre tan sefardí y hablaba el idioma de Castilla con una entonación exagerada, como si cantara, en realidad fuese otro hermano de Antoni, prófugo como él.

Por haber tenido tales noticias, fray Jean de Cruzy no se había extrañado demasiado con la historia de la huida de Antoni Barral. Además, el ermitaño pensaba que, desde hacía años, los caballeros de la Orden del Temple habían comenzado a fraguar su perdición cometiendo el venial y tan humano pecado de la presunción. Se habían creído la aristocracia de la fe y la espada, de la sabiduría esotérica y de la habilidad comercial, cuando en realidad eran unos fracasados. Sí, porque la pérdida de todos los reinos cristianos de Tierra Santa los había dejado sin razón de ser como custodios de devotos que ya no podían peregrinar hacia el Santo Sepulcro y, sobre todo, porque ningún monarca europeo querría convivir en su propio territorio con un ejército que no respondiera a su mandato. Así, pecados mundanos, fracasos militares y la misma estructura de la orden habían decretado la perdición que el ambicioso y taimado rey Felipe se había encargado de ejecutar con tanta facilidad y, por supuesto, con la anuencia de un Papa que él, Felipe, había colocado en el trono de Pedro, como toda la cristiandad sabía.

Si al principio las consideraciones del ex monje le parecieron en exceso duras para enjuiciar una hermandad que tanto había hecho por la defensa de la fe cristiana, los argumentos acumulados por fray Jean en sucesivas pláticas y la propia visión de Antoni de las acciones y proyecciones de la orden terminaron por convencer al caballero de lo acertado de sus juicios.

Pero persistía un misterio que no dejaba de atormentarlo y para el cual

Antoni Barral seguía sin tener explicación satisfactoria: ¿cómo era posible que tantos de sus hermanos, incluidos los grandes cargos de la orden, hubieran admitido en sus confesiones la generalizada y contumaz comisión de pecados y los comportamientos y pensamientos heréticos que se decían comunes en la cofradía? Ciertamente podía ser, de hecho lo era, que algunos hermanos, en la soledad de campamentos y encomiendas, se habían dado a la práctica de actos de sodomía, como también ocurría en muchos campamentos militares o monasterios —y el ermitaño asintió cuando hablaron del tema—. Ciertamente podía ser, también, que algunos hubieran jurado en vano por la cruz solo para ganar los privilegios y el prestigio de la pertenencia a la orden, y hasta que alguno que otro se hubiese dado a la especulación en beneficio propio o de su encomienda. Pero Antoni Barral, quien a sus veinte años había tenido el honor de iniciarse como caballero del Temple a pesar de su origen plebeyo, que había recorrido medio mundo vistiendo la insignia inconfundible de la cruz roja ochavada, luchando en sus batallones en los más duros combates sostenidos en Tierra Santa, él podía asegurar que se trataba de excepciones. Las supuestas ceremonias secretas de iniciación no tenían nada de esotérico, pues eran en esencia similares a cualquier ordenamiento caballeresco de vasallaje. No se blasfemaba en ellas, mucho menos se escupía a la cruz o se renegaba de Jesús y la Virgen. Los ósculos en las mejillas eran solo una forma de patentizar el amor de hermanos implícito en la iniciación del neófito y las leyendas de adoración de ídolos paganos, la más absurda de las mentiras. O no: la más desatinada era la relacionada con la pretensión de conquistar los poderes de Dios... Por eso, Antoni Barral se preguntaba una y otra vez cómo era posible que se acumularan las confesiones condenatorias admitidas por hombres de iguales convicciones a los que él había visto luchar y morir en crudelísimas batallas.

Fray Jean de Cruzy, que se reconocía iracundo, pecador y poco dado a creer en milagros y hombres santos, le demostró muchas veces al hermano Antoni que sobre todo era un individuo sabio y, a pesar de sus muchos años vividos en condición monacal, conocía todo sobre los oscuros recodos de la conciencia de los humanos. Por ello le pudo dar a su compañero de gruta eremita una respuesta capaz de inquietarlo: «Más poderoso que la fe, la esperanza del perdón o las ambiciones materiales, lo más invencible es el miedo», le había dicho, los ojos fijos en el fuego que los calentaba esa noche de diciembre del año del Señor de 1308: «El miedo y el instinto de

supervivencia y no otros sentimientos son la esencia de la condición humana, la fuerza que cuando funciona lo domina todo: hasta el amor a Dios». El hermano Antoni Barral negó de inmediato con la cabeza: «Yo vi que esos hombres no tenían miedo a morir. Los vi agonizar abrazados a la cruz y con la espada clavada en el corazón de un infiel. Los vi luchar sabiendo que si caían prisioneros los esperaba el degollamiento ritual de los infieles o el más temido infierno de la esclavitud en tierras musulmanas...». Fray Jean había bebido un par de tragos de la infusión de hojas de menta endulzada con miel que esa noche tenía en su cuenco. «Hablo de un miedo diferente, peor que el miedo a la muerte, hermano Antoni», dijo. Y se encarriló: «Bien sé que muchos de los que ahora confiesan ser blasfemos y sodomitas hubieran muerto como mártires en los muros de Acre si en Acre hubieran estado. Porque ustedes son guerreros formados para un tipo de combate y acostumbrados a un enemigo: el infiel. Estaban preparados para un sacrificio que conocían, al que no le temían, al cual incluso tentaban. Sabían, como dices, que los musulmanes no perdían el tiempo torturando a los prisioneros templarios y ustedes los enfrentaban con valor. Miles de caballeros se han inmolado por la fe de Cristo y encomendándose a Nuestra Señora. Pero ahora les han trucado las cartas. Ahora se les dice por los jefes de la cristiandad que son aliados de los sarracenos y que, a causa de ustedes, se ha perdido Tierra Santa. De pronto unos convencidos defensores de la fe católica resultan acusados de lo contrario, y son calificados de herejes. Y se les demuestra o se les pretende demostrar que el mejor servicio que pueden hacer todavía a la humanidad, al cristianismo, a Jesús y a Nuestra Señora, al mundo mejor al que aspira nuestra fe, consiste precisamente en confesar. El rey de Francia, cristianísimo, y el Papa, su protector, lo más cercano a Dios que hay en la tierra, se lo piden... Y si no confiesan todos esos pecados y ayudan con ello a la cristiandad, los amenazan con someterlos a tortura o de hecho los torturan... ¿Sabes cómo funciona la tortura?...». «¿A base de dolor?», aventuró el fráter Antoni optando por lo obvio. «Es mucho más», argumentó el ermitaño. «La tortura es una pócima que provoca alucinaciones. Cuando un hombre es torturado, todo lo que ha sido su existencia regresa a su mente y explota. Entonces el infeliz, que empieza a dejar de ser la persona que fue, dice no solo lo que quiere oír el inquisidor, sino lo que se imagina que le será agradable escuchar, puesto que se establece un lazo —cierto que diabólico— entre uno y otro... Bajo tortura un hombre puede soltar las mentiras más

absurdas, ya que no es él quien habla, sino sus miedos desatados y todos ellos cumplidos con creces... ¿Y sabes quiénes son los mejores torturadores? No los rudos verdugos ahorcadores o cortadores de cabezas. Los más eficientes son mis ex hermanos de las órdenes mendicantes, los dominicos y franciscanos, hombres de gran fe y militancia, que saben de las flaquezas del cuerpo y el espíritu, porque la tortura es una especialidad y la que hoy se aplica es refinada, está recién creada..., pero, estoy convencido, será eterna. Lo que hemos descubierto sobre la manipulación del miedo y la esencia de la tortura se aplicará por los siglos de los siglos, en las sociedades futuras que vengan..., aun cuando por desgracia o por fortuna ni tú, Antoni Barral, ni yo estemos en este mundo para comprobarlo. Pero puedo ver como si mi alma volara a través del tiempo que es una verdad más grande que estas montañas que nos rodean.»

El invierno fue largo y agresivo esa temporada, incluso en aquel valle en el cual, Antoni Barral lo sabía, rara vez se veía nevar. Sin el conocimiento de la zona y las habilidades recuperadas del montañés, quizás fray Jean de Cruzy no hubiera resistido los rigores de la dilatada estación.

Al llegar la primavera del año 1309 Antoni Barral ya estaba decidido a hacer algo con su vida, sin poder colegir qué. Sabía por el primer peregrino que pasó por el valle cuando comenzaron a derretirse las nieves bajas que decenas de sus hermanos templarios seguían acantonados en varias fortalezas catalanas y se hablaba de que el rey Jaime prometía perdonarlos, solo después de incautar sus bienes, para luego enviarlos a luchar contra el moro en los territorios ibéricos ocupados. Sin embargo, las experiencias de los últimos años habían provocado en él una gran decepción respecto a sus creencias: todas las utopías en que había creído se habían deshecho frente a sus ojos, más aún, se habían pervertido. Ahora arrastraba la terrible convicción de que haciendo la guerra había sido un instrumento de altos poderes, los mismos que, cuando ya no era útil, quisieron incinerarlo en una pira; los eternos poderes que pretendían, con la esperada derrota del islam, hacerse con las riquezas de los territorios del Levante y las rutas comerciales hacia las riquísimas tierras asiáticas. Solo por eso, ahora lo sabía —su amigo Roger de Flor siempre lo había sabido—, él había sido empujado a participar en la

Historia, había vertido su sudor, su sangre y sus lágrimas en nombre de la creencia en un mundo más cerca del cielo, mejor, más justo: un mundo que no lo era ni lo sería.

Los días en que más lo atormentaban pensamientos de esa índole, el caballero se iba hasta la encina herida de muerte y con ramas en forma de cruz donde reposaba oculta la imagen de Nuestra Señora. Allí oraba hasta el agotamiento, con la siempre viva esperanza de recibir alguna señal de la Virgen, como las que lo habían beneficiado en los días que más cerca había estado de la muerte. Porque él seguía siendo un creyente, toda su vida lo sería, aunque no volvería a ser uno de esos muñecos de feria accionados por la mano oculta y decisora. La práctica mística de rezarle a un árbol, imposible de ocultársela a fray Jean de Cruzy, lo había obligado a mentirle, inventando la historia de que, con un pedazo de aquella encina herida por el cielo y con ramas en forma de cruz, su padre había tallado una pequeña virgen pues, por siglos, los moradores del valle consideraron que ese árbol específico tenía un poder celestial: solo por ello había sobrevivido en pie al impacto tremendo de un rayo y no había ardido hasta la raíz. Además, a falta de cualquier otro atributo, el árbol en forma de una cruz, tallada por la mano misma de Dios, servía a sus propósitos espirituales.

Pero, por más que oraba y pensaba, no encontraba una alternativa satisfactoria. Muy bien conocía que no tenía alma de ermitaño ni derecho a quebrar por más tiempo la soledad escogida por el amable fray Jean ni la posibilidad de irse a algún sitio y presentarse con otro nombre y otra historia de vida. Pues en el supuesto caso de que no descubrieran su filiación, ¿qué haría cuando se presentara con una virgen tan extraordinaria que hasta los reyes codiciaban su posesión? ¿Qué historia convincente podría inventar para ella?

Si todo fuera poco, Antoni Barral acababa de cumplir los sesenta años y sabía que su tiempo de vida entraba en su última fase. Ya era un viejo al que le costaba escalar montañas y masticar la carne con los pocos dientes que aún no habían huido de su boca. Y fue una tarde de ese estío, mientras orinaba y refrescaba sus piernas en el arroyo cercano a la gruta del ermitaño, cuando sintió, luego de un profundo temblor, que sus pies le exigían volver al camino. Antoni Barral supo que la vigorosa revelación era una llamada de su destino, aunque también lo dominó el convencimiento de que, antes, debía cumplir con una encomienda inapelable de ese mismo sino personal, ya

escrito o en plena escritura: poner a salvo la virgen milagrosa.

Apenas tuvo la iluminación, decidió cuál sería la suerte de la imagen: un convento o monasterio. Aunque antes, pensó, debía hacer una necesaria comprobación. Antoni conocía que en el feudo de la región, el sitio llamado Camprodón, habían levantado un monasterio o abadía, pero desconocía a cuál de las órdenes pertenecía. Y en su decisión de entregar a unos hombres de fe una virgen poderosa, había nacido también la convicción de que algunos monjes no se la merecían. Y como fray Jean de Cruzy solo tenía noticias difusas de la existencia de esa abadía, la única opción posible resultaba bajar al pueblo y hacer la averiguación pertinente.

Con el pretexto de realizar una incursión para comprarle al ermitaño algunos aperos más apropiados para el trabajo en la huerta y cuerdas destinadas a preparar trampas para cazas mayores, el fráter Antoni Barral se despidió de su huésped, el ermitaño fray Jean de Cruzy, con la promesa de estar de vuelta en dos, tres semanas a lo sumo. Y le pidió al ex monje que de vez en cuando se postrara ante la encina en forma de cruz y rezara por su suerte. Unas oraciones nunca estaban de más.

El invierno de 1314 fue incluso más duro que el de 1309: todo el valle se cubrió de una gruesa capa de nieve y algunos vados de los arroyos se escarcharon. Como las provisiones recolectadas en los meses cálidos no resultaron suficientes, fray Jean de Cruzy, acosado por el hambre y el frío, tuvo que salir de su gruta para procurarse algo con que alimentarse y ramas para calentarse. Vagó durante horas entre la nieve siguiendo rastros de animales que nunca aparecían hasta que en algún momento se sintió extraviado. Desanduvo entonces sus pasos sin tener la certeza de si regresaba a su refugio, y cuando empezaba a perder esperanzas, como un rayo de luz vio en la distancia la encina oscura en forma de cruz. Por ello, cuando ya en la noche se aproximaba a su gruta, aterido, sin nada que comer y presintiendo el desenlace que lo esperaba, el viejo ermitaño pensó que ese podía ser un buen lugar. Luego de persignarse, se arrodilló frente a la encina quebrada y, bajo sus ramas en forma de cruz, hizo lo único que podía hacer: oró. Dos horas después murió allí, postrado, congelado, fray Jean de Cruzy, sin haber vuelto a tener noticias del ex templario Antoni Barral, el único compañero

que había tenido en sus años de ermitaño en un valle sin nombre, rodeado de montañas cuyos picos parecían ascender y clavarse en el cielo y en la eternidad.

11 de septiembre de 2014

Aquel recodo del viejo barrio del Cerro era conocido como El Canal y, desde siempre, famoso en toda la isla como un sitio de altas temperaturas humanas. Predio de guapos, navajeros, buscapleitos y sicarios desde la época de la colonia, en su territorio y en el vecino barrio del Manglar habían plantado sus banderas los negros curros llegados de Sevilla, unos andaluces de piel oscura y vociferantes que se distinguían de sus pobres parientes africanos por el pañuelo rojo que se ataban en el cuello, su habilidad para escupir por un costado y el cuchillo de brillante acero toledano que siempre llevaban envainado en la cintura..., hasta que llegaba el momento de sacarlo.

Mientras Conde seguía las referencias difusas capaces de llevarlo a la casa del amigo de Yúnior Colás, conocido como Platero por su semejanza en las proporciones fálicas con el asno más célebre —y para Conde más comemierda— de la literatura de la lengua española, pensó si la historia virginal que perseguía no estaría empeñada en mostrarle todas y cada una de las costras de una ciudad que, bien vista, parecía afectada de lepra.

Con las mañas necesarias para no hacerse repelente, la camisa empapada de sudor y los pies ardiéndole dentro de las botas asesinas, Conde llegó a saber la dirección exacta del joven prostituto. Frente a la casa, cuya puerta despintada daba sobre la acera, Conde vio en la esquina más próxima a tres moradores del barrio que lo analizaban con un interés no calificable de antropológico. Era lo normal, pensó, y se secó cuanto pudo el sudor del rostro para al fin tocar a la puerta.

Le abrió una anciana de unos setenta años, con una melena turbia y mal

peinada en cuya maraña se alternaban pelos negros, mechones de canas y restos de cabellos tratados con tintes ya descoloridos, entre el caoba y el color rata. Conde la saludó y le preguntó si podía ver a Platero. La mujer lo estudió con más detenimiento que el dedicado por los lúmpenes de la esquina, valorando quizás si el visitante era policía o algún cliente pervertido.

—¿Para qué lo quiere? —preguntó la anfitriona.

—Me hace falta hablar con él... De parte de su amigo Yúnior, o Raydel, no sé cómo él lo conocía. El mulatico oriental...

La mujer descartó de inmediato las razones perversas y se decantó por las policiales.

—A ese fue al que mataron, ¿no?

—Ese mismo...

—Pobre niño. Sí, mi nieto lo conocía, pero no tenía nada que ver con él...

—Es que Platero habló con él de algo importante... Por cierto, ¿cómo se llama Platero? Es que no me gusta llamarlo así...

—Mi nieto se llama Yamichel y ya le dije que no tiene nada que ver con el Raydel ese... Mi nieto estudia en la universidad.

—Me alegro —dijo el Conde. Empezaba a entender algunas cosas y a no entender muchas otras. El tal Yamichel podía ser alguien informado, hasta culto, en tanto universitario. Pero a la vez practicaba el oficio de dispensador de placeres a destajo. ¿También eso era normal? ¿Ahora era normal?—. Señora, yo nada más quiero que Yamichel me diga algo que él averiguó sobre una virgen que Raydel había visto.

La mujer del pelo multicolor y aspecto casi mugriento musitó.

—La Virgen de Regla que no era de Regla.

—Esa misma. —Solo en ese instante, viendo la sonrisa cariada de la abuela del amigo de Yúnior-Raydel, Conde tuvo la certeza de su pérdida galopante de facultades. Si Yamichel sabía del valor real de la virgen..., ¿no podía ser parte de la trama que conducía a su desaparición y a la muerte de dos personas? Sintió deseos de autoflagelarse, aunque recibió un alivio cuando la mujer volvió a hablar.

—¿Usted es policía?

La pregunta no podía faltar. Y él decidió probar una respuesta que le permitiera avanzar unos pasos.

—Más o menos.

La mujer valoró la información. Y calculó que Conde era más que menos

policía. Y con toda seguridad pensó, pues bien debía de saberlo, que cuando no queda otro remedio es mejor no incordiar a los policías: los de ese gremio, aun con caras como la del Conde, suelen tener mal carácter.

—Yamichel está en la universidad. Pero llega en cualquier momento. Viene a almorzar... ¿Quiere esperarlo?

—Sí, claro —reaccionó el Conde, sorprendido por aquella posibilidad.

—Bueno, pase entonces.

La anciana le extendió la mano para cederle el paso hacia la pequeña sala que más parecía una gruta. Como la mayoría de las casas del barrio, construidas una contra la pared de la otra, carecía de ventanas laterales y la luz provenía de la calle o de la puerta que, al fondo, debía dar al pequeño patio de lavaderos. En uno de los muros laterales, en el ángulo quebrado por una de las columnas que sostenían el techo, Conde vio la imagen de la pequeña Virgen de Regla que siempre había conocido, la réplica popular y abaratada del original existente en la ermita dedicada a la santa.

—Siéntese. —Y le señaló una vieja butaca de madera oscura, del mismo modelo de las que existieron en la casa familiar de Conde—. Mi nieto es un buen muchacho. Es joven y hace cosas de jóvenes, pero es bueno... ¿Le dije que estudia en la universidad? ¿Puedo brindarle una limonada?

—Sí, gracias, este calor... —musitó, luego de contener el impulso de preguntar si utilizaría agua hervida. No, él no podía caer en ese hoyo.

—Y ya estamos en septiembre —añadió la mujer cuando se encaminaba hacia la cocina—. Este país es un infierno...

—Se vive mejor en Alaska —se atrevió a acotar Conde.

—¡Hasta en la luna! —soltó la anciana, que de inmediato recogió amarras—. Por lo del calor, digo yo...

Media hora después, bebida la limonada y escuchada la impoluta biografía estudiantil y política de Yamichel en la versión de su abuela, Conde vio llegar al joven y ya no le sorprendió su estampa: parecía un muchacho normal, bien diferente al aspecto marginal del difunto Ramiro la Manta y del Murciélago. Solo le extrañó el hecho de que Yamichel fuera más negro que el betún y en cambio su abuela era o al menos parecía ser blanca. Los gestos y la estampa del joven resultaban sin duda masculinos y acentuaba esa impresión el brillo de su cráneo rapado y el volumen de sus brazos de fisiculturista.

La abuela se apresuró a explicarle al recién llegado quién era el visitante.

Conde no tuvo dificultades para descifrar los códigos que la mujer le transmitía al nieto: cuidado, es policía, le advertía. Por eso él decidió ampliarle la información y le dijo por qué lo buscaba: necesitaba que le contara la razón por la cual Yamichel creía que la virgen de Raydel era valiosa. Solo eso.

El joven había escuchado en silencio a la abuela y al presunto policía, mientras bebía su vaso de limonada fría. Conde supo sin temor a equivocarse que se trataba de una persona inteligente y, quizás por ello, tan o más peligrosa que los delincuentes comunes de la estofa de Raydel con los cuales había estado lidiando.

—¿Qué me puedes decir entonces? —le reclamó, esperanzado.

—Yo no tengo nada que ver con los líos de Raydel..., pero lo voy a ayudar. Un momento —pidió Yamichel, y recuperó la mochila que lo acompañaba y extrajo de ella una computadora portátil. Con la habilidad de la práctica sistemática, abrió la máquina, la encendió, esperó unos segundos y operó el *mouse* integrado para buscar algo en el engendro informático. Cuando encontró lo que buscaba le pasó a Conde la *laptop*. Durante toda la operación, la abuela de greñas tricolores había seguido con admiración los movimientos precisos del muchacho, como si tratara de descifrar el truco de un prestidigitador.

Conde recibió con cuidado la máquina. En la pantalla, a todo lo ancho y alto, había la imagen de una virgen muy similar a la que había visto en las fotos de Bobby.

—Se parece mucho... —El Conde se movió con cautela.

—Demasiado..., como si fueran hermanas..., esta virgen la tienen en una iglesia del norte de España. Es una escultura medieval, románica, y es posible que traída del norte de África en la época de las cruzadas, siglo XII...

—¿Tan antigua?

—Sí, muy antigua..., y no tiene precio.

—¿Qué quiere decir que no tiene precio?

Yamichel al fin sonrió. Tenía unos dientes muy blancos que contrastaban con el color negro brillante de la piel que se adueñaba incluso de sus encías.

—Que esas vírgenes son muy raras y no están a la venta... Y si alguien vende alguna puede pedir por ella una fortuna. No sé cuánto, pero un dinero. Todo depende de cuánto quiera tenerla el comprador y de la habilidad del vendedor. Y de lo más o menos sucia que esté... Son reliquias.

Conde asintió. Pensaba.

—¿Y tú le dijiste eso a Raydel?

—Se lo dije porque me habló de una Virgen de Regla que tenía un poder y me enseñó la foto que tenía en su celular. Yo enseguida supe que no era una Virgen de Regla —dijo, y señaló la escultura que estaba a su izquierda—. Yo me crié en Regla y me conozco a esa virgen de memoria... Lo demás lo averigüé en internet.

—¿Y qué iba a hacer Raydel cuando supo lo que podía valer la virgen?

Yamichel sonrió otra vez.

—Robársela, claro. Y después irse para Miami a tratar de venderla allá... Aquí no hay comprador para esa joya.

—¿Y con quién habló para salir de Cuba?

—Eso yo no lo sé... Ni quería saberlo, y me alegro... Porque parece que la virgen lo castigó. O Raydel habló con la persona menos indicada, ¿no?

—Conde, Conde, Conde..., qué generoso... Pues si me das a escoger: Santiago Añejo. ¿Sabes que ese ron es el único que de verdad todavía se fabrica en la antigua Bacardí con la misma fórmula con que antes se fabricaba el Bacardí original? Bueno, qué coño te voy a contar a ti de rones, ¿eh?... Pero por eso es que está que se parte. Mira, te bajas un litro y al otro día estás campana, sin la resaca que dan los otros mofucos esos que hacen ahora con etiquetas bonitas y les echan colorantes y les ponen el tiempo de añejamiento que les sale de la barriga, como si uno fuera comemierda, ¿no?

Miki Cara de Jeva tenía un par de años más que Conde aunque ya exhibía una colección de pliegues, arrugas y estrías en su rostro, antes tan bien parecido como para haber merecido el mote que lo comparaba con una belleza femenina. La venganza implacable del tiempo, pensaba Conde siempre que lo veía. Y a pesar de que procuraba encontrarlo lo menos posible, la información social acumulada por el supuesto escritor que no escribía lo obligaba a buscarlo una y otra vez.

En el bar privado y refrigerado, donde todo lo consumible debía pagarse en la divisa cubana, Conde observó tras la barra la hilera de bebidas espirituosas de etiquetas atrayentes, como potentes imanes: whiskies y bourbons, ginebras y rones, cremas y vodkas, vinos y cordiales llegados de los lugares más diversos del planeta. La posibilidad de sentarse en un bar así,

con la opción de atormentarse por no saber qué escoger, era un sueño que le había perseguido toda su vida. Lo curioso resultaba que fuera gracias a la circulación de moneda fuerte y hasta al renacimiento de una tímida empresa privada en la isla que se recuperara tan maltratada posibilidad. Y decidió darse el gusto y el lujo como parte de una transacción comercial y laboral. Y porque en un sitio así, limpio, refrigerado, iluminado con discreción, era más fácil propiciar la locuacidad de Miki Cara de Jeva que en el bullicioso bar de la Unión de Escritores del que Miki era asiduo o en el agresivo Bar de los Desesperaos donde, rodeado de los borrachitos de su barrio y cuatro perros sarnosos, Conde solía comprar sus alcoholes cotidianos. Y porque luego le pasaría la factura a Bobby.

Cuando olió el perfume del añejo Santiago servido en la copa baja y barrigona, la más propicia para aquel contenido dorado y cálido, se sintió como un personaje de novela cambiado de libro. Una equivocación.

—Lo mío, tú lo sabes, no es la gente que anda en los negocios con obras de arte, pero de todo se entera uno. Vaya, para que tengas idea: hay un escritor, muy conocido, que con mil marañas se ha hecho de una colección de pintura cubana que te cagas. Millones debe de tener en obras de arte. Y las consigue de todas las formas que te puedas imaginar. Con favores, con trampas, como sea... Es insaciable. Y es muy amigo de René Águila. Como a ese escritor le gusta que le digan que es el mejor del mundo, cuando tú se lo dices, él se siente tan justamente reconocido que empieza a hablar como una cotorra... ¡Y cuenta cada cosa! Él fue quien me dijo que René se compró una casa en las Alturas de Guanabo. Una casa que parece una fortaleza. La remodeló completa, le metió unos muros de castillo medieval, le puso cámaras y alarmas, y tiene hasta guardaespaldas, porque lo que hay allá adentro es una locura: muebles, vajillas, cuadros, joyas... El tal René ese compra de todo, pero siempre que lo pueda coger de *fly*, sin pagar lo que vale, porque es un cabrón que no tiene escrúpulos ni ley y engaña a Mahoma...

—Ese tipo me habló de la ética del gremio... —recordó Conde.

—¿Ética?... Mi socio, la única que conozco es la que escribió Spinoza... ¿Tú entiendes algo de lo que dice Spinoza? Bueno, es que esto ya no es lo que era antes, *brother*, ni lo pienses. Mira, antes nada más los pinchos pinchos y los hijos de los pinchos y las mujeres y las queridas de esos pinchos tenían esas cosas y se daban la buena vida. Ahora, además de los

pinchos pinchos, hay una pila de cabrones que se han hecho de plata sacándoles lo que tienen a gentes que están jodidas y les hace falta algún dinero para sobrevivir. Y eso es lo que hace René Águila. ¿Ética?... Ese tipo es capaz de cualquier cabronada, pero... ¿de matar a un muchacho que es un ladrón de mierda que no sabe muy bien lo que tiene en las manos? No sé, Conde, no sé... Eso ya es otra historia.

—¿Y el otro, el tal Elizardo?

—De Elizardo te puedo decir muchas cosas: lo primero es que tiene una hoja de ruta más rara que el carajo. Imagínate tú que vivió como quince años en Francia y hace como diez se repatrió, cuando meter esa recurva para atrás era más difícil que comprar en este país un jabón que no te arañe la piel... Pero él lo hizo. ¿Cómo se fue para Francia, qué hacía allá, cómo vino?... Puras leyendas urbanas. Dicen que se casó con una suiza rica. Que fue a buscar una herencia de un abuelo millonario catalán. Que era un superagente 008 enviado a luchar contra el imperialismo en aquel campo de batalla..., hay para escoger. El caso es que tiene plata o por lo menos parece que tiene plata, y si la tiene también es por las cosas que ha comprado y vendido aquí. ¡Y la casa donde vive! Un palacio... Pero cuando te digo palacio, digo paaalaaaciooo... Uno de sus negocios, y esto parece más seguro, es que como en Francia, en Suiza, en Alemania conoció a varios marchantes de arte, el tipo les hace el contacto con ellos a algunos pintores cubanos y les cobra una comisión por las ventas. Y con eso saca un pastón, porque en Cuba hay más pintores que gorriones: se dan silvestres, y algunos salen buenos de verdad. Y como todo el mundo piensa que si alguna vez, allá por el siglo XXIV, las cosas entre Cuba y Estados Unidos pudieran arreglarse, los coleccionistas americanos van a venir a buscar de lo que haya y... ya todo va a estar vendido y comprado. Y el que quiera algo, que se lo pague bien pagado a los que han hecho la zafra ahora. Elizardo también trabaja a los clásicos cubanos: muchas de las obras de los pintores buenos del siglo XX que se mueven le pasan a él por las manos y eso es otro dineral. Lo interesante es que este personaje tiene clase. René es un marrullero que se las da de nuevo rico, de hombre de negocios; Elizardo se hace pasar por promotor cultural o gestor o como recono quieran decirle, pero algo más refinado, y tiene amigos en la oficialidad... O por lo menos eso es lo que dice... La verdad es que en el fondo es lo mismo que el otro, porque también compra y vende joyas, adornos, muebles, vajillas, pero eso lo hace a través de unos testaferros para

que no parezca que es un mercachifle, como René... El tipo es insaciable, tiene delirio de grandeza, eso seguro..., ¿pero matar por una pieza valiosa? Tampoco lo creo, la verdad...

—Yo tengo mis dudas... El dinero es del carajo.

Miki bebió de su copa.

—Sí, pensándolo bien, *brother*, aquí las cosas se han puesto tan jodidas que cualquiera hace cualquier cosa por salir a flote. Mira, yo todavía me acuerdo de cuando los pintores que mejor venden ahora les regalaban a los amigos sus obras, o se las cambiaban a un extranjero por un jean o por una grabadora. Aquí nadie sabía lo que valía su trabajo y menos todavía venderlo. Pero de aquel tiempo romántico ya no queda ni el recuerdo, Condenado, ni el recuerdo. En este país la gente vive con el cuchillo en los dientes, porque si no, no vive... Dime, ¿cómo vives tú, cómo viven Carlos y el Conejo?... En la inopia permanente, de puro milagro. Y mira quién vino a tirarte un salve: Bobby el ganso... Porque ese, que era marxista, leninista, estalinista y todos los otros istas que tú sabes, lo que hacía era esconder su mariconería para que no lo molieran vivo, y cuando de todas formas lo molieron y decidió abrir los ojos, dijo: comunismo, no; consumismo, sí... Se metió en los negocios y se cuenta, se cuenta, a mí no me creas, pero se cuenta... —Miki bajó la voz— que tuvo que ver con unas pinturas falsas de Tomás Sánchez que soltaron en Miami...

Conde hizo un gesto para detener el discurso de Miki.

—¿Bobby estaba en el negocio de las falsificaciones?

—No puedo jurarlo, pero se comenta... ¿Tú crees que porque antes era comemierda ahora no es un tigre?

—Cada vez creo en menos cosas, Miki...

—Y haces muy bien... Nada, el caso es que Bobby está ahí, forrándose en plata y viviendo como un rey con vasallos sexuales y todo. Pero se puso fatal, porque lo jodió la rebelión de los humildes y lo dejaron encueros... Por eso te digo, Conde, yo no sé qué sabrá la policía, pero un tipo como Bobby tenía que saber lo que valía esa virgen de mierda y estaba herido porque su novio lo había jodido... ¿De verdad tú crees que no sería capaz de matar al chiquito como lo mataron?... Al otro delincuente no sé, ¿Ramiro, me dijiste?, bueno, eso se parece más a una novela de Raymond Chandler, con el estacazo que te dieron en la cabeza incluido... ¿Dime que no es verdad?...

—A Marlowe a cada rato le daban un trastazo...

Miki volvió a beber, casi como si tuviera sed, y llegó a las últimas consecuencias del trago.

—Pero al Raydel o Yúnior, ya ni sé cómo se llama, Bobby bien pudo haberle pasado la cuenta... En una bronca, con un encabronamiento... Digo yo... Coño, Conde, se me acabó el ron. Con todo lo que he hablado me gané otro, ¿no?

Como había visto que se hace en las películas, Conde levantó un dedo hacia el barman y ejecutó el gesto clásico de pedir que repitiera los tragos. Se sintió realizado con una acción que jamás imaginó pudiera practicar alguna vez y con éxito en la estepa comercial habanera. ¿Hasta cuándo duraría aquel milagro de cordialidad y eficiencia privada? Aquello provocaría picazón y lo joderían: jugada cantada.

—Gánatelo de verdad, Miki... ¿Y Karla Choy?

El barman rellenó las copas y, como saladito, colocó un plato con varias aceitunas y otro con frutos secos. ¿Estaban viviendo en la realidad o en una de las películas de Bogart que enloquecían a Conde? ¿Un misterio con dama fatal incluida?

—El que te diga algo sobre esa mujer y crea que es la verdad es un comemierda. Porque lo único seguro seguro que se sabe de ella es que está tan buena y tiene una cara que... para un avión en seco en el aire. Cuando la veas...

—Ya la vi... Y me tomé un trago con ella...

—¡Coñó! —se le escapó la exclamación a Miki—. ¡Viste qué cosa!

—*Bocato di cardinale*...

—No, del obispo de Roma... Si en mis tiempos...

—Deja esa trova de viejo cagao y habla, Miki.

—Pues nada..., de ella nadie sabe nada... Hay un bando que dice que es la amante de un superministro, un histórico, como les dicen ahora, y que el tipo es su paraguas. Otros cuentan que en verdad es hija de uno de más para arriba todavía, uno de los pinchos pinchos, y que ese papá es su escudo antimisiles y que por eso hace lo que hace... Hasta se habla de un marido conde italiano, dueño de viñedos en la Toscana. Pero yo creo que todo eso es cuento. La verdad, para mí, es que la chiquita es una lumbrera: tiene el arte de hacer negocios en la sangre...

—Los genes chinos...

—Sí, pero de los chinos de ahora... Por eso te digo que, hasta donde yo

sé, y no es que sepa mucho, Condenado, esa muchacha no se metería en ningún negocio así, y menos si hay muertos por el medio...

—Los muertos pudieron venir después —advirtió Conde—, como complicaciones no previstas. Daños colaterales...

—¿Entonces tú piensas que...?

—Yo nada más pienso que por tres o cuatro millones de euros cualquiera toma la Bastilla y después la echa abajo, Miki.

—Bueno, eso es verdad... Tan verdad como que este es el mejor ron que se toma en Cuba porque es el que se fabrica en... Oye, ¿te enteraste de que el Conejo se pira?

Conde sintió un salto en el pecho. Que Miki supiera de los planes de su amigo ya era un disparate, pero que además lo soltara en público era un suicidio.

—Oye, Miki, ¿tenías que gritarlo así? De eso no se habla...

El otro sonrió y bebió de su trago.

—¿En qué mundo tú estás viviendo, Condenado? Cojones, pareces un extraterrestre... Eso ya pasó, se fue, se acabó... Antes, por saber que otro se iba y no decirlo, te cortaban la luz y el agua. Si no, acuérdate de lo que le pasó a tu amigo Fernando Terry... Ahora los que se van, sean médicos o peloteros o escritores, hacen una fiesta antes de ir echando y todo el mundo *easy*, suave. Que te vaya bien, mi socio, nos vemos acá en un par de añitos o mejor allá si me dan la visa... Claro, todavía hay algunos comemierdas que cogen matraquilla con eso, y hablan bajito..., pero ya se formó el corre corre. ¿Has visto cuántos peloteros se van a la semana? ¿Y has visto que algunos vienen después de vacaciones a Cuba? ¿Y cuánta gente tiene ahora pasaporte español y se dedica a traer paquetes desde Panamá o desde Burkina Faso por doscientos dólares el viaje? Esto no hay quien lo pare... ¡hasta el Conejo se nos va, chico, se nos va!

Cuando abandonó el bar refrigerado, con cuarenta dólares menos en los bolsillos por los seis tragos pagados, Conde sufrió la bofetada del calor húmedo de la tarde de septiembre. De inmediato sintió cómo lo arrojaba un ataque de desidia capaz de llevarse un emergente deseo de escribir sobre la sensación de extrañeza y cercanía, de propiedad y ajenez que había sentido

en aquel bar que le había resultado —sabía Dios por qué— escuálido, chandleriano y conmovedor. Además, todavía le dolía la base del cráneo donde lo habían golpeado, las informaciones acumuladas en su mente formaban un revoltijo de donde no conseguía sacar nada en claro y la certeza de cómo funcionaba ahora el mundo, según las conclusiones de Miki Cara de Jeva, no era un panorama calificable de alentador para el país en que había vivido todos aquellos años, en donde de forma sibilina y silenciosa parecía haberse formado ya la estampida y la rebatiña por la posesión de los desechos sólidos útiles aún existentes. Alguien se lo había dibujado con dos palabras en esos días policiales: la selva.

Agobiado, decidió retirar sus fuerzas a la seguridad de sus cuarteles de invierno, pero antes se propuso mejorar la salud de sus pies con alguna oferta asequible en una tienda cercana de expendios dolarizados. Ya calzado con sus nuevos mocasines —otros cuarenta dólares esfumados— tomó un taxi particular hasta su casa (viajó media hora a ritmo de reguetón y respirando CO₂ en estado puro), donde alimentó y mimó por un rato a *Basura II*, se dio una ducha larga, fría, desinfectante —Miki era contagioso y el vaho del petróleo del viejo taxi se le había adherido como una garrapata— y se cambió de ropa. Cuando comenzaba a oscurecer y la furia del sol perdía intensidad, emprendió la ruta hacia la casa del Flaco Carlos, luego de hacer una parada en el Bar de los Desesperaos para armarse con un litro del alcohol infame que allí solían beber. No tenía ganas de tomarse ni un trago más. En medio de estados de ánimo como el que portaba esa tarde, arrastraba grandes posibilidades de reencontrarse con el diablo. Pero presentía que Carlos estaría con la boca caliente. Y complacerlo era una de sus más altas misiones en la vida: y una dosis embotellada de inconsciencia siempre solía ser bien recibida. Aunque de pronto se sintió mezquino. Para conocer unos cuantos chismes habaneros había bebido ron Santiago con un mal escritor y buen farsante de lengua viperina como Miki, y en cambio le llevaba líquido inflamable a su mejor amigo. El peso de la culpa lo venció en el primer *round* y, antes de llegar a su destino, hizo una incursión en otra de las tiendas donde todo se vendía en divisas, compró una botella de ron, al menos etiquetado, y cerró la contabilidad del día: ya había gastado los cien dólares que se suponía había ganado. ¿Cómo se vive en este país sin cien dólares para gastar en el día? Calzado con unos zapatos asesinos y bebiendo mofucos, fue la única respuesta posible.

Apenas lo vio llegar, el Flaco fue capaz de advertir de inmediato el mal ánimo que arrastraba su viejo amigo. Lo corroboró cuando Conde le entregó las dos botellas de ron, el bueno y el malo, y le ordenó que no le sirviera ni un trago, no esa noche, y que Josefina no contara con él para la comida, pues quería llegar temprano, sobrio y hambriento a la casa de Tamara.

—Jodido no, Conde, estás moribundo —sentenció Carlos ante un panorama sorprendente—. ¿Qué coño te pasa, salvaje? ¿No vas a tomar ron y no vas a comerte el arroz con pollo que está tirando la Vieja? ¿Te volviste comierda con el trancazo que te dieron en la cabeza?

—No sé, estoy..., no sé... Creo que sí... Tengo un revoltillo dentro de la cabeza.

—Para mí que eso es la menopausia. Y una crema de espárragos no va a mejorarte... —decretó el Flaco, que sí se sirvió un trago de ron, de la botella etiquetada, por supuesto.

Conde trató de explicarle al amigo las razones de su abulia: sin necesidad de pensarlo mucho repasó todo lo que había vivido en aquellos días, desde el conocimiento de los planes del Conejo y la sacudida que le había dado Tamara, hasta las confesiones de Bobby, pasando por las revelaciones de Miki, la visita a Rangel y los tránsitos por el infierno de los asentamientos, y llegando al conocimiento casi íntimo de dos asesinatos cruentos y hasta de un indigente sin zapatos. Todo era como un tsunami de conmociones que lo habían removido de mala manera y lo habían conectado del peor modo con la realidad de la vida y del país.

—Está cabrón, la verdad —admitió Carlos—. Aclárame, *please*..., ¿todo este ron es para mí?

—Todo tuyo —ratificó Conde, y observó cómo su amigo alzaba los hombros, atrapaba una de las botellas y se servía otro trago. Conde hizo un esfuerzo por contenerse, pero no logró atar todos sus cabos—. ¿Dijiste algo de un arroz con pollo?

—A la chorrera..., caldosito, con unos pimientos rojos por arriba y...

Ya había oscurecido cuando salió hacia la casa de Tamara. Decidió hacer el trayecto caminando las cuadras necesarias para acelerar la digestión del arroz con pollo y procurar recomponer su espíritu absorbiendo la atmósfera benéfica de un barrio que no era el suyo, pero solía despertar lo mejor de su memoria afectiva: los años del preuniversitario, la amistad de Carlos, su relación con Tamara, el pequeño estadio donde jugó pelota junto a amigos

como el ausente Andrés, la estampa de los parques íntimos y apacibles de la zona donde se besuqueó con sus primeras novias. Aun cuando sabía que entre sus recuerdos y el presente mediaban décadas empleadas en demolerlo todo con intensidad y alevosía, con perversidad casi programada, no dejó de sorprenderlo el patente estado de deterioro y abandono que también allí se extendía como una plaga. Casas apuntaladas y nunca vueltas a pintar; basureros montañosos en las esquinas; aceras y calles recién importadas de la Franja de Gaza; nuevos negocios levantados sobre la improvisación, la pobreza y el mal gusto; perros callejeros que hubieran dado una pata por tener la suerte de su pobre *Basura II*. Nada capaz de mejorarle el ánimo.

Tamara lo recibió con un beso capaz de quitarle la mitad del peso abúlico que lo acompañaba, con la admiración por lo bien que le quedaban los zapatos nuevos y la noticia de que Yoyi lo había estado llamando a su casa, a la de Carlos y a la de ella, Tamara. Quería verlo con urgencia, había recalcado su socio comercial, quien otra vez se lamentó de que Conde no tuviera un celular, aunque ya conocía su incapacidad para operarlos y su tendencia a perderlos.

Observando la destreza de Tamara para cortar las verduras con las cuales prepararía un caldo vegetal, Conde llamó al Palomo desde la extensión telefónica colocada en la cocina. Cuando comunicó, la voz de Yoyi lo sorprendió por su capacidad de anticipación.

—¿Dónde coño estabas metido, men? —soltó el otro.

Conde hizo el gesto de mirar el auricular del teléfono.

—Yoyi, a ti te llama media Habana..., ¿cómo coño tú sabías que era yo?

—Ay, Conde..., el celular reconoce los números desde los que te llaman... Y en la pantalla que tienen, porque tú sabes que tienen una pantalla, ¿verdad?, pues apareció el nombre de Tamara porque..., ¡pero qué coño de conversación comemierda es esta, men!

Conde sonrió ante la desesperación de su socio.

—Bueno, ¿qué pasa que es tan urgente?

—Una cosa de la que me enteré y otras que estoy pensando. Tenemos que hablar ya...

—Ajá, dime.

Él escuchó el suspiro del Palomo.

—No por teléfono, es muy complicado... Mira, agarra un carro y ven para la paladar adonde voy a comer con mi novia...

Conde miró hacia Tamara, dedicada a poner verduras en la olla.

—Es que hoy... Tamara está cocinando... Y yo ya...

—Esto es importante, men. Y tú sabes que yo no juego con las cosas importantes. Dale, apunta la dirección y ven para acá... Además, quiero presentarte a mi novia y que veas con tus ojos lo que es un paladar de lujo. Este está de moda... Mira, mira, ven con Tamara, yo los invito.

—Pero...

—Conde, está bueno ya... A ver, ponme a Tamara al teléfono —ordenó Yoyi.

Él se volvió y le dijo a Tamara que Yoyi quería hablarle, mientras la hacía con el índice un gesto de negación. La mujer, intrigada, se secó las manos en el delantal y recogió el auricular que le extendía su compañero.

—Dime, Yoyi —dijo, escuchó y repitió dos, tres veces un ajá que remató con una sonrisa y una afirmación—. No se me olvida la dirección. Me visto y vamos para allá. Yo lo arrastro por una oreja. Sí, dale, hasta ahora —afirmó, y colgó.

El palacete de El Vedado había vivido sus tiempos de glamur y también sus largos años de decadencia hasta tocar las puertas de la ruina. Pero cuando un emprendedor criollo logró comprarlo (a precio de remate) con el propósito de montar en él un restaurant, el edificio resucitó y, como le correspondía, entró en la gloria. La reparación y remodelación de la propiedad abarcó desde la verja delantera hasta el último centímetro de techo y ahora todo en ella resplandecía con el brillo de lámparas, muebles, biombos, adornos de diseños atrevidos, metales bruñidos, pinturas de esmalte, todo venido del más allá por vías ignotas. La primera pregunta que se hizo Conde al penetrar en aquel sitio, reservado a extranjeros y cubanos muy privilegiados (u otros como él, invitados por cualquiera de esas dos especies posibles), era cuánto habrían pagado por el inmueble y por su reparación y decoración. Solo de imaginar la cifra calculada en bruto, sintió vértigos y se le despertaron otras cuestiones más, como, por ejemplo, ¿de dónde había salido la plata para realizar toda la inversión previa al rendimiento de las utilidades? Un misterio cubano. Otro. La última pregunta que se haría, tres horas y media después, cuando Yoyi pagó con dinero contante y sonante la cuenta de todo lo tragado, igual que las

decenas de comensales que los antecedieron y los sucederían, fue cuánto dinero generaba por día ese sitio. En lugar de vértigo, Conde percibió que se asfixiaba. Aquello era una mina de oro. Así se estaban haciendo las fortunas de que le hablara Miki Cara de Jeva esa misma tarde, y no pudo evitar repetirse la pregunta: ¿hasta cuándo duraría aquello?

El Palomo era cliente habitual del restaurant y ex compañero de estudios superiores del *maître*, pues ambos se habían diplomado como ingenieros y ahora si acaso exhibían como adornos sus diplomas, pues se buscaban la vida con otros oficios y saberes más productivos para sus economías que diseñar puentes que nunca se tenderían, como había dicho Karla Choy. Conociendo que Conde era un fumador hiperactivo cuando probaba el alcohol, Yoyi le había pedido a su amigo una mesa en la terraza, la más apartada y cómoda posible, y conservar frescas dos botellas de algún buen tinto español para cuando llegaran sus invitados.

Con una Tamara bella, resplandeciente y bien perfumada colgada del brazo (así mostraba mejor su anillo matrimonial), el plebeyo Conde (por suerte, calzado con dignidad) atravesó la instalación en busca de su socio comercial, y comprobó que su eterna novia todavía era capaz de atraer miradas: por el frente y por la retaguardia. Y se sintió orgulloso de su cualidad de usufructuario exclusivo de tales atributos. Pero cuando llegó al sitio reservado por Yoyi y vio a la nueva novia de su amigo, sintió temblores en las piernas: la mujer estaba mejor que la casa que ocupaba el restaurant, casi casi tan buena como la china cubana Karla Choy. El pelo platinado, los ojos verdes como semáforos invitando a la marcha, los labios gruesos y el cuerpo moldeado con esmero y abundancia de materiales colocados en los sitios justos, demostraban que Yoyi era un *gourmet* en todos los sentidos importantes de la vida. La belleza de turno se nombraba María de la Merced, le gustaba que le llamaran Merche, y con el mérito añadido del nombre y el mote clásicos, Conde sintió que el conjunto alcanzaba la perfección: era una de las pocas personas de alrededor de los treinta años nacidas en el país que no tenía un nombre inventado o un apodo estrafalario, si era posible, uno u otro, comenzado con Y. Para colmar sus virtudes, Merche era la gerente principal de una agencia privada de decoración de interiores y hasta resultó ser buena conversadora, razonablemente culta, informatizada solo lo suficiente, tan discreta como para guardar silencio o cotillear con Tamara cuando los hombres entraron en terrenos pedregosos. ¿De dónde coño Yoyi

sacaba ángeles como ese?

Tras las presentaciones bebieron un whisky, suficiente para leer la carta, hacer los pedidos y solicitar el vino de la Ribera del Duero ya refrescado. Como le solía ocurrir cuando tenía la necesidad de escoger entre muchas posibilidades, Conde optó por la primera promesa de satisfacción gástrica que encontró en el menú: un pez perro grillado con finas hierbas (¿qué hierbas serían esas?) que reclamó acompañado por arroz blanco, frijoles negros, un ejército de tostones y frituras de malanga, más una ensalada de aguacate bien aliñada y despachada, pues ya su estómago había olvidado el arroz con pollo ingerido unas horas antes. Tamara, en tanto, se decantó por un plato cubano de nombre francés, breve consistencia y hasta bajo en calorías, mientras Yoyi y Merche optaban por ensaladas verdes para cerrar con un *carpaccio* de pulpo con lascas de parmesano. ¡La abundancia, la abundancia, carajo!

Paladeando el vino y picando aceitunas y anchoas, Conde se empeñó en observar el panorama circundante, sin dejar de pensar en la insoportable variedad del menú y la lista de vinos, una encrucijada selectiva de cuya posible existencia su generación nunca había tenido referencias concretas en los establecimientos de la gastronomía socialista, cultivada sobre la agilidad mental y el trato más cariñoso: «Mi chino lindo, hay esto y esto otro y más nada, y apúrate en pedir, que tú sabes que se acaba: esto y también esto otro. Y, ya tú sabes, mi amor de mi corazón, tocan dos cervezas por persona. Que no están muy frías, mi cielo». Se impuso controlar al policía que llevaba dentro y estudió el ambiente con interés pero tratando de mostrar clase, algo complicado para un desaforado como él. Escuchó con atención real la explicación de Merche sobre el decorado del restaurant, donde, dijo ella, confluían el estilo neónórdico y el minimalista, con predominio de las líneas rectas, las maderas claras, y él se contuvo cuando se le ocurrió preguntar cuánto habría costado todo ese mobiliario y escenografía, más aún, de dónde había salido. Que él supiera, las tiendas más cercanas donde se expendían muebles neónórdicos o minimalistas o nada más que bien hechos quedaban al otro lado del mar, de la maldita circunstancia.

Cuando Conde empezaba a sospechar que la apresurada convocatoria de Yoyi solo tenía como objetivo invitarlos a él y a Tamara a una cena en un sitio agradable y de precios exclusivos, el Palomo aprovechó un silencio masticatorio para revelarle su otra razón: a sus oídos había llegado la información, bastante incompleta pero confiable, de la presencia en Cuba de

un anticuario catalán, Jordi Puig-no-sé-qué, muy bien relacionado en el negocio de venta de obras de arte en Europa. Y, según decían, el hombre, aunque era un todoterreno, se especializaba en piezas de origen medieval... Que Yoyi supiera, durante el Medioevo, en Cuba, no había arte: solo unos indios famélicos, cazadores de jutías y comedores de yuca, para colmo sin mojo. Y por lo que Conde le había contado, la virgen perdida de Bobby Roque bien podía ser una pieza ni más ni menos medieval. Dos y dos, calculó Yoyi con sus conocimientos ingenieriles, suman cuatro, Conde. O casi siempre, se rectificó. Constatando que había despertado el interés detectivesco de su colega comercial, el Palomo le prometió indagar un poco más sobre la razón que había traído a Cuba a aquel preciso anticuario medievalista, Puig-no-sé-qué, quien, por supuesto, era además catalán, como el abuelo de Bobby, como la imagen de la Virgen, catalán... ¡Puigventós, coño!

—Si el hombre vino por lo que estamos pensando —se enrumbó Conde tras recibir la nueva información—, es porque ya alguien está hablando de vender algo que a él le interesa. Y si ese algo llegara a ser la virgen negra de Bobby, que parece ser de verdad antigua y valiosa, es porque está o se espera que esté en manos de alguien que sabe del valor de la virgen y dónde y cómo ubicarla... Y esa persona no es del equipo en que jugaban Raydel y la Manta. Es un tipo del negocio... o del gremio.

—Lo cual quiere decir —continuó Yoyi—, si estamos hablando de la virgen negra, que todavía está en Cuba y que detrás del robo o por los alrededores se está moviendo gente del gremio, y, hasta donde yo sé, con esas conexiones nada más hay cuatro o cinco leones en Cuba, men, entre ellos tus amigos René Águila y Elizardo Soler. Y la china terremoto...

—¿Y tú conoces a los otros?

—Por lo menos dos más... Un tipo que trabajó años en las obras de la Habana Vieja y dicen que se robó hasta los clavos de la cruz... Se llama Enrique Garcés. Y es gay, igual que tu amigo Bobby, pero tiene más espuelas que un gallo fino... El otro del que me acuerdo es un italiano que va y viene, putaño a matarse, Guido tampoco sé qué, porque todo el mundo le dice Guido Corleone, pronunciado como si fuera un nombre español, sin la u...

—¿Y cómo vas a averiguar más, Yoyi? Esta historia está caliente. Acuérdate que ya hay dos muertos y medio...

Merche detuvo el tenedor con que se llevaba a la boca una porción del

carpaccio y abrió sus ojos verdes, tanto que parecía posible verlos caer en su plato. Que se hablara con tanta naturalidad de dos muertos y de la mitad de otro quedaba fuera de su universo de diseños, modas, decoraciones.

—¿Dos muertos y medio...?

Yoyi sonrió y le acarició el cabello a su novia. Le hizo un guiño a Tamara, pidiéndole su auxilio, y la estomatóloga desplegó su capacidad, adquirida en los largos años de convivencia con un ex policía.

—¡Mira que eres exagerado, Mario!... Dos tipos se matan en un accidente corriendo motos y ya los metes en esta historia... Y si te caíste en el baño y por poco te matas, es porque estás viejo.

Merche miró a Tamara, que le sonrió, luego a Conde, que miraba a Tamara con cara de pocos amigos, y por último a Yoyi, que la miraba a ella.

—Mami, tú sabes que mis negocios son con gentes como los dueños de esto..., y nada más matan cuando te traen la cuenta. O cuando quieres irte sin pagar...

La joven, no del todo convencida, se llevó su *carpaccio* a los labios y les regaló a los restos del pulpo la caricia de su masticación.

—Nada, Conde —agregó Yoyi—, si oigo algo te digo y ya... ¿Ok, men?

En ese instante se acercó a la mesa el ingeniero diplomado devenido *maitre* y les preguntó cómo la estaban pasando. Todos respondieron que de maravillas y Conde disfrutó observando cómo el hombre rellenaba las copas de vino con el Ribera del Duero seco y a la vez delicado.

—Bueno, si quieren les separo una mesa en el bar de la terraza. Esta noche hay música en vivo —y mencionó el nombre de un músico de moda—. Unos turistas mexicanos lo contrataron para que les tocara.

—¿Qué me dicen? —preguntó Yoyi a Tamara y Conde—. Eso no se da todos los días.

—Por mí está bien —aceptó Tamara, y Conde se entregó sin ofrecer resistencia.

—Terminamos y subimos, así que no me cierres la cuenta —le comunicó Yoyi a su amigo, que se retiró a cumplir sus misiones.

Media hora después, las dos parejas subieron a la terraza, por donde se deslizaba una brisa cariñosa llegada del mar cercano. Si bien los mexicanos habían pagado por el espectáculo (¿cuánto pagaron?, se preguntaba Conde, sacando interrogantes numéricas de su bolso sin fondo de preguntas), la mesa separada para Yoyi y sus invitados estaba en la primera fila, frente al pequeño

escenario junto al cual corría un bar con todos los atributos necesarios para hacerlo típico y agradable, incluidos los coloridos neones.

Como habían decidido no comer postre, Yoyi pidió una tabla de quesos franceses y una botella de vino de Burdeos, según él el mejor complemento. Conde, además, reclamó su café. En la conversación que siguió, Yoyi informó que Merche estaba optando por una beca de especialización en Canadá y que, si viajaba por esa vía, tenía planes de quedarse a explorar los territorios del norte... Conde observó a la muchacha, que refulgía, y sintió que su belleza y buen gusto lo agredían: ¿otro más que decía adiós? ¿Qué carajo era aquello?

El ambiente en el bar-terraza era vital, juvenil, con mucha conversación y risas, una música quizás por puro milagro proyectada a un volumen que no interfería la comunicación entre los parroquianos. Conde, con su deformación profesional a cuestas, miró en derredor y comprobó que la mayoría de los presentes, fuera de la larga mesa ocupada por unos diez mexicanos, eran miembros de la fauna nacional y casi todos jóvenes. La sensación de hallarse en un sitio que no le correspondía, en donde era más extranjero que los mismos mexicanos, se le hizo muy patente en ese momento. Pero consiguió incluso sentirse feliz por la felicidad de Tamara, aunque a la vez inconforme por no poder regalarse diversiones en sitios como aquel con sus viejos amigos, con toda seguridad incapaces hasta de imaginar la existencia de lugares como ese, cada vez más comunes en la ciudad (*Yoyi dixit*), espacios siempre tan solicitados como para exigir reservas previas y donde la gente no se peleaba por alcanzar algo, pues había para todos. Para todos los que pudieran pagar sus precios. Y, preguntándose, qué cabrona manía la suya, es que no podía evitarlo, Conde se cuestionó de dónde sacaban la plata esos jóvenes tan jóvenes que parecían tan a gusto y con genética armonía instalados en los cotos del renacido buen vivir habanero con el cual ese día él había estado en íntimo y bien alimentado y bebido contacto.

El músico subió al escenario con su agrupación y comenzó su concierto. A Conde le resultó significativo que los jóvenes presentes, incluidos Yoyi y Merche, supieran de memoria las letras de las canciones interpretadas, algunas hechas para escucharlas, otras para disfrutar bailando, bailando. Yoyi y Merche salieron a la pista y, con el pretexto de observar sus habilidades, Conde se extasió contemplando de cuerpo completo la estampa magnética de la mujer. ¿La estaba viendo por primera y única vez? Entonces Tamara le

preguntó, más por compromiso que por convicción, si quería intentar un poco de movimiento. Pero él se negó con todo su fundamentalismo: en Cuba solo existían dos formas de bailar. Bien y mal. Y él bailaba mal. Y a los que bailaban mal la gente los miraba con sorna. Y ya bastante lo miraban por su estampa, su edad, su cara de asombro ante la revelación de un mundo exótico brotado de sabe Dios qué pliegues de la sociedad y que brillaba en todo su esplendor de nueva riqueza, de exultante glamur post cualquier cosa. Tamara le dijo a todo que sí, claro que sí, pero dejó su silla, a su atormentado casi marido, y se fue a bailar.

Paladeando el trago de coñac —cortesía de la casa— con el cual se proponía cerrar la noche, Conde recordó por un instante los círculos del infierno habanero que había recorrido durante los últimos días. Se tocó la herida todavía doliente en la parte posterior de la cabeza y se dijo que en realidad aquel infierno existía, tanto como este paraíso bajo las estrellas donde él bebía un trago de coñac, también francés, cuyo precio podía garantizar la alimentación de un día de toda una familia. Dos mundos colindantes entre los cuales se iba levantando una muralla similar a la que, en la época a la cual parecía pertenecer la virgen negra de Bobby, separaba a los nobles de los plebeyos: la muralla a veces más sutil aunque no menos compacta que en la isla habían intentado demoler pero que, persistente como la vida, volvía a erigirse a la menor oportunidad. Entonces, en medio de sus cavilaciones socio-histórico-filosóficas sobre la circularidad del tiempo y sus peores manifestaciones, Conde sintió cómo por la extrema izquierda del ángulo de su visión le llegaba un reflejo dorado, luminoso, potente, capaz de obligarlo a voltear el rostro. En ese sector, frente al bar, una larga docena de muchachas, entre las que se hallaba Merche, bailaban y cantaban la interpretación del músico, y Conde comprendió que la luz vigorosa que lo había tocado brotaba de los cuerpos, los vestidos, los zapatos, los perfumes, la elegancia expansiva y los cabellos rutilantes de aquellas mujeres: todas eran bellas, elegantes, esbeltas y rubias. El muro existía e imponía segregaciones.

12 de septiembre de 2014

Se movió por el cuarto con sigilo de ladrón. Tamara dormía, con la elegancia y la clase que incluso exhibía en ese trance, y los restos de la satisfacción de la noche anterior todavía marcados en su rostro de bella durmiente. Ya en la cocina preparó el café, bebió dos tazas y se fumó dos cigarrillos. Entre uno y otro café y cigarro hizo una generosa estancia en el inodoro, donde depositó la molienda de los exclusivos alimentos de la exquisita cena de la víspera y pensó en el lamentable final que habían tenido los quesos franceses.

Bien despierto y con el ánimo cargado de las molestias y rencores desatados por las experiencias de los últimos días, salió en busca de Bobby y de una verdad sin la cual ya no podía trabajar. Ni siquiera vivir. Aunque perdiera el salario más alto que había ganado en su miserable existencia.

Sin permitirse el sosiego de la contemplación del mar, se fue directo a la casa de Bobby y aporreó la puerta. El inquilino lo recibió con un miedo lacerante reflejado en el rostro que apenas se alivió cuando descubrió que el visitante era su amigo y no los persistentes policías. Estaba ataviado con una bata china y no parecía haber tenido una buena noche.

—Conde, los policías esos no me dejan tranquilo... ¡Ahora hay otro muerto y ellos insisten en que yo tengo algo que ver con lo que ha pasado! ¡Yo soy la víctima, la víctima!

Él lo siguió hasta la terraza donde, sin pronunciar palabra, esperó el regreso de Bobby con la bandeja sobre la que tintineaban las tazas de porcelana con el café. Bebió el suyo con calma, disfrutando el regalo que le hacía a su paladar, y luego encendió el imprescindible cigarrillo. Por su lado,

Bobby había continuado sus lamentos, sus invocaciones al poder de la Virgen y a Yemayá, sus justificaciones, hasta que él, enérgico, levantó una mano pidiéndole silencio.

—Está bueno ya de llantén, compadre... Yo no sé los policías, pero yo no te creo ni cojones de lo que me estás diciendo. Tú eres un mentiroso de mierda y te mereces todo lo que te está pasando. ¡Y más...!

Los ojos del otro se desorbitaron. Se frotaba las manos mientras escuchaba la descarga de su empleado.

—¿Me merezco qué, Conde, me merezco qué?

—Todo, Bobby.

—Pero si tú sabes que yo no maté a nadie...

—Es lo único que creo que sé... y a veces tengo mis dudas.

—¿Pero cómo tú, mi amigo...?

—Bobby, me has decepcionado —afirmó Conde mirándolo a los ojos—. Me has engañado varias veces, me has utilizado pidiéndome una cosa cuando lo que querías era otra, me has dicho lo que te conviene y cuando te ha convenido, y de contra has hablado de los años y la amistad y yo me lo he creído... Los tipos como tú son capaces de cualquier cosa...

Bobby bajó la mirada. En verdad parecía afectado.

—Tienes razón, viejo... Perdóname.

Conde lamentó tener que emplear aquel método, pero pensó que había colocado a su ex compañero de estudios donde necesitaba. Y se lanzó.

—¡No te perdono ni carajo!... A ver, para empezar a arreglar tus desastres y mentiras, cuéntame completa la historia de la virgen. ¡La de verdad, coño! ¡Y no me hables más de que tiene un poder! Porque si lo tiene, es para joder a la gente. Por culpa de la virgen o por culpa tuya ya hay dos muchachos muertos y...

Bobby movió la cabeza, negando algo, pero comenzó a hablar.

—Perdóname, perdóname, por favor, si no te dije algunas cosas... —insistió Bobby—. Pero entiéndeme...

—No entiendo. Quiero la verdad... Dale, canta...

Bobby cambió otra vez el destino de su mirada y lo colocó en las hojas enormes de la malanga ornamental, de un verde impoluto y refulgente.

—¿Por qué es que me pasan a mí estas cosas, Dios mío?... —Hizo una pausa, miró al cielo, se persignó, sorbió una dosis de mocos—. Nada de esto tenía que pasar... Es una virgen negra medieval —dijo, y volvió a detenerse,

y por fin se enrumbo, ya con la mirada dirigida a su interlocutor—. Y de verdad tiene un poder, Conde, de verdad lo tiene: a mí me curó, en España salvó a gentes, hacía milagros... ¡Tienes que creerme, chico!... Esa virgen la trajo el español que era marido de mi abuela, como te dije. José venía de un pueblito del Pirineo catalán que ni aparece en los mapas... Trajo la virgen y siempre la tuvo con él, y no le gustaba enseñársela a nadie. Pero si alguien de la familia la veía y le preguntaba por la virgen, él primero decía que era una Virgen de Regla...

—Bobby, Bobby, ya me sé esa historia... ¿Hasta cuándo...?

El otro suspiró antes de continuar.

—A todo el mundo José le hacía el cuento que yo te hice... Pero eso era un invento. Él nada más le contó la verdad a mi abuela. Y es la verdad que yo sé: que esa virgen hacía siglos estaba en una capilla de su aldea, desde que apareció en el tronco de un árbol y realizó un milagro... José decía que en aquella zona siempre había tenido fama de milagrera, de curandera, de que ayudaba a embarazarse a las mujeres, cosas así. Pero él insistía en decirle a mi abuela que no se la había robado. Que él había salvado a la virgen, es lo que decía... Que por salvarla hizo cosas muy graves y tuvo que huir de España. Nunca dijo qué había hecho, pero cosas graves son cosas graves... Todo eso fue cuando la Guerra Civil, cuando los anarquistas y otros más mataban curas, quemaban iglesias y santos..., le dieron candela hasta a las catedrales góticas y eso no es cuento... Se mataban unos a otros por cualquier motivo y hasta sin motivo...

—¿De verdad no sabes qué cosas graves hizo José? ¿No habrá sido eso, que se robó la virgen?

—Yo creo que no, él parecía un buen hombre. Pero la verdad es que no sé qué coño hizo allá en la guerra, si José era de esos que andaban matando curas para hacer la gran revolución... Lo que sí decía es que con la virgen metida en un saco cruzó los Pirineos por un camino que él conocía. Atravesó media Francia con ella. En Le Havre, sí, creo que en Le Havre, se coló de polizón en un barco que venía para La Habana y Buenos Aires. Cuando lo descubrieron, estuvieron a punto de lanzarlo al mar. Lo castigaron poniéndolo a limpiar el barco. Entonces, cuando llegó a La Habana recuperó la virgen que había tenido escondida, se escapó del barco... y fue a dar a Regla. Y en Regla vio a la otra virgen, la de aquí... Desde ese momento empezó a decir a quien le preguntara que la suya era una Virgen de Regla. Yo

pienso que hasta mi abuela al principio lo creyó...

Conde bajó la vista. La historia sonaba verosímil, aunque incompleta.

—Es que esas dos vírgenes no se parecen en nada... Bueno, son negras...

—A mí me parece lógico: para cualquier persona en Cuba una virgen negra tiene que ser la Virgen de Regla, ¿no?... Después mi abuela supo que no era de Regla y él le contó su historia... O al revés... Pero antes de que mi abuela me lo contara, yo, que soy curioso, descubrí lo que de verdad era: una virgen medieval, románica auténtica, negra original, más antigua incluso que la Virgen de Regla de Chipiona. Por lo que supe después, a esa imagen allá la llamaban Nuestra Señora de La Vall, porque es una de las imágenes que desapareció en esa época, cuando la Guerra Civil, así que en eso José no decía una mentira... En fin, antes de morir, mi abuela me la entregó y me contó la historia de José, por lo menos la que ella conocía, que puede ser verdad o no, aunque me confirmó lo que yo ya sabía: que era una virgen que llevaba siglos en la iglesia de la aldea de José y que José no se llamaba Josep Bonet y todo lo demás...

—Pero esta historia no termina ahí.

Bobby negó. Tragó saliva. Conde supo que faltaba la esencia de lo que debía conocer.

—Yo me puse a averiguar más —continuó Bobby—. Supe que una de esas vírgenes, bien vendida, puede valer hasta tres o cuatro millones de dólares. Quizás más. Porque de esas imágenes quedan muy pocas en el mundo, en el sur de Francia, en el norte de España, unas pocas en Alemania, alguna en Polonia. Hoy son piezas de museo, de catálogos... Imagínate, algunas las trajo san Luis cuando regresó a Francia de su cruzada en Tierra Santa... Pero yo nunca quise venderla, Conde: yo la quiero para mí, para dejársela a mis hijos después y que ellos hagan lo que quieran. Venerarla o venderla. Pero cuando yo esté muerto. Por eso quiero recuperarla. Y porque es verdad lo que te dije, también lo que decía José: esa virgen tiene un poder. No sé si porque es negra, medieval, porque es rara, quizás porque vino de África, de Tierra Santa, como dicen algunos historiadores, no lo sé: pero tiene el poder de darte paz. Y fuerzas... Y salud... Es un misterio, pero es verdad, Conde, te lo juro. Por todo eso yo quería recuperarla sin formar aspavientos..., porque no sé si el Estado español la puede reclamar como un patrimonio del país, y porque si yo formaba bulla todo el mundo iba a saber lo que valía... Conde, casi nadie sabía que yo tenía esa virgen. Ahora lo sabe

hasta la policía y esas son unas imágenes que incluso aparecen en libros... Vas a ver, vas a ver...

Bobby se levantó y arregló los faldones de su bata antes de subir al piso superior, de donde regresó con dos libros, uno de ellos de gran formato, empastado en piel, que abrió y colocó sobre la mesita de servicio, frente a Conde.

—Aquí está... Nuestra Señora de La Vall... Escultura románica del siglo XII. Desaparecida de su ermita en 1936. Paradero desconocido.

A pesar de la dudosa calidad de la imagen impresa, Conde la reconoció de inmediato y tuvo la percepción de que al fin las piezas comenzaban a encajar del modo correcto. La del libro era la virgen de las fotos que le entregara Bobby. También podía ser la que le había mostrado Platero en su computadora, en una imagen retocada y mejorada.

—Está claro que José se la robó...

—O que la salvó, como él decía. La guerra estaba andando, quemaban iglesias...

—Esta de la foto tiene las dos manos...

—La mano que le falta la perdió cuando José se la llevó... Eso decía él.

—¿Tengo que creerte toda esta historia del catalán y tu abuela, eh, Bobby?

—Te juro por lo más sagrado que es verdad. ¿De dónde coño iba yo a sacar una imagen como esa? ¿Cómo la iba a conseguir? ¿Dónde la iba a comprar?

—¿Y qué hace en Cuba el tal Jordi Puigventós?

—Buscar mi virgen —respondió Bobby sin dudar—. Ese tipo es un pirata y alguien le dio el soplo de que la virgen existía y andaba perdida... Seguro fue René Águila... Lo que te dije, Conde: ya se sabe que existe y que está en Cuba...

—Y a la venta —precisó Conde.

—Sí, a la venta. ¿Pero quién la tiene, Conde, quién? ¿El que mató a Raydel y al otro muchacho?

Conde asintió, negó. Pensaba.

—Todo esto quiere decir que la virgen todavía está en Cuba... Y que quien la tenga es el asesino de Raydel y de Ramiro o sabe quién fue el que los mató y él recuperó la dichosa virgen... Así que la buena noticia es que no puede venderla porque se delataría.

—El que sea que la tenga es alguien que sabe lo que vale la virgen. Lo que estoy pensando es que puede ser alguien que incluso le pidió a Raydel que la robara... y luego se le complicaron las cosas.

Conde ya había manejado aquella posibilidad, que cada vez parecía más tangible, aunque le rechinaba el hecho de que el falso Raydel se robara una virgen valiosísima, con la que esperaba hacerse millonario e irse de Cuba, y al mismo tiempo arramblara hasta con la jarra de hervir el agua. Y también había calculado que el asesino se podría arriesgar a vendérsela a alguien como Jordi Puigventós, capaz de comprarla sin pensar demasiado, y una vez vendida, intentar escapar con el dinero. ¿Cuánto dinero? ¿De dónde sacaría Puigventós ese dinero? Conde acumuló razonamientos y dudas para lanzarse a rejonear un poco más a Bobby.

—¿Quién puede comprar esa virgen que vale millones y que alguien sacó de España digamos que para salvarla? Peor todavía: ¿quién se atrevería a comprarla sabiendo que detrás de ella hay por lo menos dos muertos y detrás de los dos muertos unos policías cubanos que, te lo aseguro, no tienen un pelo de comemierdas y ya saben que hay una virgen valiosa metida en todo este mierdero? Bobby, si esa virgen se la robaron en España, allá tampoco se puede hacer negocios con ella. No, no entiendo... ¿Tú crees que el Jordi ese llegue a tanto...?

—Puigventós sabe mucho, Conde. Para tener el negocio que tiene... Y aquí en Cuba hay gente que también sabe mucho y tiene plata y...

—¿Gentes de tu gremio?

—Sí..., pero hay otros que invierten en cosas que tienen un valor seguro. Casas, joyas, cuadros... Ahora hay mucha gente en esos negocios. Es como una plaga que se ha destapado. Y algunos deben tener contactos para sacar cosas de Cuba. Y alguien en España o en Miami, alguien con mucho dinero, puede querer la virgen: no para exhibirla o revenderla, no..., sino para conservarla, por su poder.

—No me jodas más con el poder, Bobby.

—Está bien, no te jodo más. ¡Pero tiene un poder! ¡A mí me curó! ¡Eso es lo que le da más valor! ¿No entiendes?

Conde negó y se dio unos instantes para pensar. Había empezado a sentir que tenía delante de sí la verdadera entrada en la espiral, pero sin poseer aún la certeza de adónde lo llevaría..., ni siquiera si lo conduciría a la dichosa virgen que estaba provocando toda una historia cada vez más macabra. Algo

tenía que hacer. Y lo iba a hacer.

—Hay que estar loco para querer comprar esa virgen, aunque... Bobby, vístete ahora mismo. Tenemos que salir.

—¿Adónde, Conde?

—Adonde me lleven mis presentimientos. Arriba, dale...

—¿Qué coño te pasa, Bobby?

—Es que estoy nervioso. Tengo miedo...

—No parece que tengas mucho miedo... Porque no te importa morirte, cabrón..., pero a mí sí... Por lo menos de esta manera... Va a doler mucho...

—Ay, Conde...

—Ay, nada, dale suave, coño... ¡La roja!

Bobby pisó el freno bajo el semáforo y Conde estuvo a punto de golpear el parabrisas con la frente y luego de salir de culo por el fondo del pequeño artefacto alemán cuando, sin transición, el conductor arrancó en reversa.

Conde pensó que había provocado el peor error y se estaba jugando el pellejo de la manera más absurda que hubiera podido concebir. Bobby Roque resultó ser el chofer más desastroso que había visto en su existencia. Desde que puso en marcha su VW escarabajo y enfilara por la Séptima Avenida de Miramar había comenzado a realizar todos los estropicios posibles en la vía. Desde saltarse pares y una luz roja hasta estar a punto de atropellar a un viejo, a un motorista y hasta a un perro que, en el más clásico y disciplinado estilo, meaba en un hidrante del parterre.

Veinte minutos después, sudoroso, aferrado a la ventanilla y al asiento, Conde respiró cuando pudo poner pie en tierra firme frente a la mansión de Elizardo Soler. Y allí transitó del estado de terror a la sensación de perplejidad.

Aquella casa de la calle 19 de El Vedado hacía años había atraído la atención de Conde, que, por alguna razón inexplicable, nunca había preguntado a quién pertenecía ni a quién había pertenecido. Algo la distinguía de los otros palacetes y grandes moradas de la zona. Y la singularidad no se debía solo a las proporciones majestuosas de una edificación ejemplarmente ecléctica o a su magnífico estado de conservación entre edificaciones huérfanas de pintura y buen trato, sino a la capacidad de

desprender un hálito de misterio, al menos para la percepción siempre un poco novelesca del ex policía. Esa condición enigmática, ahora lo pensaba, tal vez se debía a la conjunción de la torre-mirador coronada con un gallo de veleta, los desagües de la azotea que imitaban gárgolas góticas, el frontón decorado con dos cornucopias enfrentadas de las cuales brotaban frutas del país y del paraíso, elementos visibles por encima de las altas verjas tapiadas con planchas de metal siempre pintadas de negro y la vegetación tupida, de la que sobresalían exóticas palmas datileras.

—Bobby, yo necesito que me digas lo que sabe Elizardo, porque él sí estaba enterado de lo que te habían robado y de cuánto valía... Para empezar, dime quién coño es este Elizardo Soler que vive en esta mansión y del que me han contado algunas historias raras... Ven, vamos a sentarnos. —E indicó los bancos del parque que se extendía en la cuadra siguiente, uno de los cuales lo ocupaba de forma permanente, desde hacía ya varios años, nada más y nada menos, una versión bronceada de John Lennon. Esa sería la primera vez que Conde utilizaría ese parque desde que se desveló la estampa del Beatle, al final rehabilitado como una figura exaltable de la contracultura luego de que, por años, su música fuese estigmatizada en la isla como un producto de penetración ideológica capitalista y burguesa.

Elizardo Soler, comenzó a contarle Bobby cuando se sentaron y Conde encendió su cigarro, era nieto natural, si así podía decirse, del antiguo propietario de la casa, uno de los miembros del clan Sarrá. Como toda la familia, Emilio Sarrá había salido de Cuba cuando el gobierno revolucionario les empezó a contar al oído sus revolucionarios propósitos. Un hijo ilegítimo de aquel Sarrá, al cual el magnate no le había podido dar su apellido pero sí su afecto, vino entonces a vivir a la mansión con su madre, la bailarina Adela Soler, en la confianza, por parte del aristócrata en fuga, de que su regreso a la isla y a sus propiedades se produciría en breve. Y si algo Emilio Sarrá quería conservar en el mundo era su versión tropical de Xanadú, la mansión de la gloria y los sueños de una estirpe de indios exitosos y aplatanados, dueños de grandes fortunas de orígenes muchas veces tan oscuros como los negros africanos comprados y vendidos por muchos de ellos. Para conseguirlo, Sarrá confiaba en su amante y su vástago. Su hijo natural, Octavio Soler, era, como Conde podría imaginarse, el padre de Elizardo. Y en algún momento Octavio debió luchar para evitar que la casa de su progenitor, en la que hasta entonces había vivido como un invitado ocasional, le fuese revolucionariamente

intervenida, como intervenidos fueron el central azucarero, la fábrica de ron, varias tiendas y las haciendas camagüeyanas de la familia de su padre de sangre. Mucho lo ayudó en ese empeño de preservación inmobiliaria el hecho de haber sido, como otros jóvenes burgueses universitarios, un colaborador activo de los luchadores revolucionarios antibatistianos en la clandestinidad habanera. Muy pronto, gracias a algún amigo con poder real, su caso fue tapiado, como el jardín de la casa, y Octavio Soler fue considerado usufructuario legal y luego propietario del palacete del hombre que, decía, era su padre biológico.

Elizardo, por su parte, siguió Bobby, había sido un alocado *bon vivant* en su juventud, miembro de la horda de los hijos de los padres poderosos. Para financiarse la mejor vida posible, había comenzado a desvalijar la morada en cuanto murió Octavio. A mediados de la década de 1980, cuando Elizardo más lo necesitaba para su tren de vida, el Gobierno abrió la llamada Casa del Oro y la Plata, pronto rebautizada como la Casa de Hernán Cortés, en donde se trocaba oro por baratijas. Y Elizardo entregó una fortuna en joyas a cambio de un Lada ruso nuevo y algunos electrodomésticos a los cuales los cubanos no tenían otra forma de acceder. Luego, cuando llegó la Crisis, vendió muebles y adornos para mantener su ritmo de gastos y consumo en medio de la escasez generalizada. Hasta que la mina empezó a agotarse. Entonces, como en un cuento de hadas, apareció en su horizonte una dama francesa que si no era rica tenía su dinerito. Bastante dinerito, pensaba Bobby. Elizardo se casó con ella y se fue a vivir a Suiza... ¿O la mujer era suiza y se fue con ella a Francia y de verdad era muy rica? El caso es que por allá anduvo como diez años, entre París y Ginebra, mientras la madre le cuidaba la casa habanera...

Cuando la madre de Elizardo se enfermó, él regresó. La mansión familiar era el imán que arrastraba a los Sarrá, como un llamado de la sangre. Para Eli resultó más fácil volver porque invocó el nombre de su padre y de los amigos de su padre, y le dieron un tratamiento especial... Cuando se repatrió, con la experiencia de lo vivido y aprendido en Europa, decidió cambiar la perspectiva de sus intereses y, en lugar de vendedor, se recicló como comprador para luego vender y ganar. A partir de esa época, gracias a las conexiones establecidas en sus tiempos de vendedor autofágico, a los conocimientos y relaciones parisinas y al capital que había logrado sacarle a su mujer francesa o suiza, había entrado en el negocio o en el gremio, con una fuerza y habilidad excepcionales y casi se diría que con una suerte loca.

Porque, como si tuviera un magnetismo especial, a su encuentro venían las piezas más valiosas y buscadas, las que más plata proporcionaban. Pero pronto diversificó sus intereses y se hizo una especie de representante de varios pintores, mediador de algunos marchantes y galeristas europeos interesados en el arte cubano y... ahí estaba Elizardo Soler, ganando dinero como un loco y viviendo en aquella casa de ensueños adonde nunca pudo volver su propietario original, el abuelo Emilio Sarrá, del que, Eli cuenta, y cerró Bobby su historia, recibió una herencia en España, pero eso sí debe de ser puro cuento.

—Leyenda urbana —remató Conde, que había ido ensamblando la historia armada por Bobby con la información que antes le brindara Miki Cara de Jeva para comprobar cómo en lo esencial ambas encajaban y se complementaban, incluso en su parte legendaria.

—Sí, yo creo que Eli es un mentiroso compulsivo —ratificó Bobby.

—Alguien me dijo que es posible que fuera también un seguroso... —indagó Conde.

Bobby rio con ganas.

—Si fuera un agente de la Seguridad del Estado sería el mejor del mundo... Con los negocios en que se mete, con las cosas que dice y hace, con lo alardoso que es...

—¿Y no pudo haberlo sido? A lo mejor ya no es, pero si fue, lo sigue siendo..., como les pasa a los policías. Eso a lo mejor le daría cierta impunidad, o él creería que la tiene, no sé...

—No, Conde, Eli es demasiado bocón y atrevido. A veces hace y dice cosas que uno se pregunta si es locura o jodedera suya. Pero agente, espía, cualquier cosa de esas, no lo creo... Si alguna vez me lo jura, voy a pensar que es otra de sus mentiras, de sus alardes... Bueno, vamos. Aunque la verdad es que no sé qué vas a sacar de esta conversación con Eli...

Siguiendo los pasos de Bobby, Conde franqueó, al fin, la reja de hierro, avanzó por el sendero asfaltado con granito que conducía hacia la mansión y el asombro ya adquirido y el previsible se multiplicaron. El jardín de la casa, cuidado con evidente esmero profesional, estaba adornado con una verdadera procesión de esculturas de mármol de ángeles alados y vírgenes coronadas que al ex policía le resultaron familiares. ¿No serían algunas de las piezas valiosas robadas de los más ricos panteones del cementerio habanero? El portal, que corría por el frente y los laterales del primer piso, estaba protegido

por toldos tropicales tras los cuales se distribuían los asientos y mesas de mimbre y hierro labrado con motivos frutales. En unas enormes jaulas reposaban de la canícula del mediodía unos pájaros de plumaje multicolor y enormes picos de oro que Conde identificó como tucanes... Y junto a la gigantesca puerta de caoba que daba acceso a la mansión, como un adorno más, ahora sonreía Elizardo Soler, vestido de punta en blanco, con aire de niño dispuesto a recibir la primera comunión.

—¿A qué se debe el honor? —preguntó el hombre mirando a los recién llegados aunque dirigiéndose a Conde.

—¿Cómo estás, Eli? —lo saludó Bobby, cuyo embarazo resultaba visible, y, al llegar junto al dueño de la casa, lo besó en la mejilla—. Es que Conde necesitaba hablar contigo y...

—Pues adelante —lo invitó Elizardo, y Conde le dio los buenos días y las gracias, aunque se las arregló para evitar estrecharle la mano.

El recibidor del palacete tenía las dimensiones de la casa de Conde. Al fondo, una escalera en curva daba acceso a la planta alta y recibía la iluminación colorida de un enorme vitral en el cual se distinguía una escena marinera, quizás mediterránea, como el propietario original de la casa. Pisos y columnas de mármol, lámparas y muebles de estilo, finísimos adornos de vidrio se distribuían por toda la superficie estableciendo un juego armónico soportado sobre la elegancia regulada de la calidad y el buen gusto.

Con una mano sobre el hombro de Bobby, Elizardo los condujo hacia un salón lateral donde había montado lo que parecía ser su estudio de trabajo. Las paredes, cubiertas de maderas, estaban recorridas con librerías empotradas donde dormitaban su aburrimiento varias enciclopedias en su tiempo muy cotizadas (Conde, por su negocio, las conocía de lejos), ahora devaluadas por la llegada de las alternativas digitales. En la pared frontal, tras el buró, los estantes dejaban un espacio libre en el cual Conde pudo contemplar, tragando en seco, un enorme lienzo de René Portocarrero que, desde la estética del maestro, representaba la casa en cuyo interior ahora él estaba. ¿Quién era en verdad aquel Elizardo Soler, quién su padre, quién su madre, bailarina olvidada? ¿Cuántas de sus leyendas urbanas no serían de las historias reales más extraordinarias de un país donde se pretendió crear el reino terrenal de la igualdad y donde aún era posible encontrar sitios como aquel?

Elizardo les ofreció asiento en un sofá de cuero y él ocupó una silla de

oficina de respaldo alto, al parecer su trono preferido.

—Me cogieron aquí de milagro. La costumbre cubana de llegar sin avisar.

—Fue mi culpa —intervino Conde—. Me hacía falta hablar con usted y...

—Deja el usted tranquilo, compadre... ¿Qué hubo? —preguntó Elizardo, y Conde creyó advertir cierta animadversión en su tono.

—¿Qué más ha podido averiguar por su lado de la historia de la virgen de Bobby?

Elizardo sonrió. Parecía distendido, seguro como siempre. Superior. Elizardo hacía patente que pertenecía a la estirpe criolla de los prepotentes que han tenido poder sobre cosas y personas, la posibilidad de una vida fácil: una marca de la que les resultaba casi imposible desprenderse. Y ese poder parecía afectar de manera especial a Bobby, que se reducía espiritual y hasta físicamente en presencia de su venerado amigo.

—Supe lo del otro muchacho que mataron. Y eso quiere decir que la cosa se ha complicado.

—Además de por el muerto... ¿por qué otra cosa? —quiso saber Conde.

—¿Quieres más complicaciones que dos muertos relacionados con la virgen de Bobby?

—Ay, por Dios —musitó Bobby.

—Sí, porque las muertes son el resultado de algo... —tanteó Conde.

Elizardo pensó unos instantes antes de hablar. Conde supo que, igual que René Águila, el hombre era un pájaro de presa, difícil de seguir, arduo de acorralar. En su mirada había una intensidad con reflejos perversos. ¿O Conde creía ver lo que sus prejuicios le dictaban?

—De que la virgen todavía está en Cuba, ¿no?

—Sí, ¿y qué más?

—Que hay alguien que la quiere... Y que ese alguien estuvo detrás del robo.

—Puede ser... —admitió Conde—, y que ese alguien perdió el control de lo que parecía fácil. Robarse una virgen de Regla no debía tener complicaciones. Sobre todo si el ladrón era un ignorante como Raydel... Pero que fuera ignorante no quiere decir que fuera comemierda. No podía serlo un tipo capaz de suplantar durante tres o cuatro años otra identidad sin que nadie lo descubriera...

Bobby seguía el diálogo con los ojos abiertos como platos. Elizardo asentía periódicamente.

—¿Raydel sabía que la virgen valía...? —propuso Elizardo.

—Lo sabía. Con precio incluido. Se lo dijo un amigo suyo. Un muchacho que conocía dónde y cómo averiguar... A sus socios, Raydel les metió el cuento de Bobby de que era una Virgen de Regla y que tenía un poder, sin decirles lo que en realidad valía.

—¡Tiene un poder, coño! —protestó Bobby, y cerró los ojos unos instantes—. No seas tan descreído —agregó, porque al parecer empezaba a entender algunas cosas que hasta ese instante no había imaginado, e invocó de nuevo a Dios, a la Virgen y a Yemayá, sin dejar de tocar el suelo y llevarse los dedos a los labios.

—Pero antes de que el asunto se fuera de control, todo parecía tan organizado que ya hasta había comprador para la virgen —agregó Conde, y Elizardo reaccionó.

—¡Puigventós! —exclamó Elizardo, que parecía haber realizado una reveladora conexión.

—Sí, por eso Puigventós está en Cuba... ¿Usted lo conoce, Elizardo?

—¿Por qué insistes en llamarme de usted?

—Será por esta casa, no sé... Usted conoce a Puigventós, ¿verdad?

—Todo el mundo en el negocio lo conoce. Compra mucho y bien. Yo mismo le he vendido algunas cosas. Antigüedades... Pero todo legal, como ya te dije la otra vez. Yo no me arriesgo a perder lo que tengo por buscarme unos dólares más o menos.

—A veces son muchos más que menos..., como los que valen las esculturas que están en el jardín. ¿De qué muerto eran?

—De los panteones de mi bisabuelo materno y mi abuelo paterno. Quiero decir, de las familias Sarrá y Parrad —respondió el otro con seguridad y un deje de orgullo—. Antes de que cualquier carroñero se llevara esas esculturas que son de mi familia, todas hechas en Italia con mármol de Carrara...

—Eran —rebatió Conde.

—Depende del punto de vista. Para mí *son*, primera persona del plural del presente perfecto del indicativo del verbo irregular *ser*. Los panteones siguen siendo privados. Por eso las trasladé para acá...

—Tercera —acotó Conde cuando el otro le permitió hablar.

—¿Tercera qué? —preguntó el anfitrión.

—Tercera persona... Ellas, las esculturas, *son...*, aunque en pasado es *fueron...*, *eran*.

—Da igual... Me limpio el culo con la gramática. Son mías..., en primera persona.

A Conde no le quedó más remedio que sonreír, a pesar de que no lo deseaba.

—¿Porque todo volverá a ser de sus antiguos dueños?

—Todo puede pasar... Este país está cambiando y va a cambiar más. Tiene que cambiar más.

—¿Para volver a ser lo que fue?

—Ya te lo dije: todo puede pasar... Como tú, sé que nada volverá a ser como fue. Será otra cosa. Y para esa otra cosa hay que estar preparado. O te van a pitar un *offside*.

Conde asintió: Elizardo tenía razón. De hecho, estaban pasando muchas cosas y él lo había comprobado de manera patente en los últimos días. Ya había gente fuera de juego. Pero el pasado era el pasado y el futuro... sabrá Dios. Porque a lo mejor todo quedaba en una simple cuestión de tiempos verbales mejor conjugados.

—Por eso a mí no me gusta el fútbol —dijo Conde, buscando ganar tiempo para volver al terreno que quería transitar. Elizardo, por su lado, sonrió satisfecho.

—Claro que aquí va a pasar algo. No sé qué, si vamos a dar una vuelta de carnero hacia atrás o hacia delante..., pero va a pasar algo. No sé cuándo, pero... Tengo ese presentimiento. Y no, a mí no me van a coger fuera de base...

—Sí, eso se ha puesto de moda... Lo de tener presentimientos. Y ahora mismo yo tengo uno que se llama Jordi Puigventós. ¿Usted ya lo vio?

—No, no lo he visto. No me ha llamado y...

—¿Pero sabe dónde localizarlo?

—En el Meliá Cohiba. Siempre se aloja allí..., porque es amigo del gerente y le da descuentos. Catalán al fin y al cabo...

—Sí, esta historia está llena de catalanes... Hasta la virgen es catalana... Hasta su abuelo era catalán... Demasiados...

—¡Y por eso yo soy fan del Barça! —exclamó Elizardo, y extrajo del bolsillo de su pantalón blanquísimo un llavero azulgrana con la forma del escudo del Barcelona Fútbol Club.

Conde le exigió a Bobby que lo acompañara. Presentía que una conversación con un tipo con las horas de vuelo del tal Jordi Puigventós iba a resultar un trance complicado y la presencia del dueño de la virgen negra podía ser de utilidad, aun cuando no supiera para qué y a pesar de sentirse decepcionado por él. En la carpeta del hotel, Bobby pidió que lo comunicaran con la habitación del huésped, pero luego de muchos timbrazos se convenció de que no estaba en su cuarto. Conde miró entonces en derredor y su olfato le marcó a un hombre, negro como un tizón, vestido de guayabera inmaculada, recostado a una de las barras del *lobby* frente a una taza de café. En vano el hombre se proponía no parecer un guardia de seguridad (¿o no se lo proponía en absoluto?) y Conde se acercó a él. Ocupó la banqueta vacía a la derecha del negro enguayabonado y, sin preguntarle si era o no uno de los vigilantes de la instalación, sin mirarlo siquiera, le contó, como si se confesara con un cura, que era ex colega suyo, que estaba ayudando en un caso al jefe de la Central de Investigaciones Criminales, y estaba allí porque necesitaba obtener alguna información del huésped Jordi Puigventós. El negro negrísimo de la guayabera inmaculada observó todo el tiempo a Conde con su mayor seriedad y como si fuese un insecto.

—¿Y cómo yo sé que es verdad lo que me estás diciendo? —preguntó al fin.

—Llama a la Central de Investigaciones Criminales y diles que te pongan con el mayor Palacios de parte del Conde. El Conde soy yo.

El hombre de guayabera lo observó con abierta atención. Sus labios hicieron un leve movimiento.

—¿El Conde...? ¿El teniente Mario Conde?

Hasta ahora sí, que supiera él era Mario Conde y había sido teniente.

—Lo que queda de él. ¿Cómo tú sabes que...?

—Yo soy sobrino del difunto Arcadio Jorrín, el capitán... Mi tío te quería mucho. Ariel Jorrín —añadió el custodio, y le extendió la mano a Conde, que sintió cómo daba una voltereta hacia el pasado: ¡un sobrino del capitán Jorrín! Hacía muchos años él y Jorrín habían sido compañeros y policías, y Conde había sentido mucho la muerte del capitán. Y no quiso recordar más.

—Pues si me pudieras ayudar...

—Ven conmigo —dijo Ariel Jorrín, y Conde lo siguió. Al pasar le hizo un gesto a Bobby de que lo esperara. Tras el custodio, entró en una oficina

cercana al mostrador de la conserjería y ocupó la silla que le indicó su anfitrión.

—Esto que estoy haciendo va contra los protocolos... Ya sabes. Yo sé que tú ya no eres policía. Lo hago porque eres tú —advirtió el sobrino de Jorrín.

—Gracias.

—Puigventós es cliente del hotel. Sabemos que se dedica a comprar arte en Cuba. Compra lo que se puede y, casi seguro, a veces lo que no se puede..., pero no hemos podido cogerlo con las manos en la masa. Sabe mucho... Quizás algún diplomático lo ayuda a sacar lo que no se debe o alguien de quien no sospechamos pero que está muy bien conectado. El hombre sabe cómo son las cosas y no habla de nada importante por los teléfonos del hotel ni dentro del hotel —dijo el custodio, y marcó un número en el teléfono que estaba frente a él—. Alfredo, soy yo, Ariel... Dime, ¿qué sabes de Puigventós? —preguntó, escuchó durante un largo minuto mientras asentía y dio las gracias antes de colgar—. Bueno, bueno... Me dicen los de la Planta Real que hace dos días que no aparece por el hotel. Y tiene reserva abierta... Sus cosas están en su habitación, así que no parece que se haya ido de Cuba. Raro, ¿no?

Conde iba asintiendo en la medida en que recibía la información. Y luego solo lo pensó un instante.

—Ariel, ahora sí llama al mayor Palacios... Que ese hombre lleve dos días perdido puede ser una tremenda jodienda.

El aletazo traicionero del vértigo lo atrapó cuando pegó la frente al frío cristal y observó el generoso panorama extendido a sus pies: la serpiente oscura de la avenida del Malecón, la raya gris del muro de concreto que ponía fin o principio a muchos sueños y la extensión tentadora del mar, ambas multiplicadas por la altura: la extensión y la tentación. Cerró los ojos unos instantes, esperó a que el ramalazo de vacío se diluyera y respiró hondo antes de volver a la contemplación. Desde aquel piso veinticinco se alteraban todas las perspectivas. Comprobó que resultaba posible distinguir los diversos cambios de color del piélago. Arrancaban con un verde amable bajo el cual se descubrían las rocas de la costa y, en la medida en que ganaba distancia, ascendían por la paleta fría hasta el azul intenso capaz de ocultar las entrañas

de las profundidades. Ni un solo barco transitaba entre la costa y el remoto horizonte. La ausencia de vida visible en toda la pradera líquida disponible contribuía a potenciar la sensación de inabarcabilidad y sosiego, pero también la certeza de lo que significaba el desafío de transitarla en cualquier artefacto flotante, como tantas veces lo habían intentado tantos cubanos a lo largo de tantos años. Como soñaba atravesarlo el joven Yúnior Colás Gómez, alias «Raydel». Un sueño que quizás le había costado la vida.

Absorto, ni siquiera oyó la voz que lo reclamaba. Observando el mar desde la habitación del hotel, Mario Conde navegó a través de las elucubraciones generales y encalló en las realidades más lamentables y concretas. Involucrado en una investigación en la cual respondía a los intereses de su ex compañero Bobby, se había dejado arrastrar por la corriente de una perspectiva elevada y engañosa, como la que disfrutaba ahora, y asumido como culpables a Yúnior-Raydel, a su primo Ramiro la Manta e incluso a su compinche el Murciélagu, cuando en realidad habían sido víctimas: de la sociedad y de ambiciones mucho más elaboradas y capaces de sobrepasarlos, hasta de devorarlos... Conde lamentó haber cometido ese error de juicio que, tal vez, le había impedido ver con la claridad necesaria un proceso del cual participaba como catalizador. La facilidad con que los prejuicios y las condiciones propias llevan a distorsionar las opiniones le resultó una evidencia patética.

Cuando se volteó, vio que Manolo se había acomodado en una butaca y Bobby, aterrorizado, con las manos entre las piernas, ocupaba el borde de la cama. En el ambiente de una típica habitación de hotel, la imagen de los dos hombres, casi rodilla contra rodilla, le pareció ridícula: ¿irían a hacer el amor?

—Díganme que no —soltó Conde.

—¿No qué cosa? —preguntó Manolo.

Conde tomó una silla y la arrastró hasta la pared de vidrio. Quería permanecer allí, frente al mar.

—Nada, boberías mías...

El mayor Palacios y el teniente Duque habían llegado al hotel apenas veinte minutos después de que Ariel Jorrín los llamara. Mientras Duque se dedicaba a recabar información con Jorrín y el jefe de seguridad en las oficinas donde radicaba el puesto de mando de los vigilantes, Manolo reclamó un sitio tranquilo para tener una conversación con Conde y Bobby y

les fue facilitada la llave de la habitación que funcionaba como una especie de piso franco para labores de seguridad. Conde sabía que en el hotel las paredes eran traslúcidas y los teléfonos, altoparlantes, y cuando tuvo claridad mental para hacerlo, comprobó que todo en el cubículo ofrecía la más amable imagen de una normalidad hotelera que pretendía ocultar más cámaras y micrófonos que los colocados en un estudio de televisión. El escenario de un macabro *reality show*.

Manolo soltó un largo suspiro y se golpeó los muslos con las dos palmas: comenzaba la función.

—Ciudadano Roque Rosell..., usted nos está dando demasiado trabajo —comenzó, y Conde vio cómo Bobby asentía: sí, estaba dándole demasiado trabajo a la policía, admitía sin protestar, empujado por su terror—. Robo, asesinatos, desapariciones, identidades falsas. Una antología: y usted en el centro de todo... A ver, cuénteme una buena historia... Una que yo no conozca.

Sin necesidad de más impulsos y sin encomendarse a cualquiera de sus divinas protecciones, Bobby empezó a hablar, casi como si necesitara confesarse. La historia que narró resultó ser muy parecida a la que Conde conocía, incluido el relato de la comprobación en carne propia —nunca mejor dicho— del poder curativo de la Virgen y el hecho de que sabía desde hacía años lo valiosa que era la imagen robada, aunque se guardó el dato de los precios posibles. Del extraviado catalán Puigventós, apenas confirmó que se dedicaba a comprar arte, pero que él nunca había tenido tratos directos con él. Otra gente del gremio sí, pero él no.

Manolo asintió. Conde sabía que el mayor estaba agotado y prefirió no preguntar la razón. Alguna habría. Para un oficial de policía, obligado a lidiar todo el tiempo con las peores miserias humanas, siempre las hay.

—¿Y tú, Conde, qué me cuentas? ¿También crees que la Virgen cura a los enfermos y que deberíamos instalarla frente al Ministerio de Salud Pública?

El recuento de Conde agregaba la inquietante convicción de que el anticuario catalán Jordi Puigventós había venido a Cuba convocado por la posibilidad de hacerse con esa virgen. Una virgen que no era cualquier virgen, precisó, pues, con poderes místicos o no, facultades en las que había creído mucha gente a lo largo de muchos siglos y en las que todavía tantas personas creían, la imagen medieval de madera negra podía alcanzar un

precio de varios millones de euros. Aunque, advirtió, él no se imaginaba cómo Puigventós podría venderla con los antecedentes penales acumulados por la efigie. Los viejos y los nuevos, los conocidos y los por conocer. Pero, por la razón que fuera o no fuera, no le parecía para nada fortuito que, apenas un día después de su arribo a la isla, Puigventós hubiera desaparecido de su hotel sin que nadie, incluido su amigo el gerente español de la instalación, tuviera la menor idea de por dónde andaba o qué podía haberle pasado.

—¿Se evaporó por un milagro? —ironizó Manolo.

—El manco Mackandal voló desde la pira donde lo quemaban vivo. Y la gente lo vio elevarse. Y la gente gritó: *Mackandal sauvé!*

Manolo entrecerró los ojos tratando de seguir a Conde y vio que Bobby asentía, como refrendando el conocido origen de la cita: *El reino de este mundo*, Alejo Carpentier.

Entonces, Conde especuló con las soluciones posibles, las menos graves y elevadas para tal ausencia del extranjero: una pegajosa novia cubana, fija o de alquiler por horas o días; una estancia en provincias dedicado a meditar; una desaparición voluntaria por algún motivo desconocido o por el más sospechado de momento: la búsqueda de la virgen negra. Porque, hechas por Ariel Jorrín y sus colegas las investigaciones primarias de rigor que tan bien se le daban al Ministerio del Control, ya estaba claro que el tal Puigventós no estaba en ningún otro hotel del país, ni en un hostel privado, tampoco en un hospital. Al menos con su identidad conocida. ¿Dónde coño podía estar el hombre?, se preguntaban los vigilantes, y se repetía la interrogación Conde, con las manos abiertas ante Manolo para mostrar que él no tenía en su poder al catalán esfumado.

Después de pensarlo unos instantes, el mayor Palacios terminó por llamar a uno de sus policías para que acompañara a Bobby hasta la recepción. El ciudadano Roque Rosell podía irse a su casa, donde debía estar siempre localizable. Pero Mario Conde iba a permanecer en la habitación, pues necesitaban tener una charla privada.

Cuando Manolo cerró la puerta a las espaldas de un Bobby que no se cansaba de darle las gracias al policía, Conde saltó.

—No me regañes, Manolo.

El mayor regresó a su butaca y volvió a suspirar.

—No voy a perder mi tiempo... Tú no tienes remedio.

—Ni siquiera mejoría.

—Te estás repitiendo. Eso ya lo has dicho.

—Porque es verdad.

Manolo estiró los brazos, se frotó los ojos.

—Y no te me luzcas más haciéndote el culto. ¿Quién coño es el Mandrake ese?

—Mackandal. Un negro haitiano con poderes licantrópicos. Se transformaba. O eso se creía. La gente lo creía... Como pueden creer en los milagros de la Virgen o en los poderes de adivinación de los caracoles de un babalao.

Manolo suspiró su agotamiento.

—Ok, ok... ¿Cuál es tu apuesta?

Conde sacó un cigarro y preguntó antes de darle fuego:

—¿Quién nos está viendo? —Y señaló hacia las paredes de la habitación.

—Que yo sepa, nadie —afirmó Manolo—. Yo pedí que apagaran todo... Así que habla y hazme un cuento mejor...

—¿Mejor? Pues yo pienso lo peor, Manolo. El que está detrás del robo de la virgen también debe de estar detrás de la muerte de esos dos infelices, directa o indirectamente... Esa persona manipuló a Yúnior y a Ramiro y los sacó de juego cuando se volvieron peligrosos de alguna manera. Y debe de tener una conexión con el catalán y con el hecho de que no aparezca. No sé si una conexión personal o a través de algún intermediario, quizás de uno de los vendedores del gremio, pero alguna tiene.

—El problema es que Puigventós parece ser la gallina de los huevos de oro, ¿no?

—Sí..., el rey Midas... Es el que puede transmutar un pedazo de madera negra en una cantidad tremenda de billetes... Eso le da protección... Si no se convierte en un peligro.

—¿Qué clase de peligro, Conde?

—No lo sé... Estoy suponiendo cosas... Tirando piedras... Puigventós debe de ser más pirata que todos sus colegas cubanos juntos. Él sabe muy bien cómo hacer sus cosas... No sé, no sé, es que tengo una premonición que no acaba de ser premonición. Algo que tengo aquí delante y no acabo de ver... Porque en todo esto hay algo que no logro entender, algo irracional, enfermizo, no sé...

Manolo chasqueó la lengua: las premoniciones y dudas de Conde eran lo que menos falta le hacía en ese momento.

—¿Quieres algo más irracional que andar creyendo en poderes celestiales?

—Es otra cosa, Manolo. No es una cuestión de fe... Es algo distinto.

—¿Por qué dijiste irracional?

—Porque no le encuentro la razón. Algo que no la tiene es irracional, ¿no?...

Manolo negó con la cabeza. Un gesto lento, cansado.

—¿Ya se te olvidó cuando eras policía, compadre? ¿Irrracional?... A nosotros nada más nos toca lidiar con lo peor, andar con la mierda, y tú sabes...

—Que puedes terminar oliendo a mierda.

—No se te olvidó... Bueno, ¿hasta dónde está metido en toda esa cloaca tu amigo Bobby?

—Eso ya ustedes lo saben. ¿No viste cómo tiembla cuando te ve? Lo tienen más exprimido que una frazada de piso. Le robaron la virgen y quiere recuperarla, y no va a andar por ahí matando gentes. Podrá ser un tramposo, pero no un asesino. Creo que todo lo que te ha dicho es verdad, aunque no sea toda la verdad. Nadie dice toda la verdad... y menos a la policía.

—Me di cuenta de que no mencionó lo que puede valer la virgen... Conde, el que mató a Ramiro tiene la pieza. Y mató a Ramiro porque de alguna forma supo que él la tenía..., y porque antes sabía o comprobó de la peor manera que Raydel o Yúnior no la tenía.

—¿Siguieron buscando en el terreno que está detrás de la casa de Ramiro?

—Sí. Había un hueco en la tierra del que sacaron unas joyas..., pero ninguna de las que dice Bobby que le robaron.

—Yo sabía que ahí había algo... ¿Y cómo tú dirías que encaja el catalán perdido en todo esto? —preguntó Conde. En sus tiempos de investigador movía en uno y otro sentido la noria de la información y solía hacerle andanadas de preguntas a Manolo para ponerlo a probar teorías. Una cantidad notable de veces alguna de las teorías del ahora mayor Palacios calcaban la realidad de lo ocurrido.

—No sé bien... Ya bastantes líos teníamos para que de contra se pierda ese hombre... ¿Quién crees tú que está detrás de todo esto, Conde? ¿Alguien del gremio de los vendedores de arte? ¿O una mujer?

El ex policía pensó unos instantes.

—Una mujer es siempre una buena razón para perderse... De la gente del gremio, la verdad es que no me atrevo a apuntar a nadie, Manolo..., porque a pesar de mis prejuicios, o por ellos, les apunto a todos. Pero no, no es lo mismo ser una rata en los negocios o un comemierda petulante que alguien dispuesto a despachar a dos tipos..., o a tres.

Manolo suspiró. Miró a Conde con la intensidad que terminaba provocándole que sus ojos bizquearan.

—¿Y por qué no incluyes en esa lista a Karla Choy?

Conde sonrió, y cuando iba a responder, cerró los ojos. ¿Él le había hablado a Manolo de Karla Choy? ¿Le había hablado Bobby? No, no lo recordaba.

—Manolo..., ¿alguno de ustedes me ha seguido? ¿Qué sabes de Karla Choy?

—No te hagas el importante, Conde. ¿Quién coño te va a seguir a ti y por qué?... La policía es la policía y sabe cosas. O estamos jodidos... Y ya, se acabó... Esfúmate ahora, déjanos trabajar. Y por lo que más quieras: no sigas jodiendo y metiéndote en la investigación. Esto cada vez se pone más feo... Imagínate tú si matan también al catalán...

—O si lo mataron ya —dijo Conde, y Manolo lo miró más bizco que nunca: con odio.

—Ni digas eso, coño... Si mataron a ese tipo, a mí me van a cortar los huevos.

—Pídele un milagro a la Virgen, chico... Y hay algo que quiero preguntarte, pero que ahora no me acuerdo de qué cosa es...

—Porque estás viejo... Ya, dale, adiós. —Manolo movió la mano en el instante que sintieron unos golpes en la puerta. Sin levantarse, preguntó—: ¿Sí?

La puerta de la habitación se abrió y entró el teniente Duque. En sus brazos traía una computadora portátil con la pantalla levantada.

—Hay algo que quiero que vea, mayor —dijo Duque.

—A ver, ¿qué cosa...?

—Pero... —Duque miró hacia Conde.

—No importa, deja que este vea lo que es... A ver si sirve para algo más que para andar formando cagazones y teniendo premoniciones...

Duque avanzó hasta la mesa con lámpara cercana a su jefe y colocó allí el portátil. Accionó el *mouse* y unas imágenes que partían en dos mitades la

pantalla se pusieron en movimiento. Conde se acercó y comprendió de inmediato que se trataba de dos tomas del *lobby* del hotel.

—El que está sentado en esa butaca es Puigventós. El mismo día que llegó una persona vino a verlo... Estamos averiguando quién es, porque ni Jorrín ni los otros custodios lo conocen. Esto es a las seis y media de la tarde, cuando bajó de su habitación y se sentó en el *lobby*.

El hombre que según Duque era Jordi Puigventós debía de tener unos cuarenta años, su pelo parecía blanco, vestía de manera informal y movía en las manos una pequeña botella de agua mineral.

—¿Ese es el catalán? —preguntó Conde sin poder contener su asombro.

—Sí, es ese... ¿Qué pasa?

—Coño..., yo hubiera dicho que era Richard Gere...

—¿Richard cuánto? —preguntó Manolo.

—Tu incultura va en ascenso, compadre... Richard Gere. El actor. El tipo es igualito...

—El actor americano... ¿Y eso qué? —preguntó Manolo.

—Nada, nada. —Conde decidió cambiar el tema y se concentró en lo que veían en la computadora.

El trasiego en el *lobby* podía ser el normal de un sitio como aquel. En los hoteles cubanos de la ciudad suelen entrar y salir más personas que de una estación de trenes. Conde recordó que en sus tiempos de universitario acostumbraba irse algunas tardes calurosas a las instalaciones del Habana Libre para estudiar un rato, beneficiado por el aire acondicionado del lugar. Entre los que pasaron por las tomas en donde se veía al catalán, a Conde le llamó la atención una mujer vestida de blanco, con una especie de batón largo y vaporoso, que cruzó muy cerca de él. La mujer llevaba gafas oscuras y una pámela también blanca en la cabeza, encajada casi hasta las cejas. Puigventós, al verla venir, se fijó en ella, y luego la siguió con la vista. Con las tomas disponibles no era posible saber si había sonreído, aunque a Conde le pareció que sí. Durante dos minutos más corrieron las filmaciones y, por la forma en que se comportaba, se les hizo evidente que el hombre estaba esperando a alguien.

—Es así todo este tiempo. No se levantó pero pidió una bebida... Voy a saltar a las siete de la noche —informó Duque.

El teniente volvió a operar la computadora y unas imágenes muy semejantes aparecieron en la pantalla. Ahora todas las luces del *lobby* estaban

encendidas y Jordi Puigventós ocupaba el mismo sofá y fumaba un puro. De la mesita auxiliar recuperó una copa pequeña de la que bebió. Cuando devolvió la copa a su sitio levantó la mirada y algo lo alarmó, porque se puso de pie. Entonces entró a los dos cuadros, de perfil y de frente, la figura de René Águila.

Dos, tres, quizás diez veces lo pensó el mayor Palacios. Y al final aceptó. Sí, era lo mejor dentro de lo peor. Y el teniente Miguel Duque había obedecido a su jefe haciendo patente que la idea de su superior no lo entusiasmaba en absoluto.

Tras la estela del auto patrullero, el Geely chino sin insignias conducido por Duque avanzaba a través de la Vía Blanca rumbo a Guanabo. Con la ventanilla baja, para recibir con gula el chorro de brisa marina, Mario Conde ocupaba el asiento del copiloto, atrapado por una sensación de *déjà vu*. Muchos años atrás había hecho un viaje similar hacia las playas del este de La Habana, solo que él era mucho más joven y el conductor había sido el entonces escuálido Manolo Palacios. El paisaje, la brisa, la luz de la tarde y la excitación profunda de ir a la caza eran las mismas. Incluso las gafas oscuras de Conde eran las mismas. Coño, ya debía empezar a pensar en comprarse otras.

—¿Por qué te metiste a policía? —le preguntó Conde al joven conductor cuando salieron del túnel de la bahía y enfilaron por la autopista.

—Porque me gusta ser policía —respondió el otro.

—Hay gustos que merecen palos... En tu caso eso se ve de lejos... Y dice Manolo que eres muy bueno... Una estrella...

La información relajó un tanto la incomodidad de Duque, que demoró unos segundos su respuesta.

—Hago mi trabajo lo mejor que puedo...

—Pero no es cuestión de esfuerzo. O no solo de esfuerzo. En este trabajo hay gentes con una habilidad o una capacidad que no tienen otros.

Duque afirmó y no respondió. No hacía falta o no quería. Pero Conde no se dio por vencido y dos kilómetros más adelante volvió a la carga.

—¿Te puedo preguntar qué piensas de toda esta historia de la Virgen, los muertos, el catalán...?

—Claro, ya lo hiciste —respondió Duque, al parecer muy concentrado en su labor de conductor.

Conde decidió cuquear un poco más al teniente.

—¿Tú también crees que Bobby puede tener alguna relación...?

—No me gusta especular. Prefiero los hechos, los datos... —dijo el otro después de pensar unos instantes.

Resultaba evidente que Duque no pretendía hablar del tema, al menos con él. Conde calibró si debía seguir o no. Siempre había sido de los que tenían problemas con el freno.

—¿Por qué te jode tanto que yo esté metido en esto?

Duque soltó una risa falsa.

—¡A mí...! A mí me importa un carajo... Eso es problema tuyo. Y del mayor Palacios.

—A ti sí te importa, teniente... Pero está bien, si no quieres ser mi amigo, no tienes por qué serlo. Y si te molesta demasiado que esté buscando lo que le robaron a alguien que yo conozco, pues méteme preso... Y si te da dolor en el culo que tu jefe haya decidido que yo viniera con ustedes, pues jódete... o vete de la policía. O denuncia a tu jefe...

El teniente Miguel Duque apartó la vista unos instantes de la carretera y observó a su acompañante. Conde no quiso ni imaginar lo que estaba pasando por su mente de policía con ganas de serlo.

—Mira palante. Hoy no tengo ganas de morirme —le advirtió Conde, y se dedicó a observar el paisaje.

El resto del trayecto lo hicieron en silencio y Conde lamentó haber provocado de alguna forma la ruptura de la comunicación. Había actuado como si no conociera la psicología de un policía, su necesidad de ejercer su pedazo de poder y su endémica falta de sentido del humor. Aunque consideró que tal vez se había excedido.

Siguiendo las indicaciones que había dado Conde, doblaron a la derecha en el semáforo intermitente que marcaba la entrada de la playa de Guanabo y tomaron la carretera que ascendía hacia el promontorio desde el cual se dominaba toda la costa.

Si las casas más cercanas a la autopista eran modestas y casi todas de un gusto estético muy dudoso, las que fueron encontrando en la parte superior de la colina exhibían otras condiciones. La mayoría eran construcciones recientes, de dos plantas, lujosas a su manera, y habían sido rodeadas con

altos muros destinados a impedir el paso y la vista. Por un camino perpendicular a la vía de acceso siguieron una sucesión de mansiones hasta llegar a la última de la calle, donde terminaba el área urbanizada con un brusco cambio de nivel de la colina. ¿Quiénes vivían allí, en casas rutilantes y amuralladas, tan por encima del mundanal ruido? Conde se dijo que en realidad había dos ciudades invisibles dentro de la ciudad visible: el hormiguero hirviente de los desafortunados y los recintos brillantes de los afortunados políticos y económicos. Las huellas de una virgen negra se empeñaban en hacerle patente unas distancias que empezaban a ser insalvables y cada vez más populosas.

El muro que abrazaba la última construcción era incluso más alto que los de las casas vecinas y en su parte superior habían colocado varios hilos de alambre de púas y lámparas halógenas con sensores de movimiento. Conde pudo distinguir, en el ángulo trasero, más allá del portón del garaje, la forma de lo que debía de ser una cámara de vigilancia. Aquel era el búnker de René Águila. Su verdadero nido en la montaña.

El teniente Duque se acercó a la puerta de madera de dos hojas, oprimió el timbre y habló por el intercomunicador con el interior de la residencia.

—Teniente Miguel Duque, de la Central de Investigaciones Criminales. Abran ahora mismo...

Un mecanismo remoto corrió la lengüeta de la cerradura y Duque empujó la puerta. Los otros dos policías lo siguieron y, a la retaguardia, pasó Conde, ante la mirada áspera y sin pasiones del negro quebrantador de huesos encargado de proteger a René Águila.

El mulato lindo los esperó en el recibidor y los condujo a la que debía de ser la sala de música y televisión de una casa donde todo resultaba refulgente. Los aparatos reproductores eran varios, todos modernos, eficientes, gigantescos y, por supuesto, más que brillantes. Cuatro butacas de cuero (también rutilantes) consiguieron ser las justas para acomodar al dueño de la casa y a los tres policías. Como el convidado de piedra que era, una especie de abominable hombre invisible sin voz ni voto, Conde permaneció de pie junto a la puerta. La habitación olía al cuero de calidad de las butacas y al perfume seco de René Águila, que esta vez lucía el Lacoste naranja de su colección y calzaba unas impolutas abarcas menorquinas.

—Bueno, ¿qué pasó ahora? ¿En qué puedo ayudarlos? —quiso saber René Águila.

El teniente Duque recibió la computadora portátil que le extendió uno de los policías.

—Vea esto primero —dijo, y operó la máquina hasta llevar a su pantalla la grabación del *lobby* del hotel. Entonces volteó el ordenador hacia René Águila y esperó paciente por la reacción del hombre.

—Sí, soy yo... Cuando estuve a ver a Jordi Puigventós... Y si tienen el resto de las grabaciones habrán visto que comimos en el restaurant italiano del hotel, sabrán qué comimos y, supongo, también lo que hablamos durante unas dos horas. Jordi quería una mesa, pero el camarero insistió en darnos otra. La del micrófono, ¿verdad?... ¿Cuál es el problema?

—El problema es que Jordi Puigventós ha desaparecido.

René Águila negó con la cabeza, y le devolvió la máquina a Duque.

—Aquí no se pierde nadie que no quiera perderse, oficial... Ese gallego anda por ahí con alguna mulata...

—Catalán. Y lleva cuarenta y ocho horas sin aparecer. Salió del hotel casi detrás de usted —dijo Duque—. Demasiado tiempo para...

Echar un par de palos, Conde completó la frase en su mente. Y pensó que él la habría soltado completa.

—Para andar con una mujer —terminó el teniente.

—Eso depende de la mujer —matizó el mulato, otra vez sonriente. Desde su posición, Conde recibió la sensación de seguridad que acompañaba a René Águila. Y pensó que ese debía ser el momento de rectificar los rumbos de la conversación. Miguel Duque pareció escucharlo.

—Es posible, todo es posible... ¿Por qué usted fue a verlo?

—Porque vamos a hacer negocios. —¿Se puede saber qué negocios?

—Por supuesto..., usted es policía. Y como no hice nada ilegal... Además, de eso fue de lo que hablamos en el hotel. —Y se tocó el oído para remarcar su convencimiento de que los habían escuchado o grabado—. Nada, yo le conseguí a Puigventós unas actas de la Beneficencia Catalana que él estaba buscando y no aparecían por ningún lado. Yo soy capaz de encontrar algo hasta debajo de la tierra... y de allá abajo las saqué. Las actas originales de la fundación de la Beneficencia en 1848, y también otros papeles más recientes, casi todos de la década de 1920, relacionados con una especie de conspiración entre catalanes para crear un estado independiente... No sé si usted sabe que Francesc Macià estuvo en La Habana después de su loco intento de invadir Cataluña para independizarla. Y aquí se escribió un

proyecto de Constitución republicana... Hasta la bandera independentista catalana se creó en Cuba... Dicen que por eso se parece a la cubana, con la estrella solitaria. Había muchos nacionalistas catalanes que pensaban que debían seguir el ejemplo de Cuba e independizarse de España. Y querían aprovechar la crisis que existía en el país, la situación de caos en Cataluña, utilizar incluso los métodos de los anarquistas... Parece que algunos de los nacionalistas se reunieron acá en La Habana con el anarquista Buenaventura Durruti para sumarlo a la causa. ¿Sabían eso?

Conde sintió que Miguel Duque había sido superado por una historia que él mismo desconocía en sus detalles y de cuya veracidad absoluta desconfiaba. ¿Anarquistas y nacionalistas en el mismo plato? Todo podía ser, pensó, y observó el rostro de Miguel Duque: casi seguro era un genio informático y deductivo, como decía Manolo, pero, con la misma seguridad, Conde podía afirmar que le faltaban lecturas. No solo de computadoras vive el hombre, menos si el hombre es un investigador policial. No obstante, mantuvo su mutismo. Lo que René Águila contaba tenía un fondo histórico cierto, aunque podía ser una pantalla. ¿Creada por él o por Puigventós? También la trama catalanista podía ser cierta, y esa posibilidad protegía al mulato.

—Pero el contenido de esos documentos debe de estar en muchos libros de historia... —quiso suponer Miguel Duque.

—No todo, teniente. Se lo aseguro. Hace un tiempo leí una frase que se aplica en este caso: la vida es más ancha que la historia... En esas actas hay mucha vida: detalles y nombres que, relacionados unos con otros, pueden tener mucho valor ahora mismo. Y no solo para los historiadores.

—¿Un misterio de catalanes? —trató de ubicarse Miguel Duque, colocando unas gotas de ironía a su pregunta.

—Sí, un complot catalanista —precisó René Águila—. Una aspiración que empezó allá, pasó por aquí, atravesó la Guerra Civil y el franquismo y todavía no ha terminado allá, donde el asunto está cada vez más candente. Y esos papeles valen dinero para algunas personas interesadas en el tema. Para ventilarlos o para desaparecerlos, eso no lo sé. Ese sí es un misterio de catalanes, como usted dice...

—Esos papeles deben ser propiedad de la Beneficencia —anunció Duque, y Conde supo que había tomado por el camino equivocado.

—No, si son documentos personales. O copias de originales... Copias

antiguas. Podemos preguntarles a los de la Sociedad Catalana. Pero en tiempos de Wikileaks...

René Águila estaba haciendo una exhibición gratuita de sus habilidades. Con sus dotes y pocos escrúpulos, podía lograr cruzar casi cualquier desfiladero sin caer en un abismo.

—¿Y Puigventós vino a Cuba a buscar esos documentos?

—Sí..., pero como sé que su espectro de intereses es muy amplio y como es catalán y no gallego, también puedo suponer que esté tratando de hacer más rentable el viaje, ¿no? Pero de eso yo no sé nada. Ni a quién iba a ver ni con quién salía... Y menos dónde puede estar metido ahora.

—¿Y en qué quedaron ustedes? —retomó Duque su ofensiva.

—Debemos vernos mañana y cerrar el trato. Papeles contra dinero.

—¿Dónde?

—Él quedó en venir hasta acá, a las ocho de la noche. El gallego iba a aprovechar para bañarse en la playa, y luego comíamos aquí y hacíamos el negocio. Lo invité a cenar porque ahora estoy consiguiendo unas ruedas de aguja que son una maravilla...

—¿Puedo ver esos papeles que le va a vender?

—¿Estoy obligado a hacerlo?

—Véalo como un gesto de cortesía —dijo Duque, y Conde lo felicitó mentalmente.

El mulato sonrió y se puso de pie. Al salir, su mirada se cruzó con la de Conde. Una mirada tan inocente que no podía ser la de un hombre inocente, pensó Conde, que debió guardarse su razonamiento. Además, tenía unos insoportables deseos de fumar. ¿Cuánto tiempo hacía que no encendía un cigarro?

El teniente Miguel Duque había cometido el error policial de dejarse vencer por el orgullo personal y la prepotencia del poder. Después de leer los papeles de los catalanes independentistas e, incluso, de fotografiarlos con la autorización de René Águila, decidió que la visita había terminado. Le reclamó al vendedor de arte, documentos y otras misceláneas que lo localizara de inmediato si tenía alguna noticia de Jordi Puigventós, le pidió disculpas por el tiempo invertido y recogió sus fuerzas.

A bordo del auto chino, Conde volvió a contemplar la fortaleza de René Águila. Había oscurecido y ahora la iluminaban las potentes lámparas que beneficiaban incluso parte de la calle y del terreno agreste que le seguía. Como el otro no le dirigía la palabra, él mantuvo su mutismo, y cuando el auto tocó la autopista y puso proa hacia La Habana, Conde le pidió que lo dejara allí mismo.

—Voy a ver a un amigo en Guanabo. Yo regreso por mi cuenta y así tú vas más cómodo —le dijo al policía, y abandonó la máquina. El maltratado orgullo policial de Duque lo empujó a mostrarse aliviado al verse libre de la compañía de Conde. Sin despedirse y a velocidades de *rallying*, Duque se alejó en el auto con dirección a la ciudad.

Conde entró en la cafetería cercana, compró una cerveza y fue a sentarse sobre un murito en el parqueo de la instalación. Bebió el primer trago y encendió el cigarro que tanto ansiaba. No tenía prisa, por el contrario, necesitaba dejar que pasara algún tiempo y debía aprovecharlo meditando sus estrategias antes de ir a meterse por voluntad propia en la boca del posible lobo.

Faltaban veinte minutos para las nueve cuando cruzó la autopista y tomó el sendero ascendente hacia el nido de Águila. Entró por el camino que conducía a la casa amurallada y se congratuló cuando vio cómo una luz naranja comenzaba a parpadear en el extremo del muro donde estaba el portón de acceso al garaje. Justo a tiempo. Apretó el paso, y cuando el portón terminó de abrirse, los faros del auto iluminaron su cuerpo. Conde sabía que estaba intentando forzar una cerradura y sintió cómo el corazón palpitaba en su pecho. La única protección que lo cubría, pensó, era que ya había estado allí con unos policías y, si resultaba tan inteligente como parecía, René Águila no se arriesgaría a revolver el avispero del cual, de momento, había salido sin ronchas.

El mulato bajó del auto por el asiento del copiloto. Avanzó hacia Conde. Ahora calzaba unos mocasines marrones, a juego con el polo naranja. Del otro lado del auto se hizo visible la figura del negro rompehuesos.

—Hoy no nos ofreciste del mejor café de La Habana servido en tazas de porcelana —soltó Conde, y le dio fuego a otro cigarro. Necesitaba parecer tranquilo.

—Usted me dijo que no era policía —se lamentó René Águila.

—Y es verdad... La prueba es que te dejé meterle un cuento catalán a ese

teniente.

—¿Porque tú crees que lo de los papeles es mentira? —preguntó, abandonando el trato que Conde podía merecerse por su edad.

—No. Sé que es verdad y que tienen información auténtica, no sé si valiosa o no..., pero también sé que tú no pierdes el sueño por unos papeles que no valen demasiado. Y estoy pensando en tus estándares... —Y dirigió la mirada hacia la mansión—. A menos que esos documentos sean una verdadera bomba, y yo no lo creo. Eso quiere decir que vas a venderle al Puigventós algo que sí vale dinero... Tal vez otros papeles que no son los que le enseñaste al policía estrella... Pero, te juro, mientras no sea la virgen negra de mi amigo ni nada relacionado con la muerte de los dos muchachos... eso no es problema mío. Yo solo no puedo controlar la rebatiña que se ha formado en este país ni darles o negarles la independencia a los catalanes...

René Águila sonrió con cierta tristeza.

—Esa virgen de mierda con dos muertos arriba nos va a complicar la vida... Cuando la policía se mete en algo...

—Es verdad: esa historia se salió del carril y anda como loca. Y lo peor es que no ha terminado... Si le pasa algo al catalán va a arder Troya... con los troyanos y hasta los griegos dentro... ¿Con quién más se iba a ver Puigventós? Si me lo dices, te protejo como fuente. A lo mejor así las cosas se calman. Y en tu negocio la calma es oro. ¿De verdad te imaginas la que se puede armar si matan a ese catalán?

René Águila miró un punto indefinido por encima del hombro de Conde. Por alguna razón, el ex policía tenía ahora la certeza de que, aun contando con todas las armas para hacerlo, incluido el negro rompehuesos, René Águila estaba al margen del robo de la virgen y los dos asesinatos. Y que su bien máspreciado eran sus negocios, tan necesitados de un sosiego perdido. Con la policía en los talones las cosas no podían marchar bien.

—La vez anterior que estuvo en Cuba y hablamos de los papeles de la Beneficencia catalana, Puigventós me comentó que necesitaba regresar a España por un lío de una subasta, pero que volvía en cualquier momento porque iba a hacer un negocio con Elizardo Soler. De verdad no sé cuál, ni siquiera sé si es verdad, si lo hicieron ya o no... Lo que sí sé es que si el catalán ese no aparece es porque anda detrás de una cubana. Lo que han hecho todos ellos desde hace mil años... Cuando comimos en el hotel me dijo que la cubana lo tenía loco. Que esa mujer era... un cataclismo...

Conde cerró los ojos. La luz de sus premoniciones lo estaba cegando.

—¿Dijo cataclismo?

—No, lo digo yo: un cataclismo... El caos mayúsculo.

—Gracias, René... —dijo satisfecho, y dio media vuelta.

René Águila le había dicho lo que él necesitaba saber y el mulato lo sabía. Cuando Conde se hubo alejado dos pasos, se detuvo. Regresó al portón del garaje en el momento en que René Águila iba a abordar su reluciente Hyundai. Conde le gritó:

—René, ¿me das un empujón hasta La Habana?

Cuando Carlos y el Conejo lo vieron acercarse, comenzaron a aplaudir. Junto a la pequeña reja que daba entrada a la casa, Conde hizo una reverencia a sus amigos, que lo aclamaban desde el portal, y levantó los brazos: en cada mano traía una bolsa. Una cargaba comestibles y la otra bebestibles.

—Coñó, animal, mira eso, qué hora es... Casi las diez... —gritó Carlos—. ¡Nos estabas torturando, somaricón!

—Dale, dale —lo apuró el Conejo—. ¡Que tengo una sed y un hambre!

Conde necesitaba tomar distancia de la historia extraña en la cual se había visto envuelto y, ya a bordo del Hyundai de René Águila, le pidió al mulato que le hiciera el favor de marcarle un número en su celular. Entonces habló con el Flaco y le pidió que a su vez localizara al Conejo: iba en camino y tenían tertulia tardía y extraordinaria. Ya en la ciudad pasó por una cafetería y se hizo de las necesarias provisiones que ya disponían en la mesa del patio, el sitio más fresco de la casa del Flaco. La canícula de septiembre seguía asolando a La Habana, que todo el día había reverberado bajo un sol despiadado.

Antes de dar inicio a la sesión, Conde pasó por el baño y orinó hasta sentir que se desinflaba. En ese proceso, sin previo aviso, recibió un ramalazo de tristeza: ¿perdería al Conejo para siempre y, con él, una entrañable complicidad y costumbre? ¿Todo terminaría deshaciéndose, tragado por un diluvio? Viendo cómo la invencible Josefina preparaba su cama, llamó a Tamara y le dijo que no lo esperara: su trabajo se había complicado y necesitaba deliberar con sus *consiglieri*. Y ella sabía cómo eran esos cónclaves. Josefina también, pues, luego de darle un beso y las buenas

noches, le pidió que no gritaran demasiado y antes de irse dejara a Carlos acostado en su cama.

—¿Qué le trajiste a Josefina, Conde? —quiso saber el Conejo cuando él salió otra vez al patio.

—Unos pasteles y dos latas de refresco... Pero ya tengo en mi casa un cargamento de garbanzos, chorizo, morcilla, papas... Mañana los traigo para acá. Es que me dijo el otro día que tenía ganas de comerse una garbanzada.

—¡Con noventa años, con este calor!... Vas a dejarme huérfano, salvaje —protestó Carlos, sonriendo.

—Está bueno ya, Flaco. Tu madre sabe lo que hace —intervino el Conejo—. ¡No me dejen fuera de ese potaje, coño! Hace como dos quinquenios que no me como unos garbanzos así...

—Te falta el lacón, Condesito —apuntó Josefina desde la cocina—. Gracias por los refrescos. Y acuérdense de no gritar mucho...

—Coño, con esta vieja nunca quedo bien —protestó Conde en voz baja, y se dio el primer trago de la jornada.

—¿Tú sabes que la semana que viene llega Dulcita? —le preguntó Carlos al recién llegado.

—No..., si ni tú ni Tamara me lo dicen. Me tienen compartimentado. Hace rato yo soy aquí el último que se entera de todo...

La ex novia de Carlos en los tiempos preuniversitarios, viuda desde hacía unos años y desde hacía muchos más residente en Miami, ahora compartía su tiempo entre los dos polos magnéticos del estrecho de La Florida. Gracias a ella y a su ayuda económica, la casa de Carlos había recibido algunas mejoras que incluían la remodelación del baño y la pintura de las paredes. Sus días en La Habana, además, imponían cierta disciplina en las costumbres de la horda salvaje. A diferencia de Tamara, la novia recuperada del Flaco era capaz de levantar el codo con los amigos, con igual frecuencia e intensidad, pero también conseguía romper del modo más amable las rutinas masculinas con la compañía que le hacía al inválido y, sobre todo, con la intimidad sosegada que compartían a puertas cerradas y que mucho alimentaba la autoestima del hombre tantos años baldado. ¿También Dulcita había participado de los proyectos viajeros del Conejo?

—Bueno..., eso hay que celebrarlo, ¿no? —propuso el Conejo, por lo general dispuesto a las celebraciones. Con o sin motivos. Y brindaron por Dulcita, su regreso, su fraternidad incombustible. Siempre había sido la mejor

y más completa de todos ellos, admitieron. Y también por eso brindaron.

Como se había propuesto, Conde les contó a los amigos sus más recientes y muy pobladas aventuras detectivescas. Por una vez, Carlos y el Conejo lo escucharon en silencio, hasta que el otro levantó las manos como diciendo: eso es lo que hay.

—¿Y qué viene ahora, salvaje? —quiso saber Carlos.

—Decirle a Manolo lo que pienso y soltarles la pelota a ellos. Para eso son policías, ¿no?

—¿Y tú crees que el negocio que tenían entre manos el catalán Puigventós y Elizardo tenía que ver con la virgen? —siguió Carlos.

—Puede ser, puede ser —meditó Conde—. Pero si ese era el negocio, entonces Elizardo Soler ya planeaba tener la virgen, ¿no?... Ahí podría estar la clave de todo este rollo.

—Y la razón de que ahora haya dos muertos —comentó el Conejo.

—El problema es que no sé por dónde se puede agarrar a Elizardo y sacarle lo que sabe o hizo.

—Lo que no entiendo es cómo nadie supo nunca que esa virgen estaba aquí, en Cuba —agregó el Conejo.

—El abuelo catalán de Bobby siempre la tuvo con él, en su casa —dijo Conde—. No la tenía en exhibición, y siempre dijo que era una Virgen de Regla... No sé si el propio Bobby fue el que complicó la cosa con el lío de mezclar a Yemayá con la Virgen, con enseñársela a la gente... y empezar a joder con la historia de que tenía un poder.

—Mucha gente piensa que son milagreras, Conde —le advirtió el Conejo—. Que tenían el poder de la tierra, de la creación... Por lo que he leído son unas piezas muy raras y ahora mismo quedan muy pocas. Todas se tallaron más o menos en una misma época y muchas de ellas están mezcladas con los cruzados y los templarios... Y tú sabes que corre mucha especulación mística y un montón de misterios inventados o reales con esos personajes. Y personas con ganas de creer en cosas locas es lo que sobra en el mundo. De todas formas hay algo que está comprobado: esas vírgenes generaban una devoción especial. Tenían algo...

—¿Porque eran, o son, negras? —quiso saber Carlos.

—Para empezar, parece que sí. Y son negras porque están asociadas a la tierra..., la madre de todo en muchas culturas antiguas. La tierra es el recipiente femenino donde germina la semilla masculina. Semen, semilla... Si

lo que he leído no me engaña, parece que en esas imágenes negras se cruzan los pensamientos religiosos de varias culturas: las africanas de Egipto, las paganas europeas de los celtas y, claro, la cristiana romana y la bizantina..., que ya vienen contaminadas con el antiguo judaísmo y otras religiones locales después consideradas paganas. Por eso hay dudas sobre si todas esas vírgenes llegaron de África y el Medio Oriente, incluso de Jerusalén, cuando los cristianos recuperaron la ciudad, a finales del siglo XI. O si algunas las hicieron artistas venecianos, que también las habían conocido en Tierra Santa, donde hubo mucha presencia de venecianos, pisanos y genoveses. O si los paganos identificaron a la Virgen María con su diosa madre, la tierra y la naturaleza, que son femeninas...

—Tremendo rollo, ¿no? —opinó Carlos, y Conde asintió luego de darse un largo trago con el que se proponía limpiar sus entendederas.

—Ya lo dije, hay mucha tela y mucho misterio real y también mucho misterio barato alrededor de esas figuras —siguió el Conejo—. Pero de lo que tampoco parece haber dudas es de que empiezan a aparecer en Europa durante lo que se ha llamado el renacimiento medieval, más o menos después de la toma de Jerusalén. Y esa coincidencia es histórica, no casual. Se sabe que los cruzados y los templarios están metidos en la devoción a esas vírgenes y en la idea de que tienen un poder..., aunque solo sea espiritual.

—El que quiere creer ve y siente cosas que el descreído no ve ni siente —comentó Carlos—. Por eso no me extraña que si Bobby es creyente de verdad esté convencido de que la virgen lo curó... Realismo mágico. Rulfo, García Márquez, Carpentier... ¿Ven lo culto que soy?

Conde se sirvió otro trago. Alzó la vista hacia el cielo limpio de nubes, poblado de estrellas, y preguntó:

—¿Entonces yo tengo que pensar que esta historia cubana de ahora mismo tiene que ver con todo eso y con la toma de Jerusalén y la parafernalia de los grandes poderes ocultos? ¿Aquí, en Cuba, con este calor y todo lo que cuelga?

Los tres amigos, de común y tácito acuerdo, decidieron que ya era muy tarde, de verdad hacía mucho calor y aquel ron estaba buenísimo como para complicarse la vida de esa manera. Ya mañana se verá, y que el mundo, la historia y el tiempo se vayan todos a la mierda..., total.

Cuando entró en la capilla, apenas beneficiada por la luz matinal filtrada por los vidrios del pórtico y los estrechos tragaluces laterales, el fráter Antoni Barral estaba convencido de que ese podía, debía, iba a ser el último día de su vida, el último también de la plaza que pagaba el mayor precio por el orgullo de haberse creído imbatible, la más inexpugnable. La vista al frente, avanzó hacia el pequeño altar de piedras blancas bañado por la cera muerta de las velas extinguidas que ya nadie se encargaba de retirar. En el espacio abovedado que se cerraba tras el ara, pendía una pulida cruz de madera de cedro granate, como pintada con sangre, bajo la cual imperaba, soberana y mayestática, la imagen magnífica y poderosa de Nuestra Señora.

En el escalón que elevaba el espacio más sagrado del resto del templo, el caballero depositó el yelmo, luego movió la espada en su cintura, y se hincó de rodillas. Con las manos unidas sobre la roja cruz ochavada que exhibía en su pecho y la cara proyectada hacia la efigie, cerró los ojos. Respiró varias veces para intentar concentrarse en medio de los alaridos infrahumanos de los sitiadores que perforaban sus oídos y la algarabía rítmica y penetrante de la música infernal, salida de los cientos de tambores, címbalos y trompetas capaces de alterar el ritmo de sus latidos. Era el ruido y la furia de quienes se sabían vencedores y se anunciaban implacables en su proclamado propósito, jurado sobre el Corán, de no detenerse hasta haber lanzado al mar al último adepto a la Cruz asentado en la Tierra Santa amada del Profeta.

Convencido de que para él no habría otra oportunidad, Antoni Barral se dispuso a confesarle a Ella todos sus pecados, para aliviar con la descarga espiritual una salida del mundo a la que no temía, pues estimaba que podía

dar por bien empleados los días de su existencia, ofrendados a un bien mayor, en el que creía y por el cual iba a morir. Oraba y le juraba a la Madre que su fe nunca había flaqueado ni flaquearía. Oraba y recordaba sus muchas violencias cometidas a través de un tránsito de largos años, guiado por la cruz y la espada, el amor y la vocación de servicio, los votos de castidad y pobreza, la devoción por Ella y la fe en el Ungido con las que se había juramentado y en cuyo ejercicio había asumido como justa y santa una lucha en la cual su brazo había dado tantas muertes que resultaban incontables. Oraba y meditaba que con sus convicciones, acciones y buena voluntad no había logrado que el mundo fuera un sitio mejor, más bien lo contrario: tal vez por ello resultaba necesario el sacrificio postrero. Oraba, lloraba, pedía el perdón para su alma inmortal si había cometido excesos cuando, de modo sutil, sin sobresaltos, en un momento impreciso de su meditación había dejado de escuchar los alaridos y estridencias, al tiempo que comenzaba a percibir cómo su cuerpo penetraba en un refugio amable, envolvente, una condición física desconocida que lo hacía leve, a salvo de la parafernalia circundante, inmune al caos del momento final. Justo cuando se sentía más arropado en aquel refugio, con su cuerpo incluso elevado unos centímetros del suelo, recibió sobre su frente la presión nítida e inconfundible de unos dedos cálidos capaces de hacerle perder el equilibrio y caer de espaldas, provocando el retumbante sonido de sus metales ofensivos y defensivos. Tendido en el suelo abrió los ojos y comprobó que, ante él, solo estaban, en su sitio de siempre, la cruz y la figura de la Madre, con su rostro negro, brillante y hierático en el que resplandecían unas pupilas azules, casi con vida, de cuyas órbitas, podía jurarlo, en ese instante vio brotar y correr dos lágrimas. Y Antoni Barral recibió la vibrante premonición de que aún le quedaban tareas por cumplir en el Reino de este Mundo. Supo que al menos él había sido blindado por un poder superior y no moriría en esa jornada terrible en la que se celebraría la última batalla antes de que se concretara la pérdida definitiva de la que había sido por décadas la ciudad más pérfida y rutilante del mundo conocido: la ciudad que por sus muchos pecados se había condenado a sí misma. Conociendo cuál era su misión, el objetivo superior para el cual seguiría con vida, el caballero se puso de pie, se acomodó el casco y la espada y avanzó hacia el altar.

Unos meses atrás, el fráter Antoni Barral y unos pocos de sus hermanos de la Orden del Temple, hambrientos y desarrapados, habían llegado a San Juan de Acre. Eran los sobrevivientes, quizás escapados por puro milagro, de la furia implacable de los sarracenos del sultán mameluco Qala'un, artífice de la toma y devastación de la riquísima Trípoli. El día de su arribo el caballero catalán cargaba sobre su cabalgadura la imagen de la Virgen que había formado parte de los bienes que se disputaban los caballeros del Temple con los poderosos mercaderes genoveses y venecianos de Trípoli, los voraces y díscolos amos de la bella ciudad, los mismos que con sus ambiciones y desmanes habían tentado la ira del sultán mameluco. A causa de aquel diferendo, desde que la imagen fuera traída de Jerusalén junto a otras reliquias cuando la urbe sagrada terminó siendo conquistada por Saladino, la imagen de la Virgen, ya con fama de milagrosa, había permanecido tristemente arrinconada en la iglesia de San Marcos, una de las más ricas de la ciudad, a la espera de un destino definitivo cuando se resolviera el vulgar litigio terreno de su propiedad.

Por la preservación de aquella figura de madera el hermano Antoni había estado a punto de perder la vida durante la crudelísima devastación de Trípoli, que había sido encomendada a los santones derviches de largas cabelleras, los más fanáticos y feroces guerreros entre los islamitas, unos hombres que insistían en ganarse la gloria degollando a cristianos o siendo degollados por ellos, daba igual.

Después de varios días de combate contra fuerzas de asedio que, tanto en hombres como en armas, en mucho superaban a los defensores cristianos de la ciudad, el fráter Antoni Barral y otros de sus hermanos de la orden habían comprendido que el destino de la plaza estaba sellado y la única alternativa era una estrepitosa y humillante retirada. Pero aun en medio del caos absoluto, con los musulmanes ya corriendo por las calles de la urbe, los caballeros habían decidido que no podían dejar atrás las insignias y documentos de la orden. Tampoco, como exigió el fráter Antoni Barral, la imagen de Nuestra Señora cuya pertenencia siempre habían reclamado, pues, contaban viejos caballeros, había sido hallada muchos años atrás entre los cimientos del que por más de un siglo había sido el cuartel general de los templarios, ubicado en el sitio preciso en donde las crónicas más fiables aseguraban se había erguido el Templo del rey Salomón y había estado en

custodia el Arca de la Alianza. Desde que se produjera su fabuloso hallazgo, varios eran los milagros y prodigios atribuidos a aquella Madre de Dios, negra como el alquitrán que brotaba de las entrañas del desierto, y mucho le habían orado los caballeros del Temple, sus más fieles devotos. Y fueron también los templarios quienes, para resaltar su belleza y patentizar su poder, le habían pedido a un maestro tallador veneciano que vivificara la efigie con la aplicación de colores y la preservara con los mejores esmaltes. Por ella, pensaba Antoni Barral, valía la pena arriesgar la vida. Y así lo habían decidido él y tres de sus hermanos, cuyas espadas, durante la realización del rescate, habían hecho correr la sangre musulmana hasta que fluyó más allá de las puertas de la iglesia de San Marcos. Encargado por sus cofrades de transportar la virgen en virtud de su corpulencia, al disponerse a salir del recinto sagrado Antoni debió ver cómo sus tres compañeros de armas y juramentos, apenas puesto un pie en el atrio, caían fulminados por una lluvia de lanzas, piedras y flechas que, en cambio, pasaban por encima de su cabeza y por los lados de su cuerpo sin rozarlo, como si los proyectiles evitaran buscarlo a él, el encargado de cargar con la virgen. ¿Suerte o milagro?, se preguntaría muchas veces el templario y se lo volvería a preguntar durante las meditaciones que realizó en el que, pensaba, debía de ser el último día de su vida, en la capilla de la fortaleza templaria de la condenada San Juan de Acre.

Con la virgen a cuestas, Antoni Barral había atravesado el vergel de viñedos y olivos que rodeaban San Juan de Acre y con razón se sintió impresionado por la magnitud y la planta de la ciudad. Pero cuando traspuso la magnífica muralla doble por la puerta de San Antonio, el templario tuvo la conmovedora sensación de haber caído en la más gigantesca de las ferias del mundo. En los por esa época ya extintos reinos latinos de Tierra Santa, todos habían ponderado siempre la vitalidad de la urbe, la más populosa, cosmopolita y rica de las posesiones francas en territorio cruzado, convertida en sede del antiguo reino de Jerusalén desde la infausta pérdida de la Ciudad Santa. Siempre se decía, y Antoni Barral tuvo ocasión de comprobarlo con su asombro y espanto desplegados, que todas las riquezas y fantasías del mundo conocido, todos los productos y caprichos, cualquiera de los deseos y lujos imaginables, podían ser ganados, comprados o satisfechos en aquella urbe y

su puerto.

Dentro, sobre, contra las soberbias murallas de Acre confluían y se mezclaban hombres de las más diversas latitudes y razas, desde los pálidos teutones germánicos, asentados en su propia calle, hasta riquísimos mercaderes y artesanos genoveses, pisanos, venecianos, cada uno de ellos con su barrio particular, pasando por navegantes catalanes, cruzados franceses, lombardos e ingleses, gentes de Bizancio, Grecia, Chipre y hasta de la lejana tierra de los mongoles, además de los infaltables mercaderes judíos y campesinos libios, sirios y egipcios de tez bronceada, ya cristianizados o aún islamitas. Miembros de todas las órdenes religiosas y militares tenían allí sus cuarteles generales y convivían con duques, condes y hasta príncipes de posesiones cercanas o remotas, reales o ficticias, y con un pobladísimo clero destinado a satisfacer la demanda de una catedral, cuarenta iglesias, varios monasterios y hospitales e incontables capillas de intramuros. Y, por supuesto, pululaban en la ciudad y sus alrededores marineros, aventureros, guerreros de oficio, pícaros y vagabundos, al tiempo que laboraba en sus catacumbas un activo ejército de prostitutas de todas las estofas, que se contabilizaban en miles.

Mientras atravesaba la ciudad, el fráter Antoni Barral había percibido el vértigo de su algarabía comercial y el ritmo frenético de sus gentes, arracimadas en el recinto amurallado. El zoco árabe, de donde brotaban mezclados los olores de los aceites perfumados y la mirra, los efluvios de las carnes puestas al carbón y los dulces melosos, la fetidez de los cagajos de camellos y el aroma ácido de las leches fermentadas, avecinaba su espacio con el mercado judío, donde refulgían las telas más cotizadas y proclamaban a gritos sus oficios los prestamistas, escribanos y orfebres, tratando de imponer sus voces por encima de las letanías de sus vecinos moriscos. Sobre la plaza iban a dar unos callejones abarrotados donde los también bulliciosos mercaderes pisanos y genoveses ofrecían sus mercancías, vendían espacios en sus muy marineras naves hacia todos los puertos del Mediterráneo y hasta fragmentos autenticados de la Vera Cruz y muchos huesos de santos y mártires. Apenas calle por medio y en abierta competencia con sus vecinos, los siempre muy bien ataviados venecianos se dedicaban a exaltar la transparencia de unas finísimas copas de vidrio recién importadas, la calidad de sus espejos y la exclusividad de los últimos productos, en ofertas limitadas y también recién importados, provenientes del Lejano Oriente, de donde,

decían, habían sido traídos por el mismísimo Marco Polo. Animaban aún más el caos una multitud de lombardos borrachos y agresivos, de mutilados de guerra clamando por limosnas, de soldados francos hedientes a manteca y sudores cristalizados, de fanáticos de la Torá, el Corán y la Biblia que anunciaban lo mismo el fin de los tiempos que la llegada de la redención en todas las lenguas escapadas de la Torre de Babel.

Acogidos al fin en la impresionante fortaleza ocupada por la orden, en el extremo sur de la ciudad y muy cerca de los espigones del puerto y la Torre de Hierro, el fráter Antoni Barral y sus compañeros sobrevivientes habían entregado la imagen negra de Nuestra Señora al capellán mayor de la orden. El hermano, conocedor de la historia y majestuosidad de la Virgen y las crónicas de sus prodigios, había decidido darle el mejor sitio de la capilla, donde los caballeros de la orden solían orar y en la que, en los últimos años, se habían practicado las iniciaciones de los nuevos exaltados, viejas ceremonias sobre las cuales, lenguas maledicentes y envidiosas, habían comenzado a propalar pérfidos rumores relacionados con comportamientos indecentes y actitudes heréticas.

Con el paso de los días, la primera sensación que Antoni Barral había tenido de la vida licenciosa y desenfrenada en San Juan de Acre se fue convirtiendo en inquietante certeza. Si al principio había pensado que su juicio había sido afectado por el lujo y el ritmo de la urbe, tan ajenos a su hosco carácter de plebeyo nacido en un pueblo remoto de las montañas catalanas y a sus años de vida casi monacal en una encomienda de la orden cercana a la ciudad de Tolosa, los comportamientos cotidianos de los habitantes de Acre lo refrendaron en su apreciación inicial. Quizás por saberse ya condenados a la pérdida de la ciudad más rica y mejor fortificada del mundo a manos de los ejércitos musulmanes agrupados bajo el liderazgo del sultán Qala'un, todos se dedicaban a un frenesí de negocios, trapicheos, estafas y acaparamientos, al tiempo que el vino, la saliva y el semen corrían como lava de volcán en erupción. Allí nadie hablaba de misiones mayores, solo importaban el oro y la lujuria, esta y no la otra vida.

Los más antiguos moradores de la plaza aseguraban que todo había ido a peor con la llegada del contingente cruzado que llamaban «los italianos», integrado por campesinos y aventureros provenientes de las tierras del norte de la península, conchabados más por los altos sueldos prometidos que por el limpio deseo de combatir al infiel y salvar para la cristiandad los territorios

bíblicos participando en una cruzada que nunca lo sería. La gota capaz de colmar la copa habían sido las violentas requisas aplicadas por «los italianos» a los comerciantes y a los campesinos sirios y libios, casi a cualquiera de los musulmanes vecindados en la ciudad. Las expropiaciones, aderezadas con vejaciones, castigos corporales e, incluso, con varias ejecuciones, habían provocado un conato de rebelión que obligó a las laxas autoridades a intervenir y poner en la cárcel a los alborotadores. Pero, en realidad poco dispuestos a castigar a unos soldados del ejército vaticano, habían devuelto a la calle a «los italianos» con apenas un regaño y, de paso, fabricado el último pretexto que necesitaban los mamelucos para romper la tregua acordada con la ciudad e iniciar la campaña militar que decretaría su fin.

La excepción de tal desenfreno generalizado que pedía a gritos ser castigado la ofrecía la actitud de los miembros de las órdenes militares religiosas, sobre cuyas espaldas caía muchas veces la dura tarea de mantener la concordia civil y preparar la urgente defensa militar. Pero templarios, hospitalarios y teutónicos bien sabían que sus esfuerzos resultaban vanos y que sus capacidades militares, aun contando con las excepcionales fortificaciones de la urbe, no podrían resistir el ya anunciado asedio masivo. Lo que desconocían, a pesar de que algunos veteranos como Antoni Barral lo presentían, era que su tiempo de protagonismo y gloria había pasado. Para ellos no habría futuro en tierras cristianas porque llegaban a su fin los días de los reinos latinos en Tierra Santa, de las expediciones cruzadas y de la utilidad de las milicias de Cristo.

Entre príncipes, condes, duques, maestros, obispos y mariscales de campo que se codeaban en San Juan de Acre, el fráter Antoni Barral conoció a un hombre que, desde el primer encuentro sostenido, le pareció singular por su forma de pensar y lo deslumbró con su carácter, provocándole, a la vez, una extraña sensación de empatía, por lo cercano que podía resultar, y de inquietud, por lo inasible y pragmático que también era.

El gran capitán Roger de Flor aseguraba haber nacido en Alemania, mas nadie estaba convencido de que fuera cierto, pues alguna vez se le había oído afirmar ser natural de Bríndisi y, otras, de Barcelona. Según de dónde fuese originario se llamaba de un modo diferente, a veces Roger van Blume, otras

Rutger Blume, las más de las ocasiones Roger de Flor. Él mismo contaba un día sobre su pertenencia a una estirpe de nobles germanos, otro que sus antecesores eran ricos comerciantes bávaros o navegantes catalanes y algunos hasta se presentaba como hijo de un cardenal italiano muy cercano al papa Gregorio X. Decía conocer todos los puertos del Mediterráneo y se vanagloriaba de ser el mejor capitán y marinero que jamás hubiera navegado esos mares. Era capaz de narrar su participación en las más grandes batallas del siglo, y decía ser amigo de la mayor parte de los príncipes de la cristiandad. Como apenas alcanzaba los veinticinco años de edad, todos sabían que se trataba de un redomado embustero, pero disfrutaban de su labia y simpatía porque también advertían que entre sus mentiras había algunas grandes verdades, como su capacidad marinera, sus muy refinados modales y la habilidad para expresarse con fluidez en diez lenguas diversas. No por gusto el Gran Maestre de la Orden del Temple, decidido a utilizar lo utilizable del joven, lo había iniciado como hermano lego y le había dado el título de gran capitán y el mando del más grande navío que alguna vez surcara el Mediterráneo: *El Halcón del Temple*, armado en Génova y fondeado por aquellos días en el mejor embarcadero del puerto de San Juan de Acre.

A pesar de ser dos hombres de carácter tan diferente, quizás la empatía que sintió Antoni Barral por el gran capitán Roger de Flor se debía a la debilidad del famoso navegante por los marineros catalanes y los rudos soldados aragoneses que componían, casi de forma absoluta, la tripulación que conducía y la milicia protectora de la fortaleza flotante que era *El Halcón del Temple*. Tanta cercanía había establecido el joven capitán con aquellos guerreros desafortunados que solo hablaba con ellos en catalán (idioma del que, según el momento, podía afirmar que era su lengua materna), sabiéndose así más protegido de posibles filtraciones de los asuntos turbios en que siempre parecían andar.

Fue durante una conversación en esa lengua con tres de sus marineros cuando Antoni Barral se acercó por primera vez a Roger de Flor y le habló en su idioma natal. Aunque ya se conocían por los frecuentes concilios que realizaban los caballeros de la hermandad ante la complicada situación militar de la plaza, en esa ocasión sostuvieron un largo diálogo gracias al cual Antoni sintió en carne propia las cualidades de encantador de serpientes del joven marinero.

El puente de mando de *El Halcón* fue el sitio donde, a lo largo de los meses que convivieron en Acre, varias veces se encontraron el fráter y el capitán templarios. A Antoni Barral, quien durante los primeros años de su vida solo vio rocas, montañas y arroyos escarpados, cabras y lobos, pobreza y rigor en el valle pirenaico donde había nacido, el mar siempre le ofrecía una sensación de libertad y gloria que no se cansaba de disfrutar. Además, desde el puerto se tenía una de las mejores panorámicas de la ciudad, de las dos murallas y las doce torres fortificadas, con sus prodigiosas paredes de piedras amarillentas brillantes bajo el sol, sus fosos anunciados como infranqueables y los variopintos pendones elevados al cielo por las distintas cofradías militares, religiosas, comerciales, ciudadanas y marineras allí asentadas como en el más atiborrado de los crisoles alquímicos del mundo conocido. Frente a ellos, símbolo de fuerza y poder, estaba el fuerte de los caballeros del Temple sobre cuyos muros protectores oteaban la ciudad y el mar cuatro orgullosos leones pintados con esmalte de oro y del tamaño de bueyes cebados.

Comparada con la posible existencia real del joven Roger de Flor, Antoni Barral consideraba la suya vulgar y prescindible. A sus cuarenta años solo podía contar las historias de su vida de niño campesino que, por una voltereta del destino, recibió albergue en una encomienda templaria del Rosellón, el país vecino adonde había llegado como guía y auxiliar de dos caballeros andantes, dispuestos a enrolarse en una cruzada y que habían contratado los servicios del muchacho. Cumplida su misión, mientras Antoni esperaba el fin del invierno para poder atravesar de vuelta la sierra por el Coll dels Llops, el joven se pagó su alojamiento laborando en los campos de la encomienda, donde tuvo además la ocasión de aprender a leer y escribir con una rapidez capaz de asombrar a todos. Reconocidas por un clérigo castellano de nombre Juan de Mendoza sus habilidades manuales y su inteligencia para el aprendizaje, Antoni fue admitido como hermano auxiliar y le fue permitido por el maestro de la encomienda el acceso a la sabiduría libresca y hasta al esmerado entrenamiento militar que distinguía a la orden. Así, gracias a las habilidades muy pronto adquiridas, pero sobre todo a la muy crítica situación de las ciudades francas en el Cercano Oriente, a pesar de su origen plebeyo Antoni Barral fue ordenado caballero y enviado a realizar su misión como templario en aquel rincón turbulento y cosmopolita del Mediterráneo donde había germinado y combatido la poderosa cofradía de los monjes guerreros y donde se jugaba ahora su razón de ser como institución.

El día que Antoni Barral le reveló a Roger de Flor cómo había salido de la iglesia de San Marcos en la perdida Trípoli, cargando contra su pecho la imagen de Nuestra Señora ahora colocada en la capilla del fuerte, el capitán de *El Halcón* lo sorprendió con una pregunta que Antoni creyó no haber entendido en un primer momento. «¿Valía la pena arriesgar la vida por una imagen de madera que solo es eso, una bella imagen de madera de las que suelen tallarse en estas tierras?» Antoni Barral nunca se habría cuestionado su acción en esos términos, para él no era solo una «bella imagen de madera», por lo que de inmediato respondió que por supuesto había valido la pena, siempre la valdría, y no por gusto tres de sus hermanos habían muerto en la misión, pues se trataba de una imagen muy especial de Nuestra Señora, por lo demás guía y patrona de la orden en la que ambos militaban. «Muy heroico», siguió Roger de Flor, «pero me estás hablando de dos cosas distintas: del ser divino y de su representación. Tú salvaste una representación. Siempre podría hacerse otra, ¿no?» Antoni sonrió: «La representación encarna la divinidad, lo sagrado. Además, esa precisa imagen ha demostrado poseer altos poderes, todos lo dicen. En una representación puede alojarse la esencia de lo representado». Roger de Flor miró hacia la ciudad y continuó: «¿Sabes que esos musulmanes que avanzan ahora hacia acá no creen en las representaciones, al contrario, las prohíben? ¿Y que en las Antiguas Escrituras Dios condenó toda forma de representación de lo divino y la creencia en supuestos poderes de ídolos y efigies?», siguió el joven, y Antoni Barral debió darle la razón, pero no cejó: «Nuestra religión cambió las cosas. No somos ni judíos herejes ni islamitas infieles... La imagen vale por lo que representa, y para nosotros encarna a la divina Madre de Dios». Roger sonrió. «¿Y ella, Nuestra Señora, era negra?» Ahora fue Antoni quien sonrió: «El color no tiene importancia, es lo material», aseguró, «lo que decide es la fe, que es lo esencial». Roger asintió: «Lo mezclas todo, hermano Antoni, y lo mezclas porque esa imagen que rescataste al precio de poner en peligro tu vida es el fruto de las mezclas». Antoni no entendía. «¿De qué mezclas?» Roger de Flor se explicó: «Es negra como la Osiris de los antiguos egipcios de los faraones, y es negra como la Madre Tierra de las viejas sagas celtas de mi país..., y nosotros, los cristianos, decimos que es María. Todo mezclado en una bella talla de madera que no pudo haber estado enterrada por siglos en los cimientos del Templo de Salomón porque su poder divino no es tan grande como para superar las debilidades de la materia: se habría hecho

polvo, hermano mío». «Ese es su primer milagro. ¿No hay acaso cadáveres incorruptibles? ¿No puede serlo una virgen?», contraatacó Antoni Barral, aunque en realidad entendía cada vez menos. Las disquisiciones de Roger de Flor superaban su capacidad de raciocinio escolástico, pero no se detuvo: «¿Y los milagros?». ¿No bastaba con que él y otros como él creyeran, tuvieran fe y recibieran los beneficios de prodigios a veces inexplicables? Roger lo observó con sus ojos de halcón: «¿Sabes que el rey francés Luis, el que hasta dicen que era santo, cargó desde estas tierras con una docena de vírgenes negras como la que tú rescataste?». No, Antoni no sabía. «Pues se las llevó a París porque son hermosas y porque solo acá se tallan con tanta exquisitez y sentido de su poder», siguió el marino. «Con ellas el rey pretende no solo adornar iglesias de su reino dedicadas a Nuestra Señora, sino recordar a la posteridad su cruzada a Tierra Santa, que en realidad, como sabes, fue un desastre militar. Para eso quiere esas representaciones, solo para alimentar su leyenda y vanidad.» Antoni Barral pensó que quizás el marino tenía razón, o parte de razón, pero sus convicciones se negaban a aceptarlo.

Roger de Flor mandó a pedir de su camarote una garrafa de vino de Burdeos y dos copas de cristal veneciano. Luego de beber el primer trago, el capitán señaló con su brazo extendido las murallas y torres de Acre, y preguntó: «¿Sabes lo que en realidad se decide con el destino de esta maravillosa ciudad?». Antoni se sorprendió con el giro de la conversación. «Se decide la suerte de los reinos latinos en Levante, la presencia cristiana en Tierra Santa», respondió el templario catalán. «Pues eso es lo que dice la propaganda de la fe, la versión pública y oficial», comenzó Roger de Flor. «Recuerda que para satisfacer esa fe otro rey, Ricardo de Inglaterra, hace apenas cien años ordenó en esta misma ciudad decapitar a miles de prisioneros musulmanes porque Dios le dio licencia para matar infieles sin que el homicidio fuese pecado. Y recuerda de paso que vuestro amado san Bernardo fue quien le ofreció la justificación al Corazón de León, avalada incluso por un Papa, al promulgar que esta es una guerra santa en la que matar al prójimo no constituye una ofensa al Creador, sino un motivo más para acercarse a la gloria. ¡Válgame Dios!... Pero la verdad, la verdad, amigo mío, es que aquí, ahora, lo que se decide es el dominio de la ruta comercial más importante del mundo, la veta de muchas riquezas, y por eso andan por ahí con sus espadas y pendones los muy bien pagados mercenarios de los comerciantes venecianos, genoveses y pisanos. Y el ejército vaticano de los

desaforados lombardos... Se decide la posesión de estas tierras maravillosas, de sus bosques y valles sembrados de vides, olivos y cedros, el control de las calzadas para las caravanas que van hacia el Oriente, el dominio de decenas de puertos, como este donde estamos... Se juega la propiedad de las riquezas que harán grande, como a Alejandro, como a los césares y a los faraones, a quien las posea, en nombre de Jesús o de Mahoma, de Dios o de Alá, que es lo mismo... Y sabiendo eso, ¿quieres pelear y estás dispuesto a morir por un pedazo de madera tallada? ¿Sabes que ya, demasiadas veces, muchos hombres murieron por la riqueza material creyendo de buena fe que luchaban en nombre de alguna gloria celestial? ¿Sabes que eso ocurrirá dentro de poco aquí, frente y tras esas murallas magníficas? ¿Y que sucederá muchas, muchas veces a lo largo de los siglos en que los hombres habiten sobre la tierra? ¿Tienes idea de cómo la fe, la búsqueda del bien, la verdad que no admite alternativas, manipulada y exacerbada, puede ser el envoltorio del odio desatado en nombre de Dios, de un príncipe o de una idea? ¿Que mientras nosotros los cristianos matamos musulmanes, los musulmanes matan y matarán cristianos, y que unos y otros muy pronto nos mataremos frente a esta ciudad y en esta tierra, dicen que santa, y luego seguiremos haciéndolo por siglos y siglos siempre en nombre de la fe, pero en realidad a causa de sus riquezas, por el afán de poder?» Antoni Barral miraba con desasosiego al gran capitán que le disparaba sus insidiosas preguntas, y cuando pudo asimilar lo escuchado, dijo: «Hablas como un hereje. No, peor aún: como un nigromante que incluso pretende adelantarse en el tiempo a los designios celestiales... Dices cosas inquietantes. Eres peligroso, Roger de Flor. ¿De verdad quién eres y de dónde vienes?». El marinero bebió un trago de su copa de finísimo cristal y se volvió para dar el rostro al océano dorado de la tarde: «Vengo de ahí, del mar. Su misterio es mi fe».

Con la primavera llegaron a las llanuras que rodeaban San Juan de Acre los ejércitos de infantes y caballeros musulmanes convocados por el joven sultán Khalil al-Ashraf, heredero del trono de su padre, el difunto Qala'un, cuya misión el príncipe había decidido completar y cuya muerte quería vengar. Para los líderes sarracenos no había dudas de que la muerte repentina del gran Qala'un había sido obra de uno de los envenenamientos que con tanta

habilidad y frecuencia practicaban los discípulos del Viejo de la Montaña, los disidentes y mercenarios miembros de la secta de los Asesinos, cuyos servicios habían sido comprados por los nobles de San Juan de Acre con la esperanza de salvar así la ciudad. Si ya habían practicado aquel procedimiento con el poderoso sultán turco Baybars, emponzoñado en Damasco unos años antes, de seguro lo habían realizado también con su padre, había dicho el joven Khalil. Y él, proclamaba el guerrero, demostraría muy pronto cuán equivocados estaban los cristianos si con un crimen pensaban haber resuelto su problema. Unas semanas después, la sola contemplación desde las torres de Hugo, Enrique o la Maldita de las llanuras anegadas por los mantos blancos del más formidable de los ejércitos islamitas provocaba el espanto y adelantaba un destino manifiesto.

Los defensores de la ciudad habían asistido durante días al espectáculo de ver avanzar como hormigas los ejércitos provenientes de Damas y del país de Misir, de Hama y del resto de Siria, también los llegados con el sultán desde el lejano Egipto. Los cálculos de los más entrenados guerreros llegaron a fijar en sesenta mil los caballeros y en ciento sesenta mil los infantes ataviados de blanco que rodearon la ciudad, acompañados por cien máquinas de guerra entre las cuales se destacaba la más poderosa catapulta jamás construida: bautizada «la Furiosa», necesitaba de diez yuntas de bueyes para ser trasladada y, como pronto sabrían los defensores de Acre, tenía el poder de lanzar proyectiles de varios quintales, capaces de remover las más sólidas murallas. El 5 de abril de 1291 la gran tienda color púrpura del sultán al-Ashraf fue levantada sobre una colina en donde ya ondeaba el pendón de la media luna: había comenzado el sitio de la ciudad cristiana más rica y codiciada de la tierra.

A la mañana siguiente de que se iniciara el asedio, Antoni Barral asistió junto con todos sus hermanos a la misa convocada por el maestre de la orden Guillaume de Beaujeu en la capilla de la fortaleza templaria. Concluidos los rituales litúrgicos y tomada la comunión, el líder de los caballeros realizó su arenga: como desde los reinos cristianos de Europa no llegaban refuerzos, el rey Enrique hurtaba el cuerpo y permanecía en Chipre y el pretendido mando central de la defensa de la ciudad se revelaba incapaz y generaba poca

confianza, ellos, los templarios, debían asumir un liderazgo que por principios les correspondía. Combatirían en el sector que les había sido encomendado, al norte de la ciudad, pero acudirían sin dudar al bastión que más los necesitase, que parecía ser el de la Puerta Maldita, frente a la ciudadela real, ante la cual los sitiadores habían colocado varias máquinas de guerra. Las fuerzas enemigas eran tan superiores en número y armamento que aspirar a una victoria resultaba iluso, aseguró. Pero cada uno de ellos, juramentado en la cruz y ante Nuestra Señora, debía combatir hasta la muerte en aquella guerra santa. No había otro mandato ni decisión. La vocación y la historia de la orden así lo exigían.

El capitán Roger de Flor y su milicia catalano-aragonesa permanecerían apostados en *El Halcón del Temple*, ordenó también el Gran Maestre. Si la suerte militar les era contraria, su misión sería sacar hacia Chipre o las costas europeas a los heridos, las mujeres y los niños todavía no evacuados y a los sacerdotes con los tesoros de las iglesias. A pesar de que la nave era capaz de trasladar hasta mil almas y cien caballos, su espacio iba a resultar insuficiente y, por tanto, concluyó el Gran Maestre, no podía escapar en ella ninguno de los hermanos templarios, quienes por juramento y honor debían luchar hasta la muerte por defender el bastión del inminente ataque infiel.

Cinco semanas duraba ya el asedio ofensivo contra la ciudad y, a pesar de las muchas bajas sufridas por cada bando, más lamentables para los cristianos, San Juan de Acre resistía. Nunca aquellos ejércitos enemigos, conducidos por unas manifestaciones de fe irreconciliables, habían luchado con igual ardor. Del lado europeo, como se esperaba, el protagonismo había sido encarnado por los caballeros del Temple, dirigidos por su infatigable Gran Maestre y su hábil mariscal de campo, Pierre de Servey. Pero la situación de los defensores resultaba cada hora más desesperada, pues apenas habían recibido el refuerzo de dos mil soldados llegados de Chipre y las defensas de la ciudad habían sido horadadas por las agresiones de los zapadores musulmanes y sus máquinas de guerra. Todos los contendientes, a uno y otro lado de la muralla, sabían cuál sería el irrecusable desenlace.

En los combates al pie de la muralla o en alguna de las incursiones a terreno abierto realizadas por los templarios, Antoni Barral había vuelto a

demostrar su capacidad guerrera. Su espada y su lanza se habían hundido en tanta carne musulmana que le resultaba imposible hacer un cálculo, y más de una vez pensó que si todo el esfuerzo iba a resultar inútil, ¿no sería preferible que el cielo al fin le enviara la muerte para cerrar sus tratos con ella?

La mañana del 18 de mayo del año del Señor de 1291 Antoni Barral se había quedado adormilado por el agotamiento acumulado en los combates y las largas horas de vigilia realizadas en la torre del rey Hugo cuando lo sacudió el estrépito. Apenas clareaba sobre los valles del este de la ciudad, pero el fráter Antoni pudo advertir el movimiento de la masa blanca, como un gigantesco alud de nieve del cual brotaba el tronar de tambores, címbalos, trompetas y pífanos entonando el más aterrador de los himnos de guerra, destinado a provocar el ardor de los atacantes y la confusión de los asediados. Al frente de los musulmanes iban los guerreros que portaban grandes y altos escudos, seguidos por los encargados de lanzar apocalípticos proyectiles de «fuego griego», los temidos recipientes de barro cargados con la mezcla de nafta y petróleo que se inflamaba dando fuego a una mecha y que, al explotar, solo era posible extinguir con vinagre. Les seguían los diestros lanzadores de jabalinas y luego venían las escuadras de arqueros que en unos minutos oscurecieron el cielo pálido con una nube de flechas. Y antes de los batallones de caballeros encargados de cerrar la ofensiva llegaron los artilleros, que pusieron a temblar los muros ya debilitados de la ciudad con las andanadas de proyectiles lanzados por las catapultas. Ningún esfuerzo parecía posible para detener el demoledor avance final: ni las catapultas de los sitiados, ni la pez hirviente y la arena caliente que lanzaban desde las alturas de la Torre Maldita, la del rey Enrique y la del rey Hugo. La exaltación de los islamitas era tal que los santones derviches, como en Trípoli, se inmolaban para cegar con sus propios cuerpos los fosos de la ciudad y permitir el avance de su ejército y la entrada en la plaza.

Cuando todo el sector de la atalaya de San Antonio se vino abajo, dentro de las murallas cundió el pánico y los que quedaban en la urbe comenzaron a correr hacia el puerto, buscando el único escape posible. Pero la mar gruesa que se había desatado, con la que tal vez habían contado los atacantes como un nuevo aliado, hacía imposible los embarques de los fugitivos y de las propiedades de las que no querían deshacerse. No obstante, entre las cimitarras y las olas, muchos prefirieron luchar contra la naturaleza y se lanzaron al mar, que los tragó voraz.

Todo pareció perdido cuando alguien gritó que el Gran Maestre templario, Guillaume de Beaujeu, estaba entre los que huían. Solo evitó la desbandada la reaparición del caballero, moribundo sobre una parihuela por la herida de una flecha que le había alcanzado por la axila izquierda. Con las últimas fuerzas que lo animaban, el Gran Maestre logró ponerse de pie y lanzó su reclamo agónico de que continuara el combate, pues Nuestra Señora Madre de Dios protegería a sus fieles o los premiaría con el ascenso a la gloria.

Y el milagro se produjo: los sitiados resistieron y esa tarde los atacantes, incluso los que habían penetrado en la ciudad, volvieron a sus reales. De momento San Juan de Acre, medio derruida y mordida por las llamas inextinguibles del fuego griego, seguía siendo cristiana.

Antes de entrar en la capilla, el día que, estaba convencido, sería su última jornada en la tierra, Antoni Barral había subido a la muralla de la fortaleza templaria y contemplado el panorama de la ciudad. Lo que unos meses antes había sido trasiego de gentes y mercancías, toldos extendidos como protección contra la lluvia y el sol, un zoco animado y colorido como no existía otro en el mundo, una ciudad brillante de claraboyas de vidrios emplomados, libertina y prepotente, ya apenas era una ruina humeante. Los vencedores, embriagados por su triunfo y alimentados por su odio, se dedicaban a destruir todo lo destruible, a incendiar todo lo inflamable, a profanar lo sagrado y lo mundano, enardecidos por los ritmos infernales de sus instrumentos musicales de guerra. Ese día en San Juan de Acre solo resistía como territorio cristiano la fortaleza templaria en donde unos doscientos hermanos y varios centenares de civiles aterrados esperaban el doloroso desenlace: en total, apenas un millar de cristianos de los más de cuarenta mil que en la ciudad se albergaron y pecaron. Antoni vio a sus espaldas, en la boca del puerto, a una distancia que lo protegía de catapultas y flechas, la silueta de *El Halcón del Temple*, cargado de fardos y pasajeros hasta los mástiles, dispuesto a sacar hacia algún destino seguro a los últimos sobrevivientes de la desesperada resistencia final. Si es que sobrevivía alguno, y si era posible rescatar el codiciado tesoro de los templarios que, a pesar de la insistencia de Roger de Flor, el mariscal Pierre de Servey aún se

negaba a evacuar.

Observando el panorama de odio desatado, venganza, rapiña, miedo y dolor, Antoni Barral pensó en el sentido último de su vida. ¿Por qué la providencia lo había llevado hasta aquel sitio y coyuntura? ¿Cuánto había pesado su decisión personal? ¿O era lo que algunos llamaban lo inevitable, el azar, el destino, el peso de la Historia? Si tantos años atrás que parecía haber ocurrido en otra vida él no hubiera conducido a los dos caballeros cruzados desde sus montañas catalanas hasta el Rosellón, ¿habría sido mejor su suerte? En realidad, Antoni Barral no se quejaba de la vida que le había tocado gastar. En su tierra hubiera sido pastor o soldado del rey, como su padre, su abuelo, su bisabuelo, siempre pobres, analfabetos, muertos antes de cumplir los cuarenta años en algún combate contra los ejércitos moros o infectados por las fiebres del momento. Él, al menos, había visto algunos de los sitios más rutilantes del mundo conocido: la ciudad de Constantino, la rica Venecia, el puerto de Marsella, las murallas de Jerusalén, la bella Trípoli, la exuberante ciudad de Acre. Solo que, viéndolo todo desde su coyuntura, que sabía histórica, pensaba si en algún punto de su tránsito vital existía una equivocación o tal vez una predestinación insondable a la cual se debía lo que había sido y terminaría siendo su destino. Dominado por esa incertidumbre bajó de la muralla del castillo y entró en la capilla desierta, para arrodillarse y orar antes de salir a matar y morir.

Con toda la delicadeza y respeto de que era capaz, aun en aquella circunstancia extrema, Antoni Barral besó la mano extendida de la virgen antes de abrazarla y levantarla del altar. Le resultó más pesada que el día en que la había sacado de la iglesia de San Marcos, en Trípoli, pero lo achacó a su debilidad y cansancio acumulados. Y fue en ese preciso instante cuando tuvo la iluminada certeza de que todo en su vida se había encadenado para que cumpliera esa precisa misión. Hasta allí, sin preguntarle su voluntad, lo había conducido el destino o la Historia, como antes lo llevó a una iglesia de Trípoli y le permitió salir del sitio sin recibir una sola herida, mientras sus hermanos caían unos sobre otros. Un plan mayor, de propósitos inextricables, lo había organizado todo. Y supo que viviría, que la virgen negra se salvaría del odio religioso de los atacantes y que su figura celestial acompañaría la fe

de algunos hombres por muchos siglos.

Cuando salió al atrio de la capilla, el veterano guerrero vio el panorama más cercano que podía existir a las descripciones del Apocalipsis recogidas en el Libro: el muro frontal de la fortaleza había cedido por la labor de los zapadores musulmanes y bajo la montaña de piedras, sobre la que yacían dos de las magníficas esculturas de los leones dorados, agonizaban, se desangraban y ardían, como en visiones infernales, defensores y atacantes, al parecer todos sorprendidos por el derrumbe. La música atronadora de los mamelucos no dejaba de escucharse, flotando sobre el olor dulzón de la carne chamuscada. Pero, salvo el polvo y las llamas que brotaban de las piedras caídas y la sangre que corría por las juntas de las piedras del suelo, todo parecía detenido.

En medio de aquel cataclismo, como si fuera el último habitante de la ciudad y el mundo, Antoni Barral avanzó hacia la abertura de la muralla. Escalando sobre piedras y cuerpos de compañeros y enemigos, haciendo equilibrio para no perder su preciada carga, buscó entre las llamas una salida hacia el puerto cercano. Cuando hubo atravesado las ruinas y tomado el camino que conducía a uno de los embarcaderos todavía sobrevivientes, el hombre necesitó reacomodar el peso de la virgen, pues ya no podía sostenerla solo con los brazos. Hizo un esfuerzo y logró levantarla sobre su hombro derecho, para que descansara allí, contra su cuello. Y cuando dio el primer paso con que reanudaba la marcha, escuchó el silbido y sintió el impacto, pero no se detuvo. Con la mano izquierda buscó el origen del tirón y tocó la madera pulida de la flecha que se había clavado sobre el costado de la virgen, justo a la altura de la garganta de su portador. Antoni Barral no tuvo tiempo en ese instante para pensar lo que tal concatenación de acciones significaba: solo que, por haber cambiado la posición de la virgen, él seguía con vida, cumpliendo la misión. Con ese pensamiento en la mente avanzó hasta el final del espigón, desde donde vio el puerto abandonado por las embarcaciones aunque atestado por los cadáveres que la marea movía, como restos de un macabro naufragio. Y, en la distancia, inalcanzable, *El Halcón del Temple* con las velas ya desplegadas al viento. Entonces volvió a colocar la imagen sobre su pecho y, sin pensar en sus posibilidades, Antoni Barral se entregó a su destino: se dejó caer en el mar justo cuando rompía contra las rocas una ola gigantesca que provocaba la lluvia de una espuma oscurecida con la sangre que corría desde la ciudad devastada. Sobre la cresta de la ola flotaron

por unos instantes, trabados en un abrazo, un hombre y una representación de la Madre que, juntos, debían seguir recorriendo un largo camino a través de las inextricables espirales del tiempo.

13 de septiembre de 2014

El diablo no se había presentado, a pesar de que se le crearan las mejores condiciones. Quizás evitó asomar la nariz atemorizado por la Virgen, tantas veces invocada. Pero, demonio al fin, sus recursos eran infinitos: y Conde lo comprobaba con un despertar en el que se sentía como si lo hubieran macerado sumergiéndolo en líquidos por lo menos sulfurosos. Para empezar, así olía.

Comenzó a sentir un mínimo alivio bajo la ducha fría, ya con dos duralginas en el estómago. Lo mejoró un poco más la jarra de café bebida y el primer cigarro del día. Y casi lo devolvió a la categoría de ser viviente la comprobación de que tipos como él y *Basura II* debían tener su propia madriguera, en donde la libertad de saber que las reglas ni siquiera existen fuera el bien supremo.

Cuando pudo pensar, recordó sus planes para la jornada. Otra vez iba a ganarse su salario, quizás el último de aquel trabajo. Llamó a Manolo y lo convocó para que se presentara en su casa.

—¿Ahora, con todos los líos que hay aquí? ¡El cabrón catalán ese sigue perdido y...!

—Hazme caso, Manolo. No te vas a arrepentir.

Media hora después le abrió la puerta a su antiguo subordinado. En el bordillo de la acera vio arrimado el auto sin insignias que ahora utilizaba.

—¿Qué te pasó, Conde? —preguntó alarmado Manolo Palacios al ver la estampa de su anfitrión.

—Anoche me fajé con los musulmanes en San Juan de Acre... Y creo que

soñé que me revolcaba con una china cubana... Pero los sueños, sueños son...

—¿De qué mierda me estás hablando, tú? ¿Vas a empezar ya con tus boberías? —lo interrogó Manolo.

—No. No te preocupes... Y de verdad, ya estoy mejor, te lo juro, ya estoy mejor —aseguró Conde, muy ufano de su capacidad de recuperación. No podía moverse mucho, ni girar la cabeza con brusquedad, eso debía reconocerlo, pero era capaz de hablar y hasta de pensar, al menos lo suficiente.

Manolo se acomodó junto a la mesa de la cocina cuando Conde encendió la hornilla para realizar otra colada. El mayor fue a hablar, pero el otro lo detuvo con un gesto de las manos y una petición.

—El café primero...

Escuchando el tamborileo de los dedos de Manolo sobre la mesa, Conde esperó a que el café estuviera listo, lo endulzó y sirvió dos tazas. Una nueva dosis de la infusión le daría un poco más de vida a sus neuronas. Manolo, que volvía a fumar, siempre sin comprar, lo acompañó con un cigarrillo.

—¿Qué pasó ayer con Duque? —quiso saber el oficial—. Está que echa chispas contigo...

—Pasó lo previsible... Es demasiado policía para admitir que alguien que no sea su jefe se meta en su territorio.

—Algo tú le dijiste. Te conozco, Conde.

—No le dije nada, Manolo. Quise ser amistoso con él... Pero tu estrella brillante es un tipo orgulloso. Y se cree que es el dueño de la verdad. Por culpa tuya, Manolo, ahora me he buscado un enemigo...

El mayor Palacios negó con la cabeza, aun cuando sabía que la apreciación de Conde era cierta.

—Es muy joven y...

—Y un poco comemierda. Por eso René Águila le pasó el capote todas las veces que le dio la gana y hasta le tocó las nalgas con el misterio de un complot anarco-catalanista.

Manolo apagó su cigarro.

—A ver, ¿qué coño fue lo que tú viste?

—René Águila me dijo dónde puede estar metido el catalán perdido.

El mayor Palacios sabía que no debía asombrarse. O, al menos, no hacer visible su asombro.

—¿Porque tú volviste a su casa?... —Conde asintió—. Yo lo sabía, lo

sabía... ¿A qué coño volviste?

—Tenía que hablar con él y Duque no me había dejado hacerlo.

—¿Hablar de qué? ¿Qué te dijo el tipo?

—Que Puigventós es víctima de un cataclismo...

—¿Vas a seguir comiendo mierda, compadre? No jodas más, acaba...

—Te estoy hablando de lo que no pudo averiguar ayer tu teniente Duque... El catalán Puigventós vino a Cuba con el propósito confesable de comprar los papeles de la Beneficencia Catalana que le consiguió René Águila... y con el no confesable de llevarse una virgen negra con la que, en principio, no debía haber mayores complicaciones. Bueno, además del robo... Pero, sobre todo, vino, viene y siempre que pueda vendrá a revolcarse con una mujer que se llama Karla Choy..., que también está metida en el negocio de la compra y venta de obras de arte, que puede estar enredada en el rollo de la virgen y, por si fuera poco, o para empezar, es un cataclismo, Manolo. ¡Ya me dirás cuando la veas si no es un cataclismo!

Para la preservación de su salud física y mental, Conde prefirió no acompañar a Manolo y su tropa en la expedición cuyo rumbo él les había marcado. Al fin y al cabo, encontrar a un catalán perdido no era su trabajo. Y si en aquella cacería resultaba que además tomaban como presa una virgen negra, eso significaría que solo después de mucho tiempo la imagen podría volver a manos de su dueño, si es que alguna vez regresaba. Todo lo cual implicaba que su trabajo, por tanto, habría terminado con un esplendoroso fracaso. Porque con dos asesinatos por medio, en los cuales ella había tenido su responsabilidad, había que olvidarse de la virgen. Conde pensó que debía consultar a su amigo Yoyi y, a partir de su apreciación mercantil, exigir o no sus honorarios, concluyó. O mejor pedirle a Yoyi que lo hiciera por él...

Conde sabía que hasta que Manolo lo llamara, como le había prometido que haría, solo tenía la opción de esperar. Por eso, a las diez de la mañana, como habían acordado la noche anterior antes de entrar en la última botella, salió de su casa y se encontró con el Conejo frente al viejo instituto preuniversitario de La Víbora, dispuestos a realizar su expedición particular en busca de una certeza que tal vez, a esas alturas, ya solo serviría para satisfacer la desatada curiosidad histórica del Conejo y la necesidad de una

verdad a la cual aferrarse que obsesionaba a Mario Conde.

Para un primer alivio de Conde, la cara del Conejo podía competir en estado de devastación postalcohólica con la suya. Resultaba patente cómo los años les pasaban una factura cada vez más difícil de pagar y ahora todos ellos, ya en los sesenta o casi casi, necesitaban más tiempo para recuperarse. O aprestarse a tomar la decisión de beber menos. Para su segundo alivio, cuando abordaron el carro de alquiler que los llevaría hasta el centro de La Habana, una lluvia sorpresiva y tormentosa comenzó a caer sobre la ciudad con el primer efecto de multiplicar la humedad caliente de la atmósfera, pero con el resultado, poco después, de hacer menguar la canícula imperante.

Refugiados en los portales del cine Payret, decidieron esperar a que cesara la lluvia para poder cubrir el tramo que los separaba de la Avenida del Puerto y el histórico Emboque de Luz. Mientras observaba el ahora desierto Parque Central, Conde decidió que debía utilizar el tiempo muerto del mejor modo posible. Haciendo lo que ya debía haber hecho.

—Conejo, ¿cómo van tus cosas? —Entró de costado en la conversación, convencido de poder llevarla a donde debía.

—Bien y mal, como siempre. Tú lo sabes... ¿Por qué me preguntas?

—Para saber... lo de tu viaje. Y porque creo que no me porté muy bien contigo. Soy un egoísta de mierda que nada más pienso en mí y a veces me paso...

El otro sonrió y mostró los dientes a los que debía su eterno apodo.

—Tranquilo. Te conozco. Sabía que cuando te enteraras te ibas a poner así... Pero como te conozco, tampoco me extrañó que me ofrecieras el dinero que debes ganar con la virgen para que pueda viajar...

—El que debía ganar. Creo que se jodió ese dinero... Lo que pasa, mi hermano, es que cada vez nos quedamos más solos... Todo se va a la mierda, todo...

—¿Me vas a hablar a mí de quedarse solo? Acuérdate que mi hija está del lado de allá y mi mujer nada más habla de cuánto la extraña, que no va a ver crecer a sus nietos, que ya no tenemos familia...

Conde negó con la cabeza, lanzó hacia la acera mojada la colilla de su cigarro y miró al amigo.

—¿Tú crees de verdad que lo mejor para ti sería quedarte del lado de allá, como tú dices? Allá está tu hija, es verdad, tu familia...

—Mi hermano: no sé qué voy a hacer... —lo interrumpió Conejo—. No

quiero vivir en función de mi hija, perseguir a mi hija, complicarle la vida... Ella hizo lo que quería y debía hacer. Lo que están haciendo todos los días una pila de muchachos de su edad. Lo que hicieron los hijos de Miki. Lo que hizo Rafaelito, el hijo de Tamara... Unos muchachos que nos ven a nosotros y sacan muy fácil la cuenta de que no quieren terminar como nosotros, por haber hecho lo que creíamos o nos dijeron que debíamos hacer... Pero tampoco quiero morirme en la inopia, viviendo ni sé cómo con la jubilación que nos espera, con unos pocos pesos que a la gente no le alcanza ni para hacer una comida decente al día. Eso tú lo sabes. Lo jodido es que tampoco quiero morirme lejos de aquí, sufriendo nostalgia por no estar aquí... ¿Por qué tendría que morirme lejos después de todo lo que hemos pasado y hemos hecho y todo lo que no nos han dejado o no hemos podido hacer?

Conde tenía una respuesta: tendríamos que morirnos aquí porque esto es lo que nos pertenece. Porque somos de aquí. Solo que, a estas alturas del juego, ¿a quién podría convencer con ese argumento de la pertenencia? ¿Qué era más importante: ser o pertenecer?

—Haz lo que tienes que hacer —dijo, pues era lo único que podía y debía decir.

—Conde, llevamos toda la vida diciendo que no nos dejaban viajar a donde nos diera la gana y que teníamos, debíamos tener el derecho a hacerlo. ¿Te acuerdas de cuando teníamos veinte años y tú querías mucho a Hemingway? Siempre decías que te hubiera gustado ir a París y vivir como Hemingway en París.

—Pajas mentales mías... En París hace mucho frío, no hay matas de aguacate y el ron debe de ser carísimo.

—Pero nunca pudiste ir a París... Ni tampoco a Alaska... Porque pensar en ir a cualquier lado era eso, una paja mental. El país estaba cerrado a cal y canto y la llave la tenían otros, los que decidían quién viajaba y cómo, los que determinaban qué era lo bueno y lo malo para ti, qué libros debías o no debías leer, cómo pelarte y qué música oír. Para nosotros siempre ha sido así, sigue siendo así: alguien decide por nosotros, para cuidarnos y salvarnos, ¿no?... Y ahora han abierto una puertecita: ¡nos dejan viajar, chico!... Si tienes dinero o no para hacerlo es cuestión tuya, como en todas partes. Pero al fin podemos hacerlo y... yo voy a probar. Si esos cabrones americanos me dan la visa, quiero ir a Miami, estar con mi hija, volver a ver a Andrés, tomarme allá una botella con Dulcita..., comprobar si el aeropuerto de Miami

huele a café cubano y si de verdad la gente en Hialeah vive como si estuviera en Centro Habana, pero con agua en la pila todo el día..., y luego ver qué hago.

—Eso suena bien, Conejo. Suena como las campanas de la libertad de elección.

—O la campana de La Demajagua... Carlos Manuel de Céspedes, el Padre de la Patria, dándole la libertad a sus esclavos, como nos enseñaron en las clases de Historia de cuarto grado. Libertad, independencia, dignidad humana...

—De pronto eso suena cabrón... —Rio Conde ante la contextualización histórica que nunca le podía faltar al Conejo y agregó—: De esas campanas mejor no hables. Pero, dale, usa tu libertad, es tu derecho... y hasta tu izquierdo... Bueno, se acabó la filosofía..., vamos echando, que ya escampó.

Con el alivio patente que le había provocado su diálogo con el Conejo, Conde se sometió al registro reglamentario (por culpa de sus caras) que les permitió abordar la Lanchita de Regla con la proa apuntando hacia el pueblo ultramarino y la ermita de la virgen negra cubanizada.

Aunque todavía estaban en el margen de tiempo acordado por el Conejo, respiraron tranquilos cuando supieron que el padre Gonzalo Rinaldi los esperaba en la sacristía del templo. Con estupor, Conde vio que el párroco era más joven que ellos: hasta ahora todos los curas que había conocido lo superaban en edad y en su mente se había creado la imagen de que un sacerdote debía ser una persona «de edad». Y si ocurría que él empezaba a ser mayor que los curas, el problema de su vejez se hacía más alarmante y patente. Según las estadísticas, ya era más viejo que el 66 por ciento de los habitantes del planeta, incluidos algunos curas. «De tolete», se dijo.

Una lluvia fina seguía bañando la ciudad y, bajo el alto puntal de la sacristía, la atmósfera resultaba agradable y fresca. El sacerdote, vestido con una ropa de calle que le daba una estampa casi juvenil, les ofreció una jarra con limonada, de la cual ambos se sirvieron mientras el Conejo volvía a precisar las intenciones que le había comentado por teléfono al padre Rinaldi: saber algo más de las vírgenes negras medievales. Como la Virgen de Regla, como la de Montserrat..., como la renacida Nuestra Señora de La Vall, llegada a Cuba, al parecer, varias décadas atrás, en manos de un joven catalán escapado de las furias de la guerra.

—Ya no tengo mucho tiempo para dedicarles, así que voy a decirles lo

principal —comenzó el cura cuando los tres estuvieron sentados alrededor de la pequeña mesa, más alta de lo normal. Allí, calculó el Conde, se realizaba la Eucaristía previa a la comunión. Lo reconfortó la idea de estar tan cerca de lo divino—. Y para empezar a delimitar el tema quiero decirles que esas tres vírgenes que usted ha mencionado —se dirigía al Conejo— son diferentes... La Virgen de Regla de Chipiona, en la que se inspira la nuestra, tiene toda una leyenda sobre su origen que la coloca en Hipona, al norte de África, en el siglo IV. Hasta se dice que la talló el mismísimo san Agustín y que sus discípulos la trajeron a lo que hoy es España en el siglo V. Pero todo eso es un mito. La efigie original debe de ser del siglo XIV, o sea, posrománica, aunque lo que queda de ella haya sido tallado también en madera negra. Por su lado, la de Montserrat no es negra: es del color llamado albayalde, un blanco plomizo, y se ha puesto negra con los años, que es algo distinto.

—¿Entonces de verdad la Moreneta no es morena? —Conde sonrió—. Con el lío que tienen los catalanes con eso...

—Pues no es negra, quizás porque sea una talla europea, aunque sí es medieval, románica, de la misma escuela y tiempo que la de Nuestra Señora de la Vall. Y por lo que se ve en esas fotos, la virgen que andan buscando ustedes es románica, negra, y es muy posible que haya venido del norte de África en el siglo XII con los cruzados y templarios que estaban por esa época en Jerusalén y las otras ciudades de los llamados Estados Francos. La mejor demostración del origen norafricano de esas vírgenes es un documento histórico, no un cuento o un mito. Hay una crónica francesa de 1255 en la que se comenta que un año antes el rey francés Luis IX, san Luis, regresó de su incursión a Jerusalén durante la Sexta Cruzada y trajo varias imágenes de vírgenes negras que había obtenido en Tierra Santa... Y no hay razón para desconfiar de ese dato, en primer lugar, porque no mitifica nada ni glorifica a nadie, y en segundo, porque se refiere a un hecho muy cercano en el tiempo. Es solo eso, una noticia, que ofrece una certeza: en el norte de África existían esas vírgenes negras en cantidades suficientes como para que el rey francés cargara con un lote de ellas.

—¿Por qué de Tierra Santa, por qué negras, por qué tantas vírgenes? —El Conejo soltó su andanada y el cura levantó las manos, pidiendo clemencia.

—Ahí está lo complicado de la historia... El problema es que hay muchas respuestas, demasiada fabulación y misticismo, pero les voy a decir solo las más importantes. O las mejor fundamentadas. Justo en la época de las

cruzadas, el culto a la Virgen María estaba en su apogeo. Dos o tres siglos antes no había existido una devoción tan fuerte por la madre de Jesús. Pero en el siglo XII sí existía y quien le dio el mayor impulso en Europa fue Bernardo de Claraval, san Bernardo, de quien se dice que fue el hombre más representativo del renacimiento medieval del siglo XII. Entre otras cosas, fue el fundador de la orden monástica de Citeaux, además de promotor de la existencia de la orden de los templarios, ya en su forma definitiva. También fue el defensor de la idea de la guerra justa, en la que, por la fe, se avalaba incluso el acto de matar a un prójimo si era un infiel, un hereje, un pagano enemigo de la Santa Iglesia...

—Nada de poner la otra mejilla si te dan una galleta —apuntó Conejo.

—No, no..., bueno, más o menos... El caso es que el mismo san Bernardo tenía una historia muy peculiar con la Virgen: él contaba que siendo joven, ante un altar donde se adoraba a Nuestra Señora, del seno de la efigie cayeron tres gotas de leche en sus labios... y la virgen milagrosa era negra...

—Eso se parece demasiado a la historia del amigo mío que tenía la Virgen... —recordó Conde—. Él dice que la vio llorar o sudar...

—Lo importante es que en esa época, gracias a san Bernardo y otros devotos, se hace popular incluso el calificativo de Nuestra Señora, que se extendió tanto en aquellos momentos que comenzaron a dedicársele ermitas, iglesias, incluso catedrales... Las grandes catedrales góticas. Por eso hay varias de ellas dedicadas a Notre Dame, ¿no?... Y si algunas de esas madres del Señor que presidían catedrales, parroquias, ermitas eran negras y venían de Tierra Santa se debe, pienso, a que en el norte de África había en esa época artistas más cualificados, como ahora se dice, que en la Europa medieval. Esos artistas eran los herederos de una alta cultura que se remonta a los tiempos del Egipto faraónico y a la grandeza grecolatina, que se preservó más en aquella parte del mundo que en la Europa medieval. Una zona donde tener la piel negra o cobriza era mucho más común...

El cura bebió un trago de limonada y tomó más impulso.

—Por otro lado, como ustedes saben, el cristianismo es el resultado de varias tradiciones que se funden, cristalizan en una época y en un espacio de muchas confluencias culturales. Como religión, es hijo de una tradición, de un tiempo histórico. Entre sus ascendentes parece estar, casi sin duda, la influencia egipcia de la veneración de la diosa madre, que en aquella cultura era Isis, hija del dios de la tierra, esposa y a la vez hermana de Osiris, el juez

de los muertos, y madre de Horus, el dueño del día. Isis era la divinidad que se consideraba el centro del universo. Y a Isis se la representaba con las facciones oscuras... Esa diosa madre era la generadora de la vida, y la vida se relaciona con la tierra, con su fertilidad..., con su color negro. Esos son los números claves de la ecuación por la cual comenzaron a aparecer las vírgenes negras en el norte de África y la Europa medieval, y como se pusieron de moda, por decirlo de alguna manera, fueron reproducidas en mayor cantidad por artífices europeos, al parecer sobre todo por maestros venecianos, los más enterados, progresistas y emprendedores de la época en todo lo relacionado con el arte, la navegación, los negocios... Nadie mejor que ellos podía conseguir madera negra traída del interior de África o del Cercano Oriente, donde son abundantes el ébano y otras especies de textura y color parecidos...

—¿Y cómo entran los templarios en esta historia, padre? —quiso saber Conde.

—Pues en todo ese proceso cultural está probado que los caballeros de la Orden del Temple, los templarios, jugaron un papel importante. No es casual que el *boom* de esas vírgenes coincida con los doscientos años de historia de la orden y con la devoción a Nuestra Señora que ellos practicaron y propagaron gracias a la extensión por buena parte de Europa de sus encomiendas, donde solía haber cuando menos ermitas..., que fueron especialmente numerosas en el sur de Francia, en el norte de España. En esas regiones, no por casualidad, se encuentran, desde hace siglos y hasta hoy, la mayoría de las vírgenes negras conservadas, que deben ser solo una parte pequeña de las que existieron y desaparecieron, por causas naturales o por efectos humanos, como los incendios, tan frecuentes en aquellos siglos... En fin, como se imaginarán, siendo párroco de una iglesia en la que se venera una virgen negra, he tenido que estudiar muy bien este tema, en el que todavía hoy existen muchos misterios históricos que esperan una respuesta fundamentada. Y misterios místicos que siempre serán misterios...

Conde y Conejo asentían y procesaban. La luz de las palabras del cura les despejaba las últimas sombras.

—¿Misterios históricos y místicos como cuáles, padre? —quiso saber Conejo.

—Como el de la esfera que sostienen en sus manos algunas de las vírgenes negras o el niño Jesús. La esfera es la perfección, es cierto. Pero es también la Tierra, el mundo, el Reino de Dios... La madre es la tierra. O la

Tierra, el planeta... Pero en el siglo XII solo unos cuantos locos se atrevían a pensar que el mundo era una esfera... Misterios como que muchas de las ermitas dedicadas a estas vírgenes están en sitios que para los celtas europeos, que adoraban de manera especial a la madre tierra, tenían un poder telúrico. Misterios como su relación con el Camino de Santiago, la ruta de las estrellas, la Vía Láctea. La leche y la madre; la tierra y la fertilidad, la ruta hacia Occidente..., en fin.

—¿Y lo que se dice de los poderes de esas vírgenes? —intervino entonces Conde.

El padre Gonzalo Rinaldi sonrió.

—¿Ustedes son creyentes?

Conde y Conejo se miraron antes de comenzar a mover la cabeza. No, no lo eran.

—Entonces es difícil que me entiendan... Para creer es necesaria la fe. Y hasta ahora he estado hablándoles con la razón, contándoles una historia... histórica. Pero con fe o sin fe, creo que está muy claro lo del poder que tienen esas vírgenes. Porque es real..., para los que han puesto en ellas su devoción. Se habla de muchos milagros, como el de san Bernardo que les dije y cientos, quizás miles más. El que más se repite es el de hacer fértiles a mujeres que se creían estériles, o el de revivir niños muertos... Yo, como sacerdote, atestiguo que los milagros existen, aunque no son tan milagrosos todos los que se presentan como tales. Como ser racional que también soy, considero que muchos hechos extraordinarios o inexplicables, a los que llamamos milagros, ocurren porque el pensamiento o el subconsciente tienen un poder, y eso hasta ustedes deben admitirlo, ¿no?... Y como lo admiten, pues también tendrán que aceptar que ese poder resulta real para quien lo invoca con sinceridad. Esa es la clave de todo...

—El poder de la fe y de la mente —recitó Conde.

—Sí, un poder que la ciencia todavía desconoce en sus verdaderas proporciones y capacidades... Lo que sí se sabe es que la necesidad de creer resulta algo que nos supera. Es la respuesta ante el misterio. Y todo suele ser proyectado a través de una figura que constituye un símbolo, la representación de una idea... Como una bandera, por ejemplo. ¿No hay personas que se inmolan con una bandera o por una bandera? Ya sé que no es lo mismo, pero el acto nos revela el poder de los símbolos. La necesidad de los símbolos, diría yo. Y esas imágenes que representan a Nuestra Señora, la

madre de Dios, la madre genérica... Adán nació del barro, de la tierra...

Los dos amigos asintieron. Algunos detalles ofrecidos por el sacerdote resultaban nuevos y reveladores para ellos. Lo esencial, no: ya lo sabían. Solo que ahora tenían la convicción de cuán tangible podía ser el poder de la virgen negra de Bobby y cuán valiosa su posesión. Por el poder místico y por la historia real. El precio de aquella talla podía resultar incalculable y, por ello, ahora se habían sumado dos víctimas a la con toda probabilidad larga y poblada lista de hombres sacrificados en el altar de una poderosa imagen, quizás traída por algún templario anónimo o por un rey santificado desde las míticas colinas de Jerusalén, la Tierra Santa por la que habían luchado y matado, y aún luchaban y mataban tres religiones que, curiosamente, creían en el mismo Dios.

De pronto pareció que a la isla hubiera llegado algo tan insólito como el otoño. La lluvia había cesado pero el cielo continuaba cercano y oscuro, y la atmósfera tenía una densidad cariñosa, aunque efímera. Según el padre Gonzalo Rinaldi, se trataba de la presencia de una vaguada que se había estacionado sobre el extremo occidental de Cuba, de donde seguiría moviéndose hasta deshacer el encanto de la estación.

Como en cada ocasión que escuchaba aquella explicación meteorológica, Conde se preguntó desde cuándo existían esas cosas llamadas «vaguadas». Cuando él era niño todo era más simple: existían, en orden descendente, los huracanes, el mal tiempo, los aguaceros de verano y las lloviznas invernales. Por confundir un antológico mal tiempo de varios días con unas pasajeras lloviznas invernales, al abuelo de un amigo lo llamaron por el resto de su vida con el nombre de ese evento meteorológico. Pero ahora todo se resolvía con vaguadas...

Cuando la lancha que los devolvía a La Habana atracó en el Emboque de Luz, se encontraron con que Manolo los estaba esperando en el galpón carcelario. Solo de ver su expresión, el ex policía tuvo una idea de lo ocurrido.

—¿No apareció el catalán? —fue su primera pregunta.

—Vamos, hablamos allá afuera —propuso Manolo—. Esto huele a rayos...

—¿Puedo quedarme con ustedes? —preguntó el Conejo, siempre el más discreto.

—Sí, vamos... —aceptó el policía, y señaló a Conde—. Total, después este comemierda te lo cuenta todo.

Conde y Conejo se miraron y siguieron al oficial. Abandonaron el galpón y caminaron hacia el recién restaurado paseo de la Alameda de Paula, el más antiguo de la ciudad. Como el sol seguía sin aparecer, se acomodaron en uno de los muretes que servían de bancos, de frente al mar oscuro de la bahía.

—Dale, dispara —exigió Conde, necesitado de saber.

Manolo suspiró.

—Bueno, fuimos a la casa del cataclismo... y de verdad que lo es. ¡Qué clase de mujer!

—Coño, yo soy el único que no la ha visto —protestó el Conejo—. ¿De verdad es china? Por cierto, en el siglo XIX, cuando traían a los chinos de Cantón y llegaban aquí al puerto, los llevaban...

—Deja ese cuento chino, Conejo —le pidió Conde—. Sigue, Manolo, dale...

—Pues nada..., dice que ella no ha visto a Puigventós y, por supuesto, que él no ha estado en su casa. Sabía que el catalán estaba en Cuba, confesó que también lo conoce, pero como ella no tenía nada pendiente con él, ni se preocupó por eso.

Conde rumió la información y concluyó:

—Está mintiendo. Karla lo vio. Estoy seguro...

—¿Y dónde lo tiene? ¿Debajo de la saya? —preguntó Manolo.

—No es mal lugar para estar escondido, la verdad —opinó Conde—. Pero si no está ahí, anda cerca...

—Hablé con ella un rato, la apreté lo que pude, pero no podía hacer nada más... Entonces fuimos a ver al otro personaje que pudiera saber algo, Elizardo Soler. Estaba saliendo de su casa. Y también jura y perjura que no ha visto a Puigventós y no sabe dónde pueda estar metido. Pero este me repitió lo de la afición del catalán por nuestras compatriotas...

—Este también nos está tupiendo. Sabe algo...

—¿Por qué estás tan seguro? ¿Una de tus premoniciones? No me jodas, Conde, no con esto...

El Conejo estuvo a punto de intervenir, pero la mirada de Conde lo paró en seco.

—Es más que una premoción, Manolo. Es algo que sé..., pero que no sé. Algo que vi, pero que se me perdió... Estoy convencido... En serio. Y de lo que estoy seguro es de que todos esos pejes están mintiendo o escondiendo algo. Todos, incluido mi amigo Bobby...

Conde sacó sus cigarros y le ofreció uno a Manolo, que lo aceptó.

—¿Vas a seguir con esa candanga de que ves y no ves?... Por tu culpa estoy fumando otra vez —protestó el mayor Palacios cuando le dio fuego al pitillo—. Y por culpa de ese catalán y de la virgen negra y... Conde, ya Puigventós lleva tres días perdido. Es demasiado tiempo. Tuve que mandar a Duque al hotel para que le pidiera al gerente español, el amigo de Puigventós, que no hiciera todavía una denuncia formal. Porque ya nosotros andábamos buscándolo y porque cuando se haga la denuncia hay que comunicárselo al consulado español, a Relaciones Exteriores, a los señoritos del Cuerpo Especial de Policía para Extranjeros..., la gran cagazón es lo que se forma entonces. No quiero ni pensarlo.

Conde escuchó una alarma que venía de un rincón oscuro de su memoria.

—¿Y la Seguridad del Estado tiene algo que ver con esto?

—No, claro que no —aseguró Manolo—. ¿Cuál es tu pejiuera con la Seguridad?

—Es que me acordé ahora de que Ramiro me dijo que alguien de la Seguridad había ido a verlo.

—No, no lo creo. Yo lo sabría —se reafirmó el mayor Palacios.

Con recato, desde su sitio, Conejo levantó la mano como pidiendo permiso para intervenir. Y, sin que nadie lo autorizara, habló:

—Yo nada más quería decir que a los chinos que venían de Cantón los llevaban a unos cuartos que había allá enfrente, en Regla... Y hacer una pregunta: ¿qué viene ahora?

Conde y Manolo miraron al Conejo, y luego se miraron entre ellos.

—Seguir buscando a Jordi Puigventós —respondió Manolo—. Lo que no sé es dónde.

—Puigventós está donde esté la virgen. O cerca. Y la virgen la tiene el que mató a Raydel y a Ramiro. Ese es el hilo de la madeja —opinó Conde.

Manolo fumó una vez más de su cigarrillo y lanzó la colilla al aire.

—Los de Inmigración ya empezaron a joder. También a esos les pedí que se estuvieran tranquilos. Me dieron el día de hoy. Estoy desesperado...

Conde sabía la presión que debía de estar sufriendo su ex subordinado.

—Manolo, llévame para mi casa, me hace falta pensar. Y también ir al baño...

El mayor Palacios se puso de pie y observó el lugar.

—Está quedando bonito esto, ¿no? —E indicó la vieja alameda y sus restaurados alrededores. Alguna vez esa zona había sido uno de los centros de una ciudad que dependía de la bahía y la actividad de su puerto. Con los años, la degradación del sitio había sido total, galopante, y disfrutar de su renacimiento resultaba alentador.

—Por aquí pasó toda La Habana del siglo XIX —evocó Conde—. Martí, Casal, Villaverde... Aquí se sentaban a hablar Heredia, Varela, Domingo del Monte, Saco... —comentó Conde.

—¿Y? —lo conminó Manolo.

—Y..., pues que entre todos ellos inventaron Cuba. A estas alturas no sé si les quedó bien o mal el invento. ¿Qué tú crees, Conejo?

—Está bueno ya, compadre —protestó el policía—. No tengo todo el día y... —Manolo se rascó la cabeza—. ¿Así que sentados aquí esos personajes inventaron Cuba?... No me jodas, Conde... Bueno, olvídense de eso. Nos vamos —cortó Manolo la reflexión fundacional y nacionalista—. Además, miren, va a llover otra vez.

Desde el mar las nubes tropelosas de la presunta vaguada avanzaban hacia la ciudad, cruzando sobre Regla y Casablanca.

—Pues que llueva. Que se inunde la ciudad, el país, el mundo. Que vengan rayos, truenos y centellas. Que caiga granizo y nieve. Que haya viento, vendavales, remolinos y hasta vaguadas —dijo Conde, dando rienda suelta a su propensión apocalíptica ante las miradas condescendientes de los otros dos: lo conocían demasiado para alarmarse con tales invocaciones—. Coño, ¡que venga el huracán!, ¡que haya un cataclismo! Eso es lo que nos hace falta, ¡un cataclismo!... O por lo menos un milagro —remató, y se apresuró para alcanzar al Conejo y al mayor Manuel Palacios, que ya no lo escuchaban pues corrían hacia el auto espantados por los primeros goterones del nuevo aguacero traído por la presunta vaguada.

La lluvia benefició a la ciudad durante toda la tarde. La deficiente o inexistente previsión práctica del apocalíptico Conde le impidió, como casi

siempre, prepararse para tal circunstancia. Por eso, cuando el hambre arreció, debió conformarse con hacer una tortilla con los dos únicos huevos almacenados en su refrigerador y picar el aguacate que, aprovechando que se habían encerrado por la lluvia, les robó a sus vecinos, felices propietarios de un árbol generoso. Compartió la tortilla con *Basura II* y, con la ayuda del café y los cigarros, se dispuso a pensar. Para hacerlo mejor, Conde utilizaba en ocasiones algunas hojas de papel en las que colocaba nombres, datos, ideas generales que intentaba relacionar. Aquella práctica la había aprendido, precisamente, del difunto capitán Jorrín.

De momento sabía, y lo anotó con iniciales y flechas, que entre Karla Choy, Jordi Puigventós, Elizardo Soler, René Águila y su amigo Bobby existían varios vínculos, pero ahora todos pasaban por la existencia de la virgen negra (la marcó con sus iniciales VN y las encerró en un círculo dibujado en el centro de la hoja) y su desconocido destino. La virgen también debía relacionarlos a todos ellos, o al menos a varios de ellos, con Raydel/Yúnior y con Ramiro la Manta, los muertos de la ecuación. La virgen, en sí misma, abría dos líneas de fuerza que podían incluso cruzarse: la mística —el poder— y la terrenal —el dinero—, versión pragmática y contante del poder. ¿Cuál de aquellas líneas se había activado en la relación entre los personajes y entre los personajes y la VN? Conde comenzó a trazar nuevos círculos alrededor de las palabras escritas y más rayas que se alejaban, como líneas de fuga con destino desconocido. Se sentía incapaz de realizar la conexión clave y se preguntó cuánto habrían mermado sus cualidades durante los años de lejanía del oficio de investigador. Y cuánto habrían decaído con el endurecimiento (¿o ablandamiento?) progresivo de sus envejecidas neuronas. Pensó en algún momento que debía llamar a Tamara, aunque decidió esperar una hora más, para estar seguro de que ya habría regresado a casa. La imagen de la mujer, la casa, la paz, el amor apacible lo abrazó con una sensación de sosiego que se convirtió en modorra.

Escuchando el rumor monótono de la lluvia y disfrutando de la atmósfera refrescada, se fue a la cama con uno de los viejos tomos de la poesía de José María Heredia. Haberlo evocado caminando por la Alameda de Paula, casi doscientos años atrás, le había avivado la cíclica necesidad de repasar sus versos cargados de fuerza telúrica, de pasiones exaltadas, de comunicación con la naturaleza. ¿Heredia había sido tan apocalíptico como él? En realidad, más que él: bastaba para saberlo una enésima lectura de aquellos versos.

Huracán, huracán, venir te siento
Y en tu soplo abrasado
Respiro entusiasmado
Del señor de los aires el aliento.

Cuando despertó había oscurecido y dejado de llover. No podía precisar si había vuelto a soñar. Solo que la imagen estaba allí. Como el dinosaurio. Y ahora él podía verlo.

Una hora después, cuando abrió la puerta tuvo, frente a su nariz, el rostro fatigado de Manolo. En un segundo plano vio la cara de pocos amigos del teniente Miguel Duque, a quien Conde le regaló una mirada displicente, convencido de que tendría tiempo de machucarlo a placer. Al fondo del cuadro, en el crepúsculo y bajo la lluvia pertinaz que ahora caía, el vulgar Geely chino en que los policías habían viajado desde la Central.

Antes de saludarlo, Manolo lo reprendió.

—¡Procura que esto no sea una payasada tuya! ¿Qué cosa es eso del dinosaurio?

—El cuento más corto del mundo. Y el mejor —respondió Conde—. ¿Quieres que te lo cuente?

—«Cuando despertó, el dinosaurio estaba allí» —citó Miguel Duque—. Augusto Monterroso.

Manolo se volteó para ver a su subordinado y Conde, a su pesar, sonrió. ¿Se había equivocado con aquel Duque y resultaba que era un policía culto? Si uno tiene fe, pues los milagros ocurren, le había dicho Carlos y ratificado el padre Rinaldi.

—¡Estoy rodeado! —concluyó Manolo.

Conde los hizo pasar hacia el comedor. Comprobó que Duque llevaba en sus manos el ordenador portátil y les preguntó si querían café. Recién lo hice, añadió. Pero ambos rechazaron la oferta.

—No me cabe un café más en el cuerpo —comentó Manolo. El otro no dio explicaciones para el rechazo. Era palmario que del Conde no quería nada: ni café.

Cada uno ocupó una silla y Conde fue el primero en hablar.

—Al mediodía te dije que había algo que había visto y no sabía qué cosa era...

—Sí, ¿y ya lo viste? ¿En sueños?

—No, en una película..., mejor dicho, en dos, y creo que lo vimos todos —dijo Conde, que disfrutaba de sus melodramáticos manejos de la información—. La primera película la vimos en el cine o en la televisión y la protagoniza un actor que se llama Richard Gere..., que hace lo que hace en esa y en todas las películas donde actúa porque las mujeres creen que el tipo es bonito, aunque es más malo como actor que yo como pelotero.

—¿De qué estás hablando, compadre?

—De un tipo que les gusta a las mujeres, Richard Gere..., y de películas. Como una que está ahí, en esa computadora. Teniente Duque, ¿con la mayor humildad puedo pedirle algo?

—Conde, Conde... —lo regañó Manolo.

—¿Qué quiere?

Conde, con la misma seriedad, continuó:

—Primero felicitarlo por sus conocimientos literarios, pero recordarle que ese cuento que citó es mucho más largo: «Cuando despertó, el dinosaurio *todavía* estaba allí»... Y después, pedirle si sería usted tan amable de encender ese engendro digital y buscar la primera filmación que vimos ayer de Puigventós en el *lobby* del hotel...

El teniente respiró sonoramente. Sabía que Conde lo azuzaba, solo que de una manera que lo desarmaba. De inmediato abrió la pantalla del portátil y lo encendió. Manolo ahora miraba a Conde y al teniente, a la expectativa. Sabía que algo importante se podía revelar de la imagen jurásica que había tenido el Conde, y por eso *todavía* estaba allí. Como el dinosaurio, ¿no?

Duque buscó la filmación y la puso en marcha. Movié sobre la mesa el aparato y Conde lo atrajo hacia sí, tocándolo solo con la punta de los dedos, como si fuera contagioso. Durante unos minutos todos estuvieron en silencio. En un momento Conde asintió, moviendo con lentitud su cabeza.

—Teniente, hágame el favor, ponga otra vez esta parte de la filmación... Y vengan los dos a verla.

Duque recuperó la máquina, hizo unas operaciones y la devolvió al lado de la mesa ocupado por Conde. Manolo y Duque se colocaron detrás del anfitrión.

En la pantalla de la computadora el *lobby* del hotel volvió a cobrar vida. Puigventós ocupaba el sofá y bebía de su botellín de agua. La gente pasaba a su lado, en uno y otro sentido.

—¿Qué cosa es, Conde? —le exigió Manolo, y con la mano el otro le pidió paciencia. Las imágenes se movían del modo que ya los tres habían visto varias veces, hasta que apareció en los cuadros, de frente y de perfil, la mujer de blanco con pámela y gafas que cruzaba cerca de Jordi Puigventós.

—Para ahí, Duque —le pidió Conde al teniente, que apretó una tecla y la imagen se congeló. Conde se concentró en la imagen detenida—. No, nunca se le ve bien la cara, pero...

—¿La mujer vestida de blanco?... ¿Qué pasa con ella?

—Parece una mujer joven —propuso Conde sin responder.

—Es joven. Se ve en la forma de caminar —afirmó Manolo.

—Manolo, aunque no se le ve la cara, creo que sé quién es y que sé por qué estaba en el hotel, y además, de contra, hasta creo que sé por qué Jordi Puigventós no aparece... Esa mujer es Karla Choy y no está ahí y vestida de esa manera por casualidad. Creo que esta sí es la dichosa punta del hilo del que hay que halar...

Esta vez Conde decidió acompañarlos. Para nada quería perderse la presunta escena climática del espectáculo.

Cuando el Geely en que viajaban se detuvo frente a la casa-galería de Karla Choy, dos autos patrulleros salidos de la nada se acercaron y estacionaron junto al carro chino. Uno de los policías, al que los otros llamaban Calixto, vestido de uniforme y con grados de sargento, se acercó a Manolo y le extendió un papel. Manolo aprovechó la luz de la farola cercana para leer el documento y comprobar que estaba en regla: ya podían hacer el registro de la casa de Karla Choy, dijo, y Calixto le confirmó que había colocado a dos hombres al fondo de la mansión, previendo una posible salida subrepticia.

Cuando la mujer que podía ufanarse de estar entre las más apetitosas de La Habana abrió la puerta, un gesto de cansancio se adueñó de su rostro.

—¡Otra vez! —protestó.

—Sí, Karla, otra vez, pero distinto —dijo Manolo, y le entregó la orden

de registro. La muchacha la leyó y se la devolvió al mayor.

—¿Qué quieren ver? ¿Dibujos o pinturas?

—Primero queremos que tú veas algo en esa computadora. —Señaló la máquina que portaba Miguel Duque—. ¿Dónde nos sentamos?

La mujer hizo un gesto, síganme, y avanzó hacia el comedor acristalado del fondo. Conde se colocó a la cabeza de los seguidores para disfrutar en primera fila del movimiento armónico del cuerpo de la joven cataclísmica y ya no tuvo dudas: Karla Choy era la dama de blanco. Gracias, Wilkie Collins.

—Rey, me engañaste —dijo entonces la joven.

—Para nada... Pasaba por aquí y me colé en este cuento. De verdad ya no soy policía...

Karla y Duque ocuparon los asientos que les indicó Manolo, que se ubicó detrás de ellos. Conde, por su lado, aprovechó para desvanecerse tras los cuatro policías que habían comenzado a hacer el registro de la casa, acompañados por dos vecinos convocados para servir de testigos del trabajo policial. La meta era hallar alguna pista capaz de revelar la presencia allí de Jordi Puigventós.

Unos minutos después, cuando volvió al comedor, Conde observó que las imágenes del *lobby* del hotel corrían en la pantalla. En el momento justo, Conde alertó a Duque.

—Para.

Los cuatro convocados observaron los dos cuadros ocupados en su parte central por Jordi Puigventós y la dama de blanco.

—¿Qué me dice, Karla? —preguntó Manolo.

—¿De qué, mayor?

—De esa mujer que está ahí. —Manolo indicó la pantalla.

Karla estudió la imagen. Miró a Manolo y negó con la cabeza.

—No sé quién es, no se le ve la cara...

—Pero ahora mismo podemos reconstruir a esa mujer, Karla. Con pamele y todo —dijo Conde, y cuando los otros se voltearon, vieron como el ex policía, con movimientos de prestidigitador, extraía de una gran bolsa que exhibía el rótulo de Emporio Armani un batón, una pamele y un *foulard*, todos blancos. Exactamente iguales que las prendas vestidas por la dama detenida en la pantalla del ordenador, la mujer a la cual no podía dejar de mirar un catatónico Jordi Puigventós.

La Habana, tan tórrida, húmeda, tropical y propensa a recibir visitas de vaguadas y similares, había llegado a tener una relación difícil con la lluvia. Ocho o diez horas de ordinarios chubascos veraniegos con aspiraciones otoñales convertían a la ciudad en una deplorable versión de Venecia: un charco con casas. Las calles, con sus alcantarillas cegadas por la tierra y la mierda, devenían lagos y ríos de acuerdo con su inclinación. Las aceras, llenas de furnias, desniveles y grietas acumuladas por años de abandono, se transformaban en trampas capaces de devorar al ser viviente que se arriesgara a transitarlas. Los cables eléctricos y telefónicos ponían a crepitar sus voltios y amperios en las alturas de los postes, hasta que explotaban, caían, oscurecían e incomunicaban por un tiempo inconmensurable a los ciudadanos. Los techos de las casas, quemados por el sol y fatigados por los años, gemían con la llegada de la lluvia y rezumaban el agua celeste, trasladando la precipitación a los interiores. En los asentamientos emergidos en la periferia, el panorama debía de ser tétrico: lodo en movimiento, fosas desbordadas, techos y paredes reventados, vencidos, quebrados por la humedad y el peso del agua. Penumbra y desesperación.

Empujado por su triunfo y su orgullo, Conde no aceptó la invitación del teniente Duque de devolverlo a su casa o a donde él quisiera ir. Como el policía que había sido, sabía que su protagonismo en la función recién realizada había terminado con su escena clave de mostrar la prueba de una relación innegable. Ahora les tocaba actuar a los verdaderos policías y, pese a lo que pensarán algunas personas, en realidad Conde ya no lo era y los protocolos no podían quebrarse por él. Gracias y adiós. Los otros seguirían la tarea.

Cuando los policías de uniforme ya habían salido con Karla Choy hacia la Central, Manolo se acercó a su ex colega, que se disponía a irse. La lluvia había cesado en ese momento pero, debajo del árbol que los cubría, sobre sus cuerpos lagrimeaban las hojas anegadas.

—¿Qué piensas de todo esto, Conde? —le preguntó Manolo mientras con un gesto le reclamaba un cigarrillo.

—Eso es lo que te preguntaba siempre yo a ti...

—Cuando estabas perdido —recordó el otro.

—Pero ahora no lo estamos. Hay una conexión entre Karla y el catalán,

ya ella misma lo admitió. Tira de esa sogá...

—El disfraz que encontraste demuestra que estuvo en el hotel..., pero una mujer con la inteligencia y la vista larga de Karla, ¿por qué no desapareció esa prueba si sabía que andábamos detrás de ella? No, ella no puede ser tan comemierda, Conde... ¿Y si lo que nos dijo es verdad? ¿Si nada más tenía una relación de pareja con Puigventós? ¿Si es cierto que hace dos días que no lo ve y no sabe dónde coño está? ¿Si no nos dijo nada esta mañana porque no quería verse metida en un problema que no era de ella?

—Demasiados condicionales, Manolo... Ella sabe algo. Si como dices, otro condicional, no está metida en el robo de la virgen, quizás sepa con quién iba a hacer negocios su novio catalán. Elizardo y René Águila pueden ser los que tengan más papeletas... Bueno, tú sabes cómo sacarle la semilla a ese mango... En la Central se ablandan hasta los más duros. Y esta muchacha no va a ser la excepción.

—Pero, si ella no está complicada en nada grave..., ¿por qué no nos dice lo que sabe y sale de esto?

Conde pensó.

—¿Porque tiene miedo?

Manolo lo miró interrogativo.

—¿Miedo a qué? ¿O de qué?

—¿No será *de quién*?

—Sí... ¿De uno que es capaz de matar a dos muchachos para quedarse con la virgen?

—No es una mala opción. A un tipo así yo también le tendría miedo... O puede tener miedo por Puigventós, que está perdido...

—¿Qué coño habrá pasado con el catalán? —se preguntó Manolo, y lanzó la colilla hacia la calle.

Conde dio dos caladas más a su cigarro e imitó a Manolo. Entonces levantó la vista hacia el follaje de donde no dejaban de caer gotas sobre su cabeza y sus hombros. Se sentía reblandecido y empantanado, como La Habana.

—Si no encuentras hoy a Puigventós, se te forma la desagradable con el cónsul español y con los de Exteriores.

—¿Por qué coño me recuerdas eso, Conde? Yo lo sé y...

—Estoy pensando, Manolo, espérate..., hablando en voz alta.

—¿Y qué se te ocurre?

Conde pensó un poco más y al fin respondió:

—Pues nada... No se me ocurre nada. ¿Y sabes por qué? Pues porque en todo este lío hay algo irracional.

—Eso ya me lo dijiste..., ¿y qué? Me voy. A ver qué le sacamos a Karla... Con lo cansado que estoy. Este trabajo de mierda...

—Manolo —soltó cuando el otro se retiraba—, ¿te imaginas la fiesta que harían las marimachos de la cárcel de mujeres si les llega un bombón como Karla Choy?

—Me lo imagino, me lo imagino... Tú siempre pensando mierdas, chico.

—Díselo a ella... Una idea así ablanda más que una olla de presión...

Sin dejar de protestar, el mayor Manuel Palacios se alejó hacia donde lo esperaba el teniente Duque, junto al Geely chino. Conde los vio partir y supo de inmediato que la euforia y el orgullo suelen ser malos consejeros. Otra vez llovía y no tenía idea de cómo salir de aquel barrio residencial para llegar a la casa de Tamara. Recordó que alguna vez por allí pasaron guaguas que podían acercarlo. Líneas de guaguas extinguidas, como tantas otras cosas. Como los dinosaurios.

Una hora después, chorreando agua, ya en territorio cercano al refugio que había escogido para esa noche, Conde aún discurría sobre la mala relación entre la ciudad y la lluvia, entre los cubanos y el transporte urbano, entre vaguada y aguacero, tratando de discernir incluso si el invento de Heredia, Varela, Saco y del Monte, el sueño de Martí, había funcionado o no de la mejor manera. Por suerte para él no estaba obligado a volver a su casa, pues, antes de salir con Manolo y Duque, sus vecinos dueños de los aguacates le habían pasado por el patio una bolsa con sobras de arroz y pollo para *Basura II*. Olían tan bien y tenía tanta hambre, que Conde tuvo envidia de su perro, al que le colocó en su cazuela una ración exagerada de alimentos para que se hiciera fuerte y resistiera hasta la próxima llegada de refuerzos.

Cuando abrió la puerta de la casa de Tamara, donde presumía que lo esperaba una comida sana y frugal, sintió la estocada de un olor contundente y tuvo la amable sensación de haber vuelto a un dulce hogar. Y, de inmediato, sufrió la rebelión de sus acechantes jugos gástricos. Porque la casa de Tamara olía a sofrito de aceite de oliva, ajo y cebolla, a comino y laurel, a cosas ricas, a comida... ¿Carne estofada? ¿Picadillo a la habanera con aceitunas y alcaparras? ¿Filete a la *dutch*? ¿Estaba asistiendo a un milagro de la naturaleza, la historia y la más empecinada memoria?

En silencio, como le gustaba hacer, se preparó para responder con su mejor actuación dramática a la sorpresa gastronómica que le estaba preparando Tamara. En el mismo recibidor comenzó por quitarse los zapatos anegados, la camisa y el pantalón chorreantes y, ya en la faena, también se despojó del calzoncillo. Sorpresa contra sorpresa, se dijo, y avanzó hacia la cocina, apenas vestido con las medias húmedas. En la habitación vio a la mujer, de espaldas, moviendo con una larga cuchara de madera los fragantes alimentos en cocción en una gigantesca sartén. Entonces habló:

—¿A qué hora es la cena?

La mujer se volteó, alarmada por la voz, y Conde sintió de inmediato cómo su escroto se arrugaba y su pene se recogía sobre sí mismo como un acordeón pinchado.

—¡Aymara! —exclamó al descubrir que la cocinera no era Tamara sino su hermana gemela.

—¡Conde, pero tú...! —comenzó la mujer, asombrada ante la desnudez del recién llegado, pero su expresión cambió de inmediato con una sonrisa y gritó—. ¡Tamara, tu marido se volvió loco!

14 de septiembre de 2014

La noche se había tragado las nubes pluviosas y el amanecer llegó claro, con una rutilante transparencia. Desde la cama, Conde observó el brillo de los árboles del jardín, lavados por la lluvia, y disfrutó la sensación de relajamiento. ¿Un amanecer sin almanaques, sin tormentos físicos ni existenciales y hasta sin vaguadas? Pues debía disfrutarlo... Dio media vuelta sobre sí mismo y contempló el rostro distendido de Tamara y el reflejo plateado del hilo de saliva que corría desde la comisura de su boca. Deseó beber aquel líquido vital, que tanto lo alimentaba, pero se contuvo. Nadie tenía derecho a romper un sueño ajeno, se dijo, él, un verdadero almacén de sueños quebrados.

Se levantó con sigilo y fue al baño para descargar su vejiga. Mientras orinaba, sonrió al recordar su estrepitosa entrada teatral de la noche anterior y la agradable cena que había tenido con Tamara y su hermana Aymara, sin previo aviso llegada de Italia con su sobrino Rafael, el hijo de Tamara, al que desde hacía varios años había acogido en sus dominios lombardos. El primer motivo del viaje, había explicado la jimagua ya acomodados, bebiendo un respetable Montalcino di Carmignano, picando trocitos de parmesano, lascas de *prosciutto* y aceitunas negras de Creta, era la nostalgia, siempre al acecho, una pegajosa sensación de pertenencia que podía desvelarse incluso en los momentos más apacibles y satisfactorios, una relación de amor-odio con lo propio que la distancia hibernaba y conservaba con vida. El segundo y mejor motivo, el anuncio, pospuesto hasta ser hecho de viva voz, cara a cara, de que Rafael Junior y su mujer italiana, Cristina Belleza, iban a ser padres y, por

tanto, convertirían en abuela a una Tamara lagrimeante de felicidad y a la vez de preocupación por el hecho de entrar en el estadio de la abuelitud y ¡con un nieto italiano! El tercero, pues si algo sobraba esta vez eran motivos, el propósito de estar ambos presentes para la fiesta por el cercano sesenta cumpleaños de Conde que ya andaban organizando Carlos y Dulcita, una ocasión que Aymara y Rafael Junior no se podían perder por nada del mundo: sesenta, sesenta, repetían la cifra horrible, y aseguraban que sesenta años no es cualquier edad. Más que la turbación provocada por el recordatorio cumpleañosero o el desasosiego de que en unos meses sería el amante de una señora convertida en abuela, había sido comprobar que el hijo de Tamara, quizás reblandecido por su inminente paternidad y vencido por la ya larga costumbre, parecía haber decidido cambiar de una vez su actitud hacia el Conde y aceptarlo como lo que había sido durante los últimos veinticinco años y todavía era y al parecer sería: el amor de la vida de su madre. Aunque tuviera la picha un poco corta, había añadido la incontenible Aymara, todavía divertida por la entrada teatral de Conde.

Él decidió corresponder a la cena preparada por su cuñada con la elaboración de un desayuno posible gracias a los potentes refuerzos llegados desde el más allá italiano. Luego de beber en taza de porcelana varias dosis del café Kimbo, su preferido entre todos los que se vendían en el mundo, y de colocar platos y cubiertos en la mesa, comprobó que ya pasaban las ocho de la mañana y los durmientes no tenían intenciones de cambiar su estado, agotados por cambios de horarios y las emociones de la víspera.

Entró en el estudio armado con otra taza de café y cerró la puerta. Marcó el número de la oficina de Manolo y la secretaria del mayor le pidió que esperara en línea. Conde tuvo tiempo de paladear su Kimbo de sabor napolitano y encender el cigarrillo, del que fumó dos veces antes de escuchar la voz de Manolo.

—Menos mal que ya te despertaste... Afuera de casa de Tamara te está esperando Duque... Arranca ahora mismo para acá...

Conde se alarmó con el conminatorio reclamo de Manolo.

—¿Qué cosa pasó, Manolo?

—La locura..., pero te lo cuento cuando llegues aquí... Ah, y hazme el favor de no fajarte en el camino con Duque, ¿eh, Conde?

—Te pedí que vinieras porque ahora sí que estoy perdido.

—¿Vas a dejarte de tanto misterio y decirme qué coño pasó?

Manolo le indicó la butaca que ocupaba la frontal de su buró y se dejó caer en su silla de mullido respaldo.

—Antes tengo que recordarte una cosa... Si alguien allá arriba se entera de que yo te estoy dando vela en este entierro... al que entierran es a mí. Acuérdate de eso...

—¿Y por qué se iban a enterar? ¿Tú no eres ahora el jefe de este tinglado? ¿Tu estrella más brillante te puede denunciar?

—No, Duque no haría eso... Pero tengo que andar con pies de plomo, tú sabes... Para joder a los demás siempre hay ganas... ¿O se te olvidó lo que le pasó a Rangel?

—Claro que no se me olvidó... Pero deja ahora esa monserga... Acaba de hablar y no des más vueltas, compadre...

—Apareció el catalán —soltó Manolo.

Conde recibió el golpe y se tomó un instante para asimilarlo.

—¿Karla dijo dónde estaba?

—No, apareció, literalmente. Como si hubiera regresado de entre los muertos, porque casi casi... Lo encontraron ayer por la noche en el hospital provincial de Matanzas y desde allí me lo mandaron para acá, para la Central...

—¿Qué carajo tú me estás diciendo, Manolo?

—Lo que oyes... Duque estaba trabajando a Karla cuando me llamaron de la Delegación de Matanzas para decirme que habían localizado al extranjero que andábamos buscando. Jordi Puigventós Batet. Llevaba varias horas ingresado, pero estaba inconsciente y no tenía encima ninguna identificación. Y como cuando decía alguna palabra lo hacía en catalán, pues el policía del hospital lo reportó como francés, no como español...

Conde se rascó los brazos. Ahora era él quien estaba perdido.

—¿Inconsciente...? ¿Qué le pasó?

—Dice que lo habían asaltado en Matanzas. Cerca de la Ermita de los Catalanes... Que le habían robado todo... Pero que él creía que querían matarlo, como a Raydel y a Ramiro. Estaba cagado en los pantalones. Y yo me aproveché de eso para ponerlo a cantar...

—¿Y qué coño hacía en Matanzas?

—¡Buscando la virgen, Conde! ¡La cabrona virgen esa!

Conde se rascó con más fuerza.

—A ver, Manolo, rebobina y explícame algo que yo pueda entender...
¿Buscaba la virgen en la Ermita de los Catalanes?

—¡Si me dejaras hablar, compadre! A ver, vamos *da capo*, ¿eh? —Conde aceptó y el otro suspiró antes de hablar—. Puigventós me contó que, como pensábamos, el día que llegó a Cuba, después de cenar con René Águila, se fue para casa de Karla. Ellos tenían, tienen, una relación, y ella, como parte de un juego del que no quise saber más, se disfrazaba para él... Por eso ella se apareció así en el hotel. Bueno, tú sabes cómo es eso...

—No, no lo sé. Pero puedo y quiero imaginármelo. Karla disfrazada de nudista, por ejemplo. El cataclismo...

—¿Qué disfraz es...? No hables más mierda, compadre...

—¡Qué clase de mierda es tener sesenta años! ¿Te imaginas que ni hice el intento de ponerme simpático con esa mujer? —se lamentó Conde—. Dale, sigue...

—Bueno, él se fue para la casa de ella y estuvo allí dos días hasta que antier lo llamaron a su celular para decirle que podían hacer el negocio de la virgen.

—¿Lo llamaron? ¿Quién lo llamó? ¿Confesó que vino a buscar la virgen?

—Él supo por René Águila que la virgen se la habían robado. Y le pidió a René, a Elizardo y a Karla que trataran de averiguar quién podía tenerla porque la quería comprar, al precio que fuera... Y los tres le dijeron que lo mejor que podía hacer era venir para acá a buscarla él también... Pero mientras cerraba unos negocios en España, la cosa se complicó acá. Apareció muerto Raydel y mataron a Ramiro.

—¿Y él no conocía a Raydel?

—Dice que quizás lo vio una vez, pero no tenía relación con él... Si no dice la verdad y Puigventós lo alentó para que se robara la virgen, lo seguro es que no fue él quien lo mató. Ni a Ramiro..., porque todavía andaba por España.

—¿Y entonces quién lo llamó para que fuera a Matanzas?

—Alguien que se identificó como Róger Flor... Ese nombre debe ser un invento.

—Sí, aunque a mí me suena. Lo he oído alguna vez...

—Pues ese Róger Flor le dijo que sabía que Puigventós estaba interesado

en comprarle a Bobby la virgen negra y que Bobby no había querido vendérsela... Pero que podían hablar del tema. Y el catalán pensó que esa era su oportunidad de llevarse el botín, incluso hasta más barato de lo que había pensado.

—Ajá. Dale, sigue, a ver si entiendo. Esto es medio loco... ¿Róger Flor? Sí, ese nombre me suena, me suena... Pero ¿quién puede ser ese personaje que sabía que Puigventós había querido comprarle la virgen a Bobby? Bobby no exhibía su virgen, no estaba a la venta... Yo mismo no sabía que ellos habían hablado del tema.

—Puigventós supo que Bobby tenía la virgen hace unos pocos meses. Lo supo por Karla, que lo había sabido por Elizardo Soler. Y fue antes de que Bobby viajara a Miami, cuando habló con él de su interés en comprarla.

Conde se concentró. Algo comenzaba a tener lógica y sentido. O demasiados sentidos.

—¿Y qué pasó después de la llamada de Róger Flor?...

—Lo citaron para un encuentro en Matanzas. En la Ermita de los Catalanes. Debía ir solo, no decirle nada a Karla, no hablarle a nadie del negocio, o no había trato. La virgen estaba caliente, dice que le dijeron. Entonces se fue a la terminal de ómnibus y cogió un carro de los que van a Matanzas. ¡Con el dinero que debe tener y no alquiló un taxi! En Matanzas cogió otro carro hasta cerca de la Ermita. Cuando iba caminando por la calle que sube para la loma de Montserrat, le dieron un golpe en la cabeza y no volvió a saber nada hasta que se despertó en el hospital y supo que lo habían asaltado y que unos muchachos lo habían recogido en la calle.

Conde cerró los ojos unos instantes.

—¿Tú le crees? ¿Un asalto precisamente a él? ¿Llegando al lugar donde lo habían citado?

—Todo está muy raro... Con la cantidad de turistas que se mueven por Varadero y Matanzas, ¿que asalten a Puigventós cuando va a hacer el negocio de la virgen?

—Y si no fue un asalto, Manolo..., ¿qué cosa es lo que querían? Nadie puede pensar que Puigventós iba a andar con no sé cuánto dinero arriba para comprar en la calle esa virgen, ¿no? Pero tampoco querían matarlo, como a los otros dos, porque el que lo golpeó, si lo que quería era sacarlo del juego, pudo haberlo liquidado y ahí se acababa la pista de Puigventós y lo que él sabía de la virgen y de Bobby, de Soler, de Karla, de René... ¿de alguien

más?

—Sí, está rara la historia. Nosotros creíamos que Puigventós estaba perdido porque era el cabo suelto...

—¡Y es el cabo suelto, Manolo! Porque el que está detrás de todo esto no pensaba que Puigventós fuera a llegar a Cuba cuando por tener la virgen habían tenido que matar a dos personas. Lo que tenía planeado esa persona era un negocio sin mayores complicaciones... con Puigventós o sin él, aunque mejor con él... Y la cosa se enredó de mala manera. Por eso, si la persona o las personas que lo citaron en Matanzas lo que querían era callarlo pero el catalán sigue vivo... entonces ¡de verdad lo asaltaron! ¡Los asaltantes llegaron primero y lo salvaron, Manolo!

—¿Tú crees? —El mayor Palacios no parecía convencido con la hipótesis de Conde.

—Pero ahora eso no importa, o importa menos... El caso es que el hombre apareció... y vivo.

—Por cierto, ese catalán se parecerá mucho al artista ese que tú dices es muy bonito y les gusta a todas las mujeres, pero tiene una peste en los sobacos que da mareos... No sé cómo una mujer como Karla...

Conde negó con la cabeza y siguió:

—Y ahora sabemos que vino a Cuba a buscar la virgen, que parece que Karla no está metida en la parte oscura de esta historia y que le gusta disfrazarse para subir la temperatura... ¿Te imaginas a Karla...? Coño, Manolo, este hilo ahora lleva a Bobby y a su amigo Elizardo. ¿O yo me estoy volviendo loco?

A través del espejo traslúcido Conde observó cómo Bobby y Elizardo efectuaban su entrada en el salón de interrogatorios de la Central. Cada uno lo hizo según su estilo: Bobby cagado de miedo y Elizardo seguro y prepotente. Unos comportamientos tan consecuentes lo hicieron pensar por un momento que sus suposiciones, premoniciones y teorías podían estar erradas. Pero de algo sí estaba convencido: esos dos personajes eran el único camino posible hacia la verdad y la virgen negra. Unos minutos después vio entrar a Manolo y a Duque: uno armado con una libreta, el otro con el ordenador portátil.

Conde sentía cómo las sienas le latían de pura excitación. Se había visto

obligado a aceptar la condición de Manolo: su presencia dentro del recinto podía invalidar el procedimiento, por lo que asistiría a la conversación (así insistía en llamarla el policía) detrás del espejo y, si era necesario, le apuntaría algo al mayor Palacios a través del audífono inalámbrico que el policía llevaría en el oído. Mientras esperaba a que se preparara el interrogatorio, Conde, sintiendo la mosca volarle junto al oído, había llamado al Conejo y le había preguntado si le sonaba el nombre de Róger Flor.

—Claro, viejo... Ese tipo era un personaje. Roger de Flor, *Roller*, sin acento en la o... Fue el capitán del barco más grande que hubo en el Mediterráneo en el siglo XIII: *El Halcón del Temple*. Y luego se hizo pirata o corsario, con unos facinerosos que se hacían llamar la Compañía Catalana. Creo que lo mataron en una emboscada... Ah, y se sospechaba que se había robado una parte del tesoro de los templarios... Los mismos templarios que adoraban a Nuestra Señora cuando estaban en boga las vírgenes negras, como nos contó ayer el padre Rinaldi...

—Conejo, gracias... Ves, ¿qué coño me voy a hacer yo cuando tú no estés aquí?

—Joderte. O buscar en internet. Es más fácil...

—¿De verdad todo eso está en internet?

—Y más...

—Qué bien... Gracias, compadre.

Media hora antes de que trajeran a Bobby y a Elizardo, Miguel Duque había regresado de la mansión del mercader de arte con la frustrante noticia de que, luego del registro autorizado y realizado, no había aparecido nada que permitiera conectar al propietario de la casa con la virgen negra o con los crímenes cometidos a su alrededor, aunque entre las mil cosas halladas estaban piezas tan perseguidas como varias esculturas funerarias robadas del cementerio, unas películas pornográficas *made in Cuba* y otras mercancías incluso tan comprometedoras como varias piezas de carne de res congeladas, válidas por sí mismas para gestionarle una larga estancia carcelaria por el delito de receptación, pues según las leyes del país podían caerle más años por robar y descuartizar una vaca que por matar a un cristiano. Para extrañeza de todos, tampoco había aparecido alguna cantidad importante de dinero, ni joyas, ni cuadros valiosos. La única apuesta posible, por tanto, seguía siendo la realización de un interrogatorio en el cual, manipulando los intereses y los caracteres de los entrevistados, pudieran hacer saltar una chispa y con ella

encender el fuego clarificador.

Como habían acordado, Manolo dejó que Duque comenzara el asedio. Los temas más prometedores eran las relaciones de Bobby y Elizardo con Jordi Puigventós desde la luz arrojada por las declaraciones del catalán y la agresión que había sufrido en Matanzas y que parecía haberlo salvado de males mayores.

Conde debió reconocer que Duque era bueno en su trabajo. Se movía como un depredador al acecho, buscando las debilidades y distracciones de sus víctimas, a las que iba llevando al desfiladero por donde podía despearlas. Les pedía información y a la vez les daba datos, para demostrar cuánto sabía de ellos. Pero no lograba avanzar. Cuando le preguntaba a Bobby, este contaba lo que ya sabían. Cuando se dirigía a Elizardo Soler, el hombre repetía la historia ya develada. Ninguno admitía haber visto en los días pasados a Jordi Puigventós. A Karla Choy y a René Águila, en cuyas respectivas ambiciones, maldades y falta de escrúpulos ambos se detuvieron, solo les habían visto para saber si tenían alguna noticia de la virgen robada por Raydel y alertarlos sobre su posible salida al mercado. No obstante, el teniente Duque repetía preguntas, exigía detalles, intentaba enfrentarlos, en procura de una grieta por donde colarse y avanzar.

Desde su obligada posición de espectador, Conde seguía el diálogo, a su vez vigilado por el sargento Calixto, pegado a él como una lapa. Una desazón creciente lo iba invadiendo en la medida que el interrogatorio se extendía sin ningún avance notable. Pensó que tal vez ni Bobby ni Elizardo Soler sabían más de lo ya admitido, pero su convicción de que los dos eran unos tramposos redomados no lo abandonaba y mucho menos su premonición de que ambos, o al menos uno de ellos, sabían o habían hecho mucho más de lo que confesaban. En algún momento de la conversación Conde tuvo esperanzas de que se hiciera la luz: Manolo, sacando fuerzas de su agotamiento de dos noches casi completas en vela, entró en el ruedo con su furia habitual. De allí no se iba nadie, advirtió, hasta que se supiera la verdad. Haría un careo entre todos los implicados, incluido el catalán Puigventós, Karla Choy y René Águila. Ordenaría nuevos registros de casas y propiedades de cada uno. Les revisaría hasta los empastes de las muelas... ¿Alguno de ellos conocía a Róger Flor? Pero no logró mover hacia otro sitio a los interrogados: Bobby sollozaba y Elizardo negaba, no sabían nada de nada, menos de ¿Róger Flor?

Conde tuvo la certeza de que no transitaban el mejor camino para llegar a un terreno sólido y a través de su micrófono le susurró a Manolo que detuviera la ofensiva y se tomaran un tiempo. Quizás, le propuso, debía interrogarlos por separado, con estrategias diferentes. En el cubículo, Manolo asintió y miró a sus invitados.

—Yo sé que ustedes, los dos o uno de los dos, está con la mierda al cuello —comenzó Manolo—, y lo vamos a saber... Si alguno no es culpable de nada, que recapacite ahora y piense en que el otro quiso joderlo... Nosotros ahora vamos a tomarnos un café y volvemos en un rato. Lamento no poder invitarlos, pero nos han reducido la cuota. Ustedes saben cómo está la cosa...

—¿Hasta cuándo van a tenernos aquí? —quiso saber Elizardo Soler, sin perder su seguridad y compostura.

—Hasta que yo decida... Y soy lento para tomar decisiones, ¿saben? La ley me da setenta y dos horas... Y no me importa de quién eres hijo ni quiénes son tus amigos ni si fuiste o no el James Bond cubano. Así que pónganse cómodos...

Bobby negaba con la cabeza, ya a punto de romper a llorar. Elizardo, por su parte, sonreía sarcástico, casi complacido. Manolo golpeó el antebrazo de Duque y ambos se pusieron de pie y buscaron la salida.

—¿Puedo fumar? —preguntó Elizardo Soler, y Manolo comenzó a voltearse con cara de pocos amigos, al tiempo que levantaba el brazo dispuesto a negar, a despotricar, pero de inmediato debió llevársela al oído en que recibió el grito de Conde:

—¡Déjalo que fume! ¡Tengo un presentimiento!

Manolo detuvo todos sus movimientos y dio media vuelta. Antes de salir dijo:

—Sí, fume. Y piense...

A través del cristal, Conde vio salir a Manolo y Duque, y notó que Elizardo sonreía de forma muy discreta, pues sabía que era observado. Sin mirar a Bobby, que volvió a sollozar, extrajo el mechero y la cajetilla de cigarros que llevaba en el bolsillo. La mano izquierda de Elizardo cubría el paquete de cigarros del cual, con la derecha, extrajo un pitillo con filtro que se llevó a la boca. Cuando accionó el mechero y lo acercó al cigarro, Conde descubrió un leve temblor en su mano, lo cual podía ser normal en alguien en su situación. En ese instante Manolo llegó a su lado.

—¿Por qué coño hay que dejarlo fumar?

—Porque nadie es perfecto, Manolo... Espérate, cállate...

Conde observaba fumar a Elizardo Soler y se empeñaba en escarbar en los rincones de su cerebro con una velocidad de vértigo, buscando un punto de apoyo, hasta que creyó encontrarlo cuando recordó los resultados del registro de la casa.

—Manolo, entra ahí de nuevo y dime si los cigarros de Elizardo son y huelen mucho a cigarro americano...

Manolo miró a su antiguo jefe y una luz brilló en sus ojos.

—Y si es cigarro rubio americano, pregúntale qué hizo con el cuadro de Portocarrero que tenía en su estudio... Dale...

Conde se acercó más al cristal para observar el regreso de Manolo al cubículo de los interrogatorios. Displícite, como si no tuviera prisa, el oficial haló su silla y se acomodó.

—Estaba bueno el café... Acabado de hacer... ¿Me regala un cigarro? —le preguntó a Elizardo, y este, como si no fuera importante, con su mano izquierda movió la cajetilla hacia Manolo. Cuando el mayor la cogió, hizo un gesto de disgusto—. Chesterfield... No, gracias, no resisto el tabaco rubio americano. Sabe dulce... y huele mucho.

Elizardo levantó los hombros y recuperó la cajetilla que le devolvía Manolo. Afuera, Conde sudaba.

—Elizardo..., ¿y qué se hizo del cuadro grande de Portocarrero que había en su estudio?

Un levísimo movimiento del hombre le confirmó a Conde que su premonición no había estado errada.

—Lo vendí hace unos días...

—¿A quién? —susurró Conde, y Manolo, como un replicante, le hizo la pregunta a Elizardo.

—A un americano que estaba en Cuba. Jerry Carlson, se llama.

—¿En cuánto? —preguntó Conde. Manolo siguió en su papel.

Elizardo lo pensó un instante. Miró a Bobby, que había dejado de sollozar y seguía con interés el diálogo.

—Cuarenta mil... —dijo al fin Elizardo.

—Barato, ¿no? —dijeron Conde y Manolo.

—Depende...

—Sí, de lo apurado que esté uno por vender un cuadro como ese... que seguro vale mucho más. ¿Y el dinero?, ¿dónde está el dinero? En su casa no

encontramos... —siguió Conde, y arrastró a Manolo, que en algún momento le pareció el muñeco de un ventrílocuo.

Elizardo volvió a pensar, solo unos instantes. Lo suficiente para que Conde supiera que estaba fraguando una mentira.

—El americano todavía no me ha pagado... No podía venir a Cuba con ese dinero en la mano. El bloqueo yanqui, usted sabe...

—Sí, el bloqueo... Eso es ser muy confiado —dijo Conde, repitió Manolo, y el ex policía, cambiando el tono de voz, le susurró al mayor Palacios—: Diles que vas a comprobar si Jerry Carlson estuvo en Cuba y dos o tres cosas más y suéltalos. ¡Suéltalos!

Sin preocuparse por lo que ocurría dentro del cubículo, Conde se acercó al teniente Duque.

—No pierdas tiempo en fajarte conmigo ni en tenerme roña... Ponle cola a estos dos, pero una muy especial a Elizardo Soler... Si no me equivoco, esta noche vamos a recuperar la virgen... La vigilancia de Elizardo que sea muy discreta, él sabe que lo vamos a seguir... ¡El tipo le dice a la gente que es de la Seguridad y a veces de verdad se cree que es un agente! ¡Pero eso es ya! —gritó al ver que Manolo despedía a sus invitados. Sin reparar en lo que hacía, Conde se frotó las palmas de las manos en las perneras del pantalón. Le sudaban y el corazón le latía con prisa. Era evidente que todavía podía pensar y actuar como el policía que alguna vez había sido. Elizardo Soler había tenido razón en su diagnóstico preliminar. Y Conde pronto sabría que él la tenía en el suyo: un sicópata lo marca todo con su irracionalidad.

Con el resto de los pesos convertibles que aún le quedaban, Conde invitó a Manolo a comer en un restaurante privado cercano a la Central. El sitio no era elegante ni caro, pero sí eficiente y servía platos bien cargados. Debían alimentarse, y luego Manolo podría descansar, hasta que llegase el momento de actuar. Ahora solo cabía gastar el tiempo en la espera, como cazadores al acecho.

Cuando comían, Conde examinó en dos o tres ocasiones el teléfono celular de Manolo para comprobar si el aparato funcionaba. A ese engendro electrónico debían llamarlos si la liebre saltaba. Para no ocupar la línea, salió unos minutos a la calle y desde un teléfono público realizó varias llamadas: a

Tamara para decirle que no esperaran por él y que la pasara lo mejor posible con su hermana y con su hijo; a Carlos, para echarle una cojonera por andar organizando a sus espaldas fiestas de un cumpleaños que a él no le interesaba celebrar y decirle que andaba perdido porque se había complicado con la historia de la virgen de Bobby, pero que lo extrañaba, lo quería y no podía vivir sin él, a pesar de que todavía, todavía, no era maricón; y por último a Yoyi para preguntarle qué creía sobre la posibilidad de cobrar lo pactado por la recuperación de la virgen negra si, como pensaba, aparecía pero los policías se quedaban temporal o definitivamente con ella, y recibir la respuesta esperada de su socio comercial: encárgate tú de que aparezca y yo me ocupo del cobro... A ver si te doy ese dinero el día de la fiesta de tu cumpleaños, que va a quedar buenísima. Conde lo mandó al carajo y colgó con una amable sensación: cuando tantas cosas se iban a la mierda, él tenía el privilegio de contar con amigos que lo querían y a los que él quería.

Descargado de responsabilidades, regresó al restaurant, pidió su café, pagó las consumiciones y trató de organizar el resto de la tarde. Sabía que Manolo hubiera preferido tenerlo lejos en esa etapa del proceso, pero él no podía perderse el acto final de la obra que había seguido desde que Bobby lo reclamara y se alzara el telón.

Volvieron a la Central y se refugiaron en la oficina de Manolo luego de que el mayor le ordenara a su secretaria que solo lo molestara si llamaban el teniente Duque o el sargento Calixto o, por supuesto, si ocurría un cataclismo. Dentro del recinto, con el aire acondicionado a toda máquina, Manolo reconoció que Conde era un redomado oportunista y de inmediato admitió estar muerto y se acomodó en el sofá colocado contra una pared. Conde, por su lado, ocupó la butaca de las visitas, desde donde se veía una extensión notable de la en apariencia apacible ciudad. Los ronquidos de Manolo no se hicieron esperar.

A las nueve de la noche, cuando ya no esperaban recibir la llamada de alarma, el celular de Manolo sonó y en la pantalla apareció el nombre de Miguel Duque: el pájaro había abandonado el nido. Elizardo Soler había salido conduciendo un auto que no era el suyo, al parecer solo, y tomado rumbo este, quizás hacia el Malecón y el túnel de la bahía.

—Se va del país —dijo Conde cuando terminó de escuchar al teniente.

—Eso se cree él —refutó Manolo, y salieron de la oficina en busca del carro dispuesto en el parqueo de la Central.

La comunicación entre Duque y Manolo se restableció por la radio de los autos. Duque informó que habían cruzado el túnel y seguido el rumbo este, hacia las playas, la costa norte, la ciudad de Matanzas como último destino previsible: ochenta kilómetros de litoral por donde se practicaban con frecuencia salidas clandestinas de la isla. Por su lado, el sargento Calixto, encargado de dirigir la vigilancia de Bobby, ratificó que su objetivo se mantenía en el interior de su casa.

Cuando el auto conducido por Manolo tomó la autopista del este, Conde se negó a pensar en sus *déjà vu*. La vida era eso: círculos, giros, volteretas de las que un día escapa una línea de fuerza y todo cambia en unos minutos o, incluso, te vas a la mierda. A la nada.

—Conde, y a todas estas..., ¿dónde estará metida la virgen? —preguntó Manolo, y el otro comprendió que en su excitación ninguno de ellos se había hecho la pregunta con premio—. Después del registro que hicimos en su casa, no creo que estuviera allí... Y si Elizardo se va por todo lo que ha pasado con la virgen..., ¿se va a ir sin ella? Son tres millones seguros...

Conde encendió un cigarro. No tenía una respuesta mínimamente decente que darle a Manolo.

—O la tiene muy bien escondida y puede dejarla en Cuba hasta que alguien se la saque, o va a buscarla antes de ir al lugar de la salida —disparó sin la menor idea de cuán cerca podría estar del blanco—. Pero sabe que el círculo está cerrado y su mayor problema ahora es escaparse...

—¿Y ya tendría preparada la salida o la arregló hoy mismo después de que hablamos con él? —siguió Manolo, con su implacable lógica policial.

—Para mí que la tenía preparada desde que se enredó más la historia con el catalán perdido... —aventuró Conde—. Por eso no encontraron mucho en su casa. Además, no es fácil preparar una salida de ahora para ahorita...

—Depende de lo que estés dispuesto a pagar, Conde... Una lancha rápida está aquí en horas...

—Sí, y Elizardo puede pagar... Todavía no me creo que un tipo como él, con todo lo que tenía, se haya complicado con esa virgen...

—El dinero, Conde, el dinero... —sentenció Manolo.

—O el poder, Manolo... Que vale más que el dinero y que es adictivo. Y

eso tú lo sabes... Mucha gente aquí lo sabe, ¿no?

—Eso lo dijiste tú, no yo —sonrió Manolo.

—De todas maneras, me sigue costando trabajo creer que este Elizardo haya sido quien mató a los dos muchachos. Demasiada violencia para su estilo. Demasiado riesgo para un hombre que maneja la plata que él tiene y vive como vive. El tipo incluso se estaba preparando para lo que pueda pasar en el futuro. No quería quedarse fuera del juego que se va a jugar...

—Pero tú sabes, Conde...

—Sí, lo sé... Lo insondable del alma humana y... de una mente trastornada. Si trato de poner orden en lo que ha pasado, con dos muchachos muertos, la talla de una Virgen que dicen que hace milagros, unos personajes que viven siempre al límite, alguien que juega a que lo crean un seguro, toda esa suma me da cierto tufo de locura. ¡Coño, sería bueno...! —Conde detuvo su razonamiento cuando la radio del auto reclamó a Manolo. Era el sargento Calixto.

—Sí, Calixto, adelante...

—El objetivo tiene visita... Acaban de llegar Karla Choy y el catalán...

Conde y Manolo se miraron. ¿Qué coño estaba pasando?

—Mantengan la vigilancia. Esperen a ver si pasa algo... Pide refuerzos para que sigan a Karla y a Puigventós cuando salgan. Y regístrenlos si llevan un paquete —improvisó Manolo ante la inesperada coyuntura, y cerró la comunicación—. ¿Qué andarán buscando ahora esos dos con tu amigo Bobby, Conde?

—Andan buscando la virgen, Manolo. ¿Qué otra cosa puede ser? La cabrona virgen...

—Tú ves, Conde..., si te hubieras quedado atrás como te dije, ahora te podía mandar para la casa de Bobby y... Pero si la virgen la tiene Bobby, ¿por qué Elizardo es el que quiere irse de Cuba?

—No lo sé, pero tampoco te preocupes demasiado, Manolo. Para Bobby y los otros hay tiempo. Pero con Elizardo, si va a hacer lo que pensamos, nada más tenemos un *swing*... Y si no chocamos con la bola, nos ponchamos... Y si nada más está paseando por La Habana, pues le decimos adiós si le pasamos por el lado... Ah, y te iba a decir que sería bueno...

La radio del auto volvió a crepitar. Ahora se reportaba el teniente Duque, con voz alarmada.

—Sí, habla, ¿qué te pasa?

—¡Que Elizardo dejó la autopista!... Cogió la carretera vieja de Guanabacoa... No se va del país...

—Síguelo, nosotros ya estamos casi detrás de ti —le dijo Manolo.

—¡Pero es que lo perdí! ¡El tipo se me fue! —exclamó Duque, casi lloroso.

Manolo aumentó la velocidad del auto y Conde cerró los ojos. Se hizo un mapa de la ciudad en la mente. La autopista, la carretera vieja de Guanabacoa, el sur y el este de La Habana, y entonces gritó:

—¡San Miguel del Padrón!... Va para el asentamiento, Manolo. ¡Yo lo sabía, chico, lo sabía! ¡La virgen todavía está allí!

—¿Pero qué...?

—Dale, acelera, prende las luces de aviso... Vámonos por la Vía Blanca a ver si llegamos antes que él. Avísale a Duque... ¡Yo lo sabía, coño, yo lo sabía!... La virgen sigue allí... Y lo que te quería decir es que sería bueno saber si alguna vez de verdad Elizardo fue un agente encubierto o si estuvo ingresado en el Psiquiátrico de La Habana... ¡Suave que nos matamos, coño!

La noche en el asentamiento hacía más tétrico aún el panorama de pobreza. La lluvia del día anterior había convertido en lodo los irregulares senderos interiores y en más de una ocasión Conde y Manolo estuvieron a punto de caer a tierra. Unas pocas luces, salidas de alguna de las casas improvisadas, daban alguna iluminación a unos caminos que ni siquiera habían soñado con el beneficio del asfalto o el alumbrado público. En cambio, desde que comenzaron el avance, el sonido de una o de distintas piezas de reguetón (jamás serían capaces de establecer la unidad o la diversidad de las obras, por llamar a aquel ruido de algún modo) los acompañó con su retumbar monótono, percutivo, como himno de guerra masái.

Manolo había estacionado el auto en una bocacalle cercana al asentamiento, oscura como todo el barrio. Antes de entrar en el arrabal, pudo confirmar con Duque que el auto de Elizardo Soler, que había logrado volver a localizar, parecía dirigirse hacia allí luego de tomar la Carretera Central. A partir de ese momento se comunicarían por el celular, que Manolo puso en alarma de vibración. Iban a jugarlo todo a una carta.

Frente a las casas, cuartos, bahareques, cobertizos donde vivían los

inmigrantes nacionales, Conde y Manolo vieron niños, jóvenes, adultos y ancianos dedicados al arte de dejar transcurrir el tiempo con la confianza, o sin ella, de que algo cambiaría... o no. Las miradas que recibían les llegaban hostiles pero contenidas: el olfato entrenado en tales lances les advertía a los asentados que los dos transeúntes nocturnos no podían ser otra cosa que policías y, si era posible, evitaban cualquier enfrentamiento, pues sabían que contra el poder, ellos, los parias de la tierra, llevaban las de perder. En un cruce de esquinas, Conde tuvo la confirmación de que él y Manolo habían sido etiquetados: luego de un largo silbido, que flotó incluso por encima del reguetón, en la bifurcación siguiente se produjo una inmediata dispersión de sombras. Por un instante, le preocupó que algún habitante del asentamiento pudiera advertir a Elizardo Soler de la presencia de policías en la zona, pero el hecho insólito de que los agentes fueran delante y el perseguido detrás le devolvió el sosiego: nadie realizaría esa ecuación y Elizardo sería considerado otro policía y el silencio cauteloso se mantendría intacto. Al fin y al cabo lo que estaba ocurriendo, hasta ahora, no les incumbía y ellos no se mezclarían con lo que sucedía, ni les importaba, como estipulaba una de las leyes de la selva.

Cuando tomaron el camino ascendente que conducía al cuartón del difunto Ramiro, Conde resbaló en el barro y cayó. Maldijo su estampa, la tierra mojada, a la madre de Elizardo Soler, a estar hecho un viejo de mierda que se cae donde quiera y le advirtió a Manolo que si se reía le patearía el culo. Sin demasiado asombro observaron cómo el cuartón de Ramiro, precintado unos días antes como escena del crimen, había sido revolucionariamente recuperado por una familia que, en lugar de reguetón, parecía estar viendo alguna grabación de un programa televisivo, casi seguro que realizado en Miami, en el cual se hablaba de una inminente invasión libertadora a la isla asolada hacía cincuenta y cinco años por un régimen dictatorial.

Conde guio a Manolo hasta la linde del territorio ocupado por el asentamiento, más allá del cuartón de Ramiro, y utilizando por primera vez la linterna del policía atravesaron el distendido alambre de púas y buscaron un punto de vigilancia apropiado entre unos árboles cuyo follaje caía hasta la tierra. Desde allí tenían acceso visual al camino, al cuartón de Ramiro y a una buena parte de la alambrada encargada de delimitar la tierra baldía. Entonces Manolo sacó su vibrante celular, estudió la pantalla y luego de pronunciar un

«sí» casi inaudible escuchó unos segundos y repitió la afirmación en igual tono y volumen. En la oscuridad le hizo un gesto de asentimiento a su compañero de caza.

Unos minutos después vieron la silueta, apenas iluminada por la claridad que escapaba a través de la ventana posterior del cuartón de Ramiro. El hombre cruzó la cerca justo por el fondo del cuartón y permaneció estático. Debía de estar observando el panorama, quizás orientándose. Un haz de luz muy concentrado, salido de una fuente pequeña pero potente, marcó mejor la posición del hombre, que escogió un sendero posible entre los árboles y los agresivos arbustos de marabú. Aquel podía ser otro viaje al infierno.

Guiados por la luciérnaga de luz que conducía al recién llegado, Conde y Manolo siguieron el rumbo marcado con las precauciones de rigor. Más de una vez escucharon sordas exclamaciones del perseguido, las mismas que ellos pudieron haber soltado con cada pinchazo de las espinas como cuchillos del marabú. En dos o tres ocasiones el hombre se detuvo, buscando orientación. Conde y Manolo casi no respiraban. Sabían que sin la virgen en las manos todo cuanto tenían o pudieran tener contra Elizardo Soler podía ser circunstancial y necesitaban sorprenderlo en posesión del objeto divino del deseo.

Unos cuarenta metros más adelante Elizardo se detuvo. En la oscuridad Conde pudo entrever el tronco voluminoso de un árbol, tal vez un falso laurel, del que solo salían dos ramas que le daban una extraña forma de cruz. Alrededor del árbol el follaje de los arbustos ocultaba la parte superior del cuerpo de Elizardo y, por momentos, el punto de luz que debía provenir de su teléfono celular. Conde recordó en ese instante que, según el padre Gonzalo Rinaldi, muchas de las vírgenes negras traían consigo la leyenda de haber aparecido en cuevas, pozos y ¡troncos de árboles! Y no lo pensó más: de un manotazo se hizo de la linterna de Manolo y, sin cuidarse de las agresiones del marabú, corrió hacia la sombra de Elizardo Soler, y cuando tiró del follaje que lo ocultaba, encendió la linterna en el instante en que el hombre, elevado sobre un trozo de madera recostado al tronco rugoso, extraía del hueco que llegaba hasta el corazón del árbol la imagen brillante de una majestuosa virgen negra.

A partir de ese instante todo se ralentizó: Conde vio cómo Elizardo Soler se volvía y, sin transición, de su mano izquierda salía un fogonazo capaz de deslumbrarlo. Al mismo tiempo que escuchaba la detonación que retumbaba

en la árida tierra baldía, Conde recibió el golpe en la caja del cuerpo capaz de empujarlo contra las garras vegetales de un marabú enfurecido. Le dolía más la espalda que el pecho, logró pensar antes de perder la conciencia y lamentar que todo acabara antes de cumplir la cifra obscena de sesenta años. ¿Tan joven para morir?, se preguntó Mario Conde cuando escuchó una segunda y, de inmediato, una tercera detonación. Y sintió de repente cómo lo sepultaba el dolor y se imponía el silencio. Porque, siempre, lo demás es silencio.

14, 15 y 16 de septiembre de 2014

—Negro..., ¿y ya puedo tomarme un trago?

El doctor Francisco Galarraga miró al paciente y le apuntó con un dedo admonitorio que más parecía una lanza bantú. Por simple contraste, en su rostro oscuro sus ojos parecían dos faros encendidos que en ese instante barrían, como si fuera un cuerpo extraño, la fisonomía de su interlocutor.

Había sido el doctor Galarraga, médico cirujano, quien tres días antes había recibido en el pabellón de Urgencias al herido de bala. Trasladado en una camilla empujada por un enfermero cojo que chocaba contra paredes y asientos, el herido había sido llevado al vestíbulo del salón de operaciones y, cuando vio asomarse sobre él un rostro negro azabache desde el que lo miraron esos ojos luminosos, pensó que por sus buenos actos en la vida se había merecido un ascenso a los cielos y el ángel negro de un viejo amigo lo esperaba junto a san Pedro.

—¿Qué carajo tú haces aquí? —preguntó en aquel momento el médico, cuya piel negrísima había tomado de pronto una tonalidad grisácea.

—Negro, ¿ya me morí? —indagó el paciente, en verdad preocupado.

—Ahora te digo —respondió el médico, y comenzó a estudiar la herida mientras decía—. Sí, de verdad el mundo es un pañuelo..., el Conde en persona..., pero cómo coño...

—Aguanta, Negro, me duele, me duele... —protestó el encamillado cuando el cirujano tocó los bordes de la herida en la parte superior izquierda del tórax.

—Estate tranquilo, compadre —lo reprendió el médico—. No seas tan

pendejo.

—Sí lo soy..., me voy a desmayar, chico. ¡Me dieron un tiro, coño! ¿Me estoy muriendo?...

El doctor Galarraga sonrió. Sus dientes, de proporciones caballunas, también eran brillantes y blancos.

—Bicho malo nunca muere... La bala te atravesó y parece que no hay órganos ni huesos afectados... Quizás astilló un poco la clavícula... De todas maneras tengo que hacerte una radiografía. Así que voy a limpiarte, y si no hay mayores problemas, hacerte una pequeña cirugía y coserte... ¿Te pongo un poco de anestesia?

—Sí, claro. Mejor que sea general, Negro.

—Vete a lavarte el culo, Conde.

El médico y el paciente se habían conocido muchos años atrás. Como casi no podía dejar de ser, habían coincidido en el preuniversitario de La Víbora y, además, en el equipo de pelota de la escuela, del que Pancho Galarraga, alias «el Negro», era el segunda base regular. Conde y los otros compañeros de estudio le habían apodado el Negro porque, entre los muchos estudiantes negros con que compartían aulas, Galarraga conseguía destacarse por la oscuridad rotunda de su piel. Todavía sus ex compañeros que no habían perdido la memoria recordaban cómo, gracias a un jonrón descomunal del Negro, el equipo del pre había llegado a la final de un campeonato provincial... que después habían perdido.

—Negro, avísale a Tamara y a Carlos..., diles que estoy muy grave, anda.

—Déjame terminar primero con la herida... Yo los llamo, pero... ¡Me vas a complicar la existencia, Conde!

El médico había tenido la razón, pues al borde de la medianoche la cama de tránsito del herido, ya cosido y vendado, con el brazo izquierdo inmovilizado, parecía un panal. Tamara y Aymara habían sido las primeras en llegar. Poco después apareció la recién aterrizada Dulcita, propulsando la silla de ruedas de Carlos. Yoyi, el Conejo y Candito llegaron un poco más tarde, y cerraron el desfile el mayor Palacios y el teniente Duque, cuyo rostro parecía el de un tigre mal hecho: unas rayas naranjas le cruzaban las mejillas y la frente en diversas direcciones.

Al ver a Manolo, Conde le preguntó:

—¿Qué coño fue lo que pasó?

—No sé bien, compadre... Tenemos que reconstruir los hechos y...

—¿Y Elizardo?

—Tuve que dispararle —dijo Manolo.

—¿Cómo que...?

—Lo maté, Conde —susurró el mayor Palacios, y desvió su mirada hacia la ventana que daba al jardín del hospital.

Había sido en ese instante cuando el doctor Galarraga decidió terminar el cónclave.

—Bueno, ya todo el mundo sabe que el Conde no se muere de esta... Me lo llevo a la sala de observación. Tengo que dejarlo acá dos o tres días. Siempre hay peligro de una hemorragia interna o de una infección y quiero tenerlo cerca. Uno se puede quedar esta noche con él...

—Yo me quedo —saltó Tamara, imponiendo su indiscutida prioridad.

—Y yo también —dijo Carlos con firmeza.

—Se puede quedar uno solo —advirtió el médico.

—Negro, se queda Tamara y yo también... —dijo Carlos—. ¿O quieres que me levante de aquí y te dé dos sopapos? ¿O que le diga a todo este hospital que eres un negro ladrón que junto conmigo se robaba las latas de carne en el almacén de la escuela al campo?

—¡Así que era con el Negro con el que te robabas las latas de carne rusa!
—se asombró Candito.

El médico había alzado las manos, dándose por vencido, pero fue terminante en la orden de llevarse al herido a la sala de observación.

A la noche siguiente el cuarto hospitalario de Conde volvió a convertirse en un mitin de solidaridad. Apenas faltaba la música de Creedence y unas botellas de ron para que la «actividad», como alguien calificó la reunión, alcanzara su definición mejor. A las ocho, cuando terminó el horario de visita establecido, el doctor Galarraga y la enfermera jefe de sala trataron de imponer orden y cordura, pero los amigos de Conde, reunidos en torno a su cama, se negaron a evacuar la habitación. El mayor Palacios había anunciado su visita y ninguno quería salir de allí sin conocer los detalles de la historia que había estado a punto de costarle la vida al Conde y se había cerrado con la muerte del tal Elizardo Soler. El Negro Galarraga, convencido de que la rebelión en trance resultaba incontrolable, negoció con los amotinados su permanencia en el hospital una hora más o llamaba a la policía. De verdad que la llamo, coño, insistió.

El médico no tuvo que convocarlos, pues los policías Manuel Palacios y

Miguel Duque llegaron a la sala unos veinte minutos después, y le pidieron disculpas al cirujano por la tardanza. El mayor Palacios ocupó entonces la silla preferencial que le habían destinado junto a la cama del convaleciente.

—¿Cómo te sientes?

—Bien, Manolo, gracias... ¡Pero acaba de hablar, compadre! ¿Cómo fue lo de Elizardo?

—Conde, Conde, tranquilízate —lo recriminó el Negro Galarraga, también sentado. Ya en aquel trance, el médico no iba a perderse la mejor parte del *show*. La enfermera jefe, por supuesto, se quedó a oír la historia.

—Para mí que Elizardo se volvió como loco —comenzó a narrar Manolo—. Cuando vio que tú lo habías descubierto con la virgen en la mano te metió el primer tiro y creo que lo que te salvó fue que te desmayaste...

—¡Cualquiera se desmaya con un tiro! —advirtió Conde—. Y hay gente que hasta se muere y todo...

—El problema es que yo no veía nada, porque tú te habías llevado la linterna, y además estaban los gajos de las matas que no dejaban ver lo que pasaba del otro lado, donde estaba el árbol con el escondite. Pero Elizardo te disparó por segunda vez. Por la trayectoria del disparo, que rozó un arbusto, pensamos que la bala te pasó por encima de la cabeza porque ya tú te estabas cayendo en el suelo...

—¿Me disparó otra vez ese cabrón?

—Y siempre te tiró a matar. Estaba desesperado, fuera de control. Pero ese disparo fue el que lo perdió. Con el primer tiro yo había sacado ya mi pistola, y cuando vi el segundo fogonazo, disparé dos veces en esa dirección y lo oí gritar... Como no sabía lo que había pasado me fui acercando haciendo un círculo, guiándome por la luz de tu linterna que estaba en el suelo, al lado tuyo. Cuando llegué a donde estaban ustedes, vi que le había dado las dos veces a Elizardo. Una vez en el pecho, la otra en el cuello... Se estaba muriendo. Y cuando te vi a ti inmóvil, con el pecho lleno de sangre, pensé que él te había jodido...

—¿Y qué pensaste? ¿Pobre Conde?

—No, pensé: mira lo que le pasó a Conde por comemierda, porque enseguida empezaste a quejarte y supe que estabas vivo, aunque no sabía si estabas grave... Dos minutos después llegaron Duque y su gente y te sacamos corriendo de allí... Te sacó Duque en el hombro... Mírale la cara...

Conde y todos los oyentes desviaron la vista hacia el sargento. Como la

noche anterior, su rostro parecía el del último mohicano o el Rey León: las rayas naranjas del desinfectante se le cruzaban en todas direcciones.

—Duque te cargó y salió contigo. Las espinas del marabú por poco lo hacen flecos... Tuvieron que bañarlo con timerosal en las heridas y ponerle una antitetánica.

—Gracias, sargento —dijo Conde.

—Nada que agradecer —respondió Duque, ríspido, como no podía dejar de ser.

—Hoy el sargento Calixto pudo encontrar unos registros médicos de Elizardo... Tiene un expediente psiquiátrico que él solo da para una tesis de doctorado.

—Lo sabía... —musitó Conde—. El tipo era una mezcla explosiva de loco con hijo de puta...

—No hubiera querido matarlo —musitó Manolo—. Tiré al bulto... Es que pensé que te había matado...

—Yo hubiera hecho lo mismo, Manolo —trató de aliviarlo Conde—. Y de verdad el cabrón trató de matarme a mí...

—De todas formas, hay una investigación. A los de la Fiscalía les encanta sentarnos en una silla y sacarnos la mugre... Seguro te van a citar a declarar y...

—¿Y la virgen? —intervino entonces Carlos, con su gesto habitual de mover las manos para despejar el terreno—. ¿Qué coño fue lo que pasó con la virgen?

—La tenemos en la Central. Y sabemos lo que sabemos —dijo Manolo, socrático—. Raydel se la robó y se la dio a guardar a Ramiro o la escondió él mismo. A lo mejor pensaban irse juntos de Cuba... Pero no podemos preguntarle a ninguno si Elizardo estaba detrás del robo. Yo diría que sí...

—Yo también —acotó Conde—. Raydel vivía como un príncipe a costilla de Bobby y se robó la virgen porque le propusieron comprársela, pensando que el muchacho era fácil de engañar. Y ese tiene que haber sido Elizardo... Aunque no me cuadra mucho que un tipo que vivía como Elizardo, que tenía todo lo que él tenía, se metiera a organizar ese robo. Por loco que estuviera...

—Los peritos dicen que la virgen es medieval y auténtica y que vale... entre dos y tres millones de euros —advirtió el teniente Miguel Duque.

—¡Ñooooó! —soltó el Palomo—. Eso es plata para Elizardo y para cualquiera...

—Bueno, tres millones... vuelven loco al más cuerdo —rectificó Conde—. Y Elizardo quería ser rico como su abuelo Sarrá... Se robó del cementerio las esculturas de la familia...

—Lo lógico es que Raydel se robara la virgen y que Elizardo le pagara algún dinero y luego lo sacara de Cuba. Ese debió de ser el acuerdo. Cuando ya Raydel tenía la virgen, Elizardo montó el show de la compra y la salida clandestina por la costa... Pero pensó que podía recuperar la virgen con muy poco o ningún dinero y de paso joder a Raydel. Todo se enredó cuando el chiquito se apareció sin la virgen y casi seguro pidió más dinero porque hacía rato sabía cuánto podía valer... Y ahí fue cuando a Elizardo se le salió el loco, como dice Conde...

—El loco hijo de puta —matizó el herido—. Torturó a Raydel para sacarle dónde tenía guardada la virgen, el muchacho le dijo que la tenía Ramiro la Manta, y después lo mató. Esperó unos días, a ver qué pasaba, o porque había cogido miedo..., y cuando por fin fue a quitársela o comprársela a Ramiro, llegué yo...

Manolo asintió.

—Me imagino que cuando te noqueó con el golpe en la cabeza le sacó a Ramiro el dato de dónde estaba la virgen y lo mató. De milagro no te mató a ti también ese día...

—¡De pinga el tipo! —exclamó Carlos—. ¿Y por qué tú crees que no cepilló también a Conde?

—¡Porque llegó Superpalomo! —dijo Yoyi, realizando el gesto de abrirse la camisa y mostrar su prominente esternón.

—Me imagino que sí —admitió Manolo—. No tuvo tiempo... o se asustó. O creyó que Conde todavía era policía y matar a un policía siempre complica mucho más las cosas...

—Lo que no me cuadra es que prefirió dejar la virgen donde estaba escondida —comentó Candito—. Ustedes podían encontrarla...

—Seguro que pensó que era el mejor escondite —aventuró Manolo—. Y que si alguien, nosotros o Conde, dábamos con ella, él ni siquiera la habría tocado. Perdía la virgen, pero se salvaba de sus otros desmanes... Dos muertos lo cambiaban todo... No, no era una mala idea dejarla allí. En el peor de los casos solo perdía lo que nunca había tenido...

—Sí, puede ser —comentó Conde—. Suena bien esa posibilidad... Lo que quiere decir que no estaba tan loco nada. La dejó en esa mata, pero las cosas

se le pusieron difíciles y decidió recogerla e irse con ella... Lo que revolvió el avispero fue la llegada del catalán Puigventós... ¿De verdad Elizardo iría a matarlo a él también?

—Si fue Elizardo el que lo citó para la Ermita de los Catalanes de Matanzas..., era para matarlo también. Y no veo otra persona que no fuera Elizardo el que pudiera citar al catalán allá en Matanzas y él corriera para allá tan contento... A lo mejor la historia de que lo llamó un tal Róger Flor es un invento suyo.

—¿Y los demás, Manolo?... ¿Bobby, Karla, René Águila, Puigventós?

—Son una banda de mentirosos y cuatrerros, pero los soltamos ya. Si alguno estaba de alguna forma conchabado con Elizardo Soler en algunas de las partes de esta historia, no creo que podamos saberlo. Por suerte para ellos, Elizardo se llevó toda la mierda a la tumba... Y ninguno se va a autoacusar de tener algún papel en esta historia.

—¿Y qué pasa ahora con la virgen? —siguió Conde.

—Es la única que se ha quedado presa.

—¿No se la van a devolver a Bobby?

—Eso ya no lo decide la policía, Conde. Y tú lo sabes... —Manolo hizo el gesto de indicar hacia arriba, buscando alturas estratosféricas—. Ahora los de Exteriores están en contacto con los de Patrimonio español. Como parece que de verdad la virgen desapareció en España cuando la Guerra Civil, la habían dado por destruida y están buscando documentación... No me imagino qué viene ahora. Si tiene mucha suerte, después de que investiguen toda la historia, tu amigo Bobby va y la recupera, pero no lo creo...

—¿Estás oyendo, Yoyi? —dijo Conde a su colega comercial.

—Bueno, se acabó la función... —intervino el doctor Galarraga luego de mirar su reloj—. Conde tiene que descansar. Mañana por la mañana lo evalúo y veo si le puedo dar de alta... ¿Quién se queda hoy con él?

—Yo —se lanzó Yoyi el Palomo, sin dejar opciones a los demás—. Conde y yo tenemos que hablar. Y así me lo llevo mañana temprano si le das de alta... Hay que ahorrar combustible, ¿no?

El proceso de despedida duró una media hora, en el mejor estilo cubano. Cuando al fin estuvieron solos, Conde solo miró a Yoyi.

—Ya te dije que yo me encargo de Bobby... Tú encontraste la virgen. Misión cumplida.

—¿Tú crees? —preguntó Conde, que no creía. No, tratándose de Bobby.

Cuando le hizo el examen clínico, a la mañana siguiente, el doctor Galarraga decidió que el herido podía irse, con la condición de permanecer tomando antibióticos y bajo un estricto estado de reposo por los próximos siete días, cuando volvería a evaluarlo. Tamara, que había acudido a escuchar el diagnóstico, y Yoyi, a la espera del juicio médico para trasladar a Conde en su Chevrolet Bel Air, asintieron ante el reclamo del cirujano. Entonces escucharon la indagación ética que el Conde le planteaba al ex compañero. Con su dedo en ristre, los ojos brillando en su cara nigérrima, el doctor Galarraga dictó sentencia:

—Ni uno, Conde, ni un trago... Estás tomando antibióticos... No puedes beber hasta... hasta... —El médico pensaba—. Hasta el día de tu cumpleaños. El 9 de octubre te levanto la veda. ¿Está claro?

Antoni Barral, 8 de octubre de 2014

Acumulas, organizas, encuadras los folios sobre los cuales, a lo largo de varias semanas y muchas horas de forzada soledad, doloroso empeño y dudas incisivas, has ido grabando letras, sílabas, palabras, frases, oraciones, párrafos salvados o luego desechados y vueltos a concebir, siempre con esfuerzo, asediado por todas las incertidumbres. Has librado un desigual combate con tus habilidades a través del cual has tratado de hallar y expresar algún sentido, al menos una grieta de sentido, al misterio de la existencia que más te escuece: cómo se hace una vida, o, en verdad, cómo se deshace, deshojada, vapuleada, arrastrada por los vendavales de las inapelables, tiránicas circunstancias.

Mientras los folios pasan por tus dedos, en el ejercicio por momentos mecánico de numerarlos, te sorprende una sensación de distancia, casi de ajenidad, capaz de provocarte una punzante desazón que no consigues explicar. Te escuece incluso una reacción de extrañeza dérmica hacia la textura fibrosa del papel rústico, sobado por tus muchos manoseos a lo largo de los días. Comprendes que ahora nada, ni siquiera material, sobrevive a la sensación de pertenencia, de desdoblamiento y revelación que te acompañó todo el tiempo en que tecleabas con la prehistórica Underwood heredada de tu padre, y luego cuando tachabas, anotabas, maldecías tus incapacidades sobre esos mismos papeles.

Nada queda ya de los sobresaltos de las búsquedas y los posibles encuentros que te rejoneaban cuando tratabas de convertir en presente recuperado actos y pensamientos de las vidas pasadas y cumplidas de alguien a quien solo podías bautizar siempre con el mismo nombre. Una y otra vez el

mismo nombre, aunque fuese otro Hombre a quien le habías concedido el don esquivo de la reencarnación o del regreso o de la recurrencia o apenas el de la azarosa posibilidad de la confluencia de los atávicos fragmentos de unas vidas condenadas a ser atraídas por el poderoso imán de la Historia, los poderes terrenales y el imperio inapelable del tiempo. Una y otra vez un ser nacido de tus obsesiones, al que habías regalado actitudes, pensamientos precisos, tan cercanos a tu propia vida real y escribiente que las fronteras entre lo creado y vivido se te fueron confundiendo en un trasvase de propiedades que en algún momento se te antojaron una suplantación alevosa aunque inocua de la cual, sin embargo, no podías ni querías huir. Porque su cualidad de mentira constituye su condición salvadora e intransferible, su esencia como creación, su valor como posible verdad. Desde ti mismo moldeabas a ese ser histórico y atemporal. Aferrado al presente, escribías el pasado hasta perder el sentido de los límites de lo permanente y lo transcurrido. Pero, en el alumbramiento de la creación, nunca perdiste la última conciencia de que a la vez que convertías el pasado en presente, lo escrito pasaba de inmediato a ser parte de ese mismo pasado: algo irreversible, fugaz. Y de lo que te deshacías por el hecho magnífico de fijarlo y luego verlo tomar distancia, como nave funeraria al paio, un fantasma cuyos contornos se te confundían como si vieras la Historia y el tiempo a través del velo transparente de una lágrima.

Hasta ahí habían llegado juntos, desde ahí cada uno seguiría solo. Es el punto del desgarrado alumbramiento que te hace sufrir la maldición del demiurgo que se ha trucidado a sí mismo, costilla a costilla, para preparar esquejes de nuevas posturas y descubre cómo, al final, es apenas un tronco inerte tendido en cualquier recodo del tiempo. Aunque, casi te asombros, te quedan tus pies, y los pies son el camino.

Te reconforta recordar, en cambio, que, en la medida en que ibas dando forma al relato de las peripecias vitales del personaje al cual decidiste nombrar Antoni Barral, el acto de creación de esas otras vidas, una y varias a la vez, te había ofrecido una amable sensación de poder. Al escribir, cuando menos, podías escoger, moldear, salvar o desechar, con una potestad que en tu vida posible y real nunca te habían concedido, con una capacidad de decidir, en lo pasado y lo porvenir, de la que tú mismo muy poco habías podido disfrutar. Las existencias de Antoni Barral, si en verdad las hubiera tenido en ese plano del acontecer físico e histórico que se conoce como

realidad, en sus maneras de manifestarse y asumirse quizás no se hubieran parecido a la creación probable que ahora son, aunque estás convencido de que habrían funcionado con las mismas leyes. Porque nada o casi nada habría dependido de un poder individual seleccionador, de un albedrío ejercitado con libertad, y menos aún de una construcción consciente y voluntaria. Bien sabes que en la realidad de las vidas posibles de uno o varios Antoni corpóreos, otras fuerzas, ajenas, poderosas y castrantes, habrían sido las encargadas de conducirlas hasta esculpir sus existencias reales, si hubieran sido reales. Como ha sido moldeada la tuya: desde arriba y desde afuera, con perversa coartación de tu libertad de decisión, sin márgenes para el error y la rectificación. Con abrumadora falta de espacio para rehacer lo hecho y programar lo por hacer.

La convicción de que la escritura apenas resulta la posibilidad de construir a otros a partir de lo que tú has sido y eres te había servido para intentar distanciarte de ti mismo, verte desde una perspectiva que resultó ser reveladora, amable y dolorosa a un tiempo. Porque tu dudosa capacidad imaginativa está determinada por una experiencia vital, libresca, reducida y, sobre todo, recurrentemente propia y, por lo mismo, contaminada. Por ello, al tiempo que avanzabas, amontonabas folios, leías, copiabas datos, habías ido percibiendo ese clarificador alejamiento, porque ibas convirtiéndote en otro, liberándote de ti mismo y de alguna manera completándote en esos otros. Ganando libertad. ¿Eso es escribir? ¿Transmutarse en otro? ¿Renunciar a ti mismo en favor de lo creado? ¿Tratar de recomponer lo que no tiene la posibilidad de la restauración? ¿Manipular el torpe espectáculo de la vida vivida, sin diseño previo posible, y transformarla en una creación más benévola y lógica, de alguna forma menos humana y por eso mismo más satisfactoria? ¿Jugar a ser libre? ¿Incluso ser libre?

9 de octubre de 2014. Cumpleaños

Y abrió los ojos arropado por las páginas mecanografiadas a lo largo de varios días, enroscado con un perro viejo que ya volvía a necesitar un baño, calentado por la luz impertinente y rotunda del amanecer tropical: la luz de siempre, filtrada por la ventana, que inundaba la habitación y caía como un reflector proyectado sobre la pared de donde, como primera acción del día, arrancarían y desgarrarían —arrancó y desgarró— el almanaque que, con sus doce cuadrículas distribuidas en cuatro hileras de tres cuartones cada una, lo había perseguido durante nueve meses, nueve días y nueve horas desde el interactivo calendario: 9-9-9. Ya tenía sesenta años. Había penetrado en la cuarta edad.

En las últimas tres semanas varias veces había llegado a sentirse al borde de la explosión. Logró cumplir con disciplina carcelaria la orden médica de no beber en los infinitos días exigidos y, en tan aterradora y lúcida sobriedad, había debido rendir sus armas y acatar también las diversas disposiciones, órdenes y acuerdos emanados de la Comisión Organizadora del Sesenta Cumpleaños del compañero Mario Conde, como bautizó Aymara al comité preparatorio, con la aprobación unánime de los otros factores implicados en el proceso. En medio de tanta obediencia y reglamentación, había conseguido levantar, no obstante, una miserable exigencia que consideró no negociable: la noche de la víspera, el último día antes de caer en la cuarta edad, quería pasarlo en su casa, solo en compañía de sí mismo y de *Basura II*, y dormir en su cama, donde despertaría —y despertó— el día de la celebración prevista.

En demasiados sentidos los días finales de su edad anterior habían sido de

los más extraños e impersonales de su vida y, a la vez, de los más sosegados y productivos. El ex policía no podía dejar de verlos como un período incluso más confuso que el vivido después de recibir el balazo de Elizardo Soler, cuando creyó que moría y comprobó en carne propia —nunca mejor dicho— lo sencillo que podía resultar ese tránsito, lo fácil que podía realizarse el cruce de la línea del ser o no ser, lo cual siempre ha sido y será la cuestión.

Cuando se instaló en los dominios de Tamara para atravesar su convalecencia y, de paso, estar bajo custodia permanente, se les había planteado el problema del cuidado de *Basura II*. Como no era posible otra solución, el perro había sido rescatado por el Conejo y Candito y llevado al hogar de recuperación de su dueño, donde Tamara lo acogería. Desde las negociaciones iniciales, complejas como todo tratado de paz y entendimiento mutuo, la anfitriona había establecido una condición inapelable: el perro debía bañarse y no dormiría en la cama con ella y con Conde. El convaleciente y el perro aceptaron ambas cláusulas y se prometieron uno a otro comportarse del modo más decente que les permitieran sus respectivas naturalezas, y juraron, además, hacer todo lo posible por no mearse contra la pata de alguna butaca.

Mientras dos mujeres casi iguales pero tan diferentes, Tamara y Aymara, se turnaban para atenderlo y curarlo, el Conde, quizás removido por el plomo que lo había atravesado, o por la imposibilidad de hacer su mala vida de siempre, se vio abocado a cumplir una necesidad incisiva que acabó por alzarse en armas en su interior. Por ello, cada mañana, luego de desayunar con abundantes dosis de café Kimbo, fumar sus primeros cigarrillos del día y caminar un par de cuadras por el barrio con *Basura II*, regresaba a la casa y ocupaba el generoso buró de caoba que muchos años atrás había adquirido el embajador Valdemira en el depósito de un anticuario francés. Escribir se le convirtió en un reto, nacido de un reclamo insondable, de una urgencia insobornable. Sirviéndose de una bien poblada biblioteca, que él mismo había seguido nutriendo con algunas joyas caídas en sus manos de tratante de libros viejos, Conde había comenzado a esbozar un relato —que pretendía que resultara escuálido y conmovedor— de los avatares de un ser histórico sin historia que vivía en la Historia unas vidas ficticias por novelescas, aunque en muchos sentidos demasiado parecidas a la suya.

El regreso a la escritura había sido un ejercicio reconfortante y a la vez agónico, al cual había podido entregarse con mayor intensidad y empeño

desde que Bobby, propulsado por el Palomo, se había presentado en la casa de las gemelas con el propósito de saldar la cuenta pendiente con el trabajo y con el pasado, y lo había librado de una incómoda carga.

Apenas llegó, el ex compañero de estudios empezó a pedirle todas las disculpas posibles. De muchas maneras, dijo, casi lloroso, se sentía responsable de la mala experiencia vivida por su amigo, un trance que a punto había estado de costarle la vida. Todos los días transcurridos, añadió, la salud de Mario Conde había estado en sus oraciones y ruegos, sin duda escuchados por sus destinatarios. El viejo Bobby solo lamentaba que toda aquella peripecia turbia, adornada con tres muertes, incluida la del infame y traidor Elizardo Soler, también implicara la posibilidad de haber perdido para siempre a su poderosa Virgen de Regla que no era en realidad una Virgen de Regla, mas sin duda poderosa y, para él, sin discusión posible, su madre salvadora, Yemayá. Pero Conde no tenía responsabilidad alguna en un desenlace al cual él mismo había dado pie, reconoció Bobby. Porque la trama había comenzado a tejerse mucho antes, cuando, para impresionar a Elizardo y si era posible llevárselo a la cama, él rompió la bruma del secreto en que por años consiguió mantener a la virgen negra su casi abuelo, el tal Josep Maria Bonet, que no se llamaba Josep Maria Bonet. Con su infidencia, Bobby había terminado por despertar las ambiciones más morbosas y enloquecidas. Por eso insistía con vehemencia en pagarle al amigo por su labor, como había acordado con Yoyi el Palomo. Como debía ser, afirmó.

Cuando Bobby fue a entregarle los dos mil dólares pactados por el hallazgo de la virgen, Conde ya había decidido que, si se trataba de ser justo, debía rechazar el dinero, y así se lo dijo a su ex compañero. Si bien la virgen había aparecido, Bobby no la había recuperado, tal vez nunca la recuperaría, y ambos lo lamentaban. En puridad, no había cumplido su trabajo..., discurría Conde, con un inevitable lamento: con lo bien que me vendría esa plata...

—Conde, sé lo que estás pensando... Por favor, coge el dinero. Tú te lo ganaste —aseguró Bobby, alargando el sobre premiado hacia las manos del ex compañero de estudios—. No tengo mi virgen y sabes lo que eso me duele... Pero tú la encontraste y el dinero no es problema —añadió, miró hacia los lados, bajó la voz para continuar—. En medio de la locura que se armó y con Eli muerto, nadie supo que me quedé con varios de sus cuadros, entre ellos el Portocarrero ese que te dejó loco el día que lo viste... y... Se lo mandé todo a Israel y —Bobby disminuyó más el volumen y se inclinó hacia

su interlocutor— ¿sabes en cuánto vendió en Miami el Portocarrero?

Los ojos del hombre que alguna vez había sido un tímido y reprimido compañero de estudios brillaban, la comisura de sus labios se movía preparando la sonrisa, y en ese instante Conde sintió que Bobby le daba otro balazo, así, a bocajarro, y reaccionó a toda velocidad.

—No, no quiero saberlo —dijo, al tiempo que tomaba el sobre de la plata. Ese tipo de desangramientos culturales, cada vez más frecuentes, lo laceraban, y el hecho de sentirse cerca de otra de las trampas de Bobby, de alguna forma propiciada por su propia acción en busca de la virgen perdida, no le resultaba agradable. Pero, pensó también, él había trabajado y debía vivir: por eso extrajo cuatro billetes de cien dólares y le devolvió a Bobby el resto del dinero—. Coge el sobre. Me debías tres días de trabajo y gastos, nada más.

—Pero, Conde...

—Pero Conde nada, chico...

—Mi hermano —comenzó a decir—. No te entiendo...

—Claro que no me entiendes, Bobby... No puedes entenderme... Cuando tú me fuiste a ver y hablamos de las cosas del pasado, yo me quise creer el cuento de que me buscabas para que te ayudara porque éramos amigos. Pero no sé si porque siempre fuiste así o si porque entre todos te hicimos así, te has vuelto una mala persona que no respeta ni las cosas más sagradas. Me engañaste no sé cuántas veces. Me decías lo que te convenía. Me utilizaste, Bobby, porque yo pensaba que de verdad éramos amigos... Y a estas alturas no sé si el catalán Puigventós se interesó en la virgen porque tú mismo querías vendérsela y los otros se te adelantaron...

—¿Cómo puedes pensar eso? Te juro que yo...

—No me jures por nada ni por nadie... Todos esos son tus problemas. Lo que yo sé es que no quiero algo que no me pertenece y que, por ser como eres, tampoco debía pertenecerte a ti. ¿Que soy tronco de comemierda? Eso lo sé hace años... Lo que no sé, Bobby, lo que no puedo entender es que un hombre como tú, que jura que cree en la Virgen, en Yemayá, en Dios y en los ángeles y los arcángeles, que rezas y le ruegas al cielo, sea tan inmoral... ¿Eso es lo que sacas de tu fe?

—Coño, Conde... Yo no hice...

—Sí hiciste, Bobby. Me utilizaste varias veces y después que me dieron un tiro que por poco me jode, me acabas de decir que volviste a aprovecharte

de lo que estaba pasando para quedarte con el cuadro de Portocarrero y otras cosas que no sé ni quiero saber cómo habías sacado de casa de Elizardo. Eres un bandido... Y lo que más me jode es que yo creí en ti... Ahora vete, Bobby...

El otro se puso de pie. Parecía a punto de llorar, y Conde, sin quererlo, sin poder evitarlo, comenzó a sentir compasión por él.

—¿Me vas a denunciar? —preguntó Bobby, con el resto del dinero en la mano y el miedo dibujado en el rostro.

—No, aunque debería... Por ladrón y por cabrón... De verdad me había equivocado mucho contigo. Me conmoviste con tus historias de miedo y de represión, con tu cáncer y tu fe... Pero esto es otra cosa... Así que dale, desaparece. No puedo decir que fue un placer haberte visto de nuevo. Además, ahora sé que es verdad que también sacabas cuadros falsos de Cuba para venderlos en Miami... Coño, Bobby..., ¡acaba de irte, cojones! —gritó, y sintió una punzada en la herida del hombro y en la herida del alma.

Cuando se quedó solo, Conde notó que las manos le temblaban, pero al instante sintió cómo lo recorría un patente alivio. Estaba en paz consigo mismo y con la Historia: lo que ahora ocurriera con Roberto Roque Rosell, alias Bobby, y la imagen de Nuestra Señora de La Vall no era cuestión suya.

Luego, la espuma de aquellos días analcohólicos, literarios, afectivos y apacibles, en realidad demasiado apacibles y analcohólicos, tan extraños, fue cayendo sobre él como un peso muerto y había terminado por hastiarlo, como si la confluencia de presencias y ausencias benéficas, en lugar de un premio, fuese parte de un complot contra su espíritu y personalidad. Necesitaba regresar a su desastrosa vida real, que, como mayor compensación, tenía precisamente el sello de su propiedad: era *su mala vida, la suya*. La otra que estaba atravesando le parecía una impostura, como las vidas de Bobby. Por eso, con la anuencia comprensiva de Tamara y como parte de los acuerdos firmados, la víspera de su cumpleaños había vuelto a su casa, con su perro, su desorden, sus obsesiones, su rutina y unas páginas mecanografiadas y llenas de añadidos y tachaduras. En el camino completó la carga de posesiones con una botella de ron.

Después de arrancar y desgarrar el almanaque donde había marcado la fecha

tremebunda que recién había empezado a vivir, Conde coló el primer café de su cuarta edad y, con la taza en una mano y los cigarros en la otra, subió a la azotea. Una necesidad recóndita y apremiante lo empujaba a aprovechar el amable amanecer de octubre y, ya en el techo, se acomodó en el bloque de cemento que le servía de atalaya: a sus pies quedaba el barrio de los sesenta años de su vida, de la vida de sus padres y sus abuelos, casi seguro de su bisabuelo y tal vez hasta de su tatarabuelo. Muchas vidas y años en un pequeño y deteriorado espacio físico que, por el tiempo transcurrido y la permanencia sostenida, le pertenecía y al cual él pertenecía, para tranquilidad de su espíritu siempre en trances tormentosos. Y respiró sosegado el aire en que se mezclaban los efluvios coloridos de un flamboyán con los escapes oscuros de los autos y el olor indefinible de las bolas de harinas innobles recién horneadas del presente que en nada recordaban el perfume de las flautas que, alguna vez, en un pasado casi perfecto, habían salido de las entrañas del mismo horno panadero. Un olor perdido y cariñoso que solo sobrevivía en su empecinada memoria afectiva.

Encendió el primer cigarrillo de sus sesenta años sin hacerse promesas de abstinencia nicotínica y pensó en lo que le esperaba esa noche: la fiesta de despedida de una edad y de bienvenida (¿bienvenida?) a otra. Sería una celebración equívoca en la cual, para complacer a sus desafortunados amigos, tendría que comportarse como si fuera feliz, cuando en realidad no lo era. No demasiado. Porque se sentía más viejo y más cansado. Ni siquiera el hecho de saber que allí, en su casa, estaban las cuartillas concebidas durante los días de controlada convalecencia, unos papeles que lo devolvían a una de sus más maltratadas aspiraciones, servía para calmar la agobiante sensación de pérdida, de desgaste. El suyo resultaba ahora un vacío casi orgánico que nunca esperó sentir, al menos de un modo tan preciso y cronológicamente exacto: porque jamás había creído en aniversarios ni fechas cerradas y había vivido su existencia como un fluir indetenible a través del cual vas lanzando a tus espaldas tu mejor pertenencia. Dejas atrás el tiempo, tu tiempo, y vas asomándote, cada día, a lo imprevisible: un futuro del cual no sabes cómo será ni cuánto durará, si se torcerá o si discurrirá monótono, apacible. Y justo allí, en lo insondable, se prefiguraba el más tétrico vacío: en el mañana, no en el ayer.

Entonces lo vio. Avanzaba por la acera con su paso decidido y su mal aspecto habitual, desgredado y sucio: como alguien para quien el pasado y el

futuro fuesen lo mismo o, peor aún, no significasen nada, pues sus contornos se habían difuminado en la circularidad. Ahora en lugar de bolsas llevaba en los pies los ya desvencijados zapatos que, tres, cuatro semanas antes, le había dado Mario Conde y que sabía Dios cuántos kilómetros el caminante les había hecho tragar.

Sonrió al verlo y se sorprendió cuando el hombre de las bolsitas en los pies que de momento ya no andaba con bolsitas en los pies detuvo su marcha, levantó la cabeza y miró hacia la altura en la que estaba atrincherado Conde. El indigente movió la mano, en gesto de saludo que fue correspondido por uno similar, y alzó la voz solo lo necesario para ser escuchado por el vigía de la azotea.

—Días sin verte... Me alegro de que ya estés bien... Ah, y ¡feliz cumpleaños!

Al escucharlo, Conde recibió un corrientazo. Esperaba oír cualquier cosa menos una felicitación expresada por ese hombre, a veces invisible, al cual solo conocía por haberle regalado los zapatos que ahora calzaba. Tan confundido y anonadado estaba, que le preguntó al indigente:

—¿Qué fue lo que dijo?

—Te felicité por tu cumpleaños. Sesenta es una buena edad. Para seguir vivo o para morir.

Conde no podía salir de su asombro. ¿Se trataba de una maquinación de Carlos y el Conejo? No, no podía ser... ¡El hombre lo había felicitado por llegar a los sesenta!

—¿Y cómo usted sabe...?

—Hay cosas que sé... Pero otras muchas que no sé... Cosas que nadie nunca consigue saber... Aunque uno esté de regreso de donde nunca estuvo... Pásala bien —terminó el indigente, hizo un gesto de adiós con la mano y retomó su camino, marcado sabía Dios por qué brújulas, hasta perderse entre la gente, el humo de los autos, la luz cegadora de octubre, la ausencia de olor a pan horneado. El hombre se había difuminado, como solía hacer, y Mario Conde volvió a preguntarse, a pesar de la evidencia de los zapatos que calzaba, los mismos que él había llevado hasta el instante en que se los donó, si aquel personaje era real o solo un reflejo de sus miedos, obsesiones y dolorosas elucubraciones. O una trampa del tiempo.

Epílogo

17 de diciembre de 2014, día de San Lázaro

Despertó con la premonición de que algo ocurriría. No podía saber qué, no era capaz de imaginarlo. Solo que ese día algo ocurriría. Grande, pequeño, mediano: algo singular ocurriría. Tampoco tenía idea de por qué esa iluminada certeza lo acompañaba al abrir los ojos y recibir la luz siempre impertinente que penetraba por su ventana. Molesto, apartó cuanto pudo la invasiva sensación y, como cualquier amanecer de su vida, se dispuso a enfrentar el día. Coló café, fumó cigarros, alimentó a *Basura II*. Se preparó para salir a la calle a buscar libros, ganarse la vida del modo en que podía. Recordó, por algún capricho de su subconsciente, o quizás por sus recientes relaciones con los santorales, que era 17 de diciembre, el día de San Lázaro. El santo leproso rodeado de perros, el Babalú Ayé de los yorubas: jornada de cumplir promesas o esperar milagros. Quizás a él lo iba a sorprender alguno y sería eso lo que podía ocurrir: le vendría bien, por ejemplo, encontrar una buena biblioteca en venta cuyos libros lo ayudaran a salir de la recurrente inopia en que solía vivir. Ese sería un milagro aceptable. Aunque había quedado harto de santos y vírgenes, y seguía sin creer en lo intangible, ahora él sabía mejor que si uno tiene suficiente fe, el milagro puede suceder. Pero fe, precisamente, era lo que más le faltaba y le faltaría a Mario Conde. También le faltaba café. Café de verdad. Y sueños. Y esperanzas. Y años para pensar que era o es posible comenzar de nuevo, si tal milagro fuese practicable. Por suerte, otras cosas le sobraban. Las premoniciones, por

ejemplo. Y él tenía la certeza de que algunas de ellas incluso se pueden cumplir.

*Mantilla,
17 de diciembre de 2014 – 10 de agosto de 2017*

NOTA DEL AUTOR

La transparencia del tiempo es una novela y debe leerse como tal. Las realidades presentes y pasadas tienen sustentos históricos, contextos y escenarios reales, pero trabajados en función de su escritura y empleo novelescos. Como se dice ahora: está *inspirada* (ver diccionario de la RAE) en hechos reales.

Los capítulos de la novela que corren hacia el pasado son una recreación por completo ficticia de personajes y escenarios enclavados en varios momentos históricos documentados. La esencia de esos períodos o situaciones, como siempre, las he respetado en una ficcionalización que parte de la pesquisa histórica exhaustiva. La aldea Sant Jaume de la Vall es obra de mi imaginación, y con ella intento reproducir cualquier otra pequeña aldea de la Garrotxa catalana, por su estructura y paisajes. La virgen negra, Nuestra Señora de la Vall, es también ficticia, pero como muchas otras vírgenes negras románicas que existen o existieron y desaparecieron o fueron destruidas, tiene una historia y origen que pudo haber sido el que le he creado.

Por su lado, los episodios del presente cubano están apoyados en un conocimiento vivo y en una indagación de una realidad que forma parte de mi propia vida y experiencia, aunque el procedimiento investigativo de la trama policial en que participa Mario Conde es pura ficción.

Como siempre, quiero agradecer a un grupo de amigos, mis fieles lectores y colaboradores voluntarios, su imprescindible ayuda para escribir esta novela. A mi amiga y traductora al francés, Elena Zayas, su militante colaboración en la búsqueda de información histórica, escrita y gráfica, y sus pacientes y críticas lecturas de los originales. A mi querida Lourdes Gómez, por sus

lecturas y por la búsqueda de bibliografías inalcanzables desde Cuba. A mi editor Juan Cerezo, su concienzuda lectura y haber sido mi primer guía en el descubrimiento físico del paisaje y la vida de la Garrotxa en un memorable recorrido. A Carme Simón, directora de la Biblioteca Municipal de Olot, por su revelador paseo por los sitios más recónditos y característicos del Pirineo catalán. A Alejandro Ramírez Anderson, por abrirme las puertas del «asentamiento». A mi amiga y editora Vivian Lechuga, por su disposición y paciencia.

No puedo dejar de agradecer el tiempo y las críticas que me concedieron mis amigos lectores, José Antonio Michelena, Rafael Grillo, Miguel Katrib, Rafael Acosta.

Y, como era de esperar, otra vez las gracias a Lucía. Por sus lecturas, por ser mi freno, por saber ignorarme en los días en que la escritura no fluye, por soportarme (en el sentido más amplio del término) siempre: en la paz y sobre todo en la guerra, esos tiroteos en que la vida, la historia y la geografía me han hecho vivir y escribir, antes y después de cualquier milagro.

La transparencia del tiempo

Leonardo Padura

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Ilustración de la portada: fotografía de una calle de La Habana. © Buyenlarge \ UIG \ Bridgeman \ AGE

© Leonardo Padura Fuentes, 2018

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2018

ISBN: 978-84-9066-495-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA **NEGRA**



¡Síguenos en redes sociales!

